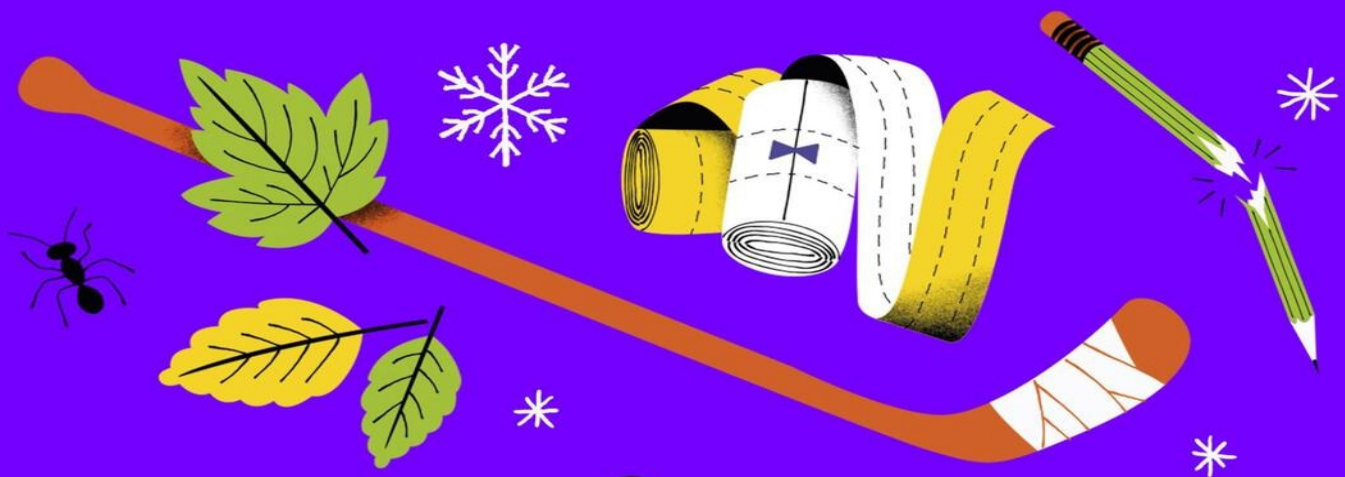
Alexandra Roma



Las alas que inventamos



Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
0. LOS SUEÑOS...
PARTE 1. Alas defectuosas
- 1. LA PROPUESTA
- 2. EL HIELO
- 3. CUADERNO DE KELLY
- 4. MI VOZ
- 5. GRAHAM SCOTT
- 6. EL VERDADERO GRAHAM SCOTT
- 7. MEDIR EL TIEMPO
- 8. CUADERNO DE KELLY
- 9. EL PODER DE LA MENTE
- 10. LA TEORÍA DEL TREINTA POR CIENTO
- 11. CLASES DE HISTORIA EN LA COCINA
- 12. EXCURSIÓN
- 13. HORMIGA
- 14. INSECTOS
- 15. AMIGOS
- 16. HILOS DE COLORES
- 17. PENSAMIENTOS
- 18. CUADERNO DE KELLY
- 19. PERSONA LUNA
- 20. LIONEL RICHIE
- 21. EL VESTUARIO
- 22. SALEM (EL GATO)
- 23. EL PARTIDO

24. AMISTAD
25. LA ESCENA DEL BESO
26. TULIPANES LILAS
27. LA VENDA
28. SEA DONDE SEA
29. TORMENTA
30. LA ÚLTIMA VEZ
31. LO QUE OCURRIÓ
PARTE 2. La vida sin alas
32. PUNTAS LILAS
33. EL HOMENAJE
34. COLLIN
35. LA DESPEDIDA QUE MERECÍA
36. EL VIAJE
37. CANADÁ
38. EL INSTITUTO
39. EL BAILE
40. TÚ...
41. EL VÍDEO
42. NUEVA YORK
43. LA OFERTA
44. IDEAS
45. CHOQUE DE REALIDAD
46. PORTADA
47. EL MAYOR ERROR DE TODA MI PUTA VIDA
48. LA FIESTA I: NO TE MERECE
49. LA FIESTA II: CUENTA LO QUE TE DÉ LA GANA
50. LA FIESTA III: ESCALOFRÍO
51. LA FIESTA IV: FIN
52. LA VERDAD DE BINGO
53. EL POZO
54. FIN
55. BOBBY
56. POSIBILIDADES
57. QUÉ QUIERES TÚ
58. POR MÍ
59. ANTES DE ENTRAR
60. ADIÓS, SALEM
61. GRAHAM SCOTT Y LA TEORÍA DEL...

62. CREER QUE TE MEREZCO
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Compa**

Sinopsis

El sueño de Kelly era escribir, y lo alcanzó con 16 años al publicar su primera novela, Nuestro Big Bang.

El sueño de Graham tenía que ver con el hielo en todas sus formas, y llegó de la mano del hockey al estrenarse como jugador estrella del Boston Bruins antes de acabar el instituto.

Pero Kelly entra en bucle en su escritura y no consigue dar con la idea para su próxima novela. Y Graham se lesiona en un partido y queda a la espera de una operación crucial que decidirá el futuro de su carrera.

Un callejón sin salida para los dos que se abre cuando Kelly, que necesita el dinero, acepta la propuesta de escribir la biografía de Graham Scott. Graham acepta conocerla y piensa que será la primera y última vez que vea a la rubia de ojos grandes, porque no tiene ninguna intención de que ni ella ni nadie escriba su puñetera biografía. No está acabado.

Aunque ambos creen saber quién es el otro, entre entrevistas, paseos por el TD Garden, partidos de hockey sobre hielo, bordados de colores, libros y tatuajes ridículos descubren que son mucho más que la escritora en crisis y el irritante deportista de élite lesionado.

Kelly ya nunca verá igual a los insectos.

Graham lee maravillado la primera novela de Kelly.

Y empieza a surgir una nueva pregunta: ¿son los sueños alas o raíces?

LAS ALAS QUE INVENTAMOS

Alexandra Roma



Para mi titi Miguel Ángel, mi abuela Bertita y Óscar.
Y a todas las personas que necesitan un abrazo.
Os mando el mío en forma de novela.

Dime, ¿qué es lo que piensas hacer con tu única vida salvaje y preciosa?

MARY OLIVER

¿Qué son los sueños? ¿Alas o raíces?

0

LOS SUEÑOS...

Kelly

Me miré de nuevo en el reflejo de la cristalera del escaparate antes de entrar en el edificio. Se me veía a mí con los vaqueros, las botas negras, el abrigo beis claro de capucha que escondía el jersey oscuro de cuello vuelto y la coleta en la que había recogido mi melena rubia. A mi alrededor había varios libros expuestos. Las novedades de la editorial World Dreams, en la que yo publicaba.

Era escritora.

Dicen que los sueños dan alas. Pues bien, si eso es cierto, yo había empezado a alzar el vuelo cinco años antes, a los dieciséis. Papá, mi hermana mayor Mía y yo acabábamos de trasladarnos de Boston a Salem a casa de la abuela Charlotte, tras la muerte de mi madre, cuando empecé a escribir. Supongo que cada uno de nosotros buscaba su propio refugio en el que lamerse las heridas y recomponerse hasta que fuesen cicatrices, y ese fue el mío.

Escribí mi primera novela. «Guau», fue lo que pensé al ponerle punto final sumida en una especie de catarsis que nunca había experimentado y que me palpitaba en las venas. Lo hice en mi nueva habitación cuatro meses después de llegar. Vomité el libro. Y, lejos de lo que podía parecer en aquella época en la que el color me abandonó y comencé a pintarme mis cortas uñas de negro, fue el texto más *cuqui*, dulce y empalagoso del universo. Una historia bonita, sin mayores pretensiones que describir el primer amor, provocar sentimientos y reconfortar a quien la leyese, personas como yo a cuyo alrededor estuviese todo enredado y necesitasen un lugar seguro al que huir, en el que bajar las barreras, relajarse y poder fluir.

Nuestro Big Bang, la titulé.

Abraham, mi mejor amigo de Boston, fue el primero que la leyó, y me animó para que la enviase a las editoriales. Juntos elaboramos un listado basándonos en

las novelas de temática similar que yo misma había leído y formaban parte de mi particular biblioteca, una simple balda de la estantería de mi habitación. Luego, nos metimos en internet, descartamos las editoriales que no admitían manuscritos y apuntamos lo que había que enviar a las otras. Cada una pedía unos requisitos distintos. Una auténtica locura. Juntos nos pusimos manos a la obra y lo fui mandando todo. Recuerdo que, al escribir a mano las cartas de presentación para cada editorial, sentía las punzadas de ilusión que me recorrían mientras las redactaba.

En aquel momento, la ilusión parecía inagotable.

Estaba convencida de que lo era.

Su fuerza era tal que no se desintegró cuando a las pocas semanas llegó el primer rechazo, ni se consumió con las negativas que vinieron a continuación durante los meses que le siguieron. Es más, a pesar del dolor que me producía cada «no», permaneció tan intacta que me puse con la segunda obra. Hacerlo me ayudaba. Era terapéutico. No tengo muy claro que entonces solo escribiese para mí, puesto que quería publicar, lo deseaba con toda mi alma, pero disfrutaba tanto con ello que me compensaba y no podía parar.

En resumen, escribir se convirtió en mi balón de oxígeno.

La mayoría de los días en los que te va a pasar algo bueno o malo no suelen venir acompañados de señales. Neones luminosos. Por eso, cuando World Dreams se puso en contacto conmigo a través de una carta, yo había ido a mi instituto en Salem como siempre y, después de comer en el sitio de la cafetería en el que me gustaba sentarme los días de invierno, había regresado a casa de la abuela Charlotte (nuestra casa, aunque siempre me costó llamarla así) en autobús, porque estaba diluviando y Mía, dos años mayor que yo (esto es, la que mandaba), odiaba el mal tiempo. Quién le iba a decir que terminaría viviendo en Düsseldorf, Alemania, aunque supongo que hacer prácticas en la Agencia Espacial Europea ayudaba. Ese era el sueño de mi hermana, sus raíces (porque la mantenía anclada al suelo), y, a pesar de las condiciones climáticas, lo estaba cumpliendo.

Los sueños...

El caso es que volvía como siempre del instituto, sin sospechar que esa tarde mi vida daría un giro de ciento ochenta grados. Al pasar por la cocina, papá me dijo que tenía una carta de una editorial imaginando que me enviaban información sobre sus novedades. Fue lo que dedujo. Él no sabía que escribía. Poca gente lo sabía: Abraham, Wendy, la abuela Charlotte y Mía. Era muy reservada con ese tema. Con esa parte de mí que, como muchas otras, fui ocultando a los demás. Mi rincón de paz, lejos de las turbulencias. Por eso firmaba con el seudónimo K. B. Stevenson, mis iniciales y el apellido de soltera

de mamá.

Recuerdo que las manos me temblaban ligeramente cuando fui a cogerla, pero Mía se me adelantó y las dos subimos corriendo por las escaleras hasta mi habitación. También recuerdo que mientras mi hermana abría la carta me dejé caer con suavidad en el borde del colchón y desvié la mirada detrás de ella hacia la pared. Cogí una bocanada de aire y me pregunté si alguien más lo haría: transcribir las citas que más le gustaban de los libros que leía y empapelar una pared, solo una, de su cuarto con ellas. Si alguien utilizaría alguna vez mis textos para decorar su habitación.

Las ilusiones...

—Vaya —fue lo único que pronunció tras leerla, y frunció el ceño. Mía, a diferencia de mí, que era un calco de mi padre, había heredado la genética de mamá y tenía el cabello ondulado y pelirrojo, casi anaranjado, y unos preciosos ojos azules. Envidiaba su color. Los míos eran de un marrón común que a veces jugaba a aclararse. Y envidiaba su fuerza, la forma en que era capaz de continuar hacia delante como si un camión no nos hubiese pasado por encima en forma de pérdida—. Interesante... —continuó.

Me recompuse, volví a fijar las pupilas en ella y le pregunté:

—Dicen que no, ¿verdad?

Por lo menos, habían tenido la decencia de contestar y podría tachar esa editorial de la lista que descansaba en el cajón de mi escritorio. Muchas no lo hacían. Y el silencio prolongado, la incertidumbre, un interrogante que nunca se iba a despejar era bastante peor que una respuesta incómoda.

Las respuestas eran mi zona de confort.

Siempre quería tenerlas.

—No, eso no es lo que dicen.

—¿Entonces? —me impacienté. Lo único peor que no tener respuestas era entusiasmarte con algo y que al final no saliera bien.

—¿Has mandado las propuestas editoriales sin incluir un número de móvil, Kelly Bennet? —Dobló el folio en dos y cruzó los brazos a la altura del pecho, enarcando una de sus espesas cejas naranjas.

—Sí, porque no tengo. Ya sabes lo que opina papá —le recordé.

Desde que mi madre había muerto tras perder el control del volante del coche que conducía en una carretera helada, nuestro padre era muy precavido y todo le resultaba peligroso. Veía amenazas aquí y allá. Y un móvil con acceso ilimitado a internet era una bandera roja gigante y ondulante. Luego cambió, confió en nosotras, pero se tomó su tiempo.

Aclaré la garganta y añadí:

—¿Por qué?

Aguardó unos segundos con un gesto indescifrable.

—Porque vas a tener que usar el mío. ¡Quieren hacerte una propuesta para publicarte!

—¡No!

—Sí.

—¿Sí?

—¡¡¡Sí!!!

Ni siquiera lo tuvimos que hablar para subirnos a la vez a la cama y ponernos a dar saltitos de pura emoción para celebrarlo mientras el colchón se hundía y botaba amenazando con hacernos caer. Ambas sabíamos que aceptaría. Ofrecieran lo que ofreciesen, diría que sí.

De esta manera, *Nuestro Big Bang*, de K. B. Stevenson, llegó a todas las librerías del país un 8 de noviembre y más tarde lo tradujeron al castellano, francés, italiano, alemán y portugués. Tuve un éxito relativo, de notable alto. Es decir, mis cifras de ventas no eran astronómicas y para mis firmas no se necesitaba ticket, pero fueron suficientes para ganar un pellizco, de modo que la editorial volviese a apostar por mí y nunca más me encontrara sola en la feria del libro de cualquier estado.

Le siguieron *Pudimos serlo todo*, una historia de segundas oportunidades con la que empecé a formar una comunidad lectora, y *Al final siempre estás tú*, la novela que perseguía a dos personas que, daba igual donde las lanzase la vida, siempre terminaban encontrándose. Y así me afiancé como escritora. Tampoco fui una megasuperventas o la autora revelación de la novela romántica juvenil/*new adult*. Ni me convertí en la voz de ningún género o generación. Sin embargo, ganaba lo suficiente para vivir y, cuando el resto de mis compañeros de instituto se debatían sobre qué universidad elegir, tomé una decisión. Me dedicaría profesionalmente a escribir y pertenecería a ese pequeño porcentaje de personas que puede afirmar con orgullo que ha hecho de su trabajo su sueño o de su sueño su trabajo. Daba igual. Iba a ser escritora. «Guau», resonó de nuevo en mi mente, y entonces las sentí. Alas revoloteando en mi estómago. Pequeñas mariposas. Las mismas que me sacudían en aquel momento, cinco años después, mientras dejaba de mirarme en la cristalera y, con veintiún años recién cumplidos, entraba en el edificio principal de la editorial World Dreams en Manhattan, Nueva York.

No era la primera vez que pisaba aquel lugar (llevaba viviendo dos años en un pequeño apartamento de una habitación que había alquilado en Brooklyn y había visitado la editorial en varias ocasiones), pero sí la que más nerviosa me puse mientras esperaba a que el conserje, que según la chapita se llamaba Tim, me diese la tarjeta provisional para acceder.

—Gracias —le dije al cogerla.

Crucé la barrera y esperé el ascensor acristalado para subir a la tercera planta, donde se encontraba el área de ficción, y mi editora, Betty, saldría a por mí. Había pasado un mes desde que le había enviado mi cuarta novela, *La verdad que dice mi silencio*, una reflexión sobre dos personajes que estaban muy enamorados pero que se perdían el uno al otro por la falta de comunicación y el miedo. Todavía no me había comentado nada. Solo un «la estoy leyendo, esto empieza fuerte» y «¿qué te parecería que nos viésemos la semana que viene? Podemos desayunar».

Entré en el cubículo y la inquietud que me retorcía el estómago se acentuó apoderándose de mi cuerpo cuando la puerta se cerró detrás de mí.

La gente suele pensar que el número de novelas publicadas aumenta la seguridad en ti misma, pero en mi caso el efecto era el contrario. Quizá porque al comenzar no tenía expectativas y me había dado cuenta de que estas asesinaban la creatividad. Tal vez porque sabía que el trabajo que había presentado era un «mojón». Al terminarlo, no había sentido la catarsis. La sensación de que por fin había expulsado todo lo que llevaba dentro entremezclada con la nostalgia por haberlo hecho. Aunque, claro, también podía deberse al maldito síndrome del impostor que me estrangulaba o al incómodo autosabotaje. A lo mejor había idealizado lo experimentado con mis trabajos anteriores, y además..., se podía leer, ¿no? El problema era que necesitaba que alguien me lo confirmase.

«Vamos, Kelly. Todo va a ir bien», me animé mirándome al espejo y dedicándome el primer pensamiento amable en... ¿semanas?

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo, asentí y me obligué a dibujar una sonrisa que mantuve hasta que el ascensor paró. Al otro lado, como me había ocurrido en mis visitas anteriores, aguardaba Betty, que me recibió con el abrazo habitual y su «hola, querida», que apaciguó los pinchazos que me perforaban los tímpanos.

«Si pensase que eres un fraude, lo peor que le ha ocurrido en su carrera de editora, no parecería tan tranquila», repiqueteó en mi cabeza, y, de nuevo, volví a tratarme con amabilidad. Como si en el instante en el que nos vamos a ahogar nuestro instinto de supervivencia prevaleciera sobre los demás y dejásemos de ponernos la zancadilla y machacarnos la mente.

—¿Quieres un café, Kelly? He reservado una sala —me ofreció a la vez que entrábamos en el área de ficción y yo me quitaba el abrigo.

—Con leche, gracias. ¿Isabella y Ava no vienen?

No fue una pregunta lanzada al azar. Isabella, Bella, llevaba el marketing y la comunicación de mis lanzamientos, y Ava era la directora editorial. Siempre, desde *Nuestro Big Bang*, habían estado presentes en las reuniones.

Hasta esa mañana.

—Hoy hablaremos a solas, que hace mucho que no nos vemos —repuso Betty sin alterar su expresión amable.

Lo que decía era cierto. Ella vivía en San Francisco y normalmente trabajaba desde allí, por lo que la mayoría de nuestros encuentros eran *online*. Por Teams. Aun así, algo no me daba buena espina, pero, como en las últimas semanas, sumergida en la obsesión de terminar la novela y entregarla dentro del plazo, nada me lo daba, lo dejé pasar.

Ignoré a mi intuición.

Nunca hay que hacerlo.

—Genial. ¿Te espero aquí o dentro, Betty?

—Dentro —dijo señalando uno de los despachos acristalados—. Y, si ves algún título que te llame la atención, me lo dices y te lo llevas.

Sonreí.

Betty se comportaba como de costumbre y yo estaba actuando como una paranoica.

—¿Cuántos libros son necesarios para tirar abajo el suelo de un apartamento de Brooklyn? Es para una amiga —bromeé.

—Bah, no te preocupes. Los suelos de Brooklyn lo resisten todo. A mí me inquietarían más los libros que tienes pendientes de leer. Por aquí dicen que a partir de los quince su alma cobra vida como un fantasma y van a por ti —me siguió el juego, y mientras pasaba al despacho algo más relajada y cerraba la puerta me pregunté cuándo era la última vez que me había regalado tiempo para leer una novela por placer. Pero enseguida aparté el pensamiento de «hace mucho, y tú antes los devorabas», porque en los últimos tiempos, tras el tercer o cuarto bloqueo desesperante, había sacrificado casi todo, incluidos conocidos y buena parte de mi higiene personal, para alcanzar la meta propuesta y acabar una novela más.

Colgué el abrigo en el perchero y tomé asiento de espaldas a la oficina *open space* en la que los teléfonos no cesaban de sonar, se respondían correos, se leían manuscritos y se daban indicaciones precisas para el próximo pelotazo editorial.

Betty no me hizo esperar ni para tomar el café ni para conocer su resolución.

Llegó al rato, colocó la taza humeante delante de mí, se sentó enfrente y habló.

—¿Qué te ha pasado, Kelly? *La verdad que dice mi silencio* ni siquiera parece tuyo.

No necesitó pronunciar nada más para que la falsa seguridad que me había invadido me abandonara y los nervios estallasen propagándose por mi cuerpo. Bajé las manos hasta las rodillas, donde ella no las podía ver, y comencé a retorcerlas, tratando de aparentar serenidad ante mi editora para que no me

tomase, además, por la cría a punto de echarse a llorar cansada y derrotada que era. Si me hubiera visto esa mañana frente al espejo cubriéndome las ojeras con maquillaje...

En aquel momento quise decirle muchas cosas, pero todas se resumían en:

—Lo sé. Lo siento.

Podía defender el brutal esfuerzo. No el resultado.

Me examinó, comprensiva.

—La novela no puede salir en primavera, como estaba previsto. Con trabajo podríamos editarla y moverla a...

—No —la interrumpí—, no quiero publicarla.

A lo largo de los meses de ansiedad, mientras la tecleaba, había aprendido a odiarla y, con su confirmación... La novela no tenía alma. Sí que había escenas bonitas, sentidas, y diálogos con los que me había divertido. Nada es nunca cien por cien malo o bueno. Pero carecía de emoción, de latidos, de vida. Y ese no era mi mayor problema.

—¿Prefieres ponerte con otro libro para desintoxicarte, Kelly? —Tuve que contenerme, y mucho, para no echarme a llorar de agradecimiento. Después de mi monumental cagada, aún confiaban en mí.

—Sí, por favor.

Betty reflexionó unos segundos.

—OK, Kelly. Planifica una escaleta, hazme un resumen, me lo mandas y nos ponemos a ello.

—Vale. Prometo que esta vez no os fallaré.

Mentí. El mayor problema era que me había quedado vacía, seca, sin ideas, o con muchas a la vez que no dejaban de interferir entre ellas y me impedían concentrarme en escribir una línea.

¿Y si siempre había estado equivocada y los sueños tenían fecha de caducidad?

¿Qué se hacía cuando la tuya se acercaba?

¿Existía vida después de ellos o perderlos te arrasaba?

PARTE 1
Alas defectuosas

Querida mamá:

Hay algo anestésico cuando por fin caes. Mientras lo estás haciendo, sin control y con un millón de dudas, sientes el vértigo aferrado a tus huesos, a tus tripas, en la piel. Te preguntas cómo será el golpe y cómo quedarás después. Pero cuando chocas con el suelo la incertidumbre del impacto desaparece y te invade una aparente calma que, aun con el dolor, es preferible. Porque las heridas dejan de ser supuestos imaginarios. Por fin paras de flotar en una nebulosa y ves las fracturas reales que te ha provocado el impacto. Y entonces empiezas a recomponerte. En mi caso, la pregunta está clara: ¿qué quiero contar?

Te quiere,

Kelly

1

LA PROPUESTA

Kelly

Decidí marcharme de Brooklyn y regresar a Salem, a casa de la abuela Charlotte. Había muerto hacía dos años y la casa se encontraba vacía. La primera en abandonarla había sido yo, luego Mía para irse a Alemania, y finalmente papá diez meses después, cuando la cadena hotelera en la que trabajaba de recepcionista le había concedido el traslado que había solicitado para irse a Santa Bárbara, California, a convivir con el sol y, quién sabía, quizá comenzar la nueva vida que tanta falta le hacía desde la muerte de mamá; y es que Salem estaba a tan solo media hora de Boston.

A tan solo media hora de los recuerdos.

Para avanzar, debía poner distancia con ellos.

Observé lo que me rodeaba, las cajas en las que había ido recopilando las cosas acumuladas durante los últimos dos años y medio apiladas, y me mordí el labio. Era increíble la cantidad de basura que podía almacenar un ser humano. Al menos, yo, Kelly Bennet. Estaba segura de que la mitad de los trastos guardados en las cajas cerradas con cinta adhesiva, para que no se rompiesen durante el traslado con la empresa de transportes que había contratado, ya no me servían para nada. Aun así, no podía desprenderme de ellos. Siempre me había costado dejar ir, y esa máxima se podía aplicar a objetos, personas y sueños.

Hundí más los dientes en mi labio inferior.

Había pasado un mes y una semana desde la reunión con World Dreams y continuaba igual, sin un manuscrito o una mísera línea del prólogo a la vista.

Me dejé caer en el sofá mostaza y abracé los cojines púrpura. Subí las piernas y ojeé el salón que comunicaba con la habitación en un solo espacio abierto. Fue lo que me enamoró del piso. Cuando estaba buscando algo para alquilar en Brooklyn me encontré con una fotografía de él. Estaba lanzada desde el

dormitorio y se podía ver una cama de matrimonio cubierta con un nórdico blanco y una manta burdeos a los pies, la alfombra azul marino debajo de ella, el cabecero de madera estilo palé, el suelo de parqué y la pared blanca. Al fondo, se vislumbraba el salón, con vigas de madera en el techo y dos lámparas que pendían de ellas, tres paredes recubiertas de ladrillo, mientras que la frontal seguía la estela blanca, una estantería negra, dos sillas y una mesita también de madera de palé pintadas de azul, además de una alfombra de rayas en la misma tonalidad, la alta monstera que se me había secado igual de rápido que el cactus, el sofá mostaza y dos amplios ventanales. No tenía terraza ni escaleras de incendios a las que salir como en las películas, pero era luminoso. Rústico y a la vez moderno. Situado en una buena zona.

Lo dicho, me enamoré.

Podía visualizarme recién salida de la cama con el pijama de lino blanco que no tenía, un moño deshecho y las gafas que no usaba. Sobre la mesa, un café humeante, la lluvia repiqueteando contra la cristalera y el portátil encima de mis rodillas.

Tecleando. Tecleando. Tecleando.

Nada de eso había sucedido.

Mi pijama era de algodón con estampado de aguacates: la parte de arriba, blanca con uno que sonreía y, la de abajo, verde salpicada de varios de ellos. Mi glamuroso moño se parecía más al de Mulán, como no necesitaba gafas no me las ponía para hacerme la interesante y rara vez me sentaba al lado de los ventanales, porque estaban mal aislados y durante los meses de invierno, cuando era más productiva, el frío se colaba por sus rendijas. Además, las vistas eran al edificio de al lado. Ni rastro de la belleza del barrio o de la isla de Manhattan al fondo.

En resumen, había alquilado un piso idealizándolo y me daba pena afirmar que había resultado ser una absoluta decepción, pero sí podía decir que era muy distinto a lo que tenía en la mente. Aquello se podía aplicar a cualquier aspecto de mi existencia. Lo de idealizar.

Imaginaba escenas y me dejaba guiar por las fantasías.

Así me iba...

Mientras el resto de mis compañeros de instituto (no entendía por qué pensaba en ellos así) enfilaba hacia su futuro, yo, que había alcanzado el mío con dieciséis, sentía que se me escapaba de entre los dedos como la fina arena de la playa... «¿Cuánto hace que no la tocas? La arena, el mar», sonó en mi cerebro, y aparté el pensamiento porque aquello daba igual. Lo único que importaba era que Teddy, mi agente literario, me llamaría como todos los miércoles al cabo de tres, dos, uno, ya.

Llevábamos juntos desde *Al final siempre estás tú*, mi segunda novela. Era de Arizona y siempre se interesaba por mí antes de ponerse a hablar de trabajo. Valoraba eso de él. Que me recordase que más allá de mi producto, de mis libros, era una persona, aunque yo misma no le prestase toda la atención que debía a ese importante detalle.

—Hola, Kelly. ¿Cómo vas? ¿La mudanza se está haciendo muy cuesta arriba? —me preguntó nada más responder a su FaceTime. Se encontraba en su despacho de Los Ángeles y en la imagen se colaba la claridad de los rayos de sol que, con timidez, bañaban California aquella mañana de marzo, no como en Nueva York, donde el cielo lucía gris y encapotado.

—Bueno, bien. Solo me queda meter en la maleta que llevaré conmigo en el vuelo algo de ropa, la bolsa de aseo y... —Mierda. ¿Estaba teniendo la reunión en pijama? Bajé la vista con disimulo y en el acto incliné el móvil para que la pantalla ofreciese un plano de mi cara. Efectivamente, llevaba el pijama de aguacates puesto. Aunque mi rostro sin maquillar, con los ojos hinchados por la cantidad de horas que pasaba en la cama desganada, y el moño de guerrera china de dibujos animados tampoco eran mucho mejor. Aclaré la garganta para que no pensase cosas raras. Cosas como la lapidaria frase que me había dicho al contarle la charla con Betty de: «A lo mejor deberías hacer un parón, Kelly. Descansar, depurarte, reiniciar y volver a la carga. No sois máquinas de escribir, sois artistas»— ... la ropa, la bolsa de aseo y el portátil —me apresuré a añadir, y sonreí para zanjar cualquier pensamiento que cogiese ese camino, el del fin.

Él no conocía la voracidad del mundo editorial. Bueno, sí. Quizá incluso mejor que yo. Pero Teddy no tenía instalada en el pecho la sensación constante de que, si no me podía permitir ir lenta en la carrera de la escritura, aún menos podía lesionarme y detenerme con un tobillo torcido en el lateral. Había mucha oferta y, si tu nombre dejaba de sonar, te olvidaban y te sustituían con la misma facilidad con que te habían colocado en el podio. Y, en mi caso, ni siquiera había estado en la pirámide, vaya, solo en la base, un lugar sólido, confortable y que me permitía obtener los ingresos suficientes para alquilar un piso en Brooklyn en el que, haciendo memoria, había pasado mucho frío.

Hablamos un rato de nosotros y entonces llegó el interrogante.

—Sabes que tengo que preguntarte, Kelly. —A pesar de ser su trabajo, Teddy parecía apurado—. ¿Cómo llevas la nueva historia? ¿Algún resumen o escaleta interesante a la que pueda echarle un ojo?

Si esa misma cuestión me la hubiese planteado Betty, le habría contestado que por supuesto, pero que me diese un par de días más para perfilarla y, nada más colgar, habría buscado la licorería más cercana para comprar un litro de tequila y bebérmelo de un trago con la intención de emborracharme y comprobar si la

inspiración me llegaba en estado etílico, como a tantos artistas del pasado. Pero se trataba de Teddy. Y los agentes literarios eran como los abogados del mundo editorial. Debían conocer toda la verdad del delito (el manuscrito inexistente) para defenderte ante el tribunal (conseguirte más tiempo con la editora).

—Esta semana he empezado una novela...

—¡Bien! —celebró demasiado pronto.

—No he pasado de las diez mil palabras antes de archivarla. Yo no... —¿Lo que iba a decir sonaba presuntuoso? ¿Poco profesional? ¿Demasiado bohemio? ¿Ingenuo? Qué diablos, era Teddy. Teddy cuidaba de mí. Enderecé la espalda y me sinceré—: No la sentía. Estaba tan poco metida que a veces me salía de mi propia historia y, cuando volvía en mí, me daba cuenta de que había seguido tecleando, incluso escrito frases con sentido, pero las releía y... nada. Ni un encogimiento de estómago.

Él permaneció un instante en silencio.

—Entiendo.

—Por favor, no me digas que me tome un tiempo. Sé que probablemente es lo mejor, y no dudo de tu criterio, pero no puedo. —Bajé el volumen de mi voz—. No sé qué hacer si no escribo. —Debí reflexionar sobre mi última afirmación del mismo modo que observé a mi agente hacerlo.

—Suponía que me pedirías eso. —No parecía demasiado entusiasmado por mi tenacidad para no rendirme—. Así que tengo algo que proponerte. Una alternativa. ¿Qué opinas de las biografías, Kelly?

Que no había leído una en mi vida.

—Son muy pedagógicas —respondí por no quedarme callada.

Él concretó:

—¿Qué opinas de escribir una?

¿Qué me parecía? Nunca me lo había planteado, así que básicamente opinaba lo que le contesté:

—No sé hacerlo.

—A todo se aprende.

—Soy escritora de ficción.

—Te dará versatilidad como autora.

—¿Hablas en serio?

—¿Crees en las señales?

Lo pensé.

—No, Teddy, no creo.

—Genial, porque yo tampoco y considero que tu mudanza a Salem solo es una casualidad interesante de la que beneficiarse. —Aguardó para que su siguiente intervención tuviese más efecto—. ¿Qué me dirías si te digo Graham Scott?

Curvó los labios, satisfecho, y yo parpadeé, confundida.

«¿Era el nuevo personaje de moda en la literatura?».

—¿Debería conocerle?

Las tornas cambiaron y Teddy me examinó con cierto escepticismo hasta que se dio cuenta de que no le mentía. Entonces, silbó.

—¿Hablas en serio, Kelly? —Asentí y frunció el ceño, concentrado—. ¿Qué has estado haciendo los últimos cinco años?

Esa pregunta era fácil.

—Escribir.

—¿Y no has oído hablar de *él*?

—No.

Mi agente literario se tomó un momento para reordenar las ideas y yo aproveché para salir de nuestra conversación y meterme en el buscador de Google.

—Vaya, creía que todas las personas de tu edad en Massachusetts, cinco años por encima, cuatro por debajo, estuvieron «enamoradas» de Graham.

A la vez que Teddy hablaba, tecleé «Graham S» y no me hizo falta completar su apellido porque se rellenó solo.

Pulsé encima.

Clic.

—¿Ha muerto? —consulté mientras se cargaban las páginas. Internet nunca había ido para tirar cohetes en el piso de Brooklyn, y esa mañana menos.

—No, ¿por qué preguntas eso?

—Has hablado de *él* —imité su tono— en pasado.

Teddy no reparó en que lo había hecho hasta que yo lo dije en voz alta y aquel detalle no me pasó desapercibido.

—¿Te gusta el hockey sobre hielo? —cambió de tema. O no. Las páginas se cargaron. Había mucho contenido sobre Graham Scott. Las últimas y mejor posicionadas de los principales medios nacionales mencionaban la terrible lesión en la rodilla izquierda que le había apartado momentáneamente del hielo. Deslicé la yema del dedo por la pantalla. Los titulares hablaban de intervenciones quirúrgicas (muchas) y de su alejamiento de la vida pública. Pulsé en «Imágenes»—. Kelly...

Recordé que no le había contestado.

—En el instituto fui a ver algún partido —«porque mi mejor amiga, Wendy, estaba pillada hasta los huesos por una de las animadoras, aunque jamás lo admitiría; y porque si mi vida hubiera sido diferente, quizá habría sido una de ellas, animadora», omití y, en su lugar, resolví—: Eso es más de lo que se puede decir de muchos deportes. ¿Por?

Las fotografías se cargaron. Había cientos de ellas. Más incluso que páginas y noticias con su nombre. Aparecía él y... definitivamente, la primera vez que vi a Graham Scott no noté un latigazo violento bajo las costillas ni el corazón se me puso del revés. Me sonaba, eso sí. Le reconocí de verle de pasada en la televisión sin prestar atención a lo que decían y en algún anuncio, previsiblemente de perfume masculino para Navidad, con poca ropa y de tonalidades oscuras.

Por la equipación negra y amarilla con una B en el pecho que lucía en la mayoría de las imágenes, jugaba (o había jugado) en los Boston Bruins, el equipo de la ciudad de Massachusetts, aunque tenía la sospecha de que era canadiense. Tampoco fue muy complicado averiguar sus orígenes. En las fotografías de los partidos, las gradas estaban salpicadas de banderas del país y debajo aparecía su nombre junto al oso polar de Yellowknife. Si la memoria no me fallaba, esta ciudad estaba al noroeste del país vecino, cerca del círculo polar ártico. Y hacía mucho frío, tanto que a veces sus temperaturas podían rozar los veinte grados bajo cero en invierno.

Los dientes me tintinearon solo de pensarlo.

Era guapo. Muy guapo. Arrebatador. Objetivamente, se podría decir que Graham Scott era uno de los chicos más atractivos que había visto en mi vida. Tenía el pelo oscuro, mandíbula cuadrada y una irresistible sonrisa de infarto. Además, poseía la clase de belleza en la que lo angelical y una chispa diabólica y descarada se mezclaban dando con la fórmula perfecta. Él lo sabía. Era obvio, y lo potenciaba en las alfombras rojas en las que posaba en esmoquin. Elegantes camisas blancas, un lunar entre el pecho y el cuello por el que la gente babeaba en los comentarios, y algún que otro socarrón guiño a cámara. Sin embargo, no me decía nada más allá de que era el típico jugador de hockey sobre hielo, razonablemente alto, atlético, con un problema de ego bastante crecido y una sonrisa canalla dispuesta a seducir a cualquiera que se le pusiese delante. Un tópico con patines. Aunque había algo... Un rasgo suyo único. Sus ojos. Su mirada poseía un azul intenso y penetrante que refulgía y brillaba como los cristalinos lagos de Alaska.

Guau.

Jamás había visto algo similar.

Era hipnótica.

Te atrapaba.

Tan bonita que parecía de mentira, con un color inexistente.

—¿Sigues ahí, Kelly?

—Sí, sí.

—Graham Scott estaba llamado a ser el próximo Wayne Gretzky —explicó Teddy en ese momento, y debió de darse cuenta de que yo tampoco tenía ni idea

de quién era Wayne Gretzky porque al instante aclaró chasqueando la lengua—: El mejor jugador de la historia de hockey sobre hielo, Kelly.

—Ah.

—El caso es que hace unos meses se lesionó la rodilla izquierda en mitad de un partido. —Asentí. Lo había leído en los titulares—. Todavía está en tratamiento, hace rehabilitación, tiene mucha gente encima y eso... Pero, entre tú y yo, la cosa no pinta nada bien. —«Pobre», pensé sin comprender adónde quería llegar mi agente—. World Dreams había adquirido los derechos para publicar su biografía antes del accidente y les gustaría poner toda la maquinaria en marcha para adelantarse a futuros acontecimientos.

—¿Futuros acontecimientos?

Cerré la pestaña con las fotografías del jugador y regresé a nuestra conversación con una ceja enarcada. Solo me hizo falta un vistazo fugaz de la cara de circunstancias que había puesto mi agente para ser consciente de que su siguiente intervención no iba a agradarme.

—Que su lesión no se solucione y tenga que retirarse definitivamente. —Hizo una pausa y cogió aire—. Kelly, lo que voy a decir ahora mismo no es mi opinión, o cómo me gustaría a mí que funcionase el mundo. Es la realidad. No me juzgues, ¿vale?

—Vale.

—Los milagros venden. Las tragedias, mucho más. Una barbaridad. Más si son chicos jóvenes muy guapos con el cielo a sus pies y lo pierden en riguroso directo durante un partido clave de máxima audiencia que se está emitiendo en la televisión nacional. Todo el mundo vio el instante exacto en el que su rodilla se rompió y la expresión dolorida de su cara pálida y desencajada conforme le quitaban el casco y le sacaban de la pista tumbado en una camilla. O, lo que es lo mismo, todo el mundo va a comprarse el maldito libro. Será un *bestseller*. De pocas cosas he estado más seguro en mi vida. Sea cual sea el resultado final, esa biografía está destinada al éxito.

Apartando (con esfuerzo) lo que pensaba de que quisiéramos aprovecharnos de la desgracia ajena de ese modo, me surgió una duda.

—¿Qué tengo yo que ver con la biografía de Graham Scott, Teddy?

Até cabos.

No podía ser que insinuase lo que pensaba que estaba insinuando.

—Simple. Ayer estuve hablando con Betty y creemos que podría ser una buena idea que la escribieses tú.

O sí que podía ser.

2

EL HIELO

Graham

El hielo tiene un olor característico, *orgásmico*, aunque son pocas las personas que a lo largo de su vida llegan a percibirlo. Es un aroma con textura. De los que invaden tus fosas nasales, se te meten dentro y cuya presencia notas abriéndose paso de camino a los pulmones para adueñarse de ellos. Es un olor fascinante. Cada vez que cerraba los ojos pensaba en él y en que llevaba seis jodidos meses sin sentirlo.

3

CUADERNO DE KELLY

Notas novela

Posibles temas para tratar en la novela:

- Muerte.
- Adicciones.
- Fracaso.
- Fama.
- Búsqueda de uno mismo.
- Exposición pública.
- Mundo del espectáculo, deporte, música, redes sociales.
- Etapas de la vida.

...

4

MI VOZ

Kelly

—Vas a escribir la biografía de Graham Scott —dijo Mía desde el otro lado del teléfono.

Estábamos haciendo una videollamada y, si los cálculos no me fallaban, en Alemania debían de ser las doce de la noche mientras que en Salem eran las siete de una tarde del mes de marzo. Solíamos llamarnos a esa hora los días que lo hacíamos (no eran todos), y ese era el motivo de que todavía no hubiese visto el sol alemán y de la nocturnidad de nuestras charlas, aunque mi hermana aseguraba que en realidad este no asomaba nunca por allí con sus rayos y que volvería a Estados Unidos todavía más blanca de lo que se fue.

Una pista: aquello era imposible.

—Ajá —contesté, y dejé el móvil apoyado en el sofá con un buen ángulo para que me viese conforme abría una de las cajas.

Llevaba viviendo dos semanas en la casa de la abuela Charlotte y la empresa de transportes había funcionado de un modo tan eficiente que el camión de la mudanza con mis cosas había llegado tan solo un día después que yo. ¿Por qué ni tan siquiera había quitado todavía la cinta adhesiva a las cajas? Y ¿por qué había esperado hasta casi el mismo día en que iba a empezar a trabajar en la biografía de Graham Scott para contárselo a Mía? Imaginé que había una respuesta común para ambos interrogantes. Hacerlo suponía la confirmación de que había sucedido. Estaba allí. En Salem. Sola. Sin saber qué iba a ser de mi vida, salvo que al cabo de unas pocas horas me reuniría con...

—Graham. —Mía dijo su nombre y recalcó—: *Scott.*

Dejé de buscar el cúter en los cajones del mueble de madera que había bajo el gran televisor de mi abuela, que con toda probabilidad databa de la época de la independencia y constitución de los Estados Unidos y la miré. Mi hermana podía

ser muchas cosas, pero fanática nunca. Por esa razón, su reacción exagerada me sorprendió.

—Sí —respondí.

Otro de los motivos por los que había tardado tanto en contárselo era porque quería estar cien por cien segura de que no daría marcha atrás, me arrepentiría y marcaría el número de Teddy para decirle que la idea que él y Betty habían tenido de que me reuniese con el jugador era una absoluta locura de la que no pensaba formar parte.

Mía me examinó detenidamente con sus ojos azules. Se encontraba en el piso que había alquilado cerca de la estación de tren de Düsseldorf, y detrás de ella asomaba la bicicleta que había comprado para acudir al trabajo cada mañana. Llevaba su cabello rojo, naranja, más bien, recogido en una coleta con las puntas onduladas y un mullido pijama blanco, con el que ofrecía una imagen de catálogo de colchones que los vendedores pondrían en el escaparate de una tienda para que entrases directamente a llevarte uno a casa; mientras que, por mi parte, me mantenía fiel al estampado de aguacates y el moño estilo Mulán.

—No lo entiendo —pronunció.

—La que no lo entiende soy yo. Pensaba que ni siquiera lo conocías, Mía.

—Kelly, todo el mundo sabe quién es Graham Scott, y quien no lo conocía, después de la lesión, te garantizo que lo hizo.

Ahí estaban algunas de las palabras por las que dije que sí. Aparte de lo evidente —que escribir la biografía de Graham Scott me permitiría mantener el anticipo editorial si finalmente no salía adelante la novela (aunque eso prefería no pensarlo), y que, si no era yo, otra persona ocuparía mi lugar detrás del teclado—, se encontraba lo que había sucedido en la pista de hielo.

Cuando Teddy me hizo la propuesta y me explicó que el jugador se había trasladado a una casa en Salem para estar más relajado antes de la siguiente (y definitiva, para bien o para mal) intervención, tuve que pensármelo. Le pedí unos días para darle una respuesta que él y sobre todo la editorial aceptaron. Me dieron cuarenta y ocho horas para que les contestase. No era mucho margen, y menos coincidiendo con la mudanza... Pero eran sus condiciones y tenía que acatarlas sin rechistar. Nada más que hablar.

La cuestión era que durante ese tiempo le di muchas vueltas al tema. ¿Me veía capaz? Sí, todo era proponérselo. ¿Era lo que quería? Lo que quería era parar de sentir que mi cerebro estaba frito o frenético, oscilando entre ambos extremos, pero ahí no influía lo que hiciera respecto a Graham. Así, había pensado y pensado hasta que me había encontrado en una encrucijada. Un callejón sin salida. Despejar mis interrogantes internos no me ayudaba a tomar una decisión. Últimamente me costaba decidirme. Por ese motivo, hice algo que se me daba

bien, que me ayudaba a entretenerme mientras pasaban las horas y que podía realizar en posición horizontal tirada en el sofá de mi abuela: *stalkearle*.

Lo primero fue seguirle en las redes sociales desde el perfil de mi *alter ego* K. B. Stevenson e ir de menos a más interés mediático. En Twitter sus interacciones eran escasas y se limitaba a compartir información de los Boston Bruins y mensajes políticamente correctos, que parecían redactados por un *community manager* en fechas clave o ante acontecimientos sobre los que debía pronunciarse.

Fue como leer un periódico deportivo.

Poco esclarecedor.

Pasé a TikTok.

En la segunda red social me sorprendió su sentido del humor y lo mucho que se exponía. O Graham Scott no era tan inaccesible como había supuesto, o en la época de compartir todo ya nadie representaba un misterio. Había vídeos suyos en los partidos, entrenamientos, viajes de autobús y avión, hoteles y algún que otro baile. Allí averigüé que en ocasiones era un poco payaso y nunca, jamás, borraba la seductora sonrisa ladeada que, estaba convencida, tan buenos resultados le daría con todo tipo de público masculino y femenino. Además, «conocí» a parte de su círculo: Miguel González, Collin Lewis y Peter Stanford, los tres compañeros de equipo con los que más aparecía, y Ángela Rigby y Daphne Collins, animadoras oficiales de los Boston Bruins. Me pregunté si tendría algo con Ángela (Daphne era la novia del tal Peter) y al instante me cuestioné si debería saber ese tipo de cosas íntimas para escribir su biografía. Graham era cercano con la prensa, pero no despegaba los labios cuando le preguntaban sobre su vida privada. A lo mejor no había tenido novia. O novio. Daba igual. En el caso de que aceptase el encargo, porque en ese momento aún no lo tenía claro, ese sería un límite que él marcaría.

Fui a Instagram.

En la tercera y última red social, mi favorita, también era bastante activo. Sin embargo, esta parecía más «personal». Había fotos con Ángela Rigby, Daphne Collins, Miguel González, Collin Lewis, Peter Stanford y más personas relacionadas con el hielo, pero a su vez salía una adolescente que se llamaba Daisy, que interpreté que era su hermana pequeña por el texto. Arthur y Karen, sus padres, y Bingo, el perro más feo del mundo, al que llevaba a todas partes; incluso le había puesto una adorable coronita para celebrar su cumpleaños. A Graham le gustaban todo tipo de deportes y quitarse la camiseta, y cuando le daba el sol, los ojos se le aclaraban aún más y le salían pecas salpicadas por la nariz y la parte superior de las mejillas...

Instagram no me aclaró nada.

Quizá Tinder me habría servido para averiguar si era mi tipo o no y hacer *match* con él, pero como no se estaba barajando la opción de enamorarnos, sino la de escribir su vida, hice lo único que no me había atrevido hasta entonces y que la frase de Mía me había recordado mientras abría la caja: fui a ver el vídeo en el que se fracturaba la rodilla izquierda.

Ese paso, como el anterior de las redes sociales, también podía dividirse en tres partes. Para empezar, la cantidad indecente de visualizaciones que tenía, y eso que había una amplia variedad de grabaciones capturando ese instante, algunas incluso a cámara rápida, a cámara lenta o con música bélica de fondo. Le siguieron los comentarios que tuve que parar de leer por mi salud mental, ya que una serie de pensamientos indignados empezaron a martillearme en las sienes. La mayoría de los textos eran amables, aunque había otros que... No conocía a Graham Scott, pero sí sabía lo poco que me gustaba la crueldad.

Y, finalmente, cogí una bocanada de aire para afrontar el tercer acto. Di al *play* a uno de los vídeos.

Nunca me han entusiasmado las reproducciones de accidentes, golpes o caídas. Aunque sean de broma. Supongo que no me atraen las imágenes que *duelen*. Por eso me cuidé mucho de no reparar en sus piernas durante la jugada y cuando llegó el momento de la rotura aparté la mirada. A mí lo que me interesaba era otra cosa: lo que vino después, cuando ya estaba subido en la camilla y lo sacaban de la pista a toda pastilla. Todos hablaban de su cara. El gesto de dolor que había conmovido a medio mundo.

Quería ver la expresión, fijarme en sus facciones, en el color que abandonaba su piel y... Desvié los ojos hacia un lateral de la pantalla. Hacia su mano. No sabía si alguien más lo había hecho o yo era la primera persona en reparar en el lento movimiento ascendente y en cómo se la llevaba al pecho y apretaba encima del corazón con fuerza, para atraparlo, como si temiese poder perderlo junto a su sueño. Ese fue el instante exacto en el que decidí que diría que sí. Creo que, de alguna manera, me reconocí en él y en las plumas invisibles que a ambos se nos estaban cayendo y nos desdibujaban.

Para mí no había nada peor que cuando hablan de ti en pasado mientras estás vivo, como habían hecho Teddy y después Mía.

—Yo no sabía quién era, pero ahora sí. —Aparté los pensamientos y regresé a la conversación con mi hermana. Encontré el cúter en un cajón y rasgué la cinta adhesiva de la primera caja.

—Eso te da una idea de lo desconectada que estás del mundo, Kelly. —Mía era muy directa, aunque no solía juzgar. En lugar de contestarle, abrí las tapas de la caja y hundí las manos en el interior. La vajilla tintineó—. ¿Qué has hecho estos días? Colocar tus cosas ya veo que no y... —Acercó la pantalla del móvil a

su cara—. ¿Algunos muebles siguen todavía tapados con sábanas? Joder, Kelly, llevas una semana en Salem...

—Dos —la corregí distraída.

Al instante me arrepentí de haberlo hecho. Chasqueé la lengua y apoyé de nuevo el recipiente que había comprado en Nueva York para guardar las galletas de mantequilla que nunca llegué a hornear. Luego la miré. Mía había vuelto a apartar el teléfono y lucía una expresión que viraba entre la incredulidad y la preocupación. En el fondo, llevaba razón. Dos semanas eran tiempo más que suficiente para haber puesto la casa de la abuela Charlotte a punto. Quise decirle que me lo había planteado no una, sino muchas veces, pero que cuando me iba a poner a ello me sentía tan derrotada que los músculos de todo el cuerpo se me agarrotaban y me quedaba paralizada; que estaba un poco superada y desganada por la situación y me acompañaba una sensación de agotamiento que no comprendía, porque no hacía prácticamente nada en todo el día. Pero, en su lugar, lo que salió por mi boca fue:

—Mañana me pongo. Te lo prometo.

Me dirigió una significativa mirada y pude distinguir el instante exacto en el que se obligaba a mantener la calma, relajarse y cerrar la boca. Aquello no era bueno. Era alarmante. Mi hermana se caracterizaba por su impaciencia, más o menos como yo. Una de las pocas cosas que compartíamos. Y que respetase la forma en que estaba negando la realidad en lugar de prorrumpir en una frase que viniese a decir «Espabila, Kelly Bennet» —o que lo dijese directamente— era un indicador de la gravedad de las circunstancias que ignoré, sin poder evitar que me recorriera cierta sensación de angustia por el cuerpo y me oprimiese los pulmones.

—OK —dijo al fin—. Lo dejaré pasar si incluyes en la promesa higiene personal diaria y la desaparición del moño.

—Me ducho todos los días —me defendí.

—Haz que lo parezca.

Puse los ojos en blanco.

—Y mi moño te encanta. ¿Cómo lo llamabas? «Es súper».

—Me parecía súper cuando no te lo ponías todos los malditos días. Ahora lo definiría más como un nido de pájaros. —Apretó los labios y, en respuesta, le enseñé el dedo corazón. A veces continuábamos comunicándonos como cuando ella tenía diecisiete años y yo quince, antes de que mamá se fuera—. Por si te lo preguntas, no es negociable, Kelly Bennet. El moño tiene que morir, o de lo contrario...

—¿Qué?

Experimenté un escalofrío temiendo su respuesta y negó con la cabeza.

—No, no le voy a contar a nuestro padre que su hija pequeña tiene una crisis existencial y está completamente desubicada. Le mantendremos al margen, *por ahora* —puntualizó. Otra de las pocas cosas en las que coincidíamos era en que él se merecía un respiro, disfrutar de Santa Bárbara. Suspiré aliviada de que no fuese por ahí. Mi hermana aprovechó para aclararse la garganta y que su intervención tuviese más efecto—. De lo contrario, nadie podrá evitar que utilice los días de vacaciones que me quedan para comprar un billete de avión e ir a visitarte.

—Me niego.

Mía quería emplear esos días para recorrer Europa porque le encantaba viajar, sobre todo sola. Yo también lo adoraba, aunque hacía mucho que no iba a ningún sitio por el placer de hacerlo. De hecho, en los últimos tiempos solo lo hacía para asistir a algún evento literario o a alguna firma, y, lejos de lo que pudiese parecer, distaba (y bastante) de poder considerarse ocio o turismo. La única excepción era el fin de semana que había acompañado a papá a Santa Bárbara... Y tampoco contaba. En California me había pasado todo el rato pensando en posibles historias que se desarrollasen con dicha ciudad como escenario. Planifiqué la de un surfista mientras caminaba por el paseo de su extensa playa. Y, cuando me senté en una terraza de State Street, se me ocurrió la de una chica que deseaba ser actriz y se iba a Los Ángeles a cumplir su sueño. Con esa historia desmenuzaría todos los mitos de la fama. Además, sería la hermana pequeña del mejor amigo del surfista y se enamorarían. ¿Algo más fresquito que un romance en la UCSB, la universidad de Santa Bárbara, desde la que se veían el mar y las colinas? Ese había sido mi *turismo*. Mi plan. Imaginar argumentos que no llegaron a nada. Abstraerme en mis fantasías un fin de semana entero.

—Si voy o no lo decidiré yo con el poder infinito de entrometerme en tu vida que me otorga ser tu hermana mayor —dijo Mía, y me devolvió a la conversación—. Por lo pronto, creo que Graham te vendrá bien.

—¿Graham? —vacilé. No entendía qué tenía que ver él con lo que estábamos hablando.

—Imagino que tendrás que visitarle, hablar con él. Intercambiar palabras con un ser humano de verdad, que respira, algo que, lo siento mucho, tus personajes no hacen. —No dije nada. Todavía no tenía muy clara la dinámica que mantendríamos. Suponía que la definiríamos la mañana siguiente, cuando por fin nos conociéramos en persona—. Te vendrá bien para despejarte. —Hizo una pausa y suspiró. Ahí venía la pregunta—. ¿Cómo va la novela?

Era curioso cómo cambiaban las cosas. A Mía nunca le había interesado la literatura. Decía que, en lugar de leer lo que le sucedía a un personaje ficticio, prefería vivirlo. Yo tenía muchas cosas que objetar a su razonamiento, como que

ambas cosas no eran incompatibles y viviría al cuadrado, pero esa era su forma de pensar y aun así, siempre, siempre, mostraba interés por mis novelas. Era la primera en escuchar el argumento y a la que recurría cuando algo en la trama se trababa para que me ayudase con una lluvia de ideas. Le entusiasmaba oírme hablar de libros. Sonreía y, cuando en un arrebato de inspiración yo escribía en mi libreta frases a las que solo mi mente era capaz de dar sentido, como si hubiese hallado el camino para unir dos puntos que hasta entonces habían permanecido alejados entre sí, las leía y decía: «No entiendo un carajo, pero me alegra verte tan feliz».

Sin embargo, su expresión había ido cambiando con el paso de los años y la mirada que me devolvía a través de la pantalla se parecía, más que a la de mi hermana en el pasado, a la que reservaría en uno de mis libros para la mejor amiga de la protagonista mientras trata de contener su opinión sobre un novio tóxico. Aun así, aguantó. Y, aun así, fui sincera. Si dejaba de decirle la verdad a Mía, aunque supiese que no le iba a gustar, me quedaría sola con mis miedos e inseguridades, y me aterraba que entonces estas me aplastaran.

—No he escrito ni una palabra —confesé.

—¿Nivel de desesperación?

—Elevado.

Se mordió el labio para, de nuevo, no soltar lo que estaba pensando.

—Cose —resolvió tras un par de segundos en silencio.

—¿Cómo?

—Cuando llegamos a casa de la abuela Charlotte te enseñó a bordar hojas y esas cosas en la ropa. Recuerdo que te calmaba. Seguro que papá guardó los hilos de colores, las agujas y lo que sea que utilizaseis en el desván. Podrías recuperar la afición. Eso sí, solo cuando te hayas librado del moño.

Sonreí agradecida. Mi hermana me estaba dando una vía de escape por la que huir si las cosas se ponían feas. Hablamos un rato más antes de colgar. Me contó los avances supuestamente confidenciales en algo en lo que estaban trabajando en la Agencia Espacial Europea (menos mal que no me enteré de nada), y yo encontré lo que estaba buscando en la caja antes de colgar: la bolsita de regaliz. Cada persona tiene una forma diferente de enfrentarse al estrés, y la mía consistía en comer regaliz en cantidades industriales.

Cogí una primera porción y me senté en el sofá en el que había dejado apoyado el móvil y que no tenía la sábana antipolvo puesta. Luego, estiré el brazo a la mesita baja del salón, que sí estaba cubierta (y que era la que había puesto en alerta a Mía), y agarré el bolígrafo y el cuaderno que descansaban encima. Antes solo usaba libretas monas, pero había malgastado tantas durante los últimos meses garabateando ideas que no llegaban a ningún lugar, que me

había decidido por comprar esta, sencilla, de cuadrícula y con la tapa verde. La abrí y me metí el regaliz en la boca al mismo tiempo.

«Posibles temas para tratar en la novela», leí.

Había redactado un listado el día anterior y fui repasándolo mientras masticaba. «Muerte», vaya, había hablado sobre ella y el duelo en las tres novelas publicadas; «adicciones», tema protagonista de la tres; «fama» y «fracaso» iban de la mano en la segunda; «búsqueda de uno mismo», todos mis personajes se buscaban. ¿Acaso no consistía en eso su evolución?

Una por una fui tachando las ideas y descartándolas hasta encontrarme con un folio sin nada aprovechable que me presionó bajo las costillas oprimiéndome hasta clavármelas. Nada. De nuevo, no había nada. Un muro con el que chocar. Pero no me rendiría. No podía. Los sueños se van, nunca se los echa. Solo tenía que buscar otro camino para encontrar el pálpito que anunciaba que tenía entre manos una historia, porque... era imposible que ya hubiese hablado, reflexionado y fantaseado sobre todo lo que me interesaba en el mundo, ¿verdad? Sería extremadamente triste que no existiese nada más que despertase mi curiosidad, mis ganas de zambullirme en un tema, en unos personajes. Algo así significaría que estaba condenada a observar el universo con las gafas de la indiferencia.

Negué con la cabeza, me descalcé y flexioné las rodillas contra mi pecho para abrazarme a mí misma y hacerme un ovillo. No podía haberlo dicho todo. Mi voz debía de continuar allí, en alguna parte, dentro de mí, pero ¿dónde?

Aquella noche descubrí que no hay nada más frustrante que parar de escucharte.

Estar sin ti.

5

GRAHAM SCOTT

Kelly

A la mañana siguiente me prometí que no pensaría en nada relacionado con libros, al menos hasta la hora de comer. Me ponía metas razonables que podía cumplir.

La abuela Charlotte solía decir que la vida nos daba un empujoncito para seguir adelante negándose a parar sin importar lo que te sucediera. Así que eso hice. Acomodarme a su velocidad. Me desperté pronto, desayuné leche con cereales Cheerios, me duché, me vestí con unos vaqueros oscuros, camiseta blanca, americana marrón, botas y unos aros plateados más bien grandes, y, justo antes de salir, quité las sábanas que cubrían todos los muebles del salón y le mandé una fotografía a Mía. Ella la vio al instante. Calculé. Si en Salem eran las diez, en Alemania serían las tres de la tarde. Hora de ir a trabajar para mí e irse a casa para ella. Me respondió con el emoticono del pulgar hacia arriba y un aplauso. Sonreí y entonces me hice un selfi y se lo envié.

La respuesta de su wasap fue menos cariñosa entonces.

«Muerte al moño», sentenció.

Jamás.

En el último segundo me había recogido el pelo en un moño deshecho con algunos mechones sueltos que enmarcaban mi cara ovalada para conseguir exactamente el efecto que había logrado en mi hermana. Molestarla un poco.

«¿Vas a ver a Graham?», preguntó mientras yo cogía una bufanda para enredármela al cuello y después me hacía con el abrigo beis. Aunque la temporada de nieve y hielo más brutal había pasado, todavía hacía frío en Massachusetts.

Hemos quedado a las once. Voy a ir andando.

Ánimo con las agujetas. Piensa que llevas un tiempo en el que tu máximo ejercicio es deslizarte como un gusano resbaladizo a la cocina a por regaliz. 😉

Podré con un paseo.

Acompañé el texto con el emoticono del brazo musculado.

OK, pues... ¡a por Graham Scott!

😊

Guardé el teléfono en el bolso y salí. Fuera me recibió una corriente de aire que hizo que me apresurase a abrocharme el abrigo. Me detuve y alcé la vista. Hacía un día raro. De esos en los que el cielo parece encapotado, pero también se distingue cierta claridad entre las nubes que podría anunciar que al cabo de unas horas se despejaría y saldría el sol. Me subí el cuello, me calé la capucha y empecé a bajar la escalinata de cinco escalones.

La casa de la abuela Charlotte pertenecía a un barrio de coloridas casas adosadas. No tenían patio, porche o terraza, solo la escalera que ella adornaba con macetas de flores a los lados. La nuestra era de color azul celeste. A un lado, se encontraba una blanca y, al otro, una rosa pastel. Conforme descendía me fijé en los maceteros. Tenían tierra y esqueletos de lo que un día fueron plantas. Debía ponerle solución. Si la abuela Charlotte levantase la cabeza (y con la de veces que había asegurado que proveníamos de una estirpe de brujas, era una opción que había que tener en cuenta), nos maldeciría por haber arruinado su rincón favorito, ese en el que se sentaba a ver a las ardillas trepar por los troncos y las ramas de los árboles de las aceras de la calle.

«Estas cosas, las habituales que ocurren cada día y que nadie más observa porque todo el mundo está muy ocupado buscando algo espectacular, esconden el placer de la vida, Kelly. Míralas. Empápate. Nunca dejes de ver lo que te rodea o una mañana te levantarás y repararás en que te has pasado la mayor parte de tu existencia ignorando la belleza al alcance de tu mano por una que no existe», aseguraba, y a mí me hacía pensar. Adoraba a las personas que instalaban dudas en mi cerebro, y en eso ella era una experta.

Dejé atrás las macetas con las plantas marchitas y continué la marcha. Tardé cuarenta y cinco minutos en localizar la casa de Graham Scott guiándome con el móvil. Bueno, la mansión. Se encontraba a las afueras en uno de esos barrios adinerados donde vivía la gente que trabajaba en Boston y que era la culpable de que algunos llamasen a Salem ciudad dormitorio. Las calles se agrandaron al llegar y la vegetación se tornó más densa, tanto en las zonas públicas como en las privadas. De hecho, algunas de las viviendas estaban tan ocultas por los

frondosos setos, arbustos y árboles que tan solo se distinguía parte de su tejado asomando entre el manto verde y los muros de piedra robusta que las custodiaban.

No era el caso de la casa del jugador de hockey sobre hielo.

Su fachada blanca con el tejado y los bordes de las ventanas negros era tan imponente que resultaría imposible de ocultar. ¿Tenía dos plantas? ¿Tres más la buhardilla que se intuía en su cima? Y ya no era solo eso, desde mi posición en la acera de enfrente podía distinguir una construcción de menor tamaño aledaña a la principal. Atrapé el labio inferior entre mis dientes. Seguro que tenía piscina. Cubierta y al aire libre. Y *jacuzzi.* Y gimnasio. Y sala de juegos. Y porche. Y... ¿Necesitaba tanto? Teddy me había contado que no era su residencia habitual y que Graham la había alquilado para estar más tranquilo mientras esperaba la siguiente operación, que se produciría al cabo de unas tres semanas, un mes quizá, no lo recordaba bien, cuando se recuperase de la anterior, que no había ido según lo esperado.

Sacudí la cabeza poniendo los ojos en blanco y, mientras repasaba la poca información que Teddy me había dado, mi agente literario me llamó.

—¡Hola, Kelly! ¿Lista para el gran encuentro?

—¿Te puedes creer que Graham Scott tiene una casa de la que soy incapaz de adivinar el número de plantas desde fuera? —Arrugué el entrecejo. Parte de mi trabajo consistía en no juzgarle para poder contar su vida de la manera más objetiva posible, pero me lo iba a poner muy difícil si continuaba con aquella exhibición de ostentosidad innecesaria.

—Vaya, genial. Iba a preguntarte si ya habías llegado y te has adelantado. —Intuí su sonrisa calmada al otro lado del teléfono—. ¿Qué te molesta de su casa? Los jugadores de las ligas deportivas profesionales no se caracterizan por vivir en modestos pisitos diminutos.

¿Qué me molestaba? Supongo que, si era sincera conmigo misma, lo que me irritaba realmente era que los dos estuviésemos en puntos críticos de nuestras carreras y yo hubiese tenido que mudarme a la casa de mi abuela mientras él podía permitirse aquel palacio. La abismal diferencia entre el deporte y la literatura. Sin embargo, ese pensamiento no era justo para el jugador. Graham no tenía la culpa de la «ligera» precariedad laboral de una amplia mayoría de los escritores, y por el momento yo podía vivir de ello. Era una privilegiada.

Reculé.

—Nada. Estoy algo nerviosa. Lo siento.

Como siempre, Teddy se mostró comprensivo.

—Es normal. Tú solo piensa que Graham Scott es una persona de carne y hueso y, aunque gruña, no muerde.

Enarqué una ceja.

—¿Va a gruñirme?

—Bah. Es una forma de hablar... Aunque puede que esté un poco irascible. Piensa en cómo estarías tú en su lugar, Kelly.

En pijama de aguacates, sin peinar y con un palo de regaliz en la boca.

—Estoy seguro de que contigo World Dreams ha acertado —añadió—. No será como con los demás. —No podía verle, pero estaba convencida de que acababa de morderse la lengua por desvelar demasiado.

—¿Los demás? —dije, y él no contestó de inmediato, así que insistí—. ¿Hay otros, Teddy?

Mi agente me había hablado de que el trabajo no estaba cien por cien cerrado. Graham Scott tenía que aceptarme como la escritora de su biografía. Pero Teddy nunca había mencionado que fuese a presentarme a una especie de *casting* para conseguirlo. Ese era un detalle importante. Y yo era demasiado controladora como para ignorarlo.

—Teddy...

—Ha habido, en pasado —especificó—. Pero no son competencia. Los rechazó a todos.

Aquello no me consoló para nada.

—¿Cuántos?

—Creo que tres, aunque es posible que cuatro, pero el último se negó él mismo a los pocos minutos de entrar.

Ostras.

—¿Tan «especial» —utilicé como eufemismo de gilipollas— es Graham Scott?

En sus redes sociales parecía un chico simpático, socarrón y que necesitaba que alguien le regalase una camiseta para cubrirse el pecho, pero agradable. Y luego estaba el gesto de la mano sobre su corazón el día de la lesión que me pellizcaba las entrañas... Claro que la imagen que ofrecía podía ser una fachada tejida con mimo e inteligencia por el mismo departamento de marketing que le conseguía suculentos contratos de publicidad, y el movimiento de su mano, un acto involuntario al que yo había dado demasiada trascendencia causado por el dolor de fracturarse varios huesos y dañarse los músculos y tendones de la rodilla izquierda. En los comentarios de los vídeos la gente decía que daba la sensación de que la pierna se separaría del muslo y saldría volando. Y no les faltaban razón. Era una lesión muy grave.

—Teddy... —reclamé por segunda vez una respuesta, y él se dignó a contestar.

—No lo sé, Kelly. No le conozco.

Esa sí que era buena. Cuando le interesaba, Teddy no conocía a Graham Scott.

—Me voy —anuncié molesta por la sorpresa de última hora, y roté sobre mis talones dispuesta a abandonar aquella silenciosa calle residencial por la que todavía no había pasado ni un mísero coche.

Estaba cabreada. Odiaba que me ocultasen información. Asentí convencida mientras enfilaba en dirección a casa de la abuela Charlotte cuando Teddy me detuvo.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—Por favor, Kelly...

—Dame una razón, solo una, que justifique por qué no me has contado nada hasta ahora cuando casi estoy llamando a su puerta.

Él reflexionó durante unos instantes, aunque debía de ser complicado hallar un motivo, ya que no dijo nada.

—Me voy de aquí —ratifiqué. No tenía ganas de lidiar con una estrella de hockey sobre hielo de carácter complicado.

—Espera. Primero deja que te dé mi respuesta —se apresuró a decirme—. No te lo conté antes porque no quería darte la excusa que estabas buscando para negarte a hacerlo sin haberlo intentado. De veras creo que puede funcionar, ayudarte a reconciliarte con la escritura probando otro género y, de paso, evitarnos dolores de cabeza con el adelanto que ya nos han dado por la novela que no salió adelante. Solo te pido que entres, ¿vale? Que hables con él, veáis si el proyecto puede encajar para ambos, y si se comporta como un cretino, tú...

—Empatizo con su situación —completé lo que creía que iba a decir poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué? No, no, Kelly. Qué va. Para nada. Si se comporta como un cretino, te levantas, porque imagino que estarás sentada, le dices con toda la dignidad del mundo que se busque a otra persona y olvidamos este episodio o, mejor, lo archivamos en la memoria, por si te sirve para alguna de tus historias, en caso de que algún día te decidas a escribir una comedia romántica. ¿Qué te parece? ¿Hacemos las paces?

Una de las cosas que más detestaba de mi relación con Teddy era que no podía aguantar cabreada con él más de dos minutos seguidos. Era irritante.

—Si es muy capullo, ¿puedo insultarle?

—Prefiero una peineta. Es más elegante. Y tú una chica con mucha clase.

—No me hagas la pelota para que te perdone, Teddy.

—Te hago la pelota a todas horas. Es una de mis aficiones favoritas. Venga, ¿amigos?

Accedí con condiciones.

—La próxima vez...

—Te haré un informe exhaustivo con todo lujo de detalles del jugador sexi por el que medio país mataría para que le encerrasen en la misma habitación y respirar su mismo aire, y que tiene una mansión indignantemente grande. —Negué la cabeza sin poder evitar sonreír por la tontería que acababa de decir y miré de nuevo la casa de Graham Scott—. Kelly...

—¿Sí, agente en prácticas?

—¿Te cuento un secreto? —Hizo una pausa y le escuché suspirar—. A lo mejor no va mal, ¿sabes? A lo mejor escribir su biografía es una experiencia fantástica.

«A lo mejor, siendo optimistas, resisto ahí dentro más de quince minutos», pensé al recordar a mis predecesores, pero no se lo dije. Nos despedimos a los pocos segundos. Cogí una bocanada profunda de aire, crucé la calle y me encaminé a la casa. El muro bajo que rodeaba la vivienda era de piedra y tenía una puerta de verja negra. Llamé al portero automático y aguardé mientras forzaba una sonrisa.

—¿Sí?

Una voz masculina que no reconocí como suya salió por el altavoz. Cambié el peso de una pierna a otra y me coloqué uno de los mechones sueltos detrás de la oreja, como hacía siempre que estaba inquieta.

—Hola. Soy Kelly...

—Bennet. Pasa. Te estábamos esperando.

La verja se hizo a un lado emitiendo un sonido motorizado. Cuando vi el jardín que envolvía la mansión de Graham Scott contuve el aliento de la impresión y me vi obligada a dictarles a mis pies que se moviesen antes de que la puerta se cerrase de nuevo tras de mí. Era, sencillamente, precioso, en una palabra. Hay lugares que no necesitan más para ser descritos. En él, había árboles medianos, flores coloridas, arbustos, césped cuidado, bancos de piedra blanca y una fuente en medio del camino de piedrecitas que conducía a la entrada principal en la que se abrió la puerta.

«Bien, allá vamos, Kelly», pensé.

La casa estaba rodeada de un porche también blanco y para acceder a él había que subir cinco escalones, como en el adosado de la abuela Charlotte. Existían serias posibilidades de que el número de escalones de acceso a nuestras casas fuese lo único que Graham Scott y yo teníamos en común.

—Antes de que entres me gustaría disculparme —me dijo el hombre que me esperaba en la puerta mientras yo subía las escaleras—. Hemos llegado hace dos días y... No hay excusa. Lo tenemos todo hecho un desastre, tanto que hemos convertido el recibidor en una carrera de obstáculos entre maletas, bolsas y cajas. —El desconocido tenía acento canadiense. Levanté la vista hacia él y supe quién

era antes de que se presentara extendiendo la mano para saludarme—. Arthur.

Se trataba ni más ni menos que del padre de Graham Scott. Le había visto en las fotos que el jugador subía a sus redes. Un hombre ni muy menudo ni muy alto, al que las gafas redondas con el filo plateado no paraban de resbalarle por la nariz, con una mezcla extraña entre verde y azul en los ojos y el pelo negro con entradas salpicado de canas. Profesor de historia en un instituto de Yellowknife, según uno de los textos que Graham le había dedicado el día de su cumpleaños. Desconocía que viviese allí, aunque quizá estuviese de visita. No obstante, por su comentario daba a entender que se habían trasladado a Salem hacía dos días, ¿no? ¿Por qué? ¿Tan mal estaba su hijo? Aquello acentuó mis ya descontrolados nervios.

—Kelly Bennet, ¿verdad? —Dibujó una sonrisa agradable y reparé en que no le había devuelto el saludo.

Mierda.

—Eh, sí, sí. Perdona.

Al estrecharle la mano me di cuenta de que yo tenía la palma completamente sudada. Las mejillas se me encendieron en el acto, él se percató y me habló con un tono sosegado capaz de calmar a cualquiera sin apartar su mirada amable de la mía.

—Estaba deseando conocerte. —Se hizo a un lado y me guio hasta el interior de la casa—. Desde que se enteró de que ibas a venir no ha parado de hablar de ti.

Me detuve justo antes de que pasásemos y fruncí el ceño, extrañada.

«¿Graham Scott no ha parado de hablar de mí?».

—¿Graham habla de mí?

Aquello no tenía sentido.

—Oh, no. —Soltó una risa floja por la confusión—. Mi hija Daisy. Es una gran e *intensa* lectora y adora tus novelas, aunque ella prefiere decir que las ama. —La sonrisa que el hombre tenía dibujada en la cara se amplificó marcando dos hoyuelos en sus mejillas. Automáticamente, Arthur me cayó bien, y Daisy también porque le gustaban mis historias—. ¿Dónde se habrá metido? —Sacó la cabeza hacia el jardín sin resultados—. Es lo malo de estas casas tan enormes. Pierdes a la gente o te pierdes tú. —Se encogió de hombros, divertido. Tal y como me había adelantado, el elegante *hall* que conducía a una escalinata blanca que subía a las plantas superiores se encontraba repleto de cajas. No estaban de paso, la familia del jugador de hockey sobre hielo había venido a Salem para quedarse—. Pero Graham sí que sé dónde está —indicó—. Te verá en tu terreno, la biblioteca. —Me guiñó un ojo, echó a andar y le seguí. Dejamos la escalinata y cogimos el pasillo de la izquierda. Era largo, luminoso y desembocaba en

varias estancias—. A Karen también le habría gustado estar para recibirte. —«Karen, la madre de Graham», pensé—. Ha ido a presentarse a sus colegas de la inmobiliaria. Empieza la semana que viene.

—Ah, eso es genial —dije pensando en lo bien que me parecía que trabajasen en lugar de vivir de lo que generaba su hijo como hacían otros.

—Yo también me estreno el lunes en el instituto. ¿Algún consejo, Kelly? —Se detuvo—. No es por fardar, pero en Canadá tenía a los estudiantes metidos en el bolsillo. El profesor favorito envidiado por todo el claustro.

Aguardó y le di una vuelta a su pregunta. No era experta en cómo caer bien a un grupo de alumnos adolescentes, pero tuve una idea.

—Cuéntales cosas de allí. Canadá es ese vecino que te da buenas vibraciones y del que te gustaría saberlo todo. Y, si no funciona, siempre puedes proponer a los alumnos una cena de pou... —Dudé cómo se llamaba el plato típico del país hecho a base de patatas fritas bañadas con *mozzarella* o chédar y salsa de carne. En las fotos tenía una pinta deliciosa. En realidad, algo con esos ingredientes no podía estar malo.

—*Poutine* —me ayudó Arthur.

Asentí agradecida porque me hubiese echado una mano.

—Siempre puedes proponer a los alumnos una cena de *poutine* para todos los que aprueben... en casa de Graham Scott. No me preguntes por qué, pero sospecho que la ubicación los motivaría.

Sonreí y él me respondió con otra sonrisa.

—Tomo nota. —Fingió apuntarlo en un folio invisible y luego añadió señalando con la barbilla una puerta cerrada—: Hemos llegado. Al otro lado está la biblioteca.

—¿Algún consejo con él? —Pretendí que sonase a broma, pero iba totalmente en serio. Con Arthur me había tranquilizado, sin embargo, sospechaba que los nervios regresarían al traspasar esa puerta.

—Dile que desayunaréis café del Tim Hortons en cada una de vuestras sesiones y aceptará. Cuando vivía en Boston tenía localizada una tienda canadiense en la que lo vendían, pero aquí todavía no. Y es adicto a su sabor desde los diecisiete. También podrías probar a decirle que si te rechaza su hermana pequeña le retirará la palabra de por vida, aunque quizá suene un poco extorsionador para una primera impresión.

Volví a sonreírle.

—Lo guardaré en la recámara por si acaso. Gracias, Arthur.

—Espero seguir viéndote por aquí, y si encuentro a Daisy...

—Me la presentas, claro.

—Ánimo con el mapache de Yellowknife.

—¿No era el oso polar de Yellowknife?

—En el instituto le apodaron así, el mapache, pero los estadounidenses le cambiasteis el nombre por algo más épico. Siempre le ha gustado más el otro. Que lo sepas le llamará la atención.

Arthur se marchó y memoricé los datos que me había dado por si me servían para la futura biografía que en ese momento no estaba tan segura de escribir como cuando había llegado al barrio. Inspiré profundamente, apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo para infundirme ánimos y levanté uno de ellos para llamar un par de veces con suavidad a la puerta de madera. Los golpes resonaron en la quietud del pasillo. Yo los oí. Pero no recibí respuesta del interior. O de hacerlo no la escuché, que era lo mismo. Así que me armé de valor, tiré del pomo y abrí directamente. Nada más hacerlo, arrugué la nariz, confundida. Al otro lado reinaba la oscuridad más absoluta. Nada, ninguna ventana abierta, luz dada o ruido que indicase que un ser humano, a poder ser vivo, de ojos azules, moreno y profesional del hockey sobre hielo, se encontraba dentro. Su padre debía de haberse equivocado y el jugador estaba en otro sitio. Otra biblioteca quizá. Con el tamaño de la casa tampoco podía descartar que hubiese alguna más. Incluso tres. Chasqueé la lengua. Me disponía a salir de la estancia y deshacer el camino que había hecho acompañada de Arthur para preguntarle por su hijo cuando una lámpara se encendió sin previo aviso y pegué un respingo.

Estaba equivocada. Graham Scott sí que se encontraba allí dentro. Permanecía sentado en un sillón orejero oscuro junto a la lámpara, ataviado con un chándal y una sudadera con capucha negros, el pelo corto algo más largo de lo que le había visto en las fotografías, y su imponente silueta fibrada y atlética intuyéndose bajo el juego de luces y sombras que provocaba la lámpara.

—K. B. Stevenson —pronunció, y no entendí el motivo por el que el tono de su voz, grave y con una pincelada de descarada socarronería diluida, me erizó la piel.

Parpadeé. La puesta en escena me confundía. No tenía muy claro qué esperaba encontrarme al entrar allí, al aceptar postularme para escribir su biografía. Desde luego, eso no. Una biblioteca en la que se respiraba un ambiente entre hostil y deprimente con una persona que transmitía una actitud también entre adversa y depresiva que no se había dignado a hacer un mísero amago de saludarme, aunque fuese sacudiendo la mano de un modo seco. Pero reaccioné rápido. Al menos, a mí me lo pareció. En lugar de dar marcha atrás y largarme como el último escritor que había estado cara a cara con aquel chico de rasgos dulces e insolentes, mandíbula cuadrada y un hoyuelo en la barbilla, volví a inundar mis pulmones de aire y traté de meterme en su piel. El jugador que les dedicaba seductoras miradas a las cámaras, tenía un perro que podría pasar por una rata

gigante de las cloacas de Nueva York y que practicaba múltiples deportes que yo había estado viendo durante los últimos días, era el de antes de la brutal lesión y, algo así, operaciones y más operaciones e incertidumbre, afectaría a cualquiera. A mí al menos. Era normal que tuviese el carácter agriado, ensombrecido como todo en aquella biblioteca. Imaginé que si yo fuera él sentiría impotencia, miedo, enfado, frustración, angustia, presión... Experimentaría un puñado de cosas, y los cócteles de emociones rara vez son buenos.

—Kelly Bennet, hola. —Le dediqué una sonrisa que él no me devolvió. Aun así, no tiré la toalla—. World Dreams me ha enviado para que escriba tu...

—World Dreams te ha enviado como *aspirante* para que escribas mi biografía —matizó—. Lo sé. De lo contrario nadie te habría abierto la puerta.

Una vez que terminó su breve intervención, calló y se mantuvo en silencio sin alterar su postura, como si fuese el jefe de un clan de vampiros que estaba juzgando el valor de mi vida, a la vez que me escrutaba con unos ojos azules chispeantes a los que la escasa iluminación de la sala les sentaba de vicio y destacaban brillantes, amenazadores, con una tonalidad muy diferente a la de los lagos de Alaska de las imágenes, y más similar al océano cuando se torna salvaje en los documentales de pesca arriesgada de Discovery. Parecía el villano de cualquiera de los libros que había leído y, cuando ladeó el rostro lentamente para continuar analizándome, todavía lo pareció más. Pero no iba a amedrentarme, así que tomé la iniciativa.

—¿Puedo sentarme? —pregunté con fingida seguridad.

—¿Puedes?

Vacilé.

—¿Perdón?

—Dadas mis circunstancias veo complicado echarte una mano. ¿No te parece, *rubia*? —Chasqueó la lengua.

Ahí fue borde. Qué digo borde. Ahí Graham Scott fue un soberano gilipollas, a pesar de la sonrisa reprimida que creí distinguir en sus labios cuando le fulminé con la mirada, mientras mis ojos le enviaban ráfagas de fuego. El rey de los imbéciles, le bauticé. Estuve a punto de decírselo o, mejor, de coger un folio, hacerle una corona, plantársela en la cabeza y que él mismo sacase sus propias conclusiones conforme me iba. Y si me contuve fue porque en el fondo quería darle una oportunidad real. Conocía de sobra lo engañosas que podían ser las primeras impresiones cuando se está herido. En tal estado incluso los animales más nobles huyen o atacan, y él no podía largarse. Además, según mi opinión, hacían falta como mínimo dos encuentros espaciados en el tiempo para que uno se pueda forjar una opinión sobre una persona, y estos a su vez debían superar los diez minutos de duración para poder considerarse encuentros. Estaba

reflexionando sobre ello (es decir, corona e irme o relajar las pulsaciones y quedarme) cuando Graham entornó la mirada y, por un instante, me observó de un modo diferente, casi curioso, divertido si tal cosa no fuese imposible para el príncipe de las tinieblas. Adiviné por qué lo hacía. A veces, si no me controlaba para permanecer con un gesto neutro, era muy expresiva. Demasiado. Sobre todo, cuando experimentaba sentimientos negativos como la furia. Cuando asesinaba a alguien mentalmente. Los otros sabía cómo camuflarlos.

—¿Te encuentras bien, Ojos grandes? —Fue la primera vez que Graham Scott me llamó así, pero ni siquiera reparé en ello.

—Perfectamente —mentí mientras buscaba una silla. Había tomado una decisión: la de conseguir el trabajo por pura cabezonería y para bajarle los humos—. Pocas veces he estado mejor. Gracias.

Veamos, me encontraba delante de un jugador de hockey sobre hielo profesional famoso y poco receptivo para hacer lo que se me antojaba mi primera entrevista de trabajo y que así, de persistir en el bloqueo y no escribir la novela, pudiésemos sustituir el adelanto de un libro por el de otro. ¿Qué podía salir mal? Todo. Me recoloqué un mechón de pelo detrás de la oreja y le dediqué una curvatura de labios falsa.

—Bonito chándal.

Él dibujó una amplia sonrisa.

—Nadie te ha preguntado.

Genial. Que empezasen los «juegos del hambre».

6

EL VERDADERO GRAHAM SCOTT

Graham

Lo primero que me llamó la atención de Kelly fueron sus ojos. Eran enormes. Gigantes para su cara ovalada, con una nariz redondita y pequeña, unos labios finos (el superior con un pico en forma de corazón) y dos aros plateados que le brillaban en las orejas. Era preciosa. Con el pelo rubio de la tonalidad de los campos de maíz, esa actitud contenida de reto y sus pintas de abogada gótica de bufete de prestigio acabada de graduar y en prácticas. A mi alrededor había muchas chicas guapas. Pero ella, con su apabullante mirada castaña, hipnotizaba. No me había encontrado con nadie que causase ese efecto solo con los ojos, y conocía a mucha gente, y a la mayoría me la había follado.

Estaba nerviosa, a pesar de empeñarse en transmitir lo opuesto. Lo deduje por el modo en el que algo tan sencillo como quitarse el abrigo se le complicó cuando, tras arrastrar la silla con fuerza para ponerla frente a mi sillón, quiso dejarlo en el respaldo y casi se estrangula con él. No me sorprendió. Los de la editorial y su agente literario la habrían prevenido sobre... esto... ejem, sobre mí. Qué le íbamos a hacer. Era razonable. Digamos que me estaba entreteniendo con los escritores que desfilaban por esa biblioteca. Bueno, no lo digamos, afirmemos. Me estaba divirtiendo con ellos.

Las personas que enviaban no tenían la culpa de que su editorial World Dreams me la hubiese jugado adelantando la ejecución de un contrato que mi representante Kate firmó de cara al futuro, quizá cuando pulverizase algún récord o me convirtiese en la leyenda del hockey sobre hielo que todos, prensa, expertos y público, vaticinaban. Pero eran parte del problema, de esa especie de premonición con la que auguraban que no me recuperaría y que había que sacarle partido a mi desgracia. Aunque aquella era su opinión, no la mía. Y, mientras esperaba la operación para darles en las narices y demostrarles que

estaban equivocados, me divertía con sus escritores para matar el rato.

Kelly Bennet era la quinta que mandaban.

A cada uno le había preparado algo.

Una escenificación.

Y la suya no era la más terrible.

La peor, sin lugar a duda, había sido la del último. Tuve que esforzarme por no sonreír. Un reputado autor de unos dos mil años que había escrito exitosas biografías de políticos, miembros de la realeza europea y deportistas, todos acabados o muertos. Me había encontrado desnudo en este mismo sillón con un cojín cubriendo mi sexo que le había lanzado al verle mientras lo saludaba con formalidad, los labios dibujando una línea recta y el gesto impertérrito. Tanto era así que el hombre ni siquiera se había dignado a saludarme antes de irse. Maleducado...

Con la letrada Kelly Bennet la estrategia era otra. La había investigado. Cuando guardas reposo a la espera de una cirugía crucial en tu carrera tienes mucho tiempo libre. Demasiado. Además de leer su breve biografía en la web de la editorial y algunas entrevistas, la mayoría en medios locales, me había metido en sus redes sociales. Su perfil privado era exactamente eso, privado, pero me había bastado con el público para forjarme una opinión sobre la chica y decidir qué le haría. K. B. Stevenson me seguía y era una escritora de novela romántica poco activa más allá de mostrar sus novedades editoriales (tres, no recordaba los títulos), anunciar los eventos a los que asistiría, compartir el proceso de escritura y recomendar libros y series.

Desde el principio lo había tenido claro. Interpretaría a un personaje literario de manual y le daría el protagonista abatido, sombrío y desmoralizado, hosco, ceñudo y un tanto intratable que imaginaba, y ya de paso me la quitaría de encima. Todo estaba planificado al detalle: la ausencia de luz, el chándal negro, mi postura encorvada o la nula expresividad de mi rostro ensombrecido. Todo menos ella, claro.

Kelly fue el factor sorpresa en su propio teatro.

Una vez que se libró del abrigo, se le cayó el bolso. Experimenté una pizca de compasión. Solo una punzada. Insuficiente para que diese marcha atrás. Lo recogió, lo colgó del respaldo y tomó asiento. Nos quedamos sosteniéndonos la mirada en silencio y descubrí que sus ojos no eran de un marrón común: tenían el borde como los troncos de los árboles después de que les atizase la lluvia y el interior más claro, Nutella con vetas verdosas.

Me gustaba mucho la Nutella.

Distinguir ese detalle hizo que me entrase hambre.

—Una biblioteca muy completa —se aventuró a hablar echando una ojeada

alrededor.

Cuando volvió a mirarme forzó una pequeña sonrisa con su boca en forma de corazón con la que pretendía enterrar el hacha de guerra. Lástima que yo no estuviese por la labor de claudicar y planease ejecutar mi papel hasta el final.

—Ni idea. La casa es alquilada. Deberías haber hecho los deberes y saberlo, Kelly —le dije con condescendencia.

Apretó los labios para contenerse y yo los míos para no reír.

Hacerse el capullo era muy divertido.

Echaría de menos a los escritores cuando me librase de todos.

—Pero puedes reconocer que tiene muchos libros. —La chica no tiró la toalla.

—Podría —admití sin llegar a hacerlo.

De nuevo, nos invadió la densidad del silencio que yo estaba fomentando y ella, incómoda y un tanto exasperada, se metió con brusquedad un mechón de pelo detrás de la oreja. Lo segundo que me resultó curioso de Kelly Bennet después de sus ojos era que sus pensamientos, por decirlo de algún modo, se podían ver. Podías distinguir cómo las ideas revoloteaban en su cabeza mientras ella trataba de atraparlas con el ceño fruncido y movimientos sutiles de sus facciones. Las líneas de su cara no se estaban quietas ni un segundo y por alguna extraña razón mis pupilas las perseguían. Cuando lo hacía, la escritora tenía un toque adorable y gracioso sin pretenderlo, a pesar de que sospechaba que en buena parte de esos pensamientos visibles yo no salía bien parado. Es más, apostaba a que como mínimo en uno de ellos me llevaba un rodillazo en las pelotas que me las ponía de corbata. Reprimí una sonrisa mientras la contemplaba y decidí echarle una mano para que la tortura acabase lo antes posible. Tampoco era plan de recrearme. O sí. Era muy triste admitir que Kelly Bennet se trataba de lo más refrescante que me había sucedido en semanas.

—¿Y bien?

Detuvo los tics faciales y me prestó atención con su puñetera mirada Pixar esperanzada.

—Dime, Graham.

Arrugué el entrecejo.

—Dirás tú, eres la experta.

Venía el momento de venderse. Sacar pecho, exagerar los logros y ofrecerme una soporífera lista interminable que olvidaría mientras fuera enumerándome las razones por las que sería mi mejor biógrafa. Bla, bla, bla. Mi momento de aniquilarla, porque la verdadera motivación («quiero aprovecharme de ti y de tu desgracia») nadie se atrevía a pronunciarla. Ninguno de los escritores que habían pasado por aquí. No quedaba bonita dicha en voz alta.

Estaba paladeando mi respuesta ensayada, el tanto que me daría el partido,

cuando ella hizo eso. Y con *eso* quiero decir que fue sincera y me expulsó de mi órbita.

—La palabra «experta» me queda un poco grande. Tú serías mi primera biografía, Graham —dijo muy seria, con formalidad, sin avergonzarse.

La sinceridad no entraba en el plan. A esas alturas, cuando estaban sentados frente a mí, nadie lo era. Así, Kelly me descolocó y patiné en mi siguiente intervención.

Carraspeé para aclarar la garganta.

—Así que reconoces que no has escrito ninguna antes.

—Exacto. Es lo que acabo de hacer. ¿Te encuentras bien?

No. La idea era que Kelly mintiese descaradamente o saliese por la tangente para tratar de engañarme, no era su honestidad ni que yo le preguntase:

—¿Por qué quieres escribir acerca de mi vida? Eres autora de novela romántica. —Sonó como si de verdad estuviese considerando la irrisoria posibilidad de que fuese la autora que estaba esperando para poner mi vida patas arriba en palabras.

La chica me sostuvo la mirada un segundo y admitió.

—A lo mejor *querer* no es el verbo más adecuado para definir mi motivación. A lo mejor es *necesitar*.

Segunda intervención, segunda verdad que me noqueó.

Todo el mundo mentía. Yo lo hacía. ¿Por qué ella no?

—¿Pasa algo? —preguntó.

—¿Siempre eres tan sincera?

Meditó la respuesta.

—Definitivamente, no.

—¿Por qué lo estás siendo conmigo?

—Verás, he estado dándole vueltas y creo que es la única forma de que esto funcione si ambos decimos que sí. Que los dos seamos honestos con el otro. Es decir, podemos omitir información, pero nunca mentirnos. Solo así estableceremos la relación de confianza entre autor y personaje necesaria para escribir una biografía, ¿no crees?

Podía estar en lo cierto. Hasta donde yo entendía, que no era mucho, una biografía suponía desnudarte por dentro. No tenía ningún problema en hacerlo del mismo modo que no me importaba deshacerme de la ropa para las campañas publicitarias si pagaban bien. No ocultaba ningún secreto escabroso y, aunque la rubia escarbase en mis profundidades, no descubriría nada que me avergonzase. Era Graham Scott, dueño de mis acciones; de las buenas, las malas y las cuestionables. Mi rechazo iba en contra del propósito editorial. Si me iba a poner de nuevo el cutre camisón blanco para operarme la rodilla otra vez era porque

realmente creía en el treinta por ciento de posibilidades de que todo fuese bien, el porcentaje que World Dreams me negaba al enviarla a ella.

En ese instante reparé en algo que Kelly acababa de decir.

—Un momento, ¿tenemos que aceptar *ambos*? —vacilé.

Cuadró los hombros y enderezó la espalda.

—Sí. Tú eres Graham Scott, pero yo soy K. B. Stevenson. Cada uno es bueno en lo suyo. Si queremos que esto salga bien es algo que no debemos olvidar. Trabajar en simbiosis.

No me quedó claro a qué se refería con «trabajar en simbiosis», pero sí que averigüé que me gustaba la calmada ferocidad con la que Kelly defendía lo suyo y no se dejaba pisar. Continuaba alterada. Era un hecho. Podía considerarme un experto en identificar las señales de una persona agitada porque yo ponía nerviosa a mucha gente, y definitivamente ella lo estaba. Retorcía disimuladamente en el regazo sus manos, tragaba mucha saliva (con un sugerente movimiento de garganta, debo decir) y había perdido la cuenta de las veces que había metido un mechón de pelo rubio detrás de la oreja sin pedirme el número de teléfono después para coquetear, cosa que he de admitir era toda una novedad. Sin embargo, en ningún momento me había apartado la mirada. Es más, Kelly me la sostenía con la barbilla en alto, a pesar de que el mentón le temblase un poco. Tenía agallas. Era valiente. Y la curva de su cuello parecía lo bastante suave para darle un mordisco flojo mientras... «Deja de fantasear, esto es algo serio, imbécil», me dijo una voz interior a la que solía silenciar, pero que esa mañana escuché y por culpa de la cual me vi obligado a reprimir la tercera sonrisa de nuestro encuentro, esta vez con cierta sensación de admiración hacia Kelly.

—¿Por qué piensas que serás buena en algo que nunca has hecho? —continué con el interrogatorio.

—Para todo tiene que haber siempre una primera vez, y me esfuerzo, me esfuerzo mucho. —Cogió una bocanada de aire que soltó con suavidad y me sobrevino cierto olor a... ¿regaliz?—. No puedo prometerte que seré la mejor biógrafa, pero sí que haré todo lo posible para que estemos contentos con el resultado —pluralizó, y memoricé la última frase por si acaso. Solo por si acaso.

—Quiero hacerte algunas preguntas —propuse, y accedió.

—Claro, adelante.

Entramos en la fase dos del plan.

Una pista: no había fase dos.

Nadie había llegado tan lejos. A lo mejor debería haberme desnudado.

Improvisé cogiendo un folio en blanco que descansaba a mi lado sobre la mesa del escritorio y fingí leerlo.

—¿Qué sabes de hockey sobre hielo?

—Poco —admitió—. Lo que he podido investigar desde que me ofrecieron este trabajo con una mudanza entre Brooklyn y Salem de por medio. Pero tengo localizados varios documentales y en mi cesta de la compra hay algunos libros deportivos que me quiero leer. Testimonios, ficción y guías.

Asentí con lentitud.

«No tiene ni idea».

—¿Has visto algún partido?

—En el instituto y vídeos, la mayoría tuyos para documentarme.

—OK.

«Me da igual».

En realidad, no sabía para qué la estaba interrogando si mi respuesta cuando Kate me preguntase sobre si Kelly era apta para escribir el puñetero libro iba a ser que no.

Aun así, seguí.

—¿Y en directo? ¿Has estado en un *rink*?

—*¿Rink?*

—En la pista de hielo.

—¿Te refieres a patinando?

—Hay pocas cosas que se puedan hacer en un *rink*, rubia.

Kelly ignoró mi tono y contestó omitiendo parte de la información.

—El hielo y yo no tenemos buena relación.

Aquello despertó mi curiosidad.

Chasqueé la lengua.

No quería sentir curiosidad por ella si teníamos en cuenta que no iba a volver a verla cuando terminásemos.

—¿No tienes buena relación con el hielo y quieres escribir la biografía del próximo capitán de los Boston Bruins?

No negó lo de que yo iba a ser el próximo capitán.

Bien.

—Tampoco tengo buena relación con el asesinato y he matado a un par de personas en mis libros. Que no me guste donde se desarrolla un deporte no significa que no pueda escribir sobre él.

Touché.

—¿Conoces qué es un *puck*?

—¿Es un estilo musical donde predomina el sonido de la batería?

Negué con la cabeza.

—Es el dis...

—Te estoy vacilando, Graham —me interrumpió—. Sé que el *puck* es el

disco, el palo que lleváis se llama *stick* y vais sobre patines. —Mi impertinencia estaba acabando con su paciencia—. Por cierto, también sabía que *rink* era la pista y tú deberías saber que no hace falta ser un pedante de campeonato para hacer una entrevista de trabajo decente.

¿Acababa de llamarme pedante? ¿Pedante de campeonato?

Era entre indignante y encantador.

—Ofender al contrario es poco profesional, rubia.

—Vaya, no sabía que éramos rivales. Y deja de llamarme rubia.

—Es el color de tu pelo, ¿no?

—¿A ti te gustaría que te llamase moreno?

Crucé los brazos a la altura del pecho.

—Preferiría dios, pero tienes libertad de criterio para llamarme como te dé la gana.

—Genial, me gusta *impotente*. Es una palabra bonita cargada de significados.

Nos quedamos mirándonos fijamente y cedí.

—OK, Kelly.

—Vale, Graham. Mi turno.

—¿De qué? —¿No se había dado cuenta de que no encajábamos?

—De preguntar, por supuesto.

—Por supuesto.

Aclaró la garganta y disparó con su mirada clavada en la mía para leerme.

—¿Tú quieres que yo, o alguien que no sea yo, escriba tu biografía, Graham?

Aquella pregunta no debería haberme sorprendido, pero lo hizo, por ser la primera persona que me la planteaba con aparente interés en la respuesta. «Ahora mismo y por la puta rodilla, no», pensé con un tono de voz desganado. Sin embargo, no le respondí con el mismo nivel de sinceridad que ella me había demostrado.

Mi sinceridad había que ganársela.

—Me es indiferente.

—¿De verdad? —insistió.

¿Por qué narices lo hacía? A pesar de mantener mi postura inalterable, su mirada me traspasó un poco y me descubrí a mí mismo bajando la vista mientras simulaba que me acomodaba. De haber estado atento, esa misma mañana habría averiguado que uno de los poderes de Kelly Bennet era el de obligarme a ser auténtico, obligarme a ser yo.

—El libro no es algo que me quite el sueño.

Volví a levantar la mirada con lentitud y de nuevo clavé mis pupilas en las suyas.

Si Kelly me creyó o no solo ella lo sabe, pero actuó como si así fuera.

—Vale, bien, no me gustaría participar en el proyecto si desde la editorial te estuvieran presionando o algo así. Como no es el caso, por mi parte ya estaría.

Enarqué una ceja, confundido.

—¿No tienes más dudas?

—Muchas, pero prefiero resolverlas sobre la marcha si tú también dices que sí.

—¿Vas a aceptar?

Esbozó una sonrisa entre resignada y triste.

—Ya te he dicho que lo mío es más *necesidad* que *deseo*. —«Una pena», pensé. Kelly se encogió de hombros y un segundo después se puso de pie recogiendo el abrigo y el bolso del respaldo de la silla—. Supongo que hemos terminado. La pelota, perdón, el *puck* está ahora en tu tejado, Graham. —Se dio la vuelta rotando sobre los tacones de sus botas negras, echó a andar y justo al llegar a la puerta frenó y se giró—. Por cierto, si planeas emplear la técnica del interrogatorio falso con alguien más, convendría que no le diese la luz al folio, se ve demasiado que no hay nada escrito y te arriesgas a que tu biografía comience con un «Lo primero que tienes que saber es que Graham Scott, ilustre jugador de hockey sobre hielo, es un poco capullo».

Una carcajada se abrió paso en mis labios y no pude contenerla hasta que fue demasiado tarde.

Simulé una tos seca para camuflarla.

—Y tú, ¿cómo empezarías mi biografía, Kelly?

Fingió pensárselo.

—Fácil. «Lo primero que tienes que saber es que Graham Scott, ilustre jugador de hockey sobre hielo, es un poco capullo, pero me paga las facturas, así que, por favor, cómprate su libro». —Sus labios se torcieron en una sonrisa—. Adiós, mapache de Yellowknife. —Que me llamase mapache en lugar de oso fue un punto a su favor que me impresionó.

—Adiós, Ojos grandes.

Estiró la mano, giró el pomo, empujó la puerta y se marchó. Me quedé con una extraña sensación en el pecho que no dudé en expulsar de mi cuerpo. Cogí el folio en blanco, sacudí la cabeza por mi estupidez y lo dejé en su sitio. Luego, me apoyé sobre la pierna derecha y, ayudado por las muletas que tan harto me tenían, fui saltando de un lado a otro en la biblioteca para ir abriendo las persianas y que de ese modo entrase luz y apagar la artificial. Lo siguiente era ir al gimnasio a practicar algo de deporte, pero antes debía llamar a mi representante y decirle que Kelly Bennet tampoco había superado la prueba y no escribiría mi biografía. A pesar de mejorar mis experiencias previas con los escritores, no era suficiente para que cediese en mi empeño de ponérselo difícil a

World Dreams.

Saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón de chándal y... Lo iba a hacer. En serio. Rechazarla. Vaya que sí. Era inminente. Lo habría hecho si en ese momento no llega a entrar Daisy, mi hermana pequeña de diecisiete años, con su melena corta rubia con las puntas teñidas de rosa, su jersey lila, vaqueros grises, deportivas blancas y la mirada tan azul como la mía repleta de ilusión contenida.

—¿Es insoportable? —dijo con aquella voz que, sin lugar a duda, era uno de mis sonidos favoritos del mundo por todo lo que representaba.

—¿Quién? —Me apoyé en el borde del escritorio para tener las manos libres de muletas si cambiábamos a lengua de signos. Daisy era sorda e indudablemente también uno de mis puntos débiles. La persona que hacía conmigo lo que quería.

—K. B. Stevenson —pronunció como si fuese evidente.

—¿Kelly?

Asintió.

—Qué familiaridad, Kelly...

Entorné los ojos para examinarla.

—¿Por qué quieres saber si Kelly es insoportable?

Daisy lo tuvo claro.

—Porque si no lo es, que espero realmente que no lo sea —cruzó los dedos levantando la mano delante de mí para que la viera—, te voy a pedir el primer favor de mi vida, Graham.

Ladeé el rostro con una ceja enarcada.

—¿El primer favor de tu vida? Estoy bastante seguro de que me has pedido muchos, Daisy —le recordé.

Había perdido la cuenta de todos los vídeos y audios que me había grabado entre sudorosos entrenamientos para felicitar los cumpleaños de sus amigas, pero también de chicas y chicos que eran completos desconocidos y que recurrían a ella para conseguir las grabaciones. Por no mencionar a Bingo, nuestro perro. Cuando los de la protectora dieron una charla en su colegio coincidiendo con mi mudanza a Boston por el fichaje, me suplicó que adoptara al chucho que nadie quería, y a esas alturas llevaba más de cinco años compartiendo cama con él y su pelo electrocutado. Así *no* le hacía favores a mi hermana pequeña...

—Vale, vale, alguno me has hecho —admitió con la boquita pequeña—. Pero este es de los importantes. Contesta. ¿Kelly es insoportable? —insistió, y lo medité. No, no lo era. Y en el último vistazo había averiguado que tenía muy buen trasero.

Moví la cabeza de un lado a otro negando.

—No, ¿por?

Cogió aire.

—Porque si en algún momento planeas decir que sí a algún autor para el tema de tu biografía, me gustaría que fuese ella. Es mi escritora favorita y a ti te da igual. —Me la quedé mirando y dibujó una sonrisa mientras aleteaba con las pestañas, la muy teatrera. Se notaba que compartíamos genética—. Por favor.

Lo iba a hacer. Rechazar a Kelly. Es más, lo habría hecho si Daisy no hubiese entrado y me hubiese pedido que la aceptase. Pero lo hizo. Y yo pensé que en el fondo tenía razón: tarde o temprano debería elegir a alguien, así que por qué no darle ese capricho y sabotear mi biografía desde dentro.

—Está bien —accedí, y ella me abrazó hundiendo la cara en el hueco de mi hombro.

—Eres el mejor —susurró levantando la cabeza para mirarme.

—Lo sé.

7

MEDIR EL TIEMPO

Kelly

¿Se me había ido la cabeza con Graham Scott al decirle lo del folio en blanco? Probablemente, y así se lo hice saber a Teddy cuando me llamó nada más salir para preguntarme qué tal me había ido con el jugador.

—Puede que bien, puede que mal.

—¿Es una adivinanza, Kelly?

—Ojalá, pero no.

—OK. Confiaremos en la opción positiva hasta que no se demuestre lo contrario.

Dos horas después de la «entrevista» continuaba sin tener claro lo que había sucedido en la biblioteca, si algunos de los movimientos involuntarios que me había parecido distinguir en sus labios eran sonrisas reprimidas y si toda aquella escena estaba orquestada para un fin que solo él comprendía. Bebí el último trago de mi refresco de naranja y me levanté. Había pagado la ensalada de queso y nueces por adelantado al pedirla en la barra del restaurante de una de las calles del centro de Salem y, mientras me encaminaba a la puerta, me felicité a mí misma mentalmente. Había cumplido y aguantado sin pensar en nada relacionado con libros hasta después de comer, tal y como me había propuesto al levantarme, toda una proeza. Llegaba el momento de marcharme a casa, encender el portátil, sacar la libreta y encerrarme lo que restaba de día hasta que encontrase un hilo del que tirar. A veces la inspiración funcionaba así. Solo tenías que sentir la presencia del fogonazo para ponerte a ello y ser imparable.

Dicho fogonazo podían ser muchas cosas.

Una imagen no del todo nítida de la que apartabas capas de niebla a manotazos, una voz hacia la que empezabas a andar, la escena que se reproducía en tu cabeza de repente o una sensación breve y a la vez intensa a la que no

podías poner nombre, que te retorcía las tripas a base de cosquillas y era imposible desprenderte de ella. Ahí estaba el hilo que agarrabas para ir desenroscando el ovillo que daba lugar a una historia.

En un universo literario dividido entre los escritores de mapa (planificaban al detalle desde el principio lo que iban a escribir) y los de brújula (se dejaban llevar sin nada programado), yo me consideraba una especie de híbrido. Sabía a grandes rasgos de lo que quería hablar, el alma de la novela, pero desentrañaba los detalles poco a poco, en algunas ocasiones al mismo tiempo que mis personajes iban recorriendo el laberinto de mi imaginación. De esa manera, si conseguía descifrar el interrogante que tantos dolores de cabeza me daba esos días, lo tendría.

Adiós al foso en el que estaba.

Saldría victoriosa de él.

«¿Qué quieres contar, Kelly, maldita sea, de qué te apetece hablar?», me dije a la vez que abandonaba el restaurante y continué preguntándomelo en bucle conforme eché a andar por una avenida que, en octubre, parecía más un parque temático dedicado a Halloween que una calle y, en marzo, era un simple lugar del centro de la ciudad de lo más común.

Al final, el sol había vencido a las nubes y el cielo se encontraba despejado, aunque hacía frío. No una exageración. Sin embargo, el abrigo no sobraba. Pero no me lo puse. Y no noté que no lo había hecho del mismo modo que no veía los coloridos edificios de madera de estilo colonial que me rodeaban, el gato que se lamía el lomo tumbado debajo de un coche o los rostros de la gente con la que me cruzaba y que para mí solo eran siluetas de paso. Era lo que tenía la obsesión, se te metía dentro y no dejaba espacio para nada más.

«Podría hacer una lista con clichés literarios, elegir uno y tirar. A lo mejor de esa forma salgo del bloqueo...».

Iba debatiendo conmigo misma cuando escuché una voz familiar.

—¿Kelly? ¿Kelly Bennet? —Alcé la vista justo a tiempo para reconocer a Abraham y que este se lanzase a por mí y me estrujase con fuerza. Había cosas que nunca cambiaban, como que mi mejor amigo oliese a colonia con un toque cítrico y fuese tan endemoniadamente alto que a veces se había producido la catástrofe de que enterrase la cara en su axila. Gracias a Dios, no fue el caso—. ¿Qué haces aquí, Cucaracha? —Me apretó un poco más con cuidado. Durante una etapa de mi adolescencia, me dio por ver documentales y *realities* de supervivencia y él me apodó así, Cucaracha, porque decía que poseía la suficiente información para sobrevivir en un escenario post bomba nuclear como ellas. A cambio, a veces yo le llamaba «idiota»—. ¿Cuándo has venido y, sobre todo, por qué no me has llamado nada más poner uno de tus minúsculos e

irrisorios pies de bailarina de *ballet* en Salem?

Nos separamos y por mi columna vertebral serpenteó cierta sensación de culpabilidad que disimulé bien. Llevaba dos semanas allí y, aunque se me había pasado por la cabeza avisarle, no tenía del todo claro cuándo lo habría hecho de no ser por aquel encuentro casual.

A lo mejor habrían pasado otras dos.

O un mes.

—Pensaba hacerlo —evité mentir y, ya de paso, mirarle a los ojos para que no adivinase lo que callaba. Aun así, lo hizo. Intuyó que ocultaba algo o a lo mejor la parte de mi expresión que no era capaz de manejar se lo reveló.

—Eres un maldito desastre como amiga, Kelly Bennet —resolvió sin darle mayor importancia, y me dedicó una amplia sonrisa que me alivió.

Abraham era así. Podías pasarte meses sin hablar con él y cuando lo hacíais parecía que habíais estado colgados al teléfono llamándoos cada segundo del día durante los últimos veintiún años. Era el tipo de persona que entregaba su amistad para siempre, contando con que habría rachas mejores, peores y de distanciamiento. No como Wendy. Con Wendy, mi mejor amiga de la misma época, las cosas fueron más complicadas.

Le observé e hice memoria. Tres meses, puede que más, desde la última vez que me había escrito y habíamos pasado un rato por la noche intercambiando mensajes.

—Lo soy —admití mirándole.

Abraham era negro y tenía unos preciosos ojos de un marrón muy claro color miel, pestañas largas alucinantes, labios carnosos, un brillante en la oreja derecha que a veces sustituía por un aro o una cruz plateada y el pelo más largo por arriba y rapado en la nuca y los laterales. Se había teñido la parte superior de rubio, casi se podría decir que de blanco, y le hacía juego con el *eyeliner* de sus párpados. Él siempre salía a la calle sutilmente maquillado. Habíamos aprendido a pintarnos juntos. Y no me sorprendía la tonalidad de su pelo. En el pasado lo había llevado rosa, verde y azul. Digamos que era un chico con un estilo propio muy marcado. Tenía personalidad. Habitualmente, vestía ropa estrafalaria en la que jamás faltaban estampados, chaquetas o camisas abiertas para mostrar parte de sus definidos pectorales. Por ese motivo, me extrañó el aspecto sombrío que presentaba, en apariencia formal y serio, más que su presencia en Salem, ciudad a la que declaró su «odio eterno» cuando me fui de Boston y él y Wendy se quedaron. Por un instante, recordé ese día, pero al siguiente lo aparté de mi mente por las emociones que traía de regreso. Volví a reparar en su apariencia, ataviado con una especie de toga larga oscura, fruncí el entrecejo y él leyó mis pensamientos.

—Nuevo *look*. La gente madura, Cucaracha.

Enarqué una ceja.

—¿La gente madura?

Abraham me sostuvo la mirada y se echó a reír.

—Qué va. No tengo remedio. No sabría vivir sin ropa que escandalice a las ancianas. Venga, juguemos a adivinar el personaje como hacíamos de críos. ¿Quién soy, Kelly Bennet?

Le eché un vistazo de arriba abajo y me aventuré.

—¿Jonathan Corwin?

—Exacto —confirmó—. Sigues siendo buena.

Conocía al juez Jonathan Corwin. Todo el mundo sabía quién era allí. Había sido uno de los encargados de los juicios por brujería de 1692 a los que Salem debía su fama mundial. Es más, su casa, Witch House, una grisácea y tétrica construcción, era lo primero que aparecía si buscabas la ciudad en Google y uno de nuestros principales reclamos turísticos. En Halloween había muchos Jonathan Corwin circulando por esas calles, más o menos como hermanas Sanderson, las protagonistas de la mítica película *Hocus Pocus: el retorno de las brujas*. Pero no estábamos en esas fechas y Abraham no podía haberse confundido. Tenía esa fiesta marcada a fuego en el cerebro como cualquier ocasión que le diese una motivación extra a la que ya le venía de serie para emborracharse.

—¿Por qué? —me interesé, y le añadí un toque de lo que sabía que a mi amigo le encantaría—. ¿Algún desdoble de personalidad o espíritu que se te haya metido dentro?

Abraham adoraba todo lo esotérico hasta el punto de creerse medio místico y empeñarse en leernos las cartas o, en su defecto, la palma de la mano cada semana.

—Sería brutal, Cucaracha, un fantasma, pero no. Es por trabajo.

Arrugué la nariz. Hasta donde yo sabía, mi amigo estudiaba Historia en la Universidad de Boston y estaba a un año de graduarse. Claro que sabía más bien poco, los últimos meses en la recta final de la novela «mojón» había estado un pelín aislada del universo.

—¿Has aparcado Historia para venir a trabajar al infierno sobre la Tierra? —Así definió una vez la ciudad de Salem. Él lo recordó y se rio. Echaba de menos el sonido de su risa.

—Cariño, no me mudaría a Salem ni aunque Harry Styles me prometiera su fondo de armario por someterme a esa tortura a cambio —bromeó, y me preguntó—: ¿Recuerdas cuando literalmente entré en pánico porque era imposible unificar mis dos sueños y tenía que elegir?

Lo recordaba. Estábamos en el último curso de instituto y Abraham y Wendy cogieron el tren regional un fin de semana para venir a verme. Con ella las cosas ya estaban enrarecidas por algún motivo que desconocía, pero él nos necesitaba, de modo que hizo una excepción y durante los dos días que durmieron conmigo en casa de la abuela Charlotte parecía que todo volvía a estar bien. Pero no. En fin, la cuestión era que nuestro amigo quería ser historiador y actor, y ninguna de las dos profesiones destacaba por tener una aplastante superioridad de salidas laborales por encima de la otra que le ayudase a decidirse. Si la estadística no elegía, tenía que hacerlo él. Todavía recordaba oírle gimotear: «Y si lo que realmente quiero ser es pobre, ¿me seguiréis queriendo? Porque parece el destino de ambas profesiones», la botella de vodka que le robamos a mi padre y nos bebimos a base de chupitos a escondidas en mi habitación, y cómo con la mayor resaca de mi vida le escuché decir: «Lo tengo, chicas. Estudiaré Historia y me apuntaré a clases de teatro como *hobby*. Solucionado. Por cierto, apestáis a alcohol».

Los labios se me curvaron solos. Lo pasamos realmente bien aquel fin de semana.

Asentí para confirmarle que lo recordaba.

—Por supuesto que me acuerdo. Una nunca olvida la primera vez que le dicen que huele mal.

—Estaba confundido, Kelly. Muy equivocado. Las dos cosas podían encajar. Vaya si lo hacen. Juntas son perfectas —repuso apasionado, y añadió burlón—: Y no creo que fuese la primera vez que alguien te dijese que hueles mal. Deben de existir más personas en el país con criterio olfativo que detesten el olor a regaliz.

Acentué mi sonrisa.

—Me temo que no. Estás solo en ese carro injustificado de odio. —Hice una pausa y le pregunté interesada—: ¿Cómo encajan?

Abraham levantó la barbilla teatralmente, lleno de orgullo por lo que me iba a contar.

—Soy guía turístico caracterizado. Cada miércoles, viernes, sábado y domingo, y estamos pensando en ampliar al jueves, somos una empresa nueva, me visto como el ilustre juez Jonathan Corwin y recorro con un grupo el Salem Heritage Trail —una línea roja pintada en el suelo que conectaba los principales puntos turísticos de la ciudad— escenificando algunos acontecimientos de lo que sucedió. Y, además de la brujería y la historia de Tituba, Betty Parris y Abigail Williams —mencionó a las tres chicas con las que se desencadenó la combinación de odio, fanatismo religioso y envidias que condujo a los juicios como si fuesen conocidas nuestras de toda la vida—, es decir, además de lo que

buscan al contratarnos, les cuelo historia. Que Salem tuvo el primer puerto comercial de EE. UU., que fue el germen de la revolución de las colonias y todo eso. Historia y teatro al aire libre, todo en uno. Solo he tardado tres años en averiguar que se podía. Ya sabes que siempre he sido algo lentito porque no me gusta pensar. Soy más de ponerme pibón en el gimnasio. Por eso solo me leo tus libros.

Me guiñó un ojo y, a pesar de la punzada que sentí dentro por la referencia a mis novelas, no pude evitar reír. Daba la sensación de estar feliz. Muy feliz. Y eso me alegraba, aunque fuese una pésima amiga.

—Me alegro mucho por ti. En serio, una barbaridad.

La sonrisa que Abraham lucía se estiró y sacó el móvil de uno de los bolsillos de la toga.

—Anda, no te alegres tanto y dime cuántos días te quedas. Normalmente, los *tours* son de tarde. La oscuridad me ayuda a sugestionar a mi público y a meterles en situación. Vengo desde Boston después de las clases y me piro al campus inmediatamente para que no se me contagie nada de los pueblerinos de aquí. Pero el grupo de hoy se ha empeñado en que lo hiciéramos por la mañana. —Se encogió de hombros—. Hay gente rara por todas partes. Personas a las que les gusta madrugar y el regaliz... —Le fulminé de coña con la mirada—. Antes de matarme por intentar salvarte de un sabor asqueroso, dime cuánto tiempo estás de visita en Salem y me escapo para verte. —Los dos sabíamos que si podía evitarlo, yo no iría a Boston.

Desbloqueó el teléfono por reconocimiento facial y empezó a dar toquecitos en la pantalla, supuse que para meterse en su agenda. Aunque no lo pareciese por su actitud irreverente y descarada (no mentía al afirmar que amaba el gimnasio y ligar en él), Abraham era organizado al extremo. Si le había entendido bien, seguía estudiando en la universidad, pero a la vez había comenzado a trabajar de guía turístico. Estaría revisando sus múltiples planes diarios para meterme con calzador en el hueco libre que tuviese y, si no tenía, inventarlo. Mi amigo siempre hacía lo posible para que estuviésemos juntos, aunque fuese un ratito con una cerveza que igualase mi altura sentada en una silla. Pero no era necesario que anulase nada porque yo no estaba de visita. Lo mío era algo más prolongado en el tiempo. Tenía que contárselo y la cuestión era que por alguna extraña razón me costaba hacerlo. La verdad se me cruzaba en la garganta.

—Si estás muy ocupado... —empecé, y me interrumpió sin dejar de ojear el móvil.

—Tranqui, no es de mis peores semanas. Además, tienes prioridad por encima de casi todo, a excepción del tío cachas con el que he quedado dentro de media hora por Grindr y las clases de cocina a las que voy los martes porque me he

cansado de alimentarme a base de basura. —Aunque la relación con sus padres era buena, a los dieciocho se había ido y vivía en la residencia de estudiantes de la universidad, así que se tenía que cocinar. Desde bien pequeño quería la clase de libertad que solo ofrecía la independencia y por lo que veía la tenía, aunque comiera, ejem, «basura». Expectativas versus realidad—. Vamos, Kelly, ¿hasta cuándo pasearás tu trasero por Massachusetts?

Alzó una ceja, expectante, y me removí incómoda. En aquel momento, averigüé lo que me pasaba. Reconocer la realidad delante de alguien que no estuviese directamente implicado como Betty o Teddy o mi hermana era el primer paso para asimilar lo que estaba sucediendo. Hacerlo público. Y se enseña a hablar de los éxitos, pero no de los fracasos. Estos se callan.

—Abraham, de verdad, sin prisas...

—¿No quieres que quedemos? —Su interrogante y la duda real que transmitía me pillaron desprevenida. ¿En serio creía que no quería verle?

—¿Crees que no quiero verte? —Tuve que preguntarlo.

Él pareció apurado al responder.

—No sé, Cucaracha. A veces estás muy ocupada con tus libros y da la sensación de que... —Sacudió la cabeza—. Mira, mejor lo dejamos. Ha sido una tontería de las mías —dijo, pero no lo era—. ¿Hasta cuándo te quedas? —insistió por tercera vez, y no me quedó más remedio que hablar.

—Mucho tiempo. Me he mudado a Salem. Oficialmente, vuelvo a ser ciudadana del averno.

Con trece años asistí a un par de clases de teatro con Abraham antes de darme cuenta de que no era lo mío y abandonarlo. Pues bien, en una de ellas nos enseñaron a manejar los músculos de nuestro rostro frente a un espejo para poder jugar a dibujar expresiones. Era el instante de utilizar lo aprendido. Forcé una sonrisa convincente con la que aparentar que todo estaba bien y que de ese modo la mueca de Abraham se relajara.

No funcionó.

De hecho, le preocupé todavía más.

Hice bien en dejar el teatro.

—No me jodas, Kelly. ¿Qué ha pasado? ¿Sabes qué? Ahora mismo cancelo mi cita con Jeremiah, tú y yo nos tomamos un café, una copa de absenta o un café con absenta, y me lo cuentas...

—¿Cómo? —le paré los pies—. No es necesario...

—Desde luego que sí —él tampoco me dejó terminar—. Eres mi amiga y me necesitas. Eso es más importante que un polvo. Tú harías lo mismo por mí, además de que siempre te he traído buena suerte...

Paré de escucharle. Las señales de que hay algo mal en ti no son como la

inspiración, no llegan en forma de fogonazo. Las percibes, las sientes, tu conciencia te las grita y tratas de rehuirlas hasta que chocas de frente con ellas y no te queda más remedio que verlas. Eso me ocurrió a mí en aquella calle del centro de la ciudad. Impacté contra la persona en la que me estaba convirtiendo y la miré de reojo. Abraham, que no dejaba de hablar, no había dudado ni un segundo en anular el plan con el tal Jeremiah solo porque intuía que yo estaba mal. Ni siquiera había tenido que confirmárselo. Le había bastado la sospecha. En cambio, yo..., yo..., yo... Cuesta reconocerte en aquellas actitudes que sabes que no son correctas. Pero si soy sincera, si me digo la verdad, lo primero que pensé al oírle no fue «tengo un amigo increíble, soy una afortunada», no. Lo primero que pensé fue que si me quedaba con él nos liaríamos, aquello era un hecho, y perdería un día entero de escritura. Darme cuenta me hizo sentir fatal y no podía elegir las sensaciones que me azotaban el cuerpo, pero sí cómo actuar al respecto.

—Mejor café —dije, ignorando a la voz interior que me susurraba: «El prólogo, podrías haber escrito el prólogo, tonta»—. La última vez que tomamos absenta estuve a punto de parar un coche de policía creyendo que era un taxi.

Abraham rio.

—Lo recuerdo. Fue buenísimo...

—Pude acabar *detenida* —recalqué, y le hizo todavía más gracia, así que no me quedó más remedio que fulminarle con la mirada de nuevo.

—OK, Kelly, aviso a Jeremiah y tomamos un inofensivo café. Ah, y hazme el favor de ponerte el abrigo. Con esta temperatura llamas más la atención que yo, y por ahí no paso.

Volvió a clavar la mirada en su móvil y me puse el abrigo. Estaba abrochándomelo cuando mi teléfono sonó. Fue un pitido corto. Pi. Acompañado de cierta vibración. Normalmente, habría ignorado la notificación. Si era algo importante, la persona me llamaría, a pesar de que a la gente cada vez le daba más pereza telefonear. Sin embargo, tenía la sensación de que lo de Abraham iba para largo (se estaba escribiendo con el tal Jeremiah), así que lo saqué, lo desbloqueé y la aplicación de WhatsApp se abrió. Era un mensaje de un número desconocido y, en un segundo, reconocí la fotografía de perfil. La amplié confusa. No había ninguna duda. El chico de la imagen era Graham Scott. No salía posando en un *photocall* con camisa blanca, sin corbata, chaqueta oscura abierta por encima y los labios ligeramente ladeados. Elegante, *casual* e irresistible. Al revés. Se encontraba sentado en lo que deduje que era el mirador de una montaña canadiense, con el pelo corto negro revuelto por el viento, su perro Bingo y, cómo no, sin camiseta, luciendo los músculos de la espalda, que se le marcaban visiblemente. Me pregunté cómo había conseguido mi teléfono y

leí el mensaje donde me lo aclaraba.

> Ey, soy Graham. Me han pasado tu número los de la editorial. Si te va bien, mañana a las diez en mi casa y empezamos.

Parpadeé y releí el texto. Una vez. Y otra. No podía creerlo. Lo había logrado. Si mi novela se retrasaba, no tendría que devolver el anticipo y lo sustituiría por el de la biografía de Graham Scott. Tenía un respiro. Toma ya. Gracias a Graham Scott podía volver a respirar sin agobios. Quise aplaudir. Pero me contuve y, en lugar de hacerlo, le contesté:

Me va bien.

> Hasta mañana entonces.

Hasta mañana.

Dejó de estar en línea y sostuve el móvil entre mis manos lista para llamar a Teddy y darle la buena noticia cuando reparé en que Abraham había terminado de mensajearse con Jeremiah, se había situado a mi lado y me contemplaba con el ceño fruncido repleto de las adorables arruguitas que él odiaba porque quería mantener la piel tersa y sin marcas hasta los setenta años como mínimo.

—Dos dudas, Cucaracha.

—Dime.

—¿Por qué de repente pareces de mejor humor?

La respuesta era fácil.

—Acabo de conseguir un trabajo con el que no contaba del todo.

Él asintió con solemnidad.

—Bien, confirmamos la teoría de que soy tu talismán. Y, ahora, lo importante —aclaró la garganta—, ¿por qué te escribes con alguien que tiene la foto de perfil del puto Graham Scott, dios al que se le reza y con el que se sueña con lamer las líneas de los abdominales?

Esa también era sencilla.

—Porque es él. *Graham Scott.*

Los ojos se le abrieron como platos.

—¿Cómo...?

—Voy a escribir su biografía, aunque es confidencial, creo, así que no digas nada o me veré obligada a hacerte tragar regaliz a la fuerza.

Ignoró mi comentario.

—Un momento, que no sé si me estoy empalmando o teniendo una premonición. Vale, es lo segundo. —Se agarró a mi brazo y fingió que entraba

en trance. No me asusté porque hacerse el vidente era algo habitual en él, a pesar de que no daba ni una—. Ay, Kelly, lo que acabo de ver... Muy fuerte. Estamos delante de uno de ellos.

—¿De qué?

—De uno de los momentos de medir el tiempo.

De pequeña, con once o doce años, leí un libro que defendía la teoría de que medimos el tiempo por nuestros momentos. Acontecimientos únicos que de un modo u otro marcaban un antes y un después. La idea me resultó tan interesante que se la conté a Abraham y Wendy en el parque. Por ejemplo, la muerte de mi madre era uno de mis instantes decisivos, y es que cuando pensaba en cualquier hecho pasado era antes o después de ella. Quizá por eso la afirmación de mi amigo me pareció un tanto excesiva, pero no se lo dije porque darle cuerda a Abraham solo servía para que se motivase todavía más en hacer el mal.

—¿Vamos a por ese café?

—Vamos, biógrafa de Graham Scott. —Me echó un brazo por encima de los hombros para que comenzásemos a andar juntos—. No me crees, ¿verdad?

—Toda una vida de fallos en tus premoniciones te precede.

—Siempre tiene que haber una primera vez con la que acertar.

Sonreí porque me recordó a mí esa misma mañana hablando con el jugador de hockey sobre hielo con lo de escribir su biografía.

—Puede, pero me temo que no será esta.

—Ya veremos... Por cierto, también he visualizado que te lo tirabas. No una, sino varias veces y con posturas claramente censurables, estás hecha toda una guarrilla, Kelly Bennet —bromeó, y justo en ese momento Teddy, al que alguien de la editorial habría informado, me llamó entusiasmado. Descolgué y mientras me felicitaba me dio la sensación de que el ambiente cambiaba de color y se tornaba más azul. Cubrí el altavoz con la mano y le dije a Abraham, que no había dejado de mirarme y alzaba las cejas juguetón:

—No voy a tirármelo.

—Oh, amiga, sí, y lo vas a gozar. No lo digo yo, lo dice mi don.

—Estás fatal.

8

CUADERNO DE KELLY

Notas novela

Clichés para tratar en una novela:

- Enemies to lovers.
- Friends to lovers.
- Friends to enemies to lovers.
- Friends to enemies to lovers to enemies to friends to lovers.
- Hermano de la mejor amiga.
- Mejor amigo del hermano.
- Vecinos.
- Rivales.
- Amigos de la infancia.
- Una sola cama.
- Fake dating.
- Proximidad forzada.
- ...

9

EL PODER DE LA MENTE

Graham

Había leído bastante acerca del poder de la mente. Cuando estabas jodido la gente te aconsejaba que no buscases lo que te pasaba en Google, pero yo no había caído una, sino varias veces a lo largo de los últimos seis meses. Algunos artículos, la mayoría en foros anónimos en los que podía opinar cualquiera, aunque también los había en páginas oficiales firmados por profesionales, hablaban precisamente de eso, del poder de la mente para que la lesión mejorase más rápido. «Para controlarla. Tú puedes lograrlo». Cuando los leía, ponía los ojos en blanco, emitía una carcajada, decía que era una gilipollez y cogía el mando de la Play para jugar al videojuego de hockey sobre hielo en el que me podía elegir a mí mismo de avatar. Pero esa mañana decidí intentarlo. Por si acaso. Solo por si acaso.

Probé el poder de mi mente.

Descansé la barra con los discos en su hueco del banco de musculación y me tumbé sobre su mullida superficie. Estaba en el gimnasio de la casa que los Boston Bruins habían alquilado para mí. Todos los días, un equipo de fisioterapeutas y entrenadores acudían a primera hora para trabajar conmigo y ayudarme a mantener una condición física controlada dentro de mis posibilidades. Acababan de marcharse y yo había alargado un poco más el entrenamiento sin supervisión mientras en mis auriculares inalámbricos sonaba ópera a toda pastilla, la *Aída* de Verdi concretamente. Este tipo de música me motivaba y el ejercicio me ayudaba a desestresarme, a liberar endorfinas y a que las horas muertas esperando la operación pasasen más rápidamente. Era la «simbiosis» perfecta, como había dicho Kelly. Significaba algo parecido a trabajo en equipo, lo había buscado también en Google.

Miré hacia arriba mientras mi respiración se relajaba y los músculos hinchados

y humedecidos dejaban de palpitar. El techo del gimnasio estaba acristalado, como buena parte de los laterales de la sala. En ocasiones tanta claridad me molestaba por la tonalidad de mis ojos azules casi grises, pero no fue el caso. El cielo había amanecido encapotado. Nublado. Los cerré y pensé: «La rodilla no te duele, Graham». Luego, fui repitiendo el mantra con calma, sin impacientarme, hasta que me lo creí. Lentamente, cogí una bocanada de aire que llenó mis pulmones y, con mucho cuidado de no hacer un movimiento brusco, fui levantando la pierna izquierda para doblarla más de lo que me estaba permitido, forzándola. Al principio, funcionó. No noté la punzada aguda de la molestia y, por un segundo, sonreí con suficiencia mientras la sensación de que lo había conseguido, de que había activado el poder de la mente, se extendía dentro de mí.

Pero aquello solo duró un instante.

Al siguiente, el dolor regresó y lo hizo multiplicado por cien, como un tsunami. Igual que cuando el mar que lame la orilla se mete hacia dentro para volver en forma de ola gigante que arrasa con todo lo que pilla a su paso. La fuerte molestia se trasladó de la articulación al resto del cuerpo y, cuando me quise dar cuenta, estaba bajando la pierna con el rostro desencajado, sacudidas en el estómago y la idea loca que me había atravesado el cerebro la tarde que me hice la lesión repitiéndose en mi mente: que de un momento a otro la extremidad iba a desprenderse, se separaría del muslo y vería a mi pierna salir despedida.

—Joder —mascullé entre dientes dolorido y cabreado por haber caído en la ilusión del poder de la mente. Apreté los párpados con fuerza y, al sentir un aroma a regaliz, los abrí. En lugar de toparme con el cielo encapotado, lo hice con una cascada de pelo rubio ondulado—. ¿Kelly? —dudé. La escritora estaba allí, entre los destellos blanquecinos que provocaban el dolor, y movía los labios, su sugerente boca, pero yo no podía oírla. Retiré los EarPods de mis orejas y al hacerlo ella se dio cuenta de que no la había escuchado.

—Hola, Graham —me saludó con un tono muy formal para su edad. ¿Cuántos años tendría? ¿Un par menos que yo? ¿Veintiuno?—. Lisa —conocía el nombre de nuestra ama de llaves— me ha acompañado hasta aquí. Habíamos quedado a las diez para empezar con la biografía. —Lo sabía. Yo mismo le había escrito. Y había observado que su foto de perfil era un poco antigua, del instituto, y salía con su madre delante de una ambulancia. Vestía unos *shorts* irrisoriamente cortos con los que se destacaban sus piernas, una camiseta amarilla anudada por encima del ombligo y no llevaba los ojos pintados de negro como en la entrevista—. Si te han suplantado la identidad y tú no...

—Nadie me ha suplantado la identidad. Soy demasiado *único.* —Revisé el reloj de mi muñeca y apunté—: Son menos cuarto.

—Me he adelantado. Hay quien dice que el exceso de puntualidad es un fastidio, y lo corroboro. —Se hizo a un lado y desapareció de mi centro de visión —. Si te pillo en un mal momento puedo tomarme un café fuera y vuelvo a la hora que me digas, Graham. —Ya, como si hubiera una buena cafetería por allí donde beber un Tim Hortons. Es más, como si hubiera una buena cafetería en todo Estados Unidos.

Negué con la cabeza.

—No te preocupes, rubia. Me pego una ducha y soy todo tuyo. —Empleé la energía que me quedaba para sentarme y forzar una sonrisa. Luego, cogí la camiseta negra que descansaba colgada en la máquina de mi derecha; era de la marca Nike, de la que yo era imagen. Al sacar la cabeza por el hueco de la prenda y los brazos por las mangas, dirigí la mirada a la escritora para comprobar si contemplaba embelesada los abdominales que desaparecieron al caer la tela, pero me topé con sus pupilas fijas en las mías y una de sus cejas enarcadas. «Cierto. No le gusta que la llame rubia». Sonreí. Vaya, la gemela de Miércoles Addams tenía carácter—. Kelly —me corregí—. Lo de rubia ha sido un lapsus, aunque iba con cariño, ¿sabes? —bromeé a la vez que me ponía en pie haciendo malabares. Tardó un par de segundos en contestar, concretamente el mismo rato que yo dediqué a preguntarme cuánto tiempo llevaba allí, qué había visto y si lo pensaba sacar en nuestra conversación.

—Espero que no se repita, Graham —dijo muy seria, y con la misma gravedad añadió—: O me veré en la obligación de teñirme el pelo para que dejes de hacerlo.

Así que tenía sentido del humor. Los labios se me volvieron a curvar solos.

—Azul te sentaría bien, si aceptas sugerencias.

—Prefiero verde, como tu moco. —Me llevé la mano a la nariz y sus comisuras se alzaron un poco. Estaba de coña.

—Eres muy graciosa, Ojos grandes.

—Cualquier cosa por ti. ¿Te espero aquí?

Me encogí de hombros. Kelly llevaba el mismo abrigo del día anterior y también repetía los enormes aros plateados en las orejas. Cogí las muletas y al hacerlo me di cuenta de que las durezas que se me habían ido formando en las palmas de las manos por su uso habían crecido y escocían al tacto, del mismo modo que notaba el gemelo derecho más y más cargado cada día que pasaba. Disimulé la molestia.

—También podría acompañarte a la biblioteca y ya de paso fastidiar tu plan de recoger mi sudor con pañuelos que luego venderás por eBay.

Kelly chasqueó la lengua.

—Me tienes calada.

—Soy muy intuitivo, entre otras cualidades.

Esbocé mi irresistible sonrisa, a la que parecía inmune. Arrugué el entrecejo. No podíamos negar que la situación era extraña: dos desconocidos que se veían obligados a dejar de serlo. «A lo mejor debería haberle propuesto que la primera sesión se desarrollara en el *jacuzzi* para romper el hielo y ganar confianza», pensé. Mientras, la chica observó el gimnasio y sus ojos aterrizaron en el único punto en que no quería que lo hicieran. Se quedaron anclados allí. Que no cundiese el pánico. Troté hasta llegar a su lado sin borrar la sonrisa con fingida indiferencia y me recibió el olor a regaliz que ya había percibido entremezclado con champú de melocotón. El melocotón era mi fruta preferida. Dulce, jugosa, que se deshacía en la boca y...

—Es decorativa —le dije tratando de no fantasear con el aroma a melocotón, y Kelly frunció el ceño.

—¿Una silla de ruedas?

Me di cuenta de que mis palabras habían sonado estúpidas.

—Bueno, no. Pero no la necesito. Está ahí solo por si me canso, y tengo una condición física excelente, para prueba el último *storie* que he subido.

Me había hecho uno cuando el equipo de fisioterapeutas y entrenadores se había ido antes de seguir el entrenamiento por mi cuenta, sin camiseta, revolviéndome el pelo y con los auriculares puestos. En menos de un minuto había perdido la cuenta de las reacciones que había recibido, la mayoría con emojis de todo tipo con corazones. Además, no le había mentido. Cuando el equipo médico me había dado la silla de ruedas me habían aclarado que no la necesitaba ni la necesitaría, solo era para desplazarme con comodidad por la gigantesca mansión. Aun así, nunca la había utilizado y cada vez que la veía no podía evitar que me recorriera un escalofrío poniéndome la piel de gallina, ni que una bola de fuego me cerrase la garganta.

Kelly no habló de inmediato.

En su lugar, desvió la vista de la silla de ruedas a mí y me examinó.

—Entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Deberé tener a mano un buen puñado de sinónimos de «creído» para tu biografía. No queremos que nos acusen de repetirnos. Es de las peores críticas, Graham, y muy evitable, señor *condición física excelente*.

Aquella fue la primera vez que Kelly Bennet me cayó bien. Lo recuerdo perfectamente. Me gustaban las personas que me bajaban los humos igual que me agradaban las que se desmayaban a mi paso o me pedían autógrafos cuando salía del autocar de los Boston Bruins en cualquier estado donde jugaba un partido. En general, me gustaba la gente, y en particular, la que me permitía

alejarme del drama y me dejaba a mí las riendas, como Kelly, que probablemente había asistido en primera fila a mi fracaso al intentar utilizar el maldito poder de la mente y no había tratado de sacarlo a flote.

—Tú misma, Ojos grandes. Puedes cuestionar mi rutina deportiva, pero con el sudor, y más si dices que ha rozado el lunar de mi clavícula, habrías hecho una pequeña fortuna que gastar en muñecos de vudú para clavarme alfileres.

Esta vez su sonrisa fue más grande.

—A Abraham le caerías bien.

—¿Tu novio?

—Mi tortura —no dijo nada más—. Prefiero esperarte en la biblioteca.

La segunda vez que Kelly Bennet me cayó bien sucedió al cabo de un rato. La dejé en la biblioteca y fui al cuarto de baño de mi habitación a ducharme. Una vez que terminé, me vestí con un vaquero negro, jersey blanco fino, cogí el gorro calado oscuro por si me apetecía salir al jardín, para no tener que volver a subir, y bajé con el pelo todavía humedecido y el calor del agua caliente en el cuerpo para encontrarme con ella. Me sorprendió que la puerta de la biblioteca estuviese abierta, yo mismo la había cerrado al salir, y me detuve en el quicio al comprobar que aquella hada infernal que iba a escribir mi biografía no estaba sola. Daisy la había abordado acompañada de Bingo.

Sonreí.

Aquello era bastante previsible.

En lugar de entrar, observé la escena procurando no hacer ruido.

Kelly estaba sentada en la misma silla que, como el día anterior, había colocado frente al sillón donde había imaginado —acertadamente— que yo me situaría. Era el sitio más cómodo para estirar la pierna o ponerla en alto. La estancia, luminosa, con las persianas abiertas, mostraba a la chica, que se había quitado el abrigo para dejar a la vista una camisa de rayas al más puro estilo *Bitelchús*, pantalones negros y botas. El pelo se lo había recogido en una coleta y firmaba concentrada con los labios apretados y la punta de su lengua rosada asomando el que supuse era el último de los libros de mi hermana que le quedaba por dedicar. Mientras, Daisy revoloteaba a su alrededor y abrazaba dos novelas contra el pecho. Bingo, que estaba tumbado a sus pies, me descubrió y le hice un silencioso gesto para que no ladrase. Tampoco me costó convencerlo. Los paseos de mi hermana eran más bien pequeñas palizas, y había perdido algo de fondo desde que yo no podía salir con él a correr. Volvió a apoyar la cabeza sobre las patas y yo articulé un «Buen chico» sin voz.

—Perdona que no te hable —le dijo Kelly a mi hermana asegurándose de que podía leerle los labios—. Soy fatal haciendo dos cosas a la vez y no querría ponerte una tontería que te estropee la novela.

—¿Alguna vez te ha pasado?

—¿Dedicatorias incoherentes? —Daisy asintió—. Más de lo que me gusta admitir y, cuando te das cuenta e intentas arreglarlas, empeoran. Pero eso no es lo más horrible.

—Ah, ¿no?

—Lo más horrible, la pesadilla de todo escritor, es cuando te equivocas con un nombre que te acaban de decir o lo escribes con faltas de ortografía. *Faltas. De. Ortografía*. Nuestro anticristo. —Simuló un calambre, Daisy rio y yo tuve que reprimir una carcajada por su exageración—. Aunque frente a eso tengo la solución.

—¿Cuál es?

—Dibujo un corazón encima y lo relleno de tinta para poder poner el nombre bien al lado.

—Es buena idea.

—Si conocieses mis nulas habilidades artísticas, no lo dirías. Parecen riñoncitos deformes.

—Los riñoncitos deformes molan.

Las dos rieron juntas y... Que fuese amable con Daisy o no mutase de expresión ante la gravedad de su tono de voz no fue lo que ratificó la opinión que había empezado a forjarme de ella en el gimnasio. La amabilidad debería ser tan común que ni siquiera reparases en su existencia, como las cosas invisibles que te envuelven y te facilitan la vida. En cuanto al timbre de voz de mi hermana, si le hubiese llamado la atención y se le hubiese notado de un modo brusco, le habría explicado cómo había que tratar a una persona sorda. Normalmente no era necesario ser radical, solo didáctico, y a veces convenía recordar a la gente que todas las voces son válidas, no solo las de frecuencia más común y aburrida. Pero, como decía, lo que marcó el inicio de nuestra relación profesional aquella mañana, despertó mi interés y moduló mi actitud con Kelly, la primera línea de un proyecto de futuro llamado amistad, sucedió inmediatamente después.

Yo continuaba en el umbral de la puerta, Kelly terminó de firmar (esperaba que con el nombre correcto y sin faltas de esas que le producían dolor de cabeza), entregó el último libro a mi hermana, Daisy lo cogió, lo apretó junto al resto y le preguntó si podía darle un abrazo. La rubia pronunció un «sí, claro», se puso de pie, Daisy soltó las novelas en el escritorio, se fundieron y fue ahí, al soltarse y separarse, cuando ambas repararon en mi presencia. Tenía el pecho a rebosar de emociones positivas. En aquella época, ver a mi hermana feliz era lo único que me hacía sentir bien. Luego, eso cambió. Necesité otras cosas. Pero *no* ese día. Esa mañana me bastaba con su mirada iluminada y la ilusión con la que

al verme profirió:

—¡Graham, pareces un acosador...! —Y vino corriendo a mi lado para darme un abrazo idéntico al de Kelly, agradecida por aceptar a su autora favorita como biógrafa y con ello cumplir uno de sus sueños. Como si tuviese alternativa cuando de Daisy se trataba... Chasqueé la lengua, ella envolvió mi cintura con sus manos y yo solté las muletas para acogerla entre mis brazos con cuidado de no perder la estabilidad. No comprendía el poder de la literatura capaz de provocar eso, aquella alegría derramada, pero tampoco entendía el del deporte y había presenciado cosas peores, como padres que se perdían instantes trascendentales e irrecuperables de la vida de sus hijos para verme a mí ganar un partido—. Gracias, gracias, gracias. —Alzó la barbilla y, joder, ¿era posible que me picasen los ojos por verla tan contenta? Lo era. Pero no pensaba emocionarme.

—Al final voy a ponerme celoso, enana. Cualquiera diría que es la primera famosa que ves, y no es por fardar, pero yo he aparecido dos años seguidos en el *top ten* de los deportistas más influyentes de la revista...

—Calla. —Daisy me dio un codazo flojo mientras reía divertida.

—Ay —me quejé de coña—. Un poco más de delicadeza, que estoy herido.

—No seas egocéntrico, Graham Scott —simuló regañarme.

En ese momento oí a Kelly murmurar:

—Egocéntrico, buen adjetivo para introducir al personaje.

Fijé mis pupilas en las de Daisy, alcé las manos y con lengua de signos le pregunté:

—¿Te parece insoportable? Yo todavía no lo he decidido.

Aquel era nuestro lenguaje secreto. La mayoría de la gente no sabía interpretarlo y podíamos hablar con total libertad. La pregunta era una broma, pero me permitía compartir algo con mi hermana con la seguridad de que Kelly no nos entendía. Una certeza que se tambaleó cuando Daisy comenzó a mover la cabeza de un lado a otro, como si sufriese los espasmos de una descarga, y que fue aplastada en el momento en el que la rubia dijo:

—¿No te cansas de hacer el ridículo conmigo? Primero el folio en blanco y ahora esto, aunque reconozco que tengo cierto interés personal en la respuesta.

Desvié la mirada de mi hermana hasta Kelly y me topé con sus inquisidores —e increíblemente grandes— ojos castaños.

—¿Sabes lengua de signos? —titubeé.

—Me temo que sí.

Apretó los labios y, a pesar de que no hizo nada más, tuve la sensación de que las tornas habían cambiado y esa mañana era ella y no yo la que estaba reprimiendo una sonrisa ante mi monumental cagada. Mi hermana, que era una

firme defensora de que mi suciedad la debía limpiar yo solito, decidió aprovechar para irse.

—Os dejo solos. —Depositó un beso en mi mejilla solo para poder ver mi expresión anonadada más de cerca y reírse. Después, se dirigió a Kelly—: No se lo tengas muy en cuenta. Es un bocazas, y también un manazas, pero si le quitas toda la tontería es buena persona. Te lo digo yo, que llevo años aguantándole. Por cierto, la respuesta de ambos es que no, no eres insoportable, aunque ahora mismo Graham esté tan impactado por su metedura de pata que sea incapaz de admitirlo.

Daisy me guiñó uno de sus ojos de gato y se fue cerrando la puerta a su paso seguida de Bingo. Kelly y yo nos quedamos solos. No sabía si estaba impactado, pero desde luego sí que estaba intrigado. Y la curiosidad que se siente por una persona es de las cosas más adictivas que conozco.

—¿Cómo...? —mascullé, y ella comprendió.

—Aprendiendo.

—¿Cuándo?

—De niña.

—¿Tienes un familiar sordo?

—No, y no creo que sea un requisito indispensable para estudiarlo.

«Pues yo creo que sí».

—¿Por qué?

—¿Tan raro es?

«Pues sí», pensé, y lo dije en voz alta.

—Lo es, Ojos grandes. —Pocas personas podían hablarlo. De hecho, la mayoría de las compañeras de Daisy aprendieron en Yellowknife porque me ofrecí a enseñarles (y, por la forma en la que me miraban cada vez que por accidente se me subía la camiseta, tenían más interés en ver una pequeña porción de mi vientre plano que en estudiar) y, mis amigos, porque les dije que si no sabían hablarlo antes de que acabase el trimestre dejaría de encajar tantos sobre el hielo. Aquella realidad me irritaba, pero era la verdad. Sin embargo, Kelly sabía lengua de signos sin necesidad de que mis abdominales interviniesen o hubiese un chantaje deportivo encima de la mesa. Quise saber el motivo. Y desear conocer a alguien desde los cimientos fue toda una novedad en mi rutina —. Cuéntame por qué lo has aprendido.

Ella estaba deshaciéndose la coleta que se había hecho para firmar y el pelo rubio le cayó de nuevo por los hombros. Me miró suspicaz.

—¿En serio quieres que te lo cuente? —«Oh, *Bitelchús*, sí». Asentí y pasó un rato antes de que ella accediera—. Te advierto que es una chorrada.

—Estás de suerte. Siempre tengo tiempo para chorradas y para sacarme

fotografías delante del espejo del baño.

Cogí las muletas con decisión y me deslicé hasta el sillón, donde me dejé caer. Entonces la miré mientras ella también se sentaba y observé algo en lo que no había reparado antes, las pronunciadas sombras que lucía debajo de sus ojos.

—Tienes mal aspecto, rubia —se me escapó, y en aquella ocasión no me corrigió por llamarla así. Quizá porque mi voz tenía más de profunda y sincera que de tonalidad burlona.

—Vaya, *gracias*, Graham. Criticarme es perfecto para alcanzar un clima de confianza y que te hable de mí.

—No, no —me apresuré a aclarar—. Quiero decir que... —«¿tan cretino fui con mi actuación que no has dormido?»— ¿has pasado mala noche por... *algo*?

Kelly adivinó lo que estaba pensando.

—Oh, no es lo que crees, Graham. Me quedé trabajando hasta tarde en un proyecto literario independiente del nuestro —respondió, y me di cuenta de que era todo lo que iba a decir de ese tema—. Tu poder es más limitado. En realidad, se reduce al espejo del baño.

Quise indagar, pero, como ella no lo había hecho conmigo en el gimnasio, le devolví su mismo gesto.

—En el espejo del pasillo tampoco salgo nada mal. —Me acomodé y aclaré la garganta—. Me debes una historia en exclusiva, K. B. Stevenson.

Me sostuvo la mirada un parpadeo y comenzó.

—Cuando era niña hubo un gran debate en mi casa. Decidían qué segunda lengua estudiaría de extraescolar, y digo decidían porque mi madre quería francés, mi padre castellano y mi hermana mayor, Mía, que me diesen mis propias herramientas para que inventase un lenguaje, el dialecto de los Bennet lo llamaba. —Movió la cabeza con cierta nostalgia—. A mí me daba igual. No me importaba el ganador. Es decir, el francés sonaba romántico, susurrante, melodioso, aunque seguro que no lo habría descrito así de pequeña, y el castellano era como estar de fiesta, contundente, te obligaba a abrir más la boca, a mover diferentes músculos, y te explotaba entre los labios...

—Creo que ya sé cuál habría elegido —bromeé, y Kelly se calló—. Perdona, continúa.

—La opción de Mía no la veía, pero tampoco me habría importado intentarlo... La cuestión es que estábamos cenando con la televisión puesta sin sonido, como dictaban las normas en nuestra casa, y en la pantalla salieron unas ballenas. Siempre me han fascinado. Cantan bajo el agua, aprenden canciones y sus voces recorren millas y millas hasta alcanzar a sus familiares. Además, tienen el corazón más grande del reino animal —se entusiasmó, y ver a Kelly emocionada era de esas cosas difíciles de describir y fáciles de acostumbrarte—,

los bebés más grandes y...

—Lo pillo, te va lo *grande*. —Alcé las cejas juguetón y me fulminó con la mirada. La animé a seguir con un gesto silencioso con el que me cosía la boca.

—En la televisión también había un intérprete, así que deduje que no importaba que no tuviésemos el volumen activado, yo era una niña, pero supuse que mis padres lo entenderían, así que les pregunté de qué hablaban y ninguno supo contestarme. Ninguno sabía lengua de signos. Y lo decidí. Quería poder hablar con las personas que tenía al lado, y después con todo el mundo. De otro modo era como si los aislase, como si los dejase atrás.

—¿Los convenciste sin más? —vacilé.

—No. Incluso hice una encuesta que me avalara en el colegio preguntando cuántos hispanohablantes, alemanes y sordos había entre los alumnos.

—¿Ganaste?

—Para nada. El castellano le dio una buena patada en el trasero al resto de las lenguas.

Sonreí. Kelly tenía un punto cabezota muy adorable.

—¿Entonces?

—Hice lo que había que hacer para que mis padres me permitiesen apuntarme a dos extraescolares. Supliqué. Rogar se me daba muy bien y con caída de pestañas y mohínes era invencible.

—No lo dudo. ¿Te arrepentiste?

—Me agobié. En aquella época también quería ser jugadora de golf profesional, bautizar una estrella, crear un spa para gatos y pasarme el día acariciándolos, viajar a otro país y que estuviesen a punto de detenerme, ser apicultora...

—Joder, Kelly.

—Sí, quería ser muchas cosas, y mis mohínes eran excelentes. Lo conseguía todo. —Dibujó una sonrisa y su tono fue cambiando poco a poco a uno más profundo a la vez que la vista se le perdía observando a la nada—. Pero merecía la pena cuando iba a una firma de libros —me di cuenta de que utilizaba el pasado— y la lectora que creía que no se podía comunicar conmigo se sorprendía cuando de repente, pum, lo hacía. —Volvió a enfocar—. Esa cara, Graham, es alucinante. —Los ojos le brillaron y tuve la sensación de que parpadeaba rápido para no llorar. Tragó saliva y se recompuso—. Y también puedo pedir un burrito en perfecto castellano cuando voy a un mexicano. Me encantan los restaurantes mexicanos, los peruanos, las parrillas argentinas, y quiero probar un colombiano. Con esto ya lo sabes casi todo de mí, no hay mucho más —sentenció como si hubiera dicho poco.

Había una frase que siempre detestaba en las comedias románticas que veía

con Daisy, la que hacía referencia a que tal o cual chica era especial, diferente a las demás. Para mí todas las personas eran distintas, así que lo que aprecié en Kelly en aquel instante no fue que se tratase de alguien único o singular, sino que poseía la clase de diferencias que me llamaban la atención a mí. Y que me gustaba escucharla hablar. Permanecimos en silencio y ella entornó los ojos.

—¿No te habrás enamorado de mí? Porque no sé si estoy preparada para que me persigan los *paparazzi* —bromeó.

—Desde el instante en que entraste ayer por la puerta de la biblioteca y me llamaste «pedante de campeonato». Es de los mejores insultos que me han dedicado, Kelly.

Ignoró mi comentario de coña.

—Anda, vamos a ponernos al lío. En World Dreams están interesados en tu vida, no en la mía. —Abrió su bolso y comenzó a sacar sus bártulos. Una libreta, un bolígrafo multicolor, pósits y... Se lo tomaba en serio, no había duda, y a mí empezó a azotarme un pensamiento incómodo que rebotaba en mi cabeza—. He traído las fichas que utilizo para trabajar en mis personajes antes de ponerme con una novela. Podrían ayudar. Lo haríamos en formato entrevista, aunque si lo prefieres también puedes hablar y desahogarte como si fuera una consulta y yo le voy dando forma.

—Formato entrevista me va bien. Tengo experiencia.

Poco a poco el pensamiento se convirtió en una voz que repiqueteaba en mi cerebro, taladrándolo.

—¿Te importa que te grabe? Sería solo audio —dijo.

—No.

Kelly se levantó y dejó su móvil sobre la mesa. Entonces mi pensamiento, que no era otra cosa que una ligera sensación de culpabilidad por lo que tenía pensado hacer, me llevó a tomar una decisión con la que advertí que Kelly Bennet iba a fastidiar el segundo de mis planes en un intervalo condenadamente corto de tiempo.

10

LA TEORÍA DEL TREINTA POR CIENTO

Kelly

Descubrí una dulzura inesperada en Graham entre capas y capas de ego desorbitado. El modo con el que contemplaba a su hermana con esos ojos tan azules que casi parecían transparentes era el mismo con el que te gustaría que cualquier persona te mirase a ti, con un amor incondicional e inquebrantable. Eso hizo que me forjase otra opinión sobre él distinta a la de nuestro primer encuentro en la biblioteca. Bueno, más bien, que le añadiese profundidad a la que ya tenía. Le humanicé. Entonces, con su mirada persiguiendo el movimiento de mi mano y mi dedo a punto de pulsar el botón para iniciar la grabación, soltó una bomba que me dejó completamente desubicada.

—Pensaba boicotear la biografía —dijo.

Me giré lentamente en su dirección con el cuerpo en tensión y le encontré con expresión de no estar del todo convencido de lo que acababa de hacer.

—¿Cómo dices?

—Pensaba boicotear la biografía, Kelly —repitió, y luego añadió—: Ya sabes.

—No, no lo sé.

Se encogió de hombros con fingida inocencia.

—Ponértelo difícil. Un par de mentiras, complicarte la obtención de información, sacarte de tus casillas. Esas cosas.

—*Esas cosas.*

—Nada grave —zanjó tan tranquilo, como si no estuviese confirmando que iba a torpedear mi trabajo desde el segundo uno.

A pesar de que no daba la sensación de estar mintiendo, aguardé a que soltase un «Es coña, rubia» o algo similar, pero, como no lo hizo, me apoyé en el borde del escritorio y le pregunté desconfiada:

—¿Por qué me lo cuentas? ¿Es una especie de... prueba? —Gracias a su

cambio de actitud me había quedado claro que lo del día anterior había sido una representación, un juego. Por lo tanto, no podía descartar que lo hiciese de nuevo.

Graham posó sus pupilas en las mías, confundido.

—¿Una prueba de qué, *Kelly*? —Pronunció mi nombre de una forma distinta a las otras veces. Diferente también a cuando decía «rubia» con el tono descarado que ya le había intuido en las entrevistas. Tampoco se parecía al modo con el que articulaba «ojos grandes», ligeramente más amistoso. Le había dedicado a mi nombre una tonalidad única. Como si el sonido que se convierte en palabras gracias a los músculos que controlan el paladar blando, la lengua y los labios variase de repente para mí, y lo mejor es que ni siquiera fue intencionado.

Lástima que estuviese muy mosqueada con él.

Crucé los brazos a la altura del pecho.

—No sé. Dímelo tú. —Admito que me puse a la defensiva, pero en ocasiones me costaba confiar en la gente, y más cuando me daban argumentos para no hacerlo.

Él reflexionó acerca de su siguiente intervención para no seguir fastidiándola. Creo.

—¿Qué tono te han dicho que emplees en mi biografía?

«¿Cómo?», vacilé.

Graham se recolocó en el sillón y una sombra de dolor a la que no presté demasiada atención cruzó la expresión de su rostro. Sin más, hundió la mano en el bolsillo del pantalón mecánicamente y sacó un pastillero anaranjado del que extrajo una pequeña cápsula blanca y redonda que se metió directamente en la boca y tragó sin necesidad de ayudarse con agua.

—Listo. Esto de drogarse por prescripción médica es del todo placentero. —Volvió a guardar el bote—. ¿Por dónde íbamos? —Me miró de nuevo—. ¿Estás bien? La palidez repentina sumada a tus gustos a la hora de maquillarte da un poco de miedo —bromeó, pero yo no estaba para coñas ni para olvidar lo que acababa de preguntar, aunque definitivamente se había arrepentido de hacerlo.

—Nadie me ha dicho la manera en la que tengo que escribir tu libro —respondí con sinceridad.

Graham chasqueó la lengua cuando entendió que no iba a dejarlo pasar e insistió:

—¿Seguro? ¿No ha habido *sugerencias* de parte de World Dreams, propuestas de hacia dónde debe tirar, consejos de voz?

—¿Dónde quieres ir a parar?

El ambiente se puso tenso, aunque en mi interior también se abría paso la curiosidad.

—Entiendo poco de libros, Kelly. No me lo reproches, pero no leo mucho. Aun así, conozco lo suficiente de ellos para saber que todas las historias tienen intencionalidad, como en Instagram. Unas buscan entretener, otras son didácticas, algunas son ejemplos esperanzadores, las hay que persiguen minuciosamente el hundimiento de una persona y luego están las de mi lunar, que no tienen ninguna justificación. ¿En cuál enmarcarías mi biografía dada la prisa que la editorial ha tenido para sacar este proyecto adelante?

Comprendí por dónde iba. Graham Scott no era estúpido, nunca pensé que lo fuera. Un poco idiota, sí. Mastiqué sus palabras en mi cerebro y las desmenucé a conciencia. Era cierto que ni Betty ni Teddy me habían dado indicaciones precisas y directas del tipo: «El argumento del libro es la caída de un prometedor jugador de hockey sobre hielo que se saca muchos selfis», y yo no le había mentido, pero también era evidente que su urgencia por publicar el libro, sin esperar siquiera a ver el resultado de la cirugía, marcaba un rumbo. Entendía la preocupación de Graham. Su objeción. No su obsesión con el maldito lunar y la satisfacción que le producía hablar de él, ni que no hubiese más lunares en el mundo...

Recobré la perspectiva.

Faltaban tres semanas para su operación y ni de broma yo habría terminado con la redacción del primer borrador, puede que ni siquiera hubiese obtenido la información necesaria para darle forma. Además, Graham debía leer antes el texto. Podíamos manejarlo. Pero antes tenía que olvidar las ganas de plantarle un puñetazo en el ojo derecho y volver a formularle una pregunta que ya le había hecho antes planteada de otra forma.

—¿No quieres que se escriba? —le di una nueva oportunidad, dispuesta a rechazar el trabajo si asentía mientras observaba de reojo la ficha del personaje lista para ser completada junto al cuaderno por estrenar y los pósits con los que me había propuesto separar los diferentes momentos de su vida.

«Otro proyecto fallido a la vista», repiqueteó en mi cerebro con aquella voz que me mortificaba, y entonces él habló.

—Yo no he dicho eso. Tampoco hay que ser melodramáticos. Esto no es una novela cualquiera, es mi vida. —Sostuvo su mirada en la mía y esbozó una media sonrisa—. Propongo que seamos cómplices. ¿Cómo lo llamaste? Nuestra «simbiosis».

Dudé.

—¿Quieres que la boicotee?

Definitivamente, no estaba dispuesta a hacerle eso a Betty.

Graham movió la cabeza de un lado a otro y sus labios dibujaron una risa suave.

—No, mujer. No estás hecha para hacer el mal, se te marca la vena de la frente de un modo adorable. Quiero que te bases en la teoría del treinta por ciento y que vayas a muerte con ella.

Fruncí el ceño, confusa.

—¿La teoría del treinta por ciento?

—La teoría del treinta por ciento.

No me sonaba. ¿Sería algo de hockey sobre hielo? Debía ponerme a ver partidos *ya*.

—Son las posibilidades de que todo vaya bien después de mi paso por el quirófano, Kelly —aclaró—. Si te comprometes a basarte en ellas, seré un buen chico y te contaré detalles de mi vida que nadie más conoce. Exclusivas. ¿Qué me dices? ¿Equipo Stevenson-Scott? He puesto tu apellido primero para que me perdones porque mis mohínes no son tan efectivos como los tuyos. —Estiró una mano en mi dirección sin borrar su estúpida sonrisa, aunque había algo de nerviosismo en ella.

Examiné la mano que me ofrecía. Era grande, de dedos largos y uñas cuidadas. Una mano bonita con una pulsera trenzada de cuero negro falso en la muñeca. Atrapé el labio inferior entre mis dientes y medité sobre su oferta. Lo cierto era que necesitaba esos «detalles». Graham no era muy de hablar de su vida privada, salvaba esas preguntas con una irresistible sonrisa torcida con la que nublaba el juicio a los periodistas a la vez que les decía con voz perlada: «¿Qué crees tú que pasó?» en tal o en cual situación. Si todavía estaba dispuesta a escribir su historia (y lo estaba), necesitaba algo más que saber que llegó a los Boston Bruins siendo un adolescente, que fue uno de los mejores debutantes que se recordaban y que al acabar los partidos y quitarse el casco se secaba el sudor con la parte baja de la camiseta para que se le viese el abdomen (le había pillado). Si hacía eso, parecería un refrito cutre de artículos y entrevistas ya publicadas, un libro que ya has leído. Por no mencionar que yo no era nadie para robarle la esperanza.

—¿Alguna vez alguien te ha dicho que tus pensamientos pueden verse, Kelly? —dijo.

—No.

—Pues deberían. Eres todo un espectáculo digno de observar con palomitas. Déjalo.

—¿El qué?

—Piensas que la teoría del treinta por ciento es una idiotez, así que yo te pido que lo dejes.

Tenía una máxima como escritora. Si yo no creía en el personaje, el lector no lo haría. Si yo no creía en Graham y sus posibilidades, no sería capaz de darle la

historia que ese capullo merecía. Así que decidí creer en él. Allí, apoyada en el escritorio, me puse de su parte.

—Pienso que no me gustan las sorpresas ni que me mientan.

Sus ojos se entornaron.

—Nada de sorpresas, nada de mentiras. ¿Equipo Stevenson-Scott?

Su mano continuaba estirada en mi dirección, la cogí y la apreté.

—Equipo Stevenson-Scott —acepté sintiéndome un poco boba por tanta teatralidad.

Él sonrió de un modo diferente, más real, y por un instante aquel gesto me cegó.

—Tienes fuerza, Kelly. Das unos apretones contundentes.

—Recuérdalo si planeas volver a liármela.

—Lo haré. Estás en el bando correcto.

Nos soltamos. Me puse en pie, activé la grabación del móvil y regresé a mi asiento. Cogí el cuaderno, pulsé la tinta negra del bolígrafo multicolor y garabateé en el primer folio en blanco. Graham se inclinó hacia delante.

—¿Qué escribes?

Le miré. Parecía interesado. Y captar el interés del jugador tenía algo extrañamente gratificante.

—El título de la biografía. —Sostuve la libreta entre mis manos y le di la vuelta para que pudiese leer: «Graham Scott y la teoría del treinta por ciento». Él sonrió de nuevo.

—Tienes una letra bonita, quizá me lo tatúe. Pero hay una falta de ortografía. En canadiense Scott es con una sola *t*.

—No me fastidies. —Giré la libreta de inmediato y escuché el eco de su risa de fondo.

—Es coña. Te tomas muy en serio lo de las faltas.

—Mucho —confirmé, y me sorprendí a mí misma haciendo una broma—. Podrías haberme provocado un infarto.

A él también le extrañó y tuve la sensación de que le gustaba esa parte de mí que afloraba pocas veces.

—Evitaré hacer coñas sobre el tema, no me gusta jugar con la salud ajena.

Me sumé a su sonrisa, aunque solo un poco.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? ¿Mantenemos el formato entrevista y la ficha de personaje o prefieres que empecemos por algún detalle novedoso que nadie más sabe y restaurará mi confianza en ti?

Graham enarcó una ceja.

—Creía que la confianza ya estaba restaurada.

—Más o menos, pero no del todo.

Fijó sus pupilas en las mías y se decidió:

—Está bien. Daré un paso al frente. ¿Cuánto sabes de por qué comencé en esto?

—¿En el hockey sobre hielo?

—Sí.

Solté la libreta, las fichas y el boli sobre mis rodillas e hice memoria. Era una respuesta sencilla. Salía publicada en *tooodos* los sitios y formaba parte de la mayoría de los párrafos introductores de reportajes y entrevistas.

—Fuiste tan inconsciente que te metiste en un lago helado a salvar un mapache de niño. —Así decía que había conocido el hielo cuando le preguntaban. Un mapache, de ahí lo del mapache de Yellowknife, conecté y pensé en el animalillo asustado que había logrado sacar con vida segundos antes de que el bloque se quebrase y se viniese abajo, hundiéndose entre las aguas del lago.

—Algunos lo tacharían de heroico. Eres difícil de impresionar. Se trataba de un mapache con mucha personalidad, Kelly, el muy desagradecido me arañó la cara. Menos mal que no fue nada y conservo la belleza intacta.

Puse los ojos en blanco.

—¿Es mentira, Graham?

Que la historia que tantas veces había contado fuese falsa sería un detalle importante.

—¿Qué? Joder, no. El mapache existió...

—¿Solo en tu imaginación...?

—En mi mente suceden muchas cosas, pero nunca hay mapaches.

Nos sostuvimos la mirada.

—¿Entonces...? —La anécdota del mapache estaba trillada, trilladísima, incluso en algunos programas de televisión habían salido presentadores disfrazados para recibirle. Debía aparecer, estaba claro, pero no aportaba nada nuevo para el lector. Aquello ya lo sabía. Habría sido mejor empezar por mis fichas y desgranar partes de su infancia que le bajarían del olimpo de los deportistas de élite y le acercarían a los mortales, como su color favorito, la comida que le provocaba arcadas o la película que había visto más veces. En aquel momento, él puntualizó:

—Es una historia incompleta a la que le faltan dos fragmentos —empezó, pero se quedó callado unos segundos y a mí volvió a picarme la curiosidad—. Antes de que te los cuente, debes saber varias cosas. —Cogió una bocanada de aire y disparó—: Siempre he tenido muchos amigos. Muchísimos. En el baile de promoción fui el rey, me emborraché y tuve un fin de fiesta más que memorable. Por no hablar de que mi cuenta bancaria es la fantasía de todo chico de veintitrés

años o de noventa y tres, la edad no importa...

—Antes de que me lo cuentes, confirmo que careces de humildad. No te preocupes por eso, ya me había hecho a la idea.

Sonrió de lado.

—No voy por ahí —dijo, y se puso algo más serio, observándome de un modo intenso, como si quisiera que sus siguientes palabras penetrasen en mi interior y se grabasen a fuego—. Esta no es una historia triste. No quiero darte lástima mientras te la cuento y menos que quien la lea sienta pena. ¿Lo entiendes?

Arrugué el entrecejo, perdida.

—Lo entiendo —mentí.

—Bien —asintió y retomó su actitud despreocupada—, de pequeño, no sé exactamente con cuántos meses o años, me diagnosticaron retraso madurativo. Supongo que en este punto puede ayudarte mi madre, conserva los informes y demás. —Me erguí interesada y me pregunté en qué consistía el retraso madurativo. Era un término que había escuchado vagamente, pero en el que nunca había ahondado. En realidad, había profundizado poco en términos como «autismo» o «Asperger» y solo tenía de ellos una leve imagen mental a la que le faltaba mucho relieve. Pero del retraso madurativo ni eso. Me dije que buscaría información al llegar a casa, aunque Graham me dio unas pinceladas—. De niño mis habilidades no se desarrollaban a la misma velocidad que las del resto, pero con el paso del tiempo me igualé y me puse muy bueno. Cañón. Puedes hablar de ello con total libertad en la biografía, de eso no me avergüenzo.

Fue la primera vez que admiré a Graham Scott por cómo respetaba quien había sido. Él me pilló y, antes de que soltase una tontería, me adelanté fingiendo que iba a tomar notas en la libreta.

—¿Estás seguro de que puedo escribir con total libertad que te pusiste «muy bueno»?

—En este punto, tienes libertad artística.

—OK. —Apreté los labios, pasé la página del cuaderno que contenía el título, apoyé la punta del bolígrafo y comencé a escribir. De fondo, escuché su risa. Tenía una risa agradable. Armoniosa y que te salpicaba la piel.

—¿En serio estás tomando notas, Kelly?

—Sip.

Como prueba, levanté el cuaderno por segunda vez y le di la vuelta para que lo leyera: «Graham es un capullo, pero salvó a un mapache y sobrevivió a sus garras. No lo olvides».

Su sonrisa se acentuó y, de nuevo, me observó de una forma diferente, tal y como había hecho al averiguar que podía comunicarme con Daisy, como si tuviese una peca que hasta entonces no había distinguido en la punta de la nariz

y le fascinase. Me removí incómoda. No me gustaba que me mirasen así, como si fuese especial, como si esperasen que lo fuera, porque no lo era y entonces llegaban las decepciones. Era una experta en defraudar a la gente que quería. Si no, que preguntasen a Wendy.

—¿Estás bien? —Él se dio cuenta de la repentina rigidez de mi postura.

—Sí —mentí—, ¿te importa que baje la calefacción? Hace mucho calor.

Graham no me creyó, su gesto arrugando la nariz lo evidenció, pero accedió.

—El regulador está al lado de los grandes clásicos. Bájala. Es demasiado pronto para que estas sesiones se desarrollen en ropa interior.

Obedecí e hice descender un par de grados la temperatura en el termostato que estaba al lado de *Frankenstein* y *Madame Bovary*.

—Sigue, por favor —le dije al volver.

—¿Seguro? Si te ha dado un golpe de calor y estás mareada...

—Seguro.

Él aguardó un par de segundos por si cambiaba de opinión.

—Vale. —Cambió de posición con un gesto de hartazgo por las molestias que le causaba la lesión y me pregunté por qué no levantaba la pierna y la apoyaba en la silla, que estaba preparada con un mullido cojín precisamente para eso, para que la pusiera en alto—. Otro día si quieres profundizamos en el retraso madurativo, aunque, pues eso, no recuerdo mucho. Mi madre es la persona para este tema.

—¿Te importa que hable con ella?

—Para nada. —Cogió una bocanada de aire y prosiguió con el relato—. El resumen cutre de la situación sería el siguiente: mis compañeros no me hicieron *bullying*, es más, algunos, como el puñetero Peter Standford, desarrollaron cierto espíritu de conciencia protectora con el que no estoy demasiado de acuerdo y...

—Espera, ¿Peter Stanford —compañero suyo en los Boston Bruins y novio de Daphne Collins— es de Yellowknife?

—Nacido y criado en la casa de al lado, sí —confirmó, y me azotó la duda de cómo llevaría Peter que Graham tuviese toda la fama, los aplausos y las banderas de las gradas—. La cuestión es que me aceptaban, pero era muy bruto. Nada delicado. Cero. No como ahora. Ahora puedo ser las dos cosas a la vez. Antes, no. Y no me dejaban jugar con las cosas frágiles por si me las cargaba, y supongo que a mí eso empezaba a cabrearme. Entonces vi al mapache sobre el lago congelado y... ¿Alguna vez te has parado a pensar en la fragilidad del hielo, Kelly?

Para mí el hielo no era frágil, era resbaladizo y los neumáticos patinaban.

—No.

—Pues lo es. El hielo se rompe con facilidad, sobre todo esas capas finas que

cubren los lagos con las primeras heladas. Pero cuando me lancé a por el mapache no lo hizo —la mirada se le iluminó—, se mantuvo estable hasta que llegué a la orilla. Entonces sí, se vino abajo. Algo tan delicado me sostuvo. En lugar de romperse y notar astillas heladas clavándose por mi cuerpo, me sentí flotar. Como si hubiera alzado el vuelo. Y sucedió.

—¿Qué?

—Lo improbable. Me enamoré de esa sensación y solo podía pensar de un modo enfermizo en que se repitiese.

—¿Por qué dices que era improbable?

—Porque el hielo eran mis faltas de ortografía, Kelly. Lo odiaba.

Parpadeé, impactada por la revelación.

—¿Odiabas el hielo?

—Con toda mi alma.

—¿Por alguna razón en particular?

Graham apretó ligeramente la mandíbula, entrábamos en terreno farragoso.

—Mi padre fue jugador de hockey sobre hielo.

—¿Arthur?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Mi padre biológico. Eso no puedes publicarlo, Ojos grandes. Pero sí que tengo tendencia a encapricharme de las cosas que no debo y tomo muy malas decisiones.

11

CLASES DE HISTORIA EN LA COCINA

Graham

No eran ni las seis de la tarde y ya estaba aburrido. Además, no podía invitar a ninguna chica a casa porque, pues eso, vivía con mi madre, su marido y mi hermana pequeña. Sencillamente «maravilloso». Chasqueé la lengua. Al principio, cuando mi madre me llamó para comunicarme su decisión, que no consultarme («La decisión está tomada, Graham»), no me sentó demasiado bien. Es más, me irritó. Tenía la sensación de que se entrometían en algo personal, me restaban autoridad como adulto e introducían un nuevo cambio importante en mi vida cuando lo que más necesitaba era estabilidad. Así se lo hice saber y ella me respondió:

—Una familia unida hace más fuerte a cada uno de sus miembros, pero si te incomoda nuestra presencia daremos marcha atrás, Graham —dijo, argumento por el que al final accedí.

Resoplé para apartarme el pelo de la frente. Era muy triste que no fuesen ni las seis de la tarde y ya estuviese aburrido con todas las horas que me quedaban por delante antes de meterme en la cama e irme a dormir. Cuando mi agenda estaba a rebosar de actividades me quejaba de no tener tiempo para mí, y cuando lo tenía me quejaba de lo contrario. Era curioso que ciertas ideas que considerabas verdades se desvanecían cuando las tenías en la palma de la mano y... «Deja de rayarte, Graham». El caso era que estaba tirado de malas maneras en el sofá del salón principal, había jugado a la Play, había cotilleado en TikTok, subido una foto a mis *stories* de Instagram, tomado un refresco y repasado la lista de series y películas que ofertaban todas las plataformas a las que estaba suscrito, y nada, no hallaba nada que me sacase de ese estupor. De estar cansado de descansar, maldita sea.

La alarma de mi móvil anunció que había transcurrido el tiempo suficiente

para que me pudiese tomar otro analgésico. Saqué del bolsillo el pastillero que siempre me acompañaba y me lo tragué. Las pastillas apaciguaban el dolor hasta que se convertía en el eco de un ronroneo en la articulación que era apenas perceptible. Resultaban bastante más eficaces que el fallido poder de la mente. Guardé el bote de nuevo y me incorporé en la pierna buena para levantarme. Esta también se quejaba, sobre todo los gemelos, que estaban sobrecargados, pero la medicina hacía su efecto en ambas.

Hundí los brazos en las muletas y salí del salón para buscar a alguien. Quien fuera. Me servía desde Lina, el ama de llaves, quien seguro que me relataría orgullosa las nuevas hazañas de sus nietos, hasta cualquier ser humano con una capacidad de conversación mínima.

La primera persona con la que me crucé fue Arthur.

«Mala suerte para él», pensé.

El marido de mi madre y padre de Daisy era un hombre de costumbres. Metódico. Daba igual que la casa de Salem cuadruplicase el tamaño de la de Yellowknife y tuviese más habitaciones, él siempre terminaba trabajando en la mesa de madera de la cocina con los folios esparcidos sobre su superficie, pilas de libros de cubiertas desgastadas y las gafas resbalándole por el puente de la nariz cada vez que inclinaba el rostro para leer, como si su arco fuese un tobogán infantil para ellas.

Me detuve en el umbral de la puerta y le observé.

Arthur parecía concentrado, y cuando el historiador estaba absorto ya podía producirse un tiroteo a su alrededor de los que luego aparecían en la televisión, que él ni siquiera escucharía el silbido de las balas rozándole el oído. Esbocé una sonrisa listo para entrar. Debía ser disimulado, que no se notasen mis elevados niveles de desesperación por conseguir una conversación decente con alguien que no fuera mi cerebro y que pareciese que esta surgía de manera natural mientras yo me tomaba uno de esos cafés que sabían a rayos.

—Ey —dije al pasar por su lado, pero Arthur ni se inmutó. Lo que fuese que estaba leyendo le tenía absorbido. Continué mi camino hasta la cafetera, donde me paré y, dejando apoyadas las muletas en la encimera, me esforcé porque el asco que sentía al servirme ese líquido similar al aceite para los frenos del coche no se reflejase en mi cara. Luego, me recosté contra la encimera con la taza entre las manos aguardando a que Arthur me presintiese o, como mínimo, oliese el frasco de colonia que solía echarme al salir de la ducha. Como ninguna de las dos cosas sucedieron, me vi obligado a hacer un segundo intento—. ¿Tu silencio se debe a que todavía me guardas rencor por no acompañarte a una de esas reproducciones históricas de batallas de las que tanto me hablas?

Levantó la vista del libro y por fin me atendió. Arthur se daba pocos

caprichos. De hecho, si hacía memoria, el único que recordaba era ese. Las reproducciones de batallas decisivas en la historia de nuestro país a las que asistía disfrazado de época. Parpadeó un par de veces para asegurarse de que estaba allí, se quitó las gafas y se frotó los ojos antes de volver a recolocarlas.

—Me hago viejo, Graham. Antes podía leer diez horas seguidas y no se me cansaba la vista, y ahora... Ahora tres de nada y me llora el lagrimal. ¿Qué haces aquí? ¿Buscabas a tu madre?

«Por ejemplo».

—Sí —mentí, y Arthur examinó la estancia como si ella pudiese hallarse allí mismo y yo no la hubiera visto.

—Vaya, hace un momento estaba justo aquí. Debe de haberse ido y no me he enterado. Ya sabes, estos —golpeó con delicadeza la pila de libros— son mi perdición. Aunque, si se me permite apostar, estoy casi seguro de que la encontrarás allá donde escuches a alguien maldiciendo las dimensiones de esta casa, su mala distribución y lo poco aprovechada que está. Se la tiene jurada desde que bajamos del coche.

Sabía de lo que hablaba. No hacía ni dos semanas que se habían mudado y ya me lo había repetido varias veces. A mi madre le gustaban los sitios de un tamaño mediano, con habitaciones funcionales y acogedoras donde chocar los unos con los otros fuese fácil y tuviésemos que pelearnos por el hueco más grande del sofá.

—¿En qué trabajas? —le pregunté a la vez que daba un sorbo a mi taza y contenía las ganas irrefrenables de vomitar.

—¿De verdad quieres saberlo?

El mayor defecto de Arthur era no ser consciente de lo increíblemente interesante que resultaba. Cuando vino a casa, además de comprobar que hacía feliz a mi madre, lo que más me gustó de él fue cuando ella comenzó a atreverse a dejarnos solos después de un periodo de adaptación. Yo era un crío, y Arthur no tenía ni puñetera idea de cómo lidiar con uno. Así, en lugar de contarme cuentos antes de irme a la cama, me planteaba interrogantes. «¿Sabes por qué hay una hoja de arce en nuestra bandera?», preguntaba, y yo le respondía que no. Entonces él me explicaba: «Se remonta al siglo XIX porque los soldados canadienses de la Segunda Guerra Bóer se distinguían por una hoja de arce en sus cascos para el sol», y sonreía satisfecho. Como era evidente, con cuatro años yo no sabía nada de dicha guerra, pero era un experto lorito repetidor de todo lo que oía en casa, y lo decía nada más entrar en clase. Por eso, la profesora comenzó a llamarme listillo y, cuando se lo conté a Arthur, él me dijo: «Es que tienes una mente muy inquieta, despierta y traviesa». Y estuve sonriendo como un bobo por lo menos hasta que recordé una de las últimas palabras que escuché

a hurtadillas a mi padre biológico antes de abandonarnos: «Le quiero, Karen, Dios sabe que lo hago. Pero a veces no puedo evitar enfadarme con él porque no sea normal, y sé que no es su culpa. ¿Tan mala persona soy?».

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral y negué con la cabeza para apartar el pensamiento. Aquella persona ya no me afectaba. Es más, yo había llegado más alto de lo que él nunca llegó en el hockey sobre hielo.

—Quiero saberlo —le dije, y Arthur sonrió.

—Vale, pero si me pongo pesado, me paras. Tengo un conflicto inmemorial con abreviar.

—Lo conozco. —Le devolví la sonrisa y me senté frente a él.

Entonces Arthur me habló del inicio de las clases y de sus nervios, de cómo quería que sus nuevos alumnos aprendiesen y no memorizasen, y por ese motivo preparaba las clases a conciencia, que era en lo que estaba trabajando.

—Me gustaría que algún día, cuando estén jugando al Trivial o quieran impresionar a algún amigo con un dato curioso, se acuerden de mí, su profesor de secundaria —comentó esperanzado.

En aquel momento, quise decirle que yo lo hacía cada vez que veía una bandera de nuestro país, pero no lo hice y aún hoy en día no sé por qué.

Continuamos hablando y me ofrecí voluntario para escuchar su lección antes de que lo hiciesen sus nuevos alumnos. Sin darnos cuenta, había pasado una hora, y yo me habría tirado otra más oyéndole hablar encantado si él no llega a intervenir.

—Madre mía, Graham, una hora dándole a la sinhueso. ¿Por qué no me has cortado? —Emitió avergonzado una risa floja—. No te entretengo más. Seguro que tienes muchas cosas que hacer. —Lo cierto era que no, pero, como ocurrió con la hoja de la bandera canadiense, tampoco se lo dije.

—No ha sido para tanto —sonreí, y me puse de pie para dejar la taza vacía en el fregadero.

—Por cierto, una amiga me ha sugerido que te utilice si el primer día es un absoluto desastre. Proponer una cena en esta casa para ganarme el afecto de mis alumnos.

Volví a sonreír divertido. ¿Quién habría tenido una idea tan absurda? Graciosa de no ser porque...

—No creo que sea legal, Arthur. Traer menores a casa para ganarte su afecto no suena muy bien...

Él chasqueó la lengua.

—Cierto.

—Pero podría acercarme una mañana al instituto si las cosas se complican, aunque no será necesario. Si tú hubieras sido mi profesor, lo más seguro es que

hubiese suspendido igual con la nuez que tengo por cerebro, pero al menos lo habría intentado.

Arthur me examinó durante unos segundos hasta que dijo:

—¿Quieres que te cuente un secreto, Mente inquieta?

Experimenté el burbujeo en el estómago que sentía siempre que me llamaba así.

—Si no es de presidentes excéntricos que piden que les descuarticen como última voluntad y conduzcan sus partes del cuerpo a los lugares donde ha escrito la historia de su vida, adelante. Todavía tengo pesadillas con Miguel Barragán —bromeé aludiendo a una de las anécdotas que me contó de crío y que, efectivamente, me causó pesadillas.

—Tendría que haberte hablado del presidente de México después de tus diez años... —reconoció.

—Habría sido todo un detalle, sí. —Lavé la taza en la pila y esperé a que Arthur me contase el secreto. Él no se hizo de rogar.

—Los alumnos más brillantes que he tenido no siempre han coincidido con los que obtenían mejores calificaciones. De hecho, dudo que muchos de los sobresalientes recuerden la mitad de lo que les contaba, pero tú sí, incluso lo que me gustaría que olvidaras, como las últimas voluntades de Miguel Barragán. Porque tú disfrutas sabiendo, desentrañando y guardando con mimo lo que te digo como si fuera importante. Graham, eres de las pocas personas que, habiendo terminado el instituto, todavía se sienta conmigo para oírme hablar de lo que más me gusta, la historia, aunque no vayas a sacar ningún beneficio por ello, salvo que este viejo al que se le cansa la vista se vaya esta noche a la cama pensando que es un tío guay y que las cosas que enseña merecen la pena.

—Es que eres un tío guay, Arthur.

—Gracias, y voy a llevarte la contraria con otra cosa: nunca has tenido una nuez por cerebro, Mente inquieta.

12

EXCURSIÓN

Kelly

—La teoría del treinta por ciento... —paladeó Betty concentrada, y tomé una bocanada de aire para cargarme de confianza y lograr así contarle en qué consistía. Era por la tarde y estaba manteniendo una reunión *online* con mi editora y mi agente desde el sofá de la casa de la abuela Charlotte (esta vez sin pijama de aguacates) y, qué diablos, después de darle muchas vueltas de regreso a casa, mientras comía, me había dado cuenta de que me convencía la sugerencia del jugador. Era un buen hilo conductor.

Enderecé los hombros y aclaré la garganta para sonar más convincente.

—*Graham Scott y la teoría del treinta por ciento*, sí. Ese sería el título provisional sobre el que trabajar —dije.

Normalmente, una vez aceptada la propuesta no mantenía reuniones tan pronto. Antes avanzaba algo en la escritura, y es que a veces, cuando me ponía frente al teclado, descubría que lo que en mi cabeza parecía perfecto no funcionaba del todo en el papel y debía moldearlo. Era algo que averiguaba escribiendo. Pero resultaba bastante evidente que la editorial quería llevar más control sobre ese proyecto del habitual y no sabía si se debía a una falta de confianza tras mi novela «mojón», cosa que debía resolver, o a que la biografía de Graham Scott era el trabajo más importante de toda mi carrera. Probablemente, influían ambos factores. Estiré el brazo y recogí el cuaderno de tapas azules que descansaba a mi lado percatándome ya de paso de que la pintura negra de mis uñas estaba un poco desconchada. Lo había elegido entre el pozo sin fondo de libretas que poseía para definir las pinceladas de la historia que cobraría vida al traspasarlas al portátil. Mis *tips*, unas pocas líneas.

—Podríamos iniciar cada capítulo con una frase que señale las probabilidades que había de X —expuse mientras lo abría— y desarrollarlo. Algo así como

citas, pero con rigor matemático.

—Probabilidades —repitió Betty, y, aunque no lo dijo, noté que no estaba del todo seducida. Esbocé una sonrisa y asentí. Antes de la novela «mojón» habría defendido mi postura de otra manera. No tenía claro si con más fiereza, nunca había sido especialmente apasionada (al menos, desde que mi editora y yo nos conocíamos), pero sí con mayor seguridad en mí misma. Sin embargo, para mi propia desgracia la última novela existía y había hecho mella en mi autoestima y en la confianza que tenía en mis capacidades. Sentía que no era buena, o no lo suficiente, para jugar en esa liga. Por eso, pensaba que la mayoría de las cosas que proponía eran tonterías, absurdeces con las que volvería a quedar en evidencia; que no servía para ese trabajo y que era hora de tirar la toalla y dedicarme a algo para lo que estuviese preparada.

Menos mal que existía Teddy para llevarme la contraria y defenderme cuando me convertía en mi peor enemigo.

Mi agente aparecía en uno de los cuadrados en los que se dividía la pantalla, sentado en el despacho de su casa con una camisa blanca y gorra (le habríamos pillado listo para el paseo diario con su chico). Nos habíamos llamado antes de conectarnos nada más enterarnos de la reunión que había propuesto Betty para ponernos al día e ir alineados. La idea no le había entusiasmado, no había aplaudido como en otras ocasiones. Pero sí le había parecido interesante, y había aprovechado que me tenía al teléfono para hacer un pequeño apunte: «Kelly, solo por si las moscas, ¿vale? Lo que le ocurra o deje de ocurrirle a Graham Scott no depende de ti. Es responsabilidad de los médicos y de muchos factores que ni tú ni yo, ni me temo que el propio Graham, manejamos. No te castigues si por una vez un libro firmado con tu nombre no tiene un final feliz. Esto no es ficción, es la realidad, y tu función es contarla de la manera más respetuosa y adictiva posible». Yo le había contestado un «vale» un tanto extrañada por su intervención, aunque reconocía que tampoco me había parado a pensar en las implicaciones de sus palabras. Por una vez, la decisión no era mía. Es más, acompañaba al personaje sin posibilidad de alterar nada. De algún modo, la biografía me hacía formar parte de la trama.

Teddy lo descubrió rápido.

Yo no tanto.

La cuestión era que estaba invitado a la reunión, pero todavía no había abierto la boca porque quería dejarme llevarla a mí, aunque estaba listo para salir en mi auxilio si la situación así lo requería como el experto en salvarme que era. Todavía no sabía si estaba muy de acuerdo con ser tratada como una adulta inteligente que sabía lo que se hacía. Lo era. Adulta. Pero últimamente notaba la cabeza tan embotada y los pensamientos tan difusos que me costaba

identificarlos y expresarlos. Le observé asentir disimuladamente en la pantalla y supe que me animaba a continuar. Leí las anotaciones que tenía escritas.

—Por ejemplo, el punto de partida puede ser cuántas probabilidades hay de que a un niño nacido en Yellowknife no le guste el hockey sobre hielo, y cuántas de que sea tan valiente —Graham estaría orgulloso de que no hubiese empleado la palabra «inconsciente»— de lanzarse a un lago helado a ayudar a un mapache. Cuántas de que un alumno practique hockey sobre hielo como extraescolar en Canadá, y cuántas de que, en menos de un año, cuando todavía es un niño, llame tanto la atención de la prensa local que un periódico de la ciudad se haga eco de su talento y le dedique una columna durante la semana del deporte escolar adelantándose a lo que vendría...

Graham y yo habíamos parado ahí esa mañana, al final de su infancia, en el momento en el que un medio de comunicación le había sacado en sus páginas y el jugador había escuchado las primeras risitas tontas a su paso por los pasillos del colegio como si fuera un famoso. Al principio, me había confesado que esas risitas le avergonzaban porque no las comprendía; era el mismo chico que el día anterior, cuando pasaba desapercibido, pero poco a poco se había ido acostumbrando hasta asistir al nacimiento de la sonrisa ladeada que tantos contratos publicitarios le había dado. «Suponen el sesenta por ciento de mi sueldo, en la NHL no cobramos tanto como en otras ligas. Pero a campañas de imagen los fundo. La sonrisa y el lunar son mis grandes armas, deberías dedicarles un capítulo», habían sido sus últimas palabras antes de apagar la grabación de mi móvil.

No lo confesaría, pero en cierta manera oírlo hablar de su niñez me había producido ternura. Sí, alguien debería haber protegido su ego para que no alcanzase un tamaño interplanetario cuando estaban a tiempo, y tenía aquel lunar que de vez en cuando asomaba bajo el jersey muy sobrevalorado. Sin embargo, Graham Scott había sido un crío generoso, travieso y parecía... bueno. Aunque para forjarme una opinión definitiva sobre él y escribir esos capítulos todavía quedaba mucho trabajo por delante. Tendría que complementar su información con testimonios de su familia y sus amigos. Y si conseguía localizar al entrenador de esa época, un hombre tan mayor que Graham dudaba si seguía con vida, sería genial.

—Cuántas probabilidades hay de que un equipo profesional fiche a un adolescente a punto de terminar el instituto —continué con mi argumentación—, y cuántas de que el equipo sea los Boston Bruins. —Aquí, Peter Stanford me chafaría la estadística—. Cuántas de que, en lugar de pasarse los partidos en el banquillo, juegue, y además sea bueno, y... —Me fui viniendo arriba, pero Betty me bajó de un manotazo.

—Y cuántas de que en plena carrera ascendente se lesione y todo lo logrado se desvanezca.

Fruncí el ceño contrariada por la sensación que el comentario de mi editora me había generado en la tripa.

—No me gusta, demasiado descorazonador y triste —apuntó ella.

«¿Cómo no va a ser triste si ya das por hecho que no lo va a conseguir?», pensé.

A lo largo de mi trayectoria como escritora eran pocas las veces que le había llevado la contraria a Betty, sobre todo porque entendía más que yo y casi siempre (al noventa y nueve por ciento) llevaba razón en las indicaciones que me daba para mejorar mi manuscrito y que resplandeciese. Por eso, lo lógico habría sido que lo dejase pasar y la escuchase. A fin de cuentas, estábamos en la casilla de salida. Todo daría muchas vueltas. Empecinarse no tenía sentido. Pero yo necesitaba mi hilo conductor y que Graham estuviese equivocado y la mujer a la que respetaba y apreciaba no desease que la operación saliese mal para vender más libros. Porque la esperanza vendía, pero la tragedia reventaba listas, según Teddy, ¿no?

—También podemos confiar en la teoría del treinta por ciento —señalé, y, como estaba anocheciendo, estiré el brazo para encender la luz.

La lámpara de pie me iluminó por detrás con mucha claridad, así que me vi obligada a echarme a un lado para no quemar la imagen. Una vez que lo hice, miré a la pantalla de nuevo y me encontré con Betty observándome suspicaz.

—Hablamos del treinta contra el setenta, Kelly. ¿Qué pasará si sale mal? Porque debemos contemplar esa posibilidad. Y, si sucede y se queda cojo, *Graham Scott y la teoría del treinta por ciento* es una broma insensible y macabra.

Me mordí el labio y coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja. Era cierto. A lo mejor Betty no estaba siendo interesada, solo realista. Pero yo me había comprometido con él y... De repente tuve frío. No recordaba que la casa de la abuela Charlotte fuese tan fresca como el apartamento de Brooklyn, aunque tampoco la recordaba tan vacía. Me subí la fina manta que me había echado en las piernas y que había resbalado hasta la mitad del muslo y ahora rozaba el suelo, y Teddy interpretó que bajase la mirada como el pistoletazo que le anunciaba que debía salir a jugar.

—Queridas, no nos adelantemos al final. A ninguno nos pagan por ver el futuro en una bola de cristal —dijo con calma—. La idea de las posibilidades como introducción a cada capítulo me gusta, me parece buena. No podemos ignorar que vivimos en la época de la medición. Contamos los pasos, visualizaciones, constantes vitales y *likes*. Todo tiene un valor numérico.

Además, los porcentajes son llamativos, relativamente fáciles de memorizar y a todo el mundo le gusta hacerse el listo y fardar cuando se toma unas cervezas con los amigos. Se quedarán con las curiosidades y los momentos emotivos gracias a la pluma de Kelly, que no les va a dar tregua, y eso será nuestro boca a boca. ¿Sabes que en Canadá el (me lo invento) ochenta por ciento de los críos juegan al hockey sobre hielo y pasan del fútbol? Los de Fall River pondrán el grito en el cielo y los de Minnesota lo comprenderán. Los europeos dirán que somos unos peliculeros y los asiáticos que quieren una gira. «Lo leí en el libro de Graham Scott, sí, su biografía, está bien para pasar el rato», añadirán. «Menudo máquina, cómo se libró», o «Pobre, cada vez que lo pienso me da una cosa por dentro...». Sea como sea —paró de imitar a nuestros lectores—, esos números pueden ser la publicidad que apoye la pedazo de campaña comercial que estoy seguro de que desde World Dreams vais a lanzar.

Betty se sumió en una especie de silencio reflexivo. La gente confiaba en el criterio de mi agente. No solo tenía ojo para localizar al puñado de escritores que después lo petaban, también había trabajado en el otro lado como director editorial. Sabía de lo que se hablaba. Y confianza era lo que necesitaba mi editora para presentar el concepto narrativo del proyecto a su jefa, quien a su vez lo escalaría a la jefa de su jefa, que se lo mostraría a la jefa de la jefa de su jefa y respondería a sus interrogantes. Necesitaba estar cien por cien segura. Ahí no servía otro porcentaje, y puede que en el fondo ya fuese consciente, pero por primera vez reparé seriamente en todo el dinero que valía el chico que en lo que llevábamos de reunión habría subido otro selfi a sus redes o estaría en proceso de hacerlo.

—Joder, que no quiero ser una cabrona —dijo por fin Betty—, pero si la intervención sale mal y tenemos que cambiar el título a *Graham Scott y la teoría del setenta por ciento*, será tan innecesariamente cruel que me cortarán la cabeza. La sociedad está muy susceptible, sensible, y lo tenemos que mirar todo con lupa. Tú lo sabes bien, Teddy. Esta biografía va a salir en los telediarios del grupo al que pertenece la editorial. No buscamos polémica, queremos que todo ese amor adolescente enloquecido que causa se traslade a tantas ventas que hasta nos ofrezcan guionizarlo para una película, y no de las de plataforma, sino de las que van al cine en Navidad.

Betty puso sus cartas sobre la mesa.

—Entonces no hablemos de qué porcentaje va en la portada, solo de que será uno —propuso Teddy.

—Treinta o setenta. No hay más.

—Los hay. Ese chico es más que su pierna. Si todo sale bien, usaremos el treinta, y si no... Toda historia con final agridulce debe tener su rayo de luz, que

el lector o el espectador diga: «Murieron los dos, pero lo hicieron venciendo el odio de sus familias Montesco y Capuleto», o «Él se fue primero, pero al final Rose encontró el camino para acabar en el reloj del barco donde habían quedado». Kelly encontrará el rayo. Piénsalo bien, si no, si sale mal, ¿cuál será el final? Con los ajustados plazos no disponemos de tiempo para que el chaval se recomponga y darle una segunda oportunidad que satisfaga a los lectores.

En aquel momento, Betty se dirigió a mí.

—Kelly, querida, ¿te ves capaz de encontrar otro porcentaje como plan B?

«No lo sé».

No conocía a Graham como para atreverme a aventurar que encontraría un porcentaje positivo en su vida que dejase buen sabor de boca, así que mi apuesta por él fue a ciegas. Cuadré los hombros y mentí.

—Sí.

—Bien —aceptó—, genial. Podría funcionar. Vete pasándome los capítulos conforme vayas teniendo varios y yo hablo aquí para que te ayudemos con las estadísticas.

—Claro. —Principios de junio era la fecha de la entrega final y noviembre la de su publicación. Necesitaba ayuda en los temas que no manejaba.

Una vez que llegamos a un entendimiento, Teddy y ella continuaron hablando de detalles técnicos en los que yo no intervenía como previsiones de tiradas, promoción, posibles traducciones en el extranjero que ya se estaban negociando y la sesión de fotos para la portada, que se debería programar para más adelante (Graham, su sonrisa y su lunar estarían encantados con este punto). Empecé a experimentar un poco de presión en las costillas, así que para evadirme cogí disimuladamente el móvil, que descansaba a mi lado en el sofá, y me metí en la conversación de WhatsApp que tenía con el jugador de hockey sobre hielo.

«Lo hemos logrado», escribí sin demasiadas florituras, y dejé el teléfono sobre el teclado a la vez que desviaba la vista hacia la ventana despejada, donde el aire mecía el árbol con el tronco más enclenque de la calle. Suponía que Graham me contestaría, lo que no imaginaba era que lo haría tan pronto. Sonó el pitido que anunciaba que acababa de recibir un mensaje y me apresuré a silenciar mi micrófono en la conversación. Total, Betty y Teddy estaban tan enfrascados en lo suyo que no se darían cuenta.

Hola, Kelly.

Me percaté de que había sido tan directa que no le había saludado. También había sido poco clara.

¿Qué es lo que hemos logrado?

Graham continuó en línea.

Me pregunté dónde estaría dentro de la mansión y en qué emplearía su tiempo libre.

Nuestro título. Han aceptado la propuesta.

Por un segundo (muy estúpido), recuperé la tonta sensación efervescente de cuando era adolescente, todavía vivía en Boston, me enviaba notitas con Abraham y Wendy y no quería que la profesora me pillase. Interés que perdí al llegar a Salem y sentir que no tenía nada que contar a mis compañeros.

¿Nuestro?

Pude imaginarle con una de sus cejas enarcadas y el nacimiento de la sonrisa burlona torcida de suficiencia en la cara.

Estoy casi seguro de que cuando lo he sugerido no parecías para nada convencida. Está muy mal apropiarse de los méritos ajenos cuando han triunfado.

Fruncí el ceño, confusa.

Es coña. Enhorabuena, Kelly, apuesto a que lo has defendido a muerte.

Más o menos.

😃😉

No sabía qué responder a su carita sonriente. ¿Otra? ¿«Mañana nos vemos»? ¿«Qué estabas haciendo»?

Entonces escribió:

Justo iba a llamarte.

¿A mí?

Sip.

¿Pasa algo?

Escribiendo...

¿Cómo te iría que en lugar de a primera hora mañana quedásemos por la tarde a eso de las cuatro?

Prefería la mañana para trabajar, pero la tarde tampoco me venía mal, así aprovecharía para ponerme con mi novela durante las horas más productivas del día.

Bien, ¿por?

Quiero llevarte de excursión. Soy todo un detallista.

La arruga de mi entrecejo se acentuó.

¿Vas borracho?

Ojalá, pero las medicinas no tienen buena relación con el alcohol. Las neutraliza.

Recordé los artículos que señalaban que, antes de la lesión, su vida social era muy activa. Por un momento, le tuve lástima, y al siguiente reparé en que él hubiese odiado que sintiera eso y lo dejé atrás.

¿Debo meter en el bolso antimosquitos? Te advierto que soy una superviviente pésima, aunque mi mejor amigo Abraham me llame Cucaracha.

Qué va. Ropa cómoda, que abrigue y, por tu propio bien, te interesa que los calcetines que vistas no tengan agujeros, por si te lanzas a patinar.

El estómago se me encogió al sospechar el destino.

¿Adónde vamos?

Un segundo.
Dos.

A mi templo, Kelly. Mañana visitaremos el TD Garden. Ahora que lo pienso, también te iría bien un babero. Está repleto de fotos mías.

Debí contestar, pero mi mente solo pudo procesar: «Mañana voy a viajar a Boston. Mierda».

13

HORMIGA

Graham

—La primera vez que vi el TD Garden tenía dieciocho años y me acompañaba toda mi familia. Fueron cinco días cruzando los dos países, más de cincuenta horas de coche en las que Arthur y mi madre se fueron turnando detrás del volante, diferentes paisajes a través de la ventanilla y Daisy abrazada a su conejito rosa de peluche, al que le faltaba un ojo y cuyo nombre era Tambor, como en *Bambi*, con el que dormía en las habitaciones que compartíamos en los moteles de carretera.

»Me ficharon con diecisiete años y diez meses; todavía no había cumplido los dieciocho. Para que comprendas bien nuestro nivel de inmadurez entonces, en aquella época, Peter y yo nos quedábamos tanto tiempo en el vestuario de la pista del instituto después de los partidos comentando las jugadas, que nuestros amigos tenían que venir para decirnos que o nos dábamos prisa o se largaban sin nosotros. Luego, salíamos e íbamos a la hamburguesería del barrio a cenar con la sudadera con nuestro nombre puesta para que se notase que éramos jugadores con la única intención de ligar. Éramos dos capullos con muchas ganas. Bueno, yo más. Peter se dejaba llevar.

»A él le ficharon dos años después, cuando tenía veinte, y puede (solo puede, porque no tengo pruebas de ello) que yo ayudase a que la lupa se pusiera en aquel tío fortachón y serio que destacaba en el equipo de hockey sobre hielo de la Universidad de Montreal con el que hablaba todas las noches.

»“Eres un pesado”, decía al descolgar el móvil. “Voy a ser imagen del jodido Calvin Klein”, le contestaba yo entre risotadas, porque un par de años después de abandonar Yellowknife todavía seguía impresionado por lo que me estaba sucediendo. “Anda, cuéntamelo todo”, cedía él siempre.

»La cuestión era, volviendo a mi fichaje, que los Boston Bruins contactaron

con el instituto, que a su vez pasó el recado al entrenador, que a su vez gruñó porque no le gustaban las bromas y parecía una y, al darse cuenta de que no lo era, sopló de nuevo (son conjeturas, pero estoy casi seguro de que ocurrió así), llamó a casa y Arthur fue el que respondió. Le citó esa misma tarde en el despacho que compartía con la entrenadora del equipo de baloncesto. Más que soltar la bomba, lo que el entrenador quería era quitarse el marrón de encima y regresar a su apacible vida dando clases extraescolares a chicos en lugar de mantener conversaciones formales con tipos que le hablaban de cosas que no comprendía, como condiciones de contratos y magníficas oportunidades. A él lo que le gustaba era enseñarnos a hacer potentes y precisos disparos, hablarnos de la importancia del equipo por encima de la persona y mostrarnos imágenes de las jugadas más alucinantes de la jornada en la NHL solo para acto seguido decirnos: "¿Lo veis? Pues vosotros no lo vais a hacer porque sois una panda de inmaduros". Razón no le faltaba al hombre. Al menos, conmigo.

»No peco de falsa modestia si aseguro que nunca imaginé lo que se me venía encima. Puede que lo soñase alguna vez, cuando fantaseaba, que era poco, porque mi vida con diecisiete años me gustaba. Vaya si me gustaba. Me veía siendo el rey del curso, que lo fui, estudiando algún grado de algo que aún no había decidido en la Universidad de Toronto o en la Canadá West, jugando en su equipo y yendo a la hamburguesería de la ciudad que más me gustase después de cada partido con mi sudadera del equipo. Ahí acababa el plan. Estados Unidos ni siquiera entraba en mi mente. Hasta la llamada.

»El entrenador, como era habitual, fue escueto con sus palabras. "¿Puedes venir esta tarde a las cinco, Arthur? Tenemos que hablar del chico", le dijo. "Allí estaré", fue su respuesta, y al colgar me dirigió una significativa (y paciente) mirada: "¿Has liado alguna, Graham?".

»El día anterior había enchufado a varios de mis compañeros con la alcachofa de la ducha iniciando una batalla que había terminado con los vestuarios inundados, pero Margaret, la limpiadora, ya me había dado una lección obligándome a recogerlos y a ver un documental de por qué malgastar agua era del todo inadmisible.

»"No", contesté. Arthur tenía muchas cualidades; entre ellas, que siempre me creía e intentaba evitar disgustos innecesarios a mamá. "Vale. Pero hasta que sepamos de qué se trata mantendremos a tu madre al margen. Está muy ilusionada porque ha conseguido una oferta para la casa que *nadie* iba a lograr vender. ¿Cómo lo llamáis los jóvenes? Ah, sí, es una *máquina*", añadió para concluir.

»Así que fuimos él y yo solos sin que lo supiese mamá, nos sentamos, y el culo acababa de rozar la superficie de la silla azul cuando el entrenador nos lo

soltó de golpe. Ahí. Todo. De repente. Lo que había memorizado, las notas que había tomado en uno de los papeles en los que garabateaba jugadas y el teléfono al que teníamos que llamar para seguir con la negociación.

»O rechazarla.

»Recuerdo que miré hacia la ventana y fuera había mucha nieve, muchísima, y una tormenta con un viento feroz que arrastraba los copos, que continuaban cayendo como en la batalla de Stalingrado, de la que tanto le gustaba hablar al marido de mi madre. También recuerdo que salimos y que, justo delante del capó helado de su coche, con el gorro calado y las mejillas rojas, congeladas y doloridas, Arthur me preguntó: "Tú... ¿Tú quieres jugar con los Bruins?".

»Lo normal, lo que me gustaría contar, fue que dije convencido: "Joder, sí". Y que lo celebré. Pero la realidad era que estaba aturdido, medio anestesiado. Como si no estuviese preparado para esa noticia y parte de mí se hubiese quedado en el despacho.

»"Si no quieres, podemos hacer como que esta conversación nunca ha existido. O lo ha hecho y ahora mismo no nos apetece. Ya llegarán nuevas oportunidades. La vida es insistente y no para de ponerlas en nuestro camino, posibilidades esperadas y otras completamente sorprendentes. Soy amigo de las primeras, pero las segundas me parecen fascinantes, Graham", me dijo Arthur. "Sí...", musité con un hilo de voz, y aclaré la garganta: "Sí, quiero".

»Arthur asintió. "Entonces tendremos que buscar a alguien para que nos ayude. Yo no sé mucho de este tema. No sé nada", reconoció. "Bueno, eso no es del todo cierto. Sé que, si a ti te hace feliz, los Bruins son mi equipo favorito", añadió luego.

»Curvé los labios. "Eso es fácil. No tenías ninguno", dije. "Porque tú no jugabas, Graham", replicó él.

»Ahí llegó el turno de Kate, mi representante. Las negociaciones, confidenciales hasta que firmé, sucedieron en Yellowknife, y los días posteriores me fui haciendo a la idea. Salió en la prensa. Pero en la prensa *nacional*. Y todo el mundo decía: "Es la hostia, Graham, la hostia", con tanto entusiasmo que me lo contagiaron, el ruido sordo de mi cabeza se esfumó y cuando me preguntaban cómo me sentía sabiendo que iba a jugar en un equipo profesional, respondía: "Es la hostia", esbozando una amplia sonrisa.

»En el instituto me regalaron un *stick* grabado con mi nombre, un trofeo dorado en forma de *puck* y me hicieron firmar con rotulador negro una fotografía mía en la pista de hielo para colgarla, enmarcada, en la pared del pasillo junto a la vitrina con nuestros premios.

»Los Boston Bruins iban a hacer una presentación oficial del equipo para los aficionados y una rueda de prensa, y se ofrecieron a pagarnos el viaje a mis

familiares y a mí en primera clase. Me habían alquilado un piso en el centro de Boston a mi elección; llevaba toda la vida viviendo en una casa y quería probar algo diferente a nuestra explanada helada con lagos igualmente congelados y auroras boreales, algo de ciudad. Pero mi madre sugirió que podría ser divertido tomárnoslo como unas vacaciones de carretera (en nuestra zona se estilaba mucho) y nos lanzamos a la aventura. Por eso, con dieciocho años recién cumplidos, acompañado de toda mi familia y después de cinco días cruzando dos países en coche a mis espaldas, vi por primera vez el TD Garden. Mamá se negó a ir directamente al piso sin antes pasar por allí. "Lo importante es lo importante", dijo, y sospecho que se refería a compartir el instante.

»Llegamos a última hora de la tarde y, nada más bajar del coche y poner uno de mis entumecidos pies en el suelo, Daisy corrió a mi lado con Tambor. Entonces, lo observé. Llené mis pulmones de aire y lo hice. El estadio. Había edificios a su alrededor, un lago artificial y el cartel gigante donde se fusionaban los símbolos de los Boston Bruins y los Celtics, el equipo de baloncesto que también jugaba en sus instalaciones.

»Supongo que en aquel momento pude pensar muchas cosas, pero la que se me vino a la mente fue la de una excursión a Ottawa cuando era niño en la que nos subimos a la azotea de nuestro hotel para ver el atardecer con la estampa del Parlamento de fondo. El sol tardaba en ocultarse, me aburría y eché la vista abajo. Miré a las personas que andaban y tiré del abrigo de mi madre para que me prestase atención: "Mamá, la gente se ha convertido en hormigas", le dije, y ella se rio. "No son hormigas, son personas, Graham, solo que tú estás muy alto", dijo ella divertida.

Eso fue lo que sentí al ver el TD Garden por primera vez. Que era una hormiga frente al imponente edificio.

»"¿Algunas palabras para la posteridad?", preguntó Arthur grabándome con el móvil, porque para él cualquier acontecimiento era histórico, como buen profesor de la materia. Las luces exteriores del estadio se activaron en ese momento. Azul por arriba, TD en verde por los Celtics y Garden en un amarillo dorado por nosotros, los Boston Bruins. Tragué saliva y quise obedecer, hacer un discurso digno, articular una frase memorable, pero lo que salió despedido entre mis labios a la vez que movía las manos en lengua de signos para que mi hermana me entendiese fue: "Es muy grande".

»Mi madre sonrió, me rodeó la cintura con el brazo, apoyó su cabeza en mi hombro y susurró: "Cuando estés allí arriba, no te olvides de las hormigas".

Daisy se sumó y me agarró por el otro lado. Y se suponía que Arthur lo había grabado todo, pero se le olvidó darle al botón, así que para compensarnos hizo muchas fotos, compró refrescos, perritos calientes con una cantidad ingente de

mostaza y kétchup, y los cuatro nos apoyamos en la barandilla del lago artificial y no sé cuánto tiempo estuvimos allí mirándolo como cuatro hormigas diminutas.



—Arthur seguro que conserva alguna de las fotos, por si sigue adelante lo de incluirlas. —Me encogí de hombros al terminar de contarle mi primer cara a cara con el TD Garden a Kelly. Íbamos de camino al estadio en el asiento trasero del coche con conductor que el equipo me había puesto y, no sé, estaba rara. Tensa. Aunque también podían ser imaginaciones mías y la narración de la historia la había relajado al mantener la mente ocupada—. ¿Qué te parece?

Habíamos llegado a Boston hacía un rato y, aunque el vehículo negro con los cristales tintados era amplio, no podía estirar bien la pierna y el corto trayecto en la misma postura comenzaba a pasarme factura. La rodilla me molestaba a pesar de los analgésicos y no podía tomarme otra píldora hasta que pasasen por lo menos dos horas más, así que traté de acomodarme sin éxito. Necesitaba una distracción para no saltarme los horarios y Kelly siempre era buena en eso de entretenerme. Cerró el cuaderno de tapas azules en el que tomaba anotaciones, paró la grabación del móvil y, apartando sus ojos de la ciudad que pasaba por nuestro lado a través de las ventanillas, los fijó en los míos. No se había quitado la cazadora de cuero falso durante todo el viaje, a pesar de que me constaba que Nick, el chófer, había subido tanto la calefacción que me había visto tentado a arrancarme la ropa y hacer el trayecto solo con los calzoncillos, que, por otra parte, me sentaban de lujo. Casi como en los carteles en los que los publicitaba.

«Será otra clase de frío —pensé—. A lo mejor está constipada con el cambio de temperaturas».

La lluvia caía a plomo del cielo encapotado. En ese momento, el firmamento rugió y su sonido se coló en el interior del vehículo. Ella no se alteró y no sé de qué me sorprendía teniendo en cuenta que, además de la estética, compartía muchos rasgos con Miércoles Addams. Por ejemplo, le costaba confiar en los demás y yo sospechaba que se debía a que la confianza solía ser un acto mutuo; tú dejabas que te vieran, alguien te reconocía como hogar y se vaciaba. Y Kelly era de las que te hablaban desde el otro lado con la puerta entornada para que no la observases.

—¿Es cierta? —preguntó. Todavía no se fiaba del todo de mí e imaginé que le había extrañado que me mostrase vulnerable.

—Sí —respondí—, es verdad.

Aún con la arrebatadora sonrisa que le mostré, que debería haberla noqueado, Kelly me examinó con atención.

—No sé...

—¿Qué?

—Resultas demasiado *perfecto*.

—A lo mejor es que lo soy.

—Nada lo es.

—Eso podías decirlo antes de conocerme. —Le guiñé un ojo y ella puso los suyos en blanco—. Tranquila, las cagadas vendrán. Tú solo tienes que esperar y seguro que monto algún caos. Soy un profesional en la materia. Es algo que se me da casi mejor que el hockey. Por cierto...

Me moví y Kelly se puso rígida.

—¿Se puede saber qué haces, Graham? —me preguntó.

Vacilé y enseguida até cabos. A veces olvidaba que mi cerebro de guisante era invisible y mis intenciones desconocidas si no me tomaba la molestia de explicarlas. Veamos, mis manos habían viajado solas hasta la cinturilla del pantalón oscuro del chándal que hacía juego con mi sudadera sin pensar en las conclusiones que se podrían sacar desde fuera. Detuve el movimiento. En aquel instante, frente a mí se plantearon dos opciones. Podía desvelar la razón y listo, o estirar un poco más la farsa, solo un poco, hasta romper la aparente tensión que la atenazaba. Por algún motivo indescifrable, no me gustaba verla así, y la prefería fantaseando con patearme las pelotas a paralizada, como si estuviese sufriendo por algo que desconocía.

Parpadeé serio, como si no comprendiese su duda.

—¿No es evidente? Voy a enseñarte lo que tengo debajo.

Como técnicamente no era mentira, pude mantener una expresión serena mientras ella me escrutaba.

—Como te la saques, sea por el motivo que sea, mi siguiente paso será quitarte el cinturón de seguridad, abrir tu puerta y empujarte fuera sin remordimientos —amenazó, y acto seguido esbozó una adorable sonrisa letal.

—Por curiosidad, ¿qué crees exactamente qué voy a enseñarte?

—Hay pocas cosas en la dirección que marcan tus dedos y ninguna contiene información relevante para la biografía. Lo siento, Graham, a nadie le interesa tu entrepierna.

—Por lo visto a ti sí, si es la primera conclusión que has sacado. Me temo que no vamos a ir tan abajo como te gustaría... —Retomé el movimiento a la vez que ella resoplaba, bajé la tela y posando mis pupilas en las suyas dije—: ¡Tachán! —con golpe de efecto—. Esto complementa la historia de la primera vez que vi

el TD Garden y le da el toque sentimental y profundo que tanto os encanta a los escritores.

En lugar de hablar, miró confundida lo que le acababa de mostrarle.

—¿Un pelo enquistado le añade profundidad al capítulo? ¿Lo tienes ahí desde entonces?

—¿Cómo...?

La sonrisa se me borró del rostro al instante y fruncí el ceño. Lo que acababa de revelarle no era otra cosa que un tatuaje debajo de mis abdominales. En la V. Muy cerca del pico. Por eso no lo solía mostrar como el resto de los escasos garabatos minúsculos de tinta que salpicaban mi piel. Bueno, por eso y porque este en particular era privado. Personal. No como los otros, que me hacía porque me llamaban la atención y que la gente imitaba. Se trataba de nuestra segunda exclusiva: mi tatuaje de una hormiga.

Me gustaban los tatuajes ridículamente pequeños («Del tamaño de tu polla», aseguraba falsamente Collin). Pero no me entusiasmaba que los confundieran con pelos enquistados.

—Es un tatuaje. Una hormiga. Ya sabes, mi madre, estar arriba, no olvidarlas —pronuncié con los labios apretados y algo indignado.

—¿Estás seguro? —Kelly continuó mostrándose preocupada—. ¿Te lo palpas para comprobar que no te duele? Tengo unas pinzas. Podríamos acabar con la —entrecomilló con los dedos— *hormiga*.

La observé anonadado y su boca comenzó a vibrar para estallar en una carcajada que borró la ofensa por haberse metido con mi tatuaje favorito. Kelly tenía una risa que oscilaba entre ritual satánico y *La matanza de Texas*, pero había algo maravilloso en su timbre. El modo único en el que se te abría el pecho para llenarse al reconocerte como el causante, aunque lo que estuviese haciendo la chica no fuese reírse contigo, sino de ti.

—Ja, ja, ja. Eres muy graciosa, graciosísima.

Kelly tardó unos segundos en contenerse, no podía parar. No del todo. Como si llevase mucho tiempo sin reírse y hubiese desbordado. De vez en cuando se le escapaba una carcajada que brotaba de la garganta y mi piel se ponía injustificablemente de gallina. A nadie se le erizaba la piel por una risa, y menos a mí, que había escuchado muchas y en circunstancias bastante más sugerentes. Pero estaba sucediendo.

—Que no hiera tu orgullo, Graham. La historia es bonita. Un tatuaje para recordarte de dónde vienes —entendió sin necesidad de que se lo explicase.

—Me has hecho creer que parecía un pelo enquistado.

—Porque te lo merecías, pero no te preocupes, cuando hable de él en la biografía diré que es la hormiga más realista del mundo y que te entran ganas de

acariciarla.

Se le escapó una nueva carcajada y no pude evitar que las comisuras de mis labios se alzaran.

—Cuidado con lo que pones o las lectoras pensarán que es verdad que te morías por tocar mi hormiga y llegarán a la conclusión de que te has prendado de mí irremediablemente.

—Oh, no te preocupes, cualquiera que me conozca sabe que soy incapaz de enamorarme, incluso aunque lo intentara.

El TD Garden asomó a lo lejos, Kelly siguió tratando de controlar su ataque de risa y yo me pregunté cómo una persona podía estar tan convencida de que era incapaz de enamorarse. Esa era la palabra que había utilizado. No «No eres mi tipo» o «Nunca me he enamorado, no vas a ser tú el primero». Lo que había dicho era: «Soy incapaz de enamorarme, incluso aunque lo intentara». ¿Incluso aunque lo intentara...? ¿Qué diablos...?

—Graham...

—¿Sí?

—¿Nunca te han dicho que tienes un problema con los animales? El mapache, el oso, la hormiga... —apuntó, y aparté aquellos pensamientos para encogerme de hombros con aire inocente.

—Puede, en la cama me llaman tigre —bromeé. Al fin y al cabo, la capacidad de enamorarse o no de Kelly Bennet no me importaba, porque yo tampoco planeaba nada romántico con ella.

14

INSECTOS

Kelly

Boston...

No siempre renegué de Boston. De hecho, durante muchos años se podría decir que fue mi ciudad favorita del mundo... Hasta que dejó de serlo. Boston lo tenía todo. Muchos de mis compañeros de instituto y de mis amigos además de Mía, sobre todo ella, soñaban con irse lejos de allí, a otras ciudades, a otros países. Les atraía lo desconocido. Pero yo era algo más conformista. Simple. O quizá no concebía ningún otro lugar en la Tierra que albergase lo mejor del campo y de la ciudad, un todo en uno con rascacielos infinitos y zonas ajardinadas de cuento de hadas. Paseando por sus calles te podías empapar del ruido de la gente, de los coches, de la vida ajetreada, y, a su vez, no tenías que irte muy lejos para respirar la más pura tranquilidad. En ocasiones, tan solo debías cruzar una calle y encontrabas la calma.

Por no hablar de su oferta a todos los niveles.

Universidades, teatros, cines, museos, librerías, centros comerciales, parques, pulmones verdes que recorrer y agua en la que hundir los pies descalzos y chapotear mojando a Abraham con la única intención de que este se quejase. Días soleados, lluviosos, de tormentas eléctricas, con nieve y templados.

Por no hablar de la persona que era allí.

Me gustaba.

Me caía bien.

Era simpática.

Alegre.

Colorida.

Era *yo*.

Y recordaba la tarde que desaparecí.

«Todo va a ir bien, Kelly, todo va a ir bien. Respira. Inhala y exhala...».

De niña, en el colegio nos hacían una pregunta recurrente que me chirriaba. No entendía la razón, era inofensiva, pero cuando me sacaban a la pizarra como al resto de mis compañeros, «Kelly Bennet, tu turno, sal», y la profesora me preguntaba: «¿De qué trabajan tus padres? Háblanos de ellos», algo dentro de mí se rebelaba. Supongo que no me gustaba reducirlos a su profesión, ellos eran *más*, y supongo que no me agradaba ver a Molly apurada mordiéndose las uñas porque su padre era basurero y se levantaba a las tres de la mañana para ir por los barrios desiertos recogiendo contenedores en lugar de trabajar con la inteligencia artificial como el de Sawyer, que muchas veces traía a clase con una sonrisa de orgullo los pequeños robots que su padre probaba. Así que con siete años tomé una decisión. Bueno, no. Lo que hice fue contar su trabajo más allá de lo que los alumnos ya sabrían solo con pronunciar el nombre, y lo mantuve en el tiempo. Fueron mis primeros actos imaginativos, aunque al cumplir trece años Abraham me dijese con tono burlón que era un poco infantil.

De esta manera, mi padre, Jonathan Bennet, no era recepcionista de un hotel, era embajador de los Estados Unidos en Massachusetts; de su amabilidad dependía la opinión que se forjasen de nosotros los miles de turistas extranjeros y los visitantes de otros estados que pasaban por las instalaciones cada año. Era un diplomático de Boston. Y mi madre... Mi madre, Rosie Stevenson, Rosie Bennet después de casarse con papá, era una heroína. No concebía otra manera de llamar a la mujer que conducía una ambulancia contra tempestades para traer al hospital a los enfermos de poblaciones aledañas mal comunicadas. No obstante, la cuestión era que, si en lugar de la profesión de nuestros padres alguien nos hubiese preguntado por nuestro día favorito como habitantes de la capital de Massachusetts, lo cual era mucho más interesante, Abraham habría contestado «Halloween, la duda ofende», Wendy, toda ella vestida de negro, se habría encogido de hombros, y en la clase habrían sonado festividades como Acción de Gracias, Navidad, el Día de la Independencia o «mi cumpleaños». Yo no habría dicho ninguno de esos, y no porque me considerase diferente o más especial que el resto, el motivo habría sido que mi día favorito sin lugar a duda era el que bauticé como el Cambio de Color de las Hojas.

Todos los años, entre septiembre y octubre, quedaba con Wendy y Abraham. Juntos, con la supervisión de nuestros padres de pequeños y relativamente solos después (venía un adulto y nos vigilaba desde lejos) recorríamos algunos parques y rutas para mirar el cambio de color de las hojas de los árboles. Era un auténtico espectáculo cromático. Y fue uno de esos días cuando expulsé la ciudad de mis entrañas.

Recordaba que andaba relamiéndome los labios pintados de lila oscuro,

notando el sabor dulzón a mora que me había prestado Wendy para que fuésemos a juego.

Íbamos por el camino de tierra de un parque y las frondosas copas de los árboles nos cubrían gracias a sus hojas verdes, marrones, rojizas y de puntas ocre. Localicé una en el suelo. Había más, pero mis ojos se detuvieron en esa. Era perfecta. Sin pisar. ¿De un abedul o un arce? Daba igual. Aquello no importaba. No entendía mucho de árboles. Tampoco de hojas, solo que me provocaban un agradable calambre en la tripa. Comencé a agacharme para acariciarla y... Abraham me lo impidió, agarrándome del brazo y atrayéndome a su lado para susurrar mientras mis fosas nasales se inundaban del olor a naranja de su colonia:

—No mires detrás.

—Vale —le dije sin poder apartar la vista fascinada de la hoja que adelantamos justo cuando él frenó de golpe, me soltó y se situó enfrente.

—Pero ¿tú de qué vas, Cucaracha? —Colocó los brazos en jarras y Wendy silbó desganada.

—Uh. Se avecina pelea. En estos momentos me arrepiento de haber cedido a salir en lugar de quedarme en casa leyendo a Stephen King. —Mi amiga era un poco gótica entonces y adoraba el terror y la música *house*, aunque mi primera novela, *Nuestro Big Bang*, lo más lejos en el mundo del horror y el miedo y con música pop como referencia, sí que la leyó. Con las siguientes no sabía si sucedió lo mismo—. Un segundo. Ahora que lo pienso, no, no me arrepiento. Ver cómo discutís es igual de agotador que entretenido.

—¿Qué pasa? —pregunté confundida. Le había obedecido, ¿no?

—Qué pasa, dice esta —respondió Abraham resoplando—. Cuando alguien te da indicaciones precisas para que no mires atrás, tu deber moral es hacerlo y que yo chasquee la lengua indignado por tu descaro. Si no lo haces, pierde la gracia.

—Está bien —le contenté también a él, y eché la vista a mi espalda. Un grupo de chicos, que reconocí del instituto, pasó por nuestro lado y nos saludaron con un «Ey» acompañado de un movimiento de cabeza—. ¿Mejor así?

—Mike te estaba mirando. —Mike. Dos años mayor. Jugador del equipo de fútbol. Llevaba una chaqueta roja de esas. Los únicos partidos a los que asistía eran de hockey sobre hielo por expresa petición de Wendy, que estaba colada hasta los huesos por una animadora que era su antítesis y ni sabía de nuestra existencia—. Mejor habría sido que te agachases inocente con el tanga un poquito subido y Mike viera que usas lencería fina —dijo mi amigo.

—No uso lencería fina.

—¡Eres nuestra última oportunidad para dejar de ser parias! —añadió ignorando a propósito mi comentario.

—Oye, yo no soy ninguna paria —se quejó Wendy.

—Bueno, pero tú eres guay con ese rollito de duermo en un ataúd...

—Duermo en una cama con colcha rosa que mis padres se niegan a sustituir...

—El caso es que Kelly es nuestra mejor baza para formar parte del grupo de los populares. Mírala, Wendy. Rubia. Guapa. Virginal...

Por aquel entonces, Abraham veía mucho la televisión y poco lo que nos rodeaba. En el instituto no había grupo de los populares como tal. O, al menos, no estaba tan marcado como obligaban los tópicos.

—¿Vas a hacer las pruebas de animadora? —preguntó.

Lo pensé y asentí.

Me llamaba la atención probarlo. Ya lo he dicho, yo no me quería marchar fuera, pero sí intentar todo lo que estuviese a mi alcance. Wendy y Abraham se sumergieron en una discusión sobre si él me estaba forzando (que no) o si «Anda, ¿de qué te quejas, Wen?, te ayudará a que te ligues a la animadora que te mola y a mí me hará todavía más deseable, si es que eso es posible» en el preciso momento en el que alcé la vista y me topé con los ojos de Mike fijos en mí.

Era cierto, me miraba, del mismo modo que lo hizo el padre de Abraham cuando se acercó a nosotros después de recibir una llamada que provocó que palideciera.

—Kelly, cariño, tenemos que irnos a tu casa ahora —dijo con tono apesadumbrado intentado forzar una sonrisa tranquilizadora, y aquel se convirtió en el último paseo feliz por Boston antes de saber que mi madre había muerto. Nunca iba a la ciudad si podía evitarlo. Es muy difícil regresar a los lugares donde has sido feliz cuando ya no recuerdas cómo recuperar esa sensación. Hay un antes y un después de la pérdida de la inocencia.



Mi madre murió por culpa de una placa helada en una curva a la sombra. Perdió el control del coche mientras yo veía cómo las hojas cambiaban de color y a las pocas semanas nos estábamos mudando a la casa de la abuela Charlotte. Yo no quería. No me apetecían más cambios. Pero tampoco sabía qué necesitaba para expulsar la sensación de malestar de dentro, y mi padre estaba desbordado y triste, así que no dije nada, solo me despedí de mis amigos antes de subir al coche.

—Adiós.

—Llámanos, Cucaracha pueblerina —dijo Abraham.

—Te voy a echar mucho de menos —se sumó Wendy.

En realidad, no era que entonces no me gustase Boston. O que lo odiase. Lo que no me gustaba de Boston era que representaba esa versión de mí misma que ya nunca sería, y a veces me preguntaba si no habría sido mejor opción que aquella en la que finalmente me había convertido. Un interrogante que nunca resolvería. Pero me había visto obligada a volver. De hecho, lo estaba haciendo en ese preciso momento, como en el cliché de proximidad forzada, solo que con una ciudad. Entramos en el aparcamiento del imponente estadio y la lluvia cesó. A pesar de darle muchas vueltas, no había podido negarme, oponerme. Graham me había dejado sin opción con su oferta.

Visitar las instalaciones de los Boston Bruins me vendría bien para el texto.

No viajaba a todos los escenarios de mis novelas. Ya me gustaría, pero mi cuenta corriente no lo soportaría. En internet encontraba fotos, vídeos, testimonios y mi imaginación hacía el resto. Sin embargo, tener la oportunidad a mano y rechazarla no era posible, por mucho que en el fondo lo desease. Cogí una bocanada de aire y la expulsé lentamente para que él no se diese cuenta de mis sentimientos, mientras recorríamos la instalación con el coche hasta que llegamos a una zona privada de estacionamientos reservados para los jugadores donde Nick aparcó.

—Hemos llegado —anunció Graham. Aun así, ni él ni yo nos movimos. Durante la última parte del viaje había estado tan concentrada en aplacar mis emociones que no había hecho mucho caso a Graham. El chico mantenía la vista clavada al frente y su mandíbula estaba ligeramente apretada, así como los puños, que abría y cerraba con lentitud.

Me pregunté mentalmente cómo llevaría él estar de nuevo allí. Le examiné de un modo sutil, disimulado, pero no debió de serlo tanto porque Graham se dio cuenta de mis intenciones, de que lo estaba analizando. Cerró los puños una vez más, los abrió y sonrió a la vez que me decía:

—No trates de leerme la mente. Soy de pensamiento imprevisible. —Se relajó y habló con el conductor—: Te aviso cuando terminemos. Si quieres puedes irte y tomar un café o lo que sea, aunque no te recomiendo ninguno de... ¿este país? —Movió la cabeza de un lado a otro—. ¿Bajamos, Kelly? Es hora de que babees al ver fotografías mías por todas partes. No pienses que me he olvidado.

Como respuesta, tiré de la manilla y salí. Nada más hacerlo me invadió el frío. Todavía no tenía muy claro lo que íbamos a hacer, pero, se tratara de lo que se tratase, esperaba que no fuera allí. Mi cazadora de cuero se había mimetizado con mi temperatura corporal y no me protegía. Además, los vehículos habían arrastrado el agua de la calle con sus ruedas y el suelo estaba pringoso y resbaladizo. Y, hablando de coches, había unos cuantos más aparcados en las

plazas de jugadores. Bastantes para ser un día sin partido. Sin embargo, lo que me extrañó no fue eso. Lo que me sorprendió fue...

—¿Pasa algo? —Graham guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón, cogió las muletas y vino a mi lado. Llevaba uno de sus chándales oscuros que combinaba con algún detalle en blanco como las zapatillas y la camiseta que me había mostrado al enseñarme el tatuaje de la hormiga, pero, a diferencia de en nuestro primer encuentro en la biblioteca, su rostro no parecía apagado. La sonrisa que rara vez borraba de su cara le daba luz. ¿Podría ser ese un porcentaje extra que guardaba en la recámara por si el treinta no se cumplía? ¿Cuántas personas sonreían al día una media de veces similar a la de Graham Scott?—. ¿Hola? Cada vez que me ignoras se me quiebra un poco el corazón, y si me lo rompes los del seguro te reclamarán una buena cantidad de dinero.

Cierto, debía contestarle.

—Creía que tus puntos fuertes eran el lunar y la sonrisa.

—Esos también los tengo asegurados. Entre nosotros: valen más que mi corazón —bromeó—. ¿Qué te pica para que arrugues la nariz? Collin no ha pasado por aquí, de modo que no me sirve la excusa del olor a tubería rota. —Señaló el baño con la muleta y preferí no profundizar en el tema.

—Los jugadores... Tenéis gustos muy *similares*.

Graham me observó confuso con el ceño fruncido durante un segundo y siguió la dirección que marcaban mis pupilas.

—¿Lo dices por los coches?

—El coche. Son todos el mismo. —Idénticos modelos, distinto color.

—Ah, eso, porque nos los regalan... —aclaró como si nada, e inició la marcha.

—Os regalan coches.

—Sí.

—*Coches* —repetí.

—Cada temporada, dependiendo de quién sea el patrocinador de turno.

—¿Y los dejáis aquí?

—El trato es usarlos para acudir a los entrenamientos y siempre que haya prensa, no que te gusten. Personalmente, preferiría uno de esos modelos antiguos en los que del tubo de escape suenan contundentes sonidos como tus apretones de mano. —Se encogió de hombros y miré los vehículos a nuestro paso. Pese a estar allí abandonados, brillaban. Alguien se encargaba de quitarles el polvo, de cuidarlos. Y su precio ascendería a seis cifras. Mínimo. Resoplé por lo bajo y él me oyó. Alzó una ceja—. ¿Qué? ¿A las escritoras no os regalan nada?

—Libros, libretas y marcapáginas —enumeré.

De su garganta brotó una carcajada.

—Pringadas...

—Un poco arrogante, señor Hormiga.

—¿A partir de ahora me vas a llamar así?

Lo pensé.

—Creo que sí, de vez en cuando, aunque las pobres hormigas no se lo merezcan.

Acostumbrado a subir por las escaleras como el reconocido amante del deporte que era, fue directo hasta ellas y al llegar a su altura chasqueó la lengua y dio media vuelta fastidiado.

—Mejor ascensor —dijo.

—Mejor.

Seguimos la señal luminosa que nos guiaba y alcanzamos su puerta. No estaba lejos. Tampoco cerca. Y fue la primera vez que reparé en todos los obstáculos que tienen las personas con movilidad reducida. Es decir, están ahí, y en ocasiones te percatas, pero como no te influyen no los ves del todo. O no los valoras. No los identificas hasta que compartes camino con alguien que los tiene que sortear, como Graham y su afán de disimular el rictus que le transformaba las facciones de la cara a cada paso debido al dolor de sus manos y el gemelo cargado.

El chico hizo ademán de abrir la puerta y se quedó un poco pillado al darse cuenta de que con las muletas el ejercicio se le complicaba. Me adelanté unos pasos, la empujé yo y se la sujeté conforme pasaba. Luego, llamé al botón para que el ascensor viniera a por nosotros. La luz de la estancia en la que teníamos que esperar tintineó.

—Cuéntame algo de ti, Kelly —dijo, recostándose en la pared para descansar.

—¿De mí?

—Sí, voy a presentarte en sociedad, así que es lo mínimo.

Enarqué una ceja a la vez que sumaba uno más uno.

—¿Vas a presentarme a tus compañeros?

—Ellos prefieren que les llame amigos, pero te dejo libertad de criterio.

De repente me puse nerviosa. De haber sabido que haría algo más aparte de visitar las instalaciones deportivas me habría preparado y... Los dedos de Graham se cernieron en torno a mi muñeca con suavidad para que le mirase al adivinar lo que me ocurría.

—Ey, Ojos grandes, relájate. Si me soportan a mí con mis selfis, los datos de historia y la turra que les doy con los documentales de bichos, tú les caerás genial. Te van a adorar. Eres encantadora, excepto cuando te burlas de mis tatuajes.

No se trataba de eso. De caer o no caer bien a sus amigos. Iba de que no estaba habituada a las relaciones sociales y no sabía si deseaba que eso cambiara. Quizá

estaba oxidada, asustada o al otro lado de un puente en un lugar donde no quería que nadie cruzara. Alcé la vista y me topé con los ojos azules de Graham escrutándome. El ascensor no tardaría en llegar y yo no tenía tiempo para descifrar mis sentimientos, así que salí por la tangente para distraerme.

—¿Ves documentales de bichos?

Tenía las pulsaciones disparadas, la garganta reseca y estaba convencida de que acababa de superar mi propio récord de sudor. La yema del pulgar de Graham se deslizó por la piel de mi muñeca para acariciarme con una dulzura de la que ni siquiera fue consciente.

—Insectos en general, no me centro en las cucarachas como tú —recordó lo que le había contado de Abraham, y mis palpitaciones poco a poco se fueron apaciguando.

—¿Por qué ves documentales de insectos? —me interesé. No era lo habitual, del mismo modo que no era normal que sintiese el contacto de su mano en otras partes de mi cuerpo que él no estaba rozando.

—¿Por qué los veías tú de niña?

—Por supervivencia.

La luz fluorescente que teníamos encima volvió a tintinear.

—¿Y tú, Graham? —insistí—. ¿Por qué?

—No sé. Supongo que al principio lo hice por saber cosas que la mayoría de la gente no conocía... Aquello me hacía sentir inteligente, listo. Me gustaba. Y luego sucedió lo inevitable...

—¿Lo inevitable?

—Me encariñé de ellos.

—¿Te encariñaste de los insectos?

Asintió con una novedosa timidez.

—En realidad, fue un poco retorcido, ¿sabes? Les cogí afecto porque sospechaba que nadie más lo haría, a la gente les dan asco, y ese, Ojos grandes, es el peor motivo para encariñarte de alguien o algo, por lástima, porque te sientes superior. Menos mal que reculé. —La mirada le brilló, quería que le preguntase.

—¿Cómo que reculaste?

—Tomándome la molestia de conocerlos no como me gustaría que fueran, sino como eran. Y descubrí que había cosas de ellos que seguían repugnándome, como las múltiples patitas y su viscosidad. —Dibujó un gesto de desagrado—. Sin embargo, existían otras que me fascinaban y esas... las superaban. Los insectos encajaban en mi concepto de belleza.

—¿Tu concepto de belleza?

—Dicen que lo bonito atrae, así que mido la belleza por las ganas de

memorizar las cosas de algo, o de alguien.

Graham me contempló de una forma extraña bajo aquel juego de luces parpadeantes y a mí me recorrió las venas la absurda idea de si ese sería el motivo por el que el jugador se interesaba en saber detalles sobre mí, si me veía *bella*. Pero no como antes del accidente de mamá, cuando todo el mundo estaba empeñado en llamarme guapa, sino bella por dentro. De repente, el estómago se me encogió de un modo placentero y aparté el pensamiento de mi mente, no así mi mirada de la suya. Entonces sucedió algo inaudito. Kelly Bennet, es decir, yo, se abrió.

—Empecé a escribir por dos razones. La primera era porque odiaba con toda mi alma la expresión «perfectamente imperfecto» en las declaraciones de amor. —El jugador alzó una de sus cejas.

—¿Con toda tu alma?

—Sí. Va en serio, no puedo con ella.

Sus labios comenzaron a curvarse y lo que fuera había en mi estómago ardió.

—Necesito más detalles, Ojos grandes.

—Decirle a alguien que es defectuoso no es bonito, igual que no lo es decirle a alguien que es perfecto, porque la perfección no existe, y que una persona te lo parezca es la mayor demostración de que solo quieres ver lo que te gusta de ella, y existe más, mucho más. Es como cuando sacas a una muñeca de su caja, Graham, da igual lo mucho que la cuides, cada día que pase se notará que es más vieja, o que deja de estar de moda, y no te tiene que gustar en comparación con la muñeca que un día fue, te tiene que agradar como es. Imperfecta significa que te disgustan sus cambios y, perfecta, que te pones una venda para no verlos. Si lo piensas bien, ambas palabras son horribles.

Suspiré. No mentía en las entrevistas cuando decía que siempre había sido muy lectora y eso despertó cierta inquietud escritora en mí. Pero había más. Siempre hay más. Uno de los cambios más notables que experimenté tras el accidente de mi madre residía en la mirada de la gente. Las personas siempre se habían fijado en mí. «Es una niña tan guapa y simpática que llama la atención», decían. Por eso, desde bien pequeña estuve acostumbrada a las palabras amables, a la dulzura de los ojos, a las pupilas que me perseguían y me auguraban un futuro brillante mientras yo no dejara de sonreír.

«Lo tiene todo, Jonathan, qué afortunados sois. Kelly llegará lejos», recordé el eco de algunas voces.

Y cuando mamá murió me siguieron mirando con dulzura y cariño, pero se añadió la compasión, la pena y algo más. A todas las miradas les acompañaba cierta incomodidad, como cuando una muñeca se estropea y al observarla con detenimiento lamentas que nunca volverá a tener el mismo valor, porque por más

que intentes arreglarla no será como antes, y antes era mejor. Me hicieron sentir... menos resplandeciente, un proyecto fallido.

Perfecta antes.

Imperfecta entonces.

Odiaba las dos palabras por separado y juntas mi odio crecía todavía más.

Por eso la explicación de Graham sobre sus preferencias audiovisuales hizo que sintiera un pellizco en el estómago. Él no había tratado de localizar rasgos preciosos y únicos en los insectos que justificaran que le gustaban, no había tratado de convencerme, simplemente le parecían fascinantes, incluso con las patitas y la viscosidad que reconocía que le repugnaban.

—¿Cómo mejorarías la declaración de amor? —me preguntó, y tuve clara la respuesta.

—Te quiero porque eres tú y con eso basta.

Él meditó lo que le acababa de contar y sonrió.

—¿Te cuento un secreto, Kelly? —Asentí— No me importaría que alguien me dijese algo así, aunque probablemente mi respuesta no estaría a la altura. —La sonrisa se extendió por su cara y miré las arrugas que se le formaban en las comisuras de la boca como imaginaba que el señor Hormiga hacía con los detalles nuevos que aprendía de los insectos—. ¿En cuál de tus novelas la has utilizado?

Me avergonzaba reconocer que todavía no lo había hecho.

—Yo... La he intentado meter con calzador. No una, *muuuchas* veces, pero se me resiste. Es como si a mis protagonistas no les diese la gana pronunciarla. Son muy tozudos —forcé una sonrisa.

—No me extraña. Provienen de tu mente. Si tus apretones de mano son así de contundentes, no me quiero imaginar el poder de tus pensamientos. —El movimiento involuntario de su pulgar por mi muñeca se detuvo y reanudó la marcha al volver a hablar—. No es necesariamente malo —dijo.

—¿El qué?

—Que no lo hayas escrito. Significa que te queda tu mejor historia por contar. —Nos sostuvimos la mirada y no pude evitar reparar en la aparente textura y volumen de su labio inferior. No era lo que miraba normalmente. Habitualmente, cuando lo hacía, me fijaba en la forma de la boca como un conjunto de manera superficial. Pero en la suya descubrí la ligera tonalidad que la perfilaba, la sombra casi ínfima que nacía debajo y las líneas, apenas perceptibles sin una lupa, que la recorrían de arriba abajo sobre la tonalidad rosada. Descubrí cosas que todos los seres humanos teníamos, pero que yo no había visto hasta que le miré de verdad a él—. ¿Cuál es la segunda razón, Kelly? Habías dicho que eran dos.

Dudé si contárselo o no, y al final decidí hacerlo.

Tragué saliva.

—Mi madre... Ella murió en un accidente de coche aquí, en Boston, las ruedas le resbalaron en el hielo, y podría decirte que fue para ayudarme a superar la pérdida, el duelo. Pero creo que fue un acto más... —bajé el volumen de mi voz — *egoísta*. Tenía la sensación de que las emociones positivas se me escapaban porque era incapaz de sentirlas, pero sí podía escribirlas, plasmarlas en papel... Tengo la teoría de que empecé a escribir para atraparlas y recordarlas si algún día olvidaba cómo eran. Supongo que mis novelas son como el escondite de mi recuerdo del amor —reconocí.

Graham fue a decir algo:

—Joder, Kelly, yo...

Sin embargo, nos interrumpieron. Las puertas del ascensor se abrieron en ese preciso instante y averiguamos el motivo por el que había tardado tanto en bajar a la vez que escuchábamos gritar a coro:

—¡¡¡Bienvenido, capullo!!!

Y un:

—¿Te has masturbado mucho pensando en mí?

15

AMIGOS

Graham

Por una vez me molestó ver a mis amigos, y eso que yo mismo les había llamado el día anterior y al salir del coche los había avisado de que estábamos allí. La miré todavía con mi mano aferrada a la suya y le dije:

—Kelly...

—En otro momento, Graham —respondió cerrando la compuerta que había abierto, y se zafó con suavidad del contacto. Luego, observó con recelosa curiosidad a los recién llegados. Estaban todos. Todos los importantes para mí. Peter, Daphne, Miguel, Ángela y Collin. Apiñados al fondo porque alguien, seguramente Daphne, había sugerido hacer una especie de pancartitas en las que se pudiese leer «Bienvenido». Sin el «capullo» o la duda de la masturbación, eso, sí. Aquel detalle habría sido cortesía improvisada de Collin y... El caso era que se habían colocado mal y estaban intentando solventarlo de un modo que me habría resultado bastante cómico si no estuviese deseando que desapareciesen.

Aproveché la confusión para abandonar la pared en la que estaba recostado, enderezarme y agacharme junto al oído de Kelly para susurrarle unos datos básicos. A fin de cuentas, para mí solo eran Peter, Daphne, Miguel, Ángela y Collin, pero para ella serían Peter Stanford, Miguel González, Collin Lewis, Ángela Rigby y Daphne Collins. Eso si había hecho sus deberes; si no, tan solo eran cinco personas con muy poca coordinación en un ascensor.

—Collin es un bocazas, ignora todo lo que diga. Logra que los oídos sangren. Peter es serio y distante por naturaleza, no le caes mal. Es así. Si no te soporta, te lo hará saber con su indiferencia. Miguel, bueno, prudente, lo mejor que puedes hacer es pegarte a él como un parásito. Daphne, dulce, un poco madre. Si la dejas, te pondrá lacitos y te abrazará como un oso de peluche. Conmigo lo hace. Ángela, borde. Da igual lo que haga, siempre me amenaza con un rodillazo en

las pelotas o con depilarme las cejas; mi tortura depende de su estado de ánimo.

Me separé de ella y le sonreí. El grupo continuaba guerreando que si «Ha sido tu culpa» o «Ha sido la tuya, que te explicas como el culo». Hasta en eso eran tocanarices. Mi sonrisa se ensanchó. Kelly desvió la mirada y sus pupilas chocaron con las mías.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —vacilé.

—¿Cómo te describirías en una frase?

Me encogí de hombros con fingida inocencia.

—Supongo que no estoy nada mal y por eso han venido todos —bromeé, y me percaté de que algo había variado en el ambiente. Algo que no era propio de mis amigos. Se había hecho el silencio. Miré en su dirección y me encontré con que los cinco nos estaban observando hasta que Collin dio varios pasos al frente y se situó en el borde del ascensor para que las puertas no se cerraran.

—¿Ya te has cansado de estar en casa pelándotela deprimido y ahora te acuerdas de que existimos, *capullo*? —dijo muy serio, con el flequillo pelirrojo en forma de pico cayéndole en la frente y mostrando la pronunciada diastema que tenía entre las paletas centrales.

Sonreí.

—Exacto, ¿para la siguiente me echas una mano? Soy muy agradeci... —Estaba empleando un tono aterciopelado cuando Daphne no se lo pensó dos veces, echó a andar, adelantó a mi compañero el bocazas y me abrazó con fuerza impactando en mi pecho. Era pelirroja, como Collin, aunque el color de su pelo tiraba más a naranja. Y tenía los ojos verdes, un lunar sobre la boca y una forma de abrazar enérgica como los apretones de mano de Kelly y a la vez tan suave que te quedarías a vivir en ella.

—Cuánto te he echado de menos... —susurró contra mi cuello.

Aquello era un pelín injusto. Los meses posteriores a la lesión habíamos mantenido el contacto, y si no nos habíamos visto tanto era porque yo había andado deambulando como un circense de estado en estado para que me evaluasen diferentes cirujanos y meterme en sus quirófanos. Aun así, no me podía resistir a ella. Tenía un efecto parecido al de Daisy. La quería. Apoyé mi cabeza en su cogote y deposité un beso.

—Yo también te he echado de menos, Daphne. Sin ti nadie me da humillantes palizas a la Play.

Me soltó y me topé con la inquisidora mirada de Ángela, que siempre estaba juzgando. Sin lugar a duda, la colombiana era preciosa e, indiscutiblemente también, era mala señal que no me hubiese insultado.

—Te bendigo con mi indiferencia —me leyó el pensamiento—. Es la mejor

lección que se le puede dar a alguien como tú.

—Venga, va, Ángela, ¿no te vas a meter conmigo?

—No.

—¿Ni aunque haga un calvo?

Apretó los labios.

—Tendrás que ganarte mis insultos, Graham.

Sonreí.

—Está bien. Prometo esforzarme en irritarte —dije con tono formal, y no entendí lo que mi amiga murmuró por lo bajo en castellano, pero debió de ser muy parecido a un insulto por el modo en el que las comisuras de la boca de Kelly se alzaron un poco. Cuatro comentarios tontos, dos selfis y sacar bola en el brazo un par de veces, y la tendría despotricando de nuevo.

El siguiente en hablar fue Miguel.

—Hola —dijo con su tono sosegado de siempre.

—Qué pasa, tío —le sonreí.

El último, como de costumbre, fue Peter. Él lo negaría, pero le gustaba quedarse para el final y hacerse el importante, como el postre en una comida, que todo el mundo lo espera.

—Tienes las manos rojas —apuntó sin apartar la vista de ellas.

Me recorrió un escalofrío.

—Es por lo que ha dicho Collin, ¿cómo ha sido? —traté de restarle importancia, y el pelirrojo me ayudó.

—Pajas deprimido.

—Sí, eso —bromeé, pero por la suspicaz mirada que me dirigió mi mejor amigo desde la infancia supe que no había conseguido el efecto deseado y continuaba preocupado. Menos mal que en aquel momento todos los ojos se posaron en Kelly.

—¿No vas a presentarnos a tu nueva *amiga*? —Collin levantó las cejas un par de veces de manera sugerente y comencé a arrepentirme de la idea que había tenido la noche anterior después de pasar el rato con Arthur en la cocina. Sabía hablar de mí mismo, ensalzar mis virtudes y mencionar algunos defectos. Pero había partes a las que no llegaba. Aspectos que solo conoce la gente que te quiere. Y esa panda y mi familia lo hacían. Me querían una barbaridad. Si pretendía materializar el compromiso Stevenson-Scott y que la biografía fuese algo real, necesitábamos sus testimonios. Además, pensaba pedirle a Kelly un pequeño favor. Sonreí al imaginar su reacción y Collin malinterpretó el gesto, así que me apresuré a presentarla antes de que soltase una burrada del tipo: «¿Vosotros dos estáis follando?».

Collin era mundialmente conocido por sus épicas meteduras de pata.

—Os presento a Kelly, Kelly Bennet, aunque a alguno os sonará más como K. B. Stevenson. —El pecho se me hinchó orgulloso al pronunciar su nombre—. Va a escribir mi biografía.

Vale que no esperaba aplausos. Que yo tuviese constancia, mis amigos no eran mucho de leer más allá de sus propias entrevistas, las de los equipos rivales y la prensa deportiva y del corazón. Sin embargo, tampoco esperaba el silencio denso que se formó hasta que Kelly intervino.

—Hola —saludó con una tonalidad más débil de a la que me tenía acostumbrado, y lo acompañó con un movimiento de mano.

—Hola —respondieron los cinco a coro, y le dirigí una mirada cómplice a Daphne que pilló en el acto para que me echase una mano.

—Así que escritora... Qué maravilla. ¿Qué tipo de novelas escribes? —se interesó con sinceridad, porque todo en Daphne era honesto.

Por un segundo, Kelly pareció dudar, pero sacudió la cabeza y dijo:

—Literatura romántica.

Collin arqueó una ceja. Mala señal.

—Esa pastela... —Le fulminé con la mirada antes de que acabase a la vez que Daphne le reprendía, de modo que dio marcha atrás—. Esas maravillosas historias de amor con las que todos sentimos mariposillas en el estómago, ¿eh? —Le dio un codazo a Peter, que no se inmutó porque seguía anclado en mis manos.

—*Nuestro Big Bang* es muy bueno, Kelly. Enhorabuena —intervino Miguel demostrando que él sí que la conocía y la había leído.

Ella asintió, agradecida, y yo no sé muy bien por qué dije:

—Tendré que robárselo a Daisy para leerlo. Mi hermana siempre dice que las novelas de los autores hay que conocerlas en orden para ver su evolución —Le sonreí pero Kelly no me devolvió el gesto. Aquello me extrañó, aunque no tuve tiempo de darle vueltas porque Collin, Collin alias «ojalá no tuvieses lengua», habló.

—Pero si tú no sabes leer —apuntó para provocarme, y funcionó. Le enseñé mi mejor sonrisa y el dedo corazón.

Nos metimos rápido en el ascensor cuando por el hueco se coló el chillido exasperado de Trudy, la limpiadora, diciendo: «¿Vais a dejarlo libre de una maldita vez o voy a tener que bajar para obligaros?». Creedme, ninguno queríamos que cumpliera su amenaza. Así que Kelly y yo subimos con el resto, pedimos perdón a Trudy al alcanzar la primera planta y verla con su cara de pocos amigos y expliqué a los chicos que esa tarde visitaríamos las zonas comunes, por lo que ellos echaron a andar rumbo a la cafetería dejándonos a Kelly y a mí un poco rezagados.

—¿Qué te han parecido? —pregunté cuando lo que en realidad quería decirle era si le parecería mal que retrocediésemos en el tiempo, hacer como que mis amigos no nos habían interrumpido y continuar hablando de las cosas que para ella eran importantes y comenzaban a importarme a mí también.

—Son majos —resolvió sin más. Aquello me chirrió. No sabía por qué, pero lo hizo.

—¿Incluso Collin?

—Incluso Collin —admitió con una voz monocorde que me puso alerta.

Juro que no tenía la más mínima idea de lo que había ocurrido. Ninguna novedad. A veces la cagaba sin saberlo. Lo que sí que fue novedoso es que, en lugar de dejarlo pasar, me tomase la molestia de detenerme en mitad del pasillo que conducía a la parte pública del estadio para enterarme y tratar de solventarlo.

—Vale, ¿qué ocurre? ¿Es por él? —volví a mi amigo—. Porque no manejo su boca, Kelly.

Ella también se paró y me observó de arriba abajo como si no pudiese dar crédito.

—Es por ti. —Qué. Narices. Había. Hecho. Yo—. No deberías haberme *defendido*. Aparte de anticuado, resulta que sé valerme por mí misma.

¿Cómo?

—Pues claro que sabes, y desde luego no te he defendido hoy en ningún momento.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Y qué me dices de la tontería de que le ibas a robar el libro de Daisy para leerme?

Apoyé las muletas en la pared y crucé los brazos a la altura del pecho.

—Que te digo la verdad, porque es lo primero que pienso hacer cuando se me pase el mosqueo de que hayas dudado. Por supuesto que sabes defender mejor que yo el género que escribes, del que por cierto no tengo ni puta idea, Kelly. Lo que no me entra en la cabeza es que... —De repente los ojos se me abrieron mucho—. ¿Acaso piensas que soy un musculitos sin cerebro que no puede leer? ¿Va por ahí? —repuse entre enfadado y dolido. Normalmente, mantenía mis fantasmas a raya. Normalmente. Otras, el recuerdo de las madres de mis compañeros diciendo a sus hijos «Graham es especial, así que tenéis que portaros bien con él» regresaba a mi mente, solo que en lugar de la buena intención de esas mujeres y hombres lo que se reproducía en mi cerebro era una sola palabra: tonto. Tonto. Tonto. Insuficiente. Eso y «¿crees que de no haber sido por tu físico y por el hockey sobre hielo habría resultado tan fácil?». Un escalofrío lamió mis articulaciones y la piel se me puso de gallina. A pesar de no

alterar el gesto, Kelly se dio cuenta de que algo me pasaba, algo estaba mal en mí, y se apresuró a contestarme.

—Jamás pensaría que eres un musculitos, y mucho menos que no tienes cerebro —se defendió con la misma ferocidad con la que me había increpado sobre algo que nunca había sucedido—. De hecho, lo que más me gusta de ti es cómo eres, tu personalidad, aun con los teatrillos absurdos en las entrevistas de trabajo y el altar que sospecho le tienes puesto, o algún día le pondrás, a tu lunar.

Poco a poco me relajé, pero seguía sin pillar qué había pasado.

—Entonces...

—Vamos, Graham, es sencillo. ¿Por qué querrías tú leerme a mí?

Vale, Kelly Bennet se llevaba regular con los halagos.

Conocía parte de la basura que se les decía a las autoras de novela romántica y no solo por personas que no tenían ni puta idea de libros como Collin o yo. Seguro que de haber dicho que era escritora de novela histórica o de *thriller* la reacción de mis amigos habría sido distinta. No podía entrar a valorar las dificultades que presentaba cada género, pero sí que sabía que me resultaba admirable que de la mente de Kelly saliesen historias y cada vez estaba más interesado en conocer su jodido y fascinante cerebro.

—Querría leerte porque es importante para ti y porque somos amigos.

Lo que fuera que iba a decir la chica se quedó atrancado en su garganta tras mi intervención y lo sustituyó por un:

—¿Somos amigos...? —dubitativo.

—Pues claro que sí —confirmé por los dos—. Es más, antes de que se abrieran las puertas del ascensor y nos interrumpieran, lo que estaba a punto de decirte era que ojalá hace años se hubiese derretido todo el hielo del planeta para que no perdieses a tu madre, a pesar de que entonces yo nunca habría salvado a un mapache ni llegado hasta aquí. —Bajé el tono de mi voz y añadí—: Y que lo siento, Ojos grandes, lo siento mucho.

La mirada con la que me estaba observando se suavizó y supe que me había creído.

—Si todo el hielo del planeta se hubiese derretido nos habríamos extinguido.

Sonreí y bajé los brazos, que tenía cruzados.

—¿Lo ves? Por eso mismo no es necesario que salga a defenderte. Tú puedes hacerlo mejor y sin poner en peligro nuestra especie. Eres lista, fuerte y gruñona, y yo el perfil que mejor da para los carteles tamaño Goliat que tienen ahí detrás. —Le señalé la puerta en la que acababa el pasillo donde nos habíamos parado; parecía que el ambiente había regresado a la normalidad.

—¿Hay carteles tuyos tamaño Goliat? —vaciló, medio divertida, y asentí.

—Sí, aunque en mi opinión llevo demasiada ropa. Vamos —cogí las muletas

para emprender la marcha—, si quieres te regalo una camiseta del equipo. Soy el que más vende.

Ella pareció pensarlo y en su cara se dibujó una pequeña sonrisa traviesa.

—Vale, gracias. Me encantaría tener la camiseta de Miguel.

Reí.

—Venga, va, en serio.

—Lo digo de verdad.

La observé fijamente por si cambiaba de opinión, pero no lo hizo.

De mi garganta brotó una carcajada.

—Eres mala, Kelly Bennet.

—Y tú... —titubeó confundida— bueno. Conocerte me está gustando más de lo esperado, Graham, aunque las expectativas eran bajas... —bromeó, y el pecho se me hinchó de un modo extraño.

—Nunca te hagas demasiadas ilusiones conmigo. Suelo fallar, Ojos grandes.

—Tendré en cuenta tu consejo y... haré lo que quiera.

Sonrió y... habría profundizado en la sensación burbujeante que experimenté si en aquellos momentos no llegan a aparecer mis amigos, que venían a buscarnos, extrañados de que nos estuviéramos retrasando tanto, ocasión que Collin aprovechó para soltar su perla: «Porque no os estáis follando, ¿no? Si no, os damos el tiempo que necesitéis». Conociéndole, bastante había aguantado.

Echamos a andar y cuando nos separaba una distancia prudencial del resto del grupo le dije:

—Me gustaría que escribieses un capítulo sobre ellas. —Ese era el favor que le quería pedir.

—¿Sobre Daphne y Ángela? —dudó si me había entendido bien.

—Sobre las animadoras —aclaré—, aunque ellas pueden tener un protagonismo especial, si te parece.

—¿Por qué?

Medité mi respuesta.

—Porque hay mucha información sobre nosotros, los jugadores, y poca sobre ellas, las animadoras, y todos somos deportistas de élite. No sé, me toca un poco los huevos que se las vea como agitadoras de pompones con todo lo que se lo curran en los entrenamientos y la pista, aunque si aceptas mi sugerencia, te pido que no se lo digas a las chicas, no soportaría pasar el resto de mi vida sin los insultos de Ángela.

Kelly me contempló durante unos largos segundos.

—Veré cómo puedo hacerlo.

—Gracias.

Alcanzamos la puerta que había al final del pasillo y separaba la zona privada

del estadio de la que estaba abierta al público. Kelly me la sujetó para que pasase. Al otro lado no encontramos mucha gente. Trabajadores, mis compañeros perdiéndose al torcer una esquina y poco más. Lo había calculado para que no coincidiésemos con ninguna de las paradas de los recurrentes *tours* por el TD Garden que desembocaban allí con la intención de que los visitantes se gastasen el dinero en la tienda oficial de los equipos, el Celtic y nosotros.

Un cartel gigante en el que yo destacaba fue el encargado de recibirnos. Aparecía con la equipación amarilla y negra de los Boston Bruins, sin casco, sobre la pista de hielo, con el *stick* bien sujeto y el rostro ligeramente ladeado esbozando una lograda expresión entre amenazante y seductora, que me había supuesto una sesión de cinco horas con la fotógrafa. Tales eran sus dimensiones que la chica tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder contemplarlo en su totalidad.

—Vaya, lo del tamaño Goliat era cierto.

—Puedo mentir en muchas cosas, pero nunca respecto al tamaño de *algo*. —Alcé las cejas con aire seductor—. ¿Qué te parece?

—Exagerado.

—¿A ti no te los hacen?

Bajó la vista del cartel y me observó.

—¿Estás de coña?

—No. Es decir, en las firmas, las charlas, las ferias, pondrán una fotografía tuya, ¿verdad?

—A veces. Pero mucho más discretas. Y si por mí fuera la suprimiría. No llevo muy bien ser parte del producto.

—¿Por qué? A mí me pareces un producto muy deseable —bromeé, aunque lo cierto era que tenía interés real en su respuesta.

—Porque quiero que la gente compre mis historias, no a mí.

Retomamos la marcha rumbo a la tienda de *merchandising* y me pregunté si eso podría ser aplicable en mi caso, separar al jugador de la imagen, y llegué a la conclusión de que no. Ambos iban de la mano y si uno caía, el otro lo haría a continuación, como en esos vídeos en los que aparecen fichas de dominó cuidadosamente colocadas y al empujar una el resto se viene abajo en cadena.

Avisé a mis amigos de que estábamos allí en el grupo de WhatsApp que teníamos y entré con Kelly. Dentro, nos dieron la bienvenida nuevos carteles. En aquella ocasión, de todo el equipo, aunque a mí siempre me situaban un paso por delante del resto en el vértice de la pirámide. Le expliqué a Kelly lo importantes que eran los negocios aledaños al deporte propiamente dicho y lo que suponían en cuanto a facturación para mí y para el club. Por ejemplo, en mi caso, el dinero que recibía por publicidad triplicaba el de mi sueldo, e hice un par de llamadas

para que nos enviaran cifras exactas, pero estaba convencido de que los Boston Bruins ingresaban más dólares en su cuenta de resultados por la ingente cantidad de camisetas que vendíamos al año que por los tantos que anotábamos.

Ella atendió y tomó notas, y cuando terminamos y le pregunté de quién quería la camiseta tuvo la desfachatez de mantenerse en sus trece y decir:

—Miguel González, gracias. Me probaré una M y una L.

Torcí los labios en una sonrisa y conforme pasaba al probador por mi lado para probársela le susurré divertido: «Capulla». Ella se metió dentro, cerró la cortina y yo saqué el móvil para distraerme un rato. En esas estaba cuando al alzar la vista me topé con una de las personas con las que menos me apetecía encontrarme. Bobby Williams, exjugador de mi equipo que se jactaba de ser la estrella antes de mi llegada a los Boston Bruins y representaba a la perfección cómo no te debes ir de un sitio. Nadie le soportaba a él y él no soportaba a nadie, especialmente a mí, a quien identificaba como su sustituto y culpaba de todas sus mierdas.

Fruncí el ceño y me pregunté qué hacía allí. Enseguida recordé que Kate, mi representante, me había mencionado hacía algunas semanas algo de no sé qué aniversario del club y una fiesta a la que asistiría todo el mundo que estuviese relacionado con el equipo en presente y pasado, a la que no había prestado demasiada atención porque entonces no pensaba ir y, en ese momento, tampoco. Pasaba de más imágenes y entrevistas en las que la lesión cobrase todo el protagonismo y prefería regresar a los focos cuando estuviese recuperado e hiciesen primeros planos de mi cara y no de mi pierna.

—Vaya, vaya, Scott. —Sonrió con falsedad y se acercó a mi posición. Yo le imité camuflando la tensión de mi cuerpo.

—Bobby.

—Dichosos los ojos que te ven, *desaparecido* —dijo como si no fuese evidente que me había distinguido a través de la cristalera de la tienda y había entrado solo para molestarme, lo cual era su *hobby* favorito después de odiar al mundo por hacerse mayor, perder fondo físico y precisión en su tiro.

Fuera como fuese, cuando yo llegué a los Boston Bruins él ya estaba en declive. La prensa deportiva, que antes le adoraba, pedía sus «patines» en titulares y la afición, que tantas veces le había ovacionado coreando su nombre a grito en pecho, lo mismo. El entrenador solo hizo lo lógico. Sacar del tablero su ficha vieja y desgastada y colocar otra. Bobby Williams no era el primero ni sería el último. Los jugadores siempre teníamos fecha de caducidad. Sin embargo, en su época también se había ido Garret Dawson y no vivía con esa amargura carcomiéndole. Pero Bobby, de ojos castaños y unas entradas que se empezaban a intuir en su pelo, del mismo color, creía que yo era el culpable, y

daba la sensación de que su único objetivo era hacérmelo pagar. Y a mí su actitud comenzó preocupándome y luego pasó a darme una pereza infinita.

—¿Cómo lo llevas? —Señaló la rodilla con un movimiento de barbilla.

—Bien, gracias. —Acentué la sonrisa y me preparé para el golpe.

—Hay personas que dicen que te puedes quedar cojo.

No me inmuté.

—Hay personas que dicen que la Tierra es plana. Lo mejor es no hacer caso a todo lo que escuchamos.

Me sostuvo la mirada y, finalmente, alzó las comisuras de su boca con amargura.

—Al menos en tu caso tendrás un reconocimiento. Cerrarán el estadio, te harán un homenaje, retirarán tu camiseta y dirán cosas bonitas de ti.

Una de las muchas espinas que tenía clavadas Bobby era haberse ido por la puerta de atrás. Hasta yo reconocía que, después de todo lo que había dado por el equipo y los títulos que les había ayudado a conseguir, que le despidiesen de esa manera, solo con una palmadita en la espalda, era cruel. Pero, de nuevo, se equivocaba al culparme. ¿Qué podía haber hecho yo? ¿Ir al despacho del presidente que no conocía y decirle... exactamente qué? En aquella época yo no era nadie, un recién llegado que buscaba hacerse un hueco, y Bobby se había encargado de recordármelo al finalizar cada partido ridiculizándome en el autobús, en los vestuarios o en las ruedas de prensa después de los encuentros, donde no dudaba en sacar partido a mis cagadas. No le debía nada, y nada fue lo que le di.

—Supongo que sí dirán cosas bonitas. Dentro de muchos años, claro, cuando me retire.

Continuamos mirándonos fijamente hasta que Bobby se decidió a hablar.

—Lo primero son las marcas. Ellas dan el pistoletazo de salida a tu caída. Un día dejas de ser su imagen, al siguiente pasas a estar en tercera fila en las fotos grupales —señaló los carteles del equipo— y luego desapareces como si nunca hubieras existido. Pero en tu caso, si juegas bien las cartas del pobre niño bonito cojo, es posible que termines de entrenador del segundo equipo, o en la radio, donde siempre contabas que trabajó tu abuelo. «Graham Scott, el oso polar de Yellowknife, la joven promesa, qué pena no haber llegado a ser más que eso, una estrella frustrada» —me soltó, y le dediqué la mejor sonrisa de mi repertorio.

—Que te jodan, Bobby. —El exjugador alargó la mirada un par de segundos más, me devolvió el gesto y se fue.

—Adiós, Scott.

Me dejó mal sabor de boca y toneladas de rabia bulléndome en las venas. Menos mal que en ese momento Kelly, que permanecía ajena a lo que había

sucedido, abrió la cortina del probador y asomó con la camiseta L, *solo con la camiseta*, que le llegaba por las rodillas.

—He pensado que con unas medias y unas botas podría ser un vestido.

Tragué saliva con dificultad.

Estaba preciosa.

Jodidamente preciosa.

Aunque fuese con la camiseta del puñetero Miguel.

Aclaré la garganta y dibujé una sonrisa canalla.

—Perfecto para el día que alce la copa de Lord Stanley, Ojos grandes.

Recorrí a Kelly con la mirada y por instante me olvidé de las palabras de Bobby, pero esa noche, en la soledad de mi habitación, volví a recordarlas.

16

HILOS DE COLORES

Kelly

Cerré la tapa del portátil recalentado que descansaba sobre mis rodillas, tragué la última porción de regaliz que me quedaba y estiré los brazos para desentumecer los músculos como un felino mientras movía el cuello de un lado a otro y este crujía. Era de noche y fuera chispeaba; un goteo constante que impactaba contra las ventanas despejadas del salón de la abuela Charlotte. Betty, mi editora, me había llamado al llegar del TD Garden para comentarme que iba a ponerme en copia en un correo con Clarissa, la chica del Departamento de Documentación que se encargaría de localizarme los números de las estadísticas de apertura de los capítulos de la biografía de Graham, ya fuera buscándolos ella o consiguiendo un experto que los calculara.

Así pues, en lo que a la biografía se trataba, todo estaba en marcha.

Iba bien.

Y Boston no me había afectado tanto como temía.

«Lo pasamos peor fantaseando con lo que va a ocurrir que cuando en realidad pasa», recordé la voz de la abuela Charlotte.

Haber estado con Graham y sus amigos había ayudado, y cada vez me parecía mejor la idea de darles voz a las animadoras... La cuestión era que hacía horas que había regresado del estadio. Durante ese tiempo, había pasado a limpio los apuntes de la libreta en el documento de Word y había leído sobre el retraso madurativo, los insectos, Yellowknife, la adicción a los selfis en los espejos de todo tipo y comprobado que no había constancia en ningún sitio de que Graham tuviera el tatuaje de una hormiga en su cinturón de Adonis, comúnmente conocido como la V. De los demás tatuajes sí, y la gente los imitaba a pesar de que eran objetos aleatorios sin aparente sentido. Tenía pequeños dibujos como, por ejemplo, un imperdible en la cara interna del brazo que en una entrevista

había dicho que significaba que no se daba por vencido fácilmente, que se rompía para reponerse por sí solo, y era tendencia en TikTok, aunque en otra reconoció que en realidad se lo hizo únicamente porque pensaba que le sentaría bien.

Pero de la hormiga no había ni rastro. Los labios se me curvaron solos al recordar la cara que se le había quedado al insinuarle que era un pelo enquistado. Graham Scott era muy bobo, pero me hacía reír. Y me gustaba pasar tiempo con él.

Sacudí la cabeza para sacarme de encima ese tipo de pensamientos.

Volviendo a lo importante, la cuestión era que ya me había documentado sobre muchos temas relacionados con su vida y había encontrado un dato curioso, como los que había mencionado Teddy que interesaban a los lectores: resulta que el presidente estadounidense número treinta, Calvin Coolidge, decidió tener un mapache como mascota en la Casa Blanca y de ese modo los libró de su destino, que era el de ser nuestra cena de Acción de Gracias como predecesores del pavo. Lo citaría cuando hablase de la hazaña del jugador en el lago helado donde salvó a uno.

Estiré los brazos un poquito más para destensarlos antes de bajarlos.

La segunda cuestión era que debería haber parado ahí. Mi jornada laboral. En ese momento. Cerrar el Word satisfecha y asegurarme un millón de veces de que el documento estaba bien guardado en la nube con una potente contraseña para que no se perdiera.

La sensación en ese instante era buena, me sentía productiva, realizada y liviana.

En paz.

Habría cenado el hummus que me había comprado de camino a casa acompañado con palitos de zanahoria cruda, me habría puesto el pijama de aguacates y habría hecho un recorrido por las diferentes plataformas de películas y series para terminar sin ver nada, porque tanta oferta me aturdía.

Asentí con fuerza. Definitivamente, eso era lo que debería haber hecho. Habría sido un buen plan. Pero ¿qué había sucedido? Simple. En mi afán de salir del bloqueo y escribir mi novela (nadie me podía acusar de no ser testaruda), había abierto un nuevo documento de Word que había titulado #ProyectoSiente para sugestionarme y, siguiendo la estela del autoconvencimiento que había iniciado, me había dicho que esa vez sería diferente, porque iba a escribir para mí, iba a dejarme llevar, fluir y permitir que los personajes tomasen el control y hablasen.

Iba a disfrutarlo.

La lista con los clichés literarios no había funcionado. Había probado mi favorito como lectora, *enemies to lovers*, la bomba explosiva del amor, y luego

uno por uno todos los demás hasta asumir que ninguno encajaba. Empezaban bien y a las pocas palabras se disolvían. Las voces de los personajes se mezclaban en mi mente entre ellas y con otros protagonistas del pasado, y no era capaz de seguir la trama que estaba ideando y menos creérmela. Porque era impostada.

Ese era el error.

Y asumirlo, la mejor forma de corregirlo.

Me había mordido el labio y colocado un mechón de pelo detrás de la oreja con convicción. Nada de listas. Nada de planificación. Nada de nada. Brújula al mil por cien. Ellos me dirían si eran *enemies*, *lovers*, *friends* o una categoría no inventada. Si les tocaba compartir una cama, ser rivales, vecinos, hermanos, extraterrestres o protagonizar una cita falsa. Me había puesto detrás del teclado y...

Experimenté una opresión en el pecho como si me lo estuvieran aplastando, la piel se me puso de gallina, el pitido sordo incesante de la cabeza se acentuó y el estómago se me encogió retorciéndose con fiereza. Estaba sufriendo un ataque de pánico o de ansiedad o puede que las dos cosas fusionadas. Un párrafo. Había sido capaz de escribir un mísero párrafo sangrando en cada letra para después borrarlo.

Las pulsaciones se me dispararon, noté la garganta reseca y un malestar general se adueñó de mi cuerpo. Regresó el cansancio extremo que me quemaba en las bolsas oscuras que lucía debajo de los ojos, la sensación de que lo único que me podía salvar era dormir, y que ni siquiera el sueño me respetaba, ya que me pasaba las horas en la cama, nerviosa y dando vueltas de un lado para otro en el colchón sin descansar.

Antes no era así, gimoteé en mi interior. Tenía menos técnica, pero era más libre. No... pensaba en exceso, y ahora no encontraba la forma para dejar de hacerlo. Mi cabeza parloteaba sin importar las órdenes que le estuviera dando. «Silencio, por favor», le decía, y ella respondía: «Tienes que encontrar un argumento innovador que enganche y llame la atención o darle la vuelta a uno que ya exista. Ah, y enamorarte de los protagonistas. Y sentir el chispazo entre ellos; eso es básico. Sin una pareja con química, no tienes nada». Y después continuaba: «OK, Kelly, estás escribiendo este capítulo, bien, pero ¿qué va a pasar en el siguiente? ¿Y en el que le sigue? ¿Cuál va a ser el final? ¿El primer beso? ¿No te parece que el inicio es un poco lento? ¿Cuándo tienes previsto terminar? ¿Después de verano, para llegar a las publicaciones de primavera del año que viene? Entonces, que el escenario sea soleado, nada de Vail, el frío es más para otoño e invierno. Date prisa, vamos, avanza, ya lo has visto en Instagram, todas tus compañeras escritoras están sacando novedades, algunas

incluso dos, y se han puesto con el siguiente proyecto. Ellas no se bloquean. Solo tú. Y hay nuevas voces, voces buenas. Te quedas atrás, Kelly. Tic-tac. Tus publicaciones cada vez tienen menos *likes*. Es más, cada vez tienes menos que publicar porque a nadie le interesa lo que sea que hagas con tu vida, que es poco. Quieren libros. Más, más, más. Corre, corre, corre. Despeja la niebla de tu cabeza o cuando termines el libro será un fracaso de ventas y, no nos engañemos, decidiste vivir de esto, necesitas el dinero y las lectoras no esperan para siempre a una escritora que ni siquiera es brillante, solo mediocre».

Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta. Antes, simplemente sucedía. Escribía. Y no todos los días eran buenos, pero no me olvidaba de cenar ni tenía ganas de chillar. Una voz en mi interior me susurró la solución e hice lo posible para ignorarla, por lo que solo escuché el final: «... y dejar de hacerte daño, Kelly».

Y, hablando de finales, acabé por obligarme a cenar el hummus con palitos de zanahoria cruda y vi un partido de hockey sobre hielo sin prestarle demasiada atención. Subía las escaleras mecánicamente rumbo a mi habitación cuando en mi cabeza, por sorpresa, apareció la voz de Mía: «Cose..., cuando llegamos a casa de la abuela Charlotte esta te enseñó a bordar hojas y esas cosas en la ropa. Recuerdo que te calmaba. Seguro que papá guardó los hilos de colores, las agujas y lo que sea que utilizaseis en el desván», así que, en el último instante, en lugar de girar hacia mi cuarto enfilé en dirección contraria.

Había que tirar de una cuerda para acceder al desván. De niña, tenía que hacer muchísima fuerza, tanta que me ponía roja, la vena de la frente se me hinchaba y sudaba. Pero entonces no. De hecho, las escaleras se desplegaron con una decepcionante facilidad. Me gustaba más cuando requería esfuerzo. Conseguirlo parecía más mágico.

Subí y encendí la luz.

La bombilla que pendía del techo abuhardillado todavía funcionaba, olía a humedad y hacía frío, muchísimo frío. Me froté los brazos con las manos por encima del pijama de aguacates e identifiqué el motivo. Una de las ventanas, la única que había allí arriba, estaba medio abierta. Me pregunté desde cuándo (aquel lugar llevaba mucho tiempo sin recibir visitas) y fui a cerrarla. Parecía atrancada, así que tuve que emplearme a fondo. Una vez que lo logré, me limpié las manos mojadas por la lluvia en la tela del pantalón y ojeé lo que me rodeaba barriendo el desván con la mirada. Cajas, más cajas, baúles y un sofá viejo cubierto de polvo.

Durante muchos años, cuando la casa de la abuela Charlotte era solo la casa de la abuela Charlotte (a la que íbamos los fines de semana y en vacaciones) y no la mía, aquel era mi rincón favorito. Hasta que, como ocurrió con Boston, dejó de

serlo, en parte porque el primer Halloween después de que nos mudáramos Abraham y Wendy vinieron y él se empeñó en hacer espiritismo allí arriba para aprovechar que las puertas de acceso al más allá estaban abiertas esa noche, y también porque cuando llegamos a Salem papá guardó todas las cosas de mamá allí. Su ropa, sus objetos, la ambulancia de goma EVA que Mía hizo y yo pinté, su vestido de novia... Todo acumulado en un lateral que evité a propósito para buscar mi zona, las cajas en las que ponía «Kelly».

No fue complicado encontrarlas, igual que no lo fue dar con mi set de costura situado encima como si alguien lo hubiese dejado allí aposta para facilitar nuestro reencuentro, probablemente la abuela Charlotte, aunque Abraham lo atribuiría a algún fantasma de los que había invocado.

Lo cogí.

El kit no era otra cosa que un viejo joyero desgastado con una preciosa bailarina rota. La abuela Charlotte decía muchas cosas. Demasiadas. Más desde que murió mamá. Entonces empezó a hablar, hablar y hablar. Sobre todo, conmigo, que permanecía callada. Por ejemplo, se quejaba de que la gente se empeñase en arreglar las cosas cuando se rompían. «A veces, cuando algo aparentemente se estropea», y entrecomillaba la última palabra con los dedos, «descubres que es todavía más maravilloso que antes. Mira este joyero, nunca ha tenido nada de valor dentro, ninguna joya, y ahora que es un set de costura está repleto de hilos de colores, ¿no es increíble, Kelly?».

Lo abrí y en mi boca se perfiló una sonrisa de nostalgia. Mi hermana llevaba razón, lo habían conservado todo. Estaba a punto de pasear la yema del dedo por los distintos objetos con cuidado de no pincharme con las agujas cuando escuché un ruido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunté a la nada, y no obtuve respuesta. Habría sido el viento golpeando la pared. La fina lluvia exterior venía acompañada de algo de aire que allí arriba se incrementaba.

Revisé el interior de la caja. Estaban los hilos, los dedales, las agujas, y, cuando me quise dar cuenta, mis pupilas buscaban y saltaban de manera involuntaria por las tonalidades que se correspondían con las de las hojas de los parques de Boston durante el otoño. En mi cabeza, comenzó a dibujarse la imagen de una hoja de arce, y fui a coger hilos rojos, ocres, marrones y algo más oscuros para el esqueleto cuando escuché aquel sonido por segunda vez. Afiné el oído. Parecían pisadas de una cosa diminuta.

—Una rata —determiné en voz alta, y me olvidé de lo que estaba haciendo. No tenía nada en contra de ellas. Había vivido en Brooklyn, utilizado el metro de Manhattan y compartido biblioteca con Bingo, el perro de Graham, por lo tanto, estaba familiarizada con los roedores, incluso los que se hacían pasar por

animales de otra especie. Pero no me apetecía encontrarme cara a cara con una rata, más que nada porque no sería capaz de poner una trampa para atraparla o contactar con una empresa que lo hiciera por mí, y viviría con miedo a cruzarme con ella en la planta de abajo y que me mordiese un dedo del pie. Así que lo más inteligente (y cobarde) era coger el joyero en el que distinguí el cartelito que una vez escribí, en el que se podía leer «Propiedad de la futura costurera Kelly Bennet», bajar y fingir que ignoraba que allí arriba había algo vivo.

Apreté el costurero contra mi pecho e iba a girarme cuando la rata, que resultó ser un gato, apareció delante.

—Miau —maulló el precioso felino negro, cuyos ojos amarillos me recordaron a Salem, el de *Sabrina*. Ladeé el rostro y lo observé, confundida. No parecía mayor ni tampoco un cachorro. Miré si tenía collar, que no, y busqué a su madre, pero no había indicios de más animales.

—¿Cómo has...? —Dejé la pregunta inconclusa. Había entrado por la ventana que yo misma había cerrado. Se podían distinguir las huellas y tenía el pelo húmedo. Él o ella permanecía quieto, mirándome fijamente. Esbocé una sonrisa pequeña que pretendía resultar amistosa—. ¿Estás perdido? ¿Eres de alguien?

Como respuesta, Salem volvió a emitir un «miau».

No reparé en que ya le había puesto nombre.

Dejé el set de costura de nuevo sobre la caja, saqué el móvil, le hice una foto y se la envié a Mía:

He encontrado un gatito en el desván, ¿qué hago?

Se conectó en el acto. Estaba echando horas extras no remuneradas (se había encargado de matizarlo varias veces) en la agencia y por eso no nos habíamos llamado.

¿No es evidente? Comértelo. ¿Qué otra cosa puedes hacer con una bolita adorable y achuchable que parece un peluche?

Puse los ojos en blanco.

Me refiero a después de llevarle al veterinario si da la casualidad de que no tiene dueño.

Podía haberse escapado de una casa, tener chip y asunto solucionado.

Hay varias protectoras por la zona...

Asentí. Las protectoras eran buena idea.

Aunque también podrías quedártelo, Kelly. Recuerdo que

de pequeña te morías por tener uno. Hiciste un PowerPoint para convencer a nuestros padres de los beneficios de convivir con animales, una obra de teatro e incluso te inventaste un negocio que era una especie de spa para gatos con el que nos pagaríamos las vacaciones. Ellos siempre se negaban, pero ahora nada te lo impide, ¿no?

Arrugué la nariz.

Mañana le llevaré al veterinario y miraré lo de las protectoras. Gracias, Mía. Que no te exploten mucho.

Tranquila, estoy robando material de oficina para compensar las horas no pagadas. No se lo cuentes a papá.
😉
Descansa y piénsatelo: el ronroneo de los gatos recompone los corazones rotos. Era uno de tus argumentos.

Mi corazón no está roto.

Pero no le vendría de más un abrazo.

Guardé de nuevo mi móvil en el bolsillo del pijama. Bajé, cogí dos mantas para que estuviese calentito en el sofá, un cuenco con un poco de leche, agua del tiempo, y subí.

—Para ti —le dije a la vez que colocaba todo en el suelo.

Salem no se había movido del sitio, pero la leche le activó y antes de ir a por su festín se frotó entre mis piernas ronroneando con el rabo levantado. El contacto a través de la tela fina y la contundencia que tienen los gatos a la hora de acariciar a los humanos me produjo un placentero escalofrío. Mía llevaba razón. Siempre había querido tener uno. Y estrujarlo, jugar con él con las gomas del pelo y que me clavase los colmillos para despertarme y yo lanzase patadas al aire con la baba colgando.

Aun así, no me lo quedaría. Desde la muerte de mi madre tenía cierto reparo en cogerle cariño a nada nuevo excepto a la gente que ya quería de antes. Además, no era buena cuidando. Si no, que se lo dijesen a las plantas que habían perecido por mi culpa. Salem estaría mejor sin mí.

Me despedí de él, abandoné el desván, me metí en la cama y me cubrí con el edredón hasta la barbilla. Esa noche, como casi todas en los últimos meses, los nervios del día se transformaron en pesadillas nocturnas en cuanto me dormí. Pero hubo algo diferente. Misteriosamente, en ellas salían hojas de ginkgo, hilos de colores, ojos amarillos de felinos que me miraban y hormigas. Muchas hormigas con las que mi pecho agitado comenzó a tranquilizarse.

17

PENSAMIENTOS

Graham

Tumbado en la cama terminé de revisar la documentación que me había mandado Kate en la pantalla de mi móvil y arrugué la nariz.

Desde el inicio, cooperábamos con varias asociaciones sin ánimo de lucro. Algunas colaboraciones eran como equipo, promovidas por los Boston Bruins, su junta directiva y la directora de Comunicación y Responsabilidad Social Corporativa, que las filtraba y las elegía, y nos informaba de las galas benéficas a las que los jugadores debíamos acudir y las campañas para las que seríamos imagen gratuitamente. Sin embargo, otras eran de mi propia cosecha. Mi representante valoraba las diferentes peticiones que nos llegaban por distintas vías, se aseguraba de que no eran un timo y me las presentaba para que aceptase.

Así pues, esa noche aparentemente no había motivo para que las cejas se me arqueasen y mi nariz se frunciese con recelo, pero era lo que estaba sucediendo. Entre las propuestas había una que me chirriaba. Desbloqueé de nuevo el teléfono y pulsé el enlace que incluía el documento para poder curiosear la web de la asociación. Se trataba, ni más ni menos, que de una ONG para deportistas retirados.

Me puse a leer uno de los artículos que tenían publicados.

El escrito hablaba de que retirarse del deporte podía suponer una experiencia positiva o enmarcarse en una crisis. Dependía de muchos factores, por ejemplo, del motivo. Si era de forma prematura, por la edad, por falta de rendimiento, por problemas con el entrenador o... por lesiones. Si las causas de interrupción de la actividad deportiva eran imprevistas, mayor trastorno. Si eran deportistas de élite, más intensidad. Aunque el texto se encargaba de matizar que cada persona era un mundo y las reacciones diversas. Por ello, había profesionales que se adaptaban al cambio sin ningún problema, y otros que experimentaban una

sensación emocional de tristeza, pérdida del estatus, alteración de la autoestima y del autoconcepto (identidad) y trastornos irreversibles en su carácter ante la pérdida de los refuerzos fisiológicos, sociales y económicos que recibía de su participación activa. Lo que la ONG ofrecía era el desentrenamiento para no enfermar durante el retiro, preparación psicológica cuando este se podía prever y ayuda para reorganizar la actividad del exdeportista, amortiguar los efectos del cambio y mitigar el sentimiento de culpa o insuficiencia que en ocasiones nacía en ellos.

La propuesta de Kate era que acudiese a dar una charla en una serie de ciclos que se producían trimestralmente, pero ¿de qué diablos les iba a hablar yo si era un deportista en activo? ¿No parecería una broma de mal gusto presentarme allí, hablarles de unas virtudes de la vida más allá del deporte que desconocía y que al día siguiente me viesen en la televisión nacional jugando?

¿Acaso Kate me estaba lanzando una indirecta colocándome en la casilla del tablero por si las moscas?

Una sensación desagradable me sacudió de arriba abajo. Las palabras de Bobby en la tienda del estadio habían surtido efecto generándome cierta sensación de inseguridad, y necesitaba seguir teniendo fe en mí, ya que el resto del mundo parecía haberla perdido.

Escribí «OK a todo» a Kate, me levanté y salí de mi cuarto.

Cuando estaba así de rayado el silencio provocaba que las paredes de la habitación se cerniesen sobre mí y no me quedase más remedio que escuchar a la voz que más trataba de ignorar, la mía angustiada de «¿Y si todo resulta un desastre? ¿Quién serás sin el hockey sobre hielo?».

Encendí la luz del pasillo. La casa de Salem era lo suficientemente grande para que Daisy y yo no nos cruzásemos en todo el día y, a pesar de su enorme tamaño, mi hermana había elegido la habitación contigua a la mía. Troté hasta situarme en el marco de su puerta y me detuve para mirarla. Estaba sentada frente al escritorio con la pantalla del ordenador encendida. Si mi hermana hubiese sido un color lo habría tenido claro: rosa, como la colcha de su cama, las puntas de su pelo y las camisetas blancas que teñía de ese color para que quedasen con ese bonito efecto degradado. Tanto era así que de pequeña me hacía comprarle un algodón de azúcar en la feria y no se lo comía porque le parecía demasiado bonito para destruirlo. Era sensible, buena y algo aniñada. No tenía prisa en crecer, y esa postura me resultaba inteligente porque las cosas de adultos no molaban nada.

Reparé en qué poco tiempo había bastado para que la estancia ya tuviera su sello. Bingo descansaba sobre la alfombra con forma de nube rosa. Por supuesto que rosa. Sonreí. Pensaba revelarle mi presencia. Coger un cojín o su peluche de

Tambor y lanzárselo por detrás. Sin embargo, ella me presintió primero. Siempre lo hacía. Sabía dónde estaba incluso cuando yo tenía dudas. Se giró sobre el asiento con las piernas cruzadas haciendo rotar las ruedas de la silla.

—La camiseta te queda grande y el pantalón se te está cayendo —apuntó como la amante de la moda que era. Volví a sonreír y me acerqué saltando sin las muletas, que había dejado en mi habitación.

—Es para que se vea el tatuaje del paraguas del lateral de las costillas. Además, el pantalón me hace sexi.

Me encogí de hombros con fingida inocencia mientras me dejaba caer con suavidad en el borde de su cama. Mi *pijama* estaba compuesto por una camiseta de tirantes blanca en la que ponía «Pienso todo el puto día en ti», que me quedaba lo suficientemente holgada como para que se distinguiera parte de mi abdomen y el pecho a través de los laterales, y un pantalón negro que casi siempre me ataba muy bajo, a la altura de la hormiga a la que Kelly había ofendido comparándola con... Prefería no recordarlo. Jodida Kelly. Mi sonrisa se intensificó.

—Me gusta esa sonrisa.

Daisy me observó suspicaz.

—Te gustan todas mis sonrisas —la corregí—. ¿Qué hacías, enana?

—Escuchaba una canción. ¿Quieres que te la ponga, Graham?

Ese punto necesita aclaración y para ello tengo que hablar de un interrogante que rara vez se plantea una persona que no conviva con alguien sordo, conozca a uno o le interese reflexionar sobre el tema. ¿Cómo suenan los propios pensamientos de alguien que no puede oír si nunca ha escuchado una voz? Fue una pregunta que me hice con trece años, cuando mi hermana tenía siete. Es decir, cuando yo pensaba oía algo, ya fuera mi voz interior o la de un amigo si estaba leyendo uno de sus mensajes. Mi cabeza reproducía un sonido. Pero Daisy... Ella no tenía esa referencia y me constaba que pensaba. Averigüé, después de consultarle a Arthur, que las personas sordas tienen una representación visual de sus pensamientos a través de la lengua de signos e imágenes.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

Él propuso animado:

—¿Por qué no se lo consultamos a Daisy? A ella le encanta hablar de sus cosas, y más si es contigo, su héroe.

—No será... ¿raro? A lo mejor le molesta.

—Lo único que puede molestarle es que su hermano tenga reparos en preguntarle algo. La manera en la que piensa Daisy no es mejor ni peor que la forma en la que lo haces tú, es distinta, y conocer lo diferente es maravilloso,

Mente inquieta.

Así que fuimos al salón donde Daisy, que estaba compartiendo una adorable tarde de té ficticio con su peluche Tambor, confirmó la teoría de Arthur y su gesto habitualmente iluminado se ensombreció.

—Pero a él no puedo oírlo de ese modo.

Se refería a mi corazón. Desde que era un bebé, Daisy había desarrollado cierto vínculo con el órgano que bombeaba la sangre de todo mi cuerpo. Tanto era así que, cuando se ponía a llorar sin consuelo y mamá se sentía incapaz de calmarla, la tumbaba a mi lado y buscaba con su mejilla esa parte concreta de mi pecho. Reptando como una culebra, se apoyaba en ella, notaba la vibración de mis latidos en su piel y milagrosamente las lágrimas cesaban y se dormía. Había mantenido esa costumbre con el paso del tiempo, aunque entonces alternaba la mejilla con la palma de las manos y la punta de los dedos tamborileando al compás de las palpitaciones.

Le gustaba sentir el sonido en su piel, como cuando colocaba la mano en mi garganta y me hacía hablar con diferentes tonalidades para saber cómo era mi voz enfadado, alegre y triste. Pero seguía sin visualizar su sonido favorito hasta que un día Peter, con el que pasaba todas las tardes porque era mi vecino, mejor amigo y hermano de las trillizas por las que yo estaba pillado, me dijo:

—Llevas toda la tarde rumiando entre dientes, ¿por qué?

—¿Tú sabes cómo se puede ver un sonido? —pregunté convencido de que me respondería que no.

Pero en cambio él contestó:

—Supongo que en forma de onda. Hay programas informáticos que lo hacen.

El primer ruido que registramos fue el latido de mi corazón. Lo grabamos, conectamos el móvil al ordenador y el programa hizo el resto. Nos dio una imagen que Daisy imprimió, enmarcó y colgó en su cuarto. Luego llegaron muchos otros. Mi hermana catalogaba los sonidos del mundo así, en su colección particular de ondas.

—Está bien. Pon la canción —respondí regresando a la realidad a la vez que estiraba el brazo para coger a Tambor.

Se dio la vuelta y posó los dedos en el teclado.

—Hoy he ido a visitar el Salem Witch Museum con papá y a la salida había una chica cantando con una guitarra en la plazoleta debajo de un árbol. Debía de ser buena, porque la gente se paraba con sus paraguas y el gesto les cambiaba, se les dulcificaba. —Además de la lengua de signos, imágenes y ondas, Daisy era experta en observar los detalles de las facciones de las personas y el mundo que nos rodeaba.

Se volvió en mi dirección lista para darle al *play* y le dije:

—Veamos si es para tanto, enana.

No necesitó más. La canción que Arthur y ella habían grabado comenzó y ambos nos empapamos de su sonido, cada uno a su manera. Una vez que terminó, volvió a posar sus ojos azules en los míos y resolvió:

—Es bonita, un poco triste, pero esperanzadora.

Sonreí. Llevaba razón. Daisy guardó la onda en la carpeta que tenía para las canciones que le gustaban y regresó conmigo.

—¿Qué querías, Graham? Molestarme no, o me habrías enseñado el culo.

Las comisuras de mis labios se alzaron más. Lo cierto era que sí, quería algo.

—¿No tendrías por ahí *Nuestro Big Bang* para prestármelo? —pregunté con absoluta normalidad, y sus ojos se abrieron como platos.

—*Nuestro Big Bang.*

—Eso he dicho.

—Tú.

—Sí.

—De K. B. Stevenson.

—Si hay otro con el mismo título, a poder ser que sea el de Kelly.

Mi hermana me examinó con gesto neutro durante unos segundos y después pegó un puñetazo al aire, celebrando algo.

—¡Lo sabía!

—¿Que algún día cedería a tus chantajes de «Tienes que leer, Graham, me haría muy feliz comentar libros contigo»? Era previsible.

—Lo que era previsible era que Kelly te iba a gustar. Vamos, yo lo tenía claro.

Sacudí la cabeza con paciencia y la corregí.

—Kelly no me gusta. Solo tengo curiosidad por lo que escribe.

—Es lo mismo. Todas las grandes historias de amor empiezan cuando a una persona le interesa otra.

Como prueba, señaló la estantería en la que las novelas románticas destacaban por encima de cualquier otro género. Distinguí los lomos en los que podía leerse K. B. Stevenson, más que nada porque las novelas de Kelly se encontraban en una balda independiente separadas del resto. Me puse de pie para cortar su desvarío adolescente y le dije:

—¿Me la dejas o no?

Ella asintió y estiré el brazo para coger el libro.

—Pero ten cuidado —añadió.

—Tranquila, si el libro está cerca, nada de asqueroso café americano que pueda derramarse. —Lo saqué de la estantería. La portada era color salmón, con la ilustración del Big Bang en el centro.

—No me refiero a eso. —Daisy negó con la cabeza—. No la fastidies,

Graham.

—¿Que no la fastidie? —vacilé.

—Es fácil querer a una persona que expresa los pensamientos que escribe Kelly, y todavía lo es más que a ti eso te asuste y huyas. Ambos sabemos que tienes una especie de guerra declarada al amor.

Sabía por dónde iba mi hermana. La mayoría de las personas que me conocían creían que era un joven jugador mujeriego sin más al que no le interesaban los compromisos. Peter, por su parte, pensaba que el comentario que escuché a Lena Davis en las gradas de la pista de hielo del instituto después de liarnos («Está muy bueno, pero no quiero nada serio con él, ¿y si vuelve a ser tonto?») me había afectado. Y todos se equivocaban. La que no lo hacía era Daisy al suponer que el abandono de mi padre y ser testigo de toda la tristeza que había sentido mamá me habían convertido en alguien poco receptivo a ese sentimiento. No era que no creyese en él, era que creía demasiado, y conocía su efecto. Ninguna persona volvía a ser la misma después de haberse enamorado, y el amor podía durar para siempre, no lo dudaba, pero que dos personas estuviesen juntas, no, de eso ya se encargaba la vida.

—Tendré cuidado, enana.

La expresión de Daisy se ensombreció.

—¿Qué?

—Lo que tenías que haber dicho es: «Esta vez me arriesgaré y seré valiente, enana».

Le di las buenas noches y salí de allí con la seguridad de que Kelly no representaba ningún riesgo. Era bonita, sí. Interesante, también. Lista, mucho. Y me gustaba su personalidad. Pero de ahí a enamorarme, *enamorarme*, por Dios, había un largo camino. Uno que no pensaba recorrer. Con aquella idea, regresé a mi habitación, me tumbé sobre la cama, ahuequé la almohada y abrí la novela por la primera página.

«A todas las personas que necesitan un abrazo, os mando el mío en forma de novela» era la dedicatoria. Pasé la página y empecé el prólogo.

«Los que creen en el amor son los que saben que si te cruzas con él debes correr en dirección contraria», comenzaba. Le seguía un alegato en contra de enamorarse hablando desde el dolor de la pérdida.

Fruncí el ceño y leí el primer capítulo. Y el segundo. Me dije que solo un par más y cayeron diez. Cuando me quise dar cuenta era la una de la madrugada y llevaba más de cien páginas del tirón, que para una lectora como mi hermana no serían nada, pero para mí era todo un récord. Busqué un marcapáginas que acabó siendo la etiqueta de unos calcetines que tenía sin estrenar, la coloqué y cerré el libro. Después me quedé pensativo. Kelly me había confesado que los libros eran

el escondite de sus emociones, y yo me había sentido reflejado en muchos de sus párrafos mientras que otros me habían hecho reflexionar.

Su imaginación me resultó fascinante y me pregunté cómo resolvería el conflicto de los protagonistas con lo complicado que parecía que dos personas tan poco receptivas tuviesen un final feliz. Cogí la novela y devoré tres capítulos más. No me aclararon nada, pero gracias a ellos descubrí lo que era estar enganchado a un libro hasta el extremo de irte a dormir dándole vueltas al punto en el que te has quedado y fantaseando con qué pasará después.

Esa noche me dormí pensando en que Kelly me debía horas de sueño, en que la camiseta de Miguel González le hacía unas piernas preciosas y en que era un afortunado porque escribiese mi biografía.

Esa noche debería haberme dado cuenta de que sí era un riesgo porque se estaba colando tan poco a poco en mi vida que yo apenas lo percibía, a la velocidad que leía su primera novela.

18

CUADERNO DE KELLY

Notas novela

Posibles estereotipos masculinos:

- Chico malo.
- Chico bueno.
- Grumpy.
- Fuckboy.
- Atormentado.
- Oscuro.
- Un protagonista HARTO de estas listas.
- ...

19

PERSONA LUNA

Kelly

Al día siguiente, cuando regresamos al TD Garden, Graham me miraba raro, como si me hubiese salido un tercer ojo en la frente del que yo todavía no tenía constancia. Entornaba los ojos y fruncía el ceño. Al principio, su incomprensible actitud me puso nerviosa.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Perfecto, Ojos grandes.

Luego, lo achaqué a una mala pasada que me jugaba el cansancio. Esa mañana había madrugado para llevar a Salem, el gato, al veterinario, donde había comprobado que todo estaba bien excepto que no tenía chip y que las protectoras a las que había llamado acto seguido se encontraban tan llenas de animales que prácticamente me habían suplicado que lo acogiese hasta que tuviesen un puesto libre.

Hacía más de dos horas que habíamos llegado al estadio y nos habíamos separado. Graham se había ido con los chicos (Peter, Miguel y Collin) para sentarse en la primera fila de butacas de la pista vacía, y yo me había quedado algo más retirada con Daphne y Ángela para documentarme sobre su capítulo. El ambiente era frío. Y no solo por la temperatura que provocaba la pista de hielo. También influía la superficie de plástico de los asientos amarillo mostaza u oro que solo cogía calor donde tenías apoyado el trasero, y las pantallas que pendían del centro, el marcador y buena parte de las luces apagadas; eso de alguna forma también bajaba la temperatura. La soledad de un lugar creado para estar iluminado, con ruido y lleno de gente. Para latir.

Bajé la puntera recortada de los guantes de franjas rojas y negras que llevaba puestos todo lo que pude y me calé el gorro ancho de lana burdeos que Graham me había prestado. En aquel momento, escuché la risa del chico. Entremezclada

con la de los demás, sí. Pero la que distinguí fue la suya. Contemplé su silueta dándome la espalda y, como si presintiera que lo estaba haciendo, él ladeó el rostro y me miró por encima del hombro durante unos segundos, hasta que Daphne me sacó de mi ensoñación.

—¿Te estamos aburriendo? —Su amable y suave risa revelaba que lo creía en serio y me apresuré a tirar un poco más de las punteras de los guantes y a recuperar la libreta y el bolígrafo que descansaban sobre mi muslo. Repasé las anotaciones que había ido tomando mientras la grabación recopilaba el resto.

—Eh, no, no. —Un vaho blanquecino salió despedido de mi boca como si fuera una chimenea—. Todo lo contrario. Me habéis dado mucho material... Y de calidad. Gracias, chicas.

Al sentarnos, les había sorprendido que les preguntase por ellas, su profesión, sus rutinas, ambiciones y quejas, en lugar de por el protagonista. Pero una vez que se habían puesto a hablar no hubo marcha atrás.

Daphne se había criado en Alabama con una abuela muy mayor que se enorgullecía mucho de ella, y siempre había tenido claro que sería animadora profesional. El caso de Ángela era distinto. Había llegado a Estados Unidos desde Colombia cuando tenía siete años, sus dos hermanos mayores le habían dicho de coña que ni se le ocurriera presentarse a las pruebas de animadora con trece y eso había hecho para después descubrir que era lo suyo.

Una de las cosas que más me había sorprendido escuchándolas era que a las dos les costaba referirse a sí mismas como deportistas de élite, cuando estaba claro que lo eran. La animación requería disciplina, esfuerzo y sacrificio. Por ejemplo, Daphne me había contado que durante el último curso de instituto hacía los deberes en el recreo y estudiaba en los autobuses y en los hoteles cuando viajaba con el equipo, y los profesores no eran tan considerados con ella como con los jugadores de otros deportes a los que sí daban valor. Y Ángela había admitido que de adolescente había asistido a menos fiestas de cumpleaños de las que habría deseado por estar entrenando.

Todo para que la sociedad (incluida yo de vez en cuando, no me libraba) las redujese a meras e insignificantes agitadoras de pompones, parte de la decoración de un estadio.

Una vez profesionalizado su trabajo, tampoco había ido a mejor. A la disciplina, el esfuerzo, el sacrificio, las exigencias físicas y los duros entrenamientos había que añadir la presión de la alta competición, el gran reto que suponía estar a la altura de los Boston Bruins y tener la mente fuerte para soportar los comentarios que partido a partido debían aguantar dentro y fuera de la pista.

Todo para que, de nuevo, la sociedad las redujese a insignificantes agitadoras

de pompones.

¿Por qué dedicarse, entonces, a un trabajo tan desagradecido?

Por pasión.

La pasión mueve montañas.

Y habían creado una familia.

—Cuando estamos sincronizadas somos una. Podemos sentir lo que siente la compañera que tenemos al lado. Así nos adelantamos a las caídas. Es como formar parte de *Sense8* sin tanto sexo —me había confesado Daphne—. No creo que exista algo igual. Al menos, no para mí.

Ambas estaban contentas porque la Unión Internacional de Animadores hubiese obtenido el reconocimiento provisional del COI en 2016, reconocimiento que en 2021 en los Juegos Olímpicos de Tokio se había hecho oficial y elevaba el *cheerleading* a una nueva categoría deportiva. Ellas no participaron en París 2024, les pareció precipitado, pero miraban con ilusión a Los Ángeles 2028, ya fuera para competir o como parte del público que celebraría el triunfo de un deporte muy denostado.

Volví a mirar la espalda de Graham. En aquella ocasión agradecida porque me hubiese brindado la oportunidad de conocer mejor un mundo en el que de otra forma no habría reparado. Fue como cuando de pequeña acudía a una librería y, en lugar de decantarme por una novedad o ir a lo seguro, cogía otro libro, una novela de la que no tenía ni idea. Y me encantaba. Aquella sensación para mí era como la de un explorador que descubre un mundo.

Alcé las comisuras de mis labios involuntariamente a la vez que Daphne hablaba.

—Nos alegra haberte sido de utilidad, Kelly. —Mientras lo decía, apagué la grabadora del móvil, y menos mal que lo hice, porque su siguiente pregunta me pilló del todo desprevenida—. Bueno, y ahora lo importante. Un poco de salseo después de tanto tema serio. ¿Graham y tú...? —Levantó las cejas un par de veces de forma sugerente y yo noté cómo mis mejillas se encendían. Una pista: no me gustaba enrojecer. Era una tortura a la que ni siquiera sometía a mis protagonistas.

—Graham y yo... nada —mentí, porque sí que éramos algo. Amigos. Aunque durante mucho tiempo mi corazón había estado tan cerrado al enamoramiento como a una nueva amistad. Digamos que había estado cerrado. Punto. Me agaché para meter el cuaderno en la mochilita negra que descansaba a mis pies. Al erguirme, Daphne y Ángela me seguían mirando—. En serio, nosotros... No nos hemos liado ni nada de eso. —Me puse nerviosa y las manos comenzaron a sudarme. No comprendía por qué la insinuación de que podía pasar algo entre él y yo me alteraba tanto. Es decir, yo no había sufrido ningún trauma amoroso, en

todo caso, al contrario, pero intuía muy claramente que era mala idea que Graham y yo nos enrollásemos.

Fui a meterme un mechón de pelo detrás de la oreja y el gorro que no recordaba llevar se me cayó. Lo atrapé al vuelo.

—Ey, era broma. —Daphne esbozó una sonrisa cargada de culpabilidad por la reacción que había despertado en mí—. Ángela y yo sabemos que su lunar no es infalible, por mucho que se encargue de repetir lo contrario. ¿Quieres que te contemos algo sobre él? —ofreció, y añadió encogiéndose de hombros—: A fin de cuentas, es su biografía.

Quise decirle que el capítulo de las animadoras era iniciativa del jugador, pero en lugar de hacerlo mantuve mi palabra de no desvelarlo y asentí. Me vendría bien conocer su punto de vista.

—Estupendo. —Daphne se alegró y se llevó la mano al mentón dándose golpes en la mejilla con un dedo—. ¿Vas a hablar con los chicos?

—Sí. —Era el plan.

—Entonces ellos te contarán las anécdotas deportivas. ¿Con su familia también?

—También.

—Prepárate para Arthur. Nunca sabe cuándo parar si se trata de enumerar las virtudes de Graham. Es el principal proveedor de calorías para su ego —intervino Ángela, y, a pesar de su tono, intuí que le tenía mucho cariño al padrastro de Graham.

—Creo que lo tengo —volvió a la carga Daphne—. El apodo que le pusiste. Le representa muy bien. ¿Cómo lo llamaste la noche de Venice Beach?

La morena apretó los labios.

—No sé de qué me hablas.

Desde luego que sí lo sabía.

—Tía, la noche de la fiesta... —Su amiga no se dio por vencida.

—Hemos ido a muchas fiestas en Venice Beach.

—Lo que decía tu abuela. Era tan bonito...

Ángela no parecía muy dispuesta a colaborar, pero conocía lo suficiente a su amiga para estar segura de que no claudicaría en su intento de sonsacarle el apodo, así que cedió.

—Persona luna —masticó entre dientes.

—Ah, sí, persona luna. Es precioso.

—Me estaba sujetando el pelo mientras vomitaba hasta la última gota de alcohol que me quedaba en el cuerpo, Daphne. Le habría llamado cualquier cosa. Mi sol, mi luna y mis estrellas. Además, acordamos que nunca, jamás, se lo contarías a nadie.

—Pero Kelly está escribiendo su biografía. El mundo merece saber que Graham es una persona luna. Y puede poner que la información es de una fuente anónima, ¿verdad, Kelly?

Asentí y les pregunté:

—Perdonad, chicas, pero ¿qué es exactamente una persona luna?

El término no me sonaba de nada.

Daphne se encargó de explicármelo.

—Una persona que te ilumina cuando lo ves todo negro. Graham puede parecer un chulo...

—Es un chulo —puntualizó Ángela.

—Y su comportamiento infantil puede llegar a ser desesperante...

—Llega, ya te confirmo yo que llega... —volvió a interrumpirla.

—Pero cuando estás mal se sienta a tu lado, te roza con el hombro y no sé cómo lo hace, pero tiene el poder de sacarte una sonrisa.

—Y... —aguardé la pulla de Ángela— respeta el dolor. Si te apetece llorar no intenta detener el llanto. Se planta a tu lado, en silencio y con exceso de colonia, y permanece allí quieto de un modo exasperante hasta que a ti te apetece que te dé un abrazo. El abrazo de Graham debe aparecer en la biografía, pero no menciones que quien te ha hablado de esto he sido yo —advirtió.

Volví a mirarle. Graham estaba inclinado hacia delante con los codos apoyados en los muslos y la capucha de su sudadera negra cayéndole por la espalda. Me pregunté qué tendría de especial que sus brazos fornidos y musculosos te envolviesen, hundir la cara cerca de su clavícula y sentir cómo sus manos se entrelazaban detrás de ti, y evité preguntarme por qué, en lugar de utilizar la imaginación, prefería comprobar en mi propia piel lo que Ángela acababa de decir para valorar si era cierto.

20

LIONEL RICHIE

Graham

Había algo extrañamente placentero en ver a Kelly hablando con las chicas. Dibujé una sonrisa echando un último vistazo y volví a mirar al frente. Entonces noté un tirón en el abdomen. El mismo que no me había abandonado desde que había entrado allí y nos habíamos situado enfrente de la pista. Tener tan cerca el hielo y no poder hacer uso de él era... inhumano. Lo más parecido a torturarme.

Mucha gente pensaba que lo mejor de jugar en los Boston Bruins era tener la vida solucionada, ser famoso y poder dedicarte profesionalmente a lo que te gustaba; hacer dinero con lo que para otros era un pasatiempo. Y esas cosas estaban bien, pero en mi caso... En mi caso el hielo era algo más. Cuando me ponía los patines y salía lograba un tipo de movimiento que no alcanzaba de otro modo: me deslizaba con una destreza que nunca tuve al andar, adquiría una velocidad imposible y esta se trasladaba de un modo mágico por todo mi cuerpo. Cuando patinaba, a diferencia de cuando andaba o corría, lo notaba en todo mi ser, incluida el alma. Creo que esta era la que más se quejaba al tener el hielo tan cerca. Acaricié el asiento con la punta de los dedos para sentir el frío y experimenté un pellizco de nostalgia, del mismo modo que noté el puñetazo que Collin me propinaba en el brazo para reclamar mi atención.

—Amigo —dijo—, si tenías alguna oportunidad de metérsela a la escritora, fijo que Ángela te la acaba de chafar. ¿A quién se le ocurre juntar a tres chicas para que rajen de ti? No es para nada inteligente. —Movió la cabeza teatralmente para enfatizar sus palabras y yo giré la mía para observarlas una vez más.

—A alguien que tiene confianza en sí mismo, supongo —respondí volviendo a mirar al frente.

—Pues la confianza te va a robar un polvo. No sé si merece la pena.

Su comentario no me sorprendió. Collin manejaba el mismo número de pensamientos con el cerebro que con la polla. Cambié de postura para que la pierna parase de molestarme.

—Solo somos amigos —dije, y él parpadeó, confundido.

—A lo mejor no te has dado cuenta de que tiene un culo de notable alto.

Suspiré, resignándome a que Collin Lewis nunca dejaría de ser un idiota.

—A lo mejor sí y no me importa.

Él pareció todavía más desubicado.

—Entonces, ¿no te molestaría que intentase tirármela?

Sonreí. Para eso tenía la respuesta perfecta.

—¿Desde cuándo me ha molestado a mí que hagas el ridículo?

Le guiñé un ojo y aproveché la confusión para devolverle el puñetazo que minutos antes me había dado en el brazo. Pero fue con la mano que sufría las consecuencias de la lesión y un rayo de dolor incontrolable atravesó la expresión de mi rostro.

—¿Estás bien? —preguntó Peter, y asentí. Luego, aclaré la garganta.

—Contadme algo, anda. Parece que hace siglos que no hablamos.

Collin no se hizo de rogar y tomó la iniciativa. Durante unos minutos sentí como si nada hubiese cambiado y todo siguiese igual. Aquello fue agradable. Hasta que empezaron a mencionar anécdotas en los viajes de autobús, los hoteles, partidos y fiestas posteriores de las que yo no formaba parte. Ahí mi risa dejó de ser natural para convertirse en impostada, y ninguno se dio cuenta. Fue duro comprobar cómo era posible que todo continuase sin mí, cómo yo no era tan esencial como pensaba, y la prueba me estaba dando en las narices a modo de dura pared. Me pregunté si en el futuro funcionaría así. Si de fallar la operación me vería obligado a escuchar una y otra vez desde las gradas del público momentos en los que me gustaría haber participado. Si ellos seguirían siendo mis amigos o con la vorágine de la vida de los jugadores de hockey sobre hielo profesionales poco a poco me olvidarían hasta dejarme atrás.

Un nudo se cerró en mi garganta, ese que había evitado limitando nuestro contacto.

Aunque aparentemente parecía convencido de la teoría del treinta por ciento, lo cierto era que tenía dudas. Un buen puñado de ellas. Y miedo. Estaba aterrado. Y a veces quería gritar a la nada, llorar e ignorar las directrices de los médicos y volver a calzarme los patines, sumergirme en la pista y sentir que volvía a respirar. Respirar el hielo. Respirar el frío. Respirarme a mí. Reencontrarme conmigo mismo desafiando las leyes. Y ni siquiera tendría que ser jugando al hockey, yo solo... Necesitaba volver a ser quien era. No quería convertirme en otra persona.

En aquel momento, las puertas de la pista se abrieron. Un miembro de la Junta Directiva de los Boston Bruins entró seguido de uno de los periodistas deportivos que más conocíamos los allí presentes, Lionel Richie. Este llevaba haciendo las crónicas del equipo desde antes de que ninguno de nosotros jugásemos en él, tenía muy buenas fuentes y desde que empecé siempre me había tratado con respeto y cierto cariño. Por eso no entendía lo que había comenzado a hacer a lo largo de las últimas semanas.

Richie trabajaba para la prensa escrita, la radio y de vez en cuando participaba en alguna tertulia televisiva, aunque no era su fuerte porque él no era de dar el espectáculo. Era un profesional. Y había iniciado una especie de campaña para que me sustituyesen. Tenía sus últimas palabras radiofónicas grabadas a fuego a la altura del pecho, como si me las hubieran marcado:

—Lucien —hablaba de nuestro entrenador— debería comenzar a mirar lo que hay en el mercado o incluso dentro de sus propias filas. Ocupar el espacio que lamentablemente ha dejado Scott.

—Pero Scott no está retirado —le había contestado uno de sus compañeros periodistas.

—Scott está luchando con todas sus fuerzas por su pierna, sí. No es mi intención restarle méritos al chaval. Sin embargo, ¿cuántos jugadores recordáis que hayan vuelto a ser los mismos después de una fractura similar? Haced memoria y no hallaréis ningún nombre. Tengo cariño al muchacho. He comido con él e incluso nos hemos emborrachado juntos. Pero creo que esta falsa ilusión en la que todos estamos participando no le beneficia. Los Boston Bruins no se pueden permitir empatar o perder más partidos, y la gente que le quiere debería hacerle ver que la meta de su curación no es jugar y prepararle para lo que vendrá. Un golpe como el que ha sufrido este chico marca a cualquiera y los esfuerzos deberían estar enfocados a que no se pierda cuando el terremoto pase y todos, nosotros también, pongamos la atención en otro sitio y él se vea solo comenzando de cero.

Los ojos de Lionel Richie me encontraron y me saludó con un movimiento de barbilla. Noté que me ahogaba y conforme más lo hacía más se amplificaba mi sonrisa para devolverle el saludo.

—Estará aquí por lo del aniversario —resolvió Collin—. Van a hacer especiales y eso. ¿Irás a la fiesta, Graham?

Al girarme hacia mis amigos estaba convencido de que todos se darían cuenta de cómo me había afectado la presencia del periodista, que me había disparado los nervios y hecho dudar si no llevaría razón y jamás volvería a sentir el aire en mi cara al patinar.

Pero relajé los músculos de mi rostro y mantuve la sonrisa de suficiencia.

—Aún no lo he decidido —dije, y mis esfuerzos, tristemente, funcionaron. Tan solo Peter se dio cuenta de que algo pasaba, y mi amigo no sacaría el tema allí—. ¿Por qué? ¿Quieres que vayamos conjuntados? Recuerda que las comparaciones son odiosas. —Desde pequeño siempre había tenido claro que mi exterior eclipsaba cualquier cosa que tuviese dentro.

O lo que no tenía.

21

EL VESTUARIO

Kelly

Cuando terminé de entrevistar a las chicas, Graham me llevó a visitar el vestuario del equipo.

Estaba igual que cuando me había dejado en las gradas y a la vez distinto. O, al menos, eso me parecía a mí: que su sonrisa era fingida. Tensa. A lo mejor el reencuentro con el hielo había sido más complicado de lo esperado, había envidiado algo de lo mencionado por sus amigos, o quizá todo era fruto de mi imaginación. Fuese como fuese, había algo que necesitaba decirle y no podía esperar a que entrásemos.

—Graham... —le llamé cuando nos detuvimos frente a la puerta.

—¿Sí? —preguntó distraído a la vez que apoyaba las muletas en la pared y estiraba la mano para agarrar el pomo.

—Gracias —le dije, y se paró y me observó confuso con su apabullante mirada azul.

—¿Por qué exactamente, Kelly? ¿Por mi irresistible belleza?

Reparé en que siempre bromeaba con su físico, como si no tuviese más que ofrecer.

Notar lo confundido que estaba me dio pena.

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—Por animarme a que hablase con Daphne y Ángela. Ha sido interesante y, en cierta medida, liberador.

—¿Liberador? —vaciló, arqueando una ceja.

—Saber que hay otras profesiones maravillosas que la gente menosprecia hace que me sienta menos sola, y mi cabreo por la injusticia se intensifica. Enfadarse es muy liberador. Deberías probarlo de vez en cuando.

Bajó el brazo que tenía levantado y me contempló frunciendo el entrecejo.

—¿Menosprecian lo que escribes, Kelly?

Me encogí de hombros, indiferente.

—¿Cómo te tomarías tú que dos de cada tres personas a las que confiesas que eres escritora de romántica te pregunten: a) cuándo vas a cambiar de género y b) para cuándo una novela seria?

Las comisuras de sus labios se alzaron y me di cuenta de que había tenido razón con mi intuición. Aquella era su sonrisa auténtica, la que dibujó en aquel instante y no la anterior. Lo sabía yo y lo supo mi piel, que decidió erizarse, la muy maldita.

Bajé las mangas de mi camisa para que no lo viera.

—Te contestaría, pero mi respuesta no te gustaría. Tiene una cantidad indecente de tacos. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Te afecta lo que piensen los demás de ti?

Pude mentir y decirle: «No, para nada, Graham». Pero la realidad era que sí que lo hacía. Había llorado durante semanas por críticas que se veía de lejos que no eran constructivas y solo buscaban hacer daño, y por no tener la fuerza de voluntad para ignorarlas. Además, no solo las malas me afectaban, las buenas también, y mucho, porque instalaban en mi pecho la sensación de que jamás sería capaz de hacer algo igual, de llegar tan alto, de tocar de esa manera a una persona. Entonces mi agente, Teddy, me las filtraba y me enseñaba las que podían ayudarme a mejorar. Aun así...

—A veces —confesé—. ¿Y a ti?

En el instante en que lo pronuncié me arrepentí de haberlo hecho. Seguramente, pensé, me diría que no, que todo le resbalaba, que nadie podía criticarle porque él era perfecto. Esperaba algo de ese estilo, y tengo la teoría de que él mismo creía que era lo que iba a decir, porque pareció tan extrañado como yo cuando lo que salió despedido de entre sus labios fue:

—A veces. Aunque resulte imposible de asimilar, soy humano. ¿Entramos?

En lugar de responder, le examiné entornando la mirada.

El Graham vulnerable, el Graham real, era inigualable.

Pero no diría nada más del tema, así que le seguí la corriente.

—Vale. Veamos con qué me sorprendes hoy.

Abrió la puerta y pasamos. El vestuario de los Boston Bruins era tal y como había visto en vídeos y fotografías. El suelo de moqueta negro tenía dibujado una pista de hockey sobre hielo con rayas naranjas, y de color naranja también eran las paredes tras el banco negro semicircular pegado a ellas. Sobre los bancos se encontraban las taquillas... naranjas, efectivamente, y arriba de todo fotografías en blanco y negro de los jugadores más memorables del equipo.

Deslicé la mirada por el espacio para empaparme de todo.

—La primera vez que estuve aquí me prometí que algún día habría una fotografía mía y ahora... La simple idea me horroriza. Para que veas cómo cambia la vida, Kelly —dijo Graham de repente a la vez que se sentaba en el banco y observaba la imagen que tenía enfrente de un jugador que yo no conocía.

—¿Por qué te horroriza? —Me dejé caer a su lado con suavidad, intrigada.

Él emitió una carcajada suave.

—Me temo que si respondo a esa pregunta voy a ponerme profundo. No te gustará verme en ese estado, Kelly.

—Me arriesgo. Creo que podré soportarlo.

Esbocé una sonrisa para animarle, Graham vaciló y, sin retirar su vista de la mía, acabó accediendo y explicó:

—Porque estar ahí, aunque sea con la pose más lograda del universo, significa el puñetero fin, Ojos grandes, y nadie quiere que su historia se acabe. —Graham permaneció durante un par de segundos sumido en sus propios pensamientos con gesto serio, apretó la mandíbula y estuvo así un instante, hasta que poco a poco se relajó y la sonrisa y la luz regresaron a su rostro—. ¿Quieres saber un secreto? —Asentí. Por supuesto que quería—. Miento mucho para no revelarlo, pero este es mi sitio favorito, Kelly. ¿Te atreverías a adivinar por qué?

Dudé.

—¿Por qué aquí te... *desnudas*? —me aventuré a decir una teoría a la altura de Graham Scott y él se rio.

Aquella risa tan natural detuvo mi corazón un segundo.

—Vaya, esa es buena. Pero no voy por ahí. Otro día, si quieres, te doy unas nociones básicas de cómo me arranco la ropa, entro en bolas a la ducha y salgo con una toalla enrollada o con nada, dependiendo de mi ánimo.

Hice como que no le había escuchado.

—¿Qué tal si me das una pista?

Él pareció reflexionarlo y, finalmente, tiró de la sudadera y la camiseta para mostrarme la piel de su hombro.

—Otro tatuaje no, por favor —bromeé mientras mi curiosidad aumentaba.

—A este trata de no humillarlo.

Lo descubrió y le pedí un permiso silencioso para acercarme y poder ver mejor lo que Graham me mostraba. Él aceptó. Entonces ladeé el rostro desubicada, incapaz de interpretar el vínculo entre el dibujo de tinta y aquel vestuario.

—Es un círculo, ¿verdad? —pregunté, y el chico asintió.

—Verdad.

Se trataba de un círculo pequeño, como todos los demás diseños, solo que este

estaba coloreado de amarillo. La única pista efectiva.

—¿Has tenido suficiente o necesitas recrearte más, Kelly?

—¿Qué representa? —Ignoré a propósito su comentario apartando la vista.

Él soltó la ropa, que volvió a su sitio, y me dijo:

—Es una pieza de parchís. ¿Conoces Yellowknife?

—Sí.

—Me refiero a si has estado. —Negué con la cabeza—. Pues hace frío. Mucho frío. Un frío de pelotas. La clase de frío que congela el mar en la orilla, y con el hielo la gente construye castillos por los que puedes pasear. —Hizo una pausa esbozando una sonrisa que nunca antes le había visto, la de la añoranza de su ciudad—. Gracias al frío los habitantes de Yellowknife somos unos grandes aficionados a los juegos de mesa, y mi favorito es el parchís. He echado tantas partidas con mamá, Arthur y Daisy al calor de la chimenea que ya he perdido la cuenta. Rondará el millón. —De su garganta brotó una carcajada suave—. Y en todas mantenía la misma estrategia. Yo no soy de comer, Kelly, aunque si los dados me dan esa oportunidad, te como. Soy más de ir de casa en casa, protegido. La mayoría de mis compañeros piensan que siempre me retraso y salgo un poco más tarde que ellos porque soy un vanidoso. Y eso es cierto. Lo de la vanidad. Pero no me quedo para retocarme, básicamente porque necesito pocos retoques —bromeó, y en el acto se puso serio, casi diría que profundo, tal y como me había amenazado—. En realidad —bajó su tono de voz—, en cuanto se va el último de mis compañeros me siento aquí y miro mi taquilla embobado hasta que Peter me llama al móvil y me regaña porque dice que ya es suficiente.

—¿Por qué la miras? —titubeé.

—Porque la taquilla es mi casilla de casa, Ojos grandes. Da igual lo mal que haya ido el partido, mientras mi nombre esté ahí grabado tengo posibilidades de arreglarlo. —Apretó la mandíbula y cuando volvió a hablar lo hizo con la voz tomada—. No soportaré ver cómo lo quitan si esto se acaba.

Fue la primera vez que Graham me permitió contemplar parte de su temor y algo dentro de mí se removió. Le di un golpecito flojo en el brazo con el hombro.

—Pero eso no va a suceder. Somos el equipo Stevenson-Scott, ¿recuerdas? Vamos a muerte con la teoría del treinta por ciento. De hecho, si mis ahorros no fuesen tan pocos, lo apostaría todo a que lo conseguimos.

Graham clavó sus ojos azules en los míos, sonrió de lado y dijo:

—¿Sería muy triste confesarte que lo mejor de este montón de mierda es haberte conocido?

—Un poco.

—Pues... Qué diablos, lo mejor de este montón de mierda es haberte conocido,

Kelly Bennet.

Mi pecho se estremeció.

22

SALEM (EL GATO)

Kelly

Un par de días después de compartir con Graham aquel instante en el vestuario que todavía me erizaba la piel, mi teléfono móvil sonó. Lo cogí, leí el contenido del mensaje, contesté y volví a guardarlo.

—¿Es Graham, Cucaracha? —Asentí sin revelar nada más y Abraham demandó—: ¿Y bien? ¿Voy a poder darme un baño de testosterona entre aficionados que adoran ver a hombres agarrando un buen palo? —Torció los labios malicioso y yo puse los ojos en blanco.

—Si te soy sincera, no creo que los partidos sean tan eróticos como imaginas. Te va a decepcionar.

Estábamos a viernes y ese sábado los Boston Bruins jugaban contra los Montréal Canadiens en el TD Garden. Graham me había invitado y al contárselo a Abraham prácticamente me había suplicado que le llevase, aunque fuese como amigo «accesorio». Había escrito al jugador de hockey sobre hielo para preguntarle y ya tenía su respuesta, que era que sí, pero me gustaba hacer sufrir un poquito a mi amigo. Se lo tenía ganado por todas las veces que me había robado mi regaliz para tirarlo a la basura.

—Venga, dímelo. Ambos sabemos que los dos nos saltamos la clase de paciencia en el instituto. —Dibujó un mohín lastimero y las comisuras de mi boca se alzaron.

—Podrías emplear tus poderes adivinatorios para averiguarlo.

—O analizar tus palabras y darme cuenta de que si has dicho que me va a decepcionar es porque voy a ir —contraatacó, y, satisfecho por haber logrado lo que quería, ir, retomó el tema que estábamos tratando antes de que sonase mi móvil—. Así que me has citado un viernes noche en la casa del pueblucho este para presentarme a tu gato. No te recordaba tan sádica. Odio este sitio y estoy

tanto tiempo en él que me van a nombrar vecino honorífico y a ponerme una calle.

Negué con la cabeza y le corregí.

—No te he citado, Abraham. Me has llamado al salir del trabajo para preguntarme qué iba a hacer, te he dicho que quedarme en casa tranquila, te has presentado en la puerta y en lugar de llamar has tenido la *desfachatez* —dije en tono de broma— de coger la llave que tengo escondida en el tercer macetero a la derecha y pasar. —Sonreí orgullosa de haber vencido la batalla dialéctica y añadí —: Y Salem no es mi gato.

Él enarcó una ceja.

—Ah, ¿no? Le has puesto nombre. Un nombre horrible con el que tendrá que cargar toda la vida, por cierto. Pero nombre, al fin y al cabo.

—Eso no es determinante. De algún modo hay que llamarle, y he sido tan poco original que se lo he copiado al gato de una serie de los noventa.

Abraham no se dio por vencido.

—He descubierto la balda de su comida en los armarios de la cocina, Kelly. Se alimenta de una forma más variada que yo. —El primer pienso no le había gustado y había probado con otros hasta dar con el suyo. El resto lo donaría a las protectoras.

—Eso tampoco es determinante. Tú podrías alimentarte a base de patatas fritas y kétchup.

—Habló la del regaliz...

Me encogí de hombros y tiré de la cuerda para que las escaleras que conducían al desván de la casa de la abuela Charlotte se desplegasen y poder subir. Habían pasado varios días desde mi primer encuentro con Salem en plena crisis de ansiedad, los de la protectora todavía no me habían telefoneado y el gato no solo no se había ido, sino que se había adueñado del desván y de parte de la casa, y se alegraba muchísimo cuando me veía, como en ese momento, en el que en cuanto me distinguió saltó del sofá donde estaba acurrucado en la manta que le había preparado junto al peluche que había rescatado de entre mis cosas para frotarse contra mis piernas ronroneando con el rabo en alto.

—Hola, chico, ¿qué tal la tarde? —Me puse de cuclillas y le acaricié. Como respuesta, Salem me lamió con su lengua rugosa, y como respuesta también, la ceja de Abraham se arqueó aún más.

—Cierto, Cucaracha. No es tu gato. Para nada lo es —dijo con ironía, y señaló lo que nos rodeaba con un dedo acusador. Concretamente, lo dirigió a la mesita que había colocado delante del sofá de Salem y donde tenía encima mi portátil, el cuaderno con las anotaciones, mi costurero con hilos de colores que había vuelto a subir y una cazadora vaquera vieja a la que había bordado una hoja. No

entendía mi fijación con ellas, pero era lo que acudía a mi mente cuando cogía la aguja y seleccionaba las tonalidades, del mismo modo que mi juego favorito cuando estas cambiaban de color era distinguir las diferencias entre las que aparentemente eran iguales. Pequeños matices cromáticos que solo apreciabas si las mirabas bien. Sin prisa. Con tiempo.

La biografía marchaba. Había mandado los primeros capítulos a Teddy y mi agente me había dado luz verde para que se los enviase a mi editora. «Son buenos, Kelly, te hacen desear... conocerle», habían sido sus palabras. Y debería haberme puesto contenta. De hecho, durante unos segundos rocé la tan ansiada felicidad, pero esta se desvaneció cuando decidí darle una oportunidad a mi propia novela. Era como si se me hubiese olvidado formular frases y fuese incapaz de prestar atención al documento y a lo que aparecía. Solo me podía concentrar en la voz de mi cabeza, que daba saltos de una cosa a otra y no paraba de parlotear, casi siempre para castigarme. Ni siquiera podía ponerme música para sugestionarme, y eso que antes me encantaba. Tecleaba en silencio o con vídeos que aseguraban que su ruido, blanco, rosa o marrón, apaciguaba mi nerviosismo, pero había abusado tanto de ellos que los había convertido en un placebo que ya no funcionaba.

Además, en ocasiones me sentía sola. En Brooklyn estaba rodeada de ruido, estímulos y luces. Y escribía. Los personajes y las situaciones que estos vivían podían ocupar el noventa y cuatro por ciento de mi tiempo, y el seis por ciento restante lo empleaba en cosas básicas como comer, ducharme y encargarme del papeleo. Sin embargo, en casa de la abuela Charlotte reinaba la quietud y, al no escribir, un aplastante silencio que, de no ser por las llamadas de papá, de Mía, las reuniones con Graham o los ratos que pasaba con Abraham, nunca se vería interrumpido. El pensamiento con el que más me había atormentado los últimos meses de bloqueo era: «¿Qué pasa si lo más sano para ti es que lo dejes?», pero en los últimos días había surgido otro que decía: «¿Cuándo empezaste a vivir en tus novelas y paraste de hacerlo en la realidad?».

Paré de acariciar a Salem y me puse en pie con ese interrogante martilleándome el cerebro cuando Abraham continuó a lo suyo:

—Lo que no entiendo es por qué niegas la evidencia de que quieres quedarte con Salem. Bueno, sí, y me parece que estás siendo muy injusta contigo misma. Lo que pasó con Mike no prueba que seas incapaz de querer. De hecho, tú le quisiste, pero no del modo que él deseaba y le dejaste ir. Eso también es amor.

Hablaba de Mike Stewart.



Coincidí con él en Boston tiempo después de haberme marchado. No era un buen día. En realidad, ninguno lo era entonces. Ahora que lo pienso, recorrí el camino de mi duelo tragándome todo lo que sentía con la esperanza de que las emociones fuesen a parar al lago de ácido que se me había formado en el estómago y donde aparentemente se desintegraban.

Aparentemente.

Pero ese día, en concreto, era peor de los habituales.

Cursaba mi último año de instituto en Salem y papá, Mía y yo habíamos tenido que viajar a la ciudad por unos temas de la herencia de mi madre y... Necesitaba despejarme, así que, cuando abandonamos el despacho de abogados, me fui a andar por el paseo marítimo mientras preparaban unos papeles que después mi padre debía firmar.

—No te alejes mucho, cariño —me recomendó comprendiendo que necesitaba espacio.

—No lo haré.

Mía y él se quedaron tomando un granizado en la cafetería de la esquina y yo caminé, caminé y caminé. Anduve con un zumbido extraño en la cabeza, los rayos del sol penetrando en mi piel y acompañada de una humedad pegajosa que se te adhería al cuerpo. El ruido de la gente me molestaba, así que me dejé caer en un bordillo un poco apartado frente al mar. Los edificios se reflejaban en su superficie, y había muchos barcos atracados, yates, veleros, barquitas de pescadores. Tuve miedo de quemarme y bajé las mangas de la camiseta negra hasta la muñeca para cubrirme los brazos. Fue en ese momento cuando escuché una voz medio familiar pronunciar mi nombre.

—¿Kelly? ¿Kelly Bennet?

Le miré cubriéndome los ojos con la mano para que los rayos no me cegasen. Mike venía de hacer deporte. Bueno, sería más correcto decir que estaba corriendo y se había detenido al reconocerme. Tenía el pelo de un castaño claro casi rubio empapado de sudor, la cara roja por algunas partes y los músculos hinchados. No había vuelto a saber de él después de irme, pero Abraham, que le tenía bien fichado y *stalkeaba* sus redes, me había contado que estudiaba Derecho en Harvard.

Le saludé. Qué otra cosa podía hacer.

—Hola.

En lugar de cortar la conversación con un «Me alegra haberte visto» y seguir a lo suyo, él se detuvo y bebió un trago de agua de la botellita que llevaba.

—Creía que vivías en Salem.

—Vivo en Salem.

—Ah, ¿y te gusta?

—No está mal, aunque mi mejor amigo lo odia.

Sonrió de lado. Tenía una sonrisa bonita. Y estaba buscando una excusa para sentarse conmigo.

—¿Qué haces aquí?

—Papeleo.

Atraje las piernas dobladas contra mi pecho y apoyé la barbilla en las rodillas. Tenía calor en los pies por las botas que llevaba y estaba de mal humor. Mike debió de darse cuenta de que lo mejor que podía hacer era largarse, pero se quedó. Estiró los músculos y se dejó caer con suavidad a una distancia prudencial.

—Estás cambiada —me dijo, y le miré arrugando la nariz. Detestaba que la gente hiciese eso. Distanciarme más del yo antiguo que ya veía tan lejos—. No digo que estés peor —malinterpretó mi expresión—, solo diferente. Lo diferente es bueno. En tu caso siempre lo es, Kelly. —Se ruborizó un poco y descubrí que Abraham llevaba razón, ponía a Mike Stewart nervioso—. ¿Tienes planes para esta tarde?

—Estar aquí sentada y volver con mi familia cuando nos avisen los abogados.

—Ah —comprendió—, ¿no vas a comer?

—No me apetece levantarme.

Se quedó pensativo un rato.

—¿Alguna vez te he contado que mi récord de estar en silencio es de dos horas? —dijo.

—Creo que no. Nunca hemos hablado mucho.

—Pues lo es, aunque pienso que puedo superarlo. Venga, Kelly, échame una mano.

—¿Cómo?

—Dejándome que traiga aquí los dos sándwiches de cangrejo más ricos del puerto y evitando que te sientas incómoda si mientras comemos no hablamos, porque estarás ayudándome a superar mi propio récord de silencio. ¿Qué te parece?

Al final accedí. Aquel día no nos besamos, pero intercambiamos nuestros números de teléfono, y las semanas que siguieron al encuentro hablamos mucho por el móvil hasta que una noche me preguntó si me gustaría volver a comer un sándwich de cangrejo del puerto, le dije que sí y me lo trajo a Salem. Estar con

Mike era gratificante, lo más parecido a situarte en el ojo del huracán, donde todo parece en calma pero si desvías la vista puedes ver casas y coches volando por los aires a tu lado. Aquel segundo día sí que nos besamos. Y seis meses más tarde perdí la virginidad con él del modo más bonito y romántico que podía haber soñado.

Mike me quería.

Me quería de corazón.

No todo el mundo te quiere con ese órgano.

Y ahí vino el primero de nuestros problemas. El mayor de ellos. El destructor. Yo traté de quererle. Lo hice de veras. Cada noche, antes de irme a dormir, repetía mentalmente sus virtudes. «Mike es bueno, generoso, encantador». Y también sus defectos, para no idealizarle. «Mike es demasiado ambicioso, cabezota y a veces me tiene tanto entre algodones que me hace sentir frágil». Lo hacía convencida de que de poder amar a alguien sería a él. Poseía todas las características que escribiría en una lista para mi protagonista perfecto, para mi persona. Pero por más que me esforcé no lo logré.

Una tarde me abrazó en la puerta de la casa de la abuela Charlotte cuando volvíamos del fin de semana que habíamos pasado en una casa rural y susurró contra el nacimiento de mi pelo:

—Te quiero, Kelly, tanto que creo que una vida a tu lado no va a ser suficiente. Tendré que buscarte en la siguiente.

Al oír esa preciosa declaración de amor, me eché a temblar mientras sus brazos seguían envolviéndome, aspiré su aroma una última vez y me separé consciente de la decisión que había tomado y que no era otra que ser sincera con él y anteponerle a mi deseo de continuar juntos para permanecer en el apacible ojo del huracán.

—Mike...

—¿Sí?

—Te quiero, te quiero mucho... —Rompí a llorar.

—Lo sé —repuso preocupado, y me di cuenta de que no tenía derecho a derramar más lágrimas, no con lo que iba a hacer. Las limpié con brusquedad con el dorso de la mano.

—Pero no estoy enamorada de ti —añadí—, ni creo que pueda estarlo. Lo siento muchísimo. Es por mí, ¿sabes? Estoy vacía. No puedo retener los sentimientos porque me resbalan. Como si después de la muerte de mi madre llevase una capa antiadherente pegada a la piel que impidiese que entrasen, porque antes lo hacían, te lo juro, y era una sensación maravillosa. Lo lamento tanto... —La voz se me cortó y él volvió a atraerme contra su pecho.

—Kelly, me has roto el corazón —dijo con la voz tomada, y al instante sonrió,

entre lágrimas, sin embargo, lo hizo—. Pero, ey, si tuviera que elegir una persona para que lo rompiera sin lugar a duda serías tú, así que salgo ganando. No estás vacía. Nunca lo has estado. Es solo que yo no soy esa persona, pero algún día la encontrarás, y lo único que deseo es que te haga tan feliz como yo me imaginaba haciéndote.



Parpadeé varias veces y regresé al presente sin saber cuánto tiempo había estado evadida. Con el paso de los años, esa idea, la incapacidad de querer o de hacerlo como era adecuado, había clavado sus garras en mí. Sentía que el amor que daba era insuficiente, por eso no podía quedarme con Salem, porque merecía más.

Le eché un último vistazo al gato y miré a Abraham, quien a su vez me estaba observando a mí con el ceño fruncido.

—Tengo una duda muy seria. Cuando te quedas así, medio pillada, ¿es porque sales de tu cuerpo y flotas en el aire como una nebulosa o simplemente esto no tiene nada de paranormal y debo picarme porque me estás ignorando?

Inspiré profundamente y recuperé la compostura dejando atrás los recuerdos.

—La segunda, la duda ofende.

Abraham me sacó la lengua y se encaminó al sofá con Salem pisándole los talones. Pospuso la conversación sobre el gato, seguramente porque en mi rostro había leído que llevaba razón en su suposición pero no estaba preparada para hablarlo. Los seguí. Una vez que alcanzó su destino, se dejó caer de golpe, estiró las piernas y colocó una encima de la otra cruzadas sobre la mesa. Antes de situarme a su lado, le dirigí una mirada intimidatoria para que bajase de inmediato los pies, que no le afectó en absoluto.

—¿Qué? Tienes esto hecho un desastre. No te pongas quisquillosa con mis pobres pies.

Me senté dándole con el culo a mi paso.

—No está hecho un desastre. Está habitado —corregí, aunque un poco de razón sí que tenía.

—Esa sí que es buena. —Soltó una carcajada—. Llamar habitado a ser una cer... —Abraham se calló de repente y sus pupilas se desplazaron de mí al puñado de folios arrancados de la libreta y esparcidos encima de la mesa. Se inclinó hacia delante, cogió el primero que pilló y leyó en voz alta—: Posibles estereotipos masculinos: chico malo, chico bueno, *grumpy*, *fuckboy*. —Alzó la vista y me miró—. ¿Qué narices es esto?

Traté de restarle importancia, aunque supe que lo tenía difícil por el modo en el que su pulgar acariciaba los manchurrones de tinta en los que se habían convertido algunas palabras cuando me había puesto a llorar desesperada sosteniendo el papel entre mis manos.

—Posibles estereotipos masculinos —contesté—. Lo pone en el encabezamiento de la lista.

—Ya, ¿por qué...?

—Estoy perfilando una nueva novela y los estereotipos funcionan.

Camuflé el nudo en la garganta que se formaba solo con pensar que no... no conseguía salir del túnel. Ver la luz.

Abraham frunció el entrecejo y me habló con una inusual cautela.

—Lo que te funciona a ti es destrozarlos. La magia de tus libros, y confío en que algún día se me caiga la lengua por haber pronunciado esta cursilería barata, reside en que ninguno de tus personajes es una sola cosa, son complejos, rompen los moldes. ¿Por qué querrías que algo tan genial cambiase, Kelly?

Me mordí el labio con fuerza y busqué la bolsa de regaliz para meterme uno en la boca y no hablar, pero estaba vacía. Y yo necesitaba desahogarme. Soltar las rocas afiladas en las que se habían convertido mis pensamientos. A veces sentía como si cargara su peso en la cabeza y otras en lo más profundo del pecho.

—No quiero, Abraham. Es solo que... Estoy seca. Me he quedado sin ideas, ilusión o personajes, y voy dando tumbos buscando algo a lo que aferrarme, aunque sean absurdas listas de tópicos que nunca me han funcionado, cosa que no parece que vaya a cambiar —solté del tirón, y no me sentí mejor, pero tampoco peor.

Él tardó un segundo en decidir si tenía que ser sincero o no en su respuesta.

—No, Cucaracha, lo que estás es agotada. Pareces... unas ojeras a las que le han salido un cuerpo diminuto. ¿Has pensado en buscar ayuda psicológica?

Claro que lo había pensado, pero me echaba para atrás lo más básico. No quería oírlo. Sabía lo que me iban a decir. La única solución a mi estado. Y me resistía a escucharla.

—No estoy lista para hacer lo que hay que hacer.

Él me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Vale, tómate tu tiempo, pero busca ayuda. Tu cabeza debe ser la prioridad, igual que si te la abrieras de un golpe. No es un accesorio. Algo con lo que jugar a procrastinar. Además, ningún profesional te va a forzar a tomar una decisión radical para la que no estás preparada. El proceso de cada persona tiene su ritmo y te darán la velocidad que tú necesitas.

Asentí, porque sabía que llevaba razón.

—¿Podemos volver a las bromas? Creo que necesito reírme, y se te da inusualmente bien lograrlo.

Abraham me concedió el deseo.

—OK, hagamos un trato, ¿vale? Olvidaré que me has engañado para venir al infierno un viernes por la noche y encima no tienes tequila para compensar...

—No te he engañado y sí hay tequila en el mueble bar.

—... si a cambio pactamos cuatro cosas —fingió no oírme—. Cuatro cosas de nada que no sé ni para qué te estoy preguntando.

—¿Qué cuatro cosas de nada? —me interesé recelosa.

—La primera, esta noche me quedo a dormir, y no es negociable.

—Vale.

—Bien —continuó sonriente satisfecho porque hubiese accedido—. Quiero una de estas en alguna de mis chaquetas. —Estiró el brazo y cogió la cazadora vaquera que descansaba al lado del portátil—. Es de arce, ¿verdad?

—Sí.

Acarició el bordado de hilos.

—No sabía que echaba tanto de menos tus hojas, pero lo hago. Tienen algo que no logro identificar que hacen que me encanten... —Moví la cabeza de arriba abajo aceptando el encargo y él volvió a depositar la chaqueta en la mesa con cuidado, como si de verdad esa prenda fuese muy valiosa. Luego me miró y capté algo que no me gustaba.

—No vamos a hacer una *ouija* ni espiritismo ni nada que suponga acabar esposados por saltar la valla de ningún cementerio...

—Genial, porque mi propuesta es menos delictiva. —Aclaró la garganta y anunció—. La tercera es que he hablado con Wendy para que los tres nos veamos la semana que viene, y la cuarta y última es que no puedes enfadarte conmigo por entrometido. —Mis ojos se abrieron como platos, pero no pude intervenir—. Es hora de que lo solucionéis. El tiempo que se va no vuelve, y ya se ha perdido demasiado.

23

EL PARTIDO

Graham

Llegamos al TD Garden con bastante antelación para evitar a los aficionados que a esas horas se concentraban en los bares de las inmediaciones del estadio bebiendo cerveza. Cualquier partido contra los Montréal Canadiens era un gran encuentro, porque estaban entre los mejores equipos de la liga, como nosotros, pero es que, además, el entrenador había anunciado que modificaría ligeramente la alineación habitual para dar cabida y protagonismo a jugadores que normalmente ocupaban el banquillo y que no siempre lo tenían. Una prueba para ver si la plantilla bastaba para remontar los resultados mediocres de la temporada o debían buscar fuera.

Lo que se traducía en que era un partido decisivo que nadie quería perderse.

Yo me había presentado primero con mi madre, Arthur y Daisy, y una media hora después Kelly y su amigo Abraham se nos habían unido. Desde entonces, habíamos permanecido en una sala privada para tener intimidad, evitando así la zona vip a la que iban todas las personalidades y famosos. Al partido contra los Montréal Canadiens se añadía que esa tarde al acabar habría una especie de cóctel que inauguraba una serie de eventos por el aniversario del club que culminarían en una fiesta, así que el número de personas invitadas se había multiplicado estrepitosamente.

Aquello me ponía nervioso, reencontrarme con tantas caras conocidas y otras que no lo eran, pero que indudablemente sabrían mi nombre. Aunque no tanto como la llamada de mi representante la tarde anterior. Kate me había anunciado que una de las marcas de ropa con la que colaborábamos desde hacía un par de años, la que más ingresos aportaba a mi cuenta corriente, había prescindido de mis servicios; es decir, ya no querían que fuese su imagen. Eso no era novedoso. Las marcas cambiaban y sustituían a los protagonistas de sus *spots*

constantemente para volver a llamar la atención del público. Cuando has visto algo mil veces dejas de mirarlo. Deja de interesarte. Salvo contadas excepciones, como George Clooney, que se había adueñado de Nespresso, aunque incluso a él habían comenzado a ponerle acompañantes populares con los que interactuar.

Sin embargo, lo que sí que representaba una novedad era que acto seguido Kate no me presentase un amplio abanico de posibles alternativas para reemplazar esa marca. O, al menos, una alternativa. Las palabras de Bobby Williams se reprodujeron en mi cabeza como si me estuvieran punzando el cerebro: «Lo primero son las marcas. Ellas dan el pistoletazo de salida a tu caída. Un día dejas de ser su imagen, al siguiente pasas a estar en tercera fila en las fotos grupales y luego desapareces como si nunca hubieras existido».

Me puse de pie de un salto justo cuando una de las azafatas vino para decirnos:

—Ya podéis ir a las gradas.

No sabía si la opción que había tomado era la mejor. Permanecer allí hasta que el estadio estuviese medio lleno y luego mezclarme con la marea humana que abandonaba la sala vip para evitar que me reconocieran. Quería pasar desapercibido. Yo. *Yo*. En un partido clave de los Boston Bruins. No entiendo cómo fui tan idiota de pensar que aquello era posible.

Además, la primera señal de que algo iba a ir mal apareció rápido.

La chica nos sujetó la puerta y Arthur, Abraham, Kelly, Daisy, mi madre y yo salimos de la sala. En ese orden. Por eso fui el último en ver la silla de ruedas impoluta que me aguardaba en la puerta.

—¿Qué es *eso*? —Mi voz sonó demasiado brusca y tirante.

—Una silla —respondió la azafata señalando lo evidente—. La pista está lejos y el club ha pensado que podría ser más cómodo...

—No la necesito, gracias.

Inmediatamente, eché a andar dando unos saltos exagerados hasta que terminé adelantando a mis acompañantes. Ellos no dijeron nada y yo tampoco hice ningún amago de hablar. Ni siquiera la chica volvió a abrir la boca. Supongo que era más evidente de lo que yo pensaba que debían dejarme en paz. La presión de la bola de fuego de mi estómago se transmitía en mi actitud.

El camino fue... una tortura. Y no me refiero solo a que las palmas de las manos me ardieran como si de un momento a otro fuesen a lanzar llamaradas, estuviese sudando porque la azafata llevaba razón y estábamos lejos o el corazón hubiese decidido cambiar de posición en mi cuerpo para situarse en el gemelo derecho; me refiero a que llegó un momento en el que reconocí a qué altura del pasillo estaba y, en lugar de tomar el desvío que conducía al túnel por el que salían los jugadores a los partidos, cogí el otro, el que me fusionó con la marea

de asistentes aventajados que ocupaban las primeras filas.

Todos me saludaron. Todos me preguntaron cómo me encontraba y por la operación. Ninguno se dio cuenta de que las sonrisas que les dedicaba en mis respuestas eran falsas, y cada vez notaba la garganta más reseca al hablar. Me costaba tragar saliva. Lo asemejé a caer en una cueva. El interior era ese pasillo al final del cual se filtraban los rayos de luz de la pista de hielo que se divisaba al fondo. Yo quería permanecer en la oscuridad. En la puta cueva.

Pero no podía.

Me retrasé voluntariamente y fui viendo cómo el resto de los presentes se arrojaban uno por uno a la luz. Tampoco quería separarme de la masa. Era mejor formar parte de ella. Más disimulado. Cogí una bocanada profunda de aire para salir y en el último instante agaché la cabeza. Me miré los pies, uno con la zapatilla blanca apoyada y el otro con la pierna doblada en el aire. Aquello era tan impropio de mí como esconderme debajo de un asiento en vez de subirme encima sin camiseta.

Fue la primera vez que tuve fobia a la gente.

O quizá «fobia» no era la palabra más adecuada.

Incomodidad.

Me incomodaba que me viesen.

Calculé la distancia hasta los asientos reservados para nosotros. Era poca. En menos de un minuto lo conseguiría. Me precipité hacia la iluminación y el ruido convenciéndome a mí mismo de que mi cabeza solo sería una más entre tantas otras con gorra, me deslizaría por el tránsito de la fila y me dejaría caer en un asiento. Luego, me pondría los cascos que había llevado con la excusa de que en la radio los partidos eran más emocionantes y lo ideal era oírlo y verlo a la vez. Silenciaría el TD Garden.

Volví a respirar con normalidad.

Por un instante, creí que mi deseo era posible. Al siguiente...

Las pantallas centrales estaban encendidas, como siempre, y como siempre también, la cámara barría las gradas en busca de aficionados y se paró al reconocerme, aunque yo no me di cuenta de lo que sucedía hasta que el silencio que pretendía provocar artificialmente se produjo de verdad.

Duró una exhalación que a mí se me hizo eterna.

—¿Es...? —escuché dudosos a los aficionados que tenía más cerca.

Alcé la barbilla y me vi. Con la gorra calada y el pelo negro, los ojos azules muy abiertos y una expresión de corderito degollado que no me gustó y decidí que debía cambiar, aunque no fui capaz. Al menos, hasta que escuché a Kelly decir a la vez que su rostro se colaba en mi plano:

—No me empujes, Abraham. No me... —Demasiado tarde. Estaba a mi lado.

Sus facciones aumentadas la hacían parecer aún más bonita, de dibujo animado. La mirada ahumada, su pequeña nariz de ardilla, los labios rojos de manera natural. Llevaba la camiseta de Miguel y una térmica de manga larga negra debajo, medias oscuras, botas, aros plateados, y se había recogido el cabello rubio en una coleta alta con las puntas rizadas. No habíamos hablado mucho desde que había llegado al estadio, pero su presencia detrás de mí de algún modo aplacó mis nervios.

—¿Se puede saber qué haces? —reprochó entre dientes a su amigo al darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Ahora es el momento de que os beséis —contestó este como si fuera obvio imitando exageradamente el gesto—. Lo he visto en infinidad de vídeos de TikTok. Si la cámara enfoca a una pareja, hay beso. Mua.

—Pero es que Graham y yo *no* somos pareja... —Kelly me pidió disculpas con la mirada contemplándome a través de la imagen de la pantalla. Acto seguido, fulminó a su amigo, aunque su gesto consiguió el efecto contrario, motivarle a continuar.

—Eso no te impedirá tirártelo en un futuro muy cercano, Cucaracha.

La chica chasqueó la lengua.

—No tenía que haberte traído. Odio tus profecías falsas y un *poquito* a ti.

—Solo abogo para que tengas una vida sexual de calidad, y la pista de hielo parece muy erótic... —Abraham no pudo terminar la frase. En aquel momento, Kelly salió del plano y por el quejido de su amigo adiviné que le había propinado un codazo entre las costillas.

En mi rostro se dibujó la primera sonrisa real desde que había puesto un pie en el TD Garden esa tarde y al público no le quedó ninguna duda de que no eran alucinaciones, era yo, que había vuelto, aunque no en las condiciones que me gustaría.

No recuerdo si el grito lo inició una persona o si fueron varias, pero cuando me quise dar cuenta el estadio entero coreaba «oso polar de Yellowknife, oso polar de Yellowknife» y yo me veía obligado a soltar las muletas, levantar los brazos y aplaudirlos con sentimientos encontrados. Por un lado, agradecimiento porque siguieran apoyándome, y por otro, el más puro terror por si la operación no funcionaba, me convertía en una leyenda que no poseía el caché suficiente para convertirse en inolvidable y estaba delante de una de mis últimas ovaciones. Sentí como si sus vítores me alzaran y a la vez me enterrasen bajo tierra.

Duró unos buenos minutos, pero al final todo termina, y la cámara me dijo adiós para saludar a otras personas, un par de anónimos que sí protagonizaron un beso al aparecer en la pantalla.

—¿Ves? —le recriminó Abraham a Kelly—. Así es como se hace. Con mucha

lengua.

—Agradece que no te cosa la boca. —Me reí, ella se rio al escucharme y tuve la sensación de que cuando enganchaba las muletas y emprendía nuestro camino de nuevo lo hacía con más ligereza.

Tomamos asiento. Kelly se colocó a uno de mis lados, junto a Abraham, y Daisy al otro, seguida de Arthur y mamá. Estábamos cerca del hielo. Tan cerca que si me ponía de pie y estiraba el brazo podría rozar el cristal de protección transparente que rodeaba la pista y que era resistente a los impactos del disco, a los jugadores cuando nos estampábamos contra él a toda velocidad y al *stick*.

Los aficionados no eran los únicos que ya ocupaban su lugar. El entrenador y todo su equipo, los árbitros y el personal de seguridad también se encontraban allí. Algunos me dedicaron un saludo y les hice un gesto con la mano para devolvérselo.

—Vaya, y yo que pretendía pasar desapercibido... —dije en voz alta algo más animado porque lo peor había quedado atrás. Me habían reconocido y no había sido tan horrible. Quedaba lo mejor, disfrutar del partido.

—Creía que era imposible siendo *Graham Scott* —respondió Kelly, y me volví en su dirección.

—¿Has empleado *tonito* o son alucinaciones mías?

—Por supuesto que no.

Arqueé una ceja.

—¿Por supuesto que no?

—Bueno, un poco —sonrió. Se la veía feliz de estar allí—. Pero sin mala intención, Graham. Es solo que siempre hablas de ti como un dios, se me hace rara tanta modestia. Casi parece antinatural. —Volvió a reír y la música, que hasta entonces era un hilo amortiguado y suave, se tornó más alta, una canción de rock con mucha batería que no conocía y anunciaba que faltaba poco para que el *speaker* entrase en acción y presentase a los jugadores por los altavoces.

—Ojos grandes... —me hice oír entre la melodía sin tener del todo claro qué iba a decir.

—¿Sí?

—Deberías reírte más a menudo.

Tenía una risa muy cantarina y única, como si fuese un hipo agonizante prolongado.

—¿Por qué?

«¿Por qué?», me pregunté, pero no hallé una respuesta concreta.

—No sé, tú solo hazlo. Me gusta oírla.

Nos sostuvimos la mirada y, efectivamente, el espectáculo comenzó. Los *flashes* de las distintas cámaras empezaron a disparar antes de que el *speaker*

hiciese su intervención, cuando las luces del estadio se tornaron de una tonalidad dorada que parpadeaba. Los jugadores hicieron entonces su aparición por el túnel y la música subió conforme se deslizaban por el hielo, arrastrando los palos e imitando posturas exageradas de algunas jugadas para exhibirse.

—Flipados... —dibujé una sonrisa, y esta se extendió por mi rostro con sinceridad.

Me alegraba de veras de ver a los chicos, aunque me fastidiase no estar a su lado. Tomé una decisión. Bueno, más bien, elegí la actitud con la que me iba a enfrentar a ese partido. Aun con añoranza por no jugar, iba a pasármelo bien desde una perspectiva en la que nunca había participado, la del público. Experimentar la frustración de observar cagadas sin poder hacer nada para remediarlas, gritar, desesperarme, celebrar. Pensado así, no parecía tan malo.

—Seguro que tú te flipas menos... —ironizó la escritora, y volví a fijar la mirada en sus ojos de tamaño interplanetario.

—Fliparse es parte del entretenimiento, Kelly. El hockey sobre hielo es una fiesta.

Mis compañeros continuaron dando vueltas alrededor del hielo y el *speaker* comenzó a presentarlos uno por uno. Primero decía el número de su camiseta, luego su posición y por último el nombre y el apellido, poniendo especial énfasis en el segundo y arrastrando mucho las sílabas finales. A la vez que lo hacía, las luces doradas palpitaban convirtiéndose en un fogonazo blanco cuando la persona nombrada se situaba en la fila que se estaba formando en mitad de la pista.

—¿A qué te refieres con que es una fiesta? —preguntó con aquella curiosidad innata que me encantaba. En ese momento, el jugador que se deslizaba era Miguel, y las gradas se volvieron locas.

—¿Recuerdas el baile de fin de curso? Durante los instantes previos al partido todo tu cuerpo está lleno de los nervios de los días anteriores al baile, y cuando sales es como cuando te reencontrabas con tus amigos, todos disfrazados con un esmoquin o, en este caso, con un uniforme con hombreras, coderas, espinilleras y casco que duplica tu tamaño, luego juegas, bailas, algunos pasos te salen bien y otros no. Pero cada vez que marcas un tanto la pista es tuya. Y si ganas, eres el rey. Un reinado compartido —sonreí satisfecho mientras escuchaba la presentación de Collin.

Se quedó pensativa.

—Apreciaría tu símil si hubiera ido al baile de fin de curso, pero no lo hice.

—¿No? —Sacudió la cabeza de un lado a otro y a mí me sorprendió—. También puedo compararlo con el sexo. El sexo sirve de ejemplo para todo... —Abrió la boca y antes de que rechazase la idea añadí—: O con la historia de amor

de una novela romántica. —La cerró. Aquello debió de resultarle llamativo porque me animó a continuar con un movimiento de cabeza y yo me mordí el labio antes de lanzarme a la piscina—. Los momentos previos serían los chispazos de cuando los dos protagonistas se conocen y se gustan; el partido, todas las frustrantes escenas del casi beso; el gol, cuando por fin lo logran, y ganar, el ansiado final feliz.

Sonrió y me pareció todavía más preciosa que cuando la había visto en la pantalla.

—Te estás volviendo todo un experto en el tema, Graham.

Me encogí de hombros con fingida inocencia.

—Supongo que tengo interés personal en la materia.

Estaba a punto de decirle que hacía días que había empezado su novela, que llevaba más de la mitad y que me estaba gustando mucho cuando alguien nos interrumpió.

—¿Graham? ¿Graham Scott? Joder, qué bueno verte por aquí.

Se trataba de Garret Dawson, exjugador de los Boston Bruins, pero a diferencia de Bobby Williams, que también se encontraría por allí, Dawson se había marchado del equipo de la manera adecuada, dejando un buen recuerdo, tanto que continuaba colaborando con el club puntualmente gracias a la agencia de eventos que había montado con el dinero ahorrado durante sus años de carrera.

Me puse de pie para estrecharle la mano justo cuando por los altavoces sonaba el nombre de Peter y por poco no se viene el estadio abajo. Me había mantenido al margen del mundo deportivo, pero me estaba poniendo al día y en todo lo que leía, escuchaba o veía se repetía que la técnica de Peter estaba mejorando a pasos agigantados y que se había convertido en un jugador clave en la mayoría de los partidos. Aquello hizo que mi pecho se hinchase de orgullo. Si alguien merecía más reconocimiento era mi mejor amigo.

—Imagino que te habrán hecho la misma pregunta un millón de veces desde que estás aquí, pero ahí va: ¿cómo lo llevas?

Me la habían hecho en numerosas ocasiones, sí. No obstante, en su boca parecía sincera.

—A días —le confesé—. Hoy bien. Cuando pase todo, mejor. —Sonreí ligeramente y él me devolvió el gesto. Peter había sido el último. Llegaba el instante de que la música cesase, el estadio se sumiese en la quietud y alguien cantase el himno. Para mí era el peor momento, el minuto en el que tenías las pulsaciones más disparadas por la inminencia del partido, pero debías mantenerte erguido y con gesto impertérrito mientras decenas de emociones te sacudían por dentro; segundos en los que notabas el peso del casco, la presión de

los patines que envolvían tu pie y parte de la pierna, e incluso el roce de la tela, aunque todo desaparecía en cuanto entrabas en acción y te trasladabas a otra dimensión.

Garret estaba hablando de lo que siempre hablaba. Cómo encajaba con el perfil que buscaba su agencia y actos en los que le encantaría que participase. Pero yo solo podía pensar en que Kelly había sacado su libreta para tomar anotaciones y le tenía que contar lo del himno y que la primera respiración cuando empezaba un encuentro era como la primera bocanada de aire que coge un bebé al nacer, la forma en la que todo el sonido de la grada se unía como si fuera plastilina cuando te hallabas abajo en el hielo, o lo importante que era que alguien te mirase a los ojos al dedicarte un gol, porque significaba que entre todas las caras borrosas era capaz de distinguir la tuya, y te convertías en lo que encontraban sus ojos. Esos eran los pensamientos que ocupaban mi mente cuando Garret dijo:

—... por cierto, he oído lo de Peter Stanford y me parece una cerdada. Los de Calvin Klein van a arrepentirse. Tú tienes bastante más presencia que él.

Até cabos en el acto y noté el puñal que se clavaba y enroscaba en mi bazo conforme sonaban las primeras notas del himno. Aquella revelación me arruinó el partido y no fui capaz de remontar.

24

AMISTAD

Graham

No estuve a lo que había que estar el resto del partido, y mira que habría sido fácil, joder. Ver el modo en el que Kelly aplaudía hasta que le dolían las palmas durante el espectáculo de las animadoras en el descanso, Arthur teniéndose que ir al baño en el tercer periodo perdiéndose las decisivas jugadas finales, que además fueron las mejores, mamá sin atender el móvil y Daisy grabando alguna onda nueva para su colección.

Al final, ganamos por la mínima y gracias a un tanto muy chapucero, pero lo hicimos. Y la gente también me felicitó a mí cuando nos encaminamos al salón del cóctel desde el que se divisaba la pista de hielo, que en esos momentos estaba siendo pulida, a través de la fría cristalera en la que me encontraba apoyado. Peter me había dedicado el gol de la victoria. Yo había sido la persona a la que sus ojos habían buscado entre miles de aficionados. Y, sinceramente, no entendía nada.

Estaba enfadado y a la vez dolido. No por la oferta, él no podía evitar convertirse en el objeto de deseo de una marca de lujo, pero sí podría habérmelo explicado y que no me enterase de esa forma en las gradas. Peter y yo nos lo contábamos todo, maldita sea. Sabía sus secretos más íntimos y él me conocía a mí de un modo en que ni yo mismo era capaz porque se fijaba en mis pequeños detalles y los atesoraba.

¿Qué demonios...?

Mi mano derecha se movió sola hasta mi muñeca izquierda y acarició mi pulso con las puntas de los dedos tamborileando sobre la tinta. Llevaba un tatuaje ahí, un pequeño pozo que compartía con el hombre más buscado de la noche, Peter, quien me había robado el protagonismo a pesar de lo mucho que él detestaba ser el centro de atención.

Nos lo habíamos hecho con un par de autorizaciones falsificadas de nuestros padres antes de que me fuera de Yellowknife. Yo en la muñeca y él entre las costillas, para que no se viera. Había sido mi idea. Una idea estúpida con la que buscaba llevar algo que nos uniera a pesar de la distancia, y el concepto de pozo siempre nos había definido como amigos.

Conocí a Peter Stanford porque era un chico de mi edad que vivía en la casa de al lado. Las heladas en nuestra ciudad se producían con bastante frecuencia y era más sencillo jugar con la persona más cercana que pedir a tu madre que te llevase al parque, donde los columpios estaban enterrados bajo un bloque de hielo que superaba tu altura. Sin embargo, no teníamos por qué llevarnos bien. De hecho, al principio no lo hacíamos. Peter parecía un anciano encerrado en el cuerpo de un niño, y yo era demasiado nervioso para su templanza. Pero los problemas llegaron pronto y nuestra forma única de afrontarlos nos tornó en inseparables.

Si podía, Peter evitaba que te cayeras, de eso no había ninguna duda. No comprendía las lecciones que se podían extraer de tocar fondo, las heridas y sus cicatrices. No obstante, cuando lo hacías, cuando necesitabas estar en el pozo, no trataba de sacarte a la fuerza, sino que se metía contigo para impedir que te ahogases. De él aprendí que el silencio en ocasiones ayuda más que hablar, que es más importante estar al lado de alguien que intentar que se distraiga, y que quien, en lugar de restarle importancia, te acompaña en la tristeza es un verdadero amigo. Aprendí el valor de nuestro pozo. Por eso, cuando el tatuador nos mostró varios libros con diseños y ninguno nos convencía, le pregunté si podría dibujar un pozo en un folio, con agua, pero sin llegar a ser peligroso de veras, y a los dos nos enamoró lo que nos enseñó, aunque mi respuesta fuese decir: «Es cojonudo», y la suya resoplar: «¿En serio quieres que nos tatuemos lo mismo, Graham?».

Volví a buscarle en el cóctel. Estaba apartado, seguramente harto de haber sido la figura principal de la rueda de prensa que el equipo había dado al terminar el partido, y también del evento, donde todo el mundo, incluida la cúpula de los Boston Bruins, quería que le vieran hablando con él.

De verdad que, por más vueltas que le daba, no comprendía qué motivación habría podido tener para elegir callárselo. De modo que mi instinto me llevó a buscar a otra persona. El hombre que estaba solo en una de esas mesas altas con platos de comida. Arthur. Mi fuente inagotable de respuestas.

Fui a su encuentro. Igual que pasó la tarde que me dio clases de historia en la cocina, el marido de mi madre no me presintió en el acto, aunque en aquella ocasión fue por otro motivo. Arthur observaba ensimismado los platos de comida medio vacíos eligiendo el próximo pincho que se llevaría a la boca. Tras

deliberar, cogió uno y estaba a punto de comérselo cuando hablé:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —fui directo. Con Arthur nunca había que utilizar desvíos. Él alzó la vista con las mejillas hinchadas y pronunció con la boca llena:

—Si vas a preguntarme si he comido queso, me veo en la obligación moral de advertirte que voy a mentir.

Sonreí. El hombre tenía cierta intolerancia no diagnosticada a la lactosa y cuando se daba un capricho las noches de gases eran complicadas.

—No voy a preguntarte eso —aclaré, y tragó con cierto alivio, tanto que se le escapó un pequeño gemido de placer.

—¿Por qué será que las cosas que no debemos hacer son las que más nos atraen, Graham? La fascinación por lo prohibido. Esto también se aprende estudiando historia. —Me devolvió el gesto—. ¿Cuál es tu duda? Siempre es un reto que me las plantees, y se me dan bastante mejor que la tarde esa que me invitaste a jugar contigo y el equipo de hockey en Yellowknife que ninguno de los dos quiere recordar.

Ahí Arthur también estaba equivocado, como cuando creía que no era interesante. Durante mi adolescencia, el entrenador del equipo del instituto, a petición de la dirección, organizaba una jornada familiar para fomentar que pasásemos tiempo juntos, que compartiésemos aficiones y estrecháramos lazos. Mamá no me pudo acompañar porque tenía una casa que enseñar y en su lugar lo hizo él. Recordaba las pintas que lucía con la equipación recién comprada, y que casi no se tenía en pie sobre el hielo, pero también recordaba que fue una de las mejores tardes de mi vida porque, a pesar de ser el peor jugador de la pista con diferencia, Arthur no paró hasta que consiguió dar una vuelta completa. Y, cuando terminamos, en vez de tener que darle las gracias yo por acompañarme como hacían mis compañeros, como hizo Peter porque su padre abandonase el barco unas horas, Arthur me las dio a mí.

—Gracias por invitarme, Graham. No recuerdo haberlo pasado tan bien... Nunca, aunque mi actuación haya dejado mucho que desear y haya quedado demostrado que hice bien al decantarme por el mundo académico y no por el deportivo.

Aquella tarde... Su presencia... Era uno de los recuerdos a los que recurría cuando quería ponerme de buen humor, sentir calidez interior. Pero, como la vez anterior cuando tuve la oportunidad en la cocina, no se lo dije, y tampoco adivino el motivo.

—¿Alguna vez te ha traicionado un amigo? —le pregunté.

Él entornó los ojos.

—«Traición» es una palabra muy grave —me respondió con cierta cautela—.

Lo correcto sería decirte que no. A tu edad la mayoría de mis amigos vivían en los libros o llevaban más de medio siglo muertos, así que era algo muy improbable. Pero hay varias cosas que he aprendido sobre las relaciones humanas estudiando los conflictos bélicos. —Hizo una pausa y pasó a enumerarlas—: La primera es que el orgullo nunca conduce a un destino apetecible; la segunda que, en perspectiva, la mayoría de las guerras no merecieron la pena, y la tercera es que muchos conflictos, por no decir su mayoría, podrían haberse solventado si las dos partes hubiesen hablado en lugar de alzar las armas. Expresarse y escuchar al otro habría evitado muchísimos derramamientos de sangre innecesarios. —Apoyó la mano encima de mi hombro, apretó y susurró mirando detrás de mí—. Sea lo que sea lo que haya pasado con el pequeño de los Stanford, ve a su lado e intenta solucionarlo, porque las dos lecciones más importantes que hay que extraer de la historia y nunca verás en un libro son que en la guerra jamás hay ganadores, aunque se empeñen en poner un bando en los textos, y que un amigo de verdad vale más que los tesoros que encontraban los vikingos y los piratas después de arrasar y saquear aldeas costeras.

Ladeé la cabeza y contemplé de nuevo a Peter, que se encontraba aislado en un rincón con gesto de que algo le inquietaba. Arthur llevaba razón. Teníamos que hablar. Volví a fijar la atención en el marido de mi madre y le agradecí que fuese de apaciguar fuegos en lugar de avivarlos.

—Gracias, Arthur.

El hombre sonrió.

—Gracias a ti. No te haces una idea de lo especial que es que el gran Graham Scott me utilice como consejero. Hace que me sienta parte de la historia viva. —Su sonrisa se expandió y bajó la voz para añadir—: Y cuando era el pequeño Graham Scott, también. —Me guiñó un ojo con un gesto de complicidad a la vez que me apretaba el brazo, y yo me despedí y enfilé hacia Peter.

Mi amigo, por supuesto, no valoró el brutal esfuerzo que me supuso tragarme el orgullo, atravesar la estancia hasta llegar a su altura, apoyar las muletas en la pared y cruzar los brazos por debajo del pecho. Y no lo valoró porque básicamente no me vio. Tenía la mirada perdida en otro lugar: en el punto en el que Daphne, Miguel, Abraham y Kelly hablaban animadamente. Bueno, para ser correctos Abraham y Daphne se atropellaban con sus conversaciones y los otros dos escuchaban.

—Ey —dije anunciando mi presencia con un tono seco, desganado.

—Hola —contestó Peter sin prestarme demasiada atención. Supongo que el plan debía de ser permanecer en la misma postura con actitud inalterable hasta que me mirase y comprendiese que lo sabía todo. Sin embargo, no pude

aguantarme.

—Pero ¿a ti qué narices te pasa?

Mi intervención iba sobre el modo en el que me estaba ignorando, no obstante, él salió por otro lado.

—Han vuelto a preguntarlo, Graham.

Se refería a la recurrente pregunta que los periodistas siempre le lanzaban cuando estaba cerca de Daphne: «Lleváis mucho tiempo juntos, ¿para cuándo avanzar en vuestra relación? ¿Suenan ya campanas de boda?». No sabía de qué se extrañaba. Los periodistas eran animales de costumbres. Cuando estabas soltero te preguntaban cuándo sentarías la cabeza y te echarías novia, siempre *novia*; cuando tenías pareja, cuándo le pondrías un anillo en el dedo; y, una vez que te casabas, acababas de aterrizar de la luna de miel y ya estaban preguntando: «¿Son ciertos los rumores de crisis en el matrimonio?».

Así pues, la cuestión era predecible, lo que no lo era...

—¿Cómo se lo ha tomado? —Aparqué el tema que me había llevado a su lado para sustituirlo por otro más importante.

—Ha puesto su irritante sonrisa diplomática, se ha disculpado por alguna urgencia inventada y se ha ido. Desde entonces no hemos vuelto a hablar —confesó con los labios apretados, entre mosqueado y derrotado.

Así pues, lo que no era previsible era cómo se lo tomaría Miguel.

A pesar de los deseos de la prensa, Daphne y Peter no se iban a casar porque el verdadero novio de mi mejor amigo era Miguel y ella solo les estaba ayudando como tapadera para que pudiesen llevar su relación en secreto. Miguel y Peter estaban juntos desde hacía nueve meses y lo suyo cada vez era más complicado. No porque les faltase amor, tenían de sobra, igual que posturas opuestas sobre su actitud frente al *tema*. El resumen y foco de todas las broncas era que Peter estaba cómodo con ese tipo de relación escondida, y Miguel, no. Seguí la dirección que marcaban los ojos de mi mejor amigo y me di cuenta de que las chicas se habían ido a coger una bebida dejando a Miguel y Abraham solos. Peter apretó la mandíbula y yo arqueé una ceja, confundido.

—¿No estarás celoso?

No debía ser yo quien se lo dijera, pero si hacía falta lo haría. Que Miguel no soportase esa situación no significaba que le fuese a cambiar por otro. De hecho, al principio ese tipo de comentarios no le molestaban. Es más, en ocasiones le hacían gracia. Habían empezado a afectarle conforme su amor crecía porque no entendía cómo algo tan bonito y especial debía sobrevivir debajo de una alfombra.

—No digas tonterías, Graham. Miguel y yo nos queremos. —Y yo suspiré aliviado.

—¿Entonces...?

Peter apretó tanto la mandíbula que temí que se hiciera daño en los dientes.

Por un instante, creí que no iba a seguir hablando. Pero lo hizo. Y me rompió el corazón comprobar que el gesto no respondía a la furia que a veces inundaba a mi amigo en las contadas ocasiones en las que perdía el control, sino a que estaba luchando por contener las lágrimas.

—Pues que me gustaría ir allí, Graham, darle la mano, o un pico, y que a nadie le extrañase o se nos quedase mirando. Que ese beso no nos convirtiese en el centro de atención ni abanderados de nada. Besarle y que todo siguiese igual. Poder celebrar el partido con mi novio de la forma que me apetece. Estoy... frustrado.

En aquel momento, me habría encantado decirle que podía hacerlo. Ir allí, darle la mano o un pico y que nadie reparase en lo que estaba sucediendo. Pero no era cierto. Para los periodistas sería noticia, y probablemente se convirtiese en un abanderado como otras figuras públicas que habían hablado de su sexualidad, lo cual no solo afectaría a su vida deportiva, sino que provocaría que su padre se enterase.

Las campañas de lavado de imagen habían funcionado. El deporte era entonces inclusivo. Aceptaba a los homosexuales. ¿La intolerancia? Un problema del pasado, hombre. Todo se había modernizado. Todo había evolucionado. Todo era una gran mentira alimentada por imágenes bonitas que se instalaban en el cerebro de la gente. Los pasos que se habían dado eran pequeños, pocos e insuficientes, y las instituciones parecían agotadas de andar. En caso contrario, si lo que contaban era cierto, un jugador no vendería la mitad de las camisetas al día siguiente de que se supiera que le gustaban los hombres, tendría menos posibilidades de que le cogieran para una buena campaña comercial generalista o cobraría menos por un *spot* de nicho. De otro modo, la afición no comenzaría a verle de manera diferente, igual que sucedía incluso con algunos entrenadores y parte de los compañeros con los que compartía vestuario. Si no fuera así, Peter podría cumplir el deseo que acababa de expresar en voz alta sin que sucediese nada, y el hecho de que no pudiera era la señal inequívoca de que, todavía, había que trabajar muchísimo más en la inclusión y la tolerancia deportiva. No era cuestión de repetir hasta el aburrimiento que la diversidad existía, sino de fomentar su existencia hasta el punto de que no hubiese que hablar del tema. Aunque lo que realmente temía Peter por encima de todo era la reacción de su padre cuando se enterase.

El padre de mi amigo no era un mal tipo, pero sí hermético, solitario y de mentalidad algo anticuada.

De repente me sentí idiota al darme cuenta de los motivos que me habían

conducido a su lado.

—¿Puedo ayudarte de algún modo? —pregunté, y él tardó un instante en contestar.

—No —sus pupilas dejaron atrás a Miguel y enfocaron las mías—, aunque agradecería una explicación de por qué llevas mirándome con cara de mierda todo el cóctel, Graham —respondió cambiando de tema.

Sentí la vergüenza trepar por mi cuerpo hasta alcanzar la cabeza. Sin embargo, una parte de mí continuaba necesitando aclararlo con él. Puede que no fuese tan importante como su injusta situación sentimental, pero debíamos poner las cartas sobre la mesa y solucionarlo para que nuestra amistad no se resintiese por una estúpida marca de ropa.

—Me he enterado por alguien que no has sido tú, Peter —dije con calma.

—¿De qué?

—De lo de Calvin Klein. —Mi amigo chasqueó la lengua y añadí—: ¿Por qué no me lo has contado? —Fui a decir: «Me habría alegrado por ti», pero en el último momento cerré la boca. Aquello no era cierto. No me habría enfadado, eso vale. Pero por dentro habría escocido igual.

Peter pareció escoger sus palabras.

—Porque no había nada que contar, Graham. Estaba intentando solucionarlo sin involucrarte. Mi representante dice que, a pesar del acuerdo con el club, puedo rechazarlo, aunque... —Se calló y lo completé mentalmente por él. Perderían dinero, mucho dinero, yo lo sabía—. No quiero ser tu sombra, ni tu versión dos punto cero, no quiero ser tú.

—¿Estás seguro?

—¿De qué no quiero robarte la relevancia pública? Mucho. —Yo asentí lentamente y él continuó—: Pero tienes que volver, dejarte ver, por ejemplo, en la fiesta del aniversario del club la semana que viene. Ponerte uno de tus modelitos y que te hagan muchas fotos. En cuanto los de publicidad y marketing te vean por todos lados con millones de visualizaciones y miles de *likes* me dejarán en paz.

Volvió a girarse hacia Miguel y dio la conversación por zanjada. En ese momento, bajé la vista y me di cuenta de que estiraba los dedos de la mano que tenía pegada al cuerpo en su dirección, aunque no se movió del sitio. Aquel gesto de pura contención me produjo una pena horrible por los dos. Yo no era quién para determinar si hacían pública su relación o no, pero sí que podía enroscar mis dedos con los suyos para que dejasen de resultar tan agonizantes.

—Allí estaré puntual con un *outfit* del que no espero un comentario inferior a «quiero arrancarme los ojos, Graham».

—Cualquiera de tu armario valdrá —respondió, y yo me reí. Peter suspiró

antes de titubear—: ¿Crees que le decepcionaré mucho si algún día le doy ese pico? —Hablaba de su padre.

—Creo que, si le decepcionas y eso te pone triste, bajaré contigo al pozo y allí estaremos los dos hasta que tú quieras volver a pisar el exterior.

Apretó mi mano y pensé que nuestra amistad era la mejor que existía en el mundo sin ni siquiera plantearme lo que él acababa de hacer (la pasmosa facilidad con la que había aceptado que Peter renunciase a una oportunidad única por mí que terminarían dando a otra persona) y, sobre todo, sin pensar si en caso contrario yo habría hecho lo mismo.

25

LA ESCENA DEL BESO

Kelly

Llegamos a mi casa bien pasada la madrugada. En lugar de permanecer en el coche e irse, Graham se empeñó en acompañarme hasta la puerta.

—Deja que me meta en la piel de un caballero. Puede ser un experimento interesante.

Abraham se había quedado en Boston y yo había vuelto con él, su madre, Arthur, Daisy (a quienes habíamos dejado antes) y Nick, el conductor que, aguardaba con las luces de emergencia a que Graham volviese. Si la calle era tranquila de normal, a esa hora más. Ni siquiera había vecinos paseando sus perros. Nada. Solo quietud, los restos de los últimos charcos de la temporada de lluvias y un murciélago que echó a volar a nuestro paso fundiéndose en el firmamento en el que las nubes se dispersaban.

Sonreí por tres motivos. El primero era que me gustaban mucho los murciélagos, los cuervos y todas las criaturas aparentemente oscuras y tenebrosas, y no se debía a un efecto secundario de la alargada sombra que me perseguía tras la muerte de mi madre. Me habían gustado desde siempre. Desde que me inicié en la literatura gracias a la novela romántica paranormal y me enamoré de todo tipo de seres mitológicos y paranormales: vampiros, hombres lobos, ángeles. Recordar todo aquello por el simple vuelo de un murciélago me hizo rememorar durante un breve instante la época en la que los libros no suponían una presión en la boca del estómago; la misma en la que en la ecuación no estaba publicar. Y durante una fracción de segundo, mientras el murciélago se perdía en la noche, experimenté un chispazo de esperanza que me hizo pensar que tal vez no era demasiado tarde para reconciliarme con la escritura.

La segunda razón de mi buen humor era que lo había pasado francamente bien tanto en el partido como en la fiesta posterior. Y estaba sorprendida, sobre todo

por la segunda parte. Por lo general, las escritoras llevábamos una vida muy solitaria interrumpida por pequeños eventos, ferias, presentaciones y firmas. Aquello, *a priori* bueno para mí, escritora de cueva, solo había logrado que me aislase un poquito más. Podría haberme relacionado mejor con mis compañeras, es decir, con menos reservas, coraza y desconfianza, también podría haber escrito alguna vez en ambientes que me obligasen a salir de casa, como por ejemplo en cafeterías o espacios donde hubiese gente, y haberme apuntado a actividades. Pero la realidad era que nada de eso había sucedido y pasaba la mitad de las fiestas a las que acudía por obligación con la espalda envarada deseando que terminasen para regresar a la protección de la habitación de mi hotel, midiendo cada una de las palabras que pronunciaba para no decir nada que pudiese malinterpretarse. Sin embargo, en el cóctel Abraham había estado a mi lado, y poco a poco la tensión de mis hombros había disminuido hasta casi desaparecer. Había hablado, me había reído y, si tuviese más ritmo y menos vergüenza ajena, creo que me habría lanzado a bailar cuando el sonido de la música había aumentado y mi amigo me había atizado con las caderas para animarme a ello. De esta manera, la segunda sonrisa era por haber averiguado que podía llegar a disfrutar de las fiestas con las personas adecuadas.

Y la tercera era por él, por Graham.

Tenía la sensación de que había aparecido en mi vida en el peor momento para... mejorarla. Como si alguien me lo hubiese mandado, aunque eso fuese absurdo.

Cogí una bocanada de aire que inundó mis pulmones y me trajo su olor.

—¿Graham?

—¿Sí?

Me preparé para lo que estaba a punto de decir.

—El otro día me confesaste que lo mejor de toda esta mierda era haberme conocido y no te respondí —articulé mientras alcanzábamos la escalinata de acceso a la casa. Graham se detuvo y alzó su mirada azul para observarme.

—No era una frase que buscase respuesta, Kelly.

Me mordí el labio y dudé si decírselo o no.

Venció el sí.

Tragué saliva y susurré:

—Aun así, me gustaría que supieras que es mutuo. Tú también... Conocerte ha sido lo mejor que me ha sucedido últimamente.

Las comisuras de su boca se alzaron con lentitud y pensé que había llegado el momento de despedirnos. Saqué las llaves y estaba subiendo el primer escalón cuando le escuché decir detrás de mí:

—Al final vamos a tener que dar la razón a todas las personas que me han

preguntado si entre tú y yo hay algo, y mira que me jode dar la razón a la gente —bromeó, aunque había cierta inseguridad en su voz. Me giré confundida y le consulté:

—¿Te han preguntado si entre nosotros hay algo?

Se encogió de hombros con lo que me pareció era fingida indiferencia.

—Varias veces a lo largo de la noche. La última, el tío que me ha abordado antes de subirnos al coche. Se llama Garret, es un exjugador del equipo.

—¿Qué les has dicho?

—Que somos amigos, ¿qué les iba a decir? —Sus ojos se clavaron retadores en los míos y por alguna razón desconocida mis rodillas flojearon.

—Que somos amigos es una buena respuesta —repuse con la boca seca, las pulsaciones disparadas y una voz aguda que no reconocía como mía y que me puso alerta—. Qué tontería de pregunta. Tú, yo, nosotros... —Forcé una sonrisa mientras unos latidos que no sabía de dónde habían salido golpeaban mi pecho. ¿Acaso quería que... la respuesta hubiese sido distinta? Moví la cabeza para enfatizar mis palabras y él me contempló desde la acera confundido.

—No lo pillo. Estoy acostumbrado a que me hagan muchas preguntas tontas, pero esta en particular no lo es. ¿Por qué no podría existir un tú, yo, nosotros? Y no me vengas con las gilipolleces de que no eres mi tipo.

Adivinó mi pensamiento, aunque intuí que no por los motivos que él creía. No pensaba que el tipo de Graham fuesen las modelos, las famosas, a pesar de que había que reconocer que ellas tenían más posibilidades porque eran las chicas con las que él solía coincidir y relacionarse. Mi certeza venía de algo más profundo, de la seguridad de que yo no tenía la capacidad de enamorarme y sentir como había que sentir, a lo que había que sumar el hecho de que en ocasiones pensaba que estaba tan vacía y actuaba de un modo tan robótico que nadie podría ver nada en mí salvo que era una despensa vacía con mucho que llenar y poco que ofrecer. ¿Quién en su sano juicio querría algo así? «Graham desde luego que no», pensé, pero como explicarlo todo era muy complicado y estaba cansada opté por lanzar una pregunta que zanjase el tema:

—¿Soy tu tipo? —Me sentí un poco absurda por plantear el interrogante y todavía más cuando él se echó a reír con ganas. Apreté los labios—. Tampoco hay que recrearse en el rechazo...

—Joder, Ojos grandes, eres el tipo de todo el mundo. De. Todo. El. Puto. Mundo. Y si la humanidad en su totalidad leyese, tendrías al planeta entero a tus pies.

Graham continuó con las carcajadas y algo en mi interior se retorció de forma agradable. Probablemente era lo más bonito que me habían dicho en la vida, a pesar de la risa, y probablemente también acababa de darme cuenta de una cosa

que se le había escapado.

—¿Al final me estás leyendo?

—Te dije que lo haría, ¿no?

Volvió a posar su mirada en la mía y el estómago se me encogió. Sí, Graham me lo había dicho. Pero mucha gente lo hacía y luego no cumplía. Estaba acostumbrada a las decepciones en ese ámbito. Sin embargo, el chico no me mentía. Confiar en él era demasiado... sencillo. Yo siempre le había restado valor a lo fácil, y en aquella escalinata comencé a apreciarlo.

—¿Quieres que te dé mi opinión?

Dudé, pero terminé accediendo.

—Solo si es constructiva, por favor. Estoy atravesando un momento difícil con la escritura. —Enarcó una ceja y le aclaré—: Ahora mismo no me apetece hablar de ese tema.

Aguardó por si cambiaba de opinión y, como no lo hice, asintió respetando mis tiempos. Bajó la pierna lesionada hasta rozar el suelo con la puntera del pie y mantuvo los brazos hundidos en las muletas. Recuerdo que la luz de la farola cercana a la casa, de la que tan orgullosa estaba la abuela Charlotte, incidía sobre el jugador como un manto blanquecino que le cubría y le situaba en el centro de la escena; y también recuerdo que una parte de mí muy chiquitita, pero con una potente voz capaz de trasladarse a todas las partículas de mi cuerpo, no pudo evitar pensar que, si eso fuera una escena de mi novela, estaría a punto de mostrar ese primer beso.

—Nada de *spoilers* —me advirtió.

—Nada de *spoilers* —repetí.

Asintió con una teatral solemnidad.

—OK, allá vamos, Kelly. Llevo algo más de tres cuartas partes y... entiendo el punto de la protagonista. Está perdida y necesita reencontrarse, recomponerse y reenamorarse de ella misma, la triple R, para querer a alguien más. Pero él...

—Él se siente un fraude, sobrevalorado por los demás cuando en realidad es insuficiente.

Graham se quedó callado y pensé si sería siempre así. Si cuando encontrabas a la persona con la que no compartías gustos, pero se interesaba en conocer los tuyos para que no fueran un impedimento sino un puente en común, la gente volvía de fiestas y, en lugar de besarse en la escalinata, hablaban de libros.

—Vale, puedo comprender esa sensación, Ojos grandes —retomó la conversación—. Los mitos están destinados a fracasar en el amor. Nadie los quiere. Piensan que sí, pero no. Porque son un invento de la imaginación. Para un rollo pueden dar la talla, sin embargo, si la relación avanza... Nunca serás una reproducción exacta de lo que la otra persona desea que seas.

—¿Eso te pasa a ti?

Él dudó si contestar o no.

—Yo me voy antes, Kelly —confesó—, así cumplo las expectativas.

Conocer a Graham Scott me había demostrado que casi todas mis suposiciones iniciales estaban resultando ser falsas y, aun así, prefería al chico de carne y hueso que tenía delante antes que cualquier aproximación idealizada de cuando éramos dos desconocidos. Iba a decírselo. No con esas palabras. O sí. A lo mejor me habría atrevido a abrir mi corazón si el jugador no se me hubiese adelantado.

—Como te iba diciendo, a ella la entiendo. A él... Sabe que la quiere y lo que le suelta es que no la merece. —Chasqueó la lengua indignado por la decisión del personaje y a mí me pareció lo más adorable que había visto en años. Aun así, defendí a mi protagonista.

—Es lo que piensa, Graham.

—Pues que se ponga las pilas y espabile, Kelly. Que le diga: «Hoy no te merezco y por eso me voy, pero no te preocupes, que volveré, de eso no te quepa ninguna duda, y habré trabajado en una versión de mí que esté justo a la altura de tus labios para besarte».

En mi rostro se dibujó una sonrisa.

—Es muy romántico. Podrías dedicarte a esto, Graham.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque en la escena en que ella lamenta haberse perdido el baile de fin de curso y piensa que nunca podrá tener algo similar habría hecho que él la montase en el coche, condujese sin parar hasta el puñetero Times Square y bailasen allí, en las escaleras, delante de centenares de personas, saliendo en las pantallas. Evidentemente, con el carácter de la protagonista, después lo habría asesinado y la novela habría cambiado de género para convertirse en un *thriller*.

Tragué saliva.

—O habría enlazado las manos en su nuca y se habría dejado llevar por unas ganas inmensas de matarlo, sí, pero completamente enamorada —contraataqué, y Graham me observó de una forma tan intensa que tuve miedo—. Solo por si acaso se te están pasando por la cabeza ideas extrañas, yo no soy la protagonista de *Nuestro Big Bang*, aunque tampoco fuese a mi baile de fin de curso.

—Lo sé —dijo, y suspiré aliviada demasiado pronto—, porque a ti nunca te llevaría a Times Square, Kelly...

—Genial, gracias.

—Contigo asaltaría un baile de instituto de verdad y no pararía hasta asegurarme de que has vivido toda la experiencia al completo.

26

TULIPANES LILAS

Kelly

—Deja de comer regaliz —me dijo Abraham, y mi respuesta automática fue llevarme uno a la boca.

—Nunca.

—Vale —aceptó—, que conste que tú me has obligado. —Antes de terminar de hablar, me quitó la bolsa de entre las manos y estiró el brazo hacia arriba en un simple movimiento. Con su altura, no me quedó más remedio que saltar, y ni por esas logré que me la devolviera. De su garganta brotó una carcajada cantarina—. Estás tan mona cuando botas como una pulga... Podría robarte esta asquerosidad todos los días solo por verte saltar y no me cansaría.

Detuve el infructuoso intento de hacerme con la bolsa. La escena era ridícula la mirases desde el prisma que la mirases, más con su exagerada risa de fondo.

Estábamos en la entrada del vivero. Esa tarde de sábado habíamos quedado con Wendy, y como yo le había hablado a mi amigo de la insistencia en las llamadas de Mía para que pusiese solución a la soledad de los maceteros de la entrada, él había decidido que era el lugar perfecto para el reencuentro.

En el interior no había mucha gente. Alguna familia, un par de parejas, personas que iban solas y los trabajadores. Aun así, me resultaba bochornoso que me observasen dar brincos para recuperar lo que me pertenecía, y sabía que no podía alcanzar la estatura de Abraham por mucho que me esforzase. No obstante, conocía la fórmula perfecta para que sus brazos bajasen en el acto. Esbocé una pequeña sonrisa traviesa y le hice cosquillas en uno de sus costados. Él se quejó y me llamó cosas siseantes como «víbora» y «escorpión», sin embargo, terminó cediendo ante mi tortura y me devolvió las golosinas para que parase. Gané y lo celebré sacando un nuevo regaliz de la bolsa.

—Hay que conocer el punto débil de los enemigos de mis placeres culpables...

—dije tragándome el tercer palito desde que habíamos llegado, y mi amigo me habría contestado de no ser porque en esos instantes le sonó el móvil. Leyó el mensaje y lo volvió a guardar.

—Wendy está de camino —anunció—. Le quedan diez minutos. ¿Empezamos sin ella? Según mis previsiones nos esperan dos horas largas aquí, puede que tres, y he sido bastante optimista.

Arrugué el entrecejo. Los nervios por enfrentarme al conflicto sin resolver con mi amiga del instituto se vieron sustituidos por una ligera vacilación ante sus palabras. ¿De verdad Abraham creía que nos esperaban dos horas, puede que tres, en ese vivero? Ojeé lo que nos rodeaba. El espacio era amplio, pero no tanto. Además, las hileras que albergaban las flores de temporada estaban bien localizadas y separadas del invernadero, los árboles y los pasillos con mobiliario ornamental de jardín. Tan solo teníamos que ir, coger las diez macetas que colocaríamos a ambos lados de la escalera (cinco en cada uno) e irnos. En mi opinión, no le daba más de diez minutos a esa tarea, justo los que le faltaban a Wendy para llegar y poder marcharnos a una cafetería o a dar un paseo. El día había amanecido algo frío, pero despejado, y se había mantenido así, sin necesidad de usar paraguas o abrigo; era suficiente una manga larga. Le miré para decírselo y él se me adelantó.

—No hagas eso, Kelly —advirtió. Ya no parecía de coña.

—¿El qué? —dudé.

—¿Puedo ser brutalmente sincero contigo?

Hice un nudo a la bolsa de regalices y la guardé en mi mochila.

—¿No lo eres siempre? —repliqué, y él dudó.

Abraham nunca titubeaba.

—Con algunos temas, no —confesó, y se mordió el interior del carrillo antes de añadir—: ¿Me das permiso? —Asentí más movida por la curiosidad que porque realmente quisiera saberlo. Si Abraham le estaba dando tantas vueltas a algo, lo más seguro era que no me gustase lo que iba a escuchar—. Últimamente tengo la sensación de que vives tachando puntos de una lista invisible de la que ni siquiera eres consciente. Es decir, haces cosas, muchas cosas, pero siempre pensando en terminar, y cuando lo consigues no pareces satisfecha, solo buscas nuevas tareas que realizar de un modo robótico para que te distraigan de algo, aunque no sé de qué. Tú... no disfrutas de nada, Cucaracha.

¿Llevaba razón? Hice memoria. Si bien era cierto que durante las últimas semanas había abandonado el moño al que mi hermana declaró la guerra, había cuidado mi higiene personal y había salido a la calle más que los últimos meses que viví en Brooklyn, también lo era que estaba constantemente agobiada, me tenía que forzar hasta para hacer las cosas más sencillas y en mi mente se

reproducían labores que debía realizar, no porque ninguna de ellas me apeteciese especialmente, sino para acallar... No terminé el pensamiento. En su lugar, me puse a la defensiva porque acababa de averiguar que sí, que mi amigo estaba en lo cierto.

—¿Has deducido todo eso porque he fruncido el ceño cuando has dicho que nos esperan tres horas aquí? Son plantas, y ni siquiera sobrevivirán a la primavera. En Nueva York se me murió un cactus, Abraham, un cactus. Vamos a elegir flores con poca esperanza de vida, para eso no nos hacen falta tres horas. —Chasqueé la lengua y él me observó compasivo. Aquel gesto era tan poco propio de mi amigo que su siguiente pregunta me pilló desprevenida.

—¿Cómo llevas el libro?

Vacilé. No la esperaba y, como me cogió descolocada, no pude mentir para que no se preocupase como la noche del desván. Me lo notaría en el gesto.

—Mal —confesé bajando el volumen de mi voz. Inmediatamente me invadió aquella sensación de agotamiento y desánimo de la que no lograba desprenderme. Aquellos últimos días, cuando me ponía detrás del teclado y no era para la biografía de Graham, notaba una presión inmensa en la garganta, como si mi pecho estuviera poseído por una sombra que se empeñaba en salir por ese pequeño conducto. En cuanto abría el portátil, esa sombra se materializaba ahí y me impedía tragar o respirar, percibiéndola dentro golpeando con su puño el tórax. Abraham me observó con calma. Pensaba que diría algo al respecto, él siempre tenía una opinión que verbalizar, pero no lo hizo. Adiviné, o creí adivinar, que su única intención era que me atreviese a admitirme a mí misma detalles como, por ejemplo, que la respuesta a la pregunta que me había planteado llevaba siendo la misma durante demasiado tiempo. Y la verdad era que no parecía mejorar, y me había sumido en un estado de ánimo que estaba empezando a afectar a otros ámbitos de mi vida, a toda mi vida.

—Cucaracha, voy a ponerme serio, ¿vale?

—Vale.

Los agujeros de la nariz se le dilataron cuando cogió aire.

—Tienes que empezar a disfrutar de las cosas del día a día. Pero no cuando las terminas, tachas y te dejas agobiar por las nuevas que surgen. Mientras están sucediendo. Por ejemplo, al elegir unas flores para los maceteros de la entrada, tienes que entusiasmarte con el proceso. Las expectativas de tu felicidad no pueden basarse en los dos o tres grandes acontecimientos que, con suerte, tendrás en un año. Para que lo entiendas bien me pondré de ejemplo. Mi felicidad no puede basarse en las expectativas de acabar protagonizando una obra de teatro en Broadway o de terminar mis días en el Museo de Londres, debo alimentarla con la cara de los niños asustados que tendrán pesadillas esa noche

después de escucharme hablar de los juicios en los *tours*. —En lugar de reírse, sus labios se estiraron para dedicarme una sonrisa comprensiva. Ahí venía—: Y la tuya no puede basarse en la publicación de un libro si para lograrlo antes te ha consumido el espíritu. Veo tu aura, y ha pasado de ser de un lila horrible a tener muy poco color.

Omitiendo la parte de ver auras, Abraham estaba en lo cierto. Basaba mi felicidad en acabar un libro y que este saliese a la venta, y ni siquiera entonces lo lograba. Ser feliz, digo. Estar tranquila conmigo misma. En aquel momento, tendría que haberle dado la razón, pero una voz dentro de mí me ordenaba que le combatiera.

—¿Y las expectativas de mi felicidad pueden basarse en elegir diez flores? ¿Eso es lo que sugieres?

Él movió la cabeza de un lado a otro como si estuviera completamente equivocada.

—La felicidad no hay que basarla en expectativas. Es un error. —Hizo una pausa y señaló a su alrededor—. Lo que te pido, ya sabes que no soy mucho de sugerir, es que le concedas espacio en tu mente a lo que vamos a hacer ahora. Que estés aquí, con nosotros, sin imaginar conversaciones entre personajes ficticios u observando el vivero con las gafas de «aquí encajaría una escena». Emociónate eligiendo unas putas flores, Kelly. No me refiero a que actúes como si fueras puesta de éxtasis. Solo que preguntes a los trabajadores sus características y cuidados, y luego los tres nos sentemos para protagonizar un debate interminable sobre cuáles son las adecuadas sin que nos pongamos de acuerdo, porque Wendy las preferirá funerarias, tú con pocos pétalos y muchas hojas, y yo os llevaré la contraria en cualquier cosa que digáis porque esa es mi naturaleza tocapelotas. —Rio para después añadir—: Te pido que disfrutes el momento. Definitivamente, creo que es lo que te estoy implorando. Y sí, puede llevarnos tres horas; antes nos pasábamos muchas más viendo las hojas que caían de los árboles. No era algo trascendental, y yo me quejaba constantemente porque prefería que fuésemos al otro extremo del parque donde los chicos jugaban sin camiseta, pero tú te oponías y... Nunca querías que se acabase la tarde. Me gustaría volver a verte así, reteniendo el momento en lugar de suplicando que pase.

Abraham me dedicó una última sonrisa y echó a andar por el camino de tierra en dirección a las tres hileras que contenían las flores. Le seguí mientras reflexionaba sobre lo que me había dicho. Eran pocas las ocasiones en las que mi amigo se ponía serio, pero cuando lo hacía estaba cargado de razón. No era capaz de ubicar el suceso en una fecha concreta o por un acontecimiento determinado, no obstante, mentiría si dijese que, desde hacía mucho, mis años no

se medían en libros. Aquello, *a priori* bueno, luchar por los sueños, dejaba de serlo cuando a cambio descuidabas cada porción de tu día a día, de ti y de tus amigos. Abraham había acertado de pleno, me costaba concentrarme en el presente y perseguía un futuro que ni siquiera sabía si merecía la pena, porque escribía pensando en acabar y cuando lo conseguía no experimentaba algo similar a alegría, solo ansiedad para que la siguiente historia llegase pronto y sumergirme de nuevo en esa viciada espiral tóxica. Era como estar constantemente dando brazadas en el océano sin llegar a ahogarme, pero agonizando.

Iba tan ensimismada en mis propios pensamientos que sin querer pisé un charco en el que se acumulaba el agua de la lluvia de los últimos días y de los aspersores que regaban el vivero, pues todavía se podían apreciar gotas de agua deslizándose por la superficie de las plantas que tenía al lado. Inspiré profundamente y mis pulmones se llenaron de ese aire con una mezcla de diferentes aromas en el que hasta ese momento no había reparado. Olía tan bien... Y casi paso de largo. Una sensación extraña atravesó mi cuerpo, y fui consciente de que estaba desaprovechando las cosas que tenía. Eran muchas las veces que había estado con Abraham y Wendy y mi cabeza se había ido al sitio al que iba siempre. Retomé la marcha y decidí que esa tarde no lo haría, que le plantaría cara. Así, mientras nos encaminábamos hacia las flores, sentí cómo el viento me acariciaba con suavidad y barría las finas hebras del brezo artificial que cubría las vallas de los jardines, observé las líneas y voluptuosidades de los troncos de los árboles frutales, el polvo que el estrecho camino levantaba y se adhería a la puntera de mis botas negras y la maceta que una señora mayor abandonó cuando divisamos el banco donde podríamos sentarnos a ver las plantas y decidir. Me detuve al lado de Abraham y le di un golpecito flojo con el hombro para captar su atención.

—¿Te parece que allí —señalé el asiento con la barbilla— hay espacio suficiente para que cada uno ocupemos un extremo y pueda comer regaliz con total libertad durante las dos, puede que tres, horas que vamos a estar en el vivero? Si te vas a oponer a cada cosa que diga, necesito algo que temple mis nervios —le dije esbozando una sonrisa que él devolvió ampliamente.

—Me parece que voy a fingir que me has pedido que vaya a por café para dejaros a las dos a solas. Wendy está aquí. —Señaló detrás de mí y al girar la cabeza la vi. Los nervios regresaron a mi estómago y, al volver a mirar al frente, Abraham me agarró las manos y las apretó juntas y envueltas por las suyas—. Va a ir bien, Kelly. Ya lo verás. Confía en mí.

—¿Has tenido una premonición? Siempre fallas.

—Mejor. He sido testigo de lo mucho que os queréis durante años, y ese tipo

de amistad es de las que se pueden recuperar en un vivero.

Acarició mis dedos, me soltó y se fue.

—¿Qué hay, Wen? —escuché que le decía al pasar por su lado sin pararse a escuchar su respuesta. A mí solo me dio tiempo a respirar hondo antes de que Wendy me alcanzase.

—¿Dónde va? —preguntó.

—Finge que le he encargado café para dejarnos solas. —Alcé la cabeza con lentitud y me atreví a mirarla. Mi corazón se estremeció por tenerla tan cerca. Wendy estaba igual y a la vez diferente. Llevaba el pelo negro recogido en dos moños a ambos lados de la cabeza, la nariz aguileña, los pómulos marcados, labios finos rosados, y seguía sintiendo predilección por las tonalidades oscuras y las joyas de plata, sí, pero también se había cortado el flequillo recto justo por encima de las cejas, se había perforado mucho las orejas y había crecido bastante más que yo. Esbocé una sonrisa tímida y la saludé—. Hola, Wendy.

Ella se quedó un par de segundos en silencio, como si mi presencia la hubiese afectado del mismo modo que a mí.

—Hola, Kelly. ¿Qué hacemos aquí?

—Tengo que comprar algunas flores para la entrada de la casa de la abuela Charlotte.

—La casa de la abuela Charlotte... —repitió, aunque no comprendí el motivo.

—¿Nos sentamos? —Le señalé el banco.

—Vale —accedió.

Fuimos sin hablar entre nosotras hasta el banco rústico hecho con tablas de madera y nos sentamos mientras yo recuperaba la bolsa de regaliz de la mochila que había dejado a mis pies.

—¿Quieres? —le ofrecí, y ella pareció dudar antes de estirar la mano y coger uno. Contuve el aliento. «Que lo anude», pensé. De niña siempre lo hacía. Anudarlo por el centro y empezar a comer mordisqueando las puntas. Supongo que era una tontería, pero quería visualizar en ella retazos del pasado que nos ayudasen a solucionar lo que fuese que había ocurrido. Aguardé y... Wendy lo hizo. Anudó el regaliz. Las comisuras de mis labios se alzaron movidas por aquel gesto y mi antigua amiga arqueó una ceja.

—¿Estás bien, Kelly?

—Sí —me apresuré a contestar con la emoción ascendiendo por mi garganta. Era ella. Era Wendy. Y había venido, ¿no? Aquello debía de ser una buena señal —. ¿Cómo te va todo?

—Bien, pincho en una galería de arte.

—Oh, eso es genial, Wendy —me alegré de veras, y ella estiró el regaliz por los extremos hasta que lo partió en dos como hacía cuando algo le inquietaba.

—También estoy conociendo a una chica, una animadora. Abraham cree que debes saberlo.

Menuda tontería. ¿Por qué mi amigo pensaría que...?

—¿Es aquella animadora del instituto? ¿Cómo se llamaba...? —traté de hacer memoria.

—Marie.

—Sí, exacto, Marie —asentí satisfecha.

—Qué va. Marie se fue del instituto tal y como llegó, o sea, sin saber de mi existencia.

—Vaya, lo siento. —Estaba confundida sobre el hipotético motivo que podría haber conducido a Abraham a creer que yo necesitaba conocer detalles de la vida privada de Wendy. Conjeturé e imaginé que su intención (no sabía si acertada o no) era que nos pusiéramos al día, así que le seguí la corriente. Al fin y al cabo, él sabía relacionarse mejor que yo—. ¿Y esta nueva chica es...?

—Ángela, una animadora profesional de los Boston Bruins. Abraham dice que os conocéis.

—Hemos coincidido un par de veces, sí. ¿Él...?

—Se enteró el otro día cuando me pilló esperando en el coche para recogerla después del partido. —Vale, confirmé, en el cóctel no lo sabía. Me habría extrañado que fuese capaz de disimular tan bien y de mantener la boca cerrada durante tantas horas—. Todavía no es nada serio. Estamos quedando. Pero Abraham me ha dicho que tienes vínculos con los Boston Bruins y era mejor que te enterases por mí a encontrarnos de sopetón un día por allí.

Nuestro amigo siempre haciéndose el misterioso... «Vínculos»... Sacudí la cabeza.

—Estoy escribiendo la biografía de Graham Scott —le conté.

—Ah, por eso decían que este año no habría ninguna novedad tuya de ficción, porque habrá de no ficción, mira que a los de las editoriales les gusta jugar con la ambigüedad...

Parpadeé, confundida.

—¿Has seguido mi carrera, Wendy?

Se encogió de hombros, medio avergonzada, medio pillada.

—Tenía que saber de ti, ¿no?

Imagino que el plan más lógico habría sido haber seguido entrando poco a poco en materia, pero no pude resistirme más y la interrogué:

—¿Qué hice, Wendy? ¿Cómo la fastidié? —No era victimismo. Estaba convencida de que si alguien se había cargado nuestra amistad había sido yo, aunque no era capaz de identificar de qué forma. Recordaba nuestros últimos días en medio de una nebulosa de la que no podía extraer nada en claro.

Wendy se removió dudando y cuando fijó sus ojos castaños de cervatillo en los míos supe que había llegado el momento de conocer la verdad.

—No fue lo que hiciste, Kelly, fue lo que no. Nunca llamaste primero. Nunca iniciaste una conversación por WhatsApp. Y estabas tan contenta con tus libros que cuando aparecíamos por Salem tenía la sensación de que te molestábamos, así que dejé de venir, y tú no me pediste que volviera. Hasta hoy, aunque técnicamente el que me ha llamado ha sido Abraham y no cuenta.

¿Conoces la sensación de «esto tiene que acabar ya»? En mis novelas siempre había un momento clave. El instante en el que la protagonista se daba cuenta de que estaba enfrascada en una relación tóxica y debía ponerle remedio. Aquel fue el mío. La gota de agua con la que el vaso se desbordó. Nunca la había llamado ni iniciado una conversación, y cuando mis amigos venían de visita a Salem era cierto que en ocasiones me molestaban, todo porque... Cuando murió mi madre decidí obsesionarme con la escritura de un modo enfermizo para evadirme de la realidad, y no solo había arruinado mi sueño convirtiéndolo en algo que jamás debió ser, sino que encima, por el camino, había perdido amigos y me había perdido a mí.

—Lo siento —murmuré arrepentida con un hilo de voz—. Ojalá pudiera dar marcha atrás y llamarte muchas veces, ser la primera en saludar por las mañanas en WhatsApp mandándoos un selfi con las legañas todavía en los ojos, por el que años después sufriría el chantaje de Abraham, y haber ido yo también a Boston para asistir a todos los partidos que hubiesen hecho falta hasta que Marie se hubiese aprendido tu nombre... —Tragué saliva y con ella las lágrimas que amenazaban con llenar mis ojos. Había abierto las compuertas de mi interior y lo que estaba dentro se movía imparable, pero aún lo podía contener—. Siento haber sido tan mala amiga, Wendy.

Una solitaria lágrima escapó, rodó por mi mejilla y la limpié con el dorso de la mano.

La escuché suspirar a mi lado y señaló algo.

—¿Recuerdas nuestras broncas por los tulipanes lilas? —me preguntó, y asentí.

—Tú los odiabas.

—Y a ti te encantaban —respondió, y jugueteó con el anillo plateado que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda—. El otro día quise tener un gesto romántico con Ángela. Nada grande. Llevarle flores a la salida del partido. ¿Sabes cuáles compré? —Negué con la cabeza.

—No.

—Tulipanes lilas. Tres. En un ramo.

—¿Ahora te gustan?

—Siguen pareciéndome horribles.

—Entonces, ¿por qué...?

—Por la misma razón por la que me meto en tus redes sociales, leo tus novelas y de vez en cuando reviso nuestra última conversación; porque sigo esperando que me llames o que me escribas, sigo esperando que vuelvas, Kelly. Y mientras tanto me conformo con las cosas que me recuerdan a ti.

La esperanza se abrió paso en mi pecho a la vez que lo hacía otra cosa.

—Voy a volver, Wendy. Te lo prometo.

Miré al frente y, mientras decidía que me llevaría un tulipán lila por mucho que Abraham se opusiese, tomé una decisión. Había llegado el momento de quitar la venda.

27

LA VENDA

Kelly

Creo que existen dos motivos para que rechaces ir a terapia. El primero es que no confíes en lo que los profesionales pueden hacer por ti, y el segundo es que intuyas lo que te van a pedir por tu bien y no estés dispuesta a hacerlo, aunque tu salud mental y tu vida dependan de ello.

Dejé la maceta con el tulipán lila en la mesa del salón para trasplantarlo al día siguiente y les envié una fotografía a Wendy y Abraham en el grupo de WhatsApp que habíamos creado. Al final, nuestro debate había concluido con que era mejor comprar una sola flor e ir rellenando las macetas poco a poco mediante citas recurrentes en el vivero hasta completar la escalinata. La observé y sonreí. Era la primera vez que compraba algo para la casa de la abuela Charlotte, que ponía mi sello más allá de la pared de mi habitación con las citas de libros.

Aguardé su respuesta y aproveché la energía que me había envuelto al leer a mis amigos para dirigirme a la segunda planta, bajar la trampilla del desván y subir con Salem pisándome los talones.

Había tardado en tomar esa decisión y no podía echarme atrás o no lo haría nunca.

Dicen que cuando te vas a despedir de algo que no te hace bien son los recuerdos positivos los que te sacuden para que cambies de idea. Es cierto. La escritura, antes de convertirse en lo que era entonces, me había salvado en innumerables ocasiones, sobre todo cuando murió mi madre. En aquellos días en los que la tristeza amenazaba con engullirme, masticarme, tragarme y convertirse en todo a lo que podía aspirar, teclear supuso una ventana a otro mundo, mi propio mundo, uno que podía pintar de colores, en el que la esperanza y los finales felices reinaban y era ideal para camuflar las emociones

que me inundaban; uno en el que reír y experimentar los sentimientos bonitos y sanadores que en mi vida real no existían, se evaporaban o explotaban como una pompa de jabón.

Recordé, conforme ponía el primer pie en el desván, que había escrito mi primera novela en un portátil viejo heredado de Mía al que le fallaba una letra. La N. De esta manera, para que se marcara en el documento tenía que presionarla con mucha fuerza, a conciencia, no como el resto de las letras. Recordé también que fueron tantas las ocasiones en las que tuve que parar, chasquear la lengua, cambiar el cursor de lado y escribirla de nuevo en una palabra en la que no se había estampado que me planteé que era la que más utilizábamos en nuestro lenguaje. Lo acabé buscando para descubrir que estaba equivocada. La más usada era la E. Y encontré la forma de introducir ese dato curioso en la novela.

Avancé por el desván y noté las lágrimas nublándome la vista, pero no traté de retenerlas. Tenía derecho a llorar en esa despedida, aunque eso no cambiase el hecho de que era hora de decir adiós.

Escribir no era solo cuidar la narración, era buscar una buena trama, crear personajes carismáticos, trabajar el ritmo y ser original. Era enganchar. Escribir era observar el mundo con la curiosidad de un niño que no para de hacerse preguntas, la tenacidad de un adolescente para descubrir las respuestas y el cariño de un anciano cuando se da cuenta de que todo acaba y sabe apreciar lo maravilloso que ha sido. Escribir era la mayor muestra de amor que existía por lo que te rodeaba, pero yo me había encerrado tanto en mi imaginación que había dejado de observar la realidad, de quererla. Si hacía memoria, comprobaba que durante los últimos meses había descrito más veces las formas de las nubes de las que me había parado a mirarlas al menos un segundo, puede que dos, sin que mi mirada se quejase porque estaba más acostumbrada al brillo de una pantalla que a la luz natural.

No sabía quién era culpable de haber desvirtuado algo tan mágico. A lo mejor mía, por no haber pedido ayuda antes. A lo mejor de nadie. Tampoco pretendía machacarme buscando el instante exacto en el que de haber hecho otra cosa todo habría cambiado. Mi propio efecto mariposa. Por el momento, me conformaba con darle paso a la voz que llevaba meses bramando por salir en lugar de escuchar constantemente a la otra que decía: «¿En serio vas a renunciar a la escritura, Kelly? ¡Si no sabes hacer nada más! Te convertirás en una fracasada». Un torrente de frío me azotó, pero los pensamientos amables que había prometido tener conmigo misma entraron en acción: «Hoy has elegido un precioso tulipán lila para las escaleras y ahora vas a elegirte a ti. Hoy es un día magnífico».

Mis pulsaciones se relajaron y miré el sofá. No para correr a sentarme en él y abrir el portátil como las otras veces. Lo contemplé desde fuera y observé lo que se veía... Y lo que no, sobre todo lo que no. Aquel espacio era el reflejo de mi enturbiada relación con la escritura. Nunca había sido especialmente ordenada mientras trabajaba. En el pasado, cuando nuestro tándem todavía era sano, me habría encontrado con torres de libretas llenas de ideas, folios desperdigados y algunas fotos que imprimía para tenerlas a mano y que me sirviesen de inspiración de los musos y las escenas clave. El móvil estaría enganchado al cargador y por su altavoz sonaría en bucle la canción que yo identificaba con la historia. Así pues, la estampa me resultaba familiar, no como los recuerdos reales de lo que había vivido, que me permití reproducir cerrando los ojos.

El primero que acudió a mi cabeza fue verme a mí misma hecha un ovillo sin cenar sintiendo que llevaba una bomba de relojería en el pecho que iba a estallar si no llegaba a las mil palabras.

Le siguió otro con la cabeza embotada por la falta de sueño obligándome a escribir el párrafo que luego borraría desesperada antes de echarme a llorar.

Yo recogiéndome el pelo mojado en una coleta, sabiendo que me quedaría mal porque no tenía tiempo de cuidarlo.

Yo castigándome por no conseguirlo.

Yo en pijama.

Yo sola.

Yo deprimida.

Y también estaba lo que era imposible poner en imágenes, pero sí se sentía. Las llamadas que fingía no escuchar porque prefería escribir; los mensajes a los que respondía con monosílabos o emojis para que la conversación no se alargara; o aquellos planes a los que me era imposible negarme, en los que sonreía mientras por dentro no paraba de pensar: «No tendrías que estar aquí. Vete», y contaba las palabras que estaba dejando de escribir, como si fuesen la arena que cae a través de un reloj. El ansia por terminar, repetirme: «Escribes para ti y no para publicar» y saber que era mentira, la envidia por los ritmos ajenos, por el éxito.

Desconocía cuándo nuestra relación se había trastocado de esa manera, pero me era imposible volver atrás, al punto de partida en el que estaba bien con la escritura. Al menos, sin ayuda. Al menos, sin parar. Y me hice una pregunta absurda: «¿Qué decisión harías que tomase la protagonista de tu novela si mantiene una relación tóxica con su sueño, hasta el punto de que ha pasado de sus amigos, de ella misma, de vivir?». La respuesta estaba clara: «Haría que lo dejase».

Mis amigos merecían tiempo de calidad. Y yo merecía volver a sentirme bien.

Parar de tener la sensación de que estaba rodando por la falda de una montaña a toda velocidad y anhelaba tanto el destino que no me importaban los golpes. Pero los golpes importaban, herían y dolían. Llegar al final no merecía la pena si lo hacía maltrecha, porque de seguir a ese ritmo, deseando que todo pasase como me había hecho visualizar Abraham, sin ganas, un día lo conseguiría, alcanzaría el final de los finales, la muerte, y me habría pasado la vida poniendo vistos en una lista imaginaria que señalaría que había hecho muchas cosas, muchísimas, algunas puede que impresionantes, pero que ninguna me habría llenado.

Yo no quería eso.

Yo no quería ser la persona que era el resto de mis días.

Yo quería demostrar a la gente que me importaba.

Yo quería demostrármelo a mí.

La voz invasiva que habitaba mi cabeza habló atemorizada por la seguridad que yo estaba demostrando y trató de llegar a un acuerdo:

«Vale, Kelly, hacemos una pausa y luego volvemos más fuertes».

«No».

Esa era la actitud que había tomado después de mi novela «mojón» y la cosa no había mejorado, al contrario, había empeorado, porque durante el descanso había estado alterada pensando en qué pasaría si volvía y seguía bloqueada, y al regresar y comprobar que así había sido, la ansiedad se había multiplicado por mil.

«Es definitivo, tengo que parar».

«¿A quién pretendes engañar? Sabes que no puedes. Te lo estás diciendo para creértelo; todo este teatro es para ver si la medida extrema hace que recuperes tu toque y ponerte otra vez a teclear. Eres capaz de renunciar a cualquier cosa menos a esto, a escribir no. Es lo que eres».

Recordé entonces la teoría que defendía que medíamos el tiempo por nuestros momentos, por acontecimientos únicos que de un modo u otro marcaban un antes y un después, y decidí que había llegado el día de poner el marcador a cero e iniciar una nueva etapa.

«Ha sido culpa tuya, Kelly. Tenías algo precioso entre manos y lo has estropeado por tu cabeza desordenada, por la ambición y por creerte que tenías más talento del que verdaderamente poseías», fue lo último que la escuché decir antes de que las lágrimas anegaran mis ojos de nuevo y lograse expulsar la voz momentáneamente a la espera de que la psicóloga a la que había escrito me citase y poco a poco me facilitase las herramientas para acallarla cuando volviese a golpearme con dureza.

Renunciar a un sueño es terriblemente doloroso porque tienes que guiar tus manos a la espalda, aferrar las alas y tirar con fuerza una y otra vez hasta que

consigues arrancártelas sabiendo que nunca más volverás a volar; un ejercicio tan difícil que solo eres capaz de llevarlo a cabo si lo que está en juego es tu propia vida. Por eso, cuando terminé con ellas, me vine abajo, y lloré como no había hecho desde la muerte de mi madre, puede que más, porque el duelo que había contenido salió a la superficie y se entremezcló con la sensación de fracaso, de fraude, de no valer la pena. Pero entonces una lengua rugosa me lamió la mejilla y en ese desván en el que lo acababa de perder todo empecé a ganar, porque tomé una tercera decisión. La flor. La escritura. Y...

—Salem —pronuncié con la voz tomada y deshecha—, si a ti no te importa, vienen tiempos difíciles, voy a necesitar compañía y me gustaría que fueses mi gato. —Como respuesta, él se hizo un ovillo a mi lado y no se movió durante todo el tiempo que estuvimos allí arriba.

La tercera decisión no fue la de adoptar a un gato que desde el principio era mío.

La decisión fue decirme a mí misma: «No estás estropeada y eres capaz de amar, Kelly».

28

SEA DONDE SEA

Graham

La fiesta del aniversario de los Boston Bruins se celebraba esa noche. Salí de mi habitación y avancé hasta la puerta del cuarto de Daisy, que, como siempre, estaba abierta. Me detuve en el marco y la observé. Mi hermana pequeña hacía algo sentada con las piernas cruzadas sobre la cama mientras Bingo descansaba a sus pies. Automáticamente, mis labios se curvaron. Ella alzó la mirada en mi dirección, probablemente advertida por el olor a colonia que siempre me acompañaba y, tras echarme un vistazo de arriba abajo, sonrió.

—Mola.

Mi sonrisa se ensanchó un momento y después aclaré la garganta para fingir que me ponía serio.

—¿Sugieres, acertadamente, que soy el tío más atractivo del planeta y que los ejecutivos de Calvin Klein se van a dar de cabezazos contra la pared por haber prescindido de mi glorioso paquete enfundado en sus bóxeres? —bromeé, aunque lo pronuncié con firmeza.

Antes de que contestase, me metí dentro. Al final, después de darle muchas vueltas me había decantado por un elegante traje negro a medida de la colección femenina de Louis Vuitton, compuesto de una americana más corta de lo que se presuponía para un hombre y un pantalón de talle alto, todo ello bordado con lentejuelas brillantes, sin camisa, con parte del pecho al descubierto y un gran colgante plateado de una hormiga que había encargado a Cartier. Un *look* arriesgado, lo sabía, que rompía todo protocolo (y esperaba que expectativas) y con el que buscaba resultar atractivo, sexi y tan inolvidable como Peter me había recomendado. Apoyé las muletas en la pared y roté sobre mi talón saltando para que mi hermana tuviese una mejor perspectiva del conjunto—. ¿Y bien? —inquirí—. ¿Cumple su propósito o he tirado una indecente cantidad de dinero,

enana?

Ella fingió pensarlo durante unos segundos llevándose la mano a la barbilla y tamborileando con los dedos.

—Los cimientos de las oficinas centrales de Calvin Klein están temblando en estos momentos, Graham. Vas a causar infartos —me siguió el rollo, y mi estado de ánimo continuó el ritmo ascendente con el que me había levantado ese día. Al principio, cuando Kate me había hablado hacía semanas del encuentro no me apetecía una mierda asistir, pero el tiempo había pasado, algunas cosas habían cambiado, y tenía la intención de pasarlo bien, como casi siempre que acudía a esos sitios.

La claridad de un relámpago se coló en la habitación acompañada de un estruendoso trueno. Eché un vistazo al exterior, a la calle. No comprendía el clima de Salem. Estaba loco, como en todo el mundo excepto en Yellowknife, donde si amenazaba con helar, helaba. Había hecho una mañana y una tarde relativamente buenos, de los que tocan cuando se aproxima la primavera, y a última hora el cielo se había ennegrecido de repente y había descartado cualquier posibilidad de ver una estrella o la luna, para poco después descargar con una fiereza animal y violenta. Las gotas impactaban implacables contra el cristal de la ventana, las temperaturas habían disminuido y Nick, el chófer que tenía que llevarme hasta Boston, me había llamado hacía cinco minutos para avisarme de que estaba atrapado en un atasco y se retrasaría. Así pues, disponía de un rato hasta que me anunciase que se hallaba abajo, esperándome, y pensé en aprovecharlo con mi hermana.

—¿Cómo lo llevas, enana? —le pregunté mientras me encaminaba a su cama dejando las muletas donde estaban. Su respuesta fue encogerse de hombros.

—¿El trabajo de espejo de *Blancanieves* para decirle a mi hermano mayor lo guapo que está? Hay peores profesiones y menos reconocidas por la sociedad, Graham. Mañana tendré un centenar de solicitudes de amistad nuevas y más o menos los mismos mensajes preguntándome si tus abdominales son de verdad.

En lugar de poner los ojos en blanco, Daisy se rio. Adoraba ese sonido. Me hacía cosquillas en la piel y la ponía de gallina. Miré la cama y averigüé lo que estaba haciendo antes de que entrase. Sobre ella, había fotografías de sus amigos de Yellowknife extendidas que aguardaban a que el corcho enmarcado en el que mi hermana había pegado coloridos Lacasitos en los bordes estuviese listo para protagonizar un *collage*, que más tarde colgaría de una de las paredes. Un torrente de culpabilidad recorrió mis venas a la vez que me dejaba caer en el borde de la cama con suavidad para no estropearle nada. Apreté los labios y toda la euforia inicial por mi acertado *look* desapareció.

—Lo siento, Daisy —dije en lengua de signos, y ella me contestó del mismo

modo.

—¿Qué sientes exactamente, Graham? ¿Lo de los abdominales? No te preocupes, siempre les respondo que son falsos y te los pintas —bromeó sacándome la lengua, pero no me nació seguirle la coña.

—Siento que mamá y Arthur tuviesen una idea de mierda y te hayan arrastrado hasta aquí —confesé. Distinguí mi imagen en las fotografías y me armé de valor para verbalizar un pensamiento bastante recurrente desde que mi madre me había informado de que toda la familia se trasladaba conmigo a Massachusetts y que nunca le había confesado a nadie. Cuando me enteré, no solo me molestó que su presencia me restase independencia, madurez y autonomía, también estaba el hecho de que...—. No tiene sentido, ¿sabes, Daisy? Ningún puto sentido. Si todo sale bien, viajaré mucho y apenas me veréis por aquí, y si sale mal... —Ahí residía el *quid* de la cuestión que tenía atrancado—. Solo hay un treinta por ciento de posibilidades. Treinta contra setenta. No soy de números, pero hasta yo sé que es un porcentaje que no me favorece. ¿Y luego? Incluso si todo va de cine, las probabilidades de que vuelva a ser el mismo en la pista son prácticamente nulas. Ningún profesional del hockey sobre hielo se ha repuesto de una lesión como esta... —Tragué saliva—. Si todo sale mal, dará igual dónde estemos, porque apestará. ¿Para qué forzarte a venir a Salem, perder un año, obligarte a hacer nuevos amigos si lo más lógico es que... tarde o temprano tengamos que regresar a Canadá?

Bajé la vista y ella habló en voz alta para que la mirara.

—¿Tendrías todos estos remordimientos si yo no fuera sorda, Graham?

La pregunta me pilló desprevenido. Alcé lentamente la cabeza hasta que mi mirada impactó con la suya mientras un nuevo trueno sacudió el exterior de la casa haciendo que sus cimientos temblasen. Daisy aguardaba mi respuesta con total tranquilidad y ordené mis pensamientos para ser lo más sincero posible. ¿Tendría todos aquellos remordimientos si ella no fuese sorda? Sí, pero menos acentuados. La vida de cualquier adolescente no era fácil y cambiar de entorno la complicaba, pero es que, además, en su caso, por injusto que me pareciese, estaba el hecho de que sus compañeros de Yellowknife habían aprendido lengua de signos, las actividades extraescolares, incluidas las deportivas, se habían adaptado para que fueran inclusivas, los profesores se aseguraban de que pudiese leerles los labios durante las clases y muchas otras cosas que a Daisy le restaban obstáculos; cosas que dudaba que se estuviesen dando en Estados Unidos.

—Me preocupa que por mi culpa tengas que empezar de cero, enana, con todo lo que habías conseguido.

Ella sonrió con calma.

—*Habíamos*, siempre has dicho que somos un equipo, Graham. —Apartó las

fotografías y el marco con delicadeza, y acudió a mi lado—. Comprendo que te asuste, porque si por ti fuera me tendrías embalada en papel de burbujas, pero tienes que dejar que me enfrente a mis propias dificultades sin convencer a todo el que me rodea de que debe aprender lengua de signos o se las verá con tu indiferencia —recordó, y añadió—: Esta vez me gustaría que si alguien lo hace fuese por... mí. Porque yo le importo lo suficiente. En ese aspecto, empezar de cero es un buen comienzo, ¿no crees? —Yo vacilé y ella se sinceró—. ¿Quieres saber si echo de menos a mis amigos, Graham? —Asentí—. Los extraño una barbaridad. A todas horas. Y a veces me cuesta seguir las clases. Y he tardado casi un mes en que mis compañeros me incluyan en el plan del fin de semana, pero al final lo he logrado y sin contarles que eres mi hermano, el jugador ridículo de las lentejuelas y los colgantes de insectos. —Golpeó con la punta del dedo la hormiga, nos reímos y Daisy apoyó su cabeza en mi hombro, descansando—. Aun con lo malo, no ha habido ni un solo segundo en el que me haya arrepentido de pedirles que viniésemos a papá y mamá, Graham. Ni uno solo —susurró, y me aparté para que pudiese ver el asombro en mis ojos.

—¿Fuiste tú? —titubeé— ¿Venir a Salem fue idea tuya?

—Por supuesto —reveló con cierto orgullo—. En los equipos, cuando un jugador flojea, el resto le cubre. Los tantos son grupales. Es lo que siempre has defendido.

Sonrió y entonces le conté otra cosa que nunca había dicho a nadie.

—El día del partido, cuando todo se jodió y me sacaban en la camilla... La busqué, Daisy.

—¿A quién?

—A la onda. Me llevé la mano al corazón y... Nada, no funcionó. Seguía aterrado.

Su sonrisa se acentuó e hizo a un lado la solapa de mi chaqueta para serpentear con sus dedos y colocar la palma a la altura de mi corazón.

—Eso es porque los latidos de tu corazón son mi onda, Graham, no la tuya. A todos los jugadores no les va bien la misma técnica. Pero no te preocupes. Encontrarás la tuya. Lo haremos juntos. Te lo prometo.

Como respuesta, le eché un brazo por encima del hombro y la atraje hacia mí para abrazarla y depositar un beso en lo alto de su cabeza.

—Vas a pringarme de purpurina —se quejó, pero también se rio. Me pregunté si su risa sería mi onda y tuve la certeza de que, de no serlo, era un calmante para mi alma, porque de repente la presión de las últimas semanas me resultó menos amenazante y fue sustituida por lo mucho que quería a la chica pequeña, rubia y con las puntas rosas cuyo aliento rebotaba contra mi cuello. Iba a decírselo, que la quería todo lo humanamente posible y un poco más, pero entonces mi móvil

sonó y nos separamos.

—Enana... —le dije mientras me removía en la cama para meter la mano en mi bolsillo trasero y cogerlo.

—¿Sí?

—Sabes que te quiero todo lo humanamente posible y un poco más, ¿verdad? —Decidí que era mejor sacármelo que dejarlo dentro.

Ella asintió, sonrió de nuevo y me animó a atender la llamada. Creía que se trataba del conductor. Por eso, cuando leí otro nombre parpadeando en la pantalla me sorprendió.

—Es Kelly —revelé a mi hermana con una ceja arqueada.

—Cógelo. A lo mejor ha cambiado de opinión y te acompaña a la fiesta.

Lo dudaba. Se lo había ofrecido varias veces y en todas su respuesta había sido la misma: «No».

Me incorporé sobre una pierna y descolgué.

—¿Todo bien?

El silencio denso que había al otro lado me puso alerta.

—¿Kelly...?

—Sí y no —se apresuró a contestar, y su voz sonaba ronca, tomada, como si hubiera estado llorando durante horas.

—¿Quieres que vaya a tu casa?

—¿Te pillo en un buen momento para hablar?

Nuestras preguntas se solaparon. Un nuevo sonido en mi móvil me avisó de que me entraba otra llamada. Previsiblemente, se trataba del chófer y, previsiblemente también, querría decirme que ya había llegado y se encontraba en la puerta listo para recogerme y llevarme a una fiesta bastante importante para mí y para mi carrera.

—Claro. ¿Qué pasa?

De nuevo, un segundo de silencio.

—Joder, Kelly, me estás preocupando... —Había algo, llámalo corazonada, que me advertía de que ella no estaba bien.

—En realidad esta llamada es para una tontería... —trató de restarle importancia, pero sus palabras no me tranquilizaron. Al contrario.

—Cuéntamela, Ojos grandes. Sabes que las tonterías son mi especialidad.

La escuché coger aire y después pronunció:

—Mañana a primera hora voy a hablar con mi agente literario y con mi editora, pero quería que tú te enterases antes para evitar malentendidos.

—¿Enterarme de qué?

Me preparé y mis suposiciones sobre que algo iba mal se confirmaron.

—Lo dejo, Graham.

—¿El qué?

—La escritura.

Una incómoda sensación me recorrió de arriba abajo sacudiendo mis huesos y sospeché que poco tenía que ver con el proyecto que teníamos entre manos y más con que, si ella ya no escribía mi biografía, no habría ninguna excusa para verla al día siguiente.

—¿No vas a escribir *Graham Scott y la teoría del treinta por ciento*?

—Sí, por eso mismo te llamo. Para que no salten las alarmas cuando te enteres. *Graham Scott y la teoría del treinta por ciento* será el último trabajo de K. B. Stevenson. Eres mi última novela, Graham. —Forzó una risa falsa.

Aquello tampoco me relajó. ¿Qué habría llevado a Kelly a...?

—¿Quieres que vaya a tu casa? —ofrecí por segunda vez.

—No es necesario. Estoy bien —mintió—. Pero tengo que colgarte. Las luces de casa han decidido fundirse en este preciso instante. —Chasqueó la lengua y yo inspiré profundamente.

—Kelly, yo... —comencé a decir, y un pitido al otro lado de la línea me descubrió que había colgado. Observé la pantalla confuso y una extraña sensación se adueñó de mi pecho—. Dice que lo deja. Deja de escribir. No entiendo nada —le conté a Daisy, y ella me dedicó una suspicaz sonrisa.

—Qué afortunado eres, entonces, de tener un coche en la puerta dispuesto a llevarte donde tú le digas, ¿no crees?

—¿Insinúas que debería ir a su casa, enana?

—Insinúo que cuando te montes en el coche le deberías decir al conductor el nombre del lugar donde más te apetece estar esta noche, Graham, e ir allí. Sea donde sea. —Me guiñó un ojo y yo no tuve ninguna duda de mi destino para aquella lluviosa noche de sábado.

Pero antes tenía que coger una cosa...

29

TORMENTA

Kelly

—Sube el diferencial —dijo Mía al otro lado del teléfono. La había llamado nada más colgar a Graham para que me guiase sobre qué hacer con el apagón. Golpeé la linterna, que no funcionaba, con la base de mi mano y volvió a iluminar. Después, enfoqué el cuadro de luz, subí la palanca y esta bajó de nuevo. Justo en ese instante el silbido del viento chocando con la casa arrancó un crujido a las paredes que me asustó. Traté de tranquilizarme. Normalmente, me gustaban las tormentas y veía un halo melancólico y romántico en ellas. Pero esa noche no. Porque esa noche estaba sola, triste y no quería más problemas—. ¿Ha vuelto? —Mi hermana me sacó de mis pensamientos.

—No.

—Mira si hay luz en las otras casas del barrio. —Y fui hasta el salón para comprobarlo.

—No. Tampoco hay en la calle. —El único rastro de iluminación eran los faros de un coche que se desplazaba en ese momento por la carretera—. El corte ha debido de ser generalizado.

—Vale, Kelly, tendrás que esperar a que los técnicos lo solucionen. Mientras tanto, vigila que la comida del congelador no se eche a perder, y si lo hace avisa al seguro. Está cubierto. —Asentí como si tomara nota y no fuese imposible que los alimentos del congelador se estropeasen porque no tenía comida—. ¿Quieres que me quede en casa hasta que lo arreglen? El zulo al que vamos tiene mala cobertura.

Mía había quedado esa noche con sus compañeros de trabajo para salir.

—No es necesario. Oye, ¿tú sabes dónde guardó papá las velas?

—Tercer cajón del mueble del salón. Es posible que también encuentres algún mechero de la época en que le dio por fumar.

Cuando mamá murió, mi padre intentó apaciguar la ansiedad con la nicotina. Menos mal que no cuajó. Me agaché y, efectivamente, allí estaban. Las prendí y las coloqué encima de la mesa baja frente al sofá.

—Parece que voy a invocar espíritus. —Mía rio.

—¿De verdad que no quieres que me quede?

—Vete y pásalo bien por Düsseldorf —sonreí.

Ella preguntó:

—¿Tú no sales?

—Pensaba hacer galletas caseras.

—¿Tú? ¿Repostería?

Una vez que había abandonado el desván, me había puesto a recoger la cocina para mantener la mente ocupada y había encontrado el recipiente que nunca había usado que compré en Brooklyn para guardar mis propias galletas. Después, había encendido el horno sin comprobar que me faltaban todos los ingredientes y...

—¿Ha podido ser por el horno? El apagón, digo.

—No parece posible. Es un horno viejo, sí. Algún día los electrodomésticos de la abuela Charlotte entrarán a formar parte de un museo, pero no tienen la suficiente potencia para fundir todo el tendido eléctrico de un barrio. ¿De verdad que estás bien? Te noto rara...

Era la segunda vez que lo preguntaba. Confiaba en ella, de veras que lo hacía, no obstante, si le contaba la verdad no podría evitar echarme a llorar, ella cogería un vuelo esa misma noche, y yo lloraría todavía más. Prefería hacerlo cuando me sintiese más fuerte, solo eso.

—Tengo la garganta tomada con tanto cambio de temperatura. ¿Te puedes creer que mientras comprábamos los tulipanes hacía bueno y ahora necesitaría una canoa para cruzar la calle? —No me hizo falta verla para saber que estaba sonriendo: que empezase a adornar la escalinata de acceso la había hecho muy feliz cuando se lo había contado.

—El cambio climático, que ya está aquí.

—¿Va a ser dura la fiesta?

—Durísima. Pienso aniquilar las neuronas equivalentes a la bomba atómica y que me duelan los pies de camino a casa.

Sonreí y nos despedimos con el propósito de llamarnos al día siguiente, cuando Mía se despertase resacosa. Pensé en echarme en el sofá. Coger una manta, apagar las velas y tumbarme arropada. El llanto por el que tenía los ojos hinchados me había agotado y me ayudaría a dormir. Entonces escuché unos golpes en la puerta. Al principio, fueron suaves y podría haberlos confundido con la tormenta, pero pronto se tornaron más fuertes e impacientes. Imaginé que

se trataba de los técnicos. La mayoría de mis vecinos no les abrirían porque estaban acostados y habrían distinguido las luces de las velas por el ventanal del salón, en el que había olvidado echar la cortina.

—¡Voy! —dije, y, como los golpes no cesaron, elevé la voz—: ¡He dicho que ya voy! —Aceleré el paso y cuando abrí la puerta arqueé una ceja. Al otro lado, no había ningún técnico. En su lugar, estaba Graham, bajo la cortina de agua y calado hasta los huesos—. ¿Qué haces tú aquí? —La sorpresa me hizo sonar demasiado brusca. Él sufrió un escalofrío y chasqueó la lengua.

—Sería muy amable por tu parte que me dejases pasar antes de que muera por ahogamiento o hipotermia, Kelly.

Me hice a un lado y entró. Antes de cerrar la puerta, me di cuenta de que el coche que le había llevado hasta allí, cuyos faros había visto mientras hablaba con Mía, se marchaba.

—¿Dónde va? —pregunté mientras me daba la vuelta.

—Le he dicho que se vaya y ya le avisaré cuando tenga que volver.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo? —De nuevo, soné demasiado a la defensiva, pero no sabía cómo gestionar que él estuviese allí.

—Hasta que me eches, Ojos grandes. —Los dientes le tintinearon al hablar. Le enfoqué con la linterna y me percaté del motivo.

—Estás empapado, Graham.

Tenía el pelo mojado, la ropa húmeda y algunas gotas rodaban por su cara. El exterior volvió a rugir con fiereza y el interior retumbó. Él se encogió de hombros.

—Una toalla no me vendría mal.

Asentí, le dejé la linterna y yo me serví de la del móvil para ir al aseo de la planta baja y coger una de las toallas que la abuela Charlotte tenía apiladas en el mueble. No las había tocado desde que había llegado, así que confié en que continuasen limpias desde su último paso por la lavadora. Esta era verde turquesa con puntillitas blancas en los bordes, un color que solía confundir con el azul y resultaba similar al de los ojos de Graham.

Se la tendí nada más regresar. Graham había apoyado las muletas en el aparador de la entrada y me la quitó de las manos, rozándome con la punta de los dedos. Me percaté entonces de que a sus pies se formaba un pequeño charco y sus huellas se habían marcado en el suelo. Ascendí con la mirada y descubrí que una bolsa reutilizable negra colgaba de su hombro y que los labios se le habían curvado en una sonrisa ladeada.

—Una toalla muy *vintage*, Kelly.

Erguí la espalda.

—¿En los hoteles no te ponen de estas?

—En los hoteles me seco al natural. —Empleó un seductor tono aterciopelado y después sonrió divertido—. Anda, toma —dijo dándome la bolsa para que se la sujetara mientras se secaba, y en el último segundo reculó. Posó su penetrante mirada azul en la mía para advertirme—: No mires el contenido.

—No pensaba hacerlo —admití, aunque debía reconocer que acababa de despertar mi curiosidad. ¿Qué llevaría para reaccionar de esa manera...?

Se la descolgó del hombro, estiró la mano e insistió receloso.

—¿Puedo confiar en ti?

—Si lo preguntas significa que no.

Nos sostuvimos la mirada un rato y finalmente me la entregó.

—Confío en ti —determinó.

La colgué de mi hombro y, a pesar de que tenía intención de cumplir con mi palabra, mi subconsciente no pudo evitar tratar de adivinar de qué se trataba. El tamaño que tenía no era excesivamente grande, tampoco pequeño, y pesaba, aunque no mucho, con una carga que me era familiar. Me mordí el labio y estaba a punto de empezar a conjeturar mentalmente cuando Graham chasqueó la lengua por segunda vez.

—Maldita tela cara que se pega a la piel y pica —resopló a la vez que se deshacía de malas maneras de la chaqueta y la colocaba sobre el mueble recibidor al lado de las muletas para secarse. El estómago se me encogió y noté la boca reseca.

Tragué saliva.

No era la primera vez que le veía con el pecho al descubierto en fotografías y vídeos y también al natural, pero me causó un efecto anatómico similar a un hormigueo en la parte baja del vientre. Los músculos de Graham estaban definidos pero sin exceso, no parecían hinchados sino más bien tallados, cincelados sobre piedra, y no supe identificar si se debía al juego de luces y sombras que provocaba el apagón, la escasa iluminación de las linternas y la humedad del agua resbalando por su piel, pero esta parecía más suave y me era imposible apartar la vista de las gotas que centelleaban y se arrastraban. Mis pupilas comenzaron a perseguir el camino descendente de una de ellas, que se iniciaba en los pectorales y atravesaba los abdominales para perderse en... Sufrí una inesperada descarga eléctrica que recorrió todo mi cuerpo y me alteró. Menos mal que el sonido de su carcajada me sacó de la ensoñación.

—Joder, Ojos grandes.

—¿Qué?

Al alzar la vista me topé con una de sus espléndidas sonrisas torcidas.

—Sabía que mis abdominales terminarían conquistándote, aunque lo lamento por el lunar. Hoy es un día triste para él. —Continuó riéndose y yo me

recompuse para poder contestarle.

—Tus abdominales no me han conquistado. Los tengo muy vistos.

—Ah, ¿no?

—Pues no. Hay más fotografías de ellos que de la reina Isabel II.

—Dios la tenga en su gloria —bromeó, y añadió moviendo la cabeza para salpicarme con las gotas y mojarme—: Dirás lo que quieras, pero ellas no mienten.

Automáticamente, mi mirada bajó a mis pechos. Llevaba puesto el pijama de aguacates sin sujetador y era probable que, por la excitación que había sentido al contemplar el cuerpo de Graham, los pezones se me hubiesen marcado. Las mejillas se me encendieron al comprobar que así era y el sonido de un nuevo trueno quedó camuflado por la tercera carcajada de Graham.

—No me refería a tus tetas. Me refería a tus manos, las has cerrado a la vez que te mordías el labio para darme un puñetazo sin remordimientos por haberte pillado. Pero, oye, si tus tetas se alegran de verme sin camiseta, yo también me alegro de verlas a ellas. —El eco de su risa continuó conforme se pasaba la toalla por el pelo para después seguir con la clavícula, poniendo especial cuidado en el lunar y el resto del cuerpo. Desvié la mirada tratando de no darle más argumentos para que se siguiese riendo y fue en ese momento en el que recordé algo.

—Esta noche es la fiesta —volví a él, y todo cuadró. Hasta entonces no había reparado en la ropa que llevaba puesta, la casi ausencia de iluminación no ayudaba a hacerlo, pero en aquel instante me fijé. El pantalón de talle alto con lentejuelas, la chaqueta que se había quitado y desprendía purpurina, y el colgante de la hormiga que pendía de su cuello. Era la fiesta. La FIESTA. Con mayúsculas. Esa de la que tanto me había hablado los últimos días y a la que incluso había sugerido varias veces que le acompañase. Le contemplé sin poder dar crédito a lo que mi llamada había desencadenado y un sentimiento similar a la culpa empezó a trepar por mi garganta. Graham debió de leerme la mente, o la expresión, como siempre aseguraba, porque detuvo el movimiento de la toalla para observarme y hablar con cierta cautela.

—Sí, esta noche se celebra la fiesta, Kelly —confirmó.

Mierda.

—Es importante para ti.

—Tú también lo eres.

—No te he llamado para que vinieras y...

¿Qué había hecho? Me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja. De verdad que esa no había sido mi intención. Los rumores en el mundo editorial, igual que en todos los pequeños microuniversos, se propagaban a la velocidad de

la luz, pensaba hablar a la mañana siguiente con Teddy y Betty, en ese orden, para no permitirme cambiar de opinión y volver atrás, y no quería que Graham se enterase por una persona que no fuera yo y sacase conclusiones equivocadas. Pero lo que había sucedido... En aquel instante me agobié. Me agobié mucho.

—Sé que no me has llamado para que viniera, Kelly. Es más, si nos ceñimos a los hechos, lo que ha ocurrido es que me has colgado sin darme la oportunidad de hablar.

—Deberías ir.

—Tal vez —aceptó—, pero eso no lo decides tú.

Bajé la vista y Graham acortó la distancia que nos separaba para colocar un dedo, solo uno, en mi mentón y alzarlo con la intención de que le viese mientras decía:

—Ey, ¿no te das cuenta? Estoy justo donde quiero estar. ¿Qué ha pasado?

Mi mente me ordenó que callase de inmediato. Yo misma envié esas directrices a mi boca para que se cerrase como siempre hacía. Pero no pude, porque eran tantas las emociones que se agolpaban en mi interior que me encontraba desbordada y sin fuerzas para contenerlas.

—He colapsado, Graham. Estaba superada y no podía más... No puedo. —Mi voz sonó aguda y me vi incapaz de continuar articulando palabras, menos mal que él no me forzó a hacerlo, a decir nada más.

—Ven aquí, *Kelly*. —Volvió a emplear ese tono único, diferente de todos los demás, al pronunciar mi nombre.

Juro que no era consciente de cuánto necesitaba un abrazo hasta que Graham me agarró la mano con suavidad y me atrajo contra su pecho. Luego, me envolvió cerrando los brazos a mi alrededor y yo me dejé hacer apoyando la frente en su piel, que vibraba al ritmo de sus latidos y de una respiración que se me antojó profunda e irregular a la vez. Su cuerpo me cubrió por completo y allí, con la cabeza enterrada en él, me sentí protegida y a salvo. Sentí que, como había dicho Ángela, sus abrazos eran especiales porque te tocaban por fuera y te acariciaban por dentro, y también noté su firmeza y la seguridad de que no se apartaría hasta que yo se lo pidiese, nos llevase un minuto, una hora o la noche entera.

Graham estaba allí para mí, eso fue lo que más sentí, y eso no se experimenta con todos los abrazos.

—No tenías que haber venido, pero aun así lo has hecho... —hablé sobre su pecho sin separarme—. Gracias, señor Hormiga.

Noté cómo reía a través de la vibración de su piel y el gesto se trasladó a mi cara, algo mágico, porque minutos antes estaba convencida de que nunca, jamás, sería capaz de volver a sonreír.

—No puedo prometerte que todo va a ir bien ni darte ningún discurso de esos, porque lo cierto es que no tengo ni puta idea, pero sí que sé que voy a estar aquí cuando lo necesites... Con mis abdominales, Ojos grandes, ellos también te van a cuidar —bromeó, y le pellizqué en el costado.

—Eres idiota.

Aclaró la garganta y al hablar su voz sonó más áspera y profunda.

—Soy un afortunado porque esta noche hayas marcado mi número entre todos tus contactos.

—Tengo pocos.

—Pues, en ese caso, gracias por incluirme en tu agenda.

Alcé la cabeza, con la barbilla rozándole el pecho, le miré y él me dijo:

—Ahora vayamos a un sitio donde pueda sentarme. Hay algo que quiero hacer.

No sabía a lo que se refería cuando deshicimos el contacto, entramos en el salón, se dejó caer en un extremo del sofá y alargó la mano para pedirme que le devolviese su misteriosa bolsa. Tampoco cuando le ofrecí agua, café, zumo o tequila (las bebidas que tenía). Se decantó por lo primero, fui a la cocina a servirle un vaso y ya de paso cogí una chaqueta vieja de mi padre y se la presté. Y siguió sin darme ninguna pista cuando coloqué la bebida delante de él en la mesita baja con las velas prendidas al más puro estilo Halloween, le tendí la prenda de ropa y me senté a su lado. De lo que sí me di cuenta mientras se la ponía fue de que parecía inquieto, como si le estuviera dando vueltas a algo, y, como eso no era propio de él, malinterpreté su actitud.

—Graham, iba en serio. Voy a escribir tu biografía.

—Kelly —habló mientras se peleaba con la chaqueta—, si te soy sincero, en estos momentos me importa una mierda la biografía. —Parpadeé confundida y dolida. Él se dio cuenta y reculó al instante conforme terminaba de colocarse el abrigo de mi padre—. No quería decir eso. Lo siento. La biografía me importa, claro que sí. Es solo que en estos momentos hay algo más importante y estoy un poco nervioso por si, como acostumbro, la jodo.

—¿Tiene que ver con el contenido de la bolsa? —inquirí, y Graham asintió. Se pasó una mano por el pelo y se lo revolvió despeinándose. Su cabello brillaba todavía húmedo de la lluvia.

—Nunca he sido de grandes gestos de... absolutamente nada, Kelly —confesó con timidez, y añadió pensativo—: Si te soy sincero, no me queda claro si con lo que estoy a punto de hacer la voy a fastidiar o si te va a gustar.

—En ese caso —le tranquilicé devolviéndole el favor que antes me había hecho al calmarme entre sus brazos—, deja que decida yo. Prometo decirte la verdad. —Subí las piernas al sofá y me acomodé de lado. Él pareció reflexionar

un segundo más, pero finalmente se lanzó a la piscina. Hundió la mano en la bolsa de tela negra y sacó lo que había en su interior. El corazón me dio un vuelco al descubrir de qué se trataba, aunque no supe identificar si en el buen o en el mal sentido.

—*Nuestro Big Bang* —pronuncié al reconocer la portada de mi primer libro.

—Te prometo que lo he protegido de la lluvia —aseguró, y luego me consultó —: ¿Te hace daño verlo?

Lo valoré.

—No lo sé. Por un lado, siempre estaré orgullosa de esta novela, y por otro, duele porque representa lo que acabo de perder.

—¿Estás segura de querer dejar de escribir? —me preguntó mientras yo escondía un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No, pero estoy segura de que quiero priorizar mi salud mental, y ahora mismo ambas cosas no parecen compatibles.

Graham volvió a asentir, más serio que de costumbre.

—¿Qué es lo que más te preocupa?

—No encontrar nada que esté a la altura de lo que sentía mientras tecleaba.

Él interiorizó mis palabras durante un instante y después enumeró:

—Jugadora de golf profesional, bautizar a una estrella, crear un spa para gatos y pasarte el día acariciándolos, viajar a otro país y que estén a punto de detenerte, y ¿qué más? Ah, sí, apicultora... Tienes una buena lista de cosas que quisiste ser antes de convertirte en escritora por la que empezar. —Me sobrecogió que recordase nuestra primera conversación y, con el corazón todavía encogido, bromeé tratando de restarle hierro a la emoción que se extendía en mi pecho.

—No tengo muy claro que bautizar una estrella y crear un spa para gatos y pasarme el día acariciándolos sean profesiones serias.

—Supongo que depende de la originalidad del nombre y el cariño de las caricias —sonrió, y añadió su tercera y última pregunta de la noche sobre el tema—: ¿Cómo puedo ayudarte?

Suspiré.

—Me gustaría darte una respuesta, Graham, pero no lo sé. —No podía hacer eso sola. Necesitaba las pautas de un profesional. Hasta entonces...—. Contarme por qué has traído mi libro ayudaría a calmar mis ansias de respuestas. —Alcé un poco las comisuras de mis labios y él también lo hizo.

—OK —accedió—, pero no tengas grandes expectativas. Las grandes expectativas suelen jugar en mi contra. —Asentí y aguardé a que hablara.

Fuera seguía lloviendo, y continuábamos sin luz, pero hacía un buen rato que ninguno de los dos prestábamos atención a nuestro entorno.

—Llevo varios días posponiendo la lectura del último capítulo y el epílogo, no entiendo muy bien el motivo. Quiero conocer el final y creo que esta noche es un buen momento para... leerlo aquí. Contigo. ¿Te parece bien, Kelly?

No me parecía ni bien ni mal. En todo caso, sentía curiosidad.

—¿Los dos juntos en voz alta? —dudé.

—No, yo leo y tú me miras a mí o a la llama de la vela, lo que prefieras, aunque soy más guapo —remató de coña.

Apreté las rodillas contra mi pecho haciéndome un ovillo y le animé.

—Adelante. No me odies mucho cuando en el último instante un camión atropella al protagonista y muere. Ups, se me ha escapado —utilicé la broma como escudo. La risa es una buena protección. Graham me siguió el rollo y fingió fulminarme con la mirada.

—Espero que no sea cierto.

—Tendrás que comprobarlo.

Contuve el aliento y... Graham colocó la linterna sobre el reposabrazos para que alumbrase el libro. Luego, inspiró profundamente, sonrió y lo abrió por donde estaba el marcapáginas. El estómago se me encogió. Había visto a gente leyendo mis novelas en la cola de alguna de las firmas, y un par de veces me había hecho mucha ilusión toparme con mis libros entre las manos de alguna persona en el metro de Manhattan, pero nunca había asistido a la lectura del capítulo final y el epílogo en directo, y era emocionante. Agradable. Chispeante. Aterrador. Ser testigo de la parte que un escritor se pierde cuando se publica el libro y deja de ser solo suyo para pertenecer también a los lectores.

Graham estaba recostado, concentrado sin despegar los ojos de la novela con las pupilas persiguiendo mis palabras, y su actitud nunca me había resultado más sexi. Embriagadora. Jamás me había parecido tan atractivo como cuando le vi pasar las hojas con cuidado y llevarse un dedo a la boca para humedecerlo y evitar que se apelmazasen. Por no mencionar las líneas de expresión que se le dibujaban en el rostro. Durante ese rato vi pasar muchos gestos por su cara y todos me resultaron adorables y atrayentes: la incertidumbre, la angustia, la sorpresa, el alivio y la satisfacción cuando culminó el capítulo con los labios dibujando una sonrisa entusiasmada y anunció:

—Vamos a por el epílogo. No hagas que te odie, Kelly. No me fío del todo de ti...

Continuó sin esperar respuesta. La luz regresó de sopetón justo cuando comenzaba la última página, pero no lo celebramos. Es más, a decir verdad, ninguno de los dos se movió y seguimos como si nada hubiese sucedido; él leyendo y yo hipnotizada con la escena que presenciaba. Terminó, tragó saliva, cerró el libro y sin soltarlo murmuró con los ojos brillantes algo que fue más

para sí mismo que para mí.

—Así que este es el puñetero vacío del que Daisy hablaba... —Había muchas cosas que me sorprendían de Graham, pero una de las que más me llamaba la atención era que, con todo lo que había vivido, mantuviese intacta la ilusión por las pequeñas cosas; cosas insignificantes como acabar de leerse una novela e identificar el vacío que solo conocen los lectores, la sensación de que el punto final llega en el momento adecuado y, aun así, no te importaría leer mil páginas más de relleno de los personajes. Permaneció un rato así, con la sonrisa boba bailándole en los labios y mis pulsaciones aumentando; luego, dejó *Nuestro Big Bang* en el reposabrazos y me miró. Experimenté una sacudida brutal en la tripa —. ¿Quieres conocer mi opinión?

Dudé. Por un lado, sí que me apetecía y, por otro, me daba miedo que la crítica fuese mala y terminase de hundirme, o buena y no la creyese. Al final, decidí ser valiente y escucharle. Había pocas cosas de las que estaba segura esa noche, pero una de ellas era que Graham no me haría daño.

—Vale, pero intenta enfocar las partes negativas de manera constructiva, por favor.

Aquella noche me sentía vulnerable, frágil y expuesta, a un soplido de quebrarme.

Graham lo comprendió y me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes, seré breve. No entraré en tanto detalle.

Es curioso cómo en ocasiones creemos cosas de nosotros mismos que no son ciertas. El jugador repetía con más frecuencia de la que me gustaría recordar que pensaba poco, o que no sabía hacerlo, menospreciaba su cerebro, y yo tenía la prueba delante de que era al contrario. A pocas personas se les arrugaba la frente y seleccionaban mejor las palabras para no herir, porque Graham tenía muchos defectos, pero su mayor virtud era que le importaba la gente y aquello eclipsaba todo lo demás.

—¿Preparada?

—Sí.

—Bien, pues aquí va. —Carraspeó y dijo—: Me ha gustado mucho, Ojos grandes.

Me quedé un poco fría con su valoración. Tanto que aguardé por si añadía algo más, y al no hacerlo, se me escapó un:

—¿Eso es todo? —De todas las críticas *breves* a las que me había enfrentado, aquella se situaba en la primera posición. Él pareció confundido.

—Eso es mucho, Kelly. —Cogió una bocanada de aire y me explicó—: *Nuestro Big Bang* tenía una gran responsabilidad. Es mi primera novela, podía animarme a seguir por el sendero de la lectura o darme un argumento más para

rechazarlo y emplear ese tiempo en las redes sociales, y ha logrado lo primero —celebró—, aunque desde que lo empecé no tenía ninguna duda. Se nota que está escrito con el corazón, y ninguna cosa que salga de esa parte de tu cuerpo podría no gustarme. —Permaneció unos segundos en silencio y reveló—: Antes, cuando me has colgado, me he preocupado por él.

—Dirás por mí —le corregí, y Graham negó con la cabeza.

—No. Bueno, sí. También —se rio por el lío—, pero nada más escuchar el pitido automáticamente he pensado en *ellos*, en los protagonistas de *Nuestro Big Bang* y en todas las noches que llevan haciéndome compañía.

—¿Por qué? —vacilé sin encontrarle sentido.

—Porque no quiero que los olvides y es lo que puede acabar sucediendo. A veces, cuando dejamos atrás algo que hemos querido con toda nuestra alma, pensamos que borrarlo como si nunca hubiese existido es la mejor solución para dejar de sufrir y... —titubeó—. No es el destino que *ellos* merecen. —Serpenteó con los dedos y acarició las puntas de los míos provocando que mi piel se pusiera de gallina—. Tú no te mereces olvidar las cosas increíbles que has hecho, Kelly.

Noté el nudo que se me empezaba a formar en la garganta y antes de que se cerrara logré articular:

—¿Cómo puede ayudar que hayas leído *Nuestro Big Bang* a mi memoria?

Graham me dedicó una sonrisa que aumentó mi riego sanguíneo.

—Muy sencillo. Cuando dudes, pregúntame a mí.

—¿Cuándo dude qué?

—Si fue real o no. Antes te he dicho que no tengo ni puta idea de cómo se va a desarrollar el futuro, y es cierto, pero lo que sí sé es que estoy memorizando cada una de las emociones que siento ahora mismo dentro de mi pecho pringado de purpurina para poder describírtelas si alguna vez te planteas si fue tan especial o no como recuerdas, y que nunca olvides que eres tan poderosa como para poder crear este tipo de sensaciones en los demás. Mientras me tengas cerca, lo que crees que has perdido jamás desaparecerá, así que no te alejes de mí, Kelly. Hace tiempo que tú y yo somos más que hockey y libros.

Nos quedamos en silencio y le miré con los ojos muy abiertos.

—Di algo, con las altas probabilidades que hay de que la haya cagado y que lo que más te apeteciera fuera que saliésemos a quemar libros, o simplemente ignorarlos, necesito que me confirmes que no la he fastidiado. Por favor...

Descubrí lo mucho que yo le importaba a Graham en la tonalidad de aquel «Por favor» y lo mucho que él me importaba a mí cuando experimenté un latigazo entre las costillas, seguido de una fuerza arrolladora que hasta entonces jamás había sentido por nadie y que tiraba de mí para empujarme en su

dirección. Por supuesto que éramos más que libros y hockey. Éramos el equipo Stevenson-Scott, Ojos grandes y el señor Hormiga, y este no se desintegraría cuando acabase la biografía.

Sé que lo suyo habría sido que hablase en ese momento, que le dijese: «Es un gesto precioso, Graham», pero no podía hacerlo. No me nacía la voz. Así que pensé en mover los labios y averigüé que deseaba hacerlo con una condición: que rozasen los suyos. Bajé las piernas del sofá con lentitud y, sin apartar mi vista de la suya, empecé a inclinarme hacia delante. Más y más. Con todo mi cuerpo. Emití un suspiro ronco de redención ante el evidente beso, los nervios salpicaron mis venas y justo cuando comenzaba a entornar los ojos con la anticipación retorciéndome las tripas observé que Graham se humedecía los labios para acto seguido sortearme veloz y ponerse en pie. Parpadeé, confundida y helada, y con la voz tomada, respiración irregular, los músculos tensos y una sonrisa torcida, él me dijo:

—Vámonos a otro sitio, Ojos grandes.

Algo en mi interior se desplomó.

Graham Scott me había rechazado.

30

LA ÚLTIMA VEZ

Graham

Al llegar a cubierto, Kelly cerró el paraguas que nos había protegido a ambos. Seguía lloviendo, pero la tormenta había perdido parte de su fuerza. Alzó la cabeza y observó confundida el edificio que teníamos delante. Iba preciosa, con un vestido negro ceñido palabra de honor cuya falda terminaba a mitad del muslo, el pelo suelto ondulado, medias oscuras, los pendientes de aro plateados, maquillaje ahumado y unas cómodas Vans negras y blancas. Los tacones los llevaba guardados en una bolsa para ponérselos después.

Observó la construcción de ladrillo blanco y el aparcamiento prácticamente vacío, y desvió la vista hasta mí, aunque evitó que sus ojos se cruzaran directamente con los míos, como llevaba haciendo desde nuestro *instante* en el salón. Yo guardé el móvil con el que acababa de avisar de que habíamos llegado y cerré el abrigo de su padre que ella me había prestado. Tenía el traje de diseño puesto debajo, pero la chaqueta no se había secado del todo, y hacía frío. Esperaba que nos abrieran pronto.

—Creía que sería en otro lugar... —murmuró. No me quedaba muy claro dónde presuponía que habíamos ido. Desde nuestro casi beso había hablado poco, y eso era extraño, porque existían pocas cosas que vencían a Kelly y la curiosidad era una de ellas.

—¿Dónde piensas que estamos? —me interesé. Dependiendo del sitio en el que se encontrase mi contacto, aún le podían quedar unos minutos. Ella arrugó su adorable nariz redonda.

—En la fiesta, ¿no? —preguntó, y al segundo sacudió la cabeza como si otra idea fuese inconcebible—. Hemos venido a la fiesta —afirmó convencida—, aunque había imaginado que sería en algún sitio elitista y fino con buenas vistas de Boston. No sé, prejuicios, supongo, nunca me dijiste dónde se celebraba. —

Se encogió de hombros y mis labios se curvaron de lado.

—La fiesta se celebra en un sitio elitista y pijo con buenas vistas de Boston —confirmé, y la vergüenza por lo que ella creía que había sido un rechazo se vio eclipsada, por fin, por esa ansia suya de saber que tanto me impresionaba. Clavó su enorme mirada castaña en la mía y preguntó:

—Entonces, ¿qué hacemos en una pista de hielo cubierta, Graham?

Mi sonrisa se acentuó e invadió la totalidad de mi cara tirando de las mejillas. Acababa de ver la luz de la entrada del edificio encenderse a través de la cristalera, lo que significaba que a mi contacto le quedaba poco para dejarnos entrar. Kelly averiguaría pronto nuestra ubicación, pero todavía podía estirar la incertidumbre algo más.

—Vas a hacerme un favor —revelé, y ella frunció el ceño.

—¿Qué puedo hacer yo por ti? —vaciló. Kelly nunca fue consciente de su poder.

—Muchas cosas, Ojos grandes, y de la mayoría no te das cuenta.

Robert apareció en ese instante en la entrada del edificio y me saludó, sujetando la puerta para invitarnos a entrar. Era el hijo mediano de Rupert, el dueño de la pista de hielo cubierta Nancy Kerrigan. Nos habíamos conocido gracias a los Boston Bruins, equipo que toda la familia seguía, y acababa de abusar de su confianza. Bueno, no. Había abusado de su confianza desde el preciso instante en el que Kelly había subido para cambiarse y el germen de una idea había comenzado a palpitarme en la sien. Había algo que quería hacer...

—Hola, Robert. ¿Cómo os va?

—Bien.

La familia al completo trabajaba en la pista. Hijos, mujeres, maridos, hermanos del viejo Rupert y sobrinos.

—¿Y tu padre?

—Se queja mucho desde que tú no juegas. Tienes que volver para impedir que le asesine y esconda su cadáver en el hielo ahora que podemos. —La primavera y el verano eran temporada baja para el negocio. Excepto por algunas clases y por los profesionales que iban a practicar sus movimientos, apenas tenían público, ya que durante esas estaciones la gente prefería realizar deportes al aire libre de montaña y agua.

—Me esforzaré en evitar el homicidio la semana que viene.

—¿La operación es ya?

—El lunes empiezan las pruebas y el viernes quirófano —expliqué, y él asintió.

—Todos aquí queremos que te recuperes —afirmó con sinceridad.

—Lo sé. Yo también.

Nos quedamos en silencio y reparó en la chica que me acompañaba.

—Te presento a Kelly —le dije, y me dirigí a ella—. Kelly, él es Robert.

Ambos se saludaron y, por el modo en el que las pupilas de la escritora se desplazaban por toda la estancia tratando de acumular información, fui consciente de que su intriga no hacía otra cosa que aumentar. «¿Qué pensará cuando...?». Evité darle vueltas a ese interrogante y me relajé, ya lo descubriría.

—¿Venís a patinar? —le preguntó a ella. Había sido poco específico en mi llamada y solo le había consultado si podíamos utilizar esa noche la pista.

—No... —titubeó sin estar del todo segura—. Yo no sé patinar, y no creo que Graham haya decidido enseñarme hoy.

Sacudí la cabeza.

—No voy a darte una clase privada de patinaje, Kelly. —Ella respiró aliviada y el que pareció entonces intranquilo fue él—. Yo tampoco voy a patinar, Robert —me apresuré a calmarle, aunque me escoció saber que la mera idea de imaginarme con unos patines puestos deslizándome provocaba esa reacción. Por mucho que me apeteciera, no podía subirme en ellos y arriesgarme a fastidiar la articulación todavía más. Aparté ese pensamiento y la sensación de asfixia que me causaba y me concentré en ella. En Kelly. Estaba allí por la chica de los ojos grandes. Y por mí. Por nosotros—. Vamos a hacer algo más simple —anuncié, y Robert no me interrogó para saber de qué se trataba. En su lugar, nos guio hasta el hielo. Había que recorrer un pasillo, dejar atrás los aseos y pasar la cafetería.

—Os espero aquí tomando un refresco con la vigilante de seguridad. ¿Queréis algo? —ofreció.

—No —contesté—. ¿Tú quieres algo, Kelly? —Ella negó con la cabeza.

—Gracias de todas maneras.

Robert se encogió de hombros.

—¿Sabes dónde están las luces?

—Lo sé.

—Si necesitáis cualquier cosa...

—Te damos un toque —completé por él, impaciente. Quería que nos marchásemos ya. El hijo de Rupert se despidió con un movimiento de mano y nosotros continuamos hasta la puerta que conducía a la pista que se veía desde donde estábamos—. ¿Conoces a Nancy Kerrigan? —le pregunté al ver una foto de la mujer a la que Rupert había dedicado su negocio en uno de los laterales.

—No —confesó a la vez que nos deteníamos frente a la entrada—, ¿debería?

Sonreí.

—Depende, fue uno de los grandes escándalos deportivos de los noventa —le expliqué, y ella me prestó atención. Mis labios se estiraron todavía más. Había pocas cosas en el mundo que superasen a Kelly poniendo todos sus sentidos en

ti. De hecho, creo que ninguna. O solo una. La que se encontraba detrás de esa puerta; era cristalina y activaba cada partícula de mi ser—. Kerrigan era patinadora profesional en Stoneham, Massachusetts, la ciudad natal de Rupert. Y lo tenía todo para triunfar, pero antes de los Juegos Olímpicos de Invierno del 94, un asaltante contratado por el marido de su principal rival, Tonya Harding, la atacó con un bastón de policía y le rompió la pierna.

—Menudo capullo —masculló Kelly entre dientes.

Yo tiré de la manilla y empujé la puerta con el hombro para que se abriera.

—Menudo capullo, sí —me sumé, y sonreí por lo adorable que era verla enfadada cuando no estaba mosqueada conmigo.

Al otro lado, nos recibió la quietud, la oscuridad y ese olor con textura que solo la gente como yo podía percibir en los pulmones. Troté hasta el pulsador y lo apreté. A la luz le costó encenderse. Parpadeó un par de veces y una tercera emitiendo pequeños destellos en el techo, como si fueran estrellas fugaces intermitentes que se negaban a prender e iluminarnos. Mientras aguardábamos a que lo hicieran, las imágenes del ataque de Kerrigan se reprodujeron en mi cabeza. A ella, igual que me había ocurrido a mí, también la habían grabado en el momento inmediatamente posterior y se la veía recibiendo ayuda de parte de sus asistentes y de su padre al grito de: «¿Por qué? ¿Por qué?». El recuerdo de mi propio encuentro con la fractura subido en una camilla mientras lo que me rodeaba se difuminaba me sacudió, pero Kelly me sacó de la ensoñación.

—¿Qué le ocurrió?

—¿Te refieres a si la historia tiene final feliz?

Se escuchó un chispazo al tiempo que las luces se encendieron y el lugar se inundó de una tonalidad azulada gracias al reflejo del hielo que me entibió los huesos. El frío puede calentar cuando es lo que más deseas. Cogí una bocanada profunda y al girarme me topé con los ojos de dibujo animado de Kelly fijos en los míos. Reconozco que me costó contenerme y no deshacer el espacio que nos separaba, pero quería hacer las cosas bien, y para conseguirlo debía aguantar tan solo un poco más.

Hacer las cosas bien era una tortura.

—¿Lo hubo? —Parpadeé, confundido, y ella me aclaró—: El final feliz, digo.

—Sí, Kelly, lo hubo. Se recuperó para ganar una medalla de plata en los Juegos Olímpicos de Invierno del 94, y luego actuó en varios *shows* de hielo, por no mencionar que participó en el programa *Dancing with the Stars*. A lo mejor la viste.

Una sonrisa de satisfacción por el final feliz comenzó a bailarle en la boca, pero pronto fue sustituida por una suspicaz ceja arqueada.

—¿No me habrás traído aquí para bailar? Ya te he dicho que la protagonista de

la novela no soy yo y no tengo ningún trauma con el baile.

Le devolví el gesto calmado.

—No, Ojos grandes, no vamos a bailar. Esta noche, no. ¿Bajamos?

Le señalé la pista con la barbilla y ella asintió. Comenzamos a descender por la escalera que desembocaba en la pista y... Normalmente era un tío muy seguro de sí mismo en este tipo de situaciones, pero normalmente este tipo de situaciones se daban sin más, y no tenía tiempo para planificar, para imaginar.

El tiempo aumenta los nervios y mata el impulso.

Llegamos abajo, coloqué las muletas recostadas en la valla acristalada y me deshice del abrigo, colgándolo en uno de los salientes.

—¿Me echas una mano?

—¿Quieres meterte en la pista? —adivinó.

—Solo apoyar los pies —dudó—, por favor.

Kelly acudió a mi lado y me serví de ella para propulsarme y dar el salto con el que entré en la pista y me reencontré con mi adorada masa de agua congelada. Un agradable escalofrío trepó por mi cuerpo y me pinzó los nervios. Cualquier persona pensaría que la firmeza del hielo, si no te deslizas por él, es similar a la del asfalto, pero estaría equivocada. Moverte por la pista era como caminar por un punto intermedio entre la tierra y el cielo, sobre el agua, una sensación reservada solo para los pocos afortunados que eran capaces de apreciarlo, privilegiados como yo. Una sensación inigualable. Cerré los ojos y disfruté del frío que calaba mi piel a través de la tela mojada y de la emoción de volver a escuchar el crujido del hielo.

—¿Ahora qué, Graham? —preguntó, y poco a poco separé los párpados con energías renovadas para dedicarle una sonrisa a Kelly.

—Ahora me gustaría que vinieses conmigo. —Ella pareció dudar. A diferencia de lo que me sucedía a mí, su relación con el hielo no era buena. Pero la necesitaba conmigo. A mi lado—. Venga, será rápido. Te lo prometo.

Vaciló un par de segundos más y finalmente accedió. Posó una de sus Vans en la pista y después la otra, colocándose frente a mí. La observé con detenimiento. Probablemente había un millón de motivos por los que aquello no era buena idea, principalmente que nos habíamos hecho buenos amigos y yo continuaba temiendo el compromiso, los finales. Sin embargo, la única razón que me importaba estaba delante, era preciosa y no podía contenerme más.

Aclaré la garganta y hablé.

—Kelly, antes, en tu casa, yo...

—Lo siento, Graham —me interrumpió—, no sé lo que me ha pasado. No debería haberme lanzado sin estar segura y... —No la dejé terminar.

—No te he rechazado. Jamás podría hacerlo. —Negué con la cabeza

esbozando una sonrisa por lo absurdo de esa conclusión y añadí con mucha seriedad—: Solo lo he pospuesto porque necesito que me hagas un favor... Uno que me temo que únicamente tú puedes hacer.

—¿Cuál?

—Hay una cosa que lleva meses atormentándome, Kelly.

—*¿Yo?* —Emitió un sonido flojo y una carcajada brotó de mi garganta.

—Tú también. Pero no es de ese tormento del que estoy hablando. —Me mordí el labio y ordené mis pensamientos para contárselos—. La semana que viene es la operación...

—Lo sé. Tengo la fecha grabada en el cerebro —reconoció, y tragué saliva para poder decir en voz alta lo que estaba a punto de pronunciar.

—Puede salir bien...

—Va a salir bien —me corrigió, y me vi obligado a contradecirla.

—O no. —Su mirada se ensombreció ante una perspectiva que a ninguno de los dos nos agradaba—. Ey, no te pongas triste. —Estiré la mano y acaricié la curva de su cara ovalada, dejándola descansar en su mejilla—. Esto no va de lamentos. Va de... las cosas memorables.

—¿Las cosas memorables?

—Exacto. Va de recuerdos. —Hice una pausa y añadí—: Hay pocas cosas de las que estoy seguro en esta vida, pero una de ellas es que nunca, jamás, podría rechazarte, y la otra es que no olvidaré nunca mi última vez sobre el hielo como jugador profesional, Kelly...

—No comprendo por dónde vas, Graham... —dijo, pero sí que lo hacía, lo que ocurría era que no quería ni plantearse que la teoría del treinta por ciento no se cumpliese. Volví a inundar mis pulmones de aire y sonreí para que se diese cuenta de que el setenta por ciento, aunque fuese el porcentaje ganador, no podría con nosotros en aquella pista.

—Verás, si cuando me despierte el viernes las noticias son malas, dejaré de ser jugador profesional y mi último recuerdo en la pista será de la dolorosa tarde que me rompí la rodilla. No quiero eso.

—¿Qué quieres?

—Algo especial con lo que sienta que hasta mi último segundo como profesional mereció la pena; y hoy, aquí y ahora, soy jugador de los jodidos Boston Bruins. Que no se te olvide.

Sentí su temblor en la punta de mis dedos. Acababa de comprender lo que le estaba proponiendo.

—¿Qué puede ser tan especial, Graham?

No lo dudé.

—*Tú.* ¿Recuerdas cuando te dije que era experto en tomar malas decisiones?

—Sí.

—Pues besarte por si acaso es lo último que hago sobre el hielo es la mejor decisión que he tomado en toda mi puta vida, Kelly. No lo dudes.

No me resistí más. Me incliné hacia delante y nuestros labios chocaron con fiereza en la pista vacía de Nancy Kerrigan. Recuerdo ese beso como uno de los mejores de mi vida. La textura de sus labios, el modo en el que se movían sobre los míos desesperados y con potencia y su sabor a regaliz cuando entreabrimos la boca y nuestras lenguas se rozaron. No había música, pero su respiración acelerada y mi pecho, a un paso de estallar, me parecieron mejor que una trabajada banda sonora de fondo. Y estoy seguro de que nuestros miedos continuaban allí, el suyo a que el amor se perdiese y el mío a no ser suficiente para retenerla a mi lado, pero no los escuchábamos.

También recuerdo que lo pensé allí, sobre el hielo, con Kelly enlazando las manos en mi nuca y las mías desplazándose hasta la parte baja de su espalda para pegarla más a mi cuerpo... Creí que sería posible. Qué narices. Creí que era posible. Que lo conseguiría. Que el equipo Stevenson-Scott tendría su treinta por ciento. Creí que en lugar de estar ante mi último beso como jugador profesional estaba ante el primero con ella y tampoco lo olvidaría porque era igual de importante. Pero, al final, solo una cosa fue cierta. Aquel beso sobre el hielo permanecería inalterable en mi memoria para siempre porque...

31

LO QUE OCURRIÓ

Graham

La operación no salió bien.

PARTE 2
La vida sin alas

Querida mamá:

Siempre se habla del camino, ¿sabes? Que si no hay que mirar atrás para seguir adelante. Que si a veces surgen desvíos inesperados que te llevan a los destinos no soñados que necesitabas. Que mires a los lados para no perderte el paisaje que te rodea. Los baches ayudan y puedes sortearlos, saltarlos o aprender de ellos pisándolos sobre el terreno. El camino, el camino y el camino. Yo también he caído en ese error. He escrito innumerables reflexiones sobre ellos en mis libros. Pero ¿qué hay de la persona que anda? ¿Y si en lugar de reparar en su recorrido debemos hacerle caso a ella? Verla, escucharla, sentirla. Darle el protagonismo que merece y que el resto sean solo eso, pasos en una dirección concreta hacia un lugar indeterminado que en realidad tampoco importa tanto. Hace mucho tiempo que solo observo el ambiente y la trayectoria, y es hora de contemplarme a mí. Tengo que descubrirme. Tengo que hacerme preguntas. Tengo que dejar de pensar en cómo es la vida sin alas y decirme: «¿Quién es Kelly Bennet hoy?». Y en esas estoy, averiguando cómo soy. No quiero llegar a ningún lugar en el cuerpo y la mente de una desconocida. Parece fácil, pero no lo es en absoluto. Sin embargo, poco a poco iré rascando la superficie hasta encontrarme, porque ahora no hay asfalto ni tierra ni senderos de agua, ahora estoy yo. En algún instante, al respirar escucharé mi voz.

Te quiere,

Kelly

32

PUNTAS LILAS

Kelly

Había pasado un mes desde la operación fallida de Graham y yo había salido a dar una vuelta por mi barrio. Esa noche se celebraba su gala de despedida del equipo en el TD Garden, y tenía la agenda tan a reventar de acontecimientos que por la tarde no habíamos quedado. Graham ocupaba buena parte de mis pensamientos, no voy a mentir, pero en esos instantes lo dejaba fuera. Esos ratos, los del paseo, eran solo míos. Así lo había acordado con Caroline y así lo iba a cumplir.

Caroline era mi psicóloga. Llevaba un mes viéndola una vez por semana y... Durante la primera sesión solo lloré. Recuerdo llegar a su consulta, saludarla, que me invitase a pasar, dejarme caer en el sofá que estaba frente a su sillón y romperme en cuanto me preguntó: «¿Qué te ha traído aquí, Kelly? Cuéntame lo que quieras de ti». Fue como si las compuertas se abriesen y todo el dolor de mi interior saliese a presión. Supongo que había tardado mucho en pedir ayuda, pero cuando lo hice era porque realmente lo necesitaba. Estaba al límite y quería hablar porque sabía que hablar era el primer paso para curarme.

No me mandó «ejercicios» ese día. Simplemente me escuchó, atenta, paciente, haciendo los comentarios adecuados y las preguntas sanadoras que yo misma contestaba. En la segunda también hubo lágrimas, aunque algo menos. Creo que aguanté los diez últimos minutos estoicamente sin venirme abajo. Me enseñó a respirar con el diafragma y me pidió que esa semana aprendiese algo sobre mí y se lo contase en la siguiente sesión.

Aquello me extrañó. Creía que me conocía. Hasta que me di cuenta de que no. Pensaba que era todos los adjetivos que había escuchado alguna vez mencionar sobre mí. Es decir, cuando las personas decían que era una chica alegre antes de la muerte de mamá, de algún modo yo me lo creía y actuaba en consecuencia; y

cuando empezaron a decir que era mohína, apagada y distante, me ocurrió lo mismo.

Pero ¿cómo era Kelly Bennet?

Llegué a la tercera consulta sin tener nada que contarle a Caroline. Es complicado descubrirte a ti misma cuando te estás ahogando en un mar de dudas e inseguridades. Así que lo simplificamos. Ella no quería cargarme con una lista de cosas por hacer y añadir más presión al cóctel que era por dentro, simplemente pretendía que adquiriera una rutina de algo que me hiciese sentir mejor, y ni siquiera tenía que ser diaria. Le hablé de los paseos. De cuando vivía en Boston y salía a caminar por zonas que preferiblemente estuviesen pobladas de árboles.

—Un paseo a la semana puede estar bien, Kelly, pero, sobre todo, es fundamental que, si alguna vez no lo logras, no te culpes. Este es un proceso lento. No hay prisa cuando se trata de uno mismo.

El paseo era mi momento. Mi cita conmigo. Y para no tomármelo como una tarea intentaba programarlo lo mínimo posible. Aunque, claro, mi cabeza solía tener otros planes.

«Cada semana podrías hacer una ruta distinta y marcarla en un plano de la ciudad con rotulador hasta que hayas recorrido todo Salem».

«Menos de tres horas no es aceptable».

«¿Y si te apuntas a alguna actividad?».

«A lo mejor con la mente en blanco observando lo que te rodea te viene una idea».

Silenciarla era difícil y no siempre lo conseguía. Algunas veces me metía en la cama con la sensación de que era una fracasada, una vaga que no trabajaba y a la que nada hacía completamente feliz. Infantil. Inmadura. Débil. Esos instantes eran una verdadera tortura, pero pasaban, y confiaba en que poco a poco lograsen atraparme en menos ocasiones, aunque nunca se fuesen del todo.

Por el momento, tenía mis paseos semanales. Y en la siguiente sesión añadiríamos algún *tip*.

Sonreí. Hacía una tarde estupenda y me alegraba de haber vencido a la desgana inicial que había tratado de convencerme para no salir. «Total, Caroline te dijo que no te sintieses culpable», había sido su voz. Y la odiaba. Pero durante las... Revisé el reloj de muñeca y abrí mucho los ojos. Vaya, durante las cuatro horas que llevaba deambulando por Salem, no la había oído ni una vez. Bueno, miento. Solo una, conforme caminaba por la calle peatonal Essex Street y al pasar por delante del escaparate de un anticuario había pensado en lo bonita que sería una historia de amor entre el dependiente y una chica que buscaba desesperada el reloj de su madre alcohólica, a la que pidió que se fuera de casa.

Esta finalmente se fue, nadie sabe qué ocurrió con ella y desde entonces tiene los remordimientos atenazándole la garganta. Una novela de búsqueda, mentiras y perdón que... no escribiría, porque pensaba tomarme en serio lo de cuidarme, aunque me costase una barbaridad y una parte de mí estuviese muy cabreada conmigo misma por haberme situado en primer lugar.

Me detuve. La caminata se me había ido de las manos y Teddy me iba a llamar. Podía no contestarle, claro. Él no se enfadaría. Se había tomado bien que lo dejase, aunque mi agente prefería llamarlo un alto: «En esta vida hay pocas cosas que sean definitivas, Kelly. Si alguna vez te vuelves a sentir cómoda escribiendo, estaré encantado de leerte. Y, si no, me conformo con que quieras saber de mí de vez en cuando».

La cuestión era que me apetecía escucharle y que había algo atrayente en el escaparate que tenía enfrente que me impedía moverme. Abril era uno de mis meses preferidos. La primavera. Solo por detrás del otoño. El sol se abría paso, pero la temperatura continuaba siendo agradable. Los primeros turistas habían hecho acto de presencia, estudiantes de intercambio y personas de otro estado en su mayoría que hablaban de juicios, brujas y se reían en voz alta. Los veía pasar por detrás de mí en el reflejo de la cristalera, que también captaba el movimiento de las ramas del árbol que tenía a mi espalda. Sus hojas eran espectaculares. Sin embargo, por un día, quedaron eclipsadas por una de las imágenes de la peluquería.

El negocio tenía la puerta abierta y desde mi posición se oía el zumbido de los secadores. Había varios clientes en el interior. Algunos, cortándose el pelo, otros, moldeándolo, haciéndose mechas o debajo del aparato ese que daba calor para que el tinte se fijase del que desconocía el nombre. Entorné los ojos. Mi silueta también aparecía con las mallas oscuras, las zapatillas, la camiseta de manga corta y la coleta en la que había recogido mi melena. Mi larga cabellera rubia. La que llevaba tanto tiempo sin sanear. No como la de la chica, probablemente modelo, que servía de reclamo en uno de los diferentes carteles que habían fijado en los laterales y la parte superior de la entrada. La suya era una melena corta por encima de los hombros, del color del maíz como el mío, y con las puntas (experimenté un chispazo en mi interior) pintadas de lila. Ladeé el rostro y sonó mi teléfono.

—Hola, Teddy —dije nada más descolgar distraída, con la mirada fija en aquellas malditas puntas, de la misma tonalidad que el tulipán que había en la entrada de casa.

—¿Te pillo en un buen momento?

Aquel no era mi estilo. Para nada. Demasiado atrevido. Llamaría mucho la atención.

—Siempre es buen momento para ti.

—¿Ahora quién es la pelota? —Intuí su sonrisa al otro lado de la línea. Teddy se preocupaba por mí. Me quería. Y yo deseaba... ¿Por qué narices aquel pelo me tenía tan fascinada?—. Sé que Betty se me ha adelantado —llevaba razón, mi editora me había escrito un mensaje esa misma mañana—, pero amplían el plazo de entrega del manuscrito de la biografía a septiembre. Mueven la salida de la publicación a la campaña de Navidad.

Tenía lógica. Graham había pasado las últimas semanas muy centrado en la rehabilitación y en hacerse a la idea de lo que le sucedía, y su representante había solicitado que no se le presionase con el tema del libro.

—Teddy, ¿tú crees que me quedaría bien el pelo algo más corto y con las puntas lilas? —Ni siquiera supe por qué dije eso y mucho menos en un instante de la conversación en el que no venía a cuento.

—Creo que estarás espectacular en el evento con cualquier peinado. ¿Qué pasa? ¿Estás pensando en cambiar de *look*?

«No lo sé».

—No sé si es mi estilo.

—¿Cómo estás tan segura? —¿Lo estaba? Sí. Y no. ¿Cuál era mi estilo?

—¿Leíste los capítulos que te mandé? —Cambié de conversación, pero no me moví del sitio.

—Sí, y Betty y yo coincidimos en que son muy buenos. Desprenden mucha sensibilidad y enganchan. —A pesar del retraso, había seguido escribiendo sobre Graham con el material que tenía—. Ya sabes, si alguna vez te lo planteas, los libros de no ficción también existen y se te dan bien. Tienes talento natural para contar la vida de los demás con interés y desde el más profundo respeto.

Un escalofrío trepó por mi columna vertebral. Sabía que en algún instante tendría que pensar en qué haría en el futuro. Pero, con las distancias evidentes, ahora estaba pasando una especie de duelo, un duelo por mi sueño, y aún no me veía preparada para sustituirlo. Estaba centrada en recuperarme a mí. Inspiré hondo. Otro de los consejos de Caroline era que me sincerase con las personas en las que confiaba, así que eso fue lo que hice.

—Todavía no estoy preparada para saber si la propuesta de que me dedique a escribir no ficción que Betty y tú me hicisteis me gusta o me horroriza. —Mi editora también había tratado de lanzarme un flotador salvavidas, lo que me demostraba que el problema no eran ellos, el exterior, sino yo. La dificultad estaba en mí. Tenía que curarme.

—OK, Kelly. Perdona si te he presionado. Solo quería que recordaras que estás acompañada.

—Lo sé. —Alcé las comisuras de los labios y fruncí el ceño. No me podía

sacar el peinado de la chica del escaparate de la cabeza y había comenzado a imaginarme con él—. ¿De verdad crees que no sería una locura deshacerme de la melena y teñirme las puntas de lila?

—De verdad creo que estarás *feísima* con cualquier cosa que te hagas —bromeó para después adivinar—: ¿Estás delante de una peluquería?

—Sí.

—Entra. Como entiendo que no tienes cita, seguro que te toca esperar. Emplea ese tiempo en ver distintos estilos, y si con alguno te sientes identificada, adelante, te lo haces, y si no, que te laven la cabeza, te den un masaje y te peinen. No parece tan mal plan.

No lo parecía. Nos despedimos al rato y entré. La jefa de la peluquería lamentó que no tuviese cita y me dijo que tendría que esperar por lo menos media hora a que tuviesen un hueco. Le sorprendió cuando acepté y tomé asiento.

Uno de los primeros síntomas de que estás dejando de cuidarte es que acabas pensando que todo son «chorradas». Cualquier cosa de tu vida te resulta insignificante. El pelo, la ropa, la exagerada sensación que experimentas ante determinada situación. Una por una, cada fracción de lo que te compone cae y se transforma en una tontería, hasta que tú misma lo eres. Por ese motivo, porque entonces lo sabía, me tomé en serio mi cambio de *look*. No en plan de martirizarme y de que me costase decantarme por un peinado (la decisión perfecta no existía). En serio de tomarme mi tiempo para ver las diferentes propuestas de las revistas que había en el aparador que tenía al lado. En serio de meterme en el navegador del móvil y bichear estilos. En serio de pensar que mi pelo importaba porque yo lo hacía, pero si elegía mal tampoco se hundía el mundo.

En serio de ilusionarme conmigo misma.

Al final, cuando transcurrida la media hora la peluquera se acercó para anunciarme que llegaba mi turno y preguntarme qué quería hacerme, le contesté que el peinado de la fotografía de la entrada, la melena por encima de los hombros con las puntas lilas. Ella frunció el ceño y me consultó:

—¿Estás segura, cielo? Por cortes menos radicales han amenazado con cerrarme el negocio.

Le sonreí.

—Lo estoy —mentí, porque no estaba convencida de que me fuera a sentar bien, pero sí que merecía la pena intentarlo.

Durante el proceso, disfruté del agua caliente cayendo por mi cabeza y de los dedos de la mujer masajeando mi cuero cabelludo mientras aplicaba jabón. Me di cuenta de que la silla era cómoda y me hacía gracia que girase. Descubrí que

la tonalidad rubia se oscurecía al mojarse y experimentaba un extraño placer en la tripa al ver la tijera cortando y el pelo cayendo al suelo. Además, averigüé que en ocasiones hay que hacerse preguntas, pero a veces las respuestas vienen después de los actos, porque el chispazo lo sentí cuando la peluquera me entregó un espejo para que viese el resultado por detrás.

—¿Te gusta? —preguntó vacilante, y yo me mordí el labio.

—Me encanta.

Seguí mirándome y sonreí al ser consciente de que en la siguiente sesión podría contarle a Caroline algo sobre mí: «Me gusta cómo me queda el pelo corto con las puntas lilas». Y aquella información no era una chorrada. Era tan importante como cuando le hablaba de mis preocupaciones, porque me pertenecía. Mi sonrisa se ensanchó y pensé que sabes que una casa está habitada cuando se abren las ventanas, y que yo acababa de correr las cortinas de las mías. Empezaba a verme.

33

EL HOMENAJE

Graham

Recuerdo la noche del homenaje como una de las peores de mi vida. El inicio del fin, aunque entonces no lo sabía. Pero vayamos por partes.

Al final no retiraron el número de mi camiseta, y desconocía si una fotografía mía en blanco y negro terminaría apareciendo en los vestuarios encima de las taquillas junto a las de otros jugadores históricos del equipo, pero sí que cerraron el estadio en mi nombre durante unas horas un mes después de que todo se viniese abajo.

Un mes después, repito. Aquel dato era importante.

Los aficionados hicieron cola desde el día anterior para poder acceder y se dieron cita personalidades de todo tipo. Deportivas, políticas, famosos sin más. El TD Garden estaba a rebosar esa noche. Aforo completo. Recuerdo especialmente el momento de salir por el túnel como había hecho siempre como jugador. Pero ahora trajeado, eso sí. Impoluto. Con un foco impactando de lleno en mí y la melodía en directo de un solitario violín sonando como única compañía. La luz que incidió en mis ojos me resultó azulada y cegadora, y enseguida pude ver mi imagen reproduciéndose a la vez en todas las pantallas, cada una mostrando un ángulo distinto y con un plano diferente. Forcé una sonrisa cohibida, saludé con la mano y el estadio casi se hundió. Igual que yo. Pero ninguno de los dos lo hicimos. Eso sí, recuerdo como una verdadera tortura cada uno de los pasos hacia el escenario que habían instalado en el centro de la pista.

«Que termine ya», me decía, y yo mismo me replicaba: «Que no lo haga. Este es el final, Graham. Tu historia acaba aquí».

Supongo que el hecho de que hubiese transcurrido solo un mes desde la cirugía y estuviese sumergido en plena rehabilitación con todo lo que aquello

implicaba (dolorosas sesiones de entrenamiento, mente desubicada, inseguridad generalizada) no ayudaba a mejorar el estado de ánimo con el que me enfrentaba a mi último encuentro en el TD Garden. En muchas ocasiones lo he pensado. Qué habría pasado si hubiesen dejado el tiempo correr, si me hubiesen permitido asimilarlo, y siempre llego a la misma conclusión. Aquel acto, organizado por y para mí, lo habían planeado pensando en todo y en todos excepto en mí. Tampoco en las consecuencias que tendría. Aunque buena parte de estas tampoco habrían variado mucho si se hubiese celebrado tres años después. Había un tramo del camino que debía recorrer sí o sí.

No creo que su intención fuese mala. Ellos solo veían que el interés sobre mí estaba en su punto álgido, que pronto decrecería y había que aprovecharlo. Al cabo de pocos meses, en el mejor de los casos, los fans que entonces me compadecían se olvidarían de mí, y en el peor, el exceso de información sobre mi situación terminaría por sobrecargarlos y cambiarían de canal cuando me vieran; la admiración de los seguidores disminuiría y no harían largas colas para hacerse con un asiento privilegiado en mi despedida, y los famosos que pudieran asistir valorarían que ni el evento tenía la trascendencia necesaria ni yo la importancia suficiente para incluirlo en sus agendas.

Nadie es significativo para siempre.

Ni siquiera yo.

Quiero creer que eso fue lo que pensaron.

Si hubieran esperado más, puede que mi mente hubiese estado preparada, pero el adiós no se habría celebrado en la pista, sino en una sala donde se notase menos la ausencia de público y personas clave. Alguien habría excusado a los principales dirigentes de los Boston Bruins por no venir y al día siguiente no habría ocupado la portada de todos los medios deportivos ni se me habría mencionado en los nacionales. La indiferencia mediática también me habría afectado, así que nada de lo que hubieran hecho me habría gustado, porque mis circunstancias no lo hacían.

Avancé hasta el centro de la pista ayudado por una muleta. Me acompañaba un pitido sordo imposible de arrancar de mi mente que amortiguaba los aplausos. Traté de concentrarme en lo que tenía enfrente. Allí me aguardaban los dos presentadores de primer nivel que habían contratado para conducir el evento. Él, conocido por animar los *realities*. Ella, el rostro de los telediarios. Mentiría si dijera que no fueron amables y que el homenaje no estaba medido para que tuviese la dosis justa de emotividad, diversión y una pizca de gracia sin caer en el drama.

Lo supe porque la gente se reía, se emocionaba y se les veía entretenidos mientras yo me dedicaba a imitarlos porque era incapaz de prestar atención. Un

segundo pensamiento se había adueñado de mi mente y fue el que la dominó hasta que sucedió. Tenía que decir unas palabras justo antes de que el presidente del club cerrase el acto, un discurso que había trabajado con Kelly y ensayado varias veces delante del espejo, con Arthur, Daisy, Bingo y mamá. Aun así... notaba la presión por hacerlo bien y no joderla atrancada en la garganta.

«No titubees ni te quiebres, demuestra que sabes leer, Graham».

Alcé las comisuras de los labios cuando el presentador dijo algo que debía ser ocurrente y a la vez sentimental, ya que a mis oídos llegaron carcajadas, pero también pude observar cómo algunas de las personas de las primeras filas se emocionaban. Traté de concentrarme en el hielo para relajarme. En su olor, camuflado por el frasco de colonia que me había vaciado encima. En su sonido, aunque el ruido ambiental me impedía apreciar el ligero crujido que emite cuando lo pisas, como si se fuera a romper sin llegar a hacerlo. En su textura, a pesar de que la plataforma sobre la que estábamos subidos ocultaba la rigidez de su tacto. Y en su efecto, aun cuando eran tantas las personas que ni siquiera hacía frío.

La expresión debió de cambiarme en aquel momento. Lo supe porque de repente se hizo el silencio en la pista y el presentador me palmeó la espalda con suavidad y gesto compungido. En lugar de continuar, ambos conductores aguardaron callados contemplándome. Esperando que hiciese... algo, así que sonreí porque era la mueca de mi cara que quería que recordaran.

Llegó el turno de las intervenciones. Varias personas bajaron a hablar, entre ellas el entrenador. A algunas las conocía. Con otras no había intercambiado más que un par de palabras. Dijeron cosas bonitas sobre mí. Para ensalzarme. Pero no escuché ninguna de sus frases, del mismo modo que apenas vi los vídeos de mis compañeros y de mí que se proyectaron. Mi cerebro estaba en otro sitio. En el discurso que descansaba en el bolsillo de mi pantalón. «A lo mejor es muy absurdo y te hace quedar como un tonto», resonaba en el interior de mi cabeza.

«Kelly te ha ayudado. Está bien, Graham».

Rocé el papel y me tranquilicé al pensar que, si ella estaba en el ajo, no podía ser malo.

—Cuando quieras, Graham —me invitó la presentadora al rato.

Acorté los tres pasos que me separaban del atril evitando cojear y, mientras sacaba el discurso y lo desdoblaba, me aseguré de que los Boston Bruins habían contratado a la intérprete que le había pedido para el evento. Podría haber hablado yo mismo en lengua de signos a la vez que lo hacía con mi voz, debería haberlo hecho yo, pero no me veía capaz de separar la vista de las letras y dejar de sujetarme al atril.

Apoyé la hoja en la estructura y aclaré la garganta.

—Hola, buenas noches. Ya sabéis que toda mi vida cambió por salvar a un agresivo mapache en un lago helado y vosotros, los estadounidenses, con lo que adoráis una buena historia, decidisteis cambiarme el nombre por el oso polar de Yellowknife... —Los asistentes rieron y yo les devolví el gesto.

En resumen, dar el discurso no fue tan difícil como había previsto y, cuando me quise dar cuenta, estaba terminando y no me había equivocado ni una sola vez. Volvieron a aplaudirme y el presentador anunció que el presidente del club iba a hablar. Este me dedicó unas palabras halagadoras exagerando mi corta trayectoria y asegurando que las puertas de los Boston Bruins siempre estarían abiertas para mí. Al acabar, me abrazó, y estábamos separándonos cuando una azafata salió por uno de los laterales con un reconocimiento en forma de trofeo. Era un *stick* grabado como el del instituto, pero de oro macizo. Pesaba. Lo alcé para ofrecérselo al público y los fotógrafos me inmortalizaron con él, también con el presidente, y pidieron a mis compañeros y al entrenador que bajasen para tomar una imagen grupal. Recuerdo que aquella fotografía no estaba prevista y fue un verdadero caos y, a la vez, por irónico que parezca, lo único bueno del homenaje, por lo mucho que se asemejaba a cualquier victoria deportiva, aunque no tuvo mayor trascendencia para mi vida que sumar un título más.

Pero luego llegó el final y, gracias a Kelly, por entonces ya sabía (o debería haber sabido) de la importancia del epílogo, la última frase, la palabra con la que se cierra una historia. Hicieron que mis compañeros y todas las personas con las que compartía plataforma se apartasen hasta dejarme completamente solo formando un semicírculo a mi espalda en el que poder aplaudirme. Luego, bajaron las luces sumiendo las gradas en la más absoluta oscuridad y la voz de una cantante que después descubrí que era bastante famosa, Olivia Rodrigo, comenzó a sonar por los altavoces cantando *a capella* nuestro himno. Aquello me sobrecogió y noté cómo, una por una, las capas de seguridad que me había aplicado para protegerme de ese momento y no venirme abajo caían arremolinándose a mis pies y... Entonces lo sentí. No las ovaciones que sobrevinieron a la actuación. Prácticamente no las escuchaba. Sentí el hielo de vuelta viniendo a mi encuentro para enredarse en mi piel y despedirse de mí en forma de abrazo. Cuando se marchó fue como si el techo del estadio se derrumbase y me aplastase, pero peor, porque en realidad continuaba en su sitio. Igual que la gente seguía de pie. Aplaudiendo. Noté mi corazón agrietándose y como respuesta sonreí, alcé las manos y devolví el aplauso a los aficionados, a mis compañeros, al entrenador, al cuerpo técnico y a toda la cúpula directiva.

Al salir de la pista, lo primero que me mostraron fueron algunos de los titulares que se publicarían al día siguiente: «Graham Scott, la épica despedida de un jugador eterno».

Sonreí, les di las gracias y me excusé para ir al baño. Todavía me quedaba por atender la fiesta posterior, organizada para un círculo más íntimo de asistentes. Cerré la puerta tras de mí y, mientras observaba mi aspecto en el espejo, saqué mi bote de analgésicos del bolsillo. Los médicos habían ido reduciendo la cantidad de pastillas que podía tomarme hasta resultar irrisoria e insuficiente, pero esa noche no quería cojear y la única forma de conseguirlo era ir anestesiado. Los diferentes profesionales que me atendían coincidían en que el dolor no siempre era malo si estaba controlado. Es más, a veces actuaba de manera preventiva. Pero, por una noche, merecía apartarlo.

Quité el tapón, lo volteé y una pastilla cayó en la palma de mi mano. «Solo me saltaré las indicaciones una vez», me dije. La metí en la boca y la tragué con mi propia saliva. El problema era que me había repetido esa misma frase en un par de ocasiones la semana anterior y la anterior a esa. En aquel instante, una cadena sonó y Garret salió de uno de los cubículos. Quizá si no me hubiera apresurado a esconder el bote no se habría dado cuenta de nada, o habría pensado que me estaba tomando la dosis recomendada. Pero lo hice. Y él contempló suspicaz mi rostro y se acercó con calma hasta mí.

—Buen discurso, Scott —dijo mientras se lavaba las manos.

—Gracias —contesté algo tenso por si el exjugador llegaba a conclusiones erróneas. Mientras, Garret terminó de lavarse las manos, se las secó y, cuando parecía que iba a marcharse, se paró delante de la puerta y se giró en mi dirección:

—Sigo pensando que encajarías en mi negocio, Graham. No estás acabado, esto puede ser el inicio de algo mejor.

—Kate lleva las ofertas —le dije, y él asintió con lentitud.

—Por cierto, tengo un colega que hace recetas sin preguntar. Puedo pasarte su contacto.

—Yo no... —balbuceé.

—Lo sé. Te lo digo para que lo sepas y... Jamás te juzgaría, Graham, solo los exdeportistas sabemos por lo que estás pasando. Es bueno que conozcas tus posibilidades, solo eso, aunque nunca las utilices. —Me guiñó un ojo.

Aquella última frase me hizo conectar con él y obviar el hecho de que acababa de ofrecerme la llave para drogarme.

—Nos vemos en la fiesta, Garret.

—Nos vemos.

Las señales siempre estuvieron ahí, pero decidí ignorar lo evidente.

Fue el primer error de... *muchos*.

34

COLLIN

Kelly

Collin me preguntó con inocencia, la noche de la fiesta, si me podía hablar de Graham para la biografía, aunque todos coincidimos en que su único fin era librarse de la sorpresa que el resto estaba preparando y había sido mi idea.

Nos encontrábamos en uno de los pasillos del TD Garden. A diferencia del que nos había conducido hasta allí, con forma de túnel y que transmitía cierta sensación de claustrofobia, nos hallábamos en uno que se abría para después volver a cerrarse, como un islote en mitad del océano. Había dos asientos de cuero negro junto a una mesita redonda baja coronada por una lámpara, cuya base imitaba a las falsas sirenas de los mástiles de los barcos que los protegían de la tormenta. Collin y yo llevábamos diez minutos hablando, *diez*, y el jugador se había apartado el flequillo anaranjado de la frente un millón de veces y descrito todas las fiestas, borracheras y ligues de Graham que conocía o sospechaba que habían ocurrido y consideraba que debían aparecer en el libro.

—La noche que se durmió con el tranchete de queso pegado en la frente debe salir. Tengo pruebas gráficas... —Alzó las cejas haciéndose el misterioso, solo que de misterioso tenía poco porque ya me había enseñado las fotografías, y al instante la expresión le cambió a una entre seria y confundida—. ¿Te puedo preguntar algo, Kelly?

—Eh, sí..., claro.

—¿Te molesta que te hable de con quién se ha acostado Graham ahora que eres su chica?

Dejé el móvil con la grabadora y la aplicación de Notas abierta sobre mi muslo y le miré. Una de las cosas buenas de Collin era que podías leerle las intenciones, como decía Graham que le pasaba conmigo. Así pues, su curiosidad podía estar motivada por muchas razones, pero la principal era ponerle etiqueta a

mi relación con su amigo, algo que, de momento, nosotros no habíamos hecho.

—Antes de que respondas, en realidad lo de los tríos son suposiciones mías. Nunca lo he confirmado —me dijo, y le dediqué una sonrisa. Había algo en él que producía ternura. Quizá su absoluta falta de madurez.

—No me molesta que Graham se haya enrollado con dos personas la misma noche. Ambos tenemos un pasado. Además, la expresión «su chica» es un pelín anticuada y no le hemos puesto etiqueta a esto, así que deja de intentar sonsacarme algo que no existe... —Sus labios se curvaron.

—¿Personas con derecho a jadear en la boca del otro encajaría?

—Personas a las que les gusta pasar tiempo juntas —concedí.

Collin me examinó con detenimiento y asintió para sí mismo.

—Vamos, que estáis pillados y acojonados. He oído hablar de ello, sé que existe, aunque nunca lo he experimentado. —Fui a apagar la grabación del móvil y me detuvo—. ¿Qué haces?

—¿No has terminado? —Dudaba que incluir en la biografía un informe detallado de su vida sexual fuese algo que interesase a la editorial y al propio Graham. Además, teníamos un poco de prisa. Se suponía que yo era el cebo para la sorpresa que el resto estaba preparando mientras hablábamos.

—Tengo derecho a ponerme sentimental —añadió, y arqueé una ceja.

—¿Quieres ponerte sentimental? —titubeé. No parecía propio de él.

—No excesivamente. Lo mínimo imprescindible para contarte algo a lo que llevo dándole vueltas muchos días y esta noche he confirmado durante los vídeos resumen de Graham con musiquita de fondo a los que, te prometo, he atendido. —Dibujó una fingida expresión de niño bueno, pero al segundo se arrepintió de la teatralidad y simplemente pareció sincero—. Cuando innova en la pista, eso es lo que más me alucina de él, y no el lugar o lugares donde haya metido la polla por muy impresionantes que sean.

—¿Cuándo innova en la pista? —pregunté prestando más atención que a la información anterior.

—Cuando ves un partido y no tienes ni puta idea de hockey, piensas que muchas de las jugadas y los tantos son casualidades, y no te mentiré, el azar existe, pero casi todo lo que sucede en el hielo está planeado y responde a unos movimientos previamente ensayados, técnica, ataques, defensa, aprender a leer el disco, adivinar su trayectoria por la forma de golpearlo con el *stick* e intuir el pensamiento del contrario y anticiparte. Todo eso es la norma, pero muy de vez en cuando surgen excepciones, personas con un talento natural inimitable.

—¿Graham es —fui incapaz de utilizar el pasado— una de esas personas con un talento natural inimitable?

Collin no lo dudó.

—Por supuesto. —Permaneció en silencio un par de segundos, como si estuviera recordando para poner sus pensamientos en orden—. Cuando estábamos en los entrenamientos a veces, de repente, le veía hacer algo increíble porque sí, sin motivo, y le pedía que me enseñase. Entonces él me respondía: «¿Qué? No he hecho nada, Collin», y yo me cabreaba porque pensaba que no quería compartirlo, que tan solo buscaba destacar por encima de nosotros. Pero ahora me he dado cuenta de que no, de que realmente no era consciente de la brutalidad que suponía estar en la pista con él y mirarle deslizándose con los patines. Era como saber que vas a pasar a formar parte de la historia porque estás con uno de los cinco, diez jugadores a lo sumo, cuyo nombre no se olvidará, y que cuando pasen los años aparecerás en alguna imagen a su lado, aunque tú seas ese gran desconocido que jugó con Graham Scott. —Aguardó un instante y añadió—: La gente está equivocada al creer que es Graham el que ha perdido esta noche, Kelly; es el hielo y todas las personas que amamos este deporte las que le hemos perdido a él —sentenció—. Ahora sí, puedes apagarlo. Pienso decir tonterías lo que me queda de noche.

Obedecí y regresamos con los demás. No estábamos muy lejos. Durante el camino no pude evitar pensar en las palabras de Collin, lo injusto que era todo y la impotencia de no poder hacer nada para evitarlo. Me planteé si mi idea, la que sus compañeros de equipo Peter y Miguel, Abraham, Daphne, Ángela y Wendy iban a ejecutar, le haría bien o mal, y deseé con toda mi alma que se tratase de lo primero. Le había visto encima de la plataforma desde las gradas y, donde otros observaban a un jugador muy maduro y entero dadas sus circunstancias, yo había encontrado a un chico que nunca dejaba de sonreír y que allí no había esbozado ni una sola sonrisa sincera. Suspiré con tristeza y Collin me dio un golpecito con el hombro leyendo mi preocupación frente a la puerta que teníamos que cruzar para unirnos a los que faltaban.

—Le va a encantar, Kelly. Siempre ha sido muy fan de que los demás nos metamos en líos y salir de rositas. Eres..., ¿cómo lo has llamado...?, la persona a la que le gusta pasar tiempo con él. Relájate.

En aquel momento, la puerta se abrió de golpe para dar paso a Daphne. Collin se despidió con un movimiento de mano y entró a la vez que la animadora me hablaba.

—Justo iba a por ti, Kelly. Miguel dice que ya le han cogido el truco y no debería llevarles más de quince minutos. Es hora de que entres en acción. —Me guiñó un ojo, entusiasmada, y noté un hormigueo en el estómago—. Por cierto, Abraham me ha dicho que le encanta mi camiseta, le he comentado que es de una tienda pequeña de barrio que tiene muchos diseños originales propios, por si se quiere pasar a ampliar su fondo de armario, y no sé cómo se me ha ocurrido

decirle que buscan una dependienta y él ha pensado que puede interesarte, por si quieres que te dé el contacto.

Lo medité. Si bien era cierto que mi futuro en esos momentos no era una prioridad, ganar algún dinero extra y probar la experiencia de trabajar en una tienda no me vendría mal. Siempre me había sentido cómoda entre ropa, sobre todo cuando podía customizarla bordándole hojas. Que no sería el caso, pero bueno. Además, gracias a que el plazo de la entrega de la biografía se había ampliado disponía de más tiempo para escribirla, lo que era un alivio, porque Graham y yo todavía no habíamos vuelto a trabajar en ella después de la operación y no sabía cómo sacarle el tema. Podría ser una buena distracción. Por la cabeza se me había pasado la idea peliculera de llevar a cabo toda la lista de cosas que alguna vez había querido ser, pero finalmente la había desechado porque durante un tiempo no quería cruces, solo fluir, caminar a la misma velocidad que el presente.

—Vale. Gracias, Daphne —contesté, y ella sonrió.

—¿No estás nerviosísima por ver la cara que se le va a quedar?

Lo estaba, pero, más que por ver la cara que Graham ponía, por comprobar si le conocía lo suficiente para que aquella locura sin sentido alguno lograse el imposible de que, por un instante, solo uno, durante su despedida del hielo, fuese feliz.

—Va a pensar que se me ha ido la cabeza —dije, admitiendo mi mayor miedo.

Ella me corrigió:

—Va a confirmar que eres un regalo.

35

LA DESPEDIDA QUE MERECÍA

Graham

Esa noche en la fiesta estaba atrapado entre tres tipos de conversaciones. En algún momento había perdido de vista a mis amigos y parecía que todo el mundo quería acercarse para hablar conmigo, como si al día siguiente no pudiesen levantar el teléfono y llamarme con menos agobio y sin tanto público ni presión de terminar pronto para darle la palabra al siguiente. Incluso había instantes en que se había formado una ridícula cola frente a mí: personas que sorbían de su copa y charlaban entre ellas aguardando su turno y que en menos de medio año olvidarían cómo me llamaba...

En fin, como decía, estaba atrapado entre tres tipos de conversaciones. Los que decían: «Lo siento mucho» con tono compungido para después regalarme un par de incómodos segundos de silencio antes de cambiar abruptamente de tema para intentar distraerme; los que me dedicaban comentarios vacíos de consuelo sobre mi futuro del tipo: «Ya verás como todo va a ir bien» y se ofrecían a ayudarme a pesar de ser conscientes de que no teníamos la suficiente confianza para que me lo tomara en serio; y los que por animarme incluso ponían en duda la resolución médica y pronunciaban frases como: «Los médicos también se equivocan y, quién sabe, lo mismo dentro de unos años volvemos a verte en la pista. No pierdas la esperanza, hijo».

Me encontraba con uno de estos últimos. Un magnate de no sé qué que llevaba sus buenos diez minutos largos hablándome de un conocido de un conocido al que le dijeron que no volvería a recuperar la movilidad de su pierna derecha al cien por cien tras un accidente de esquí en Aspen y ahora corría maratones.

—Esas cosas pasan, muchacho. Los milagros no existen. El esfuerzo humano, sí —dijo, y le dediqué una pequeña sonrisa educada mientras por dentro contaba los segundos que le restaban para largarse y pasar al siguiente.

«Ojalá sean pocos», pensé.

Valoraba lo que esos desconocidos hacían por mí. Sabía que su intención era buena. Animarme, mostrar empatía. Sin embargo, suele existir un motivo por el que no pides opinión a los demás y normalmente es que no te interesa. Por ejemplo, odiaba cada vez que alguien insinuaba que con mucho esfuerzo podría lograrlo. La cura «milagrosa». En lugar de animarme, provocaban que sintiese que no le estaba poniendo el empeño suficiente. Y no era así. Juro que me dejaba la piel en todas y cada una de las duras sesiones de rehabilitación. Pero había cosas que se escapaban a mi control, y con sus comentarios de lástima, trabajo y perspectivas falsas no me ayudaban, sino todo lo contrario.

Alcé la vista y el mundo se me vino abajo. Delante de mí había al menos una decena de personas esperando a que el señor que me hablaba del conocido del conocido terminase y ocupar su lugar hablándome de otro conocido del conocido. No lo soportaría. Había sido una semana de muchas emociones, igual que el homenaje; todavía notaba la adrenalina circulando por mi corriente sanguínea, pero su presencia cada vez era más débil, y al mismo ritmo al que desaparecía yo me sentía más y más cansado, aunque aguantaba el tipo.

Entonces distinguí a Kelly. Se había colocado al final de la fila, jamás osaría colarse, y movía los brazos de un lado a otro tratando de captar mi atención. Sonreí. La primera sonrisa sincera en horas. El hombre continuaba hablando de que quien algo quería algo le costaba y de la poca constancia de los jóvenes cuando le interrumpí.

—Lo siento, pero tengo que irme. ¿Ve esa chica de allí? —Se la señalé con un movimiento de barbilla, y el desconocido se giró y la localizó dando un pequeño salto, porque se le acaban de poner dos tíos muy altos y fuertes delante.

—¿La rubia de las puntas teñidas? —preguntó haciendo evidente el desagrado que le producía su *look* y... A mí su opinión no me pudo importar menos, la verdad.

—Exacto. —Asentí con solemnidad mientras hablaba y decidí divertirme a su costa—. No diga nada, no quiero que cunda el pánico. Pero es mi acosadora. Voy a ver si soy capaz de engañarla, sacarla fuera y entretenerla hasta que los de seguridad vengan y la echen. Si dentro de una hora no he vuelto, por favor, avise a la policía. —Me marché antes de que el desconocido pudiese contestarme y mi humor mejoró.

Las personas que aguardaban me observaron a mi paso, pero yo no pude mirarlas a ellas. Estaba demasiado concentrado en Kelly y, joder, tragué saliva disimuladamente. No había tenido ocasión de verla antes del homenaje. Nada más llegar al estadio, una persona del equipo de comunicación me había secuestrado para explicarme de nuevo la escaleta que previamente me habían

enviado por correo, repasar con Kate y conmigo los principales puntos, ofrecerme pasar por peluquería y maquillaje, y al final me había dejado en una sala vip con comida y bebida para que pudiera relajarme o fingir que lo hacía. Así pues, era la primera vez que me la encontraba de frente y estaba impresionante, maldita sea, IM-PRE-SIO-NAN-TE. Tragué saliva de nuevo. Llevaba un vestido de terciopelo color burdeos, sin mangas, con escote barco, de hombro a hombro, dejando las clavículas y los hombros al descubierto, ceñido hasta la cintura, de la que caía hasta los pies una falda de gasa abullonada de la misma tonalidad, sitio por el que asomaban las punteras de sus Vans negras. Lucía la melena por encima de los hombros peinada hacia un lado y ondulada gracias a las tres trenzas finas que le recorrían el otro lateral de su cabeza, sus pendientes de aro, maquillaje ahumado y los labios a juego con la ropa. Al llegar a su lado, volví a notar la garganta reseca, como si toda mi saliva se hubiese evaporado a la vez que el aire abandonaba mis pulmones, pero en lugar de explicarle lo condenadamente bonita que era, los efectos nocivos que aquello tenía para mi salud y que la única solución lógica que encontraba era besarla hasta que me consumiese, me situé frente a ella, dándole la espalda a la cola de personas que seguían esperando para hablar conmigo, y le dije con total seriedad.

—¿Me enseñas?

Kelly vaciló.

—¿El qué?

Sonreí de lado y apoyé la muleta en la pared.

—Los pasos del baile. No me han quedado muy claros, Ojos grandes. Había que levantar los brazos y moverlos dos veces a la derecha, dos a la izquierda, así...

Comencé a imitarla y ella soltó:

—Para.

No le hice caso.

—¿Por qué?

—Estás haciendo el ridículo.

—Yo no hago el ridículo —la corregí.

—Todo el mundo nos está mirando.

—¿Y qué? La gente lleva haciéndolo toda la noche, pero es la primera vez que no me importa.

Continué imitándola y... Había algo mágico cuando Kelly no quería reír y aun así lo hacía. Apretaba los labios, pero las comisuras le temblaban, se le formaban unas adorables arrugas cerca de la nariz y entornaba los ojos para abrirlos de golpe del mismo modo que su boca cuando finalmente estallaba en una

carcajada.

—Estás fatal —sentenció sonriendo a la vez que negaba con la cabeza, y me detuve.

—Ahora sí que el baile ha merecido la pena. ¿Dónde te has metido todo este tiempo?

—Dando una vuelta. —Recuperé la muleta y ella cambió el peso de una pierna a otra—. ¿Podrías escaparte un rato de tu fiesta? No será mucho.

—Llevo esperando una propuesta similar para escaquearme desde que hemos entrado, Kelly.

Salimos y poco a poco el bullicio de la sala donde se estaba celebrando la fiesta quedó atrás.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—Dentro de un rato lo verás.

—Qué misteriosa... —Me encogí de hombros sin darle mayor relevancia y la tela de la chaqueta crujió—. Odio este traje —resoplé removiéndome incómodo. Kate lo había encargado a una de nuestras firmas de confianza y...—. Vale que di instrucciones precisas de que su uso era para mi entierro deportivo —reconocí —, pero, joder, tampoco era necesario que se lo tomasen al pie de la letra y me disfrazasen de cadáver en el interior de un puñetero ataúd.

Traté de quitarme con una mano la chaqueta y la fina corbata negra, del mismo tono que el lúgubre pantalón a medida, y por poco me ahogo. Debía de estar nervioso porque, en vez de atender a razones y darme cuenta de que con una sola de mis manos y caminando era incapaz, continué tirando hasta que Kelly me frenó dando una zancada para situarse delante de mí.

—Sabía que no te gustaba desde que me enviaste el selfi, lo que no comprendo es por qué te lo has puesto.

Estiró los dedos y se concentró en deshacer el nudo para que la corbata quedase suelta cayendo de mi cuello y yo decidiese si me la quitaba o no. Después, en lugar de apartarse y retomar la marcha, permaneció allí con las yemas rozando suavemente mi pecho al tiempo que se deslizaban sutilmente y me transmitían electricidad. La respiración se me entrecortó y, cuando levantó la barbilla y sus ojos del color del otoño en Vermont impactaron con los míos, el aire regresó de golpe a mis pulmones de un modo doloroso y placentero.

—Una cifra seguida de tres ceros tiene la culpa de mi estilismo. He dejado de trabajar, no estoy para malgastar el dinero —intenté bromear, pero ella me miró. Me miró de la forma en que lo hacía Kelly, quiero decir. Apartando las capas de falsas expresiones para leer en el fondo y descubrir que había estado tan jodido ese último mes que ni siquiera le había dado importancia a algo que normalmente era especial para mí, como elegir un conjunto con el que destacar,

dar la nota y asentar tendencias futuras. Podía ser una tontería, problemas del primer mundo, pero significaba que estaba perdiendo el interés, el interés en mí.

—Creo que si te sacas la camisa por un lado puede ser más tu rollo. —Serpenteó con los dedos, y la piel debajo de la tela se me puso de gallina cuando los hundió en la cinturilla del pantalón y tiró para que sobresaliera. Noté cómo el estómago se me encogía con un escalofrío—. De haberlo sabido, te habría cosido un broche para acompañarlo y que estuvieses orgulloso de tu aspecto hortera.

—Sexi —la corregí como me tocaba hacer siempre con todo el mundo—, es sexi. —Seguía notando el vientre contraído cuando ella revisó su reloj de pulsera.

—Vamos un poco justos de tiempo... —murmuró más para sí misma que para mí—, así que si te preguntan —me volvió a mirar— nos hemos entretenido enrollándonos a lo bestia. Creo que puede calmar a los que más se quejarán por nuestro breve retraso. —Aquella frase captó mi atención y le habría preguntado al respecto si Kelly no hubiese elegido ese preciso momento para agarrar una de las capas de tul de su falda, tirar como había hecho con mi corbata y arrancar una tira color vino. Después, se mordió el labio, se sentó en el suelo, colocó el bolso minúsculo que llevaba junto a ella y asintió a la vez que sacaba de su interior unos imperdibles—: Veamos qué podemos hacer con lo que tengo.

Paró de prestarme atención y se puso a trabajar allí tirada haciendo bolas de distinto tamaño con alargadas tiras de tela que iba arrancando de su falda. Habría tratado de adivinar a qué jugaba de no ser porque...

—Acabas de romperte el vestido —dije en voz alta, como si estuviese alucinando.

—Tranquilo, Graham, su precio es de solo un par de cifras —contestó sin mirarme, y prosiguió maquinando con los dedos desplazándose a toda velocidad.

Yo parpadeé, desubicado.

—¿Por qué te lo has roto, Kelly?

—Porque quiero que seas y te sientas *tú* —terminó su obra—, y, aunque ha sido una medida extrema y claramente mejorable, creo que puede servir para que recuperes un poquito de esa identidad horte... *sexi* —se corrigió— de la que tanto te gusta presumir. —Kelly se puso de pie y me tendió algo pequeño y rojo que podía abrocharme a la camisa y que tenía forma de...

—¿Es una hormiga? —En sus labios se perfiló una sonrisa tímida.

—Siempre has tenido debilidad por ellas, ¿no?

«Por lo que tengo debilidad es por ti».

Acorté la distancia que nos separaba y la besé como si el mundo se estuviese enfrentando a una sequía y ella fuese la última gota de agua sobre la Tierra. Sus labios respondieron moviéndose sobre los míos con determinación, y estoy

seguro de que mi corazón se saltó un par de latidos cuando, en lugar de seguir, Kelly se apartó no sin esfuerzo, apoyó su frente en la mía y todavía jadeando dijo:

—Por muy bien que beses, hay un sitio al que debemos ir, Graham.

Yo no estaba de acuerdo.

Nada se podía comparar a besarla.

Nada, joder.

—¿Estás segura, Kelly? Parece que nuestras bocas opinan lo contrario... —Estábamos cerca, muy cerca, rozándonos. Ella suspiró y noté su aliento en la cara.

—Lo estoy. —«Y una mierda»—. Quedaría un poco mal no presentarme habiendo sido mi idea. —Observé el movimiento de su pecho subiendo y bajando con fiereza y entonces sí, con una fuerza de voluntad que no sé de dónde sacó, se separó del todo y, a pesar de que me apetecía quejarme y oponerme a su razonamiento, conforme me colocaba la hormiga de gasa en la camisa y una sonrisa boba se perfilaba en mi rostro repasé lo que acababa de decir y le pregunté:

—¿Tu idea?

«¿De qué hablaba?».

—Si te cabreas por entrometerme en tus asuntos, sí. Si te gusta, en realidad hemos colaborado todos —explicó.

La curiosidad me picó.

—Pero ¿dónde diablos vamos? —reí, intrigado.

Kelly se encogió solo de un hombro y quise besarla.

Bueno, en realidad quería besarla a todas las putas horas.

—Cerca... —murmuró, y echó a andar sin revelar más datos. La seguí. Llevábamos un par de minutos caminando en silencio con todas mis neuronas volcadas en adelantarme a ella y adivinar nuestro destino cuando me dijo—: La rehabilitación está yendo muy bien. El progreso esta noche es increíble.

El tono de su voz sonaba feliz y automáticamente yo noté la boca reseca. Si lo que estaba haciendo estuviera bien, no habría tenido ningún problema en explicarle que me había saltado las pautas del médico porque habían sido unos días muy angustiosos y bajo ningún concepto quería cojear en el homenaje. Prefería llevar la pierna medio anestesiada, ir insensibilizado, pero que no se alarmase porque no lo pensaba repetir una vez que pasase. El problema era que creo que, incluso entonces, no estaba seguro del todo de no querer repetir vistos los resultados, la aparente paz física, y me engañaba a mí mismo diciéndome que mentía a los demás para protegerlos y que no se preocupasen por una tontería. No obstante, los cimientos de lo que tenía con Kelly, fuera lo que fuese, se

basaban en ser sincero con el otro, y no quería estropearlo. En aquel momento, no. Así que opté por una mentira a medias. Una pista: las mentiras a medias no existen y la primera señal de que algo va mal es que la verdad deje de ser una opción.

—Es por la adrenalina. Por las emociones. Pero mañana volveré a estar igual que ayer: jodido.

—¿Cómo estás llevando la noche?

Reflexioné y, en esa ocasión sí, obedecí a aquello que nos daba forma.

—Deseando que termine. Muerto de miedo porque lo haga. No sé si tiene sentido.

—¿Tú le ves sentido?

—Sí.

—Entonces lo tiene. Puedes albergar pensamientos y sentimientos encontrados, Graham. Lo que estás viviendo es muy fuerte —paró frente al vestuario—, y sé que lo que hay al otro lado de esta puerta no compensa, pero espero que te ayude a entender que no lo has perdido todo, que te queda lo más importante. —No me dio tiempo a intervenir cuando se apresuró a aclarar—: Miguel ha hablado con el club, están al tanto, y todos, incluso el vago de Collin, han hecho algo. Pero si te enfadas —insistió— dímelo a mí. Ellos... Ellos solo creen que te conozco.

Golpeó dos veces la puerta con el puño y esta se abrió. Al otro lado estaban todos: mamá, Arthur, Daisy, Peter, Miguel, Collin, Daphne, Ángela, Abraham, Wendy e incluso Bingo, que ladraba emocionado como una buena rata-perro que se alegraba por sorprender a su dueño. Se encontraban en fila con las piernas rozando el banco de madera en el que yo siempre me sentaba al terminar los partidos. Me miraron, normal, pero sus ojos los traicionaron y la mayoría desvió la vista al frente. El corazón se me paralizó al descubrir la única diferencia en aquel vestuario que, de tanto observarlo, había memorizado. En la hilera de taquillas faltaba una, la que Peter ocultaba ante las quejas de Collin, que quería ser el que me la diera para tener todo el protagonismo. La mía. Le habían puesto un lacito azul, obra de Daphne, Ángela se habría opuesto, estaba seguro, y tenía la placa con mi nombre, que ya nadie borraría para sustituirlo por uno nuevo. Mi corazón retomó las pulsaciones y empezó a latir desbocado. Me giré confundido en dirección a Kelly, que se frotaba las manos nerviosa por conocer mi reacción, a la vez que escondía un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—¿Qué has hecho?

—Dijiste que no lo soportarías. Ya no tendrás que hacerlo.

Joder.

JODER.

JO-DER.

—Intuía que podías volverme loco, Ojos grandes, pero ahora sé que voy a enamorarme de ti con cada célula de mi cuerpo hasta perder la cabeza. Ya me estoy enamorando de ti, maldita sea.

La atraje y... La mejor forma de apaciguar a un corazón desbordado es dar un beso que lo equilibre, y eso fue lo que hice, enmarcar su cara y besarla con toda la intensidad que tenía dentro. Las personas que estaban allí aplaudieron, Ángela murmuró: «Estoy segura de que esto no era necesario, qué asco», y yo... Yo no comprendí lo que Kelly quiso decirme antes de entrar. Me centré tanto en el beso, en dar las gracias a todos y en apreciar la taquilla que se vendría conmigo a casa y que valoraba más que cualquier otro regalo, que no reparé en sus palabras, que con «no lo has perdido todo, te queda lo más importante» no se refería a un absurdo objeto metálico, sino a la gente que estaba allí, mi mundo, concentrado en el vestuario de los Boston Bruins dándome la despedida que merecía.

36

EL VIAJE

Kelly

Fue Graham quien propuso el viaje a Yellowknife que estábamos a punto de iniciar. La semana siguiente yo comenzaría a trabajar en la tienda de ropa por recomendación de Daphne y todo estaba a un paso de cambiar. Nuestras dinámicas. Nosotros. Nos merecíamos esa huida de la realidad y, de paso, conocer el lugar del norte de Canadá del que tanto había oído hablar durante los últimos meses.

Ajusté la correa de la mochila que llevaba colgada a la espalda y llamé al timbre. Nick, el chófer que los Boston Bruins habían puesto a Graham al llegar y todavía no le habían quitado, nos llevaría hasta el aeropuerto y desde allí nos esperaban unas catorce horas con escala hasta alcanzar el país vecino, donde cogeríamos el coche que él mismo había alquilado para llegar hasta nuestro destino.

Un pitido anunció que la verja del jardín iba a abrirse.

Otro de los cambios significativos que la familia Scott iba a experimentar era que Karen había encontrado una casa algo más pequeña y funcional a la que iban a mudarse. Es decir, era amplia y estaba ubicada en un buen barrio, pero no podría confundirse con un palacio o, dados los antecedentes de Salem, con una mansión encantada. Los portones se hicieron a ambos lados y distinguí en el porche algunas de las cajas que recogería el camión de la mudanza mientras nosotros estábamos fuera.

Nos marchábamos cuatro días, dos aprovechables en verdad; los suficientes para que estuviera nerviosa. Inspiré profundamente y eché a andar. Era hora de hablar de sexo. Las últimas semanas, a pesar de todo lo que había pasado, Graham y yo habíamos tenido oportunidad de estar juntos en numerosas ocasiones, dándonos besos y caricias que Graham interrumpía abruptamente

cuando daba la sensación de que iba a ir a más. Desconocía el motivo, su anatomía me revelaba claramente que tenía ganas, muchas ganas, pero, extrañamente, eso era lo que sucedía. Me mordí el labio y el vientre se me encogió ante el pensamiento que me sobrevino. Tres noches, una en el avión, dos en su casa. *Dos*. La turbación interior ante las expectativas de lo que podía... de lo que quería que pasase me duró hasta alcanzar la escalinata y ver cómo Arthur salía a recibirme.

Era martes. Karen estaría en el trabajo y Daisy en clase. La razón por la que el padrastro de Graham se encontraba allí era que había pillado un resfriado que le había tenido los dos días anteriores con fiebre, la cabeza embotada, moqueando y con la garganta y la nariz irritadas de tanto toser y limpiarse. De hecho, el pobre me saludó con un sonoro estornudo.

—¡Achís! —profirió, y subí las escaleras.

—Hola, Arthur. ¿Cómo te encuentras?

El hombre tenía mal aspecto, con la nariz toda enrojecida, los ojos brillantes y una voz de ultratumba, pero, aun así, le quedaron fuerzas para dedicarme una sonrisa a la vez que me advertía:

—Sobreviviré, aunque mejor no te acerques. Lo que tengo puede ser contagioso. ¿Salem, el gato, se ha quedado a buen recaudo y feliz? —se interesó, y le devolví el gesto, descansando la mochila a mis pies mientras el sol me daba de cara.

—Sí. El tío Abraham y la tía Wendy han prometido desobedecer todas mis indicaciones y malcriarle hasta que vuelva. —La familia de Graham también se había ofrecido a hacerse cargo de él y que Salem pasase las vacaciones con Bingo, pero ya había acordado con mis amigos que les dejaba «ocupar» la casa de la abuela Charlotte durante mi escapada para cuidar de él, del tulipán lila y de las lilas que habíamos comprado la semana anterior después de pasarnos dos horas y media más en el vivero—. ¿Graham está listo?

En mi opinión, existían tres clases de personas a la hora de coger un vuelo. Las normales, las relajadas y las que sentían la apremiante necesidad de llegar al menos una hora antes a la recomendada para perder el tiempo en la terminal. Yo pertenecía al último grupo y, tras revisar mi reloj de muñeca, tuve la sensación de que él era del segundo.

—Está metiendo las cosas de última hora. Las medicinas, el traje, ya sabes.

Fruncí el ceño.

—¿El traje? —repetí.

No habíamos hecho un *planning* como tal, pero en mi mente todas las actividades que íbamos a llevar a cabo (pasear, probar platos típicos de la ciudad, ver cosas bonitas, acostarn...), todas, podían desarrollarse en ropa deportiva o,

como mucho, vaqueros, camiseta o jersey, dependiendo del tiempo, y una chaqueta. Y las más interesantes las podíamos hacer *desnudos*.

Arthur observó mi mochila y se dio cuenta de que no llevaba nada más.

—Siempre ha sido muy previsor —trató de restarle hierro. «Vale, llevo poco», pensé—. Por cierto —siguió diciendo mientras yo le daba vueltas a qué diablos podía llevar Graham para tan poco tiempo—. Daisy me comentó que te gustaría hablar con nosotros.

—Sí, para la biografía, pero sin prisa. Está un poco paralizada.

El hombre me miró suspicaz y una pequeña sonrisa se perfiló en su rostro.

—¿Crees que sería interesante contar con el testimonio del propio Graham desde los cinco hasta los diecisiete años, Kelly?

¿Que si era interesante? Muchísimo, aunque había un inconveniente.

—Lo sería, pero dudo que Graham sea capaz de recordar lo que pensaba sobre sí mismo de niño y adolescente.

La sonrisa que lucía en su cara se amplió antes de revelar:

—Pero es que está grabado. —Hizo ademán de ir a toser arrugando el gesto y finalmente logró contener el estornudo—. Lo vi en un documental y me pareció una magnífica idea. Filmarle cada año el día de su cumpleaños planteándole las mismas cinco preguntas. Las cintas están en la caja fuerte y la contraseña es la fecha en la que conocí a Karen. A veces soy algo romántico. —Se sonrojó un poco—. Te la mando por mensaje.

—Muchas gracias, Arthur.

—No me las des. Estoy seguro de que ese libro va a ser algo muy especial que irá más allá de una simple biografía. —Me guiñó un ojo y en aquella ocasión no pudo contener el estornudo que le sobrevino.

Arthur se limpió con un pañuelo de papel muy arrugado que llevaba en el bolsillo del pantalón. Dudé si el protagonista opinaría lo mismo y, como si supiese que era el instante exacto en el que debía hacer su aparición, Graham surgió del interior de la mansión. Una ola de calor me invadió. Estaba guapísimo. Después del homenaje se había cortado un poco el pelo y vestía completamente de oscuro, salvo por el símbolo Nike de la sudadera y las zapatillas. Los ojos parecían tan claros y centelleantes como de costumbre y... Arthur llevaba razón: cargaba una mochila al hombro como la mía, sí, pero también llevaba consigo una maleta de mano y un portatrajes. De lo que no había rastro era de...

—¿Y la muleta? —Todavía era pronto para que pudiese prescindir de su ayuda, si es que algún día lo hacía. Los médicos no tenían un criterio único y no se aventuraban a pronósticos en este sentido.

—En el recibidor. Puedo hacer el camino hasta el coche sin ella. ¿Me la llevas,

Kelly?

Asentí y al pasar por su lado para ir a recogerla los dorsos de nuestras manos se rozaron y me invadió su olor. Me estremecí automáticamente y adiviné (sin necesidad de los poderes de los que presumía Abraham) que aquel viaje sería crucial para ambos, uno de los momentos que medirían el tiempo de nuestra relación. Suspiré sobrecogida por el placentero escalofrío que estaba experimentando y él me preguntó con voz ronca:

—¿Estás segura de que quieres pasar cuatro días conmigo? Puedo llegar a ser realmente insoportable.

—Sí. Y tú... ¿Estás seguro de que el portatrajes es indispensable para nuestra escapada?

—Absolutamente. Aquí va todo lo necesario para que me odies o... —El estómago se me encogió, pero Graham no terminó la frase—. Aquí va todo lo que necesitamos, Kelly.

Debí atender a ese plural, pero tenía toda mi atención puesta en el modo en el que Graham movió su dedo trazando el contorno de mi mano.

37

CANADÁ

Graham

Nuestro vuelo aterrizó en Yellowknife a la hora de comer e hicimos un alto en el Clark antes de ir a mi casa. El Clark era un negocio familiar situado a las afueras al que solo se podía acceder en coche, el sitio al que mi madre me llevaba, primero con mi padre y luego con Arthur, para celebrar los grandes acontecimientos.

Estaba asentado en mitad de la nada con una construcción de una sola planta, tejado a dos aguas, el aparcamiento en la parte delantera y una terraza descubierta en la trasera, que poco se podía utilizar la temporada de lluvia y nieve (muchos meses al año), pero que era ideal para la primavera, el verano y los dos días de otoño que teníamos antes de que la estación mutase al duro invierno. Sus mesas eran de madera, los asientos, bancos del mismo material y, el suelo, césped natural del verde eléctrico canadiense. Aunque lo más alucinante que tenía eran las vistas. Después del muro de piedra que delimitaba la terraza, se encontraban las montañas rocosas a ambos lados del lago cristalino que las reflejaba. Este estaba rodeado de pinos y en una de sus orillas descansaba el tronco de un árbol que muchas veces había trepado para inhalar una bocanada de aire y que me abriese los pulmones, como si me estuviese tomando cien caramelos mentolados de una vez.

Lo llevaban los hermanos Clark. Joe Clark y John Clark, dos gemelos exactamente idénticos que superarían los cincuenta y pico años, vivían juntos en Yellowknife y tenían la mala costumbre de compartir la ropa y dificultar así la tarea de distinguirlos, si no fuera porque uno era la amabilidad en persona y en el otro se acumulaban todos los gruñidos de la región.

Me ajusté la gorra oscura que llevaba puesta y aguardé mi turno para pagar. Solo había una pareja por delante de mí; entre semana el local no estaba muy

concurrido. Pagaron en efectivo y se fueron, y yo me adelanté un paso. El camarero que nos había servido la bandeja con la comida que Kelly se había llevado fuera le cantó el pedido a Joe, o John, porque hasta que no abriese la boca para cobrarme no sabría de quién se trataba.

—Son cincuenta y uno con setenta —anunció tras teclear el pedido en una máquina antigua que formaba parte del encanto del Clark, que había permanecido intacto en un mundo que avanzaba a una velocidad vertiginosa. Alzó la cabeza y por la amplia sonrisa que se le dibujó al verme supe que se trataba de John—. Graham Scott, qué agradable sorpresa. ¿A qué debemos tu visita? ¿Estás de vuelta?

Fui a contestar, pero Joe, a su lado en la barra, se me adelantó.

—El chico va de incógnito con esa ridícula gorra. No deberías haberle llamado por su nombre.

Su deducción era cierta, pero solo en parte. Me había puesto la gorra (que no era ridícula, por cierto) porque en esa zona el aire que corría era implacable, del que se clava en la piel y expande sus tentáculos por ella. Aunque no me habría importado pasar desapercibido. De hecho, era un pensamiento bastante recurrente en los últimos tiempos, el de que no me reconociesen. John fue a disculparle y le resté importancia con un movimiento de cabeza. Luego, le tendí los tres billetes de veinte que saqué de la cartera (solían manejarse mejor con el efectivo que con la mala señal del datáfono) y él me devolvió el cambio.

—¿Habéis regresado?

—Estoy de paso —le dije—. Una escapada de unos días —sonreí, y un escalofrío me sacudió. De repente fui consciente de que mucha gente confundiría esa visita puntual con mi vuelta, y no de un modo triunfal después de alcanzar todas mis metas para recuperar la tranquilidad del hogar, sino como un perdedor del que compadecerse. Las manos comenzaron a temblarme y acaricié el bote que descansaba en el bolsillo de mi pantalón vaquero y que, desde luego, no debería haber llevado encima.

La expresión de John se dulcificó.

—Me enteré de lo que te ocurrió, muchacho. Lo siento mucho.

—Estoy bien —traté de cortar de raíz el rumbo que tomaba la conversación, y John Clark lo captó.

—Llevas razón. Los chicos de hoy en día os reponéis rápido. Vivís en el mundo de la oportunidad. ¿Ya sabes lo que vas a hacer ahora?

Fui a negar con la cabeza, pero la verdad era que no quería decir que no. Tampoco que sí, que me preguntase el qué y quedarme en blanco. Por ese motivo, agradecí que Joe me interrumpiese por segunda vez.

—Hará lo que todos, John, seguir chupando del frasco del deporte. No saben

hacer otra cosa... Este, con los antecedentes familiares de su abuelo, acabará en la radio como comentarista de los partidos de hockey sobre hielo. Hazme caso.

Nos despedimos al rato. Mientras me iba, John reprendió a su gemelo por su brusquedad al hablar y él dijo que las verdades eran verdades independientemente del tono que se utilizase, y que yo iba a ser comentarista de radio y punto. A mí su frase me hizo pensar. Desde que había dejado de jugar en los Boston Bruins habíamos recibido varias ofertas, la mayoría para asistir a eventos, conducir galas o para convertirme en imagen de algunas marcas. Eso sí, mi caché había disminuido un poco. Nada alarmante. Todavía. Sin embargo, mi representante me había recomendado no aceptar ninguna oferta y esperar para: a) centrarme en la recuperación y b) mantener un perfil profesional serio para adecuarnos a las oportunidades futuras que nos interesaban. Pero ¿cuáles eran esas oportunidades? ¿Segundo entrenador del equipo, miembro del cuerpo técnico, director de la tienda, terminar mis días narrando partidos igual que mi abuelo ponía voz a las radionovelas? Fruncí el ceño y no deshice la arruga que se me había formado en el entrecejo hasta salir del restaurante, localizar a Kelly y alcanzarla.

Ella estaba en una de las mesas que se encontraban junto al muro, aunque podría haber ocupado cualquiera porque éramos los únicos clientes en el exterior. Recuerdo que llevaba un gorro negro y que el plumífero fino que se había puesto era nuevo y de una tonalidad lila parecida a las puntas de su pelo, que tanto me gustaba mirar. Me dejé caer frente a ella y, a la vez que apoyaba la muleta en la mesa, le pregunté:

—¿Tú crees que me debería dedicar a algo relacionado con el deporte, Ojos grandes? —fui directo al grano.

Ella me estudió con su mirada castaña y me preguntó:

—¿Por qué lo dices, Graham?

Me encogí de hombros.

—No sé. Es lo que se espera de mí, ¿no? Que dedique mis días a retransmitir lo que he aprendido o enseñar lo que sé. Tampoco es que valga para mucho más —forcé una risa.

Durante un segundo, Kelly se quedó callada, interiorizando mis palabras. Ella, como Arthur, se tomaba muy en serio mis interrogantes. Mis inquietudes.

—Lo que yo creo es que es demasiado pronto para que tomes una decisión, no tienes prisa y desde luego que vales para muchas más cosas. Infinitas, Graham, no dudes de ti. —Atrapó el labio inferior entre sus dientes y, con su expresividad habitual, reflexionó para añadir algo más que secundase su opinión y la apoyase —. El otro día, en una serie que estaba viendo, *Nancy Drew*, hablaban de los monos que van de liana en liana en la selva. No recuerdo el nombre de su

especie, pero sí que decían que cuando se lanzan al vacío a por la siguiente liana no les da tiempo a verla debido a la velocidad que llevan y durante un rato vuelan a ciegas. Sin embargo, no miran al suelo ni se dejan dominar por el miedo en esos segundos en los que aparentemente están desprotegidos, porque saben que una liana nueva está esperándolos. Su zona de la selva está plagada de ellas y son largas, por lo que no importará que caigan al vacío un poco, solo tendrán que estirar el brazo, agarrarse en un punto más bajo y trepar —sonrió satisfecha de su explicación, y yo curvé los labios para fingir que no lo había pillado y desesperarla un poco.

—¿Estás comparándome con un mono, Kelly? Porque, más allá de compartir entretenidas aficiones primitivas, no encuentro el parecido. —Alcé las cejas un par de veces con un gesto que trató de ser seductor y ella puso los ojos en blanco.

—Te estoy diciendo que no te precipites ni permitas que *te precipiten*... Hay muchas lianas... Cosas a las que podrías dedicarte —zanjó cuando los primeros signos de la segunda mueca de confusión que iba a fingir asomaron, pero, en mi defensa, es que estaba preciosa, joder. Allí, con su pelo de dos tonalidades, el gorro y la nariz y parte de las mejillas sonrojadas por el frío.

Nos sostuvimos la mirada y quise besarla. En realidad, había pocos momentos a lo largo del día en los que no me apeteciera hacerlo.

—¿Qué te parece Canadá, Ojos grandes? —Estiré la mano y cogí mi comida. Ella chasqueó la lengua.

—Todavía no puedo creerme que te hayas pedido una hamburguesa.

—Con queso. —Retiré el papel que la envolvía y le pegué un contundente bocado. Ella me siguió mirando—. ¿Qué? Yo no critico tu *poutine*.

—Es típico de aquí.

—Y yo soy de aquí, así que no tengo que probarlo. Por cierto, no has respondido a mi pregunta.

—¿Cuál?

—Que qué opinas de Canadá.

Podría decir que su opinión no me importaba, pero la verdad era que sí que lo hacía, y estaba bastante ilusionado de haberla traído a la ciudad en la que me crie, sobre todo al pensar en lo que nos esperaba allí...

—Si te lo digo, te vas a reír.

—No veo el impedimento, a mí me encanta el horrible sonido de tu risa y a ti te debería encantar la sensualidad que desprende la mía.

Me examinó un rato largo y al final confesó:

—Debería decirte que el paisaje es precioso, grandioso en su simplicidad, pero lo que más me ha llamado la atención por ahora es el color. Aquí el verde es...

más verde, Graham, y no paro de darle vueltas a si sería capaz de reproducirlo con los hilos que tengo. —Sonrió y el gesto se trasladó a mi cara y a mi pecho.

—Te gusta bordar, ¿eh?

—Calma la ansiedad. —En aquella ocasión fue Kelly la que se encogió de un solo hombro.

—¿Cómo lo llevas?

—Me gustaría que fuera más automático, lo de estar bien. Una pastilla.

Tragué saliva por lo familiar que me resultaba ese comentario, aunque yo, a diferencia de ella, estaba tomando la vía equivocada, que no fácil. (Siempre he odiado que la llamen vía fácil). Apreté los puños debajo de la mesa y me dije que ese día no caería y no abusaría de la medicación.

—No existen los remedios milagrosos, pero vas por el buen camino.

—Tú... —Kelly bajó el volumen de su voz y, si no fuera porque sus mejillas ya estaban rojas, habría jurado que se ruborizaba—, también me estás ayudando. Sé que curarte nunca debe depender de otra persona, pero estar rodeada de gente que te hace bien, de ti, lo facilita, Graham.

Se me formó un nudo en la garganta y Kelly pinchó una patata bañada en carne, queso y demás ingredientes grasientos que se llevó a la boca. Mordió la punta para probarla y luego el resto, de forma que un poco de salsa se le quedó en la comisura.

—No exagerabas, Graham —dijo al tragar—. Está buenísimo. —La punta de su lengua asomó para retirarla.

—Nunca exagero.

Mi voz sonó tensa y ronca mientras mis pupilas perseguían ese movimiento. Tenía el cuerpo rígido y mi mente no paraba de recordarme que allí fuera estaban los desangelados baños exteriores del Clark, donde Kelly y yo podríamos meternos sin que nadie nos viera y... Desvié la mirada con la mandíbula apretada y ella confundió mi gesto.

—¿Has visto a alguien conocido...?

Parpadeé. Un grupo de cinco chicas acababa de salir con bandejas de comida, pero, en lugar de ponerse lo más cerca posible de la naturaleza como nosotros, lo hicieron junto a la construcción principal para resguardarse del aire.

—¿Lo dices por ellas?

—Collin me contó que fuiste muy popular cuando vivías aquí... —«Maldito Collin». La observé fijamente y lo que encontré en sus ojos no fueron celos, fue algo infinitamente peor, algo de lo que yo tenía la culpa: la inseguridad que le estaba creando el hecho de que me apartase cada vez que intimábamos. Había un motivo para no querer follar. No sabía si bueno o malo, pero aún no estaba preparado para hablarlo, así que forcé una sonrisa y le dije:

—Ojos grandes..., no me he acostado con todo Yellowknife. Los días tienen sus horas y el cuerpo humano da para lo que da. Solo me he distraído mirando. Nada más.

Hablamos durante el resto de la comida. De todo. De nada. Temas insustanciales y otros profundos como la existencia de los extraterrestres. Habría sido una comida perfecta si, al levantarnos de la mesa para irnos, el grupo de chicas no me hubiese reconocido y se hubiesen puesto a cuchichear entre ellas. La espalda se me envaró y la piel de la nuca se me puso de gallina cuando Kelly, consciente o inconscientemente, me acarició el brazo mientras me pasaba la muleta.

—Creo que les gustas, Graham. —Últimamente por mi cuerpo serpenteaba una sensación desagradable cada vez que descubría a alguien hablando de mí, como si diera por hecho que era para algo... malo. Me concentré en el tacto de Kelly hasta que retiró la palma de la mano y poco a poco mis pulsaciones se relajaron. Logré componer una sonrisa.

—Es que estoy muy bueno, Kelly. Puedes pellizcarme el culo y presumir.

Kelly estaba poniendo los ojos en blanco cuando avancé un paso y... El dolor que experimenté al apoyar mal el pie de la rodilla lesionada fue similar a caer en una trampa en el bosque y que se me clavasen miles de agujas dentadas. Perdí el equilibrio, y si Kelly no hubiera estado a mi lado para sostenerme, estoy seguro de que me habría derrumbado al suelo y quién sabe lo que le habría ocurrido a la articulación. El caso es que, por suerte, no lo hice. Pero a mi alrededor sí que se formó el silencio. No hay nada más denso ni que hiera más que una quietud impostada.

—¿Te encuentras bien, Graham? —me preguntó Kelly preocupada. Levanté la vista y me topé con la mirada de las cinco desconocidas, y ya no había deseo en sus ojos, solo compasión, pena, lástima. El puñado de sentimientos que detestaba.

—Sí —mentí mientras me zafaba de la mano de Kelly—, tengo que ir al baño.

Pasé junto a las chicas tratando de ignorarlas y al llegar al baño, sí, meé. Pero al terminar de secarme las manos no salí de inmediato. Los ojos me escocían y observé mi reflejo en el espejo. Tenía la mandíbula muy apretada y en la frente se me marcaba una vena. Una gota de sudor frío la cruzó con lentitud, poco a poco, sinuosa, como una serpiente que te quiere transmitir un mensaje. Antes de enviar la orden al cerebro, mi mano ya estaba extrayendo el bote de pastillas del bolsillo. Me había dicho que lo llevaba solo por si había una emergencia, del mismo modo que había llamado a Garret para que me facilitase el contacto de ese médico suyo, que era quien me las había recetado, para tener una decimoquinta opinión que contradijese la de los otros catorce médicos. La

realidad era que compaginaba la nueva medicación con la oficial y, gracias a la combinación de ambas, lograba ahuyentar el dolor y mejorar mi humor. Me metí la pastilla en la boca, tragué y esperé un rato, aunque todavía tardaría un poco más en hacer efecto. Luego, salí y sonreí como si nada a Kelly, que esperaba junto al coche que habíamos alquilado. Como si no estuviese abusando de la medicación. Como si no hubiese empezado tomándome dos y en aquel momento ya fuesen cuatro al día. Como si por el hecho de ser química legal no estuviese drogándome.

—¿De verdad que te encuentras bien, Graham?

—Contigo, siempre.

38

EL INSTITUTO

Kelly

Pasamos por casa de Graham a dejar las cosas, nos duchamos, nos cambiamos y fuimos a su instituto. El lugar donde vivía estaba a las afueras de la ciudad, así que tuvimos que coger el coche alquilado y, una vez allí, lo aparcamos en una zona demasiado concurrida para la hora que era, del mismo modo que el pasillo por el que nos movíamos en aquellos instantes estaba excesivamente transitado para ser por la tarde.

Graham se había puesto unos cómodos pantalones negros, sudadera del mismo color con el símbolo deportivo en blanco y zapatillas blancas impolutas y relucientes. No llevaba la gorra como en el Clark. En su lugar, el pelo oscuro alborotado se le despeinaba todavía más en las puntas por culpa del aire. Parecía contento mientras andábamos. O quizá esa no era la palabra correcta. Animado, más bien. El instituto de Yellowknife no se diferenciaba mucho del mío en Boston o en Salem. Aun así, escuché con atención las explicaciones que me iba dando y descubrí lo mucho que había extrañado durante las últimas semanas que me hablase de sí mismo, el placer que me otorgaba el silencio entremezclado con el sonido de su voz y alguna chispeante carcajada que se le escapaba.

—Empezaron a hacerla con mi fichaje... —Señaló con la barbilla la vitrina de trofeos frente a la que nos detuvimos y se situó a mi lado. El cristal, pulcro y limpio, nos reflejaba a ambos de un modo borroso y translúcido. Sin embargo, allí estábamos, recorriendo parte de su pasado—. Las negociaciones fueron confidenciales —añadió—, y lo pasé fatal —sonrió de lado—. Solo lo sabía el entrenador, y él era un hombre al que había que arrancarle las palabras. Pero, en el momento en el que firmé, se hizo público y una chica a la que no conocía se presentó en mitad del entrenamiento para hacerme una fotografía que saldría al día siguiente en nuestro periódico estudiantil. Es esa, Kelly.

Graham pegó su cuerpo al mío y me señaló la imagen. Experimenté un calambre en la tripa por su proximidad y sentí una especie de hormigueo agradable al notar que nos estábamos tocando. Al inspirar, me percaté de que no había abusado tanto de la colonia como hacía en Massachusetts. Sonreí.

—¿Esa?

Mi voz sonó ahogada, aunque él no fue consciente de ello. Se encontraba demasiado ensimismado observando con cierta nostalgia el «altar» que le habían dedicado, donde claramente Graham destacaba por encima de Peter Stanford, que también tenía alguna aparición puntual. Había recortes de toda su carrera, fotografías enmarcadas y trofeos colocados como si siguieran un orden cronológico que cesaba con una imagen suya sobre el hielo durante su despedida en el TD Garden. Era la misma que la mayoría de los medios deportivos habían seleccionado para su portada. «Graham Scott, un jugador histórico», decía la que teníamos delante. Pertenecía al momento exacto en el que se había alejado un poco de sus compañeros, el entrenador y demás personalidades después de entregarle el trofeo. Un haz de luz blanquecina incidía sobre él, y las linternas de los móviles que algunos asistentes prendieron actuaban como estrellas flotando a su alrededor. Era una fotografía bonita. Preciosa. Digna de pasar a la posteridad. Pero a mí me resultaba muy triste. Donde otros veían a Graham arrebatador y entero, yo le encontraba muy solo y perdido, y me daban unas ganas terribles de abrazarle, protegerle y cuidar de él. Recordé entonces la tarde que Ángela le definió como una persona luna, y me planteé varias preguntas absurdas seguidas como quién o qué iluminaba a la luna cuando esta se apagaba.

—Perdón —Graham salió de su abstracción y se esforzó por dibujar un gesto neutro—, ¿decías, Ojos grandes? —Debía de ser complicado contemplar una línea del tiempo que te pertenecía y tenía fin mientras tú seguías existiendo. Cambié el peso de una pierna a otra y le miré disimuladamente. Me mordí el labio. Fue la primera vez que estuve tentada de preguntarle si quería continuar adelante con la biografía, pero me pareció que no era ni el sitio ni el momento. Además, llegado el caso, cuando lo hiciera, conmigo no podría fingir. Había memorizado las líneas de la expresión de su cara mejor que las de cualquier otro ser humano.

—¿El artículo del periódico del instituto del que hablas es ese? —«Graham Scott, héroe estudiantil, ficha por los Boston Bruins». Aparecía más joven, con el pelo corto negro, una equipación que imaginé era la del equipo de allí y cara de susto. Graham asintió esbozando una sonrisa.

—Me pilló desprevenido. Al día siguiente no quería venir a clase, pero mi madre insistió y la verdad es que no fue tan mal. Nunca es tan terrible como lo imaginamos en nuestra cabeza, ¿no crees? —me preguntó, y le dije que sí, y al

girarnos para continuar no vimos a las dos mujeres que pasaban en ese momento por allí. Casi chocamos con ellas; menos mal que frenamos a tiempo. Las comisuras de la boca de Graham se alzaron. Por la edad que se les intuía (rondarían los cincuenta) y la mueca que se les dibujó en el rostro al reconocerle tuve claro que se trataba de antiguas profesoras suyas antes de que él me lo confirmase.

—Kelly, te presento a Rita y a Odette, ellas me enseñaron todo lo que sé de biología y matemáticas. Bueno, lo intentaron. Entre tú y yo, nunca fui un alumno fácil. —Mantuvo la expresión alegre y ellas lo confirmaron sumándose al gesto a la vez que movían la cabeza arriba y abajo.

—Tampoco eras tan complicado. Solo un poco inquieto —le corrigió amable la que identifiqué como Odette, matemáticas, una mujer muy alta y delgada que le observaba detrás de unas gafas con montura blanca.

Graham fue a decir algo, probablemente a rebatirla de broma, pero la otra profesora, Rita, biología, una señora bajita con bucles dorados, se le adelantó:

—No le restes mérito, Odette. La de veces que le dije que no llegaría a nada y hasta en eso me ha llevado la contraria. Mírate, nuestro alumno más internacional e ilustre, Graham, enhorabuena.

La espalda se me envaró y noté una desagradable sensación recorriéndome las venas y el interior de la boca. Mientras tanto, la mujer sonrió y él le devolvió la expresión. Nada en esa escena estaba bien. Era consciente de que la intención de Rita no había sido humillarle. Es más, dado el tono que había usado en su intervención, daba la sensación de que creía que se trataba de un halago. Pero no querer hacer daño a una persona y no hacérselo eran dos cosas totalmente diferentes.

«Déjalo pasar, Kelly —escuché decir a mi propia voz—. Ellos ya lo han olvidado».

Estaba en lo cierto. Graham, Rita y Odette habían retomado la conversación sin ningún problema en el bullicioso pasillo. Pero yo no podía. Identifiqué el sabor metálico del interior de la boca y era sangre, por morderme la lengua.

—¿Todo bien, Ojos grandes? —oí que me decía Graham preocupado. Parpadeé. Tenía las tres miradas clavadas en mí. Probablemente me habían dicho algo y yo no había contestado.

«Dile que sí, que todo bien, y sonríe», volví a escucharme, y me sorprendí diciéndole a Graham con un hilo de voz:

—Lo siento. —Luego posé mis pupilas en Rita y pronuncié—: El comentario que ha hecho antes, el de que Graham no llegaría a nada, es inapropiado, hiriente y algo que ningún profesor debería decir jamás a un alumno, y mucho menos enorgullecerse años después al recordarlo. Debería reflexionar sobre ello. —

Hablé con calma, sin alzar el tono o montar una escena, sosteniéndole la mirada para que lo entendiera. En ese momento, se hizo un silencio denso e incómodo, como violentos y torpes fueron los movimientos de la profesora buscando apoyo en Odette (no lo tuvo) y aprovechando que alguien la llamaba detrás de mí para marcharse pronunciando la disculpa que no correspondía.

—Lo siento. Tengo que ayudar —se fue, y a su paso Odette me apretó el brazo cómplice.

—Bien dicho, Kelly —me susurró.

Nunca he entendido por qué al ser humano le cuesta tanto admitir sus errores.

Es... liberador.

Y te permite avanzar.

Sin embargo, no me atrevía a mirar a Graham a los ojos porque probablemente yo también me había equivocado al entrometerme en su vida. Cogí una bocanada profunda de aire e iba a articular un «Perdón» cuando él me dijo:

—Vámonos a otro sitio. —No tuve tiempo para responder antes de que enroscase sus dedos alrededor de mi muñeca y me guiase en silencio por el entramado de pasillos hasta que llegamos a un aula.

Graham me soltó para comprobar si estaba abierta y, cuando el picaporte cedió, sonrió, la empujó y entramos. No había nadie en su interior. En lugar de encender la luz, se situó delante de mí y yo observé lo que había detrás de él. Las ventanas de la clase estaban a medio abrir y la claridad de un atardecer que teñía el cielo de violeta y rosa se filtraba. Gracias a ella pude distinguir una pizarra, mesas, sillas, tubos de ensayo, pipetas, vasos de precipitado y demás instrumentos que me llevaron a adivinar que nos encontrábamos en el laboratorio del instituto, algo alejados del bullicio inicial. Graham cogió aire y su pecho subió y bajó. Levantó la mano para rozarme la mejilla y dejarla ahí.

—Llevo muy mal que me ignoren, Kelly.

Intuí una sonrisa en su tono.

Suspiré.

Decidí sincerarme.

—No te estoy ignorando, Graham. Intento encontrar las palabras adecuadas para explicarte que no me arrepiento de lo que le he dicho a Rita. Ese comentario ha sido inapropiado, hiriente y debería avergonzarla. Pero lo siento si me he metido en tus asuntos, o si nunca lo habías visto así, ahora lo haces, te duele y...

—Ojos grandes...

—¿Sí?

—No te he traído aquí para regañarte.

Posé mis ojos en los suyos y todo lo que encontré fue sinceridad.

Aun así, le examiné con el ceño fruncido.

—¿No estás molesto?

—¿Por qué? Me has defendido. Y te estoy agradecido.

Observé lo que nos rodeaba de nuevo e inquirí.

—Entonces, ¿para qué me has traído al laboratorio?

Su sonrisa se ensanchó.

—Sencillo, Kelly, iba a besarte, y no era un beso apto para pasillos de instituto.

Se adelantó un paso y todo el oxígeno de la habitación desapareció cuando lo hizo. La muleta que le sujetaba impactó contra el suelo mientras él estampaba sus labios contra los míos enmarcándome el rostro con ambas manos. Aquel beso fue distinto a los anteriores que nos habíamos dado. Había más hambre en él. Más demanda. Me uní con las mismas ganas y cuando me quise dar cuenta su cuerpo se precipitaba sobre el mío y me presionaba contra la pared que tenía a mi espalda. Graham descendió con las manos acariciándome los costados hasta aterrizar en mi trasero, donde clavó los dedos, atrayéndome contra la dureza que se le había formado en la entrepierna. Proferí un gemido ahogado de la impresión. En ese instante, liberó mi boca y aproveché que sus labios bajaban en un sendero de huellas húmedas por mi cuello para decirle con la respiración entrecortada:

—Por cierto...

—Dime —jadeó con voz ronca sin apartar su boca de mi erizada piel. Eché la cabeza hacia atrás para exponerle más el cuello.

—Antes se me ha olvidado decir algo... —experimenté un agradable tirón en la parte baja del vientre cuando siguió cuello abajo—, y soy consciente de que quizá este no es el mejor momento para hablar...

—Probablemente, no. —No se detuvo y a mí me resultó bastante complicado seguir.

—Pero tengo que decírtelo porque tienes que saberlo —fui lo suficientemente fuerte para continuar, aunque mi voz sonaba cada vez más sofocada—. El comentario... de... la... profesora...

—Rita, se llama Rita.

—Es inapropiado... Hiriente... Y... Mentira. —Graham paró y por fin pude pronunciar del tirón la frase que quería—. Lo de que no valías para nada era mentira.

El chico me observó fijamente con sus intensos ojos azules.

—Eres un fastidio, Kelly.

Sonrió.

Le imité.

—Eso ya me lo has llamado antes, aunque tengo curiosidad por saber por qué

lo haces hoy.

—Porque odias la palabra «perfecta», y mi vocabulario es muy limitado para encontrar otra que te defina. Pero lo haré. Descubriré el modo de explicarte lo importante que eres para mí. Hasta entonces deberás conformarte con mis besos.

Volvió a posar su boca en la mía con anhelo, entreabrimos nuestros labios y las lenguas se rozaron. Fue un beso feroz y en ese instante lo sentí: el deseo que durante los últimos días había reprimido apoderándose de él. Hundió más los dedos en mi piel, todos los músculos se le tensaron, el contacto de mi cuerpo con el bulto de su entrepierna le martirizaba y, a la vez, arrancaba gemidos de su garganta.

—Joder, Kelly, joder...

Subió con una de sus manos y me acarició el pecho.

Eché la cadera hacia delante para frotarme con él.

Nunca había protagonizado una escena de sexo morbosa. Es decir, me había acostado con Mike y varios chicos después, pero siempre en casas, habitaciones de hoteles o, como mucho, en los asientos traseros o delanteros de un coche. Nunca se me había pasado por la cabeza invadir los baños de un vuelo internacional mientras los pasajeros dormían, hacerlo en los probadores de una tienda o en un parque. En lugares públicos en general. Sin embargo, allí, estando con él, quise, lo deseé, y se lo hice saber apartándome para dedicar una mirada cargada de intención a una de las mesas. Graham lo captó al vuelo.

—Ojos grandes... —musitó torturado, pero en lugar de separarse de mí por un motivo que aún desconocía, como en las ocasiones anteriores, se mantuvo en su sitio, con nuestras caderas rozándose rítmicamente por encima de la ropa—. ¿Estás segura?

Comencé a asentir, la mano que agarraba mi pecho lo envolvió con más potencia y...

Sucedió aquello a lo que te arriesgas si te lo montas con alguien en el aula de un concurrido instituto. Escuchamos la puerta abrirse, la luz se encendió y por su hueco asomó un chico uniformado que no sabía dónde meterse al vernos.

—Yo... —titubeó visiblemente apurado. Las manos de Graham se desprendieron de mí con esfuerzo y dio un paso atrás—. Lo siento, vaya. Mis jefes me han mandado a por unas cajas para la decoración del escenario, pero puedo volver más tard...

Los brazos de Graham cayeron inertes a ambos lados de su cuerpo, aunque tenía los puños cerrados, el pecho envalentonado y una mueca tensa que no pudo disimular.

—Cógelas.

A mí también me costaba respirar.

El chico, ataviado con un uniforme gris y una gorra, pareció dudar, pero finalmente le hizo caso. Pasó, recogió a toda velocidad el par de cajas apiladas al lado de una vitrina, y al irse pronunció una nueva disculpa.

—Lo siento.

Graham consiguió sonreír, pero la tensión no le había abandonado.

—No pasa nada.

—¿Apago la luz?

Tuve la sensación de que el exjugador se lo pensaba. No obstante, negó con la cabeza.

—Deja la puerta abierta, por favor.

Desapareció y nosotros nos quedamos en silencio. Sentía mis pulsaciones aceleradas y el torrente sanguíneo me palpitaba en la sien. Graham todavía no me había mirado, y aquella actitud sí que se correspondía a la que le nacía siempre que parecía que íbamos a dar un paso más, la de imponer una distancia que, a juzgar por nuestras caras, ni él deseaba ni yo tampoco.

—¿Estamos bien, Graham? —me atreví a preguntarle.

Tardó tres segundos en posar sus ojos en los míos.

Los conté.

—Lo estamos, Kelly —logró sonreír para tranquilizarme—. De verdad.

Yo tenía muchas dudas, muchísimas, pero con su mirada me pedía que no escarbase más en el tema y lo respeté. Me tragué el deseo a la espera de que estuviese listo para contarme qué diablos pasaba y solucionarlo, y le pregunté cambiando de tema:

—¿A qué crees que se refería el chico que ha entrado con lo de «cajas para la decoración del escenario»?

Él suspiró, aliviado por mi decisión de darle un respiro, y se agachó para recoger la muleta del suelo.

—Podrían ser muchas cosas.

—¿Muchas cosas?

—Sí. Una exhibición, un concierto, un debate. Aunque estoy casi seguro de que hablaba del baile de fin de curso que se celebra esta noche. Llámalo intuición.

Sacudí la cabeza, divertida.

Los bailes de fin de curso nunca se hacían en esa época.

Tampoco en Canadá.

—Tu intuición falla más que el radar paranormal de Abraham...

Graham se enderezó con su muleta y se la metió debajo del brazo.

Arqueó una ceja.

—¿Eso es lo que piensas?

—Eso es lo que sé.

Sonreí.

Él se me quedó mirando.

—Solo por teorizar, del uno al diez, ¿cuántas ganas de asesinarme te entrarían si te hubiese traído a Yellowknife engañada y hubiese asumido parte del coste del baile de fin de curso para poder cambiar la fecha?

Yo también clavé mi mirada en la suya.

Estiré los labios tensa.

—Graham, espero que sea una broma de las tuyas.

—Y yo espero que te diviertas mucho. Sé que me has repetido hasta la saciedad que no eres la protagonista de tu novela y no tienes ningún trauma con no haber asistido a tu baile, Ojos grandes, y te prometo que atiendo a lo que me dices y suelo respetarlo, excepto cuando me doy cuenta de que yo no bailé contigo en el mío y me parece una razón de peso para traerte a otro país engañada y arriesgarme a que te enfades. Así que es oficial: esta noche, si sigo respirando y no encuentras algo mejor, cosa que dudo, soy tu pareja de baile de fin de curso y tengo la intención de que sea tan épico que no lo olvides nunca.

39

EL BAILE

Graham

Terminé de firmar el último autógrafo y me hice la última fotografía. La directora Bess acababa de anunciar por megafonía que se abrían las votaciones para el rey y la reina del baile, así que los estudiantes me dejarían descansar un rato para ir a votar a uno de los extremos de las gradas, donde habían situado la urna junto al profesor que recibía las papeletas.

Observé lo que me rodeaba. En realidad, los bailes no eran tan grandiosos como luego los recordábamos. Un gimnasio despejado, el escenario con el DJ pinchando los temas de moda, arcos de globos azules y blancos, un *photocall*, un fotomatón, luz de disco, bebida sin alcohol que los alumnos adulteraban en sus vasos y algo de comer, además de sillas. Me encaminé hacia la que ocupaba Kelly.

La había dejado sola para hacerme las fotografías con el telón del *photocall* de fondo, pero no parecía molesta. Al contrario, sus ojos se desplazaban y barrían el espacio. Era una costumbre que se le había quedado de su etapa de escritora. La de mirar como si cualquier lugar pudiese ser el escenario de un capítulo de una de sus novelas y tuviese que memorizarlo sin darse cuenta de que lo que estaba haciendo era retener los momentos de su vida.

Resbalé a su lado, sonreí e iba a preguntarle si el baile estaba cumpliendo sus expectativas cuando ella me dijo:

—La nueva medicación está funcionando. Esta noche se te ve muy bien.

La piel de la nuca se me erizó y me puse alerta.

—¿Qué nueva medicación?

La chica se encogió de hombros.

—La he visto antes en el baño cuando buscaba la pasta de dientes.

Kelly continuaba mirando al frente, a la fiesta. La estudié y busqué en su

expresión alguna señal que delatase que me había pillado y aquel era un comentario malintencionado para que confesase, pero no la encontré y me sentí aliviado y... decepcionado. Uno no se vuelve adicto a lo que sea sin tener dudas o remordimientos. Sin embargo, quería estar bien. Y para estarlo necesitaba anestesiar mis emociones y ciertas partes de mi cuerpo a base de pastillas. Para mí, representaban la solución, no un problema, y seguramente así habría sido de haber seguido la pauta de un profesional, que no era el caso. De repente caí en una cosa.

—No se lo digas a mi madre —dije.

Los labios de la chica se estiraron formando una sonrisa y, entonces sí, me miró. Estaba preciosa aquella noche. Lucía un sencillo vestido ceñido de tirantes negro con un corte por encima de las rodillas que Abraham había «robado» de su armario para dármelo, zapatillas Converse blancas, el pelo recogido en un moño que se había hecho ella misma en lo alto de la cabeza con algunos mechones sueltos, sus aros plateados, maquillaje ahumado lila y el ramillete que olía de tanto en tanto que le había regalado para que viviese toda la experiencia y que yo llevaba a conjunto anudado en la muñeca. Por mi parte, había rescatado los pantalones, la camisa y la corbata fina del homenaje, zapatillas blancas y el prendido con forma de hormiga que Kelly hizo en el suelo del TD Garden para mí. No iba llamativo porque no quería ser protagonista, solo un simple personaje que pudiese dedicarse a contemplarla. Kelly continuó sonriente y me preguntó:

—¿Por qué se lo iba a decir? —Mi gesto de nerviosismo debió de revelarle algo, porque frunció la nariz y una arruga nació en su entrecejo—. ¿Acaso no lo sabe?

—No le gustan mucho los medicamentos —salí por donde pude—. Es la típica madre que de niño te decía que tenías que pasar los constipados a pelo para que tu sistema inmunitario se fortaleciese. —Me sorprendió lo ágil que era para mentir y cambié de tema—. ¿Está siendo como esperabas? —Señalé con la barbilla la pista. Ella se mordió el labio.

—La verdad es que... no. Siempre he pensado en el baile como algo frívolo, una caricatura, y lo cierto es que lo que estoy viendo es a grupos de amigos pasándoselo bien. ¿El tuyo fue así? ¿Te trae... recuerdos?

Sonreí, en aquella ocasión con sinceridad.

—¿Te acuerdas de lo que te conté?

—¿Que fuiste el rey, te emborrachaste y tuviste un fin de fiesta memorable? Sí. —El pecho se me hinchó al comprobar que ella también recordaba mis palabras.

—Lo que no te conté es que estaba tan agobiado por empezar a jugar en la NHL que ni siquiera guardo memoria de mi —entrecomillé con los dedos—

«reinado»; me emborraché para aplacarlo y el fin de fiesta —volví a entrecomillar— «memorable» fue llorisquear a Peter en el hombro en plena exaltación de la amistad para que no me olvidase nunca. —Kelly me dedicó una sonrisa dulce y me di cuenta de algo—. Creo que esto no lo he hecho solo por ti, ¿sabes? Lo de representar el baile de fin de curso. Yo también necesitaba vivir el mío sin que el hockey se interpusiese. —Fue la primera vez en la que reparé en que el hielo no solo me había dado, sino que también me había quitado las otras versiones de mí mismo que pude ser.

—¿Puedo confesarte una cosa? —me preguntó sacándome de mi ensoñación.

—Claro.

—Hace un rato, cuando la directora Bess ha anunciado que empezaban las votaciones he temido que hicieses un Chuck Bass.

—¿Qué es hacer un Chuck Bass? —vacilé.

—¿No lo conoces?

—¿Debería?

Ella me examinó para ver si decía la verdad y concluyó:

—Chuck Bass era el no protagonista realmente protagonista de *Gossip Girl*. Votó ciento cincuenta veces a Blair para que fuese reina del baile. TikTok está plagado de vídeos de la escena.

—El algoritmo te muestra tus preferencias.

—¿Y qué te enseña a ti?

«Ciempiés».

—Vídeos de mí —sonreí, y, como Kelly seguía mirándome fijamente, aclaré por si las moscas—: No, Ojos grandes, no te he votado ni ciento cincuenta veces ni una. —Suspiró aliviada—. Lo que he hecho es robar la corona y esconderla en la biblioteca para que vayas a liberarla.

—No es verdad...

—¡Pues claro que no! —Solté una carcajada—. Pero sí que me gustaría que la vieras conmigo.

—¿La corona? —fui a decirle que no y rio—. Vamos a la biblioteca, Graham.

No he sido del todo sincero. Sí que hubo una chica que me gustó. George. Me gustó tanto que, en lugar de proponerle ir al cine en nuestra primera cita, o a una cafetería o un descampado, le sugerí que me acompañase esa tarde a la biblioteca. Había buscado en los archivos hasta localizar un libro fascinante de insectos y le había preguntado a Arthur por uno de historia que fuera interesante para impresionarla. Quedamos en la puerta y, nada más verme, cuando mi mano se deslizó hasta el pomo y lo giré, me preguntó dubitativa:

—¿En serio vamos a entrar?

Yo también la observé extrañado.

—Es lo que habíamos hablado, ¿no?

La cosa no mejoró cuando estuvimos en el interior. Todos (el bibliotecario, los profesores, mis compañeros y los alumnos que conocía de vista) me contemplaban como si esperasen a que hiciese algo, como si aquel no fuese mi entorno natural y mi presencia allí se debiese a un motivo oculto. Fui hasta la estantería donde estaba el libro de insectos con George pisándome los talones, y cuando lo iba a coger por el lomo me sentí estúpido. No podía ligarme a una chica con mi cerebro, así que lo que hice fue enrollarme con ella en aquel pasillo, como si mi única intención hubiese sido experimentar la adrenalina de que nos pudiesen pillar. Y la verdad es que al final lo hicieron y llamaron a nuestras casas.

Contestó Arthur.

Él fue el que vino y habló con el bibliotecario y un par de profesores que censuraban mi actitud, mientras yo aguardaba sentado fuera en un banco de madera. Recuerdo que cuando Arthur salió no me dijo nada y caminamos con idéntico silencio hasta su coche, nos montamos en él, encendió el motor y, conforme activaba los limpiaparabrisas para quitar la nieve que caía en pequeños copos en la luna delantera, me consultó:

—¿Le ha gustado el libro de historia? —Me retrepé en mi asiento.

—No lo he cogido. —No me apetecía hablar del tema, pero Arthur insistió confundido. Él había visto lo... ilusionado que estaba.

—¿Por qué, Mente inquieta? —Apreté los dientes furioso por haber pensado que a las personas podía atraerles algo más de mí además del físico.

—No se liga leyendo —sentencié—. No tienes ni idea de chicas.

Mi padrastro no me preguntó más. George me escribió para repetir porque le había dado mucho morbo y le dije que no sin darle más explicaciones. Estaba cabreado, dolido. Triste. Pero nadie en el instituto se dio cuenta y durante unas semanas sus amigas me llamaron capullo. Luego se les olvidó.

Creo que por eso llevé a Kelly allí. No porque tuviese una espina que me quisiese sacar con ella, sino porque quería ver ese libro. Entramos juntos a la biblioteca y mientras ella se perdía para buscar la sección de novela romántica y leer los títulos que había, yo hice memoria y me encaminé al pasillo trece, donde supuestamente se encontraba el libro.

Deambular por el instituto estaba prohibido la noche del baile, así que encendimos la linterna de nuestros teléfonos como si fuéramos ladrones. Me sorprendió recordar la ubicación exacta del libro y el modo en el que mi corazón brincó saltándose un par de latidos cuando descubrí que continuaba allí. Lo agarré con mimo y enfilé a una de las mesas para dejarlo encima y tomar asiento. No podía encender la luz, así que coloqué mi teléfono de manera que lo

iluminase, contuve el aliento, lo abrí por la primera página y... *Curiosidades de insectos,* decía el título. Lo seguía un índice por orden alfabético. Desplacé la yema del dedo por la rugosa hoja hasta encontrar la C de «Ciempiés» y me dirigí a la página veintisiete.

> Te sorprenderá leer que los ciempiés no tienen cien pies, puesto que las patas de estos artrópodos oscilan de 15 a 171, y nunca se da una cifra par en ellos...

Sonreí y entonces la escuché.

—Definitivamente, sí. Es mi favorita del repertorio. —Kelly se había desplazado con tanto sigilo a mi lado que no la vi hasta que habló. Estaba enfrente, y me miraba relajada con los ojos entornados.

—¿El qué es tu favorita?

—La sonrisa que pones mientras estás leyendo, Graham. Tienes muchas, algunas insoportables, como la socarrona. Pero mientras lees... Es distinta. Creo que no me cansaría de verla. ¿Puedo? —Señaló la silla que descansaba junto a la mía.

—¿Quieres que leamos juntos? —vacilé, y ella se encogió de hombros, inocente.

—Me gusta cuando me cuentas cosas de insectos en las que de otro modo nunca me interesaría.

—¿Cómo sabes que el libro es de insectos?

—Porque te conozco.

Accedí y se dejó caer a mi lado. Hasta esa noche tenía muchas teorías que con Kelly se desmontaron y se vinieron abajo. Por ejemplo, que lo más íntimo y excitante que pueden hacer dos personas es practicar sexo, porque había una intimidad nueva para mí en el modo en el que nos alternábamos para leer en voz alta y comentábamos las partes que nos resultaban más llamativas, y cada vez que se inclinaba en mi dirección y uno de sus mechones me hacía cosquillas, nuestras piernas se juntaban o las manos se rozaban involuntariamente al no ponernos de acuerdo para ir a pasar página. En ocasiones así experimentaba una sacudida superior a la de ningún orgasmo.

Me gustaría decir que todo salió según lo planeado. Regresamos al baile, asistimos a la coronación de la reina y el rey, y bailamos una canción con sus manos enlazadas en mi nuca y las mías apoyadas en la parte baja de su espalda. Pero no fue lo que sucedió. Porque los dos perdimos la noción del tiempo. Y cuando me quise dar cuenta y miré el reloj de muñeca era demasiado tarde.

—Mierda —chasqueé la lengua a la vez que me ponía en pie—, el baile ha terminado hace media hora. Deben de estar recogiendo... —La culpabilidad por

haberla entretenido y que se lo hubiese perdido comenzó a trepar por mi garganta hasta que ella se puso de pie y me acarició la mejilla.

—Ha sido el mejor baile de fin de curso que podría haber tenido, Graham.

Nos sostuvimos la mirada e iba a besarla cuando del exterior nos llegó una voz que decía:

—¿Hay alguien ahí?

Se trataba del vigilante de seguridad. Nos apresuramos a apagar las linternas, nos pusimos de pie y pegué a Kelly contra una de las estanterías para que el hombre no nos viese mientras enfocaba con la suya.

—Chavales, si estáis haciendo algo que no debéis, ejem, será mejor que salgáis —advirtió moviendo el haz de luz en todas las direcciones.

Kelly me miró y me llevé un dedo a la boca a la vez que susurraba:

—Shhh.

En realidad, nada grave nos podría haber sucedido si nos hubiese descubierto. Como mucho, que nos echase, o que me pidiese un autógrafo. Sin embargo, creo que nos escondimos movidos por la sorpresa y nos quedamos así porque en el fondo no nos apetecía separarnos. Mi cuerpo presionaba cada partícula del suyo y a través de la tela era capaz de percibir su respiración entrecortada, del mismo modo que estoy seguro de que ella sentía muchas cosas mías, cosas que yo ni siquiera imaginaba. El hombre barrió por última vez la biblioteca y se fue a continuar con su ronda en busca de alumnos. Cerró la puerta y... Nosotros nos quedamos allí con la poca iluminación que nos llegaba del pasillo, la respiración agitada y un puto deseo que me quemaba las venas y dolía.

—Por poco —dije con una voz que sonó ronca.

Juro que en mi vida había deseado tanto a un ser humano como a Kelly después de que leyésemos el libro de insectos juntos.

Jamás.

La deseaba tanto que parecía irreal.

Por eso me costó un horror apartarme.

Traté de sonreír, pero el gesto no alcanzó mi cara.

—Será mejor que nos vayamos —hablé.

Sin embargo, ella permaneció quieta, con la espalda apoyada en la estantería, e iba a encender la linterna del teléfono cuando preguntó:

—Graham yo... ¿no te excito?

Parpadeé, confundido.

¿Cómo diablos había llegado a esa conclusión tan absurda?

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Siempre que vamos a intimar, me rehúyes. Y quiero que sepas que está bien. Si has cambiado de opinión y te gustaría que solo fuésemos amigos,

podemos serlo. Todavía no es tarde.

¿Cómo que no era tarde?

No podía permitir que Kelly pensase eso.

Pero confesar la verdad me costaba un horror.

—Kelly, no quiero que seamos solo amigos.

—Ah, ¿no?

—No. —Cogí una bocanada de aire y lo expulsé de golpe—. No acostumbro a pensar en cómo me follaría a mis amigas las veinticuatro horas del día, y contigo me sucede. Despierto. Dormido. Cada segundo que respiro.

Ella pareció aún más confusa.

—Entonces... ¿Cuál es el problema?

Posé mis ojos en los suyos. No quería decírselo. Pero tampoco quería que sacase conclusiones equivocadas, como que había algo de ella que no me gustaba. Que no me ponía, por el amor de Dios. Me removí incómodo y fui consciente de que tenía dos opciones y ninguna me atraía. El silencio y que continuase tejiendo teorías desacertadas, o pronunciar una verdad que sabía igual que ácido ascendiendo por mi garganta. Me decanté por la menos mala.

—Suena a tópico, Ojos grandes, pero no es por ti, es por mí.

—¿Por ti?

Intenté explicárselo de la mejor manera posible.

—Me siento... inseguro. Y la inseguridad es una mierda.

Siempre había sido muy decidido en el sexo, pero cuando pensaba en acostarme con Kelly me sobrevenía el pensamiento de si sería capaz de cargarla a pulso. De sostenerla contra la pared. De soportar su mirada cuando descubriese la carnicería de la rodilla. De follarla con la intensidad y la sensibilidad que ella merecía. Me sentía... frágil, maldita sea. Y estaba aterrado. Muy acojonado.

—¿De qué tienes miedo, Graham?

¿De qué tenía miedo?

—De ser menos de lo que esperas, Kelly. Antes el sexo se me daba de lujo, follaba francamente bien, sin socarronería, pero ahora no estoy seguro. No estoy seguro de nada.

Bajé la cabeza y ella se adelantó un paso para colocar un dedo en mi barbilla y obligarme a mirarla.

—Estás seguro de que quieres acostarte conmigo, ¿no?

Esbocé una curvatura de labios.

—Muy seguro.

Kelly me devolvió el gesto.

—Eso ya es algo y... No quiero que el sexo sea perfecto, quiero que seas tú. Estar contigo es suficiente, Graham.

Las murallas que había construido a mi alrededor se vinieron abajo.
—Vale, Ojos grandes.
—Vámonos a casa.

40

TÚ...

Kelly

Coloqué las manos en la cinturilla con cuidado para sacarle la camisa por encima de los pantalones y el estómago se le encogió de la impresión.

—Que no te detenga. Tira —sonrió de lado para animarme—, lo estoy deseando.

Nos encontrábamos de regreso en su salón después de «escapar» del instituto sin que nos pillaran y Graham me observaba hacer sin moverse, con una mezcla en su expresión de vulnerabilidad, curiosidad casi infantil y excitación. Obedecí y tiré. Luego, serpenteé con las manos hacia arriba rozando las líneas que definían su abdomen. Comencé a desabrochar los botones de la camisa uno a uno hasta que pude quitársela acariciándole los hombros. La piel se le puso de gallina y mi respiración se agitó al ver su torso. Los labios se le estiraron más al comprobar mi reacción y a mí me invadió una sensación de tranquilidad, de paz. Quería acostarme con él saboreando cada instante y no estaba nerviosa.

Mis pupilas recorrieron sus músculos definidos y los tatuajes diminutos que los salpicaban.

—¿Te gusta lo que ves? —bromeó, aunque tenía la boca reseca.

Me encogí de hombros con aire inocente y alcé la mano para rozarle la clavícula.

—Al final le he cogido cariño al lunar.

Tragó saliva.

—Te advertí de que era muy *querible*.

Descendí con la yema del dedo por su cuerpo hasta llegar a la V que se le formaba bajo la cintura.

—Pero siempre tendré la sospecha de que en realidad la hormiga es un pelo enquistado y no quieres admitirlo. —La acaricié.

—Supongo que puedo vivir con ello si la tocas de esa manera.

Levanté la mirada y me encontré con sus ojos azules. Eran cristalinos y a la vez profundos como el agua de un pozo. Un color único. Tenerlo tan cerca provocó que un escalofrío trepase por mi columna vertebral. Los dos estábamos descalzos, y su chaqueta y la corbata descansaban en el respaldo del sofá. La camisa había caído a sus pies sobre la alfombra. Me llevé la mano a la espalda y Graham adivinó cuál era mi siguiente movimiento.

—¿Quieres que yo...? —Señaló el vestido—. Mis dedos son buenos con las cremalleras.

—No es necesario. Prefiero hacerlo por mí misma.

—Vale —accedió, y permaneció expectante.

Mentiría si dijera que hasta ese momento no había disfrutado del sexo. Lo había disfrutado. Y mucho. Pero sí que algo cambió en ese salón. Le di más valor. Con sus pupilas escrutándome, quise apreciar cada minúscula variación en su expresión mientras me desnudaba sin prisas, y eso no era por Graham, era por mí, porque merecía disfrutar de desear y saberme deseada. Desabroché con lentitud la cremallera hasta la parte baja de la espalda y saqué un brazo, después el otro. La tela resbaló por mis piernas hasta el suelo. Levanté los pies y me puse de puntillas para librarme del vestido; ahora solo llevaba unas sencillas braguitas negras. Entonces posé mis ojos en los suyos y me di cuenta de que tenía las pupilas dilatadas.

—¿Te gusta lo que ves? —le imité sonriente.

—Responderé cuando recupere la voz. —Me dedicó una sonrisa y aclaró la garganta—. Eres jodidamente preciosa, Ojos grandes. Una puta pasada.

Las puntas de sus dedos se movieron y acariciaron el botón del pantalón. Un rayo repentino cruzó su rostro y lo transformó. La seguridad y el deseo fueron reemplazados por el miedo y una presión que trató de disimular.

—¿Estás segura de que quieres verla? —Se refería a la rodilla. Graham trató de sonar calmado, medio de coña, pero no coló. Era evidente que estaba inquieto, que se sentía vulnerable—. Lo que le hicieron a Frankenstein fue un juego de niños en comparación con lo que vas a encontrarte. Da bastante grima y...

Asentí, interrumpiendo su discurso.

—Quiero verla. Quiero ver todo de ti.

Me sostuvo la mirada unos segundos para cerciorarse de que decía la verdad y finalmente se deshizo del pantalón. Contuve el aliento y la tripa se me contrajo. La lesión impresionaba. En ella, pieles de distintas tonalidades se superponían, había numerosos bultos y tenía una enorme cicatriz en forma de alambre de espino dando varias vueltas a la articulación de la pierna. Suspiré sobrecogida.

Por más que lo había imaginado, nunca había sido realmente consciente de todo lo que había debido de sufrir.

—Te avisé de que era desagradable —malinterpretó mi reacción forzando una sonrisa falsa.

Dejé de observar su rodilla y clavé mi mirada en la suya de nuevo.

Luego, avancé un paso y chasqueé la lengua.

—Yo no la definiría como desagradable, con todas las palabras que hay en el diccionario.

—Cierto. Conoces más yo. ¿Cómo la definirías?

Acorté otro paso.

—Sencillo. *Tuya*.

Él frunció el ceño.

—¿Y eso qué significa?

—Que me gusta, Graham, que me gustan todas las partes que te componen.

Me examinó perplejo.

—No sé qué decir, Kelly.

—Podrías besarme. Besar no se te da del todo mal.

Continuó estudiándome y poco a poco su sonrisa real apareció en su cara.

—No se me da del todo mal, ¿eh?

Sus manos descansaron a ambos lados de mis caderas.

—A ver, eres bueno. Pero siempre hay margen de mejora. Sirve para estar motivado.

—Yo siempre estoy *muy motivado* en tu presencia.

—Más motivado.

—Dudo que sea posible. —Aclaró la garganta—. ¿Estás segura de lo que has dicho, lo del margen de mejora en mis besos?

Un cosquilleo se formó en mi vientre y se extendió por todas mis terminaciones nerviosas.

—Si no es así, deberías demostrármelo.

—¿Es lo que quieres? ¿Pruebas... tangibles?

—¡Lo que quiero es que te calles de una maldita vez y me beses! —reí, y Graham asintió con lentitud.

—Por una vez voy a obedecer tus órdenes sin quejarme, pero no te acostumbres.

No tuve tiempo a reaccionar cuando sus labios impactaron contra los míos con urgencia y le respondí con idéntica necesidad. Terminamos tirándonos por el suelo, sobre la mullida alfombra, él encima y sus manos recorriendo con la presión adecuada cada centímetro de mi piel.

—Demasiada lengua —bromeé cuando Graham se apartó para que

pudiésemos respirar. Me miró fijamente y una sonrisa maliciosa le bailó en el rostro—. ¿Qué ocurre?

—Te diría que no gritases, pero lo cierto es que quiero que las paredes se vengan abajo con tus chillidos cuando haga lo que estoy a punto de hacer.

Sin dejar de observarme, hundió un dedo en el lateral de mi ropa interior y me la quitó, dejándome completamente desnuda y expuesta.

Alcé las caderas movida por la excitación.

—Eres un fantasma, Graham.

Su sonrisa se acentuó.

Se puso de rodillas y con mimo me flexionó una pierna, luego la otra, y las separó.

Abandonó mis ojos y el gesto le cambió, aunque no supe bien cómo descifrar el nuevo.

—¿Te duele? —me preocupé por su postura, y él negó lentamente con la cabeza.

—Qué va. La lesión está bien anestesiada. —Debí prestar atención a esa frase, pero no lo hice—. Joder, estás muy húmeda, Kelly. —La sonrisa regresó—. Aunque, como bien has señalado, siempre hay margen de mejora. Me tomo muy en serio los retos.

En el acto, Graham enterró la cabeza entre mis muslos, lamió mi sexo trazando círculos y ahogué un gemido, retorciendo las manos hasta colocarlas enredadas en su pelo y empujar. Continuó deslizando la lengua entregado, sabiendo lo que se hacía, y comenzó a ayudarse con los dedos. Primero uno. Arqueé la espalda. Luego el otro. Me mordí el labio con tanta fuerza que me hice daño. Una bola de fuego se formó en la parte baja de mi vientre y me retorcí de placer.

—No te oigo, Ojos grandes —dijo cuando era evidente que iba a explotar.

—Porque no pienso chilla...

Las palabras se quedaron atrancadas en mi garganta cuando con un último y certero lametazo, a la vez que hundía sus dedos, me impulsó hasta proporcionarme mi primer orgasmo de la noche. La habitación estalló entonces en mil pedazos y centenares de destellos se reprodujeron tras mis párpados en la oscuridad cuando cerré los ojos.

—Un tímpano reventado. No ha ido del todo mal para ser nuestra primera vez —dijo Graham satisfecho.

Al final, grité y permanecí con los ojos cerrados, en silencio, deleitándome en la sensación que recorría todo mi cuerpo, hasta que él habló de nuevo. En ese momento, los abrí y me topé con la sonrisa socarrona que había sentido dibujarse contra mi sexo cada vez que yo tenía un espasmo. No me molestó. Aun así, fingí

fulminarle con la mirada y Graham apoyó la barbilla con familiaridad en mi tripa y enarcó una ceja.

—No irás a negarlo, ¿verdad? No te pega mentir. —Apreté los labios porque era precisamente lo que pensaba hacer y... Él se rio. Una refrescante carcajada que me llevó a pensar que el sexo siempre debería ir acompañado de aquella banda sonora. De la confianza y la diversión—. ¿Y bien? ¿Sigue habiendo margen de mejora o me he superad...?

—Oh, cállate. —Rodé sobre mí misma y me situé encima.

Él cruzó los brazos detrás de la nuca, dejándose hacer.

—Reconozco que hoy estás muy mandona, pero me gusta. —Su sonrisa se expandió y le observé. Estaba guapísimo con el pelo despeinado, los labios rojos e hinchados y la mirada encendida.

—Mi turno, señor Hormiga.

De su garganta brotó una carcajada que me erizó la piel.

—Te diría que llamarme señor Hormiga en estas circunstancias disminuye mi libido, pero es que creo que no hay nada que puedas hacer para dejar de excitarme —le quité los calzoncillos mientras él hablaba y los ojos se me abrieron como platos— excepto esto. Pareces... sorprendida, y eso que el tamaño ya se intuía por encima de los pantalones vaqueros y del chándal. Me siento ofendid... ¡Ay! —se quejó entre risas porque le pellizqué.

—¿Sabes que eres lo peor?

Negué con la cabeza y él se puso repentinamente serio.

—¿Y tú sabes que eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo?

Nos sostuvimos la mirada, le besé en la boca con intensidad y después bajé hasta su sexo. Creía que nada podría superar el orgasmo que ya había tenido, pero ver sus reacciones, comprobar cómo respondía su cuerpo, pasear las manos por su torso y notar su agitación y sus dedos aferrados a mi cabeza a la vez que se retorcía y jadeaba fue algo indescriptible.

Tensó los músculos a punto de ceder al placer y, en lugar de hacerlo, me apartó con suavidad.

—Voy a por un condón. Prefiero correrme dentro de ti.

Asentí.

Admiré su desnudez mientras caminaba hasta perderse en el pasillo para ir a su habitación. Graham regresó al instante. Y lo hizo rasgando el envoltorio de un preservativo con los dientes.

—¿Solo tienes uno?

Terminó de abrirlo y torció los labios de lado, esbozando una sonrisa maliciosa.

—Tranquila, hay una caja en el cuarto y si se nos acaban tenemos la opción de

ir a la gasolinera a por más. Abre las veinticuatro horas. Soy previsor.

Alzó las cejas, se agachó, se colocó el preservativo y contuve el aliento ante la inminencia de lo que iba a pasar. Luego, tragué saliva y traté de calmarme.

—Vaya, una caja, tienes las expectativas altas.

Él recorrió mi cuerpo con sus ojos azules.

—Con lo que tengo delante no puede ser para menos. Nunca voy a saciarme de ti.

Continuó escrutándome y noté una sacudida brutal en la parte baja de la tripa aunque todavía no me había tocado. Graham lo percibió y las comisuras de sus labios se alzaron.

—¿Qué? —pregunté.

—Es curioso, Kelly. Solo eso.

Aguardé, pero no me dio más información.

—¿Vas a dejar de hacerte el interesante?

Su sonrisa se extendió.

—Necesitas saberlo todo... —Chasqueó la lengua de coña y cuadró los hombros—. Pensaba que es curioso que nos sintamos como un par de críos que van a perder la puta virginidad, cuando es evidente que yo he follado mucho y espero que tú también.... Sin embargo, te miro y... Siento que hay algo nuevo en esto. Diferente. Distinto. ¿Tú también lo percibes?

—¿Puede que sea por lo que me has contado en la biblioteca?

Sus inseguridades podrían estar jugándole una mala pasada.

Él negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Creo que es porque eres tú y eso lo cambia todo.

Pareció confundido, como si me revelase esa información a la vez que se la admitía a él mismo. Se inclinó hacia delante apoyado en los codos para besarme y no dejó de hacerlo mientras estimulaba mi sexo de nuevo con sus dedos para ponerme a tono. Una vez que estuve húmeda, me observó y suspiró.

—Qué guapa eres, joder. Qué BONITA.

Entró poco a poco dentro de mí y dejó de besarme por un instante para poder contemplar mi rostro cuando se hundió por completo y yo sonreí al sentirlo en mi interior. Por fin. Fue mejor de lo esperado. Encajábamos.

Graham volvió a la carga entonces y me traspasó a base de movimientos lentos, pero contundentes, para adaptarnos y reconocernos, a la vez que me acariciaba y abandonaba mi boca para apoyar sus labios en mi mandíbula, en el cuello, en la clavícula. No tenía prisa. Yo tampoco. Aproveché para dar un paseo por su firme y suave piel con las yemas de los dedos y le acaricié los brazos, los hombros, los omoplatos, la espalda, clavé mis garras en su trasero y lo atraje hacia mí para sentir todavía más cómo me penetraba, y continué descendiendo

hasta que Graham repentinamente se tensó.

—¿Qué ocurre?

Había parado, aunque continuaba en la misma postura petrificado encima de mí.

Tardó un segundo en contestar, y cuando lo hizo parecía torturado, aunque intentó disimularlo.

—La vista puede engañar. El tacto no. Es muy desagradable, Ojos grandes. Te lo digo por experiencia. Convivo con ella y en ocasiones rozo el «ciempiés» al ducharme.

Fingió un escalofrío.

Tardé un segundo en comprender que se refería a la cicatriz de su rodilla.

—Si lo hago, ¿te dolerá?

Graham cogió una bocanada de aire y contestó con sinceridad.

—Físicamente no, pero si te cambia el gesto..., y es probable que no lo domines y te cambie, sí. Al menos eso creo. No tengo la autoestima por las nubes en este tema. Aunque, si es lo que quieres, puedo cerrar los ojos.

—Lo que quiero es que te des cuenta de que no hay nada malo en ti y que me gusta todo lo que te compone. Confía en mí. ¿Puedo...?

—Puedes hacer conmigo lo que quieras cuando quieras —me interrumpió.

Posé las yemas de mis dedos sobre la abultada cicatriz y lo sentí, el espasmo que le recorría de arriba abajo y le atravesaba, batía su respiración y le agarrotaba los músculos. Al principio, él permaneció rígido e inamovible, expectante. Mis caricias se enfrentaron al tacto de una piedra. Pero poco a poco mi piel filtró calor y él fue consciente de que mi expresión no variaba y de que le entregaba todo el cariño que tenía dentro a esa parte de su cuerpo. Graham se relajó y me miró como si yo fuese algo único en el mundo. Agradecido.

—Gracias, Kelly, muchas gracias —dijo con voz ronca.

Entonces lo supe.

Estábamos ante un instante clave.

Pensé en lo que acababa de decir y en los agradables nervios que arrullaban mi tripa.

Para ninguno de los dos era la primera vez, sin embargo...

—A lo mejor no ibas tan desencaminado y hay más de una —dije, y él vaciló.

—¿Más de una qué?

—Primera vez. A lo mejor hay tantas como personas importantes llegan a tu vida, ¿no crees?

Como respuesta, Graham descendió sobre mí y me besó con intensidad. Sus labios se movieron encima de los míos con idéntica devoción y la velocidad con la que se hundía en mi interior aumentó. Un placentero hormigueo me zarandeó

salpicándome las venas y anunciando el segundo orgasmo. Tener a Graham dentro me volvía más sensible a los estímulos y multiplicaba por mil el tacto de las caricias, sus embestidas y los besos húmedos que no dejábamos de darnos entre jadeos entrecortados mientras respirábamos de la boca del otro.

—¿Así voy bien? ¿Te gusta? —se interesó, y descubrí que, además de buen amante, era atento. En realidad, las dos cosas van de la mano.

—Vas perfecto.

Retomó un par de penetraciones lentas y suaves para espolearme y después ya no me dio tregua. Graham se movía rápido, con fuerza, entregado, y mis caderas se alzaban para llevar también el ritmo y sentirle más profundo. Me besó en el cuello y eché la cabeza hacia atrás para exponérselo del todo a la vez que ahogaba un gemido. Mis uñas se clavaron en su trasero mientras me estremecía y descubrí que con Graham las emociones no resbalaban. Al contrario, él introducía otras nuevas que se quedaban en mi interior a través de las grietas que había ido escarbando en el escudo que yo había creado para protegerme, y que dinamitó en el instante en que se hundió de nuevo en mí y me besó la boca.

—Dime que te queda poco, no creo que resista mucho más. O me corro, o me muero.

Noté que todas mis defensas explotaban al mismo tiempo que mi mundo se venía abajo con un demoledor orgasmo; él sonrió de lado, entró en mí en un par de embestidas más y se dejó ir con su sexo palpitando en mi interior. Apretó la mandíbula y los músculos de la cara se le tensaron a la par que cerraba los ojos para saborear el orgasmo. Los abrió al rato, todavía apoyado sobre sus brazos, y las comisuras de sus labios se alzaron.

—No sé a qué se debe esa sonrisa, Ojos grandes —dijo al descubrir que yo también estaba sonriendo—, pero prometo emplear todas las fuerzas que me quedan para que esta noche me la dediques como mínimo un par de veces más.

Estiré tanto la boca que las mejillas me dolieron.

—¿Un par de veces más? ¿Estás seguro? ¿Tengo tu palabra?

—Me tienes a mí.

41

EL VÍDEO

Graham

A la mañana siguiente fui al Tim Hortons a por dos cafés para llevar acompañados de *muffins* rellenos de cereza. El día había amanecido despejado y yo me sentía agotado, extasiado en el buen sentido de la palabra. Había sido una noche larga y estimulante junto a Kelly y me encontraba de muy buen humor. Tanto que saludé levantando la mano en la que llevaba la bolsa de cartón a las madrugadoras personas que me crucé por la calle principal, e incluso me detuve un rato en el puerto a observar el agua golpear la orilla.

Sonreí de un modo tan exagerado que me tiraron las mejillas y me sentí imbécil.

Pero hasta sentirse imbécil estaba bien esa mañana.

Volví a casa al rato. Nada más entrar, encontré a Kelly en la cocina inspeccionando los armarios con la cara lavada, el pijama de aguacates puesto y el pelo recogido en una colorida coleta alta. Nunca me había considerado (ni había sido, dicho sea de paso) especialmente cariñoso, por eso me sorprendió (y gustó) cuando me descubrí envolviéndola por la espalda atrapando su menudo cuerpo con el mío y la besé entre el cuello y el hombro mientras le mostraba el desayuno balanceándoselo delante de los ojos.

—Estás de enhorabuena. Vas a probar tu primer café de verdad. Quizá necesites pañuelos. Es probable que llores —le susurré al oído con los labios curvados.

Luego, me separé y al darse la vuelta los dedos de una de sus manos rozaron los de la mía, que caía en uno de mis costados. Enseguida experimenté un agradable cosquilleo, como si su piel me hubiese transmitido electricidad, y mi sonrisa se ensanchó. Era increíble que nos hubiéramos acostado (varias veces) y los roces más insignificantes continuasen teniendo su efecto. Casi diría que

mágico, si creyese en esa palabra.

Kelly me devolvió el gesto y se llevó una mano a la cadera, chasqueando la lengua teatralmente.

—Ya estás poniendo las expectativas por las nubes, Graham... —me reprendió de coña, pero yo tenía la respuesta perfecta.

—Anoche las cumplí, ¿no? Deberías aprender a confiar en mí. —Antes de que me propinase un codazo en las costillas enlacé mis dedos con los suyos y me fascinó lo bien que encajaban nuestras manos. Me sorprendían muchas cosas de nosotros esa mañana. Estaba... soñador y, aunque no lo demostraba abiertamente, tampoco trataba de ocultarlo—. Vamos al salón, anda. Me tienes famélico con tanto sexo y tan poca comida.

—Pobre Graham...

—Pobre de mí, sí.

La sonrisa que había dibujado no se borró mientras íbamos hasta el salón; es más, se intensificó al pasar a la sala. No la habíamos recogido y la ropa continuaba tirada donde la habíamos dejado tras regresar del baile, por no hablar de los muebles, contra los que nos habíamos recreado después y que estaban todos movidos de su sitio. Nunca volvería a ver aquel salón con los mismos ojos. Siempre me traería recuerdos. Y, mientras yo pensaba en todo lo que había sucedido allí y me excitaba un poco, Kelly frunció el ceño.

—¿No deberíamos arreglar este desastre?

—¿Para qué? —Me encogí de hombros—. Hoy va a terminar igual o peor. Joder, espero que peor —reí.

Kelly no lo negó y el torrente de excitación que ya me recorría las venas me zarandeó. Estar dentro de ella, besarla y acariciarla había sido más de lo que le podía pedir al sexo, más de lo que le podía pedir a la vida, y aquello, lejos de agobiarme y asustarme como siempre había creído, me había dado impulso. Había descubierto que sentir cosas por una persona y que fusionáramos nuestros cuerpos era la triple P, una puta pasada y una putada, porque veía complicado conformarme con menos después de haberlo probado.

Nos soltamos y tomamos asiento en el sofá.

Saqué el par de cafés y los dulces, y tendí uno de cada a Kelly.

—¿Qué te apetece que hagamos hoy, además de exprimirme en la cama, en el sofá y en todos los lugares que se nos ocurran? —bromeé al mismo tiempo que le retiraba la tapa a mi bebida para echarle azúcar. No obstante, en el último instante me arrepentí y lo cerré de nuevo con la intención de saborear ese café que, en comparación con el aceite para frenos caducado estadounidense, era un elixir de los dioses.

Ella se encogió de un solo hombro, subió los pies al sofá con toda naturalidad

y arrancó el pico de la magdalena para llevárselo a la boca.

—La verdad es que me da igual. Lo que tú quieras. Siempre y cuando cumplas tu palabra del fin de fiesta —dijo con voz aterciopelada, y la piel de la nuca se me erizó. Se refería a mi comentario sobre mancillar todos los lugares que se nos ocurriesen, y de haber tenido algo de energía habría empezado a poner mi imaginación en práctica en ese preciso momento. Pero, como necesitaba alimentarme, asentí. Pegué un trago a mi café mientras pensaba en posibles planes para ese día. Los principales atractivos de Yellowknife eran los *tours* para ver auroras boreales, bien viajando a las afueras en autobús, alquilando un coche o pasando la noche en una de las pintorescas cabañas de madera que salpicaban nuestros bosques. También estaba la opción de hacer una ruta. O navegar. Pero ninguna de esas alternativas era viable, ya fuera por la época o por mi rodilla. Evité pensar en la articulación y recordé que la idea era pasar tiempo juntos, nada más, y el centro de la ciudad tenía su encanto. Iba a proponérselo cuando ella se me adelantó—. Por cierto, ¿sabes dónde esconde Arthur la caja fuerte? —Su inesperado cambio de tema me confundió.

Fruncí el ceño.

—No te tenía por una ladrona, Ojos grandes.

Kelly sacudió la cabeza de un lado para otro y me aclaró:

—El otro día, mientras te esperaba en el porche, Arthur me ofreció unas cintas que te grababa todos los años en tu cumpleaños para la... —Pareció dudar si pronunciar o no la palabra. Finalmente lo hizo—. Para la biografía. —Un regusto amargo que traté de disimular ascendió por mi garganta. No habíamos vuelto a hablar del tema del libro desde la operación y la verdad era que lo prefería así. Pensar en él me incomodaba, pero no era tan puto egoísta como para decírselo, pues sabía que se trataba de su último trabajo en ese ámbito—. ¿Sabes de lo que te estoy hablando? —la chica me sacó de mi ensoñación. Cogí aire.

Las mismas cinco preguntas.

Cada año al levantarme el día de mi cumpleaños.

Por supuesto que lo sabía.

—Sí.

—Tengo la contraseña para abrir la caja y coger las cintas.

—¿Quieres que las veamos... *ahora*? —dudé, aunque, a diferencia de lo que me ocurría con la biografía, guardaba un buen recuerdo de esas grabaciones y no me importaba ponerlas durante el desayuno.

—O luego. O antes de irnos. O que hagamos una copia y nos las llevemos a Salem. Básicamente lo que no quiero es que se me olvide. —Alzó las comisuras de sus labios con cautela, persiguiendo leer mi reacción y le devolví el gesto.

—Ahora es un buen momento, Kelly, de verdad —accedí, y me puse de pie

para demostrarle que no mentía. Los dos fuimos al caótico despacho de mi padrastro, que estaba aún más desordenado desde que se habían mudado a Massachusetts conmigo y el hombre había tenido que seleccionar los libros que se llevaba y cuáles dejaba. Estaba seguro de que fue una tarde dura para él.

Abrí las persianas para que entrara la luz y conduje a Kelly hasta el escritorio, donde le señalé el tercer compartimento de la cajonera.

—Es ahí.

—No parece muy seguro... —comentó a la vez que se agachaba y descubría la caja.

—No creo que haya cosas de mucho valor dentro.

Me apoyé en el borde de la mesa y Kelly sacó el móvil para introducir la contraseña que Arthur le había enviado. Metió los números uno a uno y la puerta cedió con un clic. La chica sonrió como si acabara de abrir una cámara acorazada que escondía un tesoro. Comenzó a rebuscar, yo miré al frente y mis ojos se quedaron prendados en algo que había sobre una de las baldas de la destartalada estantería.

Kelly extrajo el contenido con extremo cuidado, así que mientras lo hacía me puse en pie y me adelanté un par de pasos para acercarme a las estanterías. Después, estiré el brazo y cogí un marco plateado. Retiré el polvo que lo cubría primero soplando y luego ayudándome con el dorso de la mano, ladeé el rostro y observé la fotografía. En ella aparecían Arthur y mamá al inicio de su relación, cuando nos fuimos de acampada a un bosque y a mi padrastro le picaron todos los bichos del país. No recordaba haberla tomado, pero por el encuadre debía de haber sido yo.

Y salían los dos.

Cada uno en una silla.

Leyendo.

Sin mirarse.

Aquello trajo de vuelta un recuerdo que me golpeó el pecho.



No tenía grandes recuerdos de la relación de mi madre con mi padre biológico. Básicamente, porque yo era un crío cuando él se fue. Aun así, de tanto en tanto, y sospecho que por puro masoquismo, no podía evitarlo y, a pesar de la poca información que poseía, intentaba descifrar cómo había sido y la comparaba con su historia con Arthur.

De pequeño planifiqué quemar todas las cosas de mi padre biológico que quedaban en casa. Mi madre había donado la mayoría, pero conservaba algunas que guardaba en una caja del garaje que Arthur protegía con mimo en la época de las nevadas. No comprendía la actitud de mi padrastro, y tampoco por qué ese objeto en concreto me producía tanto rechazo. Pero lo hacía. La sangre me hervía cada vez que pasaba por su lado.

El plan era sencillo. Reducirla a cenizas, aguantar la bronca de mi madre y que me perdonase.

Lástima que tuviera la mala puntería de elegir a Peter Stanford como cómplice.

—Podemos provocar un incendio —fue una de sus primeras objeciones cuando llegamos al garaje y se dio cuenta de que iba en serio.

—Hay extintor —repliqué decidido.

—No sabes usarlo.

—Hay que quitar el pasador de seguridad y tirar de una anilla —dije para demostrarle que había hecho mis deberes—. Por supuesto que sé.

—¿Y si nos asfixiamos con el humo?

—La puerta estará abierta.

Se la señalé con la barbilla y él se removió nervioso. Había algo más en mi amigo aparte del afán de hacer siempre lo correcto, algo que no tardó en mencionar.

—¿No tienes interés por saber lo que hay dentro?

—Ninguno —mentí. Peter me descubrió enseguida.

—Si la quemas y después te arrepientes, no habrá marcha atrás y me culparás por no haberte parado los pies.

—No te culparé.

—Bueno, pues yo sí que me diré a mí mismo que ha sido mi culpa. Es lo mismo.

«No, no lo es».

Arqueé una ceja.

—¿Por qué tienes tanto interés en que yo lo vea?

—Porque cuando lo hagas te darás cuenta de que lo que se rompió no fue algo tan extraordinario, que tus padres eran una pareja como muchas otras, y dejarás de estar tan enfadado con... él —mintió, lo que quiso decir era: «Contigo». En ocasiones no podía evitar experimentar cierta culpabilidad por no haber sido el hijo que mi padre biológico deseaba y que esto le hubiese empujado a irse rompiéndole el corazón a mi madre.

Valoré lo que Peter estaba diciendo y... En el fondo llevaba razón.

La prueba de que no habían sido una pareja perfecta era justo lo que

necesitaba.

Alcé un dedo, advirtiendo:

—Vamos a ver una vez lo que hay dentro y después le prendemos fuego.

Peter asintió.

No tenía muy claro lo que pretendía encontrar, pero, fuese lo que fuese, me topé con lo contrario. Hay parejas que se forman por descarte, por pura rutina, y otras en las que se palpa el amor. La de mi padre biológico y mi madre era de las últimas. Ella no solo guardaba las entradas de la primera película que fueron a ver al cine juntos, también conservaba las notitas que se enviaban en clase, cartas y pulseras trenzadas de cuero con el nombre del otro. También el anuario, del que, al cogerlo, voló una fotografía suelta. La recogí del suelo y leí en su revés: «Recuérdame por quien era cuando me conociste, no por el cobarde en el que me he convertido. El mayor castigo es que te voy a querer siempre. Edgar». Se trataba de la nota de despedida de mi padre biológico. Le di la vuelta entre los dedos con la respiración acelerada y descubrí una imagen muy distinta a la fotografía de mi madre con Arthur que había visto en la estantería; ya no era solo porque fuesen más jóvenes, de la época del instituto, y ella vistiese la chaqueta deportiva del equipo de hockey sobre hielo de Edgar. Era porque se miraban de una forma imposible de capturar por un objetivo y menos de describir, con la sonrisa más ancha que le había visto jamás a mi madre.

Aquello me afectó y se me quitaron las ganas de quemar las cosas de mi padre biológico; ya le habían robado bastante a mi madre. Guardé los objetos de nuevo, cerré la caja y la dejé en su sitio.

—Vámonos, Peter.

—Has hecho lo correcto.



—¿Qué miras? —Kelly se había desplazado a mi lado con tanto sigilo que no fui consciente de lo cerca que estaba hasta que habló.

—Nada, una fotografía. —La puse de nuevo en el estante—. ¿Has localizado el botín? —Como respuesta, me enseñó las dos cintas con mi nombre que sostenía entre las manos.

—Aunque no comprendo por qué Arthur las ha grabado aquí en lugar de en un CD o de subirlas a la nube.

—Porque es Arthur —asumí—, y le profesa un profundo amor y un respeto aún más grande a todo lo anticuado. ¿Volvemos al salón?

La chica asintió, pero no se movió del sitio, con la mirada castaña salpicada de betas más oscuras fijas en la imagen de mi padrastro y mi madre.

—Esa es la clase de amor a la que aspiro.

«¿Aburrida? ¿Monótona? ¿Conformista?», pensé.

Sin embargo, lo que dije en voz alta con una sonrisa ladeada e insegura fue:

—Lo dices por los libros. Salen leyendo y tienes debilidad por ellos.

Kelly negó con la cabeza.

—Lo digo por su postura, por su gesto.

—¿Por la frialdad y la distancia? —vacilé, y me pregunté si estábamos viendo la misma foto. Ella desvió su mirada para enfrentarla a la mía.

—¿Eso es lo que ves cuando la miras, Graham?

—¿Tú no?

—Desde luego que no —rio—. ¿Por qué un beso es mayor señal de amor que la comodidad de hacer lo que a uno le gusta junto a su pareja sin tener que interactuar con ella? Cuando quieres a alguien, una manera de demostrárselo es compartiendo su espacio sin intervenir, dejando que siga siendo de la otra persona.

Volví a contemplar la imagen. Hasta entonces nunca la había observado de esa manera, como una relación cimentada y madura en la que se tenían las cosas tan claras que no era necesario enseñárselo al mundo, les bastaba con saberlo ellos. A lo mejor no era que mi madre quisiese más a Edgar que a Arthur, a lo mejor era que los quería de forma diferente porque ella también era una mujer distinta. Me sentí injusto por haberme empeñado en compararlo y experimenté una especie de alivio.

—Gracias, Ojos grandes.

—¿Por reflexionar sobre el amor? No tienes que darlas. Hasta hace poco me ganaba la vida con ello.

—Por aportarme visión —la corregí—. Me gusta ver a través de ti. Descubro cosas nuevas —sonrió, y sus pupilas se deslizaron hasta mi boca a la vez que entreabría los labios.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué más te gusta de mí? —repuso de nuevo con tonalidad tentadora y me vi obligado a pararle los pies muy a mi pesar.

—Que entiendas que el cuerpo humano tiene sus procesos y necesita recargar energía para una sesión deportiva como la de anoche. —Le eché un brazo por encima de los hombros—. Anda, vamos a ver lo adorable que era de niño y lo insoportable que era de adolescente.

—Dirás como ahora, ¿no?

Sonreí.

—Ahora soy el hombre de tus sueños.

Ella puso los ojos en blanco.

Reí.

El café del Tim Hortons se había enfriado cuando llegamos. Me senté en el sofá y Kelly encendió el antiguo reproductor de vídeo y metió la primera de las cintas.

—¿Sabes cómo se utiliza? —le pregunté.

—Creo que sí, los muebles de la casa de la abuela Charlotte reciben cada año la convalidación de mobiliario de museo. —Me dedicó una sonrisa y luego apretó los labios mientras rebuscaba entre los canales hasta localizar el que estaba sintonizado con el vídeo. Una vez que lo tuvo, cogió los mandos a distancia que descansaban en la mesita baja de madera que teníamos a nuestros pies hasta dar con el que le sirvió para rebobinar la cinta. Imágenes mías de más mayor a más joven se fueron reproduciendo marcha atrás.

Kelly sonrió abriendo la boca hasta que se le vieron los dientes.

Pegué un trago a mi café frío y le dije:

—Pareces emocionada.

—*Estoy* emocionada —confirmó—. Era algo con lo que no contaba. Escucharte de niño.

De nuevo, noté una especie de espina atravesada en la garganta por el destino que iban a tener esas imágenes, la biografía que mi cerebro y mi cuerpo cada vez rechazaban más. Pero, de nuevo también, no fui tan capullo como para poner a Kelly contra las cuerdas y lo disimulé.

—No sé qué esperas encontrar, pero ya te adelanto que no es para tanto. La mayoría de las respuestas son tonterías sin sentido alguno. —Dejé de nuevo el vaso en la mesa.

No recordaba el primer día que Arthur llegó a mi habitación cuando tenía cinco años para explicarme la dinámica y hacerme la propuesta. Se acabó convirtiendo en el pistoletazo de salida de la celebración de mi cumpleaños cada año y lo esperaba con idéntica ilusión con la que aguardaba la llegada de Santa Claus. No obstante, me grabó durante mi adolescencia y niñez, o, lo que era lo mismo, al principio me hacía el bobo y luego el indiferente, pero cuando terminó... El primer año experimenté un vacío inmenso cuando Arthur no llamó a mi puerta para despertarme acompañado de su prehistórica cámara y, si era sincero conmigo mismo, había seguido echándolo de menos todos los siguientes.

Aún lo hacía, de hecho.

—Qué lento va —se impacientó Kelly, y consultó para matar el rato—. ¿Cuáles eran las preguntas?

Le volví a dar un sorbo a mi café e hice memoria.

—Lo mejor y lo peor del año, algo que me hubiese sorprendido, un deseo para

el siguiente y hablar directamente a la cámara para enviarle un mensaje a mi yo futuro.

—Vaya, son buenas preguntas. Me gusta la idea.

—Podemos hacérselo a nuestros hijos. —Kelly palideció de repente y solté una carcajada con la que casi me atraganto—. Es coña, Ojos grandes. Aunque tendremos tres, ¿no? —Le di un golpecito con el brazo para que supiera que continuaba de broma, y el reproductor de vídeo emitió un sonido seco, avisándonos de que la primera de las cintas ya estaba rebobinada.

La chica no aguantó más y le dio al *play*. Duraba una hora y cuarto, y contenía las preguntas desde los cinco años hasta los doce. Por aquel entonces, divagaba mucho y me podía tirar cinco minutos explicando lo mejor del año, aunque para lo peor era muy breve; casi siempre me quedaba pensativo en la pregunta de la sorpresa, y los deseos eran peticiones encubiertas formuladas a Arthur en voz alta como: «Para el año que viene lo que quiero es que me dejen ver la televisión hasta más tarde». Los mensajes a mi yo futuro tampoco eran gran cosa. Nada de preguntas profundas del tipo: «¿Eres feliz?». De hecho, en una ocasión, con siete, me dije: «Hola»; en otra, con nueve, «¿Qué tal?»; y en la de los doce, que por mi actitud debía de estar enfadado con el mundo ese día, me pregunté: «¿Todavía sigues con esta mierda? Espero que no».

Pasamos a la siguiente cinta. La segunda, que contenía desde los trece a los diecisiete, duraba menos porque al principio mis respuestas estaban construidas a base de monosílabos. Había un par de grabaciones en medio en las que dejé varias preguntas en blanco al son de: «Ya soy mayor para esto, Arthur», y volví a mostrar interés a los dieciséis, cuando intuí que aquello se acababa y en mitad de un interrogatorio habitualmente unidireccional le dije:

—¿Por qué haces esto, Arthur?

Escuché su voz al contestar, pero no pude verle porque la cámara siempre me enfocaba a mí.

—Porque me gusta pasar tiempo contigo, escucharte, conocerte y comprobar cómo creces, y será una excusa para que de mayor nos sentemos juntos y lo veamos. Será un buen día el que lo hagamos. —Intuí la sonrisa de mi padrastro a pesar de no observarla en la pantalla.

Llegó el turno del último año. El final de la tradición. Mi aspecto y el tono de mi voz eran más reconocibles. La cámara empezó a grabar en cuanto se abrió la puerta de mi cuarto y me enfocó sentado en la cama, aguardando su llegada con la sonrisa torcida que años después tantos anuncios había protagonizado.

—No te rindes, ¿eh, Arthur? Año tras año —dije al mismo tiempo que, por el movimiento de la imagen, él tomaba asiento enfrente.

—Soy insistente. Aunque tranquilo, una vez más y te libras de mí.

Mantuve la sonrisa, pero observándome con atención me di cuenta de que la boca se estiraba tirante y en un punto la sonrisa desapareció y tragué saliva.

—Menos mal —mentí.

—¿Empezamos?

—Dale.

Le dije que lo mejor era ser capitán del equipo de hockey sobre hielo del instituto, lo peor la muerte de mi abuela y la sorpresa ir con Peter a un concierto y que mi amigo se lo pasase bien.

—¿Cuál es tu deseo, Graham? —preguntó en aquel instante, y por primera vez me lo planteé en serio.

En lugar de mirar desafiante a la cámara descendí con las pupilas hasta mis manos y me tomé mi tiempo antes de volver a encarar el objetivo y pronunciar como respuesta:

—Me gustaría que un ojeador me viese el año que viene, ¿sabes? Estudiar en una buena universidad con una beca deportiva y poder jugar al hockey sobre hielo para siempre. Sueños poco ambiciosos —bromeé, y...

Los ojos me brillaban de un modo único en aquel instante. En ese momento, descubrí que lo deseaba de veras y pensé satisfecho que no solo había cumplido mi deseo al año siguiente, sino que lo había superado. Una sonrisa de orgullo se empezó a formar en mi rostro, pero se quedó congelada a medio camino. Es lo que tiene la negación. Da igual cuánto te aferres a ella, te abandona cuando menos te lo esperas y chocas de frente con la realidad. Yo lo hice allí, en mi sofá de Yellowknife viendo a mi versión adolescente hablar.

Ya no era jugador de los Boston Bruins.

Ni lo sería.

Nunca.

Jamás.

Mierda.

El futuro, que en todos los años del dichoso vídeo se me había antojado como una hoja en blanco apasionante, comenzó a transformarse en un túnel oscuro sin apenas iluminación ni ventilación donde respirar era difícil. Las posibilidades habían quedado atrás y tan solo restaba la nada.

La inquietud me pinzó los nervios y me removí incómodo tratando de sacármela.

Mientras, la grabación continuaba implacable.

—Bien, Graham, la última pregunta y terminamos...

—He pensado que este año podríamos introducir una variación en la dinámica como despedida del ritual, Arthur —le interrumpí en la televisión.

—¿Cuál? —se interesó mi padrastro.

—Que seas tú, en lugar de yo, el que le manda un mensaje a mi yo del futuro.

Trataba de concentrarme en el vídeo, lo juro. O en Kelly. En cualquier cosa que no fuese la desagradable sensación de agonía que me aprisionaba el pecho, aceleraba mis latidos y ascendía por mi garganta provocando que tuviese unas repentinas ganas de vomitar y sudores fríos.

«No eres jugador de los Boston Bruins».

«Ni lo serás».

«Estás acabado».

Sentí que las paredes se estrechaban y los sentimientos aplastaban mis órganos triturando los huesos. Por ese motivo, me puse en pie de un salto a la vez que Arthur decía en el vídeo:

—Me parece una idea magnífica, como todas las tuyas. Baja a desayunar y lo grabo.

Necesitaba huir de allí.

—¿No puedo estar delante? —le preguntaba entonces en la pantalla.

—Mejor que lo vea en primicia ese yo futuro, ¿no crees, Mente inquieta?

En las imágenes también me ponía en pie después de encogerme de hombros para abandonar el plano.

—Vale. Dime algo bonito, Arthur.

Kelly paró el vídeo en ese momento, preocupada.

—¿Ocurre algo, Graham?

«Que ya no soy jugador de los Boston Bruins».

«Ni lo seré».

«Nunca».

«Jamás».

Forcé una sonrisa.

—Nada, que necesito ir al baño.

—¿Te espero para acabar de verlo?

—Qué va. Tardaré un rato y nos conviene aprovechar las horas centrales del día en la calle. Ya lo veré en otro momento.

Ella me examinó un segundo, ensanché más mi falsa sonrisa y asintió.

—OK, Graham.

Me marché del salón justo cuando Arthur decía:

—Ni siquiera sé cómo empezar sin echarme a llorar. Gracias, Mente inquieta, por...

Corrí el pestillo del baño a pesar de saber que Kelly no entraría. Saqué el bote de los antidepresivos y de los analgésicos musculares, y me eché varias pastillas de cada en la palma de la mano. Luego, me miré en el espejo. Y no me reconocí. Había dejado de disimular y la expresión de mi cara era de puro pánico. Terror.

Descontrol. Las sensaciones que alejaba me cercaron, y sentí desesperanza, miedo al futuro... Me sentí viejo. Como si ya hubiera hecho lo que tenía que hacer y ahora... ¿qué? Exactamente, ¿qué? No servía para nada más. El deporte te hace tocar el cielo, pero no te deja quedarte en él; es un cabrón despiadado.

Miré las pastillas con el corazón desbocado y el pulso disparado. Eran muchas, pero el tamaño de mi ansiedad también era grande. Y no me matarían. Me las metí en la boca y abrí el grifo para ayudarme a tragarlas con agua. Luego, me senté en el retrete esperando a que hicieran efecto y el pensamiento de que tenía toda la vida por delante pero no sabía qué hacer con ella fuese sustituido por una aparente, falsa y efímera felicidad.

Funcionó.

42

NUEVA YORK

Kelly

Fueron unos días magníficos en Canadá, claro que yo desconocía parte de lo que sucedió allí.

A la vuelta, inicié mi nueva rutina. Continué perfilando la biografía, trabajaba en la tienda de ropa y un día cualquiera que libraba entre semana, un miércoles, me descubrí madrugando más que de costumbre para coger un autobús en la estación que me llevase de regreso a Nueva York.

Tardé cuatro horas y media, contando la parada en un área de servicio para desayunar, y empleé ese tiempo en terminar la primera novela que leía por placer desde hacía mucho, una romántica paranormal. Era difícil sumirte en la lectura cuando te dedicabas a escribir y estabas bloqueada. Al menos, para mí. Nunca he podido generalizar. En lugar de ayudarme a despejar la mente, disminuir el agobio y disfrutar, me ponía a analizar lo que funcionaba y lo que no, así como las razones por las que esa novela era más buena que mi trabajo. Siempre, daba igual el texto, tenía mejores personajes o reflexiones, o diálogos más fluidos, o la trama era más original e interesante. Incluso cuando no me gustaban (no todos los libros tenían que ser de mi agrado) hallaba un motivo por el que esas historias merecían el reconocimiento que las mías no deberían tener.

Una vez leí que somos nuestros críticos más feroces y exigentes, y es cierto.

La crueldad con nosotros mismos puede no tener límites.

Sobre todo, cuando la inseguridad te come.

En la terapia íbamos a trabajar en ello, la forma en la que me hablaba y la importancia del lenguaje y las palabras que utilizaba para decirme según qué cosas. Por el momento, y tras mucho reflexionar, había averiguado que no había dejado de leer porque no me gustara, lo había dejado por miedo, y este no es malo, es una herramienta de supervivencia, pero no podía determinar mis

movimientos. No se puede escribir si no amas leer. Las escritoras aman los libros ajenos casi tanto como los suyos; en ocasiones más. Y, aunque ya no escribiese, no podía renunciar a algo que a mí me hacía inmensamente feliz. Por esa razón, experimenté una sacudida de placer en el interior del autobús cada vez que cerraba la novela, ojeaba el paisaje por la ventanilla para descansar la vista y retomaba la lectura sin hacer comparaciones, tan solo sumergiéndome en una historia porque sí, por mí.

Leer es maravilloso, y mi espíritu lo notó y agradeció.

Salió reforzado de ese viaje.

Llegué a Manhattan por la mañana con mejor humor y menos peso sobre la espalda. No sabía muy bien a qué. La idea había surgido la noche anterior cuando me había metido en la cama con Salem y simplemente había comprado el billete con el móvil. Había muchas opciones. Si la oferta de Boston era buena, la de Manhattan era increíble. La gente dice que su popularidad se debe a las películas, pero yo creo que es una de esas ciudades que enganchan, que tiene algo que dilata el tiempo y los sentidos.

Subí al metro, todavía rumiando mi destino, y me descubrí rumbo a Brooklyn, mi antiguo barrio.

Creo que por eso fui sola.

En el plan, en la idea, nunca estuvo invitar a Abraham, Wendy o Graham, a pesar de saber que cualquiera de ellos me habría acompañado encantado. La idea era reencontrarme y redescubrir mi calle sola. Hay cierta belleza en la soledad. En el proceso de sanación propio.

Me planté delante del edificio de ladrillo rojizo donde estaba mi antiguo apartamento y alcé la vista al cielo. Hasta entonces no había reparado en la cantidad de vegetación que lo rodeaba y en cómo las copas de los árboles tejían una especie de telaraña formada a base de hojas por la que se filtraba la luz del sol.

Fui a mi supermercado habitual por el mismo camino de siempre, y también al parque y a la cafetería, que estaban remodelando e iba a ser otro negocio. Allí me detuve, en la esquina, y respiré profundamente. Recordé en ese instante una cosa que Mía siempre decía y hasta entonces no había entendido. Si mis padres le preguntaban, ella siempre quería veranear en el mismo pueblo de Maine.

—¿No te gustaría conocer sitios distintos? —se interesaba mi padre.

Ella sonreía antes de contestar:

—Es que este cambia cada año, papá.

Visualizando aquella porción de Brooklyn me di cuenta de que era cierto. No había pasado el tiempo suficiente desde que me había ido para que el barrio hubiese cambiado tanto y yo lo sentía distinto, porque no era la misma y somos

las personas las que damos sentido a los espacios. Para ello, la terapia estaba resultando vital. Mucha gente compara el duelo con la pérdida de la inocencia. Ves la cara menos amable del mundo y su aspecto es tan impactante que no lo logras olvidar.

Para mí había sido distinto. Antes de la muerte de mi madre me sentía en una caja amortiguada y blandita, con toda mi familia unida envuelta en papel de burbujas. Pero el accidente abrió esa caja y salimos despedidos. Había tardado tiempo en comprender que el dolor, la rabia y muchos sentimientos habían aparecido a raíz de ese golpe y que tenía que validarlos y aceptar que no volvería a la caja, pero que eso no debía ser necesariamente malo, igual que no lo era ser otra Kelly o que una versión pasada hubiese quedado atrás. Vamos dejando versiones de nosotros mismos cada día, y eso se debe a que evolucionamos, a que tenemos posibilidades, y estas siempre son buenas porque marcan una amplia variedad de caminos por los que desplazarse, aunque gracias a Caroline, mi psicóloga, estuviese más centrada en la persona que andaba que en el propio trayecto.

Un obrero fue a entrar en el local que estaban remodelando y al irme a apartar sin querer choqué con alguien. Iba a disculparme cuando oí:

—¿Kelly? ¿Eres tú? —Se trataba de Tabitha, mi excasera. La mujer no lo dudó y me dio un abrazo suave—. No sabía que habías vuelto —dijo al apartarse. No teníamos mucha confianza, pero siempre nos habíamos llevado bien. A fin de cuentas, yo pagaba el día que tocaba y daba pocos problemas.

—Estoy de turismo —aclaré—. ¿Y tú? ¿Enseñando el apartamento a alguien? —Tabitha vivía con su mujer en el Upper East Side y rara vez se dejaba caer por allí. Sacudió la cabeza.

—Qué va. ¿No te lo conté? Linda y yo queríamos hacer una remodelación total de nuestra casa, tirar tabiques y eso, y nos mudamos aquí cuando tú te fuiste. Tenemos intención de volverlo a alquilar para septiembre. Por cierto, Kelly, ¿cómo no nos dijiste nunca el frío que hace? Habríamos aislado la ventana o te habríamos comprado una torre de mantas, lo que prefirieses —sonrió, y le devolví el gesto.

—No era para tanto.

—Sí que lo era. He tenido que pelearme con pingüinos por el mando de la televisión algunas noches.

Reímos y hablamos un rato, con los obreros sin parar de entrar y de salir.

—¿Sabes qué van a montar? —le pregunté cuando ya íbamos a despedirnos. Ella echó la vista atrás.

—Ah, sí. Una escuela de diseño de moda para jóvenes talentos. Etna Rivers, la diseñadora, ha comprado el bajo y... Mira tú por dónde, ahora la cuna del estilo

del futuro va a estar en nuestro barrio.

Tabitha se fue al poco tiempo al son de «Me ha gustado verte. Tienes mi móvil por si necesitas algo, y si te planteas volver, tú solo llámame. Te prometo que el piso es ahora mucho más calentito». Yo debí seguir. Rehacer algún otro camino de los que me había perdido por mi obsesión con escribir renunciando al resto de las porciones de la tarta de la vida. Sin embargo, me quedé allí quieta, viendo a los trabajadores y desconocidos pasar por mi lado.

Saqué el móvil y busqué en el navegador el nombre de Etna Rivers, a la que por supuesto conocía, junto a la palabra «escuela». Pronto apareció la web. El curso comenzaba en septiembre y el plazo de inscripción estaba abierto hasta finales de ese mes. Me metí para ver qué pedían (expediente académico, cartas de recomendación, *portfolio* y breve escrito de por qué querías asistir), y volví a guardarme el teléfono.

Luego sí, continué con lo mío. Pero no pude evitar pasar varias veces por delante del local ni sentarme enfrente con un sándwich a la hora de comer, en una zona ajardinada.

«Escuela de diseño de moda para jóvenes talentos», las palabras de Tabitha repiqueteaban en mi cerebro. Recuperé el móvil y le escribí a mi hermana.

¿Tú crees en las señales?

Ella, al igual que yo cuando Teddy me había consultado lo mismo, contestó:

No.

Pero siguió escribiendo.

Lo que creo es que vemos lo que estamos buscando.

Eso fue lo que pasó. Si en mi cabeza no hubiera estado el germen, jamás habría conectado «piso vacío hasta septiembre» y «curso que empieza ese mes». Y si lo hizo fue porque me llamó la atención. No vemos todo lo que nos rodea, vemos lo que nos interesa, y ese local comenzó a llamarme como años atrás lo hizo un documento en blanco en un ordenador.

43

LA OFERTA

Graham

Es extraño no saber quién eres. Casi diría que demoledor. Te buscas en recuerdos antiguos y tratas de proyectarte en el futuro, pero no lo consigues.

Así me sentía.

De vez en cuando me plantaba delante del espejo del baño en la nueva casa, habitualmente después de ducharme con una toalla enrollada en la cintura, limpiaba el vaho con el dorso de la mano y me hacía una simple pregunta en voz baja: «¿Quién eres ahora, Graham? Venga, piensa». La respuesta era un silencio ensordecedor.

No encontraba nada que me motivase y las cosas que antes me gustaban cada vez lo hacían menos. Era como estar desconectado de la realidad, ausente, mientras el tiempo seguía avanzando.

El tiempo es un capullo sin sentimientos que no da tregua.

Debía subirme al vagón del tren de la vida, pero ¿cómo?

¿En qué condiciones?

¿Siendo quién?

Dejé que me mataran en la partida de la Play que estaba jugando y fui a meterme en mi Instagram para subir un selfi y que los corazones dispararan mi ánimo.

Al final pasé.

Resoplé.

Hacía dos semanas que nos habíamos mudado a la nueva casa que había encontrado mi madre, ya estábamos en mayo, y durante ese periodo, además de leerme otro libro, en aquella ocasión de misterio (aunque prefería los románticos), me había dedicado a quemarme las retinas con las consolas, empezar varias series y asomarme tanto al ventanal que daba a la calle que sabía

que en cada acera había ocho farolas y una de las de enfrente comenzaba a fallar.

Así de patética era mi nueva existencia.

Para más inri, el número de llamadas y mensajes disminuía cada día, bien porque la gente se olvidaba de mí, bien porque yo no tenía nada que contar y las conversaciones resultaban un tanto incómodas. El único que se mantenía firme en su propósito de saber cómo me iba era Peter. A él nunca le había importado tirarse varios segundos callado al otro lado del teléfono. Pero... hablar con él escocía demasiado. No hablaba de hockey. Más que nada porque pavonearse era algo que siempre me había reservado a mí. Sin embargo, yo sabía lo que sucedía. Sabía que desde que me había ido él había asumido el mando. Sabía que estaba salvando la temporada. Sabía que las gradas coreaban entonces su nombre como un día hicieron con el mío.

Y no podía estar seguro, pero imaginaba que era cuestión de semanas, meses quizá, que ocupase mi lugar en las fotografías grupales en la punta de la pirámide de jugadores, y que el altar de nuestro instituto fuese nutriéndose con cosas suyas hasta que las mías resultasen irrelevantes. Una simple anécdota.

La envidia que sentía por él era devastadora e imparable.

Una emoción del todo desagradable.

Implacable.

Y... El hecho era que estábamos a miércoles, Kelly se había ido a Nueva York, Arthur y mi madre a dar una vuelta, Daisy había quedado con unas amigas y yo me encontraba con Bingo, que después del paseo que había dado con mi hermana solo quería descansar.

—Esto es desesperante —le dije, y me puse de pie.

En aquellas semanas había ido a la psicóloga. Una sesión. Por insistencia de mi familia y de Kelly. Resultaba curioso que a mi llegada los Boston Bruins me hubiesen puesto un equipo de salud mental para que aprendiese a gestionar la presión y la fama, y a mi marcha me hubieran abandonado a mi suerte.

—Este eras tú —había dicho la psicóloga en la consulta sosteniendo un folio en blanco—. Y este eres tú. —Entonces lo había arrugado entre sus manos, haciendo una bola con él—. Y así serás. —Había tratado de alisarlo—. El mismo, pero con pliegues por la experiencia. Es lo que te voy a ayudar a gestionar.

A la salida de la consulta había anunciado que posponía mi regreso hasta estar preparado, y tanto mi familia como Kelly lo habían aceptado. No podía ser de otro modo, para curarme necesitaba voluntad, y me resistía a verme como un folio arrugado; yo quería hallar la fórmula para volver a estar liso, como antes. Ser el mismo. Ser quien sabía ser y no un desconocido.

Caminé hasta la ventana y conté de nuevo las farolas.

Una.

Dos.

Tres.

Sacudí la cabeza con ganas de arrancarme la piel.

Iba a enloquecer.

Por ese motivo me alegró que sonase mi móvil.

Regresé a la cama para cogerlo de la mesilla donde lo tenía cargando. Era tal mi estado de abatimiento que estaba dispuesto incluso a contestar a Peter, a pesar de ser consciente de que esa semana jugaban contra los Detroit Red Wings, y yo adoraba ganar de un modo humillante a ese equipo. Cogí el teléfono y fruncí el ceño. El nombre que parpadeaba en la pantalla no era el de mi mejor amigo ni uno de los contactos habituales. Se trataba de Garret, el exjugador, y descolgué con cierta curiosidad. También con algo de miedo: quizá sabía lo que estaba haciendo con el médico que me había aconsejado en los baños del TD Garden la noche de mi homenaje y pretendía sacarle partido.

—¿Sí?

—¿Graham?

—El mismo.

Una pausa y un tono en el que se intuía una sonrisa al otro lado.

—Dime que esta noche no estás ocupado.

—Depende —respondí cauteloso—. ¿Para qué?

—Para que vengas conmigo a Boston. He sido tan optimista sobre la respuesta que me ibas a dar que ya he enviado a un conductor para que te recoja.

Garret y yo no teníamos una excesiva confianza. Aun así, verle era mejor opción que continuar en casa con mis pensamientos carcomiéndome.

—He cambiado de dirección.

—Dame la nueva.

Le di a Garret las nuevas coordenadas y él tomó nota para llamar al chófer. Después colgamos. Me metí en la ducha y dejé que el agua caliente golpease los músculos de mi espalda. No miré la cicatriz de la rodilla mientras la lavaba. Al salir, continuando con mi ritual, limpié con el dorso de la mano el vaho que se había adherido al espejo y me contemplé. Tenía el pelo negro algo más largo empapado y las gotas caían por mis hombros y mi pecho. Había perdido color. Que no me diese la luz no era bueno. Apreté la mandíbula y repetí mentalmente la misma pregunta que me hacía cada día.

«¿Quién eres hoy, Graham?».

El silencio me generó malestar, pero sabía cómo camuflarlo. Apartarlo. Reemplazarlo. Las pastillas se llevaban las sensaciones hasta que era consciente de que seguían allí pero no podía sentirlas. A esas alturas, ya sabía que tenía un

problema. No solo porque hubiese sustituido a mi equipo médico por otro que me permitía hacer lo que me daba la gana sin controlarme; también porque abusaba de una medicación que no iba acompañada de un control de las dosis adecuadas y una terapia que me mantuviese vigilado para retirarme los antidepresivos en el instante apropiado y de la forma correcta para evitar el efecto rebote. Simplemente tenía unos fármacos a mi disposición que, cuando lo que experimentaba se tornaba insoportable, lo anulaban. Pero esa no era la solución. Era esconder la basura bajo la alfombra y mirar a otro lado; apagar momentáneamente un interruptor que tarde o temprano se volvería a encender y para el que cada vez necesitaba más dosis si quería mantenerlo en su sitio, en el lugar en el que existir era agradable.

Tomé las pastillas y mientras me hacían efecto me vestí con unos pantalones negros, una camiseta blanca y unas zapatillas del mismo color. Luego me puse colonia. Mucha colonia. Y sonreí a mi reflejo. Traté de apartar los remordimientos. Merecía esa fantasía de aparente normalidad.

Tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar a Boston.

Garret me había citado en la terraza de uno de los pocos rascacielos de la ciudad, en un reservado. El metre me reconoció nada más salir del ascensor.

—¿Graham Scott? —Asentí—. Adelante.

No fue el único que lo hizo.

Saber quién era yo, digo.

Para ir hasta donde estaba Garret había que cruzar la terraza y... mi madre me había comprado un bastón. Negro. Elegante. Acorde con mi estilo. Los profesionales no se ponían de acuerdo sobre si me tendría que ayudar hasta el fin de mis días con uno, pero en lo que todos coincidían era en que, por el momento, debía usarlo. A pesar de la dura y exigente rehabilitación, de vez en cuando el dolor me sobrevenía sin previo aviso y era similar a que los huesos de la articulación se astillasen y triturasen la carne. Un suplicio. Apoyado en él no perdía el equilibrio y la angustia era menor. El problema estaba en que toda la gente que había en la terraza lo vería y diría: «Pobrecillo, mira cómo está. Necesita bastón».

Cada vez odiaba más la compasión y era una emoción que iba en aumento.

Me hacía sentir pequeño.

La pelota arrugada con la que el folio pierde tamaño.

Y yo quería ser el liso.

«El liso, joder, el liso».

Calculé la distancia hasta el reservado.

Podía lograrlo.

Debía hacerlo.

—¿Tenéis ropero? —El metre asintió—. Toma —le tendí el bastón—, después volveré a buscarlo.

Apreté los dientes y eché a andar.

«No cojees —me dije—, demuéstrales que no eres defectuoso».

Continué un paso tras otro esforzándome por relajar las facciones de la cara hasta que fui capaz de esbozar una sonrisa de lado como hacía en las sesiones de fotos. Este gesto era una máscara perfecta y las personas que me rodeaban parecían impresionadas por mi pronta mejoría. Por eso me tragué las molestias y las señales que la articulación, a pesar de estar dopada, enviaba a mi cerebro advirtiéndole de que, de seguir así, alcanzaríamos un punto sin retorno en el que acabaría destrozada de una forma irreversible. Una cosa era engañar al dolor y otra que no estuviese cargándome mis músculos y huesos. Las molestias, en realidad, eran un aviso. Pero traté de pensar en ello lo mínimo posible y me alimenté de las miradas de admiración de aquellos desconocidos.

—Vaya, estás genial —comentó Garret al llegar a su lado mientras se levantaba para estrecharme la mano. Se encontraba solo, con un champán Dom Pérignon Rosé Gold aguardándonos y la puesta de sol con el *skyline* de la ciudad detrás.

Torcí los labios dibujando una sonrisa torcida.

—Muy medido todo. Tú vas a pedirme algo.

Él se encogió de hombros simulando un aire inocente.

Tomé asiento en uno de los sofás negros que rodeaban la mesa baja de la misma tonalidad y los últimos rayos de sol impactaron en mi cara.

—El atardecer es una pasada —dijo, y mi sonrisa se ensanchó.

—Vas a pedirme algo muy gordo.

Hicimos que nos trajeran comida. No mucha. Picoteo. Y Garret llenó mi copa de champán.

—Por las nuevas amistades —pronunció antes de brindar, y choqué mi copa con la suya. En teoría no podía beber alcohol. Pero presuntamente no podía hacer muchas de las cosas que ya estaba haciendo. Añadir una más a la lista no me mataría y el Dom Pérignon Rosé Gold estaba cojonudo. Me lo llevé a la boca y saboreé la sensación de sus burbujas explotándome contra el paladar y en la garganta.

—¿Qué quieres? —pregunté a la vez que dejaba de nuevo mi copa en la mesa.

Era evidente que Garret pretendía proponerme algo, y posponerlo me resultaba absurdo.

—Siempre directo al grano. —Las comisuras de sus labios se alzaron.

—Me gusta saber por qué me invitan a sitios caros —imité su gesto.

Garret me estudió un instante y me dijo:

—Tengo un problema grave de entendimiento con tu representante.

Arqueé una ceja.

—¿Me has traído aquí para hablarme mal de Kate? Vaya, y yo que pensaba que esas cosas se dejaban de hacer cuando te salían pelos en las pelotas.

Valoré si levantarme y dejarlo con la palabra en la boca, pero al final no lo hice.

Le escuché.

—Creo que podemos entendernos mejor sin intermediarios. Al fin y al cabo, hemos pasado por lo mismo. Nos comprendemos.

Garret tocó la tecla adecuada. Una de las sensaciones que más me asfixiaba era la de sentirme profundamente incomprendido. Las personas que me rodeaban trataban de entenderme, de empatizar, pero no lo lograban: a veces sus discursos estaban vacíos, y otras veces sus consuelos me hundían más de lo que me rescataban.

Tratar de meterlos en mi piel resultaba agotador.

—Ella tendrá la última palabra —accedí a oírle con reservas.

—No me creería lo contrario.

Un camarero apareció en esos momentos y colocó delante de nosotros los platos que habíamos pedido. Garret esperó a que se hubiese marchado para retomar la conversación. Nunca sabías quién te la podía jugar si escuchaba algo que no debía.

—Graham... —Fijó sus pupilas en las mías—. ¿Estás de acuerdo con la proyección que Kate te quiere dar?

No tenía muy claro lo que Kate planeaba para mí porque últimamente no hablábamos demasiado. Estaba empeñada en que me concentrase en recuperarme. «El mundo no se va a terminar por unos meses de parón, Graham, y a ti te vendrá bien...».

Lo cierto era que el discurso de mi representante comenzaba a hartarme. Aunque no pensaba confesárselo a Garret, eso por descontado, así que salí por otro lado.

—¿Qué proyección me darías tú?

Adivinó que no tenía ni idea de los planes de Kate. Sonrió y bebió un trago de champán para prolongar la incertidumbre y que de ese modo mi interés aumentase.

—Sencillo. No te cambiaría, Graham. Continuaría tu legado.

Le presté atención.

—¿Cómo?

—La mayoría de las personas actúan como si en el momento en el que dejásemos de jugar estuviésemos acabados y tuvieran que apiadarse de nosotros,

tenernos lástima. Perfiles bajos, serios y adultos, segundos planos, participación en eventos deportivos de deportistas retirados o fechas clave. En definitiva, ir diluyendo poco a poco nuestra esencia hasta que queda un personaje formal y trajeado que, joder, a mí me cae hasta mal. Quieren que nos convirtamos en un recuerdo. Yo quiero que nos vean, Graham. Decir: «Estamos aquí y hemos trabajado mucho para que ahora nos deis la patada. No vamos a permitirlo».

Fruncí el ceño.

Algo de razón tenía.

Era muy injusto cómo se desprendían de nosotros y nos infravaloraban.

—¿Qué propones?

—Que les plantes cara y no te conformes con menos que ser el puto Graham Scott.

Algo muy parecido a la esperanza se abrió paso en mi pecho.

¿Y si no tenía que descubrir quién era?

¿Y si podía seguir siendo sin más?

—¿Qué significa exactamente «ser el puto Graham Scott», Garret?

—Significa que si aceptas me vas a hacer más rico de lo que ya soy y yo te voy a hacer a ti más rico de lo que ya eres. —Rio y me rellenó la copa de champán. Luego dijo—: Graham, no sé lo que te han contado, probablemente que tienes que reenfocar tu carrera. Pero no es verdad. Eres uno de los mejores jugadores que han pasado por el hielo esta década, estás buenísimo y lo sabes, y todo el mundo quiere ver ese lunar paseándose por sus fiestas.

—Y eso se traduce en...

Necesitaba encontrarles sentido a sus palabras porque...

Me gustaban.

Me gustaban demasiado.

—Se traduce en que lo que yo quiero es que recojas lo sembrado con tanto esfuerzo, te lo pases de puta madre y hagamos una fortuna de tu diversión. Fiestas, patrocinios, eventos... Quiero que lo tengas todo.

—¿Cuál es el inconveniente?

Tenía que haber alguno.

De lo contrario, Kate no se habría negado.

A ella también le gustaba ser rica.

Le gustaba bastante.

—Supongo que follar mucho cansa y emborracharte de fiesta en fiesta da resaca.

Mintió. Había más y... Yo era consciente de que aferrarse al pasado casi nunca era buena idea. Sin embargo, Garret me estaba dando justo lo que necesitaba, una salida, y la cogí.

—Háblame más de esos eventos.

—¿Qué puedo decir? Son los mejores, Graham, nunca te ofrecería menos.

Supe que iba a hablar con Kate para convencerla en ese momento y mientras estaba reflexionando sobre ello otro pensamiento me sobrevino. Uno que no entendí muy bien. Recordé las declaraciones que había leído hace poco de un exatleta retirado. No era capaz de rememorar su nombre, pero sí que afirmaba que ser deportista profesional era como firmar un trato con el diablo, le entregabas tus mejores años y a cambio él te daba una existencia de vértigo. El castigo venía cuando el contrato se terminaba, regresabas al mundo sin experiencia en otro ámbito y adaptarte a esa nueva dimensión desconocida te resultaba terriblemente complicado. Porque no la querías. La detestabas. Pero no tenías alternativa. El contrato había expirado.

Sin embargo, tenía delante un nuevo acuerdo, y lo firmé con los ojos cerrados.

A fin de cuentas, divertirme sonaba mejor que todo lo que había oído hasta ese instante y superaba la frustración por la respuesta que no alcanzaba a descubrir.

«¿Quién eres hoy?», me pregunté.

Y contesté:

«El puto Graham Scott».

44

IDEAS

Kelly

—Sed sinceros, por favor.

Abraham, Wendy, Salem y yo estábamos en el desván que había transformado en mi nuevo centro de costura. Los rayos de sol se filtraban a través de la ventana abierta y el joyero descansaba encima de la mesa donde en otro tiempo muy cercano estuvo el portátil y las libretas esparcidas. El plazo para entregar los papeles y optar así a acceder a la Escuela Etna Rivers finalizaba al día siguiente (apurando al máximo, sí), y todavía me quedaba por tener listo el último de los documentos necesarios: el *portfolio* con mis diseños.

Semanas antes, justo cuando había regresado de Nueva York, había hablado con Mía, que se había mostrado encantada con la idea que le había explicado, y me había pasado los días posteriores vaciando las cajas con nuestra ropa antigua y la de mi padre, hasta seleccionar la que se encontraba en mejores condiciones y, según mi criterio, tenía posibilidades de volver a ponerse de moda, para customizarla con mis bordados de la colección Hojas. Así la había titulado en un arranque de poca originalidad. Quedaba pues mostrarles el resultado a mis amigos y pedirles un pequeño favor de nada que Abraham adoraría y a Wendy le produciría urticaria.

Acababa de enseñarles mi trabajo y, como ninguno de los dos decía nada mientras observaban las prendas que colgaban del techo, pregunté:

—¿Tan malos son los diseños?

Caroline me habría regañado por la manera de formular la pregunta.

Continuábamos trabajando en mi autoestima y en cómo sentirme más segura, e incluir la palabra «malos» en aquella pregunta era condicionante para ellos y cruel para mí. Podía no gustarle a ninguno de los dos y, aun así, no serían malos.

Planteé la duda de otro modo más amable.

—¿Os los pondríais?

—La duda ofende. Pienso ponerme esos pantalones acampanados en mi próxima cita y darte las gracias por el polvo guarro que me van a conseguir. Son una puta genialidad, Kelly. Me flipan —dijo Abraham entusiasmado. El modelo que había elegido era el único al que en el diseño de hojas había añadido una hormiga imaginando a un chico de ojos azules que ocupaba buena parte de mis pensamientos y que esa tarde estaba trabajando lejos, en Malibú, con Garret.

—No son muy de mi estilo —opinó con cautela Wendy—, pero está claro que son muy buenos. Y la colección de animales me encanta. Se lo pondría a Vamp. —La relación entre Ángela y mi amiga seguía en marcha y habían adoptado a un gato que estaba previsto conociese a Salem próximamente.

—Hablé con varios veterinarios para que los tejidos fuesen respetuosos, cómodos y calentitos. Como una segunda piel —apunté.

—Genial —dijo ella.

—Te vas a hacer de oro. La gente gasta auténticas barbaridades de pasta en sus mascotas y en los niños. Los niños no me gustan, pero los animales de compañía me parecen adorables. —Wendy arrugó el gesto. No le gustaba esa palabra. Prefería «familia» para referirse a Vamp. Menos mal que el teléfono la distrajo antes de que iniciasen un debate interminable.

Lo desbloqueó y leyó un mensaje.

—Ángela dice que a ella también le mola, y Daphne le ha quitado el móvil y ha enviado cuatro filas de corazones de distintos colores. Supongo que tanta cursilería es buena.

Reímos y guardó el teléfono.

Después de mucho tiempo castigándome por no ser capaz de sacar una novela adelante, volver a hacer algo, ilusionarme, era maravilloso.

Reconfortante.

Estaba tan pero que tan contenta...

—¿Qué tal les va por...? —me interesé por las animadoras, y me di cuenta de que no recordaba su destino. Durante la temporada viajaban mucho—. ¿Ahora mismo dónde están?

—En Pensilvania —aclaró mi amiga—. Mañana hay partido contra los Pittsburgh Penguins, pero el fin de semana vienen a Boston. Podríamos hacer algo.

Mi amistad con Wendy había ido sanando poco a poco, sin prisas, y ya casi era como antes.

—Perfecto —acepté, y pensé que, además, aprovecharía la estancia del equipo en la ciudad vecina para hablar con Peter y Miguel de la biografía de Graham.

Me quedaba poco para terminarla, pero antes quería escuchar los testimonios

que restaban (Peter y Miguel, su madre y su hermana) y despejar la cabeza para ver si era capaz de encontrar el maldito porcentaje que sustituiría a la teoría del treinta por ciento y que se me estaba resistiendo. Aunque no me desesperaba. Toda una novedad. A falta del último tercio del libro, a Betty y Teddy les había gustado muchísimo lo que les había pasado. De hecho, la editorial había agendado ya la sesión fotográfica con Graham para la portada.

Todo iba en marcha, aunque no podía desprenderme de la sensación de que había algo que se me estaba escapando.

Negué con la cabeza de un lado a otro para concentrarme en lo que tenía delante.

—Necesito pediros un favor.

—Así que nos has llamado para aprovecharte de nosotros, Cucaracha —dramatizó Abraham cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Os he llamado porque me importa vuestra opinión —le corregí— y para pediros un favor que te va a encantar y no sé si mereces. —Me fulminó de coña con la mirada y Wendy entornó los ojos, atemorizada. Razón no le faltaba. Aclaré la garganta para anunciárselo—. Me gustaría que hicieseis de modelos para el *portfolio*.

Había pensado que unos modelos de carne y hueso ayudarían a que las prendas ganasen en naturalidad y se apreciasen todos los detalles que las componían.

—¿Qué me decís? ¿Cuento con vosotros?

—Nací para esto —fue el comentario de Abraham, y Wendy palideció.

—¿Por qué no se lo pides a Graham, Kelly? Si aparece él te garantizará la plaza.

Después de meditarlo había llegado a la conclusión de que no quería. Del mismo modo que deseaba poder encajar un rechazo, deseaba poder alegrarme si finalmente me admitían sin que la sombra de la sospecha de que lo habían hecho por él y no por mi trabajo lo enturbiara.

—Prefiero evitar los condicionantes.

—Lo bueno que estoy ya es un *condicionante* —dijo Abraham a la vez que comenzaba a sacarse la camiseta por la espalda y me la tiraba a la cara—. Últimamente os veis menos. Graham y tú, me refiero.

Me encogí de hombros y lancé su camiseta al sofá después de hacer una pelota con ella.

—Está muy involucrado con su nuevo trabajo.

Graham había hablado conmigo el día después de quedar con Garret para contármelo. Le había costado, pero al final había convencido a Kate porque era lo que él quería hacer. Llevaba varias semanas participando en los eventos que

organizaba la agencia del exjugador y... Viajaba mucho y a veces las fiestas terminaban tan tarde que no podíamos hablar. Sin embargo, se le veía feliz, muy metido en el proyecto, y yo no necesitaba más para alegrarme por él que su entusiasmo. Era adicta a ver a Graham sonreír y estaba convencida de que cuando él lo hacía mi corazón ganaba años de vida.

—¿No te molesta? —me preguntó mi amigo con el torso desnudo apretando los músculos para que se le marcasen—. Hay vídeos suyos en los que sale bastante perjudicado...

Alcé la barbilla.

—Es joven, ha pasado una mala racha y de vez en cuando se emborracha. No veo el problema. Tú lo haces todos los fines de semana.

Me puse un poco a la defensiva porque en algunas de las imágenes aparecía con una actitud que me chirriaba y que no casaba con el Graham que conocía, pero había aprendido que las fotografías y los vídeos descontextualizados podían engañar y, además, me fiaba de él.

Confiaba en él con todo y a ciegas.

—Llevas razón. Él, al menos, sabe mantenerse en pie, yo a veces he acabado a gatas. —Me dio flojo con el brazo para que no me enfadase y le dediqué una sonrisa. Entendía su preocupación, había más gente alarmada (periodistas que decían cosas y eso), pero yo creía que si algo fuese mal Graham me lo diría. Era parte de nuestro trato. Ser sincero con el otro. Equipo Stevenson-Scott.

Volví a prestar atención a mis amigos y dije:

—¿Qué opináis? ¿Vais a someteros a esta tortura por... mí? —Aleteé con las pestañas.

Como respuesta, Abraham se arrancó los pantalones y Wendy dijo:

—Yo me cambio en el baño.

Sonreí. No sabía si mi expediente académico, la carta de recomendación de mi jefa de la tienda, el breve escrito que había redactado explicando por qué quería entrar en la escuela, los diseños y las fotos que adjuntaría a mi *portfolio* serían suficiente para que me admitieran, pero sí que tenía los mejores amigos del mundo. Y me sentía afortunada. Cada vez reparaba más en las cosas positivas que me rodeaban y que me llenaban sin rehuir las malas. Y era sanador. Sentía que me curaba... Mientras él enfermaba.

45

CHOQUE DE REALIDAD

Graham

La fiesta se sentía como «vale, pero sin más». Era como cuando ves una antigua fotografía tuya. Te reconoces, pero una parte de ti sabe que no eres el mismo y, a pesar de recordarla, no puedes traer a esa persona de vuelta.

Algo así me estaba sucediendo, pero menos profundo.

Sabía que no me encontraba al cien por cien. Aun así, lo intentaba.

El evento de esa tarde se celebraba en Los Ángeles, en una preciosa casa a pie de playa que la marca de joyas que nos había contratado había alquilado. Como era de esperar, había mucha gente y... Caminé apartándome del bullicio hacia una zona más tranquila: el balcón de madera que sobresalía de la construcción principal y desde el que se escuchaban las olas que rompían contra las rocas para luego lamer la arena de la orilla. A mi espalda, dejé la piscina, el *photocall* por el que ya había pasado y a los asistentes, que comían y bebían al ritmo de la suave música de ambiente del DJ que pinchaba en la terraza.

Garret nos ofrecía en *pack* a varios exdeportistas de distintas disciplinas (cinco, concretamente) para tener todos los flancos cubiertos. Yo era el más nuevo y, por lo tanto, el más importante. El caramelito que más atención despertaba en los medios. El resto congeniaban entre ellos. A mí también me caían bien, que conste. Pero estaba bastante seguro de que no llegarían a más que colegas de fiesta, y echaba de menos compartir trabajo con un amigo de verdad y todas las ventajas que eso tenía. La maldita casualidad de haber compartido equipo con Peter Stanford me había malacostumbrado.

Sacudí la cabeza para sacarme a mi amigo de la mente.

Total, ese fin de semana nos veríamos.

Inspiré hondo inundando mis pulmones del aire con olor a mar y... fruncí el ceño. Debería estar contento. Agradecido. Feliz. Me encontraba en una fiesta

privada ataviado con el código de vestimenta que desde la agencia nos habían marcado por petición de la marca (pantalones blancos holgados y camisa del mismo color para que el dorado de la joya que patrocinaba resaltara); estaba atardeciendo, las pocas nubes que moteaban el cielo contrastaban con la tonalidad anaranjada que se adhería también al agua y la temperatura era agradable. Perfecta. La palabra que Kelly tanto odiaba.

Entonces, ¿qué diablos me ocurría?

Refunfuñé por lo bajo y me apoyé en la barandilla mirando el océano.

No estaba mal, pero tampoco todo lo bien que debería.

Me quedé ensimismado sumergido en mis propios pensamientos con el viento golpeándome la cara. Sabía que tenía poco tiempo. Lo mínimo cuando te contrataban para que te vieran era hacer acto de presencia y... Todo había ido bien, vaya. Todo *iba* bien. Repasé las últimas semanas. Había viajado mucho, participado en multitud de eventos y en la mayoría, como había sucedido en el que me encontraba, era la estrella. La guinda del pastel. Me reservaban para el final y los fotógrafos y los cámaras de vídeo se apiñaban para lograr las mejores imágenes. ¿Qué diablos me ocurría?

«Vuelves a estar de actualidad».

«No te has ido».

«Resistes».

Me repetí esas frases y las comisuras de mis labios se alzaron. Suponía que todo era cuestión de acostumbrarme a lo desconocido. Eso era lo que me pasaba, me estaba habituando, comprobando cómo encajaba allí.

«Relájate y disfruta, Graham».

Noté los rayos de sol impactando en mi cara y mi sonrisa se amplificó al recordar que Kelly decía que las pecas que me habían nacido alrededor de la nariz me sentaban muy bien, pero que no me lo creyese demasiado. Suspiré. La echaba de menos. Sin embargo, estaba convencido de que la distancia nos favorecía. O tal vez no fuera eso, quizá lo que nos beneficiaba era que yo también tuviese una ocupación. Poseer un espacio común y uno propio.

Recordé en ese momento que aquella tarde Kelly tenía la sesión de fotos con sus amigos. Estaba completamente seguro de que los había convencido para que participasen.

Kelly me había enseñado los diseños; es más, yo había estado delante mientras trabajaba en alguno de ellos comprobando que cuando se concentraba era imposible de seducir. Reconozco que al principio me había chirriado que no me propusiese como modelo ni me pidiese que los subiese a mis redes. Podría haberle dado publicidad. Gratis. Muchas personas se habrían aprovechado de ello. De mí. Y lo habría hecho encantado. Ayudarla. Pero al final había

comprendido el motivo. Quería que la valorasen a ella, sin influencias, y lo lograría. Kelly tenía la capacidad de entregar su corazón a aquello que hacía con ganas, y se notaba.

Las almas nunca se ven, pero siempre se sienten cuando están puestas en algo.

Garret solía burlarse de mí porque decía que perdía muchas oportunidades de follar. Razón no le faltaba. Pero es que yo solo quería acostarme con ella. Y la extrañaba. La echaba de menos una barbaridad, joder. Sonreí. Aquel sentimiento me gustaba. El de querer a una persona de ese modo. Decidí que iba a llamarla. No disponía de mucho tiempo, era cierto, pero tenía el suficiente para preguntarle qué tal le había ido o le estaba yendo y escucharla hablar con sus amigos de fondo. Abraham pronunciaría algún comentario desafortunado en el que el sexo y su don adivinatorio se mezclarían y a mí me arrancaría una carcajada. Wendy chasquearía la lengua. Y, con algo de suerte, Kelly emitiría aquella risa satánica que me palpitaba en las venas.

La felicidad que no era capaz de capturar con todo el lujo del mundo llegó a mí al reproducir ese sonido horroroso en mi mente.

Me llevé la mano al bolsillo de mi pantalón para acariciar el teléfono y lo iba a sacar cuando escuché a una persona hablando debajo de la terraza, en la playa.

No sé por qué lo oí y mucho menos la razón por la que le presté atención, pero lo hice, y de algún modo supuso el punto de inflexión.

—Acabamos de terminar, Nicholas —dijo una voz masculina. Paseaba por la arena y se detuvo. Gracias a la mochila que le colgaba al hombro entendí que se trataba de uno de los cámaras que me habían fotografiado. En ese momento, se encogió de hombros—. No ha ido mal, como siempre. —La persona con la que estaba hablando debió de decir algo al otro lado, a lo que este respondió—: Personajes de segunda y Graham Scott. —Sentí alivio por el hecho de que no me englobara en el primer grupo. El interlocutor volvió a hablar, y el hombre que estaba a mis pies y no me había visto le contestó—. Ya sé que le están quemando y de aquí a un par de meses Scott no valdrá nada, pero, por ahora, nos puede conseguir alguna página interior. Está bueno, sabe seducir a la cámara y a la gente sigue dándole pena su cojera. Además, con el ritmo que lleva y las personas de las que se rodea es cuestión de tiempo que le pillemos en un desfase jugoso, y ver cómo los deportistas que fueron referentes se echan a perder nos ha dado históricamente segundas ediciones de las publicaciones. Con algo de suerte, conseguiremos un buen pellizco gracias a Graham Scott antes de que ya no interese a nadie.

El cámara continuó su camino y yo dejé de escucharle.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y temblé paralizado, como si me acabase de picar una araña letal.

Paré de acariciar el teléfono para llamar a Kelly.

Estoy convencido, o quiero estarlo, de que, si ese hombre hubiese sabido que yo me encontraba arriba oyéndole y hubiese sido consciente del efecto mariposa que iba a desencadenar, no habría pronunciado aquellas palabras tan crueles e hirientes. Pero es que las palabras crueles e hirientes no deberían salir despedidas de la boca de nadie con independencia de los oídos en los que aterrizasen.

Una sensación desagradable ascendió por mi cuerpo y tuve ganas de vomitar, de huir de allí.

Él estaba en lo cierto. Continuaba habiendo un marcador en mi cabeza que señalaba una cuenta atrás, y su sonido era insoportable. El de alguien que te apunta con una pistola y tiene el dedo en el gatillo.

Me giré y observé la fiesta. En ese instante, me pregunté cuántas de las personas allí reunidas pensaban lo mismo sobre mí mientras me sonreían: que yo era un fracasado incapaz de aceptar la realidad y desesperado por alargar sus últimos segundos de popularidad en lugar de tener la madurez, la decencia y el amor propio necesarios para hacerse a un lado. Una persona deprimente y patética.

¿La mitad?

¿Un tercio?

¿Garret también lo creía y por eso se había apresurado a contactarme?

La emoción que me espoleó en ese momento fue más de lo que podía aguantar y me retorcí de dolor. Como si toda la mierda que había ido acumulando se pusiese de acuerdo para atizarme de golpe. Y había mucha. Una tonelada. Los ojos me escocieron y...

Solo quería llorar.

Llorar.

Llorar.

Y llorar.

Pero no iba a darles esa satisfacción a las personas para las que era un objeto de usar y tirar, la página de una revista, alguien que si tocaba fondo duplicaría la tirada.

Apreté los dientes y... Estaba cansado de sufrir, joder.

La lesión.

Las operaciones.

Los meses de espera e incertidumbre.

Que todo saliese mal.

Eso.

El puto periodista.

Necesitaba bloquear todavía más mis sentimientos, necesitaba algo de paz.

Ignorar el universo y crear uno propio a mi medida.

Nunca he estado de acuerdo con que drogarse para olvidar sea el camino fácil y una fórmula aplicable a todo el mundo, ya que también es la opción de los devastados. De los equivocados, tal vez. De los que necesitan respirar urgentemente o creen que morirán y se aferran a cualquier cosa, incluso a las que les hacen otro tipo de daño distinto al que pretenden anular y ni siquiera terminan con él, solo lo camuflan entre la mentira de la química mientras esta hace reacción en el cerebro y el cuerpo.

Sabía que no estaba bien y, aun así, me lancé de cabeza.

Buscaba sobrevivir y los sentimientos afincados en mi pecho eran incompatibles con la existencia.

Con un pitido ensordecedor en los oídos, crucé la terraza sonriendo como pude a los invitados y fui a buscar a uno de los chicos del equipo de Garret, el que tenía la cocaína y las demás sustancias. Algunos de mis compañeros se metían por placer o para aguantar más, y yo no era quién para juzgarlos puesto como iba siempre de pastillas.

Le localicé en uno de los laterales y le hice un gesto para que viniese conmigo.

Él se disculpó con la persona con la que estaba hablando y acudió.

—¿Tienes...? —Me vi incapaz de pronunciar la palabra. Sudores fríos me sobrevinieron—. De la rosa —acerté a decir, y el chico comprendió y asintió.

—¿Estás seguro?

«Pues no, joder, no lo estoy. ¿No ves que me va a dar un puto infarto?».

—¿Me la das o no?

Sentí el frío tacto de su mano y el de la bolsa que dejaba en mi palma.

—Gracias —pronuncié, y me fui.

Durante el trayecto hasta el baño hubo una voz que me decía que no lo hiciera, que ya estaba metido en un lío y no me convenía empeorarlo. Pero mi mente, mi caja torácica y mis nervios eran ollas a presión independientes a un paso de estallar si no le ponía remedio y los acallaba. Cerré la puerta del aseo tras de mí y evité mirarme en el espejo mientras caminaba hasta el retrete. No quería verme en esas condiciones. Una vez que lo dejé atrás, saqué la bolsa y la contemplé ensimismado. No tenía ni idea de si era la cantidad justa para una raya o si el chico me había dado para más. Decidí no pasarme. Nadie quería sufrir una sobredosis.

Pinté la raya en el sanitario de la cisterna ayudado de mi carnet, taponé un orificio de mi nariz y, sin pensarlo, esnifé la cocaína rosa que tan de moda estaba.

El efecto no fue inmediato. Aún tuve que permanecer un buen rato sentado en

la tapa del retrete para que la serotonina, la dopamina y la noradrenalina hicieran acto de presencia y sustituyeran la inquietud, la tristeza y la inseguridad por una euforia acojonante.

Entonces sí, me levanté.

Entonces sí, me miré en el espejo y comprobé que tenía energías renovadas y sonreía.

Las preocupaciones perdieron fuerza y se esfumaron.

La cocaína me envió a una burbuja; una pompa de jabón flotante en la que el cuerpo se sentía laxo y las emociones eran tolerables.

La droga no es buena, pero te hace sentir bien. De lo contrario, no habría tanta gente enganchada. A las personas, por lo general, no les gusta arruinar su vida. El problema de la droga es que es como el abrazo de una serpiente cuando te está envolviendo para comerte y tú tienes mucho frío y lo único que sientes es su calor, la caricia de su cuerpo, y no te das cuenta de que en realidad te está asfixiando y matando.

Un rato después, salí del baño, olvidé las palabras del cámara y lo pasé tan bien que al día siguiente repetí.

Abracé a mi asesina y le dije: «Haz conmigo lo que desees. Te quiero».

Esa tarde todo se complicó.

Aún más.

46

PORTADA

Kelly

El móvil me vibró en el bolsillo y lo saqué. Acababa de recibir un correo electrónico y el remitente no era otro que la escuela de diseño de moda para jóvenes talentos de Etna Rivers.

—Un segundo. Ahora mismo vuelvo —dije a mis compañeros de la editorial, las maquilladoras, la fotógrafa y al propio Graham, aunque este último no me escuchó.

El estómago se me contrajo y los nervios salpicaron mis venas.

Nos encontrábamos en Manhattan, en un piso de techos altos y despejado de muros donde la fotógrafa oficial de la editorial World Dreams, Céline, tenía su estudio. No era la primera vez que estaba allí. Céline, una mujer de unos cincuenta años con el pelo cobrizo rizado que siempre vestía vaqueros anchos, zapatillas y camisetas con los hombros al descubierto, era la encargada de hacer las fotos de autor para las solapas de los libros y las imágenes para el dosier de prensa de los lanzamientos de los escritores de la Costa Este.

Pero no habíamos ido a Nueva York por mí.

Habíamos ido a Nueva York por Graham.

Para su portada.

Y el despliegue de medios, en comparación con el que solían dedicarme a mí, era increíble.

Aproveché un nuevo cambio de vestuario, el sexto de la jornada, para escaparme y leer el correo sola. Aquello era por mí y quería descubrirlo en intimidad.

Anduve hasta la puerta que daba al pequeño balcón y la abrí. Acto seguido, salí y cerré tras de mí. Comprobé que comenzaba a atardecer y era raro, porque habíamos llegado al estudio a primera hora de la mañana. Aunque, pensándolo

bien, tenía sentido. Habíamos desayunado allí, pedido comida china y tomado un par de cafés de los que Graham se había quejado. El exjugador parecía un tanto irritado, y su exasperación iba a más.

Cogí una bocanada de aire y aparté de mi mente un instante a Graham para concentrarme en el correo. Desbloqueé el teléfono con mi cara, me mentalicé de que la respuesta podía no gustarme, y lo abrí.

Una arruga se formó en mi entrecejo mientras lo leía.

Esperaba que el contenido del texto me revelase si me habían aceptado o no, y después tomar una decisión al respecto. Pero en su lugar lo que me solicitaban desde la secretaría era que les adjuntase un trabajo más porque mi *portfolio* les había resultado algo escaso en diseños. Me mordí el labio al tiempo que la idea que había ido macerando durante los últimos días me golpeaba la cabeza. Tenía un proyecto pensado, no obstante, para poder ejecutarlo con libertad debía hablar con Mía, y desconocía si mi hermana me respondería a esas horas teniendo en cuenta la diferencia horaria.

Probé suerte escribiéndole.

Si la llamaba e interrumpía su sueño tendría menos posibilidades de que dijese que sí al oír mi propuesta.

«¿Estás despierta?», tecleé, y crucé los dedos hasta que comprobé que se conectaba. La secretaría de la escuela no había hablado de ningún plazo, pero no creía que dispusiera de mucho tiempo. Si quería sacar adelante lo que ya había imaginado, tenía que ponerme a ello lo antes posible.

«Ahora sí, y te lo debo a ti, gracias», ironizó y añadió: «¿Pasa algo o me molestas porque eres así de maligna?».

«¿Puedo llamarte?», fui directa.

En vez de contestarme, fue mi hermana mayor la que me llamó.

—¿Qué quieres pedirme, Kelly? Debe de ser importante. De lo contrario, no te arriesgarías a enfurecer a la bestia de mal despertar con las consecuencias que eso puede tener para tu integridad física —bromeó. Cambié el peso de una pierna a otra y escondí un mechón de pelo detrás de la oreja. El tema que íbamos a abordar no era algo de lo que hablásemos habitualmente y empezaba a dudar de que entre el abanico de opciones, que eran a) has tenido una buena idea, Kelly, b) has tenido una idea razonable, c) has tenido una idea pésima, aborta misión, ella escogiese la tercera opción y... Las palmas de las manos me empezaron a sudar. Estaba inquieta. Muy alterada. Y Mía lo adivinó—. Sea lo que sea no me voy a enfadar... mucho. Además, estoy en otro país. No puedo atacarte con un cojín como cuando éramos pequeñas —rememoró nuestras épicas e inocentes peleas de niñas—. Desembucha, estaba soñando que en la Agencia Espacial Europea me ofrecían un puesto de verdad y dejaba de ser

becaria. Bueno, no, en realidad eso ha sucedido esta tarde —anunció de sopetón.

Parpadeé confundida por enterarme de esa manera y pospuse un instante el tema que me había conducido a llamarla.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Enhorabuena, Mía! —Mi hermana se quejaba constantemente de Alemania, pero había hecho de ese país su hogar. Al menos, por el momento.

—Seis meses. Periodo de prueba. Si le clavo el bolígrafo a mi jefe en el muslo como tantas veces fantaseo con hacer no lo superaré.

—No vas a clavárselo.

—No me menosprecies.

Nos reímos y añadió con la voz algo más suave, casi diría que preocupada:

—¿Te parece bien?

—¿Por qué no iba a parecérmelo? —vacilé.

—No sé. —Hizo una pausa—. Siempre dimos por hecho que volvería, ¿no?

Era cierto. Siempre habíamos contado con ello. Pero que continuásemos viviendo en dos países distintos no significaba que no pudiésemos viajar para hacernos una visita. Además, nos telefoneábamos todos los días, casi diría que hablábamos más que cuando compartíamos casa.

Aunque intuí que su duda iba por otro lado.

—Estoy mejor. Te lo prometo. —Mía quería que alguien cuidase de mí y merecía saber que yo misma había asumido la tarea de mimarme y protegerme —. De hecho, te he escrito porque he tenido noticias de la escuela de diseño.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te han dicho? ¿Tengo que quemar su local por su pésimo criterio o estás dentro?

Curvé los labios.

Adoraba de veras a mi hermana.

Siempre lo había hecho.

El mundo me había quitado cosas importantes, pero también me había dado otras maravillosas.

La tormenta de mi cabeza se disipaba y por fin podía verlas.

—Quieren que les envíe un nuevo diseño.

Se hizo el silencio. No sabía cómo planteárselo sin que sonase fatal.

Ella se adelantó a las palabras que se me estaban haciendo bola en la garganta.

—Y quieres utilizar alguna de las prendas de mamá que guardamos en el desván.

Tragué saliva y susurré:

—¿Cómo lo has adivinado?

Los coches recorrían la carretera que había a mis pies y yo era incapaz de

aventurar si el tono que había empleado Mía era de conformidad o de rechazo.

—Sencillo. Siempre que vas a hablar de mamá te baja dos decibelios la voz o directamente no dices nada.

—¿Eso te molesta?

—¿Lo de los decibelios?

Negué con la cabeza.

—No, que no hable de ella. Que dejase de hacerlo.

Al principio de morir mi madre Mía hablaba constantemente de ella, pero yo no le contestaba, me encerraba en mí misma y me quedaba callada, y al final paró de hacerlo; mi hermana dejó de traerla de vuelta cuando yo estaba, y eran muchas las ocasiones. De algún modo, me parecía que se la había arrebatado.

—Me acostumbré —dijo con calma.

—Eso no significa que no te doliera.

—Estabas mal.

—Y tú. Debí... —balbuceé—, debí apoyarme en ti y permitir que hicieras lo mismo.

—Cada persona gestiona la pérdida como puede, no como quiere. No te castigues, Kelly, eres experta en la materia.

—No voy por ahí... —la tranquilicé—. Voy porque... Quiero traerla de vuelta, Mía.

—¿Cómo?

Las últimas semanas había pasado tantas horas en el desván que me había resultado imposible no percatarme de que las cajas con sus cosas estaban allí, acumulando polvo, abandonadas. Ese no era el destino que se merecían. Eso no era lo que se merecía mamá. Ser un recuerdo enterrado en lo más profundo de la memoria, impoluto, sí, pero olvidado y punzante. Si me lo jugaba todo a un último diseño debía ser ese, el que desde niña me había fascinado.

—Quiero customizar el vestido de novia de mamá. Es muy sencillo, así que podría pasar por uno de fiesta. Tejer unas hojas en el vuelo de su falda para que parezca que están cayendo. Pero antes necesito conocer tu opinión, ambas sabemos que papá accederá.

Contuve la respiración y...

—Mi opinión es que mamá está muy orgullosa de ti, Kelly, con independencia de que consigas la plaza o publiques más libros. Por mi parte, adelante. No veo un mejor destino para ese vestido que ayudar a la hija pequeña de su dueña a conseguir algo que desea. —Las lágrimas se agolparon detrás de mis párpados y permití que fluyeran. Había pasado mucho tiempo renegando de ellas y tenía que validar mis sentimientos sin vergüenza y con orgullo. Llorar por alguien no te hace más débil, las lágrimas pueden ser amor.

—Gracias.

—Estoy segura de que va a ser un vestido precioso, Kelly. Pero... Ni se te ocurra conjuntarlo con el moño del nido de pájaros.

—¿De qué hablas?

—Si alguien lo tiene que estrenar eres tú. Tenéis las mismas medidas.

Colgamos al rato, después de que Mía se uniese a mi llanto y hablásemos de ella. De mamá. Qué mágico fue. Todavía no sabía si sería capaz de ponerme ese vestido, pero sí que haría con él lo más bonito que estuviese en mi mano, del mismo modo que trataría de traer a mi madre de vuelta de vez en cuando y que lo haría con dulzura, aunque tampoco ignoraría los momentos amargos.

Guardé de nuevo el móvil en el bolsillo y me dirigí con los ánimos renovados al camerino en el que se encontraba Graham.

El estudio de Céline estaba dividido en cuatro espacios. La vivienda al fondo, tras el estudio, el pasillo por el que entrabas y conducía a los baños y el balcón, y el camerino. Este último se encontraba en uno de los extremos, colindante con la calle, sin vecinos, y era donde había dejado a Graham; en una cómoda silla frente al espejo, rodeado del personal de la editorial, las maquilladoras que trataban de disimular las ojeras que recientemente tenía, junto a la cafetera, la nevera y el picoteo que el *catering* había traído, al lado de los monitores donde Céline descargaba las fotografías y mostraba su trabajo, que aún había que editar.

Me gustaría decir que mientras iba andando escuché los gritos descontrolados de Graham, pero no, fue peor, porque al entrar y oírle hablaba con una pasmosa frialdad en la que me resultaba casi imposible reconocerle y que me dejó helada.

—¿Esto es lo mejor que puedes hacer? ¿Eh, Céline? Dice muchas cosas de ti, y ninguna es positiva. —Esbozó su sonrisa torcida de suficiencia, y el gesto transmitía amargura, soberbia, altivez; daban ganas de pegarle un puñetazo.

El chico se hallaba sentado observando en la pantalla los varios centenares de imágenes que la mujer había obtenido. Primeros planos, medios, generales y americanos para la portada y el dosier. De diferentes estilos. La variedad era inmensa. Pero Graham no parecía convencido con ninguna. Parecía el capullo arrogante que me encontré la primera vez que interactuamos en la biblioteca, solo que esta vez no estaba fingiendo.

«¿Qué narices le ocurre?».

«Él no es así».

«¿O sí?».

—Queda retocarlas, y podemos lanzar más. Estaremos aquí hasta la hora que quieras y repetiremos mañana si lo consideras oportuno —ofreció la mujer, acostumbrada a lidiar con personas egocéntricas y maleducadas.

La sonrisa de Graham se acentuó y me recorrió un escalofrío desagradable.

—También podemos asumir que no tienes ningún talento y nos ahorramos tiempo. ¿No te parece, Célin...?

—Vale —intervine cortándole antes de que terminase y se coronase como el rey de los imbéciles que habían pasado por ese estudio—. Un descanso. ¿Nos dejáis solos, por favor?

No tuve que repetirlo. La mayoría de las personas que estaban allí deseaban largarse de inmediato. Y aquello era raro, porque a la gente normalmente le gustaba estar con Graham, claro que habitualmente él no se comportaba como un auténtico cretino.

Los trabajadores comenzaron a dispersarse abandonando el camerino y una de las chicas de marketing de la editorial me dijo al pasar por mi lado:

—Tenemos más fotógrafos en cartera. Si por lo que sea esta no le convence, podemos recurrir a otro profesional.

—No hará falta, gracias.

Sospechaba que el problema no era la retratista y que sus gustos no casasen.

El problema era él.

Aguardé hasta que la última persona hubo salido y le taladré con la mirada a través del espejo.

Graham evitó posar sus ojos en los míos y mantuvo la vista clavada al frente, a la nada, con la mandíbula apretada, las facciones oscurecidas y un ligero toque de arrepentimiento...

Muy ligero en comparación con cómo se había comportado.

Tomé asiento a su lado y rompí el silencio.

—¿Vas a hablarme ya del secuestro o prefieres que lo averigüe todo por mí misma?

Continuó sin observarme.

—¿De qué hablas, Kelly?

—Llevas todo el día actuando como si te hubieran extirpado la personalidad. Alguien ha debido operarte contra tu voluntad. De otro modo, no me lo explico...

—Esa mujer me está haciendo perder el tiempo.

—No hablo solo de ahora. Hablo de tu seriedad en el coche haciéndote el dormido cuando veníamos, de que se te ha olvidado convenientemente dar las gracias a todas las personas que te han traído comida y bebida, de que...

—Lo pillo y... Estoy cansado, ¿vale? —me interrumpió—. Y tengo resaca. Dame un respiro.

De todas las excusas que podía haberme dado para justificar su actitud, aquella fue la peor.

—No haber aceptado el trabajo de última hora que anoche te propuso Garret.

Tenías esta cita agendada desde hace días.

Garret se había puesto en contacto con él la noche anterior para que fuese a un evento de última hora y Graham había aceptado. En consecuencia, había dormido poco y estaba de malhumor, pero eso no justificaba nada y... Tenía la sensación de que había algo más y me faltaba conocer qué.

Él me miró entonces y lo que vi en sus ojos no me gustó ni un pelo.

Parecía... fuera de sí.

Muy alterado.

Con las pupilas dilatadas.

—¿Ahora vas a ser ese tipo de novia, Kelly?

—¿A qué te refieres?

—Controladora, posesiva, de las que tienen que aprobar lo que hacen sus parejas.

Apreté los labios, dolida con su comentario.

—A lo mejor lo que no voy a ser ahora es tu novia, Graham.

Nos sostuvimos la mirada, retándonos, y su expresión poco a poco se relajó.

Las facciones de su cara se estremecieron.

—Joder, lo siento muchísimo. —Parecía realmente arrepentido.

Volvía a ser él de nuevo.

—No tienes que pedirme perdón solo a mí.

—Lo sé, lo sé. —Se pasó las manos por el pelo, despeinándose, y me preocupé.

—¿Qué te ocurre? No puede ser por las fotos. Tú siempre te ves irritantemente atractivo.

Lo normal era que hubiese sonreído, pero no lo hizo.

Le examiné. Ya no era solo la sesión de fotos, era que actuaba como si me ocultase algo.

—¿Has conocido a alguien? —probé suerte.

Graham emitió una risa amarga.

—No puedo pensar en otra persona que no seas tú.

—¿Entonces? —Abrió la boca para hablar y la cerró de golpe. En ese momento, creí adivinar lo que le pasaba.

Cómo había podido estar tan ciega.

Cómo había podido ser tan insensible.

Acorté la distancia que nos separaba moviendo la silla y coloqué mi mano en una de sus mejillas para ladearle el rostro con suavidad y obligarle a mirarme mientras pronunciaba:

—Es por la biografía. Tú no quieres que se publique —afirmé en lugar de forzarle a que lo dijera.

Graham había dejado claro desde el inicio que este proyecto sería un auténtico infierno si la teoría del treinta por ciento no se cumplía, y lo que ahora reflejaba el texto era la historia de su mayor pesadilla. Por eso actuaba así, porque la sesión era para la portada que todo él rechazaba, corazón, mente y cuerpo, pero no se atrevía a contármelo porque yo era la escritora, parte del problema.

—¿Qué más da, Kelly? No hay alternativa.

Me quedé pensativa.

Yo nunca quería formar parte de sus problemas.

Quería ser sus soluciones.

—O sí —me atreví a replicar decidida a llevar a cabo la idea más loca que había tenido nunca.

—La biografía está en marcha. Deberías saberlo. Se supone que la estás escribiendo.

Alzó las comisuras de los labios y esa sí que fue su sonrisa de verdad, la que me desarmó por completo y me llevó a ratificarme en el pensamiento fugaz que acababa de atravesarme el cerebro.

Posé mis ojos en los suyos y todo titubeo al respecto desapareció.

—Tú lo has dicho. Yo la estoy escribiendo, Graham.

Enarcó una ceja.

—Me parece que no te sigo.

—Todavía me queda un tercio por entregar.

—¿Y?

Suspiré.

Si lo decía, lo haría, y estaba dispuesta.

—¿Y si lo que escribo es impublicable? A nadie le sorprendería. Al fin y al cabo, ya los he decepcionado varias veces, ¿no? Puedo enviarles algo tan malo que no tengan más remedio que negarse a sacarlo.

47

EL MAYOR ERROR DE TODA MI PUTA VIDA

Graham

Hay muchas cosas de las que me arrepiento en esta vida, pero ninguna se acerca, ni de lejos, a lo que ocurrió en aquel camerino, a las palabras que pronuncié mientras el mono y la desesperación por salir de allí y colocarme me tenían de malhumor, exasperado, convertido en un absoluto impresentable.

—Solo habría una condición —añadió Kelly mientras yo procesaba la información de lo que acababa de decir—. Me gustaría escribir también la versión buena, la «real» —retiró la mano de mi mejilla y entrecomilló con los dedos—, aunque solo sea para nosotros, Graham.

Odiaba la biografía.

La odiaba con toda mi alma.

Pero era su trabajo.

Importante para ella.

Debí decirle: «Ni de coña y no vuelvas a sacar el tema».

Sin embargo, en su lugar pregunté en tono dubitativo:

—¿Harías eso por mí, escribir mal la biografía para que no se pueda publicar, Ojos grandes?

Ella se encogió de hombros.

—Claro. Haría cualquier cosa por ti.

Enmarqué su rostro entre mis manos movido por sus palabras y ahí tuve la segunda oportunidad de retractarme. De demostrar que la merecía.

Pero...

—Te quiero, Ojos grandes —le dije, ella sonrió y la besé con intensidad, y ese fue, sin lugar a duda, el mayor error de toda mi puta vida, peor incluso que haber dedicado los últimos meses a autodestruirme.

Porque la quería un millón de veces más de lo que odiaba la biografía.

La quería a muerte, joder.

Y destrocé nuestro primer «Te quiero» y los siguientes que pronuncié mientras no dejábamos de besarnos, la sentaba sobre mi regazo y Kelly reía feliz:

—Te quiero, te quiero, te quiero...

48

LA FIESTA I: NO TE MERECE

Kelly

—¿Estás lista? —me preguntó Abraham en el interior del taxi.

Asentí a la vez que mi boca me contradecía:

—No, pero la conductora tiene que trabajar, así que no podemos pasarnos aquí toda la noche.

La mujer me sonrió a través del espejo retrovisor y le devolví el gesto mientras pagaba con el móvil. Inspiré hondo y bajé seguida de Abraham y Wendy. El ambiente templado de Boston en primavera nos recibió con su característico olor a vegetación y flores. Al menos, en esa parte de la ciudad. Nos encontrábamos en una calle que se ubicaba entre el Jardín Público y el Boston Common, para asistir a la fiesta de una marca de gafas de sol de la que Graham era imagen.

Eché la cabeza hacia atrás y observé el edificio de ladrillo rojizo en el que se celebraba.

No era muy alto.

De unas seis o siete plantas.

No las conté.

Concretamente, el evento tenía lugar en la azotea, una terraza con una parte techada que abarcaba todo el piso superior. Desde nuestra posición, era imposible divisarla, aunque se distinguían las bombillas de luz cálida anaranjada que la cruzaban de un lado a otro y multitud de coches lujosos se hallaban aparcados en las inmediaciones o dejaban a los invitados frente al portal. Daba la sensación de que el acto era un éxito y automáticamente me alegré por Graham. Estaba muy ilusionado por ese acontecimiento, que se llevaba a cabo en la ciudad de su equipo, su localidad estadounidense, y los días previos se había probado decenas de conjuntos en casa de la abuela Charlotte para luego

regañarme porque no le era de ayuda (no veía la diferencia entre ellos) y después acostarse conmigo por todos los rincones.

Las mejillas me ardieron al recordarlo.

Nos veíamos menos, pero sabíamos cómo aprovechar el tiempo perdido.

Sonreí.

—He aquí el motivo por el que nunca me voy a enamorar. —Abraham le echó un brazo por encima de los hombros a Wendy y me señaló con la barbilla—. Se te pone una cara de tonta muy característica cuando piensas en él y rememoras vuestros polvazos.

Pasé de contradecirle.

De hablar de mi vida sexual con mi amigo.

Tomé una bocanada profunda de aire y acaricié la falda de mi vestido con cuidado de no estropearla. Le había dado muchas vueltas y al final me había dicho que sí. Estrenaría el vestido de mamá que había customizado, cuyo diseño había enviado esa misma mañana a la escuela, en la fiesta de Graham. No solo por él, también por mí y por el propio vestido. No quería que su función se redujese a ser la llave que me abriría las puertas de acceso a la escuela o me las cerraría. Cada vez estaba menos de acuerdo con que las personas u objetos fuésemos solo una cosa, de un solo uso, y deseaba darle otra utilidad... Una bonita, como merecía el hecho de traer de vuelta algo de mi madre. Estuve tentada de girar sobre mí misma y que la falda se abullonara para ver, una vez más, el efecto de las hojas cayendo que había logrado con muchos dolores de cabeza y un esfuerzo brutal, y que había valido la pena.

Entonces el semáforo que teníamos que cruzar para acceder a la fiesta se puso en verde y logré controlar el impulso.

Mamá nunca se había caracterizado por ser una mujer demasiado ostentosa. Así pues, su vestido de novia podía pasar perfectamente por uno de fiesta palabra de honor blanco con la falda de una tonalidad más cercana al beis y el toque otoñal que yo le había añadido. Las Vans ocultas en el bajo del vestido, dos trenzas que me apartaban el pelo de la cara con el resto de la melena suelta y un poco de maquillaje lila del mismo tono que las puntas de mi cabello rubio complementaban el *look*. En cuanto a mis amigos, Abraham se había decantado por un peto claro sin camiseta por debajo que mostraba su fornido pecho, sobre el que parecía que un pintor borracho había lanzado brochazos de distintas tonalidades, y Wendy, por un lúgubre y sencillo vestido negro de tirantes que hacía juego con su maquillaje ahumado y con los moños que se había hecho.

Continué acariciando la falda.

Su tejido era muy suave.

La sonrisa se ensanchó y tiró de mis mejillas.

Me sentía más guapa que de costumbre. Al menos, más arreglada.

Me mordí el labio, nerviosa, y Wendy malinterpretó la mueca.

—Estás preciosa, Kelly —dijo para acto seguido parpadear confundida—. ¿Acabo de decir «preciosa»?

—Es por Salem, cariño —Abraham aprovechó la oportunidad para atacar a la ciudad—, que nos pervierte y saca lo peor de nosotros. En tu caso, un lado cuqui y adorable. En el mío, ser tan idiota como para llegar una hora tarde a una fiesta con barra libre y aún no ir borracho.

El retraso había sido por mi culpa, porque me había entretenido en una videollamada con papá y Mía para enseñarles el vestido.

A ambos les había encantado y mi padre se había emocionado un poco.

Las comisuras de mis labios se alzaron de nuevo.

Qué feliz era esa noche, joder.

—Seguro que sabes cómo ponerle remedio a la última parte —dije, y Abraham asintió.

Alcé la vista y... Mi inquietud y los nervios que se me arremolinaban en la tripa no tenían nada que ver con mi aspecto. Tenía que ver con que, de algún modo, después de mucho tiempo me sentía unida a mi madre y en el hecho de lucir uno de mis diseños en público. Apostar por mí, darme ese lugar y esa confianza, era excitante.

Descubrí allí que no todos los nervios eran malos.

—¿Entramos? —propuse, y mis amigos accedieron.

Saqué el móvil del interior del pequeño bolso que llevaba con la intención de tener preparadas las invitaciones si había algún problema con la lista, con la mala suerte de que justo en ese instante sonó y al ir a desbloquearlo terminé cogiéndolo sin querer.

El pánico cundió en el interior de mi estómago y me puse alerta.

Había dos personas a las que llevaba evitando todo el día.

Teddy y Betty.

Betty y Teddy.

Y acababa de responder a una de ellas.

Chasqueé la lengua.

Lo único positivo, si es que había algo, era que se trataba de la opción menos angustiosa.

Aun así, me planteé colgarle.

A Teddy.

Esa era la señal de que algo no iba bien.

Mi conciencia se quejaba de mis decisiones.

—¿No vas a contestar? —preguntó Abraham extrañado.

—Eh, sí, sí. —Me vi sin salida porque no quería dar explicaciones a mis amigos. Un incómodo hormigueo lamió mis articulaciones cuando me llevé el móvil al oído y forcé una sonrisa—. Ey, Teddy, ¿cómo estás? Me pillas a punto de entrar en una fiesta. —Traté de sonar con normalidad, a pesar de ser consciente de que nada en nuestra conversación lo sería. Había roto el pilar fundamental de nuestra relación. La confianza.

Aguardé a que hablara con la ansiedad agujereándome el pulso.

Dos días antes de la fiesta había enviado el resto de la versión manipulada del manuscrito a Teddy y Betty, y dos días era lo que calculaba que habían tardado en leerlo, asimilarlo y llamarme decenas de veces, al mismo tiempo que llenaban el buzón de entrada de mi correo con emails que tenían asuntos escritos en mayúscula del tipo de: «TENEMOS QUE HABLAR, KELLY, ES URGENTE», «POR QUÉ DIABLOS NO CONTESTAS», «DIME QUE ES UNA BROMA SIN NINGÚN TIPO DE GRACIA».

Suspiré, atrapando el labio inferior entre los dientes. Habían pasado un par de segundos y Teddy todavía no había dicho nada. No sabía si se trataba de un buen augurio y estaba intentando encontrar las palabras adecuadas, o el peor, es decir, que se estaba preparando para echarme la bronca del siglo y necesitaba reunir fuerzas. Una parte de mí, un poco cobarde, no lo voy a negar, deseó que se tratase de la segunda opción. Era más fácil seguir adelante cuando estabas haciendo algo incorrecto si la otra parte se ponía brusca, maleducada. Pero Teddy no me lo iba a poner tan sencillo. Porque estaba más preocupado por mí y los motivos que me habían conducido a hacer algo así que por la propia obra.

—¿Cómo crees tú que estoy, Kelly? —dijo con pena, y mi corazón se estremeció.

—¿Decepcionado? —probé suerte con un hilo de voz avergonzado.

—Triste —me corrigió, y la culpabilidad trepó por mi garganta. Prefería provocarle cualquier emoción antes que tristeza. Mi agente literario continuó hablando—: Llevo desde que terminé el manuscrito y hablé con Betty dándole vueltas a qué podría haber ocurrido para que alterases la narración del tramo final hasta el punto de que es impublicable, pero ninguna de las opciones me convence o parece menos amarga, así que vas a tener que ayudarme a que te comprenda.

Sin saberlo, Teddy acababa de confirmarme que nuestro plan había surtido efecto. La biografía que con tanto mimo y predisposición me había cargado era *impublicable*. Debería celebrarlo. Sentirme bien. Satisfecha. Había conseguido una de mis metas, por fin. Pero nada de eso sucedía. En su lugar, experimenté una especie de vacío intermitente a la altura del pecho que se ahuecaba por haber tomado una decisión moralmente incorrecta y se rellenaba al pensar que la

intención (proteger a una persona que me importaba) era buena.

Me habría encantado contarle a Teddy la verdad en ese momento.

Quizá podía entenderme.

O quizá no, quizá le diría a Betty lo que pasaba, mi editora lo trasladaría a su jefa y la editorial lo utilizaría en contra de Graham. No podía arriesgarme. Aclaré la garganta, y la saliva que tuve que tragar antes de hablar, de mentir, me supo ácida, a principios triturados.

Intenté sonar convincente.

Sincera.

Había ensayado mi coartada.

—Sabíais que tenía una crisis creativa cuando me lo ofrecisteis y yo...

—No, Kelly. —Teddy me cortó tajante—. Lo mínimo en esta conversación de adultos es que no te rías en mi cara.

Llevaba razón.

Pero yo...

—Te garantizo que no me estoy riendo, Teddy.

—Engañarme es una manera de burlarte de mí.

Se hizo el silencio y me removí incómoda cuando alcanzamos la otra acera del cruce.

No podía confirmarle su sospecha, pero sí decirle la única verdad de la que me veía capaz y que él merecía. Una disculpa por anteponer a Graham.

—Lo siento mucho.

Le escuché suspirar al otro lado.

—Yo lo siento más.

Sabía a lo que se refería sin necesidad de que lo materializara en palabras. No había exagerado al explicarle a Graham que los rumores en el mundo editorial corrían como la pólvora, y ese se propagaría a la velocidad de la luz. El de que K. B. Stevenson había fastidiado un contrato millonario después de cagarla también con la novela que tenía contratada. Si en algún momento cambiaba de opinión y quería volver a publicar, sería muy complicado que un editor volviese a confiar en mí. Casi imposible. Por no mencionar el adelanto que debería devolver, para lo que tendría que recurrir a papá y Mía.

Aun así, estaba dispuesta a continuar.

—Él... —titubeó— ¿te lo ha pedido, Kelly? Porque eso está mal.

Negué con la cabeza y, al darme cuenta de que no podía verme, dije:

—Lo propuse yo.

—Admitir que sacrifiques tu carrera no es mejor que provocarlo. Lo sabes, ¿verdad?

Los ojos comenzaron a escocerme.

¡Pues claro que sabía que estaba mal! De lo contrario no tendría esas emociones. El problema era que entre el blanco y el negro había una escala de grises que solo yo veía. Manipular un libro era incorrecto, pero forzar a un chico al que la vida se le había venido abajo a publicarlo no me parecía mejor opción.

—No lo entiendes...

—Entiendo que mereces más, Kelly, y no hablo de libros. —Se despidió sin darme posibilidad de replicar, para que reflexionase. Al dirigir la mirada a mis amigos, comprobé que estos ya me estaban observando, y por sus caras habían oído la conversación e intuían lo ocurrido.

—No quiero hablar del tema —les dije.

—OK —articuló con lentitud Abraham, que no podía dejarlo pasar—, pero nosotros sí. Tu agente lleva razón.

—Pienso lo mismo —se sumó Wendy.

Era fácil opinar desde la barrera. Sin embargo, desde dentro...

—Os falta contexto.

—El único contexto que necesito, Cucaracha, es el de saber que si quieres a alguien no dejas que se apague voluntariamente. Al revés, deseas que brille.

Miré al frente, inspiré aire por la nariz y lo expulsé por la boca. Había tomado una decisión y con el paso del tiempo la presión que notaba en ese instante en las costillas disminuiría.

—¿Entramos? —di por zanjada la conversación, y ambos asintieron.

Todo iba a ir bien.

Para empezar, la fiesta.

No sabía lo equivocada que estaba en mis previsiones.

49

LA FIESTA II: CUENTA LO QUE TE DÉ LA GANA

Graham

Tenía sentimientos encontrados con el hecho de que mis amigos asistieran a la fiesta. Peter, Miguel y Collin estaban allí, al igual que Ángela y Daphne y... Por un lado, me alegraba de su presencia, eso era indiscutible, pero, por otro... Me exasperaba que la asistencia mediática hubiese aumentado por ellos y que Garret no me parase de felicitar por haber traído a Peter.

—Lograr que Peter Stanford venga y pose en el *photocall* ha sido un puntazo, Graham. La marca está muy contenta. Enhorabuena —habían sido sus palabras y... No me habían sentado nada bien, a pesar de que había disimulado guiñándole un ojo a la vez que decía:

—Cualquier cosa por la empresa, Garret.

Se suponía que era mi fiesta, y tenía la impresión de que me la habían quitado.

Como tantas otras cosas.

Era como si de un tiempo a esta parte todo desapareciese.

Mi importancia.

Mi autoestima.

Observé lo que me rodeaba y... Estaba seguro de que yo no había convencido a Peter para posar en ningún lado. Es más, me atrevería a apostar que mi amigo, el jugador de los Boston Bruins (esta última parte la pensé con retintín), se había colocado en la fila que conducía al *photocall* por error y luego no había sabido cómo salir o Collin se la había jugado. Negué con la cabeza para sacarme de encima los... celos, porque eso era lo que estaba experimentando, y sentir eso por un amigo es de las pocas cosas que hacen que te veas como una jodida mala persona.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Peter, que se había situado a mi lado en uno de los extremos de la fiesta, junto a la barandilla. La suave música del DJ

sonaba y Miguel hablaba animado con Daphne y Ángela mientras Collin daba la nota, Arthur y mamá comían, y Daisy se pasaba las manos por el vestido rosa que le había regalado y que le encantaba. Me concentré en ella. En mi hermana y la ilusión que le hacía estar allí, acompañándome.

Aquello me arrancó la sonrisa sincera que necesitaba y contesté a Peter:

—Genial.

Mi amigo arrugó el gesto.

—No sé. Pareces... Serán imaginaciones mías —decidió dejar pasar lo que fuera que había pensado.

Kelly me había avisado de que habían llegado y estaban esperando en la cola para entrar. Miré hacia el *photocall*, ubicado después del pasillo que llevaba a los ascensores. Todavía continuaba desfilando gente por delante del cartel iluminado con el logo de la marca. Cualquiera diría que el evento estaba siendo un éxito. Sin embargo, si te fijabas bien y con objetividad en las personas que desfilaban, la mayoría era personajes de segunda, como había apuntado el cámara de Malibú, excepto mis amigos y... *¿yo?* ¿Pertenecía ya a esa categoría de fracasados?

Una sensación desagradable llamada inseguridad serpenteó por mi columna vertebral provocándome un escalofrío.

Di un trago a mi copa para aplacarla.

—¿Puedes beber alcohol? —Peter arqueó una ceja al hablar y yo me hice el tonto.

—Estamos en una fiesta, debo beber alcohol. —Moví la cabeza para que las gafas que tenía subidas cayesen sobre mis ojos en un gesto efectivo y gracioso. Mi mirada nunca había sido capaz de sortear la de Peter Stanford. Tenía experiencia en leerme la mente. Incluso las intenciones. Y estaba seguro de que ninguna de las cosas que se paseaban por ahí últimamente le gustaría. Forcé una sonrisa ladeada y me pasé las manos por la camisa del traje para ganar tiempo y distraerle. El código de vestimenta del evento era algo similar a *Men in Black*, la película de los noventa, y así iba, pantalón oscuro, camisa blanca, corbata fina, americana de la que me había deshecho, zapatillas y el prendido de Kelly en el bolsillo, para darle una sorpresa y ponérmelo cuando subiera. Sabía que le haría ilusión que lo conservara y que le diese importancia, aunque seguramente lo que diría sería que para qué había hecho tantos pases de modelo en casa de su abuela Charlotte si al final me había puesto el primer traje que, según mi opinión, me hacía un culo de infarto. Y yo le contestaría que gracias al «pase de modelos» tuvo numerosos *stripteases.*

Alcé las comisuras de mi boca y... No engañé a Peter.

Mierda.

—¿El alcohol no anula los efectos de la medicación?

«Dame una maldita tregua, Peter, la necesito de veras», pensé.

No di muestras de que sus palabras me afectaran.

—Mientras sea solo una copa o dos no hay problema. Tengo aguante. —Era una verdad a medias, porque una copa o dos en un momento puntual no revertiría el efecto del tratamiento, pero es que no pensaba beberme solo una copa o dos, y ojalá solo tuviese planeado beber esa noche sin complementarlo con otras cosas que habrían hecho que la arruga del entrecejo de Peter se pronunciase todavía más—. ¿Qué opinas de mi nueva vida? —Señalé lo que teníamos enfrente con la barbilla—. Está bien, ¿eh?

El evento no era tan excesivo como algunas de las celebraciones del club cuando lográbamos ganar un título importante, pero tenía una decoración moderna y elegante (barriles reutilizados como mesas altas, bombillas, una barra, camareros pasando comida y bebida y buenas vistas). Además, la gente lo estaba disfrutando.

Peter ni siquiera lo miró.

—Son todos iguales. Los eventos, digo.

Su comentario me jodió.

¿Qué digo, me jodió? Me molestó muchísimo.

Conocía la aversión de mi amigo ante cualquier acontecimiento social y que su comentario no era personal, pero podría haberse alegrado por mí. Claro que yo también podría haberle dicho que necesitaba que lo valorase porque últimamente mi moral estaba un poco minada y me sentía algo endeble, sin embargo, me lo callé para seguir fingiendo que todo iba como la seda.

—Te equivocas, Peter. En este evento estoy yo, y estas gafas han triplicado su valor desde que me las he puesto —bromeé, y las moví con las cejas un par de veces. Peter continuó indiferente. En ocasiones dudaba si por sus venas corría gelatina en lugar de sangre.

—Iba a decir que te he echado de menos, pero acabo de cambiar de opinión. Nunca soportaré tu ego.

Fue lo más parecido a abrir sus emociones que podía hacer mi amigo.

De haberlo, ese era el momento de que le preguntase qué tal le iba con el equipo, cómo estaba gestionando su repentino ascenso, el éxito, si quería desahogarse o que le aconsejase, ya que yo tenía experiencia en la materia. Pero... no pude. Una bola cruzaba mi garganta, atrancándola. Para mí, era terriblemente difícil hablar con él cuando su vida personal y privada giraba en torno al hockey sobre hielo.

Las puntas de los dedos me empezaron a temblar tamborileando en el cristal de la copa, primer indicador de que debía ir al baño a adormecerlos.

—Hay una pregunta que te quiero hacer, Graham, aunque no tengo claro que este sea el mejor sitio.

Tuve un mal presentimiento.

—Si te lo estás planteando, probablemente no lo sea —intenté contenerle, pero llegué tarde.

—¿Por qué no me respondes al teléfono? Estás en línea, pero no lo coges. Es... frustrante.

«Porque me muero de envidia por tu vida».

«Porque tienes la existencia que yo deseo».

«Porque oírte hablar podría afectarme, y últimamente cuando algo lo hace me meto en problemas».

Habrían sido respuestas sinceras.

No obstante, la honestidad no entraba en mis planes.

Quería que Peter me viese bien y no caí en la cuenta de que él solo quería verme, fuera como fuera.

—He estado muy ocupado. Garret me ha conseguido muchos contratos y la mayoría de las veces cuando me llamas estoy trabajando —eso era verdad— y luego se me olvida devolverte la llamada —eso, no.

La mirada de Peter se desvió hacia donde estaba Garret, que le saludó con la mano, movimiento amistoso que mi amigo no le devolvió.

—No me da buena espina —dijo.

—¿Garret? —pregunté, y asintió—. ¿Por qué?

—Tengo la sensación de que te está utilizando. Tantos eventos no deben de ser buenos para tu recuperación, y ni siquiera llevas el bastón que te regaló tu madre. ¿Por qué no lo llevas, Graham?

Peter tenía razón y, por eso mismo, me puse a la defensiva.

—Por la misma razón por la que tú te metes en mis asuntos, porque me da la gana.

Sonreí, tenso.

—Me he informado sobre él —siguió hablando, ignorando mi mueca y el tono de mi voz.

—No te he pedido que lo hicieras.

—Ya.

—Y lo has hecho porque...

—Me importas —dijo como si fuese obvio.

—A lo mejor preferiría importarte menos.

—La gente que trabaja con Garret —hizo oídos sordos a mi comentario— no termina bien. Los exprime a un ritmo demencial y terminan en movidas de alcohol y drogas. En problemas.

El miedo de que descubriese que yo ya estaba metido en «movidas de alcohol y drogas», en «problemas», y que había iniciado el sendero sin la necesidad de Garret, que solo lo había acentuado, se instaló en mi pecho. Tenía que desviar la atención, y tenía que hacerlo deprisa.

—Entonces, según tu criterio, la perspectiva de convertirme en un amargado como Bobby Williams debería seducirme más.

Peter parpadeó, confundido.

—Tú no tienes que ser como Garret ni como Bobby. Tú eres Graham.

«Vale, genial, pero ¿quién diablos es Graham, Peter?».

Soplé, agobiado por la maldita pregunta.

—Me voy —anuncié después.

—¿Dónde?

—Al baño. Si quieres, puedes acompañarme y sujetármela —ironicé.

Roté sobre mis propios talones y una punzada de dolor me sobrevino.

Magnífico, Peter no solo estaba en lo cierto en lo de las drogas, sino también en que estaba jodiendo la recuperación.

Traté de sacármelo de la cabeza mientras iba al aseo.

Últimamente, en ocasiones los estupefacientes me ponían de malhumor. Irascible. Tan borde como acababa de ser con mi amigo. Aquella personalidad exasperada no era la mía, y lo único que sabía hacer para endulzarla un poco era tomarme pastillas o meterme alguna raya más, que era exactamente lo que iba a hacer en cuanto bajara las escaleras, entrara al piso que había debajo de la azotea y que la marca había alquilado para que descansásemos y fuera directo al baño. Ni siquiera iba a pararme a saludar a la gente que hubiera en el salón haciendo exactamente lo mismo que pensaba hacer yo. Lo único que quería era apagar el interruptor del sufrimiento.

Para Peter era muy sencillo decirme que fuera yo mismo.

Porque él no sabía lo que se sentía al ser yo.

Resoplé de nuevo, cada vez más nervioso, mientras descendía por las escaleras.

Una vez que alcancé el rellano, entré en el piso, cuya puerta estaba abierta y protegida por un vigilante de seguridad que me reconoció y al que no dije ni hola. Crucé el salón sin atender a quienes se encontraban allí animando la fiesta, fui al baño y cerré detrás de mí de un portazo. Fui consciente de que había olvidado echar el pestillo, pero no importaba. A fin de cuentas, nadie entraría mientras yo me encontraba en el interior porque todos sabíamos lo que se hacía allí.

Evité mirarme en el espejo y alcancé el retrete, sobre el que me pintaría la raya en el sanitario.

«Qué fácil es juzgar a una persona cuando no tienes ni idea de su puñetero sufrimiento, Peter», le dije mentalmente a mi amigo, y me subí las gafas de sol a la cabeza para extraer el plástico con la cocaína rosa de la cartera.

«Vas a dar lecciones de moral a quien yo te diga», proseguí furioso, con el pulso disparado.

Pinté la raya en el sanitario de malas maneras.

La segunda de la noche.

Por lo menos, ya conocía la cantidad adecuada para mí.

«Tú eres Graham», imité su voz en mi cerebro.

«Pues claro que lo soy. Soy esto, joder».

Comencé a agacharme para esnifarlo taponando un orificio de mi nariz cuando la puerta se abrió detrás de mí.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo, Graham?

La voz helada de Peter me alcanzó y mi cuerpo se paralizó.

Todos mis músculos se tensaron.

Él me había seguido.

El peor escenario que podía imaginar se acababa de cumplir.

Porque este no era hacerlo, era que me pillasen.

Mi amigo se apresuró a cerrar la puerta detrás de sí, vino a mi lado y, en lugar de propinarme el puñetazo que sabía que estaba deseando, sopló y la cocaína salió volando para esparcirse sobre el suelo.

Me encontraba petrificado, avergonzado, pero debía reaccionar.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo, tensé la mandíbula y le encaré.

—No. Qué coño haces tú, Peter. —Él me observó como si no diese crédito a lo que acababa de contemplar y no me reconociese ni en mi voz ni en mi reacción. La sensación de vergüenza se vio superada en ese momento por la necesidad de finalizar lo que había ido a hacer. Aquella necesidad... era más fuerte que yo. Dominaba mi voluntad—. Sal de aquí —le dije entre dientes, amenazante.

—No.

Peter se cruzó de brazos, desafiante.

Sabía jugar ese partido.

—Tú mismo. —Me encogí de hombros y abrí de nuevo la bolsa para hacerme una segunda raya.

Mi amigo me la quitó de las manos.

—Y una mierda vas a meterte esta basura conmigo.

—Por eso te he pedido con toda la amabilidad del mundo que te largues, Peter.

Él me estudió y lo que vio no le gustó nada en absoluto.

—Nos vamos. Los dos. Ahora —sentenció.

—No. Te vas. Tú. Ahora. Y me dejas en paz.

—¿Perdón?

Notaba las manos agitadas y había empezado a sudar.

Los latidos sordos de mi corazón me retumbaban en la cabeza.

Y me dolía todo el cuerpo, incluso el cerebro.

—Devuélveme la maldita bolsa. —Evité llamarla por su nombre. *Cocaína.*

—¿Cómo dices? No te oigo.

—¡Que me devuelvas la maldita bolsa, joder! —alcé la voz, y hasta yo me di pena. Sonaba patético. Anhelante. Pero no podía parar. No hasta hacerlo. No hasta meterme la puta raya de las narices y que todo se relajase, mierda. Nada más importaba. Nada más...

Peter clavó sus ojos en los míos y planteó la pregunta clave.

—¿O qué, Graham? —cuestionó con una envidiable calma.

Sospecho que él ya sabía lo que iba a decir.

Las palabras ascendieron por mi garganta como si fuera lava buscando ser propulsada por el orificio de un volcán.

Era consciente de que si hablaba cruzaba una puerta sin retorno y, aun así, di el paso.

—O salgo ahí fuera y les cuento a todos los periodistas que te follas a Miguel González.

Peter me observó fijamente, dolido, acortó la distancia que nos separaba y sin dejar de mirarme vació el contenido de la cocaína rosa en el retrete y tiró de la cadena.

—Cuenta lo que te salga de las pelotas, Graham —escupió enfadado, y se fue.

En aquel momento, me sentí devastado, y todavía más lamentable cuando las rodillas me fallaron, me dejé caer al suelo arrastrando la espalda por los azulejos de la pared y me eché a llorar mientras mi interior gritaba que avisase a alguien para que me trajese más cocaína y poder meterme la puta raya que lo solucionaría todo.

50

LA FIESTA III: ESCALOFRÍO

Kelly

La cola avanzaba despacio. Teníamos el *photocall* delante y, aunque nosotros no íbamos a desfilar para que los cámaras nos grabasen (no teníamos interés mediático, por mucho que Abraham opinase lo contrario), era imposible sortear a las personas congregadas, que formaban una masa uniforme.

Me puse de puntillas sobre mis Vans y miré más allá de la multitud.

A la única que distinguí fue a Daisy, que me dedicó una sonrisa e hizo un gesto para que entrásemos como si eso fuera posible.

Le sonreí de vuelta.

—Podías haberme pedido a mí que le buscase. —Abraham se refería a Graham—. Mido algo así como un ser humano más que tú.

Curvó los labios, pero no del todo.

Seguía molesto con el exjugador y con la propuesta que él había aceptado en lugar de plantarle cara y que de ese modo la llamada de Teddy en la calle nunca hubiese sucedido.

Cambié el peso de una pierna a otra.

Era absurdo negar lo evidente.

Quería saber dónde estaba Graham.

Verle y que el frío que se había instalado en mi cuerpo desapareciese.

—¿Le ves?

Abraham escrutó la azotea.

—No —respondió tras pasear la vista por ella—, pero Daisy continúa insistiendo en que vayamos, supongo que no le parece mal que pisemos las cabezas de las personas que tenemos delante. Tu chica —se dirigió a Wendy, hablaba de Ángela— está... *estaba* —se corrigió— con Collin, Daphne y Miguel. Ahora solo está con Collin, porque Peter ha aparecido, les ha dicho algo

y Daphne y Miguel han salido detrás de él —fue narrando como si se tratase de un partido de hockey—. Vaya, parece mosqueado. —Arrugó la frente y yo puse los ojos en blanco. Una de sus aficiones favoritas, después de criticar Salem y atemorizar a los niños que asistían a sus *tours*, era la de dramatizar.

—Ya estás exagerando.

—Puedes comprobarlo tú misma. —Se encogió de hombros—. Vienen hacia aquí, y si no tuvieras la estatura de una pulga lo sabrías.

Le enseñé el dedo corazón y rio.

Abraham no mentía. La gente que teníamos delante comenzó a echarse a un lado para formar un pequeño pasillo por el que los dos jugadores de los Boston Bruins y la animadora pasaban. Entorné los ojos. También estaba en lo cierto en que todo en la actitud de Peter desprendía cabreo. A pesar de tratar de ocultarlo (no por la prensa, sino porque al chico no le gustaba mostrar sus sentimientos en público), tenía el rostro enrojecido, la mandíbula tensa y una palpitante vena se le marcaba en la frente. Por su parte, Daphne y Miguel le perseguían, pero, a diferencia del primero, ellos parecían confundidos y preocupados, como si no entendiesen muy bien de qué iba aquello y se estuviesen dejando guiar.

Peter me distinguió en mitad de su caminata de amplias zancadas y los ojos le brillaron.

Se acercó a mí y me susurró con los labios tirantes:

—Ven un momento conmigo, Kelly.

Observé a mis amigos y me percaté de que le habían oído.

—¿Os importa?

Ambos negaron con la cabeza.

—Nos quedamos aquí esperando la cola y si tardas entramos —dijo Wendy.

—¿De verdad?

—Es una fiesta —repuso Abraham—. Sabremos cómo apañárnoslas solos.

Asentí y fui detrás de Peter, que había retomado la marcha sin aguardar a que terminara. «¿Qué diablos...?», pensé, y dirigí una mirada de reojo a Daphne y Miguel para que me aclararan algo. Sin embargo, ellos se hallaban igual de desorientados que yo. Decidí no especular y anduvimos juntos, en silencio y a una velocidad aplastante hasta el ascensor. Una vez en el rellano vacío que tenía enfrente, Peter lo llamó apretando el botón con brusquedad y se giró hacia mí mientras entraba.

Daphne y Miguel se detuvieron a mi lado.

—¿Qué ocurre, Peter? —me atreví a preguntar, y fui incluso más directa—: ¿Qué ha hecho Graham? —Estaba convencida de que el exjugador había hecho algo, de lo contrario, su amigo no me habría pedido que fuera. Lo que desconocía era qué. ¿Qué narices podía haber hecho Graham para que Peter

reaccionase de esa manera tan... extrema?

Este abrió la boca, pero al instante la cerró, deduje que por la fidelidad que todavía guardaba a Graham, de la que no estaba especialmente orgulloso. Mis dudas se incrementaron cuando las manos que descansaban a ambos lados de su cuerpo se le cerraron.

—Querías que te contase algo de él para su biografía, ¿cierto?

Que sacase a relucir la biografía en aquel momento me confundió. Le miré recelosa y respondí:

—Sí, pero no es necesario que sea ahora, Peter. No tenemos prisa.

A pesar de haber entregado el manuscrito manipulado a Betty y Teddy, mantenía la intención de escribir la historia verdadera de su vida, aunque solo fuese para nosotros.

—Ahora es cuando estoy inspirado para hacer mis declaraciones —repuso, y me percaté de que Miguel fruncía el ceño a mi lado.

Le estudié con detenimiento. Era evidente que no se trataba del mejor momento para hablar, pero si quería hacerlo, que lo hiciese.

—Vale —accedí.

El ascensor abrió sus puertas en ese instante y Peter aguardó a que las personas que venían en su interior y que le reconocieron, aunque él no les prestó atención, se fueran. Luego, clavó sus pupilas en las mías y me soltó:

—Mi única declaración, y quiero que aparezca mi nombre, Kelly —asentí y contuve el aliento, expectante—, es que ese capullo se lleva menos puñetazos de los que merece porque la gente le quiere mucho, pero no hay día que no compre papeletas y a mí nada me haría más feliz esta noche que habérselos dado.

Parpadeé confusa. Comprendía menos que antes. Aclaré la garganta.

—¿Nada más?

—Si no le has llamado «soberano imbécil» hasta ahora en el texto, te sugiero que lo hagas. Se lo merece.

Dicho eso, se metió en el ascensor refunfuñando por lo bajo con una respiración irregular y llamó a Daphne y Miguel para que le siguiesen.

«En serio, Graham, ¿qué has hecho?».

Lo poco que conocía a Peter era suficiente para saber que él nunca perdía los nervios, y en esos instantes estaba fuera de sí. Desatado. Tan dolido como enfadado.

—Lo siento —susurró Daphne con su precioso vestido verde corto de tirantes al pasar por mi lado—. Estaban juntos, hablando, han desaparecido un rato y Peter ha vuelto muy enfadado. No tenemos ni idea de lo que ha sucedido. Cuando se calme, si se calma, te llamo, Kelly.

—Gracias.

Daphne entró en el ascensor y el jugador de los Boston Bruins que restaba, Miguel, me dirigió una sonrisa tranquilizadora, deteniéndose a mi altura antes de pasar.

—Lo que Peter pretende decir, y resume nuestra relación con Graham, es que todo el mundo le quiere, aunque en ocasiones no estemos de acuerdo con lo que hace.

Acarició mi brazo desnudo, entró y las puertas del ascensor se cerraron.

Yo me quedé allí plantada, confundida, y saqué el móvil para mandarle un mensaje a la única persona que me podía arrojar algo de luz: Graham.

«¿Dónde estás?», le escribí, y mantuve el teléfono en la mano a la espera de que respondiera.

No entendía la reacción de Peter y tenía un mal presentimiento.

Aguardé un par de minutos y, como no se conectaba, decidí regresar con Abraham y Wendy a la fiesta. En algún momento Graham haría acto de presencia y podríamos hablar. Me di la vuelta con esa intención y choqué con una persona, un chico trajeado al que no conocía.

—Lo siento. —Había sido culpa mía por estar abstraída.

Él le restó importancia con la mano y parecía que iba a irse cuando dijo:

—¿Eres la chica de Graham? —Nunca me había gustado demasiado esa expresión, la de ser de alguien, pero tal vez ese desconocido podía ayudarme a encontrarle, ya que el exjugador había optado por no atender su móvil. Así que curvé los labios y la acepté.

—Sí, lo soy. ¿Sabes dónde está? No le veo.

El chico me examinó, determinando si podía contármelo o no, y finalmente se decantó por hacerlo. A fin de cuentas, era «su chica».

—Abajo en la habitación del piso que hemos alquilado. —Vale, adiviné que era un trabajador. Uno joven, por la edad que tendría. No superaría los veinticinco. De la agencia o de la marca, no lo sabía—. ¿Vas a bajar a verle?

«Por supuesto, tiene que aclararme qué narices le ha hecho a su amigo para que se vaya de esa forma», pensé.

—Claro —fue lo que dije sin entrar en detalles.

Él pareció dudar de nuevo, pero terminó encogiéndose de hombros a la vez que se decía a sí mismo:

—Garret dice que está muy pillado, así que seguro que lo sabes.

¿Saber qué?

—Graham y yo nos lo contamos todo, sí —mentí, porque no tenía ni idea de qué estaba hablando. En su rostro se perfiló una sonrisa confiada.

—Lo cierto es que me vienes de lujo, tía. La cosa se ha descontrolado un poco y está toda la gente llamándome. ¿Podrías acercársela tú, ya que vas a verle?

Acercar... ¿qué?

El vello de la nuca se me erizó y esbocé una sonrisa como la suya.

—Sin problema. Dámelo y se lo llevo.

Hundió la mano en el bolsillo de los pantalones y arqueó las cejas. Yo contuve el aliento.

—¿Qué era lo suyo? Con tantas personas tengo un lío que te cagas. ¿Éxtasis, fentanilo, ketamina o...? —enumeró como si nada sin darse cuenta de que me estaba revelando que Graham se drogaba—. Ah, no, lo de Graham es la coca rosa. —Se dio un cómico golpe en la cabeza, como si fuera muy despistado, y extrajo una bolsa de plástico del otro bolsillo—. Toma. ¿Cómo te llamabas?

—Kelly —logré articular conmocionada. Tragué saliva y las manos me sudaron cuando me dio la bolsa—. Gracias.

—De nada. Pero que baje el ritmo. Es un ansioso y todavía hay mucha noche por delante.

Rio.

—Yo se lo digo —hablé en modo robótico.

—¿Quieres algo para ti?

—No, gracias.

El desconocido me ofreció su última sonrisa:

—¿Sabes cómo se va al piso?

—¿Bajando las escaleras? —Las señalé.

—Sí. Dile al portero que eres la chica de Graham para que no te ponga problemas.

Se marchó y un escalofrío brutal trepó por mi columna vertebral. Muchas cosas encajaron. Su milagrosa recuperación, su actitud de los últimos días, la reacción de Peter. El «No se lo digas a mi madre» que me soltó en el baile de Canadá cuando le hablé de que había visto su nueva medicación regresó a mi mente, y me pregunté si ese era el inicio o ya había empezado antes y yo no había sabido verlo.

Quise llorar, pero, en su lugar, enderecé la espalda, cuadré los hombros y comencé a bajar la escalinata para enfrentarme a él con el alma hecha pedazos por lo que acababa de descubrir y la duda de si hubiese podido evitarlo, de si aún podría hacer algo por ayudarle, y es que estaba tan enfadada como Peter, pero, sobre todo, tenía mucho miedo.

51

LA FIESTA IV: FIN

Graham

La puerta de la habitación de aquel piso se abrió detrás de mí al tiempo que yo miraba la ciudad por la ventana de espaldas a ella con la intención de distraerme mientras esperaba y que, de ese modo, los nervios que agitaban mi anatomía como si fuera una maldita coctelera de huesos, músculos y remordimientos cesasen.

Quería que Finn, el contacto en la agencia de Garret que nos proporcionaba los estupefacientes, a quien había llamado justo después de que Peter se fuera, apareciese, terminar de malas formas lo que mi amigo había interrumpido sobre cualquier mueble de ese cuarto y regresar a la «aparente normalidad» de la fiesta, porque la real no volvería; no después de provocar a mi amigo de un modo tan ruin y de cruzar todas las líneas morales de una amistad, aunque no tuviese ninguna intención de cumplir el ultimátum.

¿Cómo había llegado a ese punto?

¿CÓMO, JODER?

La cabeza iba a estallarme y mi humor empeoraba por segundos.

Quería culpar a la droga: «Ha sido porque estoy enganchado y he perdido el control, pero yo soy muy bueno». Sin embargo, la cocaína rosa no había hablado. Lo había hecho yo, que era la misma persona que había tomado todas las malas decisiones del mundo los últimos meses. MIERDA. Resultaba imposible sacarme de encima la sensación de culpabilidad y arrepentimiento del cuerpo, así como la seguridad de que ese sentimiento no había menguado ni un poquito el ansia feroz de introducir química adulterada en mi organismo de la forma que fuera (polvo, pastillas, algo para lamer), con el consecuente aumento de la culpabilidad y el arrepentimiento hasta tornarse una sensación insoportable e incompatible con seguir respirando sin vomitar los pulmones.

JODER.

Sacudí la cabeza para expulsar los pensamientos de mi mente y me dije que reflexionaría sobre lo sucedido al día siguiente, cuando me despertase con una buena resaca y la conciencia hecha papilla. Por el momento, lo único que necesitaba para que mis pulsaciones se relajasen era dejar de perder el tiempo allí escondido, pintarme la maldita raya, esnifarla con rabia y subir de nuevo a la fiesta, donde fingiría pasármelo bien o, con algo de suerte, me divertiría de veras si conseguía acallar mi conciencia.

Inspiré hondo y trabajé los músculos de mi cara para esbozar mi popular sonrisa ladeada mientras comenzaba a rotar sobre mis talones a la vez que decía de coña:

—Creía que te habías olvidado de mí, Finn, y luego he reparado en que eso es imposible una vez que me conoces. Dime que has traído lo mío y te perdono, anda.

Terminé de darme la vuelta y la sonrisa se me congeló en la cara, así como el resto de las facciones, en una mueca similar a la de cuando te hacían una fotografía en mitad de una de las atracciones de un parque; una sonrisa congelada por el miedo.

—Hola, Graham.

A lo largo de mi vida había sentido muchos tipos de frío. Un día en mitad de una nevada traté de hacerme un selfi en la calle, iluso de mí, y creí que había dejado de sentir los dedos. No podíamos olvidar que me había criado en el puñetero invierno del mundo. Pero ninguna clase de frío que hubiese experimentado con anterioridad se asemejaba, ni siquiera un poco, al que noté en ese momento. Fue como si toda mi anatomía se endureciese de golpe, tensa, transformándose en el propio hielo, para luego tornarse laxa, relajada, como si fuera agua, y se derramara hasta que mis articulaciones no fueron más que cascadas a las que les costaba sostenerme.

El rostro se me estremeció ante aquella incómoda emoción.

La persona que estaba allí y cerró con delicadeza la puerta detrás de sí mientras yo la miraba estupefacto después de saludarme no era Finn.

Era Kelly.

Por supuesto.

Mierda.

Ella siempre estaba impresionante, incluso con aquel adorable pijama de aguacates sonrientes que tanto me gustaba quitarle, pero aún destacaba un poco más ataviada con ese precioso vestido, el pelo suelto ondulado apartado de la cara con dos trenzas y los deliciosos labios pintados del mismo lila que las puntas de su cabello.

Nunca he sido muy religioso. O nada, en realidad. Cuando te ocurren cosas malas te resistes a creer que existe un ente bueno y benevolente que ha decidido que te las mereces o que permite que te pasen, y prefieres llegar a la conclusión de que tu mala suerte se debe al simple azar. Un boleto aleatorio. Aun así, le había pedido en cada una de las operaciones que, por favor, funcionasen. Que saliesen bien y, a cambio, sería bueno, altruista y ejemplar. Pero él o ella no había actuado. No obstante, aun con los precedentes y a pesar de tener la fe bajo mínimos, decidí darle una nueva oportunidad y le supliqué: «Por favor, que Kelly no sospeche nada. La pesadilla de esta noche empieza a superarme, y ella es lo mejor que tengo».

Examiné a Kelly a la vez que hundía una de mis manos en el bolsillo de mi pantalón para acariciar disimuladamente con la punta de los dedos su prendido de hormiga. Se suponía que nada más verla en el evento se lo mostraría y ella sonreiría y me besaría, o me besaría primero y después yo se lo enseñaría para que me lo colocase en la camisa. El orden, siempre que hubiese beso, carecía de importancia. Lo que sí era significativo era que su gesto neutro no me revelase nada de la duda que me carcomía: «Qué sabía y qué no».

Miré sus ojos, su nariz y su boca, luego descendí por la curva de su cuello, sus hombros, la clavícula y la intuición de su pecho, y me concentré en el vestido que llevaba puesto. Aquella prenda tenía algo especial. Entorné los ojos, inspeccionándola, y lo averigüé en el acto. Las hojas que caían por la falda no engañaban. No podían ser obra de otra persona que de Miss Otoño, la apodé así en mi mente. Adiviné que se trataba de su último diseño, sí, el que se había negado a enseñarme para, entonces lo entendí, sorprenderme con él cuando lo viera. Sobre su cuerpo todo ganaba, incluido yo. Sin embargo, lo que mejor le sentaba era la confianza en sí misma que demostraba al llevarlo puesto. Me gustaba verla cada día más fuerte, aunque la quería igual cuando se mostraba frágil. Una sonrisa de orgullo comenzó a extenderse por mi rostro y por un momento, solo por uno, olvidé la razón de mierda por la que me encontraba en el interior de aquella habitación y todo mi mundo se redujo a ella, a lo afortunado que era de tenerla.

—Este diseño es una pasada, y que conste que entiendo por qué no me lo has enseñado antes. Me habría recreado viéndotelo puesto... para luego arrancártelo una decena de veces, y únicamente estoy pensando en lo que te habría hecho en un solo día.

Sonreí con socarronería y...

No lo dudé más y avancé hacia donde se encontraba.

No tenía sentido que permaneciera al lado de la ventana, igual que no tenía sentido que me inquietase que Kelly se hubiese enterado de lo que me pasaba.

Peter no se lo habría dicho, no sin mantener una conversación previa conmigo, por mucha rabia que me tuviese. Lo más probable, dadas las circunstancias, era que hubiese preguntado por mí y alguien con la lengua muy floja le hubiese desvelado mi paradero al son de «Está abajo, en una de las habitaciones del piso, la del fondo», sin añadir la coletilla de «para drogarse». Esta era innecesaria, y la gente, más o menos discreta.

Continué acortando la distancia que nos separaba a la par que mi sonrisa se hacía más grande.

No era consciente de lo que necesitaba besarla hasta que fui a hacerlo; enmarcar su cara entre mis manos y darle un beso con fiereza para después quejarme con una sonrisa tonta al apartarme porque me hubiese pringado la boca de color lila. Kelly era la solución a mi agitación de aquella noche. Para mí, representaba algo similar al sonido de una voz cuando te encuentras atrapado entre los cimientos de un terremoto y has perdido toda esperanza. Puede que los ladrillos aplasten alguna parte de tu cuerpo, no puedas moverte y duela. Pero el sonido de esa voz, a la que me gustaba imaginar como su horrorosa risa, es la prueba de que vienen a por ti, de que no te han abandonado y tarde o temprano terminarán rescatándote.

Frené frente a ella y saqué la mano que rozaba el prendido para acariciar las suyas, que caían a ambos lados de su cuerpo. La piel de Kelly, suave y cálida, erizó la mía e hizo que el peso que tenía sobre los hombros desapareciese.

Ladeé el rostro y me concentré en su jugosa boca.

—¿Tan irresistible voy esta noche que te he dejado sin habla? No te preocupes, puedo sacrificarme y desnudarme para que recuperes esa capacidad de un modo *nada altruista*, Ojos grandes, incluso estoy dispuesto a renunciar a la fiesta si a ti también te sobra la ropa. —Comencé a inclinarme en su dirección y la excitación recorrió mis venas. Noté un tirón en la entrepierna—. Oh, joder, espero con toda mi alma que a ti también te sobre el vestido... —Humedecí mis labios y... Ella dio un paso atrás, poniendo distancia entre ambos y apartando sus manos de las mías. Fruncí el ceño, confundido—. ¿Pasa algo, Kelly?

La chica me contempló un instante con una mirada indescifrable y enderezó la espalda al tiempo que aclaraba la garganta y decía con calma:

—¿Qué es lo tuyo, Graham? —Parpadeé, desorientado, y ella me lo aclaró—: Cuando he entrado has soltado tu típico comentario absurdo y después has dicho que, si había traído lo tuyo, me perdonabas. —Un incómodo hormigueo nació en mi estómago, pero me mantuve sereno—. Me gustaría saber qué es lo tuyo, Graham —insistió.

El sudor frío perló mi frente.

Que no cundiese el pánico.

«Kelly no lo sabe», me dije.

No había manera de que lo supiera ni de que lo hubiese deducido al verme frente a la ventana.

Era su curiosidad la que hablaba.

La gente no era tan bocazas y yo desde luego no iba a contárselo.

La solución era sencilla; excusarme con una estupidez creíble y pasar página.

«Mentirle y el beso. Tú solo piensa en el beso», me animé a equivocarme.

—Nada importante —comencé a hablar—. Pensaba que había perdido el móvil, le he llamado para que me ayudase a localizarlo y resulta que lo llevo encima, una tontería nada trascendental. —Estiré los brazos para colocar las manos en sus caderas y atraerla, y ella dio otro paso atrás, alejándose aún más.

Su nariz redondita se arrugó.

—¿Cómo le has llamado para que te ayudase si creías que habías perdido el teléfono?

Mierda.

Las mentiras precipitadas nunca se me habían dado bien.

Titubeé un instante, mientras pensaba a toda pastilla, y le dije:

—¿Ves? Finn ha debido de creer que estaba de coña y por eso no ha venido. Si hubieras estado conmigo habrías evitado que hiciese el ridículo. No puedo cagarla mientras te beso, Ojos grandes, y acabo de decidir que lo voy a hacer hasta que se te adormezca la boca —murmuré con voz ronca, di una zancada y ella no se movió. Por fin. Bien. Avanzábamos. Podía despedirme del miedo que me retorcía las tripas. Incliné el rostro con una sonrisa socarrona, recreándome en sus facciones de hada gótica, abrí la boca conforme descansaba una mano en su mejilla y aproximé mis labios a los suyos. Estaba a punto de rozarlos... Ya casi los sentía... Y su aliento me acarició cuando... *habló*.

—Una duda más, Graham.

—¿No puedo resolverla después del maldito beso? —repliqué en un gruñido ronco.

—No.

—¿En serio?

—En serio.

Resoplé y apoyé mi frente en la suya, cerrando los ojos.

«Que este interrogatorio termine pronto y llegue el beso. Es lo único que quiero».

—Dime, Ojos grandes —pronuncié cediendo contra su piel. Muy cerca de ella.

Noté cómo la chica cogía una bocanada de aire y la soltaba al mismo tiempo que articulaba:

—¿Prefieres que nos enrollemos antes o después de drogarte? Para tenerlo en cuenta.

El mundo se paralizó y, petrificado, escuché las pulsaciones de mi pecho retumbando en mis oídos con un eco sordo.

—¿Qué has dicho? —pregunté con un hilo de voz por si la mente me había jugado una mala pasada.

—Que si prefieres que nos enrollemos antes o después de meterte.

«Gracias, ente divino, por abandonarme una vez más», le dije a la vez que pensaba que en futuras ocasiones le pediría exactamente lo contrario de lo que deseaba, a ver si de ese modo lo cumplía.

Un cosquilleo amargo recorrió mis músculos.

Quería quedarme así, con la frente apoyada en la suya y los ojos cerrados, actuando como una comadreja cobarde, sí, pero en la oscuridad no podría ver su decepción. El dolor que se trasladaría inmediatamente a mi cuerpo y se acumularía junto al que ya sentía.

Pero ella intervino.

—¿No vas a mirarme, Graham? —dijo, y a mí no me quedó más remedio que hacerlo, desplegar los párpados y toparme de lleno con sus intensos ojos marrones, que me desarmaron.

Puestos a elegir, me gustaría haberme encontrado con un cabreo como el de Peter, incluso con el sufrimiento o la lástima. Sin embargo, lo que había allí, lo que dominaba su mirada, era el temor. Tenía miedo de mí. Y aquello fue como si hundieran un puño en mi pecho, extrajeran mi corazón y me lo mostraran con una risa macabra para después estrujarlo delante de mis narices y que la sangre gotease en mis pies a la vez que mi órgano vital se detenía.

La expresión de Kelly y lo que desprendía me estremeció el alma, y hasta entonces desconocía que era capaz de sentir esa parte etérea de mí.

—Ojos grandes...

—La llevo en el bolso —añadió—. Tu camello me ha interceptado en el descansillo del ascensor y ha pensado que al ser tu chica estaba al corriente, que hablamos de lo que nos gusta consumir a cada uno y tal, así que me la ha dado para que te la traiga.

Mierda, mierda y triplemente mierda.

JODER.

JODER.

JODER.

«Piensa, Graham, piensa».

Podía decirle que no era mía y que no sabía de qué me estaba hablando, sí. Era una opción. O podía quitarle hierro; explicarle que muchas personas se metían

en las fiestas por diversión y que yo simplemente había querido experimentar, pero que había cambiado de opinión y ya no lo haría. El problema era que Kelly tenía sus pupilas clavadas en las mías y en ellas solo había un anhelo, el de que fuese sincero, y no podía negárselo. No después de fallar a todo el mundo y a mí mismo.

Kelly lo merecía.

Se separó de mí, rompiendo el contacto, tragué saliva y le dije:

—Lo siento mucho.

Asintió.

Luego, se quedó un rato observándome antes de pronunciar su primera pregunta.

—¿Desde cuándo, Graham?

Continué el sendero de... sinceridad.

Maldita fuera la moral.

Hice memoria, pero no fui capaz de recordar el momento exacto.

—No hay un día concreto —resolví—. Simplemente, empiezas con unas cosas y les siguen otras.

Ella digirió la información y apretó los dientes.

Estaba siendo difícil para los dos, no solo para mí.

—¿Por qué?

«Porque cuando tengo algo increíble, la fastidio».

—Al principio para aguantar el dolor. Ahora porque la necesito.

De nuevo, asintió y siguió interrogándome.

—¿Con qué empezaste y qué cosas le han seguido?

Aquello era duro.

Jodidamente complicado.

No creo que poner una pistola en mis manos con el cargador medio lleno y pedir que me disparase una sola vez lo superase.

Pero estaba dispuesto a hacerlo porque Kelly se merecía ver todo de mí para poder darme la patada sin remordimientos. Nadie en su sano juicio querría estar con una persona como yo, alguien que todavía no había tocado fondo, y Kelly tenía una inteligencia excepcional. Su personalidad era lo primero que me había atraído de ella cuando me había contado que sabía lengua de signos y los motivos que la habían llevado a aprender en la biblioteca de Salem; ese había sido el segundo exacto en el que había captado mi curiosidad, aquello sí podía ubicarlo en el tiempo y... Habían pasado pocos meses desde entonces, pero a mí se me antojaba un momento muy lejano e irrepetible. Kelly no volvería a conocerme de cero y a sentirse atraída por mí. Iba a conocerme del todo y a dejarme.

—Analgésicos para la pierna, antidepresivos y la *basura* que tienes en el bolso —enumeré mis adicciones—. Alcohol, si lo cuentas como droga. Tabaco no.

Kelly asintió por tercera vez, abrió el bolso, sacó la cocaína rosa y me la mostró.

—¿Cómo de enganchado estás, Graham?

Suspiré y emití una carcajada seca.

—Como para odiarla y a la vez tener que reprimir el impulso animal que ahora mismo tira de mí y quiere quitártela y metérmela porque, total, el daño ya está hecho —confesé lo que estaba sintiendo en ese momento, y le pedí—: ¿Podrías guardarla, tirarla, quemarla o hacer lo necesario para que desaparezca de mi vista, por favor? No las tengo todas conmigo y no me gustaría cumplir la primera parte de lo que he dicho y robártela, Ojos grandes. Así de mal están las cosas —repuse con amargura, mostrándome débil, patético, frágil y enganchado; dándole los argumentos adecuados y reales para que no desease permanecer a mi lado.

Kelly me hizo caso y caminó hasta la papelera del cuarto, donde vació el contenido de la bolsa, asegurándose de que la cocaína rosa se esparcía de modo que fuese imposible recuperarla.

Aquella estampa fue terriblemente triste y me oprimió el pecho.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —dijo al regresar a mi lado.

—No lo sé, pero es donde estamos. —Aclaré la garganta para deshacer la bola que se me había formado en ella—. Y hay que tomar decisiones.

La chica arqueó una ceja.

—¿Qué tipo de decisiones, Graham?

Forcé una sonrisa ladeada.

—De las que no gustan a nadie. Tú no quieres esto, Ojos grandes —me señalé a mí mismo—, confía en mí.

Ya no era solo la droga. Era que, en el hipotético caso de que lograse dejarla, quedaban muchos frentes abiertos, como mi inseguridad y mi falta de identidad o propósito en la vida. Demasiado para querer arrastrar a nadie, menos a la chica de la que estaba enamorado.

—Llevas razón —dijo Kelly rompiendo el silencio, y contuve el aliento—. Yo no quiero esto —confirmó, y experimenté alivio porque lo comprendiera, pero también una profunda pena. Ya estaba. El fin. Entonces ella, fiel a hacer lo opuesto a lo que yo creía, justo cuando iba a rendirme y a aceptarlo, apretó los labios, clavó su mirada en la mía y dijo con una determinación abrumadora—: Porque te quiero a ti, Graham —fue la primera vez que pronunció en voz alta que me amaba—, y tú eres bastante más que esto. Escúchame bien. Voy a ayudarte. Sea como sea. Nos lleve el tiempo que nos lleve.

Sostuvo su mirada en la mía y parpadeé, sin encontrarle sentido a lo que había dicho.

Yo no me merecía tanto.

Nunca me lo había merecido...

Ni siquiera cuando era un atractivo jugador de los Boston Bruins y valía algo.

Un polvo sin una rodilla deforme.

—¿Acaso no estás enfadada? ¿Decepcionada?

«¿No ves que soy un caso perdido? Porque solo tienes que mirarme, joder».

Le sostuve la mirada irritado e impresionado porque no tirase la toalla conmigo.

—Oh, por supuesto que lo estoy. Enfadada, decepcionada y muchas cosas más a las que no sé ni qué nombre ponerles. Desde que el tal Finn me ha puesto al corriente no he parado de darle vueltas a en cuántos de nuestros momentos... estabas drogado, Graham. Y me aterra lo que viene por delante. Estoy asustadísima.

—¿Entonces?

Cada vez la entendía menos.

—Pues que estar enfadada no significa que no me importes. Es más, cuanto más enfadada estoy contigo, y te garantizo que con esto has tocado techo, más me doy cuenta de que... —Se calló de golpe y yo fruncí el ceño.

—¿De qué, Ojos grandes?

—No quería decírtelo así, pero allá va. Cuanto más enfadada estoy contigo, más me doy cuenta de que te quiero, Graham. Te quiero de ese modo terrorífico del que siempre he huido, porque estoy enamorada de ti, porque eres mi persona, porque has dado sentido a todas esas declaraciones que a lo largo de mi vida he escrito y creía que eran mentira. —La respiración se le envalentonó y el pecho le subió y bajó con violencia—. Y, por si te lo estás planteando, la respuesta es no. No voy a dejarte ante el primer problema serio, en este caso muy serio. Vamos a solucionarlo. —Utilizó el plural y a mí me vino a la cabeza el equipo Stevenson-Scott mientras Kelly refunfuñaba por lo bajo—. Tampoco es que tenga alternativa.

La corregí.

—Sí que la tienes y es bastante sencilla. Cortar...

—No —me interrumpió sin dejar que terminase—. Aunque quisiera no podría. ¿No lo ves? Te quiero demasiado para poder manejarlo. El amor es un sentimiento que... consume, y te has encargado de despertar hasta el último átomo que había en mi cuerpo, Graham, así que asume las consecuencias —dijo con un tono apasionado que me hizo dudar de si iba a besarme o a abofetearme la cara—. Si quieres que esto acabe, tendrás que hacerlo tú, y te advierto que no

te lo voy a poner fácil —sentenció.

Vale, teníamos un problema enorme.

Kelly me quería.

A mí.

Era su persona.

Yo.

Estaba enamorada.

De mí.

Y yo solo podía pensar que... tenía la excusa perfecta enfrente de mis narices y solo tenía que agarrarla. Si rompíamos en ese momento, en aquella habitación, siempre podría culpar a la droga, a la persona en la que me había convertido; pero si conseguía recuperarme y lo dejábamos más adelante, cuando estuviese bien, Kelly confirmaría lo que ya sabía. Que yo, por mí mismo y sin el apoyo del hockey, no era suficiente. Que nunca lo había sido y nunca lo sería.

«¿Y si vuelve a ser tonto?».

«Le quiero, Karen, Dios sabe que lo hago. Pero a veces no puedo evitar enfadarme con él porque no sea normal, y sé que no es su culpa. ¿Tan mala persona soy?».

Los comentarios de Lena Davis y de mi padre biológico me azotaron, seguidos del de mi hermana Daisy:

«Lo que tenías que haber dicho es “Esta vez me arriesgaré y seré valiente, enana”».

Tenía las dos alternativas al alcance de la mano...

Y yo siempre apostaba por la incorrecta.

Tomé aire y me preparé para llevar a cabo la representación de mi vida.

—Lo siento, Kelly —comencé a decir.

—¿Qué sientes exactamente, Graham?

«Sentirme tan insignificante que debo renunciar a ti».

—Esto, lo nuestro, se está poniendo muy intenso.

Ella se encogió de hombros, prevenida ante lo que podía suceder.

—El amor no se caracteriza por ser precisamente sutil.

Las costillas presionaron tanto mi respiración que se me clavaron.

«Te estás equivocando, Graham», dijo una voz dentro de mí.

Y otra le respondió:

«¿Tú me ves? Estoy demacrado, no sé hacer nada en la vida y lo único que tengo es una cara bonita y un lunar que tarde o temprano desaparecerán. Ella merece más. Ella está saliendo adelante. Sería un cabrón desalmado si la retuviese. Un capullo egoísta».

Asentí, seguro de la decisión que terminaba de tomar, y ella lo adivinó y me

avisó:

—No lo hagas, Graham, por favor. No nos hagas esto.

Miré sus labios por última vez, así como las puntas lilas de su pelo. El pecho se me retorció al ser consciente de que jamás volvería a besarlos ni a enredar mis dedos en sus mechones, no después de lo que Kelly me había pedido que no hiciera y, aun así, iba a hacer.

—No estoy cómodo con tanta intensidad.

—Eres un cobarde.

—Y me encuentro en un punto en el que no quiero estar en pareja.

—Te crees que tomando la decisión por mí eres el protagonista de una novela, y es lo opuesto. Recuerda lo que pensaste del chico de *Nuestro Big Bang*.

«A ella la entiendo. A él... Sabe que la quiere y lo que le suelta es que no la merece». «Es lo que piensa, Graham». «Pues que se ponga las pilas y espabile, Kelly. Que le diga: "Hoy no te merezco y por eso me voy, pero no te preocupes, que volveré, de eso no te quepa ninguna duda, y habré trabajado en una versión de mí que esté justo a la altura de tus labios para besarte"».

Recordé la conversación en la puerta de su casa a la que ella había hecho referencia y negué con la cabeza.

Aquello era ficción y lo que teníamos delante realidad y a un tío desesperado con una autoestima de mierda y un mono insoportable.

—¿Tan difícil te resulta creer que te quiero pero no estoy enamorado de ti, Kelly, y que me he agobiado con tu *superdeclaración*?

Ella adelantó un paso y me apuntó con el dedo.

—Lo que me resulta difícil de creer es que, a pesar de las tonterías que estás diciendo ahora mismo, Graham, no te des cuenta de que mañana voy a estar muy cabreada contigo, te lo garantizo, pero te voy a querer igual o más. Tú no mandas en mis sentimientos. Me he enamorado de ti porque así lo he sentido y dejaré de hacerlo cuando a mí me dé la gana, no cuando representes un teatrillo peor que el del folio en blanco durante la entrevista. Que te quede bien claro que ahora mismo odio quererte, pero no por ello voy a dejar de hacerlo.

Escupió, dio media vuelta y sin volverme a dirigir la palabra se marchó.

Yo pensaba que no podía enamorarme más de ella, que era física y emocionalmente imposible, y en aquel instante me demostró que estaba equivocado. Su tenacidad por defender nuestra relación me exasperaba hasta límites desconocidos y me conducía a amarla de un modo irracional que amenazaba con arrasarlo todo, arrasarme a mí, maldita sea.

Me gustaría contar que luego la vi en la fiesta, nos encaramos, terminé pidiéndole perdón de rodillas y dormimos juntos sin ropa y con las piernas enredadas. Pero lo cierto es que cuando subí no había rastro de ella ni de sus

amigos, Daisy me miraba mal aun sin saber qué diablos había ocurrido, y esa noche probé cosas nuevas y desfasé más que nunca, tanto que incluso me asusté.

Recuerdo que terminé en un bar del que no sabía el nombre ni la dirección con todo el cuerpo y el cerebro sobreestimulados, me miré en el espejo del baño y al contemplarme dibujé una sonrisa tétrica. Estaba pálido, unas pronunciadas ojeras moradas envolvían mis apagados ojos azules, cuyas pupilas estaban completamente dilatadas, y había sudado tanto que el pelo se me pegaba a la frente.

Mi aspecto era lamentable.

Y la sonrisa se extendió todavía más.

Ese era el chico con el que Kelly no quería estar y mientras fuera él todo iría bien; aquel reflejo dolía menos que cuando era pequeño, me subía en una silla y me quedaba quieto, buscando en mi expresión si ya era normal. Cuando lo logré, cuando hablaba como el resto y hacía las cosas como los demás, seguí observándome y diciendo: «Ahora papá tiene que regresar», pero él nunca lo hizo, porque no se había ido por mi retraso madurativo, se había ido por mí. Siempre es bueno contar con una excusa que justifique que los demás te abandonen, de lo contrario es culpa tuya, y eso era lo que quería evitar.

52

LA VERDAD DE BINGO

Kelly

Había algo que no comprendía y que nunca me había gustado incluir en mis novelas: la ausencia de comunicación entre los dos protagonistas cuando se presentaba una dificultad en su relación. En el pasado, cuando los medios y las formas de ponerse en contacto con la otra persona eran limitadas, quizá tenía sentido, pero en la actualidad, no. Hoy en día todo el mundo estaba a un WhatsApp, una llamada, un paseo o, en el peor de los casos, un avión de distancia. No hablar y dejar el problema en el aire por orgullo no estaba justificado si la persona te importaba, por mucho que la hubiese fastidiado.

¿Seguía molesta con Graham por su comportamiento y por la actitud de mierda que había tenido al enterarme? Sí.

¿Dolida? También.

¿Asustada por lo que venía? Mucho.

Pero el enfado, el dolor y el miedo no eran suficientes para que no quisiese mantener una conversación seria con él, claro que el otro tenía que poner de su parte, y Graham no parecía muy dispuesto a ello. A lo largo de los últimos tres días (los que habían transcurrido desde la fiesta) había tratado de ponerme en contacto con él mediante mensajes que no leía, llamadas a las que no atendía y unas redes sociales que tenía abandonadas.

En todo ese tiempo no había subido ni un *storie*.

Ni uno.

En mí no habría sido preocupante.

En él, sí.

De esa manera, no me dejó más remedio que presentarme en la puerta de su casa un día a media mañana cuando la incertidumbre amenazaba con acabar conmigo.

«No podemos haber terminado de esa manera, ¿verdad?».

Sacudí la cabeza y me metí en la boca el tercer palito de regaliz que llevaba desde que había llegado a su casa, que quedaba más cercana que la anterior. Arthur me había abierto y le había pedido que avisase a Graham de que estaba allí y de que quería hablar con él, rechazando su ofrecimiento de esperarle dentro. Hacía muy buen día, yo estaba muy nerviosa y prefería respirar aire puro porque...

«No podemos haber terminado de esa manera, ¿verdad?», repetí la pregunta en mi interior, tragué la chuchería y me mordí el labio.

También, a lo largo de los últimos días, todo en mi cabeza habían sido interrogantes.

«Cómo diablos había sucedido». «Cómo no me había dado cuenta». «¿Tendría solución?». «¿Cuál?».

Muchas preguntas y ninguna respuesta, ni siquiera de la escuela de costura. Todavía no me habían confirmado si estaba admitida o no, y, a pesar de que el silencio representaba que continuaba teniendo posibilidades, necesitaba saberlo para tomar una decisión.

Necesitaba saber *algo.*

Lo que fuera, maldita sea.

Y tenía esperanzas de que la racha de incertidumbre terminaría cuando Arthur regresase, pero en aquel momento le distinguí al final del pasillo que conducía al recibidor, acercándose hacia la puerta, y por su cara adiviné antes de que él lo verbalizase que no traía buenas noticias. Al fin y al cabo, venía solo. Ni rastro de Graham, su lunar y su medio litro de colonia.

Cambié el peso de una pierna a otra y me metí un mechón de pelo detrás de la oreja.

Mierda.

De vuelta a casa tendría que comprar más regaliz.

La tienda de chucherías era la única beneficiaria de nuestra crisis.

—Kelly... —Arthur se detuvo delante de mí. Se le daba muy mal comunicar malas noticias, así que hice de tripas corazón, tomé una bocanada profunda de aire y forcé una sonrisa para evitarle el mal trago.

—No quiere verme. Está bien. No pasa nada.

Acentué aún más mi sonrisa falsa con la esperanza de que me creyera y le resté importancia con la mano, a pesar de conocer mis limitaciones interpretativas. Todavía no podía compartir con su familia lo que sucedía. Pensaba hacerlo, eso lo tenía claro, a poder ser después de haber hablado con Graham. Pero, como no se había dignado a verme, me veía obligada a pasar al plan B.

Al igual que en la parte de la comunicación, tampoco estaba de acuerdo con el halo de romanticismo que, en ocasiones, en la ficción, envolvía las adicciones. El protagonista adicto que se curaba por amor. No dudaba del poder del amor. Es más, el poder del amor era tan inmenso que allí estaba yo plantada tragándome la bola de cabreo para que se deshiciese en mi garganta. Sin embargo, una persona no se ponía bien por mucho que la quisieran. Eso, sin lugar a duda, le daba impulso. Tener gente. Red de apoyo. Motivación. Pero las enfermedades las curaban los expertos. Y era precisamente con un profesional con quien yo quería hablar para saber cómo gestionar la situación de la mejor manera.

Graham no era mi responsabilidad, pero yo le quería y por ese motivo tenía la intención de dar pasos cortos, seguros y asesorados, para no liarla más. Por ejemplo, el modo en el que su familia afrontase la situación y le confesase que conocía su problema era vital. Ya no solo porque podía llevarle a no desear saber nada más de mí, también estaba el hecho de que si no se hacía bien podía producir el efecto contrario. Estaba dispuesta a que me rompiera el corazón si con ello mejoraba, pero no a que empeorase. Por ese motivo, tenía que esperar un poco más para hablar. Mi psicóloga me había recomendado un par de colegas expertos en la materia con los que hablaría al día siguiente para que nos guiasen. Hasta entonces tocaba fingir que todo seguía bien.

Y era duro.

Muy duro.

Sobre todo, cuando me moría por sortear a Arthur, subir las escaleras hasta el cuarto de Graham y decirle que le quería hasta que se le quedase grabado en esa cabezota; que no pensaba abandonarle, que iba a estar a su lado y que saldríamos juntos de donde fuera que se había metido.

—Lo siento mucho, Kelly. —Arthur confirmó mi deducción de que Graham no quería verme—. Está muy... extraño —pronunció con cautela subiéndose las gafas, que le habían resbalado por el puente de la nariz—. Pero te quiere. Nunca le he visto tan ilusionado con... nada. Ni siquiera cuando fue el jugador más valorado de la temporada y le hicieron muchas fotografías para las revistas.

Aquello debería haberme animado, *halagado*, sin embargo, no fue lo que sucedió.

Recuerdo esos tres días como una montaña rusa emocional en la que el sentimiento predominante era el miedo. El ser humano tiende a pasar de puntillas por temas de vital importancia hasta que le afectan directamente. Por ejemplo, yo sabía que había personas adictas, que se drogaban, alcohólicas, pero no me sumergí en la materia hasta que no me preocupé seriamente por la salud de Graham.

Lo primero que busqué, siempre consciente de que la información veraz, útil y

de calidad me la darían los profesionales que Caroline me había localizado, fue cuándo se podía considerar que una persona era adicta. Es decir, aunque nadie dudaba de que las drogas eran malas, había gente que las consumía de un modo controlado y puntual, equivocado, sí (no era necesario introducir química en tu organismo para divertirte), pero no se enganchaban y podían decirles adiós en cuanto les diese la gana. Así pues, lo primero que aprendí fue que para poder considerarte adicto la necesidad debía ser tan intensa que, cuando el sistema neuronal sentía que se «vaciaba» de esas sustancias químicas que le habían confundido por el intenso placer que habían registrado, se tendía a consumir. Había adictos que se metían constantemente y otros que eran cíclicos; los cerebros humanos no son iguales y no atienden a las matemáticas. En principio, lo que el sistema nervioso desarrollaba era dependencia, con la consecuente necesidad de droga, y después aparecía la tolerancia, que requería de más dosis para conseguir el efecto necesitado y conllevaba a asegurarte de tener estupefacientes disponibles siempre.

Graham podía encajar.

Luego, descubrí que lo que realmente define una adicción a cualquier sustancia es: a) no quieres consumir pero acabas haciéndolo, y b) una vez que empiezas, aunque quieras, no puedes parar. Recuerdo que la tripa se me contrajo en el desván leyendo este punto porque... ¿Y si Graham no era el protagonista que logra salir? ¿Y si Graham era aquel secundario al que nadie presta atención en la ficción porque su papel solo es el del drogadicto y no puede detenerse?

Los perfiles de las personas a las que atrapaba la droga eran muy variados y... Todos los personajes secundarios, incluso los que en una ficción no servían para nada más que para ser el ejemplo de aquello en lo que el protagonista no se debía convertir, tenían su argumento. Y me atormentaba que Graham acabase siendo uno de ellos, porque si algo averigüé esos días fue que, cuando te enfrentas a un problema, distingues el relieve de su importancia y nunca vuelves a pensar en eso de pasada, con frialdad y sin que se te encoja el pecho.

¿En qué punto estaría Graham, maldita sea?

¿Había llegado a tiempo?

¿Habría solución?

Un escalofrío me sacudió de arriba abajo y Arthur malinterpretó el gesto.

—Todo va a ir bien —me consoló acariciando mi brazo—. Hazme caso. Conozco a ese chico y tarda, pero al final siempre hace lo correcto.

Sonrió y le devolví el gesto, pensando en cómo se le quebraría el corazón cuando supiese que no se trataba de una bronca de pareja, sino de algo infinitamente más serio.

—Gracias, Arthur.

—No tienes que darlas, Kelly. Eres de la familia. —En aquel momento levantó la mano para saludar a Kate, Daisy y Bingo—. ¿Qué tal ha ido el paseo? —preguntó a su mujer después de darle un suave beso en la boca mientras Daisy me decía «Hola» moviendo los labios.

—Bien, aunque Bingo es demasiado sociable. Media hora hemos tardado en despedirnos de todos sus «amigos» del parque, y Daisy dice que faltaban la mitad —sonrió. Kate me caía bien, a pesar de verla poco por su ajetreada vida. Era una mujer trabajadora, despierta y divertida, dedicada a los suyos y a sí misma, la prueba de que puedes sentirte realizada, entregarte a tu trabajo y compartir tiempo de calidad con los tuyos. Además, cocinaba fatal. En ese aspecto me sentía identificada con ella. Todavía no había logrado utilizar el recipiente que compré en Nueva York y hacer unas galletas y...—. Hola, Kelly. —Kate se dirigió a mí con idéntica sonrisa sacándome de mis pensamientos y se la devolví—. ¿Graham no baja? —Negué con la cabeza—. Vaya, sí que le está durando el virus del estómago...

En aquel instante descubrí qué era lo que Graham le había contado a su familia para justificar su encierro. También era lo que había dicho para no acudir a un evento, según había leído en las redes sociales de la agencia. Entonces me pregunté si habría aguantado tres días sin consumir o si tenía drogas allí mismo, en su habitación, al alcance de la mano, en la mesita de noche. Un nuevo escalofrío me recorrió y la culpabilidad por no contárselo a sus padres hasta que no supiera de qué modo hacerlo correctamente me golpeó como un latigazo entre las costillas que casi me dobla por la mitad. Traté de disimularlo, de exagerar mi ridícula sonrisa falsa, pero ella se dio cuenta de que pasaba algo, aunque, como Arthur, no sacó las conclusiones acertadas.

—Daisy y yo íbamos a ir a la terraza de una cafetería que está aquí cerca con Bingo para tomar algo aprovechando el buen tiempo. ¿Te gustaría acompañarnos, Kelly? —ofreció, e iba a negarme cuando añadió—: Las dos hemos estado hablando mucho del tema y creemos que hay una anécdota que debes incluir en la biografía.

La biografía...

Otro dolor de cabeza.

Teddy y Betty estaban muy decepcionados conmigo, y mis pensamientos se habían centrado tanto en el problema de Graham que había postergado ese tema. Continuar escribiéndola. Total, ¿qué sentido tendría? La biografía real solo iba a ser para nosotros y... ¿Qué final le daría? ¿El de un exjugador de hockey sobre hielo que acababa cayendo en la droga? ¿Algo tan... desesperanzador?

Quizá mi editora llevaba razón y debería haberle dado otro enfoque menos iluso y optimista.

De nuevo, fui a negarme, pero Daisy intervino antes:

—Venga, por favor. Además, quiero grabar tu risa para ver su onda. Graham asegura que es... —Calló de golpe y le eché una mano. Por un momento, la sonrisa con la que acompañé la pregunta que formulé fue sincera.

—¿Horrible? ¿Satánica? Tiene un amplio abanico de palabras desagradables para denominarla.

—Especial —dijo para proteger a su hermano—. Y te va a encantar la tarta de manzana que preparan. Es casera.

Al final, acepté. Dudaba mucho de ser capaz de reírme para la onda, tal y como Daisy había sugerido. Pero si regresaba a casa con Salem me deprimiría cuando lo único que hiciera fuera dar vueltas al mismo tema sin solución, chirriar los dientes y desesperarme. Distraerme un rato no me vendría mal.

Arthur rechazó acompañarnos, así que finalmente fuimos las tres con Bingo a la cafetería. No estaba muy lejos. Además, su situación en el interior de un parque con la terraza rodeada de naturaleza la dotaba de un aspecto acogedor. Sencillo y bonito. Tomamos asiento en una de las mesas libres y mientras los suaves rayos de sol acariciaban mi piel inspiré hondo inundando mis pulmones del olor a vegetación. El tiempo era agradable y el color de las hojas que nos rodeaban magnífico. Me deleité con sus formas y con las sombras que proyectaban en el suelo hasta que vino el camarero.

Kate y yo pedimos café con leche y Daisy un zumo de naranja. También pedimos tres porciones de las tartas de galleta, de manzana y de queso para compartir y que de ese modo pudiese degustar las especialidades del lugar. Una vez que el camarero se fue, hablamos de temas insustanciales, como la enfermedad ficticia de Graham y su «bondad» al no querer ver a nadie para no contagiársela, y estuvimos así hasta que el camarero regresó, nos sirvió las bebidas y colocó los platos con la repostería en el centro junto a tres cucharas.

—La de galleta tampoco está mal, pero es que la de manzana es sobrenatural —apuntó Daisy, que estaba aguardando a que la probara para atacar ella. Obedecí. Cogí la cuchara, la hundí y la tarta se deshizo en mi boca con una explosión de sabor. Tenía bizcocho, crema y pedazos de fruta. Estaba deliciosa.

—Podría alimentarme de esta tarta el resto de mi vida —sentencié con una sonrisa al terminar de tragarla, y Daisy se lanzó a por ella satisfecha por mi veredicto.

Luego, charlamos un rato más, comimos y sufrimos el «hurto» de un pájaro que nos robó un poco de la última porción antes de que Kate entrase en materia:

—Te preguntarás qué es eso tan misterioso que Daisy y yo queremos contarte para la biografía de Graham...

La verdad era que casi lo había olvidado.

Casi.

La curiosidad era una característica innata en mí.

Enderecé los hombros y me puse en el *mood* trabajo.

—Cierto, ¿de qué queréis hablar?

Kate sirvió azúcar en su café y lo removió con la cucharilla sin llegar a beberlo.

—¿Graham te ha contado la historia de Bingo?

Hice memoria.

—Lo llevaron a la escuela de Daisy, nadie lo quería adoptar, ella se lo pidió y él se hizo cargo.

Madre e hija se dirigieron una mirada cómplice.

—Una historia entrañable —dijo la mujer.

—Lástima que sea mentira —completó Daisy por ella y emitió una risita traviesa.

Parpadeé, confundida, y pregunté por si había escuchado mal:

—¿Es mentira?

—Exacto —confirmó Kate, y le siguió un interrogante un tanto incómodo que me hizo removerme en el sitio—: ¿Qué sabes de la historia del padre biológico de Graham?

«¿Que os abandonó?».

—Se fue —me atreví a articular, y tuve la sensación de que la mujer ponía sus pensamientos en orden antes de continuar.

—Edgar era un buen hombre, a pesar de, pues eso, dejarnos. Graham siempre ha creído, y no hay quien le baje de ese burro, te aseguro que lo he intentado, que se fue por su retraso madurativo, pero yo sé que tarde o temprano lo habría hecho porque eligió la vida que yo deseaba, no la que él quería. Cuando nos hicimos novios en el instituto, Edgar hablaba de libertad, de viajar, y yo en aquel momento también, sin embargo, en mis planes de futuro entraba una familia, y en los suyos, solo él y yo. Me pidió que nos casásemos sin creer en el matrimonio, se compró una casa prefiriendo alquilar y cuando le saqué el tema de los hijos dijo que sí sin darle una vuelta a todo lo que implicaba. Digamos que Edgar se dejaba arrastrar por mis deseos y me mentía diciéndome que estaba a gusto en ese tipo de vida porque me quería, pero al hacerlo se iba traicionando a sí mismo una y otra vez, y uno no se puede fallar eternamente, Kelly. Tarde o temprano te das cuenta de que tú eres el gran amor de tu vida, y llega un momento en que aprendes que dos personas pueden quererse con locura en un momento de su existencia y luego tomar caminos distintos. —Hizo una pausa y tomó un sorbo pequeño de café antes de seguir—. Te cuento esto, Kelly, para que entiendas que en mi mente no hay culpables por lo que sucedió, solo un

hombre desesperado que tomó la peor de las decisiones de la peor forma posible y una mujer que no deseó ver la infelicidad que tenía al lado. Nunca —fijó su mirada en la mía con determinación—, *jamás*, consideré que Graham había influido, pero él sí, y, a pesar del ego del que se enorgullece en público, en el fondo se le quedó cierta sensación de inseguridad. *Insuficiencia*. No solo por no haber sido bastante para que su padre se quedara, sino por haber sido defectuoso y provocar que se fuera. Y da igual las veces que haya tratado de sacárselo de la cabeza, cuando se lo propone puede ser muy testarudo, sobre todo cuando está equivocado. Defiende las ideas erróneas a muerte. —Rio y no pude más que darle la razón recordando nuestra conversación en la habitación de la fiesta—. Por eso, en el caso de Bingo, le manipulamos —confesó, y la observé con curiosidad, aquello no me lo esperaba. *¿Qué diablos...?* —. Graham lleva queriendo adoptar un perro desde que era un crío y, cuando hacía un frío horrible, solo podía sacarlo del parque de Yellowknife si jugábamos a perseguir a los perros que paseaban hasta el coche —explicó, y sacudió la cabeza manteniendo la sonrisa—. Pero una mascota es una gran responsabilidad, así que tardé años y muchas conversaciones hasta altas horas de la madrugada con Arthur sobre cómo nos apañaríamos en los diferentes escenarios que podían plantearse antes de claudicar. Pensé que, cuando se lo dijéramos, Graham se pondría a dar saltos, me agarraría de la mano y me obligaría a ir esa misma noche, a pesar de que la nieve nos llegaba por las rodillas, a la protectora más cercana a coger uno, el que fuera. A Graham nunca le ha importado la raza o la edad, para prueba la rata que al final nos acompaña. —Acarició la cabeza de Bingo con cariño y el gesto se le contrajo mientras seguía hablando—. Sin embargo, no dijo nada, *nada.* Dejó la cena a medias y se fue a su cuarto. Y a la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, anunció que hiciésemos lo que quisiéramos, pero que él no quería ningún perro y no sería suyo. Aquello... No entendía nada, Kelly. Sus ojos hinchados, las ojeras oscuras de no dormir, la expresión torturada que tenía. Arthur y yo lo dejamos pasar, confundidos, y no fue hasta muchos años después, hasta que intervino Daisy, cuando comprendí lo que había ocurrido allí.

Kate miró a su hija para darle la palabra y la chica esbozó una sonrisa tímida mientras enroscaba uno de sus mechones rosas en el dedo.

—En realidad, era muy sencillo, mamá —le restó importancia.

Su madre la corrigió:

—Para ti, que eres la persona que mejor le «lee», cariño.

Arrugué el entrecejo. Yo tampoco lo pillaba. Si era lo que más deseaba, por qué...

—¿Por qué no quiso adoptar un perro? —pregunté en voz alta, confusa.

Daisy fijó sus ojos en los míos y su mueca fue de cierta tristeza.

—Porque Graham está convencido de que cualquier alternativa siempre es mejor que él, un dueño imaginario le atenderá mejor de lo que él lo habría hecho. Bla, bla, bla. Considera que es la opción equivocada. Por eso, cuando quiere algo con toda su alma, lo aparta inconscientemente, Kelly, sin darse cuenta, porque es una idea que tiene demasiado interiorizada y que a mí me horroriza desde niña. —Dudé si seguía hablando solo de Bingo o me estaba diciendo algo a mí.

Un nudo se me había formado en la garganta.

Tragué saliva para deshacerlo.

¿Tan mal concepto tenía Graham de sí mismo?

¿Todo aquel egocentrismo era una fachada para una inseguridad más profunda?

¿Acaso todas las veces que había bromeado con que tenía un cerebro de nuez lo decía... *de verdad*?

¿Podía la lesión y su nuevo estatus haber erosionado todavía más su autoestima?

¿Era cierto que solo se veía guapo?

Porque Graham era muy atractivo, pero también era muchas cosas más.

No me había enamorado de él por el físico, o por el sexo, me había enamorado de él porque nunca me cansaría de escucharle.

Joder.

Graham era mi persona.

Kate aclaró la garganta y continuó relatándome la historia:

—Fue Daisy la que sugirió pedirle que adoptase a Bingo como si le estuviera haciendo un favor para comprobar si así aceptaba y... Lo hizo. Ni siquiera dudó, aunque si le preguntas te dirá que se hizo un poco el duro. —Puso los ojos en blanco de broma y a mí el alma se me estremeció. Aceptó lo que más quería por su hermana, no porque pensase que lo mereciera—. No sé cómo habría sido la vida de Bingo con el dueño hipotético que imaginaba Graham, pero sé que al lado de mi hijo ha sido terriblemente feliz, porque ese es el efecto de Graham. La gente no quiere estar con él por la fama, las personas quieren estar con él porque les llena. Su mayor virtud nunca ha sido lograr que los Boston Bruins permanecieran invictos casi toda una temporada. Su mayor logro es que el cien por cien de las personas que le conocen le adoran.

Mi corazón se saltó un latido en aquel instante y las manos me sudaron.

Acababa de averiguar el porcentaje.

Y solo quise llorar.

53

EL POZO

Graham

Estaba tirado en la cama, con el chándal puesto, las cortinas echadas y tumbado de un modo que solo se podía definir como lamentable. Llevaba allí desde que Arthur había subido a avisarme de que Kelly quería hablar conmigo y, con una actitud que solo se podía describir también como de pura cobardía, la había rechazado.

Si hablaba con ella y volvía a decirme locuras como que estaba enamorada de mí, me replantearía las cosas, y yo no quería que nada cambiase. Básicamente, mi mayor deseo era continuar en la mierda. Me manejaba bien con ella. Con la esperanza, no tanto.

Roté sobre el colchón y cerré los dedos en la palma de mi mano clavándome las uñas. Era increíble. Completamente alucinante. Siempre había pensado que el consumo iba asociado al dolor de la rodilla o a que me viesen en público, pero era mentira. Para prueba, el deseo irrefrenable que había tenido los últimos tres días, en los que, tras fingir una enfermedad estomacal, no había hecho absolutamente nada más que volverme experto en pasar horas y horas en posición horizontal.

Las ganas eran idénticas a otras ocasiones, maldita sea, puede que incluso superiores.

Resoplé.

Me gustaría decir que mi voluntad había logrado reponerse de un modo heroico, pero lo cierto era que había sucumbido, y no solo una vez, sino varias. Hay una cosa que nunca te cuentan de las drogas. Al menos, a mí nadie había tenido las narices de decírmelo. La sensación mientras estás consumiendo es cojonuda, paradisiaca. Un lujo. Se empeñan tanto en demonizarlas porque no están bien que se olvidan de explicar cómo son en realidad. Algo que te llena de

euforia, aplaca los sentimientos e incluso logra que te rías y te hace sentir bien. Así pues, cuando las pruebas, te esperas encontrar a Satanás y, como la emoción es más similar a acariciar a un ángel, repites.

La droga te engaña por la puñetera manía de la sociedad de disfrazar la verdad por si acaso somos tan estúpidos de no saber manejarnos con ella.

Chasqueé la lengua.

Lo que sí que te explican, e ignoras, es que frente a ella somos todos iguales, es una sustancia justa, nadie puede negárselo, y el ego que te dice: «Yo no soy tan débil como los demás y puedo parar cuando me dé la gana» es el que te hunde en el fango y te hace tragar basura.

Atrapé el labio inferior entre los dientes y lo mordí con fuerza.

El sabor metalizado que se extendió en el interior de mi boca me reveló que lo más probable era que me hubiese hecho sangre.

Magnífico.

Un detalle más que añadir a mi miseria.

No quería tomar nada, pero mi cuerpo y mi cerebro me gritaban que lo hiciera para apartar esa sensación de quemazón en las entrañas y la de que los latidos de mi corazón habían sido sustituidos por el batir de alas de un maldito colibrí.

Estaba sudando hasta el punto de que empapaba las sábanas.

«Joder, voy a arrancarme la ropa. O la piel. Ambas cosas mejor», pensé removiéndome nervioso conforme la puerta de la habitación se abrió y la luz del pasillo penetró haciéndose hueco en la oscuridad.

—Arthur, sigo enfermo. —Fingí toser porque era tal mi estado de angustia que no recordaba que lo que se suponía que me pasaba era que tenía un puñetero desbarajuste en la tripa y no un constipado—. No puedo ayudarte a preparar las clases. —Mi padrastro estaba empeñado en hacerme visitas regulares con cualquier excusa, la mayoría académicas, para conseguir que saliese de ese cuarto y, con algo de suerte, le confesase lo que estaba ocurriendo, que no iba a ser el caso. Aguardé a que cerrase la puerta con suavidad, como era habitual, y las luces de mi habitación prendieron, provocando que me cubriese la cabeza con la almohada inmediatamente—. ¿Se puede saber qué diablos estás haciendo?

La claridad, después de tres días de penumbra, me molestaba. Esperé a escuchar la excusa de Arthur, sin embargo, no fue su voz la que oí. Fue la del puto Peter Stanford.

—Ahora, además de yonqui, ¿te has transformado en vampiro? —Retiré la almohada y le dediqué una mirada acusatoria mientras le enseñaba el dedo corazón.

Nadie de mi familia sabía nada y no quería que eso cambiase por un comentario sarcástico del que se suponía era mi mejor amigo.

«Fuiste tú el que la jodiste, Graham», me recordé. Otro de los efectos de la droga era que lo manipulaba todo hasta que tú siempre resultabas ser la víctima. Pero era yo el que le había amenazado. Sin embargo, el mono me tenía tan exasperado que existían serias posibilidades de que lo pagase con él, motivo por el que era mejor que se fuera.

—Tranquilo, solo está Arthur y se ha quedado trabajando en la cocina.

«Genial», repiqueteó en mi mente con cierto alivio.

—Vete —le dije a Peter a la vez que me giraba para darle la espalda y volvía a cubrirme con la almohada—, y apaga la luz. Me molesta.

Antes de perderle de vista pude observar que esbozaba una sonrisa taimada.

—Que te jodan, Graham. Tú no me das órdenes.

Cerró la puerta y no me hizo falta comprobarlo para adivinar que mi amigo se había quedado dentro.

Mierda.

Con lo nervioso que estaba solo podía fastidiarla más.

—Creía que yo era el malhablado de los dos —repuse.

—Y lo eres. —El colchón se hundió cuando se sentó a mis pies—. También el cretino gilipollas. Puedes ser muchas cosas, Graham.

Las comisuras de mis labios se alzaron.

Discutir con Peter tendía a ponerme de buen humor.

Entonces recordé las últimas palabras que le había dirigido y se me formó una bola en la garganta: «O salgo ahí fuera y les cuento a todos los periodistas que te follas a Miguel González».

Tragué saliva para que el nudo se deshiciera.

—¿A qué has venido, Peter?

—Lo siento, no hablo con almohadas. Es una manía de... educación básica.

Chasqueé la lengua para después retirarla, darme la vuelta y mirarle.

—¿Así mejor?

Él se encogió de hombros.

—En realidad no te vendría mal una ducha, nunca creí que echaría de menos tu peste a colonia cara.

Los labios se me torcieron de lado esbozando una sonrisa cargada de ironía.

—Has venido a insultarme, maravilloso.

—He venido a que tengas la decencia de disculparte, ya que en estos tres días no has sentido la imperiosa necesidad de hacerlo.

La culpabilidad trepó por mi columna vertebral.

La había sentido desde el segundo uno en el que Peter se había marchado, pero pedirle perdón me parecía demasiado poco. No estaba a la altura de la barbaridad que le había dicho. Nada lo estaba.

Me incorporé y traté de sonar sincero, porque lo estaba siendo.

—Sabes que no habría cumplido esa *tontería*, ¿verdad? —Mi tono fue débil, como me sentía.

Peter tardó en contestar y, por un instante, la inquietud por su respuesta prevaleció sobre las ganas de tomarme cualquier mierda que anulase mis remordimientos.

—Lo que sé es que amenazarme con algo tan importante no es ninguna *tontería* —dijo al fin, y el mundo se me vino abajo, porque llevaba razón—. También sé —continuó y fruncí el ceño— que algo muy chungo tiene que estar pasando en esa cabeza para que sueltes tamaña burrada. Tú no eres así, Graham.

Mi sonrisa se tornó amarga.

—¿Y cómo soy, Peter? Porque últimamente me cuesta definirme.

Él me miró y dijo:

—Lo cierto es que ahora mismo yo tampoco lo tengo muy claro. Has hecho cosas que jamás imaginaría. Pero hay algo que nunca cambia.

—¿Mi capacidad de joder todo lo bueno que tengo? —En ese instante, Kelly vino a mi cabeza y la saqué a la fuerza.

—Mi capacidad de decidir que siempre serás mi mejor amigo, a pesar de las veces que la cagues —me corrigió.

—¿Por qué? —vacilé, y fui enumerándolas—. Desde la lesión te he estado evitando porque te tenía celos...

—Lo sé.

—Te jodí un contrato publicitario por puro egoísmo...

—Soy muy consciente de ello.

—El otro día te chantajeé con destapar tu relación si no me dejabas meterme una raya...

—Todavía me arrepiento de no haberte dado un puñetazo con el que te tragases tus palabras, y puede que lo haga esta misma mañana, no estoy del todo seguro. Para que lo tengas en cuenta.

Titubeé. No me entraba en el cerebro (y mira que me estaba esforzando) la razón por la que alguien se empeñaría con tanta fuerza en continuar siendo mi amigo a pesar de los méritos que yo mismo había hecho durante los últimos meses para dejar de serlo.

—¿Es que no te das cuenta de que estás mejor sin mí? Eres la estrella del equipo, tienes un novio cojonudo con un culazo de infarto que supera el mío y... Joder, tú no me necesitas, Peter.

—Oh, ya sé que no te necesito, Graham.

—¿Entonces?

No tenía sentido.

¿O sí?

—¡Pues que te quiero, imbécil! Y no me pidas que lo justifique, porque al amor no hay que darle jodidos argumentos, es un capullo que se te mete dentro. Eso me lo dijiste tú en un instante de profundidad que todavía me repele.

Se refería a la tarde en que me confesó que empezaba a sentir algo por Miguel y no sabía por qué precisamente con él, un compañero de equipo con el que tan complicada sería la discreción, y, como respuesta, yo contraargumenté lo que mi amigo acababa de repetirme, además de que Miguel estaba casi igual de bueno que yo y que no lo dejase escapar.

Los ojos me escocieron y la tinta del pozo que ambos llevábamos tatuados, el mío en la muñeca izquierda y el suyo en las costillas, quemó sobre mi pulso.

Lo acaricié con la yema de los dedos e insistí:

—¿Por qué todos os empeñáis en salvarme? —Me refería a Kelly y a él, pero también a mamá, Arthur, Daisy, Miguel, Collin, Daphne, Ángela, Abraham, Wendy e incluso el mismísimo Bingo.

¿Por qué la gente no me daba por perdido?

JODER.

—¿En serio eres tan idiota?

—¿En serio el primer día que te da por soltar tacos para sonar más contundente no vas a parar de insultarme?

—Nadie se rinde contigo porque no existe nadie a quien no le importes, y no hablo de los miles de personas que han creado absurdos clubs de fans de tu lunar. Me refiero a personas reales. De carne y hueso. De nosotros. ¿Tan difícil te resulta aceptarlo?

—Pues sí —escupí, y Peter no se amedrentó.

—Pues tendrás que empezar a aceptarlo igual que lo hemos hecho los demás. —Hizo una pausa y continuó algo más relajado, aunque con tono seguro—: He estado cabreadísimo contigo, Graham...

—Y deberías seguir estándolo.

—Quizá —aceptó—. Pero no me apetece. Prefiero emplear toda esta rabia que me consume en...

—¿En qué?

—En ayudarte, maldita sea. En ayudarte. A eso he venido.

Clavé mis ojos azules en los suyos.

—¿Y si no hay solución?

—Siempre la hay.

—¿Y si no...?

—La inventamos. —Esperó unos segundos para que interiorizase sus palabras y su significado. No me iba a abandonar y no había nada que yo pudiese hacer

para evitarlo. Una vez que intuyó por mi mueca de fastidio que lo había pillado, añadió con firmeza—: Llevamos años compartiendo el pozo, es hora de que salgamos juntos.

Arqueé las cejas.

¿Perdón?

—¿A qué te refieres con juntos?

—A que los dos nos enfrentemos a nuestro mayor miedo a la vez.

¿Qué narices...?

De repente caí en la cuenta de a qué se refería y un escalofrío me sacudió.

Negué con la cabeza.

Ni de coña.

—¿Por qué tipo de desgraciado me tomas? No quiero que hagas pública tu relación con Miguel por mí.

Joder, no.

Aquello no era «Si tú saltas, yo salto».

No deseaba que tomase una decisión tan importante presionado por mis circunstancias. Para convencerme, maldita sea.

—Deja de ser tan egocéntrico, Graham. —Peter interrumpió mis pensamientos reprendiéndome—. Aunque te resulte imposible de asumir, esto no lo hago por ti, sino por mí. Igual que espero que sea por ti por lo que aceptes ir al sitio ese de Boston para deportistas retirados en el que te ofrecieron participar dando una charla al que he llamado y en el que me han confirmado que pueden ayudar al deportista anónimo del que les he contado una historia muy similar a la tuya. —Recordé la propuesta de Kate; parecía que me la había hecho hacía un siglo y solo habían transcurrido unos meses. ¿Podría tener espacio allí? ¿Podría... recuperarme? ¿Era lo que quería? Como si me leyera la mente, Peter puso el lazo a su intervención con un—: Todavía no es tarde para que nos arruines la vida.

Vacilé.

—¿Por qué empleas el plural? Soy yo el que...

—No, las consecuencias de lo que haces nos afectan a todos. —Tomó aire y reflexionó en voz alta—. La amistad es algo así como un contrato, y el día que me senté contigo en la cafetería firmé mi sentencia. A lo largo de estos años, ha habido ocasiones en las que has sido un amigo espantoso, Graham, pesado, metomentodo, creído y con un sentido del humor absurdo que me sacaba de mis casillas...

—Muy entendible tu cabezonería conmigo entonces, *amigo*.

—Pero a lo largo de estos años también —hizo oídos sordos a mi comentario sarcástico— has sido lo mejor que me ha pasado. Solo a tu lado podía ser yo. ¿Recuerdas el día que te conté que me gustaban los tíos? —Asentí, sin saber por

dónde iba—. Estaba aterrado por si después te distanciabas, por si te ponías raro y tú...

—Inicié la semana del tío bueno en tu taquilla. —Cada día durante una semana le metí la foto de un chico cachas con un mensaje que decía: «De nada». La última fue mía—. Odiaste la semana del tío bueno —le recordé.

—¡Porque era terriblemente ridícula! Esas fotos cutres de chicos, la tuya... —Negó con la cabeza y cuando volvió a mirarme me percaté de que sus ojos brillaban—. Pero a la vez fue liberador, porque tú eras Graham y seguías haciendo las mismas gilipolleces de siempre adaptadas a la nueva información que poseías sobre mí y yo me sentí... comprendido, en casa. Igual que siempre. Gracias a ti mi adolescencia no fue tan dura como la de otros chicos. Sé que no te gusta oírlo, y a mí decirlo menos, créeme, pero mereces la pena, Graham, la mereces tanto que quiero que estés a mi lado cuando dé el paso más importante de mi vida, y yo quiero estar al tuyo. Salir del pozo que los dos nos tatuamos juntos. ¿Qué me dices? ¿Te pegas una ducha, te pones un conjunto con el que me quiera arrancar los ojos, te echas siete litros de colonia y vamos a ese sitio en Boston a que nos expliquen? —Tragó saliva—. *Por favor.*

Peter nunca suplicaba.

Y Peter nunca decía «te quiero».

Pero acababa de hacer las dos cosas.

Por mí.

No me dejaba más alternativa que acceder.

—Voy a escuchar, solo eso —le advertí.

—Y a ducharte.

—Joder, sí.

—Suficiente.

—Y... —alcé un dedo para terminar de imponer mis condiciones antes de que lo celebrase— no te harás ilusiones, Peter. *Ni una ilusión.* Sabes que soy un negado cumpliendo expectativas ajenas.

Asintió e iba a ponerme en pie cuando me abrazó.

—¿Qué haces?

Aquello era tan impropio de mi amigo como marcarse un monólogo humorístico.

Definitivamente, mis problemas con las drogas le habían lavado el cerebro.

—Abrazarte —indicó por si no me había quedado claro, y lo completó con un —: Apestas, Graham.

Mis labios se curvaron de lado, lo pensé y le devolví el abrazo con fuerza.

—Por si no te has recreado suficiente con el olor. Inspira hondo, Peter.

—Eres un capullo.

La sonrisa siguió su curso y, aunque era consciente de que no bastaba, necesitaba decírselo:

—Siento muchísimo lo del otro día. Perdóname, Peter.

54

FIN

Kelly

Al volver a casa de la cafetería, con el título de la biografía palpitando en mi mente, me sentía inspirada, así me puse a jugar con Salem y, una vez que estuvo agotado, cuando decidió que necesitaba el rato de independencia de la que tanta gala hacen los felinos, cogí el portátil, lo abrí y me puse a escribir.

Una de las cosas que más me gustaban cuando tenía una relación sana con la escritura era la de sentir las teclas mientras las presionaba y escuchar su tono, el clic al golpearlas. Eso solo ocurría al inicio de un gran capítulo, para luego irse perdiendo conforme la trama avanzaba y la historia me atrapaba. Una sensación casi mágica que alteraba mi respiración y que se repitió aquella mañana que pasó a ser tarde cuando puse fin a la biografía de Graham Scott.

A la verdadera, quiero decir.

Me encontraba en el sofá del salón, con los ojos secos de tanto teclear, la coleta medio deshecha y una emoción que amenazaba con desbordarme el pecho cuando releí el último párrafo y pensé:

«Joder, Kelly, lo has logrado. Esta es la historia que él merece. Bravo».

En aquel instante, tuve ganas de llorar.

Por escribirla.

Por felicitarme.

Porque estaba enamorada y bastante sensible.

Y Caroline me había enseñado que reprimir determinadas emociones no era bueno, así que me lo permití. Una lágrima de felicidad abandonaba mis ojos en el instante en que mi móvil sonó. Contuve el aliento. Llevaba tres malditos días esperando el correo de la escuela de costura y revisando la bandeja de entrada como una maniaca por si acaso había algún error y terminaba en la de correo no deseado. Pues bien, en ese momento ni pensé que pudieran ser ellos.

El romanticismo que en los últimos tiempos se había apoderado de mí volvió a activarse y estiré el brazo para coger el teléfono con el pulso disparado:

«Es él, Graham, que de algún modo ha presentido lo que ha sucedido. Estamos conectados».

Una sonrisa se perfiló en mi rostro, desbloqueé el teléfono y... La emoción se desvaneció al desinflarme como un globo. No se trataba de Graham. Al contrario, el correo era de la escuela y... Ni siquiera había que leerlo para saber su decisión. El propio asunto lo revelaba:

«Kelly Bennet, admitida para la primera promoción...».

«¡Sí!», celebré mentalmente, y le siguió un: «¡No!».

Con pensamientos enfrentados, me coloqué detrás de la oreja un mechón de pelo que se había escapado de la coleta y me mordí el labio. ¿Qué iba a hacer? ¿Eh? ¿QUÉ? Deseaba con todas mis fuerzas aceptar y tener una nueva oportunidad, pero eso significaba hacer las maletas e irme a Nueva York, *otra vez*, y Graham me necesitaba allí. En Salem.

La inquietud se arremolinó en mi estómago.

Nunca había introducido en mis novelas el conflicto de elegir entre el amor o el desarrollo personal porque no sabía cómo resolverlo sin que la decisión me dejase insatisfecha, y ahí estaba yo, teniendo que hacer, en la vida real, la elección que no era capaz de escribir en la ficción. Y en este caso las consecuencias sí que me afectarían.

Presioné con más fuerza el labio y pensé: «Vaya mierda».

55

BOBBY

Graham

Peter me acompañó a la asociación de deportistas retirados y los escuchamos con atención. Al principio, fingimos que el caso que les presentábamos era de un amigo de un amigo para ver si podían ayudarle, pero pasado un rato me di cuenta de que aquella farsa era absurda. Tan solo había que echarme un vistazo y conocer mi caso (una pista: todo el mundo lo sabía) para saber que el amigo del amigo era yo. Así pues, tras asegurarme de que serían discretos y firmaríamos un contrato de confidencialidad, le dije aquello de lo que él ya era consciente «Yo soy el exjugador enganchado», y el hombre, Zach, me hizo una primera aproximación de cómo tratarían mi caso, aunque el plan no sería definitivo hasta que ingresase en un centro especializado y un experto me valorase durante varias sesiones.

«Ingresar», un escalofrío me pinzó los nervios.

¿Desde cuándo conceptos como «rehabilitación» tenían que ver con mi vida?

Sacudí la cabeza y me concentré en Peter, que acababa de aparcar.

Habíamos ido con su coche, que era idéntico al mío, pero a diferencia de este el suyo lucía más inmaculado y... Me removí incómodo en el asiento del copiloto mirando lo que había a mi derecha.

Casas de un barrio residencial.

—No tengo ni puta idea de qué hacemos aquí —confesé.

Era yo quien había decidido que nos acercáramos hasta ese punto concreto de Boston al salir de la asociación. Había dejado en el aire el tema de mi ingreso. Luego había hecho una llamada para informarme de la dirección de Bobby y darle a Peter las indicaciones precisas, que él había metido en la pantalla del navegador. Pues bien, allí estábamos y no acababa de entender qué me había movido a ir, porque no tenía ningún sentido.

Peter apagó el motor y se encogió de hombros.

—A lo mejor ahora que has experimentado lo que es ser un impresentable le has cogido gustillo y quieres codearte con tus semejantes.

Esbocé una sonrisa de lado.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso, Peter Stanford. No te pega.

—Será que los dos estamos saliendo de nuestra zona de confort.

Eché un vistazo a la vivienda unifamiliar que teníamos delante y fruncí el ceño.

—Estamos seguros de que aquí vive el jodido Bobby Williams, ¿verdad?

—El único e inigualable, sí.

Soplé. No entendía el motivo, pero cuando Zach había hecho una exposición bastante didáctica de los distintos escenarios a los que podía enfrentarse un deportista al terminar su carrera, automáticamente había acudido él a mi cabeza. Mi «enemigo». El jugador que había tratado de hacer de mis primeros meses en el equipo un infierno, y que a pesar de todo no lo había conseguido. Un tío que me caía francamente mal, vaya.

Tiré de la manilla y la puerta del vehículo cedió.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Peter, y negué con la cabeza.

—No.

—¿Alguna idea de qué vas a decirle?

—Ninguna.

—¿Debo temer por su vida?

Sonreí y salí.

—No seas dramático.

—Toma. —Me alcanzó el bastón. Yo arrugué el entrecejo. La distancia hasta la puerta era corta y, en el baño, antes de salir de casa, me había colocado. No estaba orgulloso de ello, pero se lo había confesado a Peter y estaba valorando en serio la opción de ingresar en un centro de rehabilitación. Aquello era un paso enorme si teníamos en cuenta la actitud con la que me había levantado—. Al menos finge que lo necesitas, porque lo haces, aunque la mierda esa provoque que no te des cuenta.

Accedí.

Lo cogí y cerré mi mano en torno a él. Su tacto era frío. No me disgustó y... Si me rehabilitaba de verdad, lo más probable era que tuviese que acompañarme durante mucho tiempo. Semanas. Meses. Años. Para siempre. No perdía nada por probar en un trayecto corto.

—Espérame aquí —le dije a mi amigo.

—No pensaba hacer otra cosa.

Asentí, cogí una bocanada de aire y emprendí mi camino.

En serio que no tenía ni puta idea de qué diablos hacía allí.

Cero.

Menos uno.

Pero mis pies se movían en dirección a la puerta, que estaba rodeada por un pequeño jardín con el césped bien cuidado, con un sofá de dos plazas de exterior y una mesita de madera circular baja.

Junto al mobiliario había un revistero en el que Bobby tenía... *libros*.

Parpadeé, confundido.

«¿Ese capullo sabe leer?», pensé.

No me castigué por juzgarle.

Me era muy complicado no hacerlo.

Casi diría que imposible.

Alcancé mi destino, levanté el puño y golpeé la puerta con la esperanza de que el dueño de la casa no estuviese en su interior, largarme y que el impulso que me había conducido hasta allí desapareciese.

Perderle de vista y parar de escuchar sus comentarios en el vestuario había sido de las mejores cosas que me habían pasado durante mi carrera...

¿Por qué buscarle? ¿Acaso me había aficionado a torturarme?

Aguardé algunos segundos sin llamar una segunda vez y suspiré aliviado.

«Bien. Bobby no está».

Las comisuras de mis labios se curvaron y estaba dando la vuelta cuando escuché cómo la puerta se abría para acto seguido oír su siseante voz:

—¿Scott? Vaya, vaya, qué visita más inesperada y menos deseada.

Los músculos de todo mi cuerpo se tensaron y la piel se me erizó.

Odiaba aquella voz cargada siempre de desprecio.

La detestaba con toda mi alma.

Entonces, ¿por qué?

La única respuesta posible era poco amable y se componía de dos palabras: «Soy gilipollas». No obstante... Me resistía a pensar que no había nada más. Tenía que haberlo, joder. Y, para averiguarlo, me di la vuelta.

—Hola, Bobby.

Forcé una sonrisa tirante y, durante un momento, ambos nos limitamos a examinarnos. Bobby, cuya partida del equipo coincidió más o menos con mi llegada, lucía el mismo aspecto demacrado de siempre, irascible, con una mirada de odio preparada para dedicársela al mundo y, más concretamente, a mí.

Me estaba fulminando y dudé si no habría ido allí a partirle la cara como debí hacer el día que lo inició todo al decir: «Lo primero son las marcas. Ellas dan el pistoletazo de salida a tu caída. Un día dejas de ser su imagen, al siguiente pasas a estar en tercera fila en las fotos grupales y luego desapareces como si nunca

hubieras existido. Pero en tu caso, si juegas bien las cartas del pobre niño bonito cojo, es posible que termines de entrenador del segundo equipo, o en la radio, donde siempre contabas que trabajó tu abuelo. “Graham Scott, el oso polar de Yellowknife, la joven promesa, qué pena no haber llegado a ser más que eso, una estrella frustrada”».

El recuerdo de sus palabras volvió a encenderme.

Sin embargo, *de nuevo,* me resistía a creer que mi motivación era tan simple y primitiva como partirnos la cara o... culparle de mi desgracia y reprochárselo.

Quería pensar que yo no era tan manipulable y, sobre todo, que mis acciones buenas, malas o cuestionables me pertenecían.

Bobby había sido un cabrón, sí, pero no me había puesto una pistola en la cabeza para que tomase las decisiones que había tomado y que me habían conducido a esta situación de mierda. Culparle suponía darle muchísima más importancia de la que tenía en mi vida, y no iba a hacerlo.

—¿Piensas hablar o prefieres que nos desafiemos con la mirada toda la tarde? Tengo clase de yoga, Graham —dijo, y me di cuenta de que no estaba allí por él. Estaba allí por mí. De repente averigüé a lo que había ido.

—Si quieres puedes sentarte, Bobby —le advertí mientras me mentalizaba—. Voy a sorprenderte tanto con mi siguiente intervención que es posible que pierdas el equilibrio y te caigas, y las salpicaduras de sangre en estas zapatillas blancas que acabo de estrenar no quedan bien.

Ni yo mismo me creía lo que estaba a punto de hacer.

Era una auténtica locura.

Bobby me observó con interés desde el quicio de la puerta y yo continué mentalizándome para... pedirle disculpas, joder, a él.

Definitivamente, tanta química me había hecho perder la cordura.

Sin embargo..., mientras Zach hablaba..., teniendo mi propia experiencia a mano..., Bobby había sido un cabrón, de eso no cabía ninguna duda. Y sus comentarios daban asco. Pero el modo en que todos sus compañeros asumimos que se había hecho viejo y que, por lo tanto, era desechable no nos convertía en mejores personas. Que algo sea generalizado, como la caducidad en el mundo del deporte, no significa que esté bien. No nos preocupamos por él y cuando Bobby, sumido en la desesperación que a mí también me había pellizcado, había tratado de aferrarse a las últimas migas de la única vida que conocía, en lugar de tratar de comprenderle y echarle una mano habíamos repetido entre nosotros el comentario: «No sabe cuándo pasar página». De algún modo, nosotros también le habíamos tirado a la basura y...

—Fuiste un auténtico imbécil cuando llegué... —comencé a decir guiado por mis sentimientos. Bobby alzó una ceja con su estúpida expresión de superioridad

entremezclada con asco.

—¿Ahora es cuando te declaras, Scott? Te faltan las flores. Me gustan blancas.

—Y todavía más imbécil cuando te fuiste... —le ignoré.

—Veo que meterte tanta mierda ha limitado tu vocabulario, aunque nunca has destacado por tener demasiado —trató de provocarme, pero no lo iba a conseguir. No estaba allí para discutir ni para que fuéramos amigos, estaba allí para...

—Pero lo que te pasó fue una putada. —Estaba allí para pedirle perdón, porque realmente lo sentía—. El modo en el que se deshicieron de ti y que el resto te dejáramos solo y lo asumiésemos como algo normal no estuvo bien y... Lo siento, vaya. Creo que nunca te lo dije, aunque, en mi defensa, discutíamos tanto que no había espacio para una conversación sentimental.

Bobby había sido la gran estrella y se desprendieron de él como si no valiese nada, más o menos como habían hecho conmigo. Sin apoyo, sin ayuda. Un día eres Dios en el partido y al otro estás en mitad de la calle sin saber qué va a ser de ti. Tienes la sensación de que te arrojan a la papelera, de que eres un desecho; y la gente te dice que lo siente, pero en sus ojos ves que no es verdad, que están usando esa expresión por costumbre, sin sentirla. Por eso esperaba que Bobby se diese cuenta de que lo lamentaba de veras. Si alguien se toma la molestia de empatizar con tu situación te demuestra que, en el fondo, sigues importando. Eso quería demostrarle, que todos, más allá del deporte, seguíamos importando. Eso quería *demostrarme a mí.*

Mi excompañero me observó fijamente y al fin habló cambiando de tema:

—He oído que tienes problemas graves, Scott.

—Al final he querido darte la razón y convertirme en un puto caos. Puedes tomártelo como un cumplido. —Me encogí de hombros, él observó detrás de mí y apuntó haciendo caso omiso a mis palabras:

—Peter Stanford te ha traído.

—De vez en cuando le gusta hacerme de guardaespaldas y yo le doy el capricho. —Alcé las comisuras de mis labios. No sabía por dónde iba Bobby. Hablar sin meterse con el otro estaba completamente fuera de nuestras costumbres.

—Te odié desde el principio —continuó. Bien, aquello ya me era más familiar —. ¿Quieres saber por qué?

Cómo no. Yo empatizaba con su situación y él me atizaba un golpe.

—Adelante. Siempre es bueno conocer los méritos que llevan a un ser humano a detestarte desde el segundo menos uno de tu llegada.

Bobby lo pensó y tuve la sensación de que le costaba un horror confesar:

—Porque eras buena persona, Graham.

¿Perdón?

Aclaré la garganta y le dije:

—¿El problema era que te manejabas mejor con los capullos? Habérmelo dicho, no habría tenido problema en concederte el deseo —ironicé, y, por segunda vez, Bobby hizo oídos sordos, como si no hubiera interrumpido su discurso.

—Cuando me hablaron de ti estaba seguro de que a los Boston Bruins vendría un niñato canadiense engreído y gilipollas que todo el mundo aborrecería, y... engreído y gilipollas eras un rato —no pude restarle razón—, pero también —añadió— buen compañero, generoso y divertido. —Aquello no me lo esperaba. Ladeé el rostro y le escuché con atención—. Siempre supe que contigo allí nadie me echaría de menos a mí. Eras mi versión mejorada, porque tenías el talento y la... humanidad. No te hicieron una gala porque vendieses muchas camisetas y fueses famoso, yo llegué a serlo bastante más. Te la organizaron porque a lo largo de estos años te has ganado el cariño y el respeto de tus compañeros y de todas las personas que trabajan en el club, y necesitaban despedirte a la altura del vacío que dejabas. En eso, Scott, es en lo único en lo que me has ganado en toda tu corta carrera. Has dejado un vacío... muy grande —sentenció, y... parpadeé.

¿Yo acababa de pedirle perdón y él acababa de halagarme?

¿Nos encontrábamos en alguna especie de realidad alternativa?

—¿*Gracias*? —me atreví a pronunciar confundido por el rumbo que había tomado la conversación.

—No me las des y saca tu espíritu competitivo para vencerme en una última cosa.

—¿Cuál?

—No te desprecies tanto como yo lo hago, Scott. Te garantizo que odiarse a uno mismo a la larga es agotador.

Bobby Williams dio el pistoletazo de salida para mi caída, pero también pronunció las palabras precisas para que desease salir de ella.

—Gracias, Bobby.

—Esto no significa que en adelante vayamos a ser amigos, Scott.

56

POSIBILIDADES

Kelly

Sabía que las posibilidades de que me escuchara eran mínimas, pero, aun así, envié un audio a Graham...

57

QUÉ QUIERES TÚ

Graham

Esa misma noche pedí a Peter que se quedara a cenar en casa para que me proporcionase apoyo moral en lo que iba a hacer. Pedimos pizza y helado, y estábamos atacando el dulce cuando anuncié a mi familia que tenía algo importante que contarles. Entonces, les hablé de mi adicción, del proceso de deterioro y la mierda en la que había estado sumido durante los últimos meses, y de que había tomado la decisión de solucionarlo.

No fue una conversación agradable. Mi madre me acogió con firmeza entre sus brazos, y Arthur fingió que se le había metido algo en los ojos («Hay mucho polvo en este salón», dijo) cuando se los frotó para enjugarse las lágrimas. Por su parte, Bingo no comprendió mucho lo que sucedía y yo lo resumí diciéndole: «Vamos a estar un tiempo separados, te quedas al cuidado de los abuelos y la tía». Y Daisy simplemente me sonrió y subió a su habitación.

Por eso, cuando Peter se fue de vuelta a casa con Miguel y Daphne, y mamá y Arthur me repitieron por millonésima vez lo mucho que me apoyaban y que todo iba a salir bien, subí tras ella. Podía aceptar muchas cosas, pero no que mi hermana me evitase.

Ascendí los escalones con la articulación dando las primeras muestras de dolor y me planté en su puerta. Ella se percató en el acto gracias a mi característico olor y se giró en la silla frente a la pantalla del ordenador en la que estaba sentada con la misma sonrisa en los labios que había dibujado abajo.

Aquello me confundió.

Su reacción.

Ese gesto de... absoluta tranquilidad.

Entré y cerré la puerta detrás de mí.

—¿No estás asustada? —le hablé en lengua de signos. Mi hermana vaciló y

arrugó el entrecejo.

—¿Por qué iba a estarlo? —me respondió del mismo modo.

«No sé, tu hermano te acaba de confesar que es un jodido adicto. Esas cosas afectan», pensé.

—Lo que tengo por delante es duro —fue lo que le dije, y Daisy se encogió de hombros.

—Lo superarás.

—¿Cómo estás tan segura?

«Yo no lo estoy», sonó en mi mente.

Su sonrisa se acentuó.

—Porque solo hay una cosa que supera tu épica capacidad de fastidiarla, la de arreglarlo, y porque confío en ti.

Suspiré.

—A veces pienso que tienes demasiada fe en mí, enana.

Ella volvió a dedicarme una sonrisa.

—Siempre dices que soy muy lista e intuitiva, así que no me lleves la contraria y sal de esta, Graham. —Fijó sus ojos claros en los míos con determinación, asentí y le pregunté a la vez que tomaba asiento sobre el edredón rosa de su cama.

—¿Qué hacías?

Ella volteó la mirada al ordenador y habló en voz alta:

—Planeaba hacerte un regalo para tu cumpleaños, pero creo que lo vas a necesitar antes. —Encogió un solo hombro y movió el ratón. Mi cumpleaños era en octubre, el 22. Aguardé a que volviese a mirarme para decirle:

—¿Qué regalo?

Una nueva sonrisa llenó la cara de Daisy a la vez que contestaba:

—Creo que he encontrado tu onda, Graham. Acércate, mira la pantalla.

Le hice caso, deslizándome por el colchón hasta el punto más próximo a ella y... Arqueé una ceja. Gracias a mi hermana tenía cierto reconocimiento visual de la sensibilidad de las ondas y aquella era la más horrible de todas las que había captado.

—¿Mi onda es un *asesinato múltiple*? —dudé, y Daisy rio.

—No, tonto, tu onda es... —Se detuvo de golpe—. Mejor la escuchas. A fin de cuentas, uno solo sabe si es su onda si le provoca alguna reacción. Si estoy en lo cierto, te la enmarcaré para que te la lleves a la clínica, y si no, tendré que seguir probando hasta que demos con la tuya. No pienso rendirme ni en esto ni en nada que tenga que ver contigo.

Noté una bola de calor propagándose desde el pecho al resto de mi cuerpo.

—Ya lo sé. Siempre has sido una fanática de los casos perdidos —dije con

doble sentido.

—Tú nunca has sido un caso perdido, Graham —me corrigió—. No te des tanta importancia —bromeó, y se puso manos a la obra. Mientras esperaba a que empezase, sentado detrás de ella, no pude evitar conjeturar de qué se trataba. Pero nada, ninguna de las cosas que acudían a mi mente podían tener esos picos de agudos infinitos seguidos de la caída profunda de un grave. Era como una onda mal hecha. Un desastre. Y...—. ¿Preparado? —Me observó por encima del hombro.

—Preparado —me quedé esperando y Daisy no tardó en pulsar el *play*.

Reconocí el sonido de inmediato.

La espantosa e inimitable (gracias a Dios) risa de Kelly proyectada a través de los altavoces.

—¿Cómo la has conseguido? —pregunté a Daisy, que observaba mi expresión con suma atención.

—Esta mañana en la cafetería del parque hemos tomado algo juntas cuando no te has dignado a recibirla.

—¿Cómo está?

El corazón se me encogió prevenido ante su respuesta mientras la estruendosa carcajada de Kelly resonaba por el cuarto y se me metía en las venas.

—Mal. Pero lo superará. El caso es si tú quieres que te supere, Graham.

Debía desear que lo hiciera.

Pero el deber siempre se me había dado mal.

—¿Cómo sabes si es tu onda? —cambié de tema conscientemente. Lo cierto era que no estaba sintiendo nada... espectacular. Y de eso iba, ¿no? De lo increíble. De lo extraordinario.

—Estás confundido —me corrigió Daisy, que desde pequeña leía mis pensamientos—. Las ondas son algo más sencillo. Más mundano.

—Entonces, ¿cómo las identificas?

—Simple. —Cogió una bocanada de aire y me explicó—: Tu onda es... una vibración que no te cansas de sentir, de escuchar, y sabes que podrías sobrevivir perfectamente sin ella y, aun así, la quieres a tu lado, porque cuando la tienes cerca te sientes mejor.

—¿Hablas de Kelly o de su risa?

—Hablo de las dos.

La grabación terminó e inmediatamente la eché de menos, igual que la extrañaba a ella.

—¿Puedes enviarme la onda al móvil? —Tuve una idea y mi hermana asintió.

Tecleó algo en el ordenador y se volvió hacia mí:

—La tienes en el correo —anunció con lengua de signos.

—Gracias. —Fui a abrirla y me topé con la realidad de que tenía no uno, sino muchos, muchísimos, mensajes y notificaciones sin contestar. Pulsé sobre la aplicación de WhatsApp y, joder, Kelly se llevaba la palma. Estaba en primera posición con muchos más intentos de comunicarse conmigo que cualquier otra persona. Sonreí.

—¿Todavía dudas de que la risa de Kelly o Kelly en general no sea tu onda? —preguntó Daisy.

Le confesé:

—No lo dudo, lo que tengo que ver es qué hago con esa información.

Me descargué la espeluznante onda y después me metí en nuestra conversación. Poco a poco, deslicé la yema del dedo por la pantalla hasta que lo hube leído todo. Lo último era un audio. Le pedí permiso a mi hermana para escucharlo:

—¿Te importa?

Ella negó con la cabeza.

—Siempre y cuando me cuentes con todo lujo de detalles lo que dice, no tengo inconveniente.

Le di al *play* del altavoz y una jodida descarga se expandió por todo mi cuerpo cuando escuché su voz. Sí, Kelly era mi puñetera onda. Era mi *todo*.

—Hola, Graham. En realidad, no sé para qué te estoy dejando un audio cuando es evidente que no vas a escucharlo, pero, bueno, supongo que si hay un premio a la insistencia me estoy postulando para hacerme con él y llevármelo a casa, así que allá va. Me han contestado de la escuela. —Contuve el aliento—. Estoy dentro. —Vacilé, no parecía... contenta—. Y hecha un lío. No tengo ni idea de nada. Y me gustaría hablar contigo para aclararme, pero últimamente no destacas por tu comunicación y... Te echo de menos. Tanto que busco en Google tu nombre y veo tus fotos. Mucho. —Intuí el fastidio en su voz y mis comisuras se alzaron de nuevo—. Y... Y... Ya te he dicho que te quiero, varias veces —matizó—, pero necesito que te lo creas y, sobre todo, verte. ¿No te has cansado ya de ponérnoslo difícil?

El audio terminó y miré a Daisy.

—Quiere verme —resumí, omitiendo la frase que coreaba sin cesar en mi cerebro: «Porque, por muy incomprensible que sea, Kelly, la chica de los ojos grandes, está enamorada de mí».

—¿Qué quieres tú? —insistió.

Pensaba, estaba casi seguro, vaya, de que contestaría algo relacionado con Kelly, pero lo que dije fue:

—Quiero quererme como ella me quiere. —Y adiviné lo que tenía que hacer.

Volví a abrir nuestra conversación y le escribí:

¿Nos vemos mañana a eso de las diez?

Kelly contestó al momento replicando lo que dijo la primera vez que hablamos:

Me va bien.

Hasta mañana entonces.

Le seguí el rollo demostrándole que yo también lo recordaba. Había memorizado todo lo que tenía que ver con nosotros como hacía con las características de los insectos.

Hasta mañana, Graham.

Guardé el móvil y apreté la mandíbula. Lo que iba a hacer era lo más egoísta y a la vez lo más desinteresado que había hecho en toda mi vida.

58

POR MÍ

Kelly

Quedamos para tomar algo en un bar del centro de Salem del que no recuerdo el nombre. Abraham tenía otro grupo de los que él denominaba «odiosos seres humanos que me hacen MADRUGAR» y se paseó por delante de la cristalera de la cafetería junto a la que estaba sentada disfrazado del ilustre juez Jonathan Corwin para saludarme. Le devolví el gesto y le sonreí mientras pasaba de largo seguido de los turistas como un papá pato. Sin embargo, la sonrisa mutó a una mueca de puro nerviosismo cuando la puerta se abrió y Graham entró inundándolo todo. Las manos empezaron a sudarme y tuve una repentina y voraz necesidad de comer regaliz.

«Cálmate, Kelly, solo es él», me dije, pero no funcionó.

El agujero que desde hacía días se me había formado en el estómago se fue llenando con su presencia. Graham estaba arrebatadoramente atractivo de un modo que debería ser considerado ilegal. Suspiré y me mordí el labio. No era que antes no hubiese apreciado su belleza, era imposible no hacerlo, no obstante, el tiempo que habíamos pasado separados me había aportado perspectiva, y había descubierto que ninguna fotografía, vídeo, ni siquiera mi propia imaginación eran capaces de capturarla, maldita sea. Graham no era guapo, era hermoso. Le observé a la vez que él escrutaba la estancia buscándome. Llevaba unos pantalones holgados, zapatillas blancas como su camiseta y... La parte baja del vientre se me contrajo cuando nuestros ojos se encontraron al fin provocando que una descarga eléctrica con idéntica potencia a la de un rayo me sacudiese los huesos.

Él se acercó hasta mi lado ayudado por un bastón oscuro y...

Aquella tonalidad, joder...

Aquel azul ávido que recorría mi piel cuando me desnudaba y hacía que se

pusiera de gallina...

Aquel azul requería su propio Pantone en el lenguaje cromático.

No era corriente.

«No existen hilos de ese color. No lo lograría imitar ni mezclando varios», pensé, y luego me pregunté: «¿Por qué quieres reproducir sus ojos?».

La contestación que me di me inundó de tristeza:

«Para tener una alternativa si no vuelvo a verlos».

Un sentimiento de angustia me retorció las entrañas y mis pupilas le persiguieron mientras se acercaba. Antes de alcanzarme, le pararon en un par de ocasiones, y eso que la cafetería estaba medio vacía a aquellas horas. Graham ejerció de sí mismo y contentó a su público. Los saludó, se hizo fotografías y sus labios se curvaron. Se curvaron *mucho*. Menuda sonrisa tenía... Aun así... Arrugué el ceño a la vez que le estudiaba. Había algo en su expresión que... Se esforzaba por sonreír, sí, eso era, y antes le nacía solo; igual que antes no lucía ojeras enmarcando su apabullante mirada ni su piel parecía blanquecina, pálida.

Hundí más los dientes en mi labio, clavándomelos.

Ese detalle, que solo yo parecía haber distinguido, me devolvió a la realidad.

No estábamos allí para que mis hormonas revoloteasen por lo bueno que estaba y desayunar a media mañana como una pareja al uso, estábamos allí porque la última vez que había tenido a mi novio cara a cara había descubierto su problema con las drogas, me había dejado y luego no se había dignado a verme.

Retorcí las sudorosas manos bajándolas hasta mi regazo.

Graham terminó con el último de sus fans y, conforme retomó el ritmo, a mí me asediaron varias preguntas que tintineaban en el cerebro como molestas campanillas.

«¿Se mantendrá firme en lo que dijo?».

«¿Me permitirá ayudarle?».

«¿Por qué tiene que afectarme tanto su presencia, joder? Solo quiero besarle».

Sabía que quizá lo más inteligente habría sido prepararme algo, lo que fuera, para ganar seguridad y templar un poco mis nervios. Un discurso, una declaración o la argumentación para una buena discusión habría servido. Pero nada de eso había sucedido porque con él planificar no solía ser efectivo; la razón se alineaba con la emoción y... «No hay margen para el arrepentimiento», me dije. En ese instante, Graham me alcanzó, su olor me acarició por dentro con el tacto de una pluma que te hace cosquillas y solté lo primero que se me pasó por la cabeza para romper el hielo.

—Llegas tarde, Graham —musité con un hilo de voz, y me di cuenta de que, si me costaba hablar y todavía no había empezado, había serias posibilidades de

que aquello solo pudiese ir cuesta abajo. En mi defensa, la inquietud me perforaba los tímpanos desde hacía horas y se cernía sobre mis órganos vitales como si mi caja torácica los estuviese aprisionando, apretando de un modo insoportable e incompatible con formular frases coherentes o charlas formales. El resultado de esa conversación me importaba, me importaba tanto que me sentía como si acabase de hundir un pie en arenas movedizas y dependiendo de lo que él dijera a continuación fuese a propulsarme hacia delante y a hundirme, o dar un paso atrás para salir del fango.

Como respuesta a mi «brillante» intervención, Graham revisó su reloj de muñeca oscuro y acto seguido arqueó una ceja con una expresión que me resultó bastante sexi.

—Son las diez y cinco, Kelly.

Llevaba razón, pero el hormigueo constante que no menguaba me hizo insistir.

—Habíamos quedado a las diez.

Sus pupilas recorrieron mis facciones, la expresión dudosa se le suavizó y fui consciente de cómo se estremecía al aterrizar en mi boca. En aquel instante, experimenté una punzada de esperanza que se desintegró cuando logró retomar el control y clavó su mirada en la mía.

«No va a besarte», me susurré apenada, y noté cómo por dentro me desinflaba un poco.

Uno de los escenarios que contemplaba mientras teorizaba sobre nuestro encuentro de camino a la cafetería era que me tomase por la nuca, cubriese su boca con la mía y nos besásemos hasta olvidar que habíamos pasado tres días sin hacerlo; con rabia y ferocidad.

Pero definitivamente aquello no iba a ocurrir.

Igual que daba la sensación de que no iba a hablar.

—¿No piensas contestarme?

Graham parpadeó, confundido ante mi tono afilado, que era poco habitual.

—¿Qué quieres que te diga? —respondió con cautela—. No tengo tu excelente puntualidad, Ojos grandes. Además, estaba ocupado. He venido lo más pronto que he podido.

Tomó asiento frente a mí y yo me pregunté si la cosa iba a ser así en adelante. Fría, distante, cordial, con aparente normalidad. «¿Por qué crees que te ha dicho que quedéis en un sitio público?», resonó en mi mente, y traté de ignorarlo. Las señales que Graham me había enviado no eran buenas.

—Es la primera vez que vengo —Graham continuó hablando con aquella indiferencia ante la situación que comenzaba a sacarme de mis casillas y a aumentar mis inseguridades—, así que solo tengo referencias en las que confiar y una de ellas es de Collin. Esto puede resultar un desastre, te lo advierto.

—Yo tampoco había estado nunca —proseguí con mi actitud seca.

Él fingió no percatarse.

La primera vez que nos veíamos después de desatar el caos iba de actuar.

—Dice que preparan las mejores tortitas de la ciudad y el café no desintegra los intestinos. Con que cumpla lo segundo me conformo —apuntó—. Aun así, no viene de más echarle un ojo a la carta.

Sacó el móvil para ver el menú con el QR que descansaba en el centro exacto de la mesa de madera, en la que también había un pequeño jarrón de vidrio azulado con una única flor lila dentro.

«Nuestros colores», pensé, y al levantar la mirada del jarrón me topé con la de Graham estudiándome.

—¿Estás bien? —se interesó.

«Por supuesto que no, ¿cómo iba a estarlo si has llegado hace un rato y todavía no nos hemos rozado, idiota?».

—Sí. —Me encogí de hombros con fingida sinceridad y él frunció el ceño, suspicaz.

—¿No vas a echarle un vistazo a la carta?

—No es necesario, sé lo que me voy a pedir.

—Y eso es...

—Agua con gas.

La arruga que tenía en la frente se le marcó más todavía.

Diría que estaba adorable.

Pero el enfado por su aparente normalidad cuando allí no ocurría nada que fuera habitual comenzaba a bullir en mis venas como la lava.

—A ti no te gusta el agua con gas, Kelly —me recordó, como si yo no lo tuviese bastante claro, del mismo modo que sabía perfectamente que fingir iba en contra de la naturaleza del equipo Stevenson-Scott, maldita sea.

Aclaré la garganta, fijé mis ojos en los suyos y le dije, cansada del juego:

—Tampoco me gusta la incertidumbre, Graham, y no parece que te haya importado mucho durante los últimos tres días, ¿no crees?

Entonces le encaré y fui consciente de que mi reacción le pillaba por sorpresa. No había pretendido sonar acusadora y... Qué diablos. Sí que lo había pretendido, porque me dolió su actitud de mierda en la fiesta, su negativa a verme después y que me citase para hablar de un tema tan importante en una puñetera cafetería rodeados de personas. Estaba cabreada y, sobre todo, deseaba que aquella conversación terminase, salir de allí y besarle enfadada con rabia (dudaba que se me pasase tan pronto) mientras planeábamos los siguientes pasos para solucionar todo aquel lío en el que nos habíamos metido. Sí, en plural. Porque sus problemas también eran míos.

La camarera vino en aquel momento para tomar nota interrumpiendo lo que fuera que Graham iba a decir. Él pidió café y tortitas con sirope de chocolate y nata, y yo, ante su mirada atónita, agua con gas. Sí, detestaba el agua con gas, pero también odiaba esa situación tan fría, distante, enrarecida y falsa, y así todo iba en consonancia en la escena.

La chica se fue una vez que tomó la comanda y nos sostuvimos la mirada en silencio.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—Joder, Ojos grandes —lo rompió Graham.

—Eso digo yo, *joder* —repuse con una absoluta calma que no sentía para nada y él se pasó la mano por el pelo.

—Esto no va como se suponía. —Chasqueó la lengua y empezó a removerse en el asiento.

—¿Qué haya pedido agua con gas ha roto tus esquemas? Sí que tienes nuestra ruptura medida al detalle. Podías haberte tomado la molestia de enviarme el guion para que no fallase —lancé el dardo envenenado, y crucé los dedos debajo de la mesa con la esperanza de estar equivocada y que Graham me sacase de mi error mientras continuaba recolocándose.

—Pensaba que lo habíamos dejado el otro día.

—El otro día dijiste muchas tonterías...

—Tú también —me interrumpió, y adiviné que se refería a la pasión con la que había defendido que le quería.

Enderecé la espalda, subí las manos encima de la mesa y me incliné hacia delante para que le acariciase la seguridad de mi voz. No le pensaba permitir que menospreciase mis sentimientos.

—No, yo no las dije, Graham, yo te abrí mi corazón. Pero si tú las mantienes, si me has hecho venir a una cafetería para seguir adelante con lo que soltaste en aquella habitación, entonces, sí. Hoy cuando salgamos de aquí habremos roto.

La camarera regresó trayendo las bebidas y las colocó delante de nosotros con una sonrisa, sin percatarse de la tensión que nos rodeaba.

Graham apenas le prestó atención y reanudó la conversación en cuanto se hubo ido.

—Joder.

—Eso ya lo has dicho.

—No podrías... ¿yo qué sé, ponérmelo fácil, por ejemplo?

—Desde luego que no. Si vas a acabar con algo tan increíble porque no estás dispuesto a aceptar que deseo con toda mi alma ayudarte y estar contigo,

mereces que te lo ponga difícil.

Él resopló sin lograr la postura que quería.

—Cuando te lo propones eres muy molesta.

No cedí ni un milímetro.

—Haberlo pensado antes de hacer que me enamorara de ti.

Graham continuó removiéndose en la silla y la expresión le cambió.

No por mis palabras, por el dolor.

—¿Te sigue molestando? —Hice un parón en los reproches para interesarme de veras por su salud. Que estuviese bien siempre sería mi prioridad sin importar lo mucho que desease estrangularle por su cabezonería. El chico parpadeó, confundido por la tregua, y persiguió la dirección que marcaba mi mirada hacia su rodilla.

—Ah, la herida —comprendió—. Me duele siempre, solo que hoy también me escuece.

La intensidad de la conversación descendió.

—Vaya, eso es nuevo —me preocupé—. ¿Se te ha infectado algún...?

—En mi cuerpo no hay ningún punto infectado —se adelantó a mi pregunta—. Nunca ha habido ninguno. —Las comisuras de sus labios se alzaron un poco al recordar el día que me mostró el tatuaje de la hormiga en el coche, de camino a Boston, y las mías lucharon por imitar su gesto, pero no lo logré. No podía hacerlo cuando algo tan bonito como lo que habíamos tenido se desintegraba.

Volvimos a mirarnos y... Por un segundo, deseé haber obedecido a mis prejuicios y no haberme enamorado nunca de él. La sensación de incomprensión y pérdida era devastadoramente insoportable, y solo había empezado. Sin embargo, haber abierto las compuertas a las emociones me había dado otras cosas y, si las ponía en una balanza, compensaba. ¿Cómo era posible que él no...?

Tragué saliva y le dije:

—¿Cómo no lo ves?

—¿El qué?

—Que lo que tenemos es especial. No sé cómo quiere otra gente, Graham, pero estoy segura de que no soy capaz de querer más de lo que te quiero a ti, y tú pareces tan dispuesto a romperme el corazón... —Me abrí en canal como nunca había hecho, sin miedo a mostrarme vulnerable.

Él apretó los labios con fuerza.

—Lo último que quiero en esta vida es romperte el corazón, confía en mí.

—¿Entonces? ¿Qué ocurre para que no... cedas? ¿Te has desilusionado de lo nuestro?

—Kelly, te quiero con cada partícula que compone mi ser, y puede que las

drogas me hayan hecho bajar peso, pero, aun así, continúan siendo muchos átomos. *Inabarcables*. Te quiero de un modo que se escapa de mí mismo.

Confesó.

Mi corazón bombeó con fiereza.

—Si eso es cierto...

—Lo es.

—¿Por qué?

—¿Qué?

—No me dejas luchar por ti.

—Porque quiero luchar por mí.

La camarera llegó con las tortitas y, al tiempo que las colocaba delante de Graham, traté de darles sentido a sus palabras, pero no lo logré. ¿A qué se refería exactamente con que quería luchar por él y cuál era el motivo de que eso me apartase de su lado?

—No lo entiendo —le dije cuando nos quedamos solos.

—Lo imaginaba.

—Necesito que me lo expliques, Graham.

—Ese era el plan inicial de mi «ruptura medida al detalle», Kelly —repuso con un tono sarcástico.

—¿Podrías retomarlo? —le pedí.

Graham me contempló molesto por las cosas de las que le había acusado, como su intención de romperme el corazón, y se tomó unos segundos para que poco a poco su expresión se fuese calmando al tiempo que lo hacía su respiración.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando nos conocimos?

—Dijiste muchas cosas.

—Lo de que era un egoísta —puntualizó.

—Sí.

—Pues bien, voy a serlo. Vas a verme en acción. Pero también me verás practicar algo desinteresado. Por favor, espera hasta el final para juzgarme. —Asentí y él comenzó—: En el audio que me enviaste me contabas que tenías dudas sobre qué decisión tomar respecto a la admisión de la escuela, y me gustaría darte mi opinión.

—¿Quieres que hablemos de mi futuro?

—Quiero que me dejes terminar una maldita frase sin interrumpirme y... Quiero que te matricules, Kelly, y que vayas a esa escuela de Brooklyn con tu ropa oscura, tus mechones lilas, el maquillaje ahumado y los aros, puesta hasta arriba de ilusión.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Las comparaciones con las drogas no hacen gracia en estas circunstancias.

—OK —admitió—, lo diré de otro modo. Quiero que no puedas dormir la noche previa, y que cuando asistas a clase estés tan ridículamente feliz que sientas que flotas por el pasillo, y que vivas la jodida experiencia al completo, al máximo, sin pensar en nadie que no seas tú y las cosas increíbles que eres capaz de hacer con las manos. Te prometo que no hay ningún doble sentido en la última frase. —Las comisuras de sus labios se elevaron y yo pude notar el boquete que Graham ya estaba abriendo en mi pecho.

—¿Y si yo quiero pensar en ti? —no me rendí con lo nuestro. Había pillado su «sin pensar en nadie que no seas tú».

—Ojos grandes...

—¿Qué? No es culpa mía. Si lo que pretendes es que me desenamore de ti, lo estás haciendo de pena. —Sentí cómo las primeras lágrimas se acumulaban detrás de mis párpados y presionaban para salir.

Graham cogió una bocanada profunda de aire.

—No quiero que te desenamores de mí, Kelly, soy consciente de que este puto amor es inmanejable. Pero quiero que el sentimiento no condicione nuestra existencia. Ni la tuya. Ni la mía. —Intuí que llegaba el momento de entender lo que estaba ocurriendo—. Voy a entrar en un programa de rehabilitación.

Las emociones que me estrangulaban la garganta aflojaron y una sonrisa sincera llenó mi cara.

—Eso..., eso es genial, Graham.

—En teoría, sí. En la práctica, según me han explicado, los primeros días voy a odiar cada maldito segundo de mi vida y puede que fantasee con arrancarme la piel a tiras. Pero lo superaré, más o menos como lo estoy haciendo ahora.

—¿No estás...? —titubeé, y él adivinó el interrogante.

—No, no he venido colocado, Kelly. Si esta es la última vez que te veo tenía que hacerlo limpio. Aunque tú no te des cuenta, te estoy memorizando. Es un ejercicio que practico siempre que te tengo cerca para el que se necesita claridad mental.

Suspiré y subí las manos para acariciar las suyas encima de la mesa.

—Que entres en rehabilitación no significa nada. Bueno, sí que significa, no me malinterpretes, pero no en nuestra relación. Podría aceptar ir a la escuela y a la vez cuidar de ti y...

—No, no puedes.

—¿Por qué?

—Porque yo no quiero. —Vi el dolor de mi propia mirada por esas palabras reflejado en sus ojos y atendí para escucharlo hasta el final antes de juzgar, tal y como me había pedido—. Kelly, quiero rehabilitarme por mí. Ser mi prioridad y

quererme tanto como para esforzarme todos los puñeteros días por salvarme. Si tú estás... Te querré más a ti, y serás mi perdición. La única meta. Querré ponerme bien y me presionaré para estar a tu lado, y si no lo consigo me sentiré fatal por ti, por haberte fallado, no por mí y por haberme jodido la existencia; lo único que lamentaré es haber arruinado la tuya. —Cubrió mis manos con las suyas y las envolvió—. Pero tienes que dejarme hacerlo. Permitir que me dé esta oportunidad. No me queda fuerza de voluntad para rechazarte una vez más, de modo que, si vuelves a decirme que estás enamorada de mí, voy a levantarme, besarte con desesperación hasta que a ambos nos duela la boca y suplicarte que me esperes en Nueva York. Necesito que me eches una mano en esto. Soy un novato haciendo lo correcto.

El alma se me rompió en mil pedazos.

Lo entendía, aunque eso no significaba que no escociera una barbaridad.

Graham me estaba pidiendo que siguiera adelante, sin esperarle y sin albergar la esperanza de que, si se rehabilitaba y reestructuraba su autoestima, vendría a buscarme, porque entonces de algún modo nuestra relación, estar juntos, *yo*, volvería a ser el objetivo, la finalidad, y no él mismo.

Suspiré.

Graham quería quererse y de ningún modo podía oponerme a ello.

Apreté la mandíbula y le dije con el corazón agonizando.

—Voy a ir a la escuela de Brooklyn sin dormir la noche anterior, voy a vivir la experiencia al completo y no pienso decirte que te quiero con todo mi ser y que esto me está matando, Graham. Te lo prometo.

Deshice el nudo en mi garganta y aparté las manos porque nuestro contacto quemaba. Ya de paso, evité echarme a llorar: retendría las lágrimas hasta que me fuera, cosa que no iba a tardar mucho en pasar.

—Me alegra oír eso, Ojos grandes.

—Piensas que... ¿me olvidarás?

Él no tuvo que meditarlo.

—No podría ni aunque quisiera, pero lo cierto es que no quiero, Kelly.

Asentí, e iba a levantarme para marcharme porque continuar allí dolía demasiado cuando me acordé de algo. Algo que había arrinconado en mi cerebro ante la importancia de nuestra conversación. Hundí la mano en mi bolso y saqué el *pendrive* que le tendí.

—Toma.

Él examinó lo que era y lo cogió confuso. Las puntas de nuestros dedos se tocaron transmitiendo electricidad. Qué triste era perder eso. Qué triste era perderlo todo. Graham enarcó una ceja.

—¿Qué contiene?

—Tu biografía. La «real», quiero decir. Acabé de escribirla ayer y he pensado que te gustaría tenerla. —Al descubrir de qué se trataba, sostuvo el objeto entre los dedos con renovado cuidado—. También te la he mandado al correo, pero, como estos días te he enviado una media de cien emails diarios, tenía miedo de que por error lo borraras.

Graham tragó saliva.

Venía la despedida.

—Gracias, Kelly, por *todo*. —Le resté importancia con la mano e iba a ponerme de pie cuando añadió—: Aunque me temo que el capítulo de los tatuajes está desactualizado por una novedad de última hora.

Por el modo en el que me contempló desesperado ante la idea de que me marchase sospeché que su única intención era retenerme unos segundos más y, qué diablos, yo también quería alargar esa «tortura».

Me mantuve en mi sitio y le presté atención.

—Lo dudo, Graham. Soy muy rigurosa con la documentación, y es imposible que te hayas hecho un tatuaje de ayer a hoy. —Negué con la cabeza y esbozó una arrebatadora (y retadora) sonrisa que me aplastó las entrañas.

—¿Estás segura?

«¿De que echaré de menos esa sonrisa todos los días de mi vida? Muchísimo».

Erguí los hombros y le contesté, obedeciendo a su petición:

—Lo estoy. No hay nada tan urgente que no pueda esperar a tu salida de la clínica. Además, entre nosotros, Graham, la mayoría de tus tatuajes son chorradas de las que te inventas el significado.

«Aunque no de todos. La hormiga, la ficha de parchís, el pozo, esos tatuajes sí que lo tenían, y debería haberlos acariciado más cuando se me presentó la oportunidad».

—¿Eso es lo que piensas?

—Eso es lo que sé. No olvides que soy tu biógrafa y conozco casi todos tus secretos.

—Te confundes, los sabes todos; y también te equivocas con que no exista nada tan urgente como para acudir esta mañana a primera hora a un estudio y pagar el triple para que me atendieran sin cita. ¿Quieres verlo? Podrás corregir el manuscrito y que sea correcto.

Como respuesta asentí. Después, sacó la pierna lesionada en un lateral de la mesa y se agachó para comenzar a subirse el pantalón hasta que la tela superó la altura de la rodilla dañada. Una vez que lo logró, la estiró y se colocó de nuevo con la espalda pegada en el asiento para que tuviese una buena perspectiva de ella. La observé y el corazón se me encogió. La cicatriz continuaba rosada e hinchada, pero sobre ella había una especie de línea fina negra ondulada.

Graham no me había mentido. La tinta era reciente y brillaba gracias a la crema que se había aplicado.

Levanté mi mirada para que se encontrase con la suya y le pregunté, confundida:

—¿Te has tatuado una línea?

«¿Una línea vulgar y común es un tatuaje de vital importancia?».

—Sí, Ojos grandes, me he tatuado una puta línea —confirmó sonriente con un deje de orgullo, y añadió—: ¿No la reconoces?

Arrugué el entrecejo.

—¿Debería?

—¿Alguna vez te has preguntado cómo se ve tu horrible risa?

La piel de la nuca se me erizó, intuyendo por dónde podía ir.

—No, pero nadie en su sano juicio se la tatuaría. Una vez insinuaste que podría ser el himno de una secta satánica, que le pegaba.

—Y le pega —su boca se curvó de lado—, aunque tampoco le sienta nada mal a mi rodilla.

—¿Es...? —Tragué saliva, incapaz de terminar el interrogante.

—La línea que refleja tu risa, sí. Daisy me dio el capricho y con su ordenador hizo una representación visual de ella.

Volví a mirar su rodilla, consciente de que una parte de mí siempre estaría en Graham, de que él había decidido que esa fuera mi huella en él, y aquello significaba que...

—¿Está tapándola? —ladeé el rostro.

—¿Cómo dices?

—Mi risa... ¿decora tu herida? ¿La... *esconde*?

Si era así, no me gustaba.

No había nada malo en su pierna.

Graham leyó mis pensamientos y sacudió la cabeza, negando.

—Kelly, tú nunca serías un jodido parche. Deberías saberlo. Me he tatuado el futuro himno de una secta satánica, tu risa, para que me recuerde cada día cuando me desnude que la peor etapa de mi vida y lo mejor que me ha pasado sucedieron al mismo tiempo. No la está ocultando, Ojos grandes, la está abrazando.

JODER.

Aquello era lo más bonito que alguien había hecho por mí.

59

ANTES DE ENTRAR

Graham

Me quedaba una hora y media para ingresar en el centro de rehabilitación y todavía podía joderla una vez más antes de entrar, ¿no? Superar mi propio récord.

Estaba en mi habitación con la puerta cerrada. Supuestamente revisaba el contenido de la maleta que iba a llevarme. Después de que me hiciesen varias analíticas y de conversar con algunos expertos en salud mental especializados en drogodependencia y médicos, mi programa, siempre abierto al cambio y con control diario, iba a basarse en tres «maravillosas» etapas: desintoxicación, deshabituación y reintegración.

Ninguna de ellas parecía mejor que la anterior.

Así pues, la primera, desintoxicación, consistía básicamente en expulsar de mi organismo las drogas a las que se había acostumbrado y conseguir de ese modo la estabilidad física. Un médico y un psiquiatra experto en la materia me vigilarían, aunque me habían advertido de que las primeras cuarenta y ocho horas eran cruciales, lo que traducido a lenguaje mundano significaba que lo iba a pasar fatal. Se estimaba que estaría allí ingresado unas dos semanas (siempre había creído que llevaba más tiempo), aunque no me lo podían confirmar con exactitud debido a que cada persona llevaba su ritmo y después pasaría a... La «genial» deshabituación.

Noté una punzada en el cerebro.

La etapa número dos llegaría una vez que estuviese desintoxicado y ya no sufriese los efectos de la abstinencia de la droga, escenario que, por los sudores fríos y los temblores incontrolables que tenía en ese momento, y la mala leche que me estaba entrando, veía casi imposible. «Maldita abstinencia». Era una etapa ya sin internamiento y su objetivo era aprender a vivir sin consumir y

adquirir unos hábitos de vida saludables. Para ello, de nuevo, contaba con un tratamiento psicoterapéutico y médico que me ayudaría a adquirir determinadas habilidades personales y sociales, abandonar ciertas conductas pegadas e inherentes al consumo y a lograr así pasarme la segunda pantalla del videojuego y llegar a... la «inigualable» etapa tres. Reintegración.

Resoplé por lo bajo.

En esta tercera fase se consolidaba el cambio y era donde la asociación que me había asesorado cuando fui con Peter salía a la pista y entraba a formar parte del partido. Sus profesionales me apoyarían y me echarían una mano para reconstruirme y ya de paso empezar a planificar ciertos aspectos del presente y del futuro.

Como mencionaba, a pesar de mi insistencia, habían sido incapaces de pronosticar cuánto tiempo me llevaría recuperarme, pero a mí se me antojaba que duraría un siglo, *aprox*.

Una de las motivaciones de ese pesimismo exasperante era que en ese instante me hallaba en lo que había aprendido que se llamaba *craving*, cuando la necesidad intensa de mi cerebro enfermo, el ansia y el impulso de tomar drogas se tornaba insufrible. Este deseo feroz e irracional formaba parte de la condición humana, porque nuestros cerebros estaban diseñados para apreciar y perseguir recompensas naturales, como el delicioso sexo o la comida. Pues bien, los circuitos neuronales también se enamoraban de los estupefacientes y los buscaban como alguien enloquecería con el efecto de tres orgasmos. Tres putos orgasmos. *A la vez*. Para entenderme, no era que me quisiese tomar unas pastillitas o meterme un poco, era que me lo quería meter todo y arrasar. Hasta el yeso de las paredes.

«Tampoco pasaría nada. A fin de cuentas, el contador para rehabilitarse se puede iniciar cuando llegues. O no dejarlo...».

Sacudí la cabeza para sacarme el pensamiento intrusivo.

Aunque no lo pareciera, y con el mono gigante que tenía daba la sensación de que drogarme era la opción ganadora, la épica cagada que estaba a un movimiento de dedo de hacer no había surgido con mi adicción, era una idea de antes, aunque debía reconocer que la adicción moldeaba mi carácter esa mañana, como lo moldeaba todo. Sin embargo, si finalmente le llamaba, no sería para consultarle si cedía al impulso de colocarme o no, sino para gritarle y culparle por todas y cada una de las mierdas de mi vida, antes y después de la droga.

«¿Qué ganarías si lo haces?», me pregunté, y me respondí: «Desquitarme de una maldita vez, joder, un fin tan noble como otro cualquiera».

Estaba algo alterado. Las manos no se me quedaban quietas y... Tenía su número de teléfono desde hacía dos años, cuando contraté a un detective privado

para que lo localizara y, yo qué sé, enterarme de si tenía un medio hermano o esas cosas que desconoces cuando tu padre biológico te abandona y no vuelve a interesarse por ti. De esta manera, sabía que Edgar vivía en una pequeña población vecina a Vancouver, que no había rehecho su vida sentimental y que los fines de semana practicaba hockey en una pista pública. Nunca, jamás, hasta esa mañana, se me había pasado por la mente llamarle, pero me había levantado con el «antojo» de hacerlo y ya de paso reprocharle que hiciese papilla mi autoestima.

¿Me vendría bien en mi estado? Probablemente no.

¿Descargaría rabia? Sí, para sustituirla por otra nueva.

¿Entonces? Entonces necesitaba hacer algo tan «épico» antes de marcharme que anulase la sensación que me carcomía por dentro y me pedía que huyese, la sensación que me decía que esta versión de mí mismo era claramente superior a la que encontraría cuando me limpiase.

Desde abajo volvieron a llegarme las voces de mis amigos al tiempo que notaba que la vista se me distorsionaba y no enfocaba. Habían venido todos. Peter, Miguel, Collin, Daphne e incluso Ángela, y aquello era muy bonito, pero...

«A la mierda. Voy a llamarle».

Una nueva oleada de angustia atravesó mi cuerpo y el pulso se me aceleró de un modo enfermizo. Inmediatamente, sentí gotas de sudor frío cayendo por mi frente y los temblores se transformaron en violentas sacudidas. Me hallaba a «nada» de pulsar, decidido a sustituir un tormento por otro, cuando la puerta de mi cuarto se abrió y por ella asomó Arthur con la sonrisa calmada de siempre.

—Estamos listos, Mente inquie... —Reparó en mi aspecto y se preocupó—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llamemos a un médico? No sé muy bien qué se hace en estas circunstancias.

«Ni yo».

Chasqueé la lengua.

—Cuéntame algo que me distraiga de mis pensamientos. Lo que sea —le supliqué igual que hacía de niño cuando tenía una pesadilla y él acudía a consolarme.

Arthur era distinto a mi madre en muchas cosas. Por ejemplo, si ella hubiese entrado y me hubiese encontrado así, no me habría consultado, habría llamado directamente a emergencias ignorando mis deseos. Pero su marido, al contrario, siempre tenía en cuenta mi opinión, y aquello era muy reconfortante. Hacía que sintiese que tenía el control y que mis decisiones, por norma general, no apestaban.

Con Arthur siempre me sentía *válido*.

Atravesó la habitación y se sentó a mi lado en la cama.

—La historia territorial de Canadá se remonta al 1 de julio de 1867, cuando tres colonias de la Norteamérica británica se unieron en el dominio federal independiente de Canadá a través de la Confederación Canadiense, pero eso lo sabes muy bien. Vayamos a lo divertido.

Durante un tiempo, que bien pudo ser de cinco minutos o un cuarto de hora, Arthur se dedicó a desentrañarme los secretos de nuestro país. Algunos los conocía. Otros era la primera vez que los escuchaba. Y, sinceramente, pocas personas habrían catalogado aquella charla histórica como divertida, pero a mí me sirvió. La voz pausada de mi padrastro se fue enredando en mis pensamientos hasta que los atrapó y desvió su trayectoria. Cuando me quise dar cuenta, mi respiración se relajaba, el movimiento de mi pecho recobraba la normalidad y esa ansia casi animal menguaba un poco, aunque no desaparecía por completo.

Nunca lo haría.

—Gracias, Arthur —dije esbozando una sonrisa una vez que hubo terminado de relatarme la historia de Canadá hasta 1999—. Sabes cómo plantarle cara al síndrome de abstinencia.

Él me devolvió el gesto.

—Eso es mentira —apuntó—, pero me alegra haberte aliviado un poco. —Nos quedamos en silencio, sentados, y Arthur dijo—: ¿Llevas todo lo necesario? —Señaló con la barbilla la maleta que descansaba en mitad de la estancia y yo me encogí de hombros.

—Imagino, tampoco es que necesite demasiado.

—Daisy me ha contado que le has pedido los libros de Kelly. —Un escalofrío trepó por mi columna vertebral al pensar en ella.

Le había pedido a mi hermana sus novelas para que me acompañasen y fuesen mi entretenimiento, y ella me las había prestado con la condición de que no se las estropease y al salir me comprase mis propios ejemplares, que para eso tenía bastante dinero.

—Tendré mucho tiempo libre. Es una buena forma de emplearlo. Sigo tu ejemplo, Arthur —le dije.

Mi padrastro suspiró y tuve la extraña sensación de que estaba emocionado.

—Y yo no puedo estar más orgulloso de ti, Graham.

Le observé con una ceja enarcada.

—Sabes que no me voy precisamente de campamento. Me voy a una clínica para que me ingresen porque soy un jodido adicto incapaz de controlar los impulsos de drogarse, ¿verdad?

—Verdad —confirmó.

—Bien. Entonces no puedes estar orgulloso de mí. Es imposible.

—Te confundes, Mente inquieta. Puedo no estar orgulloso de que te drogues, pero sí de que trates de ponerle remedio. —Jugueteó con la correa metálica de su sencillo reloj—. Tengo una duda, Graham.

—Dime.

—Cuando estuviste en Yellowknife con Kelly...

—¿Sí?

—Tú...

—Yo...

—Viste los vídeos, ¿no? Los de tu cumpleaños de los que tanto te quejabas.

—Los vi —corroboré, y arrugué el entrecejo—. ¿Por?

—Por nada —mintió, evitando mirarme.

—Vamos, Arthur, nos conocemos. ¿Qué te preocupa? —No había nada malo en los vídeos, así que no comprendía su actitud, su velado nerviosismo.

Él pareció dudar, pero finalmente se atrevió a revelarme lo que le preocupaba:

—Lo cierto era que tenía miedo de que te enfadaras, pero cuando volviste y no dijiste nada... Me decepcionó un poco.

La arruga de mi frente aumentó.

Definitivamente estaba muy perdido.

—¿De qué hablas?

—Del... final.

Posó su mirada vacilante en la mía y recordé que no lo había terminado de ver, que me había ido del salón justo cuando él decía: «Ni siquiera sé cómo empezar sin echarme a llorar. Gracias, Mente inquieta, por...».

—No lo acabé —le conté en ese momento, y sus ojos se desplegaron esperanzados—, me fui antes porque, bueno, tenía que hacer una cosa en el baño que no te gustaría saber, aunque la puedes intuir. ¿Qué ocurre al final? Quedaban como cinco segundos de cinta...

Él pareció dudar de nuevo y, finalmente, habló:

—Te llamaba una cosa que quizá no tenía derecho a llamarte —me desveló con un hilo de voz.

Arqueé una ceja.

¿Arthur me había insultado?

¿Era eso?

No, Arthur jamás lo haría.

—¿Qué me llamabas? —le interrogué.

Él se sonrojó, bajó el volumen de su voz y juro que ni aun sabiendo lo que vendría habría estado preparado para el efecto expansivo que se produjo en la boca de mi estómago al oírle decir:

—*Hijo*. Te decía: «Gracias, Mente inquieta, por ser mi *hijo*».

El corazón se me estremeció y noté cómo se deshacía.

Decenas de recuerdos golpearon mi mente en ese instante. Arthur saludándome con timidez el día que mi madre nos presentó. Arthur leyéndome libros de historia en lugar de cuentos. Arthur sin saber conjuntar un puto pantalón con un jersey llevándome al colegio con los modelos que menos pegaban en el universo. Arthur pidiéndome que le explicara las reglas del hockey sobre hielo y tomando notas de las más importantes para no olvidarlas. Arthur viniendo a jugar conmigo el día de los padres fallando más tantos que si lo hiciese aposta. Arthur escuchándome. Arthur hablándome. Arthur llamándome «Mente inquieta». Arthur sonriente. Arthur comprensivo. Arthur cabreado.

Arthur.

Arthur.

Arthur.

De repente reparé en que...

—Soy gilipollas —dije en voz alta mientras curvaba los labios sin poder creer lo ciego que había estado durante tantos años.

¿Qué era un padre?

¿Qué?

¿La persona que te engendraba o la que te cuidaba?

Porque el primero había estado ausente, pero el segundo sí que se encontraba sentado a mi lado, visiblemente apurado por mi comentario.

—No me gusta que te digas esas cosas, Graham.

—Pero es que *soy gilipollas* —repetí, y la sonrisa se extendió por mi cara hasta que me dolieron las mejillas—. ¿Sabes lo que estaba a punto de hacer cuando has entrado?

—No, pero si quieres contármelo estaré encantado de oírlo.

—Iba a llamar a Edgar, maldita sea. *A Edgar*. Para acusarle de dejarme sin padre y bla, bla, bla, cuando ese hombre no tiene ni puta idea de mi vida y...

—Es razonable, Graham.

—Es mentira. Joder, Arthur, no solo he tenido un padre, he tenido el mejor. Te he tenido a ti y...

—Mente inquieta... —me interrumpió, pero yo no podía parar.

—¿Por qué nunca te he pedido que me adoptases? ¿Eh? Porque soy *gilipollas.*

Reparé en todo el tiempo que había malgastado anhelando lo que no tenía en lugar de valorar lo que sí. No sabía cómo habría ejercido Edgar de padre, pero Arthur había sido excepcional. Era excepcional, maldita sea. Era... Mi padre. Arthur era mi jodido *padre*.

—Quizá nunca me lo has pedido porque sabes que no es necesario que firme

ningún documento para que lo sea.

Cierto.

Aun así...

—Pero quiero que lo firmes —le dije—. Que nos pongamos guapos, vayamos al ayuntamiento o donde sea y legalmente te conviertas en mi padre, y que después brindemos y hagamos una fiesta. Quiero que me adoptes. Te lo prometo. Me apetece muchísimo.

Nos sostuvimos la mirada y él asintió.

—Me haría mucha ilusión ponerme *guapo* e ir donde sea, Gra... ¿Puedo?

Adiviné lo que me pedía.

—Debes.

Arthur sonrió.

—Me haría mucha ilusión adoptarte, *hijo*. —Le devolví el gesto y... Una idea comenzó a abrirse paso en mi cabeza.

Bajamos al rato con mi maleta. El síndrome de abstinencia no se había evaporado por mantener una conversación emotiva con mi padre, pero me sentía mejor. Mucho mejor. A pesar de ello, me entraron ganas de huir cuando me encontré con mi madre, Daisy, Bingo, Peter, Miguel, Collin, Ángela y Daphne esperándome en la entrada; me concentré en sus caras y pude contenerme, descendiendo los escalones.

Al llegar al *hall*, me agaché para despedirme de mi rata-perro y le dije:

—Chico, compórtate mientras estoy fuera, que se piensen que te he educado y no solo malcriado, como ambos sabemos que ha sucedido.

En respuesta, Bingo ladró y me lamió la mejilla llenándola de babas.

Estuve un rato así hasta que me erguí, apenado por separarme de él tanto tiempo por primera vez, y Peter me dijo:

—¿Preparado?

Sacudí la cabeza arriba y abajo, y le contesté:

—Sí, ¿y tú? ¿Miguel te ha hecho recobrar el juicio? —Peter continuaba con la idea de que abandonásemos el pozo y nos enfrentásemos a nuestro mayor temor juntos, salir de mi casa de la mano con su novio y...

—Miguel está aquí, así que puedes preguntarme directamente a mí —dijo la pareja de mi amigo—. Me parece muy bien.

—Chicos, no es necesario... —insistí.

—¿En serio vamos a volver a darle vueltas a eso? —replicó Peter—. Está decidido, Graham, y aunque te cueste una barbaridad aceptarlo, esto no lo hago por ti. Lo hago por él. Porque le quiero. Así que deja de buscar excusas para no mover el trasero y ven a mi lado de una maldita vez o te cargo como a un puñetero saco de patatas. Sabes que puedo contigo. Siempre te ha molestado que

tenga más músculos que tú.

—Pero los míos están más definidos —bromeé, cogí una bocanada de aire y acorté la distancia que nos separaba. Peter me imitó. Inspiró profundamente y su mano se entrelazó con la de Miguel. Había hablado con sus padres y sus hermanas la noche anterior. Definitivamente, su padre no había montado una fiesta, pero tampoco había resultado una charla desagradable. En resumen, le había pedido tiempo para asimilarlo y comprender, y eso, en una persona con su mentalidad, era una magnífica señal. Estaba convencido de ello y, si no..., que le jodieran. Mi amigo nunca estaría solo. Yo era su familia y siempre estaría para él del mismo modo que él siempre estaba para mí.

—Todavía no puedo creerme que estos dos estén liados... —se escuchó murmurar por detrás a Collin.

Ángela le respondió:

—Era evidente.

—No, no lo era. ¿Tú lo sabías, Daphne?

—Cariño, los tres vivimos juntos y estos dos no son precisamente «delicados» cuando se desfogan.

—¿Podéis dejar de hablar de nuestra vida sexual? Gracias —intervino Peter, y mis labios dibujaron una sonrisa.

—Cuando salga tendrás que detallarme a qué te refieres con que no son precisamente «delicados», Daphne —dije.

—Cuando salgas —me contestó Peter— nadie te contará *nada*. ¿Vamos?

—Vamos. —Me adelanté unos pasos para abrir la puerta y me situé a su lado. Fuera, no había periodistas, pero había gente. Personas a las que no les pasaría desapercibido que dos de los jugadores más famosos de hockey sobre hielo de los puñeteros Estados Unidos y compañeros de vestuario de los Boston Bruins salían de mi casa agarrados de la mano.

Los pies de mi amigo se quedaron anclados al suelo y decidí echarle una mano haciendo lo que mejor sabía, es decir, distraerle sacándolo de sus casillas.

—Hacéis muy buena pareja, Peter.

—Lo sé.

La primera mirada de un adolescente que paseaba con dos amigos y nos descubrió por casualidad se clavó en ellos.

Todos los músculos de Peter se tensaron.

—Aunque si de vez en cuando hicieras caso a mis consejos de estilismo te sacarías más partido.

—Ni de coña.

—Solo es una sugerencia.

—No la acepto.

El chaval dio un codazo disimulado a uno de sus amigos y les susurró algo, pero lo único que sucedió fue que los otros dos también los observaron con curiosidad y sorpresa, nada más. De un modo inocente. Había gente que los criticaría. Gente cruel. Era muy triste, y debían estar preparados. Sin embargo, este no era el caso.

Comprobé que mi amigo estaba petrificado, con la mandíbula apretada, y pasé a la acción.

Cubrí su mano con la mía.

—¿Se puede saber qué haces?

La enlacé para más pistas.

—Darte la mano, Peter.

—Ya lo veo. ¿Por qué?

—Por algo que se llama apoyo moral. *De nada*.

—Pensarán que somos un maldito trío.

—Te equivocas. Pensarán que dos de los jugadores más atractivos que han pasado por los Boston Bruins se follan a uno que no está mal, y ese eres tú, Peter. —Le guiñé un ojo y mientras refunfuñaba le apreté la mano—. Vamos, no tienes nada de lo que avergonzarte. Miguel y tú estáis hechos el uno para el otro y la opinión de la gente a estas alturas nos resbala, ¿no? —Le di flojo con el hombro—. ¿Salimos del pozo juntos, Peter Stanford?

Él presionó mi mano con tanta fuerza que pensé que me destrozaría los huesos de los dedos.

—Salimos.

Dio un paso al frente y no me soltó hasta que llegamos a la clínica y nos vimos obligados a separarnos. Recuerdo que todo el mundo me dijo cosas bonitas y esperanzadoras mientras nos despedíamos (Ángela incluida, debió de pasar mala noche por ello). Y también recuerdo que, al entrar, soltar la maleta y ver la habitación, con el peso de la realidad sobre mi espalda, me vine un poco abajo, pero luego rememoré la sensación que había tenido en la habitación cuando le había pedido a Arthur que me adoptase, y me aferré a ella.

«No debes estar tan mal si tanta gente excepcional quiere estar a tu lado».

60

ADIÓS, SALEM

Kelly

Wendy, Abraham y yo nos dejamos caer exhaustos sobre mi cama con cuidado de no aplastar a Salem, mi gato, que había estado pendiente de todo mientras empaquetábamos mis cosas y las suyas.

Quince días después de mi conversación con Graham en aquella cafetería, la mudanza a Brooklyn era un hecho. Había hablado con Tabitha, mi excasera, que se había mostrado muy contenta con alquilarme el piso de nuevo, había aceptado al inquilino felino y me había garantizado que en adelante pasaría menos frío allí, aunque era tal mi estado de emoción y nervios ante la nueva etapa que en aquellos instantes su temperatura glacial en invierno casi ni me importaba.

Estaba ilusionada con la escuela de costura y también con redescubrir la ciudad por mi cuenta antes de que empezasen las clases.

—Tengo una duda —me dijo Abraham—. Con la cantidad de ropa que hemos guardado, ¿por qué siempre te pones los mismos tres pantalones?

—Porque me gustan —respondí encogiéndome de hombros, y miré al techo. La ventana abierta dejaba que los rayos de sol de la calle entraran y Wendy había empezado a hacer figuras con sus manos proyectando sombras en él, como había aprendido de niña—. No me puedo creer que vaya a irme... —añadí sonriente.

—Ni yo —contestó mi amigo, y después chasqueó la lengua—. Haces que te cojamos cariño de nuevo y vuelves a abandonarnos, Cucaracha.

Esbozó un lastimero mohín falso.

—Esta vez será distinto —afirmé.

—¿Cómo estás tan segura? —dijo Wendy al tiempo que hacía la silueta de un ciervo.

Hasta entonces no se había pronunciado con el tema más allá de aceptar ayudarme a empaquetar mis trastos y... Entendía su recelo, dada la experiencia

anterior, pero no les había mentido. Palabra. Tenía la firme intención de que en esa ocasión fuese diferente. Aunque, dados mis precedentes, era posible que necesitasen hechos y... Me incorporé sobre la cama, caminé decidida hasta la pared empapelada de citas literarias y arranqué la primera de ellas para escribir algo en la cara trasera.

—Estoy segura porque ya no soy la misma persona, pero como Abraham necesitará *pruebas* para creerme...

—Las necesito, y si son en forma de soborno con esa camiseta ancha naranja monísima que no te pones nunca y a mí me sentaría de vicio, mi confianza aumenta.

—¿La quieres? —pregunté.

—Oh, sí.

—OK, es tuya. Y ahora, toma, Wendy.

Los dos se sentaron en el borde de la cama y le tendí a Wendy la nota que había escrito para ella. Luego, les di de nuevo la espalda para despegar otra cita y escribirle un mensaje idéntico a Abraham.

—«Vale por un viaje a Brooklyn este verano con transporte y alojamiento incluido» —Wendy leyó en voz alta—. ¿Qué es esto, Kelly?

—Una invitación un poco cutre para que vengáis a visitarme a Nueva York en la que me ofrezco a pagaros el bus, el tren o la gasolina del coche y a alojaros en mi casa. Tranquilo, Abraham, estoy redactando la tuya. —Terminé de garabatearla y también se la di.

—«Vale por un viaje a Brooklyn este verano con transporte y alojamiento incluido. A cambio, exijo que traigas contigo regaliz». —Mi amigo acabó de leer su mensaje, que contenía una ligera «variación», y alzó sus ojos para que se encontrasen con los míos—. ¿Quieres que contribuyamos a que las fábricas de regaliz sigan existiendo y que malgastemos el verano contigo, Cucaracha?

Fingí fulminarle con la mirada por haber ofendido al regaliz, que no a mí, aclaré la garganta y dije:

—Lo que de verdad quiero es... Hacer las cosas bien esta vez. De nada sirve una segunda oportunidad si cometo los mismos errores, y me gustaría pensar que he aprendido algo de todo esto. Ah, y quiero una invitación de vuelta para veros en Boston, a poder ser durante el cambio de color de las hojas, y quiero que —me dirigí de nuevo a Abraham— me des tu palabra de que vas a cuidar las flores de la escalera y que me mandarás fotos de ellas. Quiero esta amistad, y la voy a mantener. —Posé mis ojos en los de Wendy y añadí—: Os prometo que no voy a desaparecer. Esta vez, no, Wen. Confía en mí.

Los labios de Wendy poco a poco se curvaron.

—Más te vale, ya que nos has chafado la sorpresa, Kelly.

—¿La sorpresa?

—¿Te piensas que eres muy original, Cucaracha? Pues no. Teníamos los billetes para ir a visitarte desde que nos contaste que te habían admitido.

—¿En serio?

—Tú no nos vas a dejar escapar a nosotros, pero nosotros tampoco a ti —sentenció Wendy, y para celebrarlo me lancé sobre ellos.

—Sois los mejores.

Pasamos toda la tarde hablando allí tumbados con la ventana abierta. Fui consciente de que había perdido cosas muy importantes desde que había llegado a Salem, pero también había ganado otras, y eso era lo que me llevaba. Me llevaba a mí misma. A una versión de mí que no siempre tenía que gustarme, pero con la que estaba en paz. Yo, como las hojas de las citas que acababa de arrancar para entregarles a mis amigos, no era de un solo uso, y estaba entusiasmada por conocer qué escondía la otra cara, la que estaba en blanco.

—¿Pedimos pizza y nos quedamos a dormir, chicas? —propuso Abraham, y me sumé a su idea.

—Sí, pedimos pizza y os quedáis a dormir en casa.

Ellos no repararon en la importancia de ese comentario, pero yo sí. Era la primera vez que la llamaba así. *Casa* y no la casa de la abuela Charlotte. Por fin la sentía mía. Por fin me sentía *yo* entre sus paredes. Gracias, terapia, por ayudarme tanto.

61

GRAHAM SCOTT Y LA TEORÍA DEL...

Graham

Los primeros días ingresado en el centro de desintoxicación fueron una pesadilla. Digamos que tuve un humor bastante cambiante. A lo largo de una misma hora, podía insultar a los profesionales que me cuidaban, amenazarlos y suplicarles como un bebé agazapado en el suelo que me dieran un poco de lo que fuera, solo un *poquito*, y no se lo contaría a nadie. A cambio, les ofrecí dinero, les pegué puñetazos, y me observaron compasivos encorvado sobre mí mismo llorando hasta bien entrada la madrugada.

La cocaína, por ejemplo, me provocaba más síndrome psicológico que físico. Y la cabeza es una jodida tortura. Por este motivo, me costó aceptar que *no* era mi culpa, que estaba enfermo; y que cuando se pasa mal no es al dejar la droga, es mientras te estás drogando, porque no la deseas, la *necesitas*, y es una puta necesidad de mierda que va más allá de uno mismo, de todo y de todos. Durante esos días, aprendí que hay cerebros que acusan de forma brutal el impacto de las drogas y al tiempo que se desquician, pasan a necesitarlas, porque esas sustancias químicas van sustituyendo los neurotransmisores cerebrales (endorfinas, dopaminas...) y crean una «gasolina falsa» pero de apariencia fantástica. Ahí tienes el problema.

Sin embargo, el tiempo pasó, y la pesadilla poco a poco aflojó sus garras. Fue entonces, después de anunciarme que como mínimo tendríamos que ampliar el ingreso una semana más de lo estimado y luego evaluarían mi estado de nuevo, cuando por fin pude empezar a leer. Los sanitarios me salvaron la vida, no puedo decir lo contrario, pero fueron las historias de Kelly las que me recordaron por qué merecía la pena vivirla. Lo cojonudo que era existir, a pesar de los impedimentos.

Las leí en orden, por temor de que mi hermana me asesinara si se enteraba de

que había hecho lo contrario, y comprobé tanto su evolución como escritora como que había repartido pedacitos de su alma en todas sus novelas.

«Joder, el alma de Kelly es impresionante», era lo que más pensaba.

Leía varias horas por la noche, y después de comer, y cada rato que encontraba cuando no estaba en terapia, realizando alguna actividad o con alguno de mis compañeros. Leía tantísimo que muchos fantasmas me acosaron esos días, pero nunca el de la soledad.

Los personajes de ficción pueden convertirse en grandes amigos.

Kelly tuvo la culpa de que algunas noches durmiese poco, me emocionase, me cabrease y... Había frases que me gustaban tanto de sus libros que sentía la imperiosa necesidad de transcribirlas a mano y pegarlas en la pared blanca que tenía al lado de mi cama. Al cabo de poco, estuvo repleta de reflexiones de Kelly y sus personajes.

Sus textos fueron mi compañía.

Sin embargo, no fue hasta que terminé *Al final siempre estás tú* cuando, una tarde soleada tirado en el suelo al lado de la ventana de mi cuarto, reuní el valor para atreverme a dar el paso y abrir en mi iPad el documento que había evitado hasta entonces. Mi biografía. La «real».

Suspiré y... Lo primero que comprobé fue que el PDF constaba de 640 páginas.

«Pues sí que es densa mi vida», pensé con el ceño arrugado.

Y lo segundo en lo que reparé, removiéndome porque los rayos de sol impactaban en mis ojos azules y me cegaban, fue en su título:

Graham Scott y la teoría del cien por cien.

Arqueé una ceja.

Kelly y yo no habíamos hablado de cómo se iba a titular, básicamente porque el libro no se iba a publicar, pero aquel porcentaje captó mi atención. No era setenta ni treinta. Era cien.

¿Cien qué?

¿Posibilidades de que la fastidiase?

Arrastré el dedo por la pantalla para pasar página y empecé a leer.

Finalmente, Kelly no había incluido ninguna dedicatoria y la historia comenzaba con la nota de autora, en la que me sumergí de cabeza.

> Cuando empecé esta biografía se me pidió que buscara un porcentaje que representara a Graham. El título inicial era *Graham Scott y la teoría del treinta por ciento*, las probabilidades de que la última cirugía de su rodilla saliese bien y pudiese volver a la pista. Pero debía tener un título alternativo y... Me resultó casi imposible encontrarlo.
>
> Casi.
>
> Si lo piensas bien, a pesar de que vivimos en la era de las estadísticas, es francamente difícil encontrar

un número, uno solo, que nos defina. Somos la suma de muchos porcentajes. Buenos, malos, regulares. Así que decidí decantarme por el que destacaba por encima del resto, y no es el número de ocasiones en la que ha sido nombrado el jugador más sexi de la liga. Lo lamento, Graham. Es un número más relevante, o debería serlo.

Para escribir esta biografía he hablado con muchas personas. Algunas cercanas a él, otras que tan solo le conocían de pasada, y al terminar siempre me quedaba con una sensación dentro a la que no era capaz de poner nombre... Hasta que descubrí la verdadera historia de su perro Bingo (tendréis que leer el capítulo 52 para saberlo) y analicé el efecto que el jugador de hockey sobre hielo había tenido en mí mientras escribía las últimas páginas del libro que sostienes entre las manos.

Graham tiene muchos defectos. También alguna virtud. Y a su lunar habría que bajarle esos humos.

Pero...

Graham es mucho más que la proeza de entrar en los Boston Bruins siendo tan joven.

O sus tantos anotados.

Ni siquiera es su atractivo o los millones de seguidores que tiene, por mucho que le fastidie.

Mucho menos una lesión.

Graham es aquel al que sus amigas llaman «persona luna», al que algunos compañeros admiran en silencio y otros no le dan el puñetazo que muchas veces merece por el cariño que le tienen. Graham es el amante de los insectos que tiene tatuada una hormiga, el chico al que le gusta escuchar a su padre hablar de historia, disfruta oyendo las ondas de su hermana y adora a su madre y a Bingo.

Es el que se llevó su taquilla del TD Garden, me organizó un baile de fin de curso en el que terminamos leyendo en una biblioteca y también es el que cometió errores y se equivocó.

Graham no es perfecto.

Ni imperfecto.

Es... él.

Antes de que empieces la lectura, debo advertirte de que este no es un libro deportivo que relata el trágico desenlace de uno de los jugadores más brillantes de la historia del hockey sobre hielo. Si eso es lo que esperas, esta no es tu biografía. Lo siento. Porque esta es la historia de Graham, el chico al que el cien por cien de las personas que se cruzan con él y su maldita sonrisa quieren, incluida esta autora, y que dio la casualidad de que durante una etapa de su vida jugó en los puñeteros Boston Bruins y fue el que más camisetas vendió, con la excepción de la mía. A mí me regaló la de Miguel.

Esta es tu historia, Graham.

Ojalá veas todo lo que vales y lo exasperante que puedes llegar a ser.

Te quiero, señor Hormiga.

KELLY

El corazón me palpitó con más fuerza que nunca.

Pasé al primer capítulo. Se titulaba: «El cara a cara con el mapache» y le seguía el ínfimo porcentaje de cuántas personas habrían sido tan inconscientes (sí, Kelly había utilizado esa palabra en la versión final) como para lanzarse a un lago helado a salvarlo.

Continué y... Una vez que empecé con la lectura, no pude parar.

Terminé la biografía a las cinco de la mañana tumbado en mi cama y lo único que pude pensar fue:

«Joder, Kelly. JODER».

¿Cómo podía ella verme así?

¿Ella?

Con esa sensibilidad...

Con aquel relieve.

«Porque está enamorada de ti, idiota —me dije—, y tú también de ella».

La sensación que brotó en mi pecho en ese momento fue positiva y...

De repente me di cuenta de que había algo que tenía que arreglar sí o sí.

Algo que jamás debió suceder.

Apagué el iPad con la seguridad de que al día siguiente me pondría a ello y esa noche, en lugar de dormirme repasando los días, horas y putos segundos que llevaba sin consumir, lo hice pensando en Kelly.

«Eres un fastidio, Ojos grandes. Un fastidio al que amo», fueron las últimas palabras que recuerdo en mi mente antes de caer rendido sonriendo.

62

CREER QUE TE MEREZCO

Kelly

Revisé mi aspecto en la cristalera del edificio de la editorial World Dreams, en Manhattan. Hacía un día fantástico, soleado y cálido, pero sin temperaturas altas que llegasen a agobiar como en agosto. Nos encontrábamos a principios de septiembre y... Acababa de comprar el billete de autobús a Boston para visitar a Wendy y Abraham durante el cambio de color de las hojas, y lo había hecho oficial enviándoles un mensaje al que habían respondido con muchos aplausos. Aquello me puso feliz. Ellos ya habían venido a verme a mí en julio, y en agosto había ido con Mía a Santa Bárbara a pasar unos días con nuestro padre en la Costa Oeste. La semana siguiente empezaba las clases, pero antes tenía que hacer algo.

Inspiré hondo observando mi reflejo en el espejo.

Mi melena estaba más corta que la última vez que había estado allí, mi piel aún conservaba parte del ligero bronceado que había adquirido en California y llevaba puesto un vestido a rayas horizontales de manga corta un poco por encima de la rodilla, unas Converse blancas y mi mochila negra colgada de la espalda. Poco maquillaje. Apenas la raya, el rímel y brillo de labios. Me encontraba nerviosa y a la vez curiosamente satisfecha por haber cogido el metro y haber ido hasta allí. Sonreí. Ningún libro mío volvería a posar en aquel escaparate, pero en lugar de sentirme mal por eso, me sentía extrañamente valiente. Lista para enfrentarme a mis decisiones.

«Allá vamos», me dije, y eché a andar hacia la puerta.

La tarde anterior Betty, mi exeditora, me había llamado un par de veces, y yo no le había contestado porque estaba visitando el Museo de Historia Natural sola y tenía el móvil silenciado. Ahora hacía muchos planes para mí. Pero, al salir y ver sus llamadas en la pantalla, sorprendida porque hacía tiempo que no se ponía

en contacto conmigo, en lugar de evitarla, había revisado el correo, segura de que tendría un email suyo, y, al comprobar que estaba en lo cierto, lo había leído.

Querida, ¿nos vemos mañana a eso de las once en nuestras oficinas?

Betty

No solo había sido sorprendente leerlo, lo más sorprendente era haberle contestado:

Allí estaré.

Llevaba mucho tiempo rehuyendo aquella conversación cara a cara, y apreté los dientes mientras cruzaba la puerta de entrada; era lo mínimo que Betty se merecía por su confianza cuando no era nadie y por haber apostado por mí durante tantos años. Continué mi camino. El guardia de seguridad que me recibió en el *hall* no fue Tim. En su lugar, se hallaba una chica, Sophie, según decía su chapita identificadora, que me dio la tarjeta para que pudiese entrar y me indicó dónde estaba el ascensor y que debía subir a la tercera planta, al área de ficción, donde ya me esperaban.

Le di las gracias, aguardé al ascensor y entré.

Ordené las ideas al tiempo que subía.

Pretendía pedirle perdón por cagarla y darle las gracias por todo lo demás.

«Primero disculpa, luego agradecimiento», me repetí conforme la pantalla del ascensor cambiaba del número dos al tres, y, justo en ese momento, mi móvil sonó, anunciando un misterioso mensaje de Teddy, mi agente, que pude leer en el reloj de muñeca:

Al final era de los que merecían la pena, y mira que apostaba poco por él, que vaya genial hoy, Kelly.

Fruncí el ceño, confundida por su mensaje, las puertas se desplegaron y Betty se lanzó *literalmente* a mis brazos.

Fue tan veloz que casi no me dio tiempo a abrazarla.

Pero lo hice.

Y noté un nudo en la garganta.

Porque le tenía mucho cariño.

Había sido buena persona y una gran profesional conmigo.

Y yo se lo había devuelto con...

«Mejor no lo pienses».

Acaricié su espalda con delicadeza y Betty dijo:

—Gracias, querida, GRACIAS. Me has salvado la vida. —Me quedé parada sin saber muy bien qué responder. Aquello no tenía sentido. ¿Que ella me diese las gracias? ¿Por qué? ¿Por boicotear su trabajo? *No*. Estaba siendo sarcástica y yo no lo había pillado. *Sí*, debía de tratarse de eso. Lo contrario era inimaginable.

Nos separamos y cambié el peso de una pierna a otra para proceder a disculparme.

—Betty, yo... Lo siento. Lo siento *mucho* —balbuceé con sinceridad, ella me observó y le restó importancia con un movimiento de mano.

—No te negaré que he estado muy cabreada, Kelly, muchísimo, pero ahora... Entiendo por qué lo hiciste y me alegra que hayas recapacitado. El texto es una maravilla y casi no necesita edición, aunque tendrás que devolverme las galeradas en tiempo récord, los correctores ya las tienen y... —Hablaba tan rápido que me costaba trabajo seguirla—. Llegamos a tiempo, Kelly. *A tiempo* —matizó con una enorme sonrisa que me confundió por completo. Lo que insinuaba era imposible... Ella siguió hablando—. Nos han concedido un presupuesto para *desmayarse*. La campaña de Navidad va a ser increíble, en serio, una brutalidad. Telediarios, mucha prensa, vallas, el metro, buena posición en librerías, publicidad con *influencers*... Nos lo han aprobado todo. *Todo*, querida. Y no es solo porque pensamos que la biografía de Graham Scott va a ser el regalo perfecto para cualquier persona, es que el trabajo que has hecho es excepcional, Kelly. Una maravilla. Bella y Ava se nos unen ahora para achucharte también.

Parpadeé, perpleja, y me pellizqué disimuladamente la palma de la mano por si estaba soñando, pero el gesto dolió, vaya si dolió, y...

¿De qué narices iba aquello?

Enderecé la espalda para darle la mala noticia.

—Betty, yo...

—Dime, querida.

¿Cómo se lo explicaba, con lo ilusionada que estaba?

Mierda.

Me coloqué un mechón detrás de la oreja.

—Creo que se trata de un error. No he recapacitado y no sé a qué te refieres con... —bajé el volumen de mi voz— *nada*. Lo que me dices no tiene sentido para mí.

Mi exeditora me examinó durante un instante que se me hizo eterno y aclaró:

—A la biografía de Graham Scott que vamos a publicar en noviembre.

Una punzada de dolor recorrió mi organismo de arriba abajo.

No había vuelto a saber nada de él después de la mañana de la cafetería.

NADA.

Cero.

Al menos, no directamente.

Y, aun así, continuaba siendo fiel al equipo Stevenson-Scott.

Me mantenía firme en no participar en nada que le hiciese daño.

«Maldito seas, Graham».

—Pensaba que mi manuscrito era impublicable y... —comencé con la intención de exponer después que World Dreams no podía jugarse su prestigio por vender, pero ella se me adelantó.

—Efectivamente, el texto que nos enviaste tú no lo es, pero el que nos ha mandado Graham revisado y con su OK tiene una sensibilidad exquisita, Kelly, y es bastante publicable. —Betty continuó observándome con expresión suspicaz y frunció el ceño—. ¿No lo sabías? —Negué con la cabeza. Para qué mentir si era evidente que me conocía lo suficiente para darse cuenta de la respuesta a esa pregunta solo con ver la cara que se me había quedado.

—No.

¿Graham le había enviado el manuscrito?

¿Qué diablos...?

—Pues acláralo con él, por favor, pero no volváis a cambiar de opinión. Lo que has escrito es precioso, querida. Ni en sus mejores sueños ese chico podría imaginar que alguien hablaría de ese modo de él y lograría transmitirlo al lector. Se le quiere, Kelly, terminas formando parte de su cien por cien. Enhorabuena.

Ignoré los cumplidos.

Acababa de sumar dos más dos y...

«No puede ser».

Mi corazón se saltó un par de latidos.

Luego, titubeé con el pulso repentinamente acelerado.

—Graham... Él... ¿Está aquí, Betty?

Contuve el aliento.

—Claro. En la sala de reuniones grande, la que se encuentra al fondo del pasillo. ¿Sabes ir? —Asentí, aún petrificada porque acababa de averiguar que era lo más cerca que le tenía desde hacía meses—. Bien, genial, así te me puedes adelantar mientras yo voy a por Ava e Isabella —dijo fingiendo que no acababa de leerme la mente y me estaba dando unos minutos con Graham a solas.

—Vale —accedí no del todo convencida. En aquellos instantes, no tenía claro si lo que quería era besarlo, estrangularlo o ambas cosas, y eso era algo que debías saber antes de reencontrarte con la persona de la que estabas enamorada —. Ahora nos vemos —añadí con simulada templanza.

—Ahora nos vemos —repitió— y... Es más guapo al natural, querida. —Me guiñó un ojo y emitió una risa floja con la que Graham habría estado encantado.

«Bien, cualquier persona que lea la biografía sabrá lo que siento», tomé nota, porque hasta entonces no había contemplado esa posibilidad, la de que Graham cambiase de opinión y aquel libro en el que me había dejado el alma y las tripas saliese a la venta.

Betty se marchó y, una vez que la perdí de vista, cogí una bocanada profunda de aire.

«¿Por qué lo has hecho, Graham?».

«¿Hay algo en ti que tenga sentido?».

Tuve que ordenar a mis pies que se moviesen. Estaban petrificados, anclados al suelo. Levanté uno, y después el otro. Avancé hacia donde se hallaba la sala de reuniones grande. Nunca me habían citado allí. Ese espacio lo reservaban para los autores importantes y... ¿En serio Graham había pensado que era buena idea que la primera vez que nos viésemos de nuevo fuera allí, rodeados de personas?

Chasqueé la lengua y las comisuras de mis labios se alzaron.

«Voy a matarle con mis propias manos y después me desharé del cadáver arrojándolo por la ventana».

Mi boca continuó curvándose.

¿Me moría por tenerle cerca y respirar el mismo aire que él? Dios, sí.

¿Que hubiese hecho lo correcto con la biografía me llenaba de calor? También.

Pero habían sido meses, *meses*, *maldita sea,* con sus semanas y sus días, sin haber sabido nada de él; y era consciente de que Graham necesitaba reponerse por su cuenta sin que estar conmigo fuese la meta. Sin embargo, una parte de mí... Una parte de mí había anhelado que cambiase de opinión y me buscara desde que Daisy me hizo saber que había salido de la clínica y las siguientes fases del tratamiento seguían su curso.

Mantenía un contacto regular con ella y conocía los avances de Graham; no era precisamente que hubiese parado de tener noticias suyas. Aun así...

Llegué a la puerta y me detuve.

Dudé si llamar o no, pero finalmente abrí sin anunciar mi presencia. Estaba desesperada por verle, aunque no se lo confesaría. Su olor inundó mis pulmones en cuanto la puerta cedió, y algo dentro de mí se estremeció. Conociéndole, Graham se habría echado litro y medio de colonia y... Arrugué la nariz.

—¿De qué vas disfrazado? —solté.

Graham era el único ocupante de la sala. Estaba de espaldas a mí, mirando por la ventana, y llevaba un entallado traje negro más elegante y formal de los que acostumbraba a vestir. Aquel no era el tipo de *look* que se pondría para una reunión. Tan serio... Al escucharme, rotó sobre sus talones, una sonrisa ladeada

le llenó la cara y mi pulso se paralizó. De no ser porque un instante después aceleró para bombear con fiereza en mis venas, habría llegado a la conclusión de que estaba sufriendo un infarto. Llevaba una camisa blanca y una corbata fina. Y estaba muy guapo, arrebatador, y sus ojos... *Mierda,* cómo había echado de menos ese azul. No otro, *ese*. Un azul en el que me quedaría a vivir. Aunque lo que más había extrañado estaba por llegar. Contuve el aliento, esperanzada, y, sin él saberlo, me concedió el deseo.

—Yo también me alegro de verte, Ojos grandes.

«Ojos grandes»... Cada mañana al despertarme echaba de menos esas palabras. Su mirada me recorrió de arriba abajo erizando mi piel sin llegar a tocarla, y durante su escrutinio se detuvo más tiempo del necesario en mi boca, provocando que un potente escalofrío me sacudiese los huesos.

Crucé los brazos a la altura del pecho para abrigarme y le pregunté:

—¿De qué va todo esto, Graham? Me tienes muy confundida. Creía que la biografía era como un molesto sarpullido del que te querías deshacer, y ahora...

«Tú se la has enviado a World Dreams. No yo. ¿Por qué?».

Graham adivinó mis dudas.

—Ahora la he leído, Kelly, y me pones demasiado por las nubes para no desear publicarla. Pero vayamos a lo importante: ¿en serio no sabes de qué voy «disfrazado»? Me lo he currado al detalle, Ojos grandes, *al detalle*.

Arqueé las cejas, anhelando con todo mi ser que se acercase a mí y de ese modo acortara la distancia que nos separaba.

—¿De verdad quieres que juguemos a esto?

—Quiero jugar contigo a casi todos los juegos que se han inventado, Kelly, pero para empezar *esto* no está mal.

¿Estaba tonteando conmigo?

La sonrisa traviesa de su rostro se extendió y lo confirmé.

Sí, lo estaba haciendo.

¿Aquello me gustaba? Me encantaba, *mierda*.

Pero no entendía nada.

—¿Puedes darme una pista? —entré al trapo.

Su sonrisa se acentuó. Era lo que Graham quería. Aclaró la garganta y dijo:

—Has fantaseado con ello no una, varias veces.

Puse los ojos en blanco.

—¿Podrías ser más concreto?

No estaba para coñas.

—Normalmente suele desembocar en una buena sesión de sexo con hasta ocho orgasmos, si no me equivoco. Ahí te columpiaste un poco... —Una arruga se formó en mi frente con un gesto que le debió de resultar adorable por la mueca

que esbozó antes de romper a reír—. No me lo puedo creer. Es verdad que no tienes ni idea, joder, y yo pensando que te pondrías a dar saltitos de alegría...

Su irritante risa salpicó mi piel.

La tripa se me encogió.

—Necesitaría un manual de instrucciones para comprender todas tus tonterías.

—Es tu cliché, Ojos grandes, tu cliché. —Dio un paso adelante y se colocó junto a la mesa de madera que, con las sillas y la pantalla plana, formaba parte del único mobiliario de la sala y donde estaba apoyado su elegante bastón negro. Graham lo cogió con un movimiento contundente y sexi («hola, hormonas») y mi pecho tembló, no por darme cuenta de que seguía necesitándolo para caminar, sino porque significaba que iba a continuar avanzando en mi dirección y mi cuerpo entero gritaba que lo hiciera de una maldita vez. Estaba harta de fingir una indiferencia que para nada sentía.

—¿De qué hablas? —Logré actuar como si cada terminación nerviosa de mi anatomía no estuviera suplicando que avanzase más rápido, y fue complicado. *Muy complicado.*

—De tus libros. Todos tus puñeteros protagonistas se ponen un traje idéntico a este en la escena clave con unos zapatos como los que me están destrozando los pies. De haberte conocido antes, ten por seguro que te habría aconsejado que lo modificases por unas buenas deportivas blancas que no solo son más cómodas, sino que también tienen más estilo. —Se encogió de hombros—. Pero, como llegaste a mi vida cuando te dio la gana y según parece no vas a desaparecer nunca, me toca pringar.

¿Qué significaba «no vas a desaparecer nunca»?

¿A qué se refería con «pringar»?

Graham deshizo la distancia que nos separaba hasta que estuvo enfrente y evité hacerme ilusiones. Él no había dado muestras de querer volver conmigo durante los meses que... Un segundo. Até cabos y ladeé el rostro con los ojos entornados al tiempo que le preguntaba:

—Tú... Cómo... ¿Tú cómo sabes la manera en la que visten los protagonistas de todas mis novelas?

¿Acaso Graham había...?

—Tus novelas han sido una sana evasión durante todo mi ingreso, y este verano me he vuelto a leer *Nuestro Big Bang* por placer, y creo que lo leeré una vez al año, porque me ha flipado todavía más que la primera vez, y eso que lo tenía difícil.

Los recuerdos de aquella noche me sacudieron de golpe.

«... lo que sí sé es que estoy memorizando cada una de las emociones que siento ahora mismo dentro de mi pecho pringado de purpurina para poder

describírtelas si alguna vez te planteas si fue tan especial o no como recuerdas y que nunca olvides que eres tan poderosa como para poder crear este tipo de sensación en los demás».

Suspiré. Continuaba queriéndole con toda mi alma; era un hecho y un sentimiento. Faltaba descubrir si él sentía lo mismo, aunque disfrazarse de mis protagonistas en las escenas clave me daba la pista definitiva de que estábamos alineados y di vía libre a mis ilusiones para que comenzaran a revolotearme en el estómago.

—¿Por qué me lo cuentas, Graham?

Su mirada descendió de nuevo a mi boca.

—Porque llevo queriendo besarte desde que has cruzado la maldita puerta con este vestido que me está volviendo loco y todo mi cuerpo se ha puesto en tensión, pero antes necesito que me perdones y he pensado que esto, la caracterización y confesarte que tus libros me han mantenido cuerdo estos meses, podría ayudarme.

—¿Por qué tengo que perdonarte, Graham?

—Por muchas cosas, Kelly. La biografía, dejarte ir, joderla, ser un puto cobarde autodestructivo, pero la principal es que no he cumplido mi parte del trato.

Sus ojos abandonaron mis labios para encontrarse con los míos.

Noté un tirón en la parte baja del vientre.

—¿Qué trato?

—Te pedí que no pensaras en mí este tiempo y lo justo habría sido que yo tampoco lo hiciese, pero he fallado. He pensado en ti. *Todos. Los. Malditos. Días.*

Un torrente de energía similar a un tsunami me sacudió.

Sin embargo, no me moví del sitio ni cambié de actitud.

Graham me había hecho mucho daño y seguía dolida.

—¿Y ya? —pronuncié transcurridos unos segundos—. ¿Dices que has pensado en mí y todo solucionado?

—Desde luego que no. Ahora toca la parte más complicada.

—¿Cuál?

—Demostrártelo.

—¿Qué?

—Que la dedicatoria del libro es cierta.

—Yo no escribí ninguna dedicatoria.

—Pero yo sí. —Sus ojos brillaron, vulnerables, y dijo—: Para Kelly, te quiero porque eres tú y con eso basta, Graham. —Y pronunció la declaración de amor que yo nunca había llegado a escribir en ninguna de mis novelas y de la que le

hablé esperando el ascensor en el TD Garden. Mi pecho dinamitó mientras él seguía hablando—. Te dije que saldría en la mejor novela, y sale en la nuestra. Como ves, no te mentí. Puede que la jodiera en nuestro primer «te quiero», pero espero que este, y todas las formas originales en las que planeo decírtelo durante nuestro largo futuro juntos si me perdonas, lo compensen. —Me quedé callada, sin palabras, y le observé vacilar—. Si planeas decir algo, aunque sea que estás profundamente indignada porque le he metido mano a tu texto, este es un buen momento. Siempre lo será para que hables conmigo, Kelly. Me encanta oírte. Tu físico es espectacular, pero es tu cerebro el que me ha atravesado como una flecha.

El corazón se me desintegró antes de que terminara de hablar. Aquello superaba al tatuaje. A cualquier cosa que hubiese imaginado. Porque Graham era real. Nuestro amor existía. Y nunca sería perfecto, pero entonces estuve segura de que los dos pondríamos de nuestra parte para que sobreviviese a las etapas malas y disfrutaríamos como niños de las buenas. Avancé un paso, con la barbilla alzada, y enfrenté mi mirada a la suya.

Acababa de tomar una decisión.

—¿Tienes un plan B?

—¿Plan B?

—Por si la dedicatoria no funciona. Soy lectora de novela romántica, tengo un listón muy alto.

Su boca se curvó de lado.

—Recordarte lo cojonudo que era el sexo no sería muy de protagonista, ¿verdad?

—No, no lo sería.

—*Mierda.* —Chasqueó la lengua y esbozó un teatral mohín lastimero.

—Pero el sexo era muy bueno —sonreí, dándole la razón, y mi gesto se trasladó a su cara al tiempo que le preguntaba refiriéndome a su adicción—: ¿Cómo estás, Graham?

—Limpio, y voy a trabajar duro para que esa sea la respuesta todos los días cuando me lo preguntes.

Enarqué una ceja.

—¿Voy a preguntártelo todos los días?

Él se encogió de hombros inocente, aunque la forma maliciosa que adquirió la sonrisa que tenía dibujada en su rostro reveló lo contrario.

—Sí, concretamente todos los días después de follar.

Una ola de calor lamió mi interior.

—¿Después de follar?

—Vamos a follar a todas horas, así que técnicamente vas a poder

preguntármelo cuando quieras y... También vamos a discutir, y a apoyarnos, y a reír juntos.

Me gustaba esa perspectiva.

Me gustaba ese futuro.

Quería perdonarle y arriesgarme a darnos una segunda oportunidad.

Cambié el peso de una pierna a otra y me metí un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Según tú vamos a hacer muchas cosas, ¿no crees, Graham?

—Puede. Pero es que nos vamos a querer una barbaridad.

—¿Nos vamos a querer?

—Yo ya te quiero una barbaridad —corrigió.

Le sostuve la mirada y confesé:

—Yo también te quiero una barbaridad, Graham, y llevo esperando que suceda esto desde que nos despedimos en la cafetería. —confesé. Él se inclinó hacia delante y sentí su sonrisa contra mi boca y un deseo irracional recorriéndome las venas—. Por cierto...

—Dime —su voz sonó tomada, ronca.

—No puedo creerme que te hayas atrevido a meterle mano a mi libro escribiendo la dedicatoria. Ya hablaremos de ello.

—Por ti haría cualquier cosa, Ojos grandes, incluso creer que te merezco.

No nos resistimos más y enlacé mis manos en su nuca al tiempo que él estrellaba su boca con la mía.

Nos besamos desesperados.

No la escritora en crisis y el jugador de hockey sobre hielo lesionado.

Graham y Kelly.

El equipo Stevenson-Scott.

EPÍLOGO

Cuatro meses después. Graham

—Ay —me quejo.

Kelly pone los ojos en blanco.

—Es imposible que te haya clavado la aguja y lo sabes, Graham. Básicamente, porque todavía no la he enhebrado.

Selecciona un hilo azul y pasa concentrada la hebra por el ojo de la aguja.

Hay que ver lo guapa que está cuando me obliga a desnudarme en medio del salón y se pone en modo profesional, asesinando cualquier posibilidad de echar un buen polvo. Estamos en diciembre y Kelly y yo nos encontramos en el piso, su antigua vivienda, que compartimos desde hace unos meses en Brooklyn con Salem y Bingo. Ella suele decirme que allí dentro antes siempre hacía mucho frío, pero a mí me resulta complicado creerla. O el aislamiento de las ventanas ha sido toda una proeza arquitectónica, o nosotros hemos aumentado considerablemente la temperatura de su interior, porque aquí dentro hace calor. Mucho calor. Y aún más cuando ella decide pasar sus manos por mi torso para, imagino, calcular medidas a ojo y ya de paso excitarme.

Kelly va de profesional, pero es un poco capulla.

—¿Queda mucho? —me hago el indiferente.

—Un poco —contesta ella, y se muerde el labio, todavía abstraída.

Mi mirada se desvía hasta la ventana y descubro que fuera sigue lloviendo.

—¿Quieres que esta tarde vayamos a patinar? —propongo.

Mis ojos regresan a Kelly y deja lo que está haciendo para fijar sus pupilas en las mías.

—¿A que me caiga en todas las posturas posibles, quieres decir? —Arquea una ceja.

No he podido volver a jugar al hockey, pero me he reconciliado con el hielo. Al principio, fue duro. Durísimo. Lloré mucho. Ya no solo por el constante dolor o por haber perdido parte de mis habilidades, lloré por pura impotencia,

frustración y porque amaba el hielo. Necesito estar cerca de él para poder vivir, y no voy a privarme de ello; del mismo modo que no voy a negar que ver a Kelly enfrentándose a sus miedos y aprendiendo a patinar es inspirador. Igual que me inspira cuando hace que me arranque la ropa en tiempo récord pensando que vamos a protagonizar una sesión de sexo en el salón de esas en las que ambos acabamos sudorosos y jadeando, para luego revelarme que su verdadera intención es utilizar mi cuerpo para la práctica de costura que tiene que entregar antes de que termine la semana. Bueno, lo último no tanto.

Cuadro los hombros y le digo, moviendo la cabeza:

—Siempre hay posturas nuevas que probar. Creía habértelo enseñad... —La punta de una aguja, esa vez sí, me pincha en el muslo—. Lo has hecho aposta.

—Te lo merecías, Graham.

Aunque me haya agredido, estamos bien. Mejor que bien. En nuestra vida hay días buenos, malos y regulares, pero todas las noches, cuando nos metemos en la cama y la atraigo contra mi pecho con la excusa del inexistente frío, pienso que no hay ningún otro lugar en el mundo en el que preferiría estar que no fuera allí; y he averiguado que eso es el amor para mí, la posibilidad que eliges entre millones de alternativas porque te hace sentir bien.

Mi móvil suena en ese momento y estiro el brazo para cogerlo de la mesa.

Reviso la pantalla y las cejas se me enarcan hasta que casi se juntan.

—¿Quién es, Graham?

—El grupo de entomología.

Lo he hecho.

Tras mucho pensar e interminables conversaciones con Arthur al teléfono asesorándome, me he apuntado a un curso de entomología en Manhattan. Estudio a los insectos. Todavía no sé en qué rama me especializaré, si es que lo hago (médica, agrícola, forestal, urbana, forense...), pero estoy disfrutando con lo que aprendo y... creo que he encontrado mi lugar. Mi nuevo lugar. He descubierto que los seres humanos podemos tener muchos lugares a lo largo de nuestra vida, del mismo modo que ahora sé que la mayoría de los insectos están compuestos de proteínas y grasa.

Ahora conozco muchas cosas, como, por ejemplo, lo que valgo.

Que soy importante para muchas personas y para mí.

Me rasco el tatuaje de la ficha de parchís y anuncio a Kelly.

—Han publicado las notas en el portal.

La semana pasada tuvimos nuestro primer examen de la asignatura Estudio de la Anatomía de los Insectos y... Un escalofrío trepa por mi columna vertebral. Estoy un poco nervioso, lo reconozco.

—¿No la vas a ver? —me pregunta ella. Lo cierto es que quiero y, a la vez, no.

La inquietud sube por mi garganta como una pesada bola. Sé que no debería ser así. La vida no me va en una nota de algo a lo que ni siquiera sé seguro que vaya a dedicarme. Pero, aun así, me importa. Me importa mucho.

—Podrías llamar a Arthur —propone Kelly como si nada, aunque en realidad lo significa todo. Significa que me conoce—. Él sabe cómo aguantarte.

—¿Y si he suspendido de un modo lamentable? —no logro disimular mi angustia.

—Ideará un nuevo método de estudio creado especialmente para ti. —La inquietud cede un poco en mi tripa. Ella posa sus ojos en los míos y me acaricia el brazo desnudo—. Imagino que lo sabes, pero por si acaso. Una nota no te define, Graham, lo hace lo mucho que te has esforzado, y estoy orgullosa de ti.

Nos sostenemos la mirada con intensidad y Kelly detiene el roce para soltar la aguja y guardarla en su set de costura, el viejo joyero de su abuela.

—¿Dónde vas? —le pregunto.

—A la cocina.

Vacilo.

—¿Por qué?

¿Acaso no va a permanecer a mi lado?

Como respuesta, se encoge de hombros y frunzo el ceño.

—Para dejarte intimidad con Arthur. Esto, los estudios, es algo vuestro. Siempre te ha apoyado y aleccionado, y merece que descubras la nota con él. Los dos solos. ¿No crees?

«Lo que creo es que eres una pasada, Ojos grandes», pienso.

Conforme oigo las palabras de Kelly sé que es lo que deseo. Compartir ese instante de incertidumbre y nervios con Arthur, aunque sea a través del teléfono; hacerlo nuestro.

—Gracias.

—No tienes que darlas, y no lo dudes: apruebes o suspendas, vamos a celebrarlo con sexo.

—¿Los suspensos se celebran?

—Nosotros sí. He decidido que va a ser nuestra nueva tradición.

Kelly me dedica una última sonrisa coqueta y camina a paso lento hasta la cocina. Espero hasta que la veo abrir uno de los armarios y sacar una taza. Entonces busco el contacto de Arthur en mi teléfono y lo llamo. Él no tarda en contestar más de dos tonos.

—¿Cómo va todo por Nueva York, Mente inquieta?

—Igual que por Salem. Mucho frío y la gente resbalando en la calle. —Daisy, mamá y él se han quedado a vivir en Massachusetts. No sabemos por cuánto tiempo. Ni siquiera ellos lo saben. Por lo pronto, hasta que mi hermana termine

el instituto y recopile todas las ondas que le interesan de los puñeteros Estados Unidos. Luego, ya se verá. Lo mismo vuelven a Canadá o aprovechan que Daisy va a la universidad para darse el capricho de averiguar cómo es la enseñanza y la venta de casas en Europa. Mis padres pueden hacer lo que quieran. Ese es el gran lujo de la vida: que mientras estemos aquí, podemos vivir. Aclaro la garganta y le revelo—: Ya han subido las notas de mi primer examen.

Arthur se lo toma con la seriedad que merece.

—Entiendo. ¿Cómo te sientes?

Lo medito.

—¿Cómo dirías que se siente una persona que está reprimiendo el impulso de lanzar el móvil por la ventana para no tener que enfrentarse a la realidad?

—Diría que le inquieta, porque las cosas que nos importan nos ponen nerviosos. Pero si esa persona estuviese conmigo, si eres *tú*, también te diría que no tienes de qué preocuparte. El logro es todo el conocimiento que estás adquiriendo, y las notas, un extra. Además, todavía tenemos varios métodos de estudio que probar si las cosas no salen como deseamos a la primera —pluraliza, y mi angustia mengua un poco. Kelly llevaba razón. Arthur es mi constante. La persona que ha estado, está y estará siempre para mi cerebro y para mí. Pongo el manos libres y mientras accedo al portal con mis claves le digo:

—El examen me salió *regulero*. Las preguntas de desarrollo creo que las bordé, pero las tipo test que restaban no estoy tan seguro. —Quién me iba a decir a mí hace unos meses que estaría hablando de cómo había hecho un examen. Quién me iba a decir a mí que después del hockey había vida. Pero la hay. Porque yo sigo respirando. Veo la pestaña que anuncia la evaluación, contengo el aliento y pulso encima. Mi corazón se acelera y escucho su bombeo sordo como un eco en mis oídos conforme la página se carga y... Sí, joder, ¡sí!—. ¡Setenta y siete, Arthur, un bien! —exclamo entusiasmado.

Puede que no sea una calificación para tirar cohetes, pero para mí es muy significativa. Representa un chute de confianza para mi autoestima y la seguridad de que mi cerebro siempre ha estado bien y solo tenía que darle una oportunidad para que me demostrase que es capaz de darme alegrías en forma de aprender, estudiar y aprobar.

«Mierda, cerebro, cuánto te quiero», resuena en mi cabeza, y sonrío.

—Enhorabuena —dice Arthur.

El pecho se me hincha y quiero darle las gracias, no solo por soportar todas las llamadas hasta altas horas de la madrugada que le he hecho con mis dudas y corregirme los resúmenes para comprobar que contenían todo lo importante y fundamental (ahora Arthur es un experto en insectos), también por haber creído en mí desde el principio, incluso antes de que yo mismo lo hiciera, explicando

historia como un adulto al chico que todo el mundo infantilizaba. Carraspeo y estoy a punto de decirlo cuando caigo en la cuenta de que puedo darle algo mejor. Un hecho. Algo que lleva deseando años.

—Oye, Arthur, ¿hay alguna escenificación de batalla próximamente?

—Sí. Una en enero que simula el asedio de Boston, pertenezco al bando de las Trece Colonias de la Costa Este de América del Norte, aunque haber sido un soldado británico tampoco habría estado mal. ¿Por?

Allá vamos.

—Nada, que me gustaría acompañarte.

Un segundo de silencio al otro lado.

—¿Esto es por la vez que te acompañé a jugar al hockey en el instituto? Porque no me lo debes...

Inspiro profundamente y le corrijo.

—Esto es porque me apetece hacer algo con mi padre, y las batallas no pintan mal.

Hace unas semanas que firmamos los papeles de adopción y todavía no me he acostumbrado al efecto de llamarle así, al modo en el que algo dentro de mí se expande cuando lo pienso.

—Perfecto, hijo, pero si quieres que cambiemos de bando, aún estamos a tiempo.

Hablamos un rato largo en el que Arthur, enemigo de abreviar, me termina explicando todo el asedio de Boston y se ofrece a enviarme documentación extra para que tomemos la decisión de en qué bando estaremos. Por mi parte, me dedico a atesorar cada dato, interesarme de veras y sonreír. Cuando colgamos, tengo casi claro que prefiero pertenecer a las Trece Colonias, como tenía previsto Arthur, pero entonces veo a Kelly y la guerra de la Independencia se esfuma de mi mente.

Está apoyada en la pared, observándome con sus ojos enormes, y me doy cuenta de que no lleva sujetador. Mi entrepierna, cubierta tan solo con la tela de unos calzoncillos oscuros, lo celebra.

—¿Espiándome, Kelly?

Ella se encoge de hombros inocente y se me acerca.

Va descalza y se ha soltado el pelo.

Eso suele ser buena señal.

Mientras trabaja se lo recoge en un moño.

Si lo lleva suelto siempre hay besos.

—No puedes culparme. Me gusta verte feliz.

Yo trago saliva.

Se le marcan los pezones.

Quiero lamerlos.

Pero me contengo.

—Pues tú eres una experta en hacerme..., esto..., *feliz*.

Kelly se detiene frente a mí y pasea la mano por las líneas de mi pecho.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

«Tocándome. Tocándome me haces muy feliz», pienso.

Sin embargo, en lugar de decírselo, contesto haciéndome el interesante con voz aterciopelada:

—De muchas formas.

Sus yemas descienden por mi vientre y este se contrae.

Los labios de Kelly se entreabren y veo asomar su lengua rosada.

—¿Podrías ser más concreto, por favor?

«Vas a matarme como sigas así».

—Por ejemplo, me haces muy feliz cuando me das el último palito de regaliz.

—Así que te gusta el regaliz...

«Es tu sabor».

—También me hace muy feliz cuando me ayudas a repasar los exámenes.

—Pues siempre te quejas.

—Porque eres muy exigente.

—Hablando de eso... —La cadencia de su voz me tortura, pero quiero que sea ella la que tome la iniciativa para que luego no me critique por tener que hacer su práctica de costura a última hora y me acuse de ser una mala influencia. No es culpa mía que nuestro puto deseo por el otro sea insaciable—. La semana que viene es el examen de Estudios del Ciclo de la Vida, ¿no? —añade.

—El martes, ¿por?

Sus ojos se clavan en los míos y veo fuego, aunque no sé si es suyo o el mío reflejado.

—Por repasar, ya vamos un poco tarde.

Lo mejor de repasar, y probablemente lo que más feliz me hace, es que siempre incluye terminar desnudos. Enarco una ceja y pregunto:

—¿Repasamos y después te arranco la ropa, Ojos grandes?

Ella sonríe y me corrige:

—Mejor me arrancas la ropa y después repasamos.

«A la mierda. Si me acusa de mala influencia, que lo haga».

La acerco hacia mí y mis labios cubren los suyos. Kelly me besa con fiereza al tiempo que mis manos se desplazan a toda pastilla para deshacerme del tirón de su pijama de aguacates. Primero, la parte de arriba. Me muerdo el labio con fuerza. «Joder sus tetas. Joder el pelo cayéndole por encima de la clavícula. Joder ella». Recobro la perspectiva y le quito el pantalón. Un segundo lleva unas

dulces y sencillas braguitas blancas, y al siguiente estas han desaparecido y las estoy lanzando Dios sabe dónde, porque yo no lo sé. Retomo el beso y vamos así hasta la cama, dando trompicones hasta que Kelly cae de espaldas, admiro su belleza y soy consciente de que nunca voy a cansarme de ella de un modo que duele. Necesito entrar en su interior y, por la forma en la que se mueve, ella también me lo está pidiendo.

Me coloco el preservativo y conforme me hundo en Kelly, resbalando porque está completamente húmeda, siento la emoción que ella ha despertado en mí y que cada día se hace más grande. A la gente no se la quiere por motivos concretos. Se la quiere y punto. Lo sé. Pero yo estoy enamorado de la chica que comienza a jadear entre mis brazos y enlaza sus piernas en mi trasero para manejar los movimientos y empujarme con los tobillos por un cúmulo de momentos como este: instantes en los que nos apoyamos en nuestros nuevos sueños, instantes en los que nos reímos, instantes en los que nos peleamos, instantes en los que aprendemos del otro e instantes en los que follamos y hacemos el amor.

Instantes en los que me siento afortunado, aunque Kelly acaba de morderme y creo que me ha hecho algo de sangre en el labio, y pienso: «Joder, qué bonito es querer...».

Y que te quieran.

«Gracias por devolverme la fe en el amor, Ojos grandes».

Kelly

Ya es de noche. Graham ha salido a dar el último paseo con Bingo después de repasar el tema seis de Estudios del Ciclo de la Vida y yo me he quedado descansando con Salem en el salón. Se llevan bien. Salem y Bingo, digo. Este intenta jugar con el primero a todas horas, y el felino pasa de él y le observa desde cualquier superficie alta con indiferencia gatuna.

Enciendo la televisión y hago *zapping*, pero lo cierto es que nada de lo que echan me seduce y termino apagándola. Tampoco me apetece leer. Últimamente estoy leyendo mucho, así que ese no es el problema. Sí lo es que mi última lectura, *Alas de sangre*, me ha dejado una resaca emocional tremenda y no creo que pueda ser justa con la siguiente novela. Necesito recrearme un poquito más en los recuerdos de la historia de Violet y Xander, solo una pizquita de nada...

Suspiro al recordarlos.

Leer es MARAVILLOSO.

Subo las piernas al sofá y las cruzo.

Miro la hora en mi reloj.

«Todavía es pronto, ¿qué vas a hacer, Kelly?», me digo. La mirada se me desplaza automáticamente a un punto concreto del salón y me muerdo el labio experimentando un agradable cosquilleo en la tripa. Mentiría si dijera que es la primera vez que lo observo con esta sensación de anhelo y deseo enredándose en mi cuerpo, y también lo haría si dijera que eso no me aterra.

Lo que estoy viendo no es otra cosa que mi... portátil.

Descansa sobre la barra de madera que separa la cocina a medio abrir y tengo que reprimirme para no ponerme en pie, cogerlo y hacer lo que me muero por hacer desde que tuve la... *idea*. Incluso en mis pensamientos la palabra es un susurro débil y tembloroso. La tuve hace tres semanas sin venir a cuento y desde entonces no dejo de escuchar su voz, la de los protagonistas, y de ver escenas suyas aleatorias en cualquier parte mientras hago cualquier cosa. Parece que se han metido en mi mente y, por más que lo he intentado, me resulta imposible sacarlos.

—Grrr —gruño a la nada, y me levanto. Salem alza la cabeza, apoyándola entre sus patas estiradas, y me contempla con curiosidad—. ¿No podéis instalaros en el cerebro de alguien que sí escriba? Porque yo ya no lo hago —digo en voz alta, y, por supuesto, los personajes ficticios de mi imaginación no tienen la capacidad de responderme.

Me enfado, pero las ganas de escribir no disminuyen, se incrementan, así que decido que lo más sencillo es hacer una prueba con la que recordarme lo nocivo y tóxico que era escribir. Estoy segura de que tan solo necesito rememorar alguna de las sensaciones que me producía para que el gusanillo desaparezca y me reafirme en la decisión que tomé hace varios meses de dejarlo para siempre.

«Para siempre es mucho tiempo», escucho la voz de la abuela Charlotte y sacudo la cabeza.

Luego, camino hasta el ordenador.

«Enciéndelo, abre un documento y con la primera frase tendrás lo que buscas», me digo.

Lo que necesito es un repelente «antiescritura».

Cojo el portátil e intento ignorar el escalofrío que me traspasa al sentir su tapa metálica contra la yema de mis dedos, del mismo modo que finjo que no me percato de que mis pulsaciones se aceleran cuando regreso al salón y me dejo caer en el sofá. No es la primera vez que lo llevo allí, pero en esta ocasión no es con intención de sumergirme en un programa de diseño, bichear en la red o ver alguna serie. Contengo el aliento mientras suena la musiquilla e introduzco mi

contraseña. Hay muchos iconos en la pantalla de inicio, aunque ninguno de ellos es el del Word. Cuando me pasé a Apple tuve que comprar la licencia de Office. Apple tenía Pages y otros programas más sofisticados, pero yo siempre he sido de Word. Siempre...

Busco el icono y la tripa se me contrae cuando pulso clic un par de veces y el documento en blanco se abre frente a mí.

Lo amplío.

«No te hagas ilusiones, Kelly. Solo vas a comprobar que no eres capaz de hacerlo», me digo. Pero ya noto un cambio. La sensación que me domina en estos momentos no es la angustia; es excitación, anticipación, curiosidad, vértigo y ganas, maldita sea. Mucho de todo.

Intento expulsar la adrenalina de mi cuerpo, pero no puedo.

Las emociones están bien enganchadas a mí.

Trato de distraerme seleccionando la letra y el tamaño.

Una de las partes del proceso que perdí con el tiempo fue esa, la de entretenerme con cosas tan tontas, insignificantes y a las que las editoriales no hacen ningún caso como emplear tiempo buscando la letra más adecuada sin sentir que lo estaba malgastando. Me gustaba cambiarla de una novela a otra. Escribir una frase, seleccionarla, desplegar la pestaña e ir alternando distintas opciones hasta dar con una que me estremeciera.

Eso es lo que hago a continuación.

«Esto es una pérdida de tiempo y voy a demostrármelo», escribo.

Seguidamente, selecciono la frase y voy pasando por las diferentes alternativas de tipo de letra dándome la razón hasta que llego a Garamond, Garamond 12, concretamente, y algo en mi interior se activa.

«Es una letra bonita, limpia y fácil de leer», me digo a mí misma, y de algún modo mis pensamientos se alinean con mis dedos antes de que tome una decisión en firme, porque estos paran de buscar alternativas.

Observo la frase escrita en Garamond 12 y la emoción se adueña de mi pecho.

Al segundo, me reprendo.

«No te emociones. Esto *no* va a salir bien».

Recojo mi pelo en una coleta y desentumezco el cuello, moviéndolo a ambos lados.

«Vamos, Kelly. A por el golpe de realidad. Que no duela mucho», me animo, tomo una bocanada honda de aire, borro la frase «Esto es una pérdida de tiempo y voy a demostrármelo» y comienzo a escribir, convencida de que no llegaré al primer párrafo antes de tener que eliminarlo y desesperarme. Sin embargo, eso no ocurre, porque sorprendentemente al primer párrafo le sigue el segundo, al segundo el tercero, al tercero el cuarto, y antes de que me quiera dar cuenta la

puerta de la calle se abre y yo acabo de terminar un precioso prólogo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te fuiste con Bingo? —pregunto a Graham mientras le quita la correa al perro.

—Creo que un par de horas, ¿por?

No le contesto.

Para mí han sido minutos.

MINUTOS, maldita sea.

Los ojos comienzan a escocerme y noto el segundo exacto en el que me echo a llorar.

Graham se endereza en ese momento y, al verme, su gesto se torna preocupado.

—¿Qué ocurre, cariño? —Viene a mi encuentro dando grandes zancadas, y quiero decirle que estoy bien, más que bien, pero lo único que me sale es:

—He vuelto a escribir.

Él me contempla cauto, estudiándome.

—¿Estamos felices o nos escuece haberlo hecho?

Me encanta cuando Graham utiliza el plural del equipo Stevenson-Scott.

Es adorable.

Graham aguarda y balbuceo.

—Ha sido... maravilloso.

Sonríe.

—Eso es genial, Kelly, *cojonudo*.

Reparo en lo que acabo de hacer y digo todavía sin dar crédito a lo sucedido:

—Pero yo ya no escribo, Graham.

Él me corrige.

—Tú no escribías ayer, hoy sí y mañana ya veremos. Tienes derecho a cambiar de opinión en todo, Kelly, excepto en estar conmigo. En eso no. —La sonrisa que luce se extiende y yo le devuelvo el mismo gesto.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Si es lo de superar el récord de los ciento treinta y cuatro orgasmos femeninos en una hora del estudio ese de Long Beach que me localizaste para demostrar que no te habías columpiado al incluir ocho en tu novela, todavía me estoy documentando para lograrlo, Ojos grandes. Necesito un poco más de margen para obrar el milagro.

Sacudo la cabeza al tiempo que noto una ráfaga de calor avanzando por mi cuerpo.

—No. —Confirmo que no voy por ahí y trago saliva. Dios, no sé por qué me cuesta tanto preguntárselo cuando sé que va a decir que sí; Graham siempre está de mi lado en los momentos importantes y en los que no lo son tanto—. ¿Te

importaría...? Ya sabes... Leer lo que he escrito.

Le contemplo dubitativa y él me agarra de las manos.

—Kelly... —comienza a hablar dejando la frase en el aire—, de ti me leería hasta la jodida lista de la compra y las ediciones de tus novelas en idiomas que no entiendo. —Sus dedos serpentean y me arrebata el portátil del regazo. Luego, se acomoda a mi lado en el sofá y empieza a leer. Graham tiene una forma de hacerlo curiosa. A veces da la sensación de que se está tomando un helado con unos amigos más que leyendo. Cuando se ríe, lo hace en voz alta, y cuando se cabrea, si lo he escrito yo, me fulmina con la mirada, y si no resopla. Habla con los personajes, celebra con ellos y cuando no está de acuerdo con una de sus decisiones cierra la novela de golpe y, dependiendo del grado de discrepancia, es capaz incluso de tirarla al suelo y dejarla ahí sus buenos minutos.

Graham vive la lectura y yo la vivo con él.

«¿Quizá por eso...?», comienzo a hacerme una pregunta que niego antes de terminar, consciente de un nuevo descubrimiento. No he sanado mi relación con la escritura por él. He sanado yo, por eso la escritura ha vuelto. Lo que somos nunca desaparece, pero se aleja para que nos reconstruyamos cuando lo hemos vuelto contra nosotros. Es su manera de decirnos: «Primero tú, luego yo, no puedo existir sin ti». No paré de teclear porque mi imaginación se hubiese extinguido, lo hice porque la había transformado en espinas que se me clavaban, y creo que ahora puedo manejarla, o, al menos, puedo sobrellevar despedirme de ella a la primera señal de que algo va mal. Puedo escribir con la seguridad de que yo tengo el control.

—Terminado —anuncia Graham, y me mira—. ¿Quieres conocer mi opinión?

«Tengo que escribírselo a mi madre, lo que he averiguado», pienso, y le respondo:

—Por favor.

Él me observa con aquella mirada azul que desde el principio me desestabilizó y dice:

—Pero ¿qué puta fantasía tienes en la imaginación, Ojos grandes? Has hecho magia.

Ríe.

Mi pecho estalla.

«Gracias, Graham, por ser como eres».

Querida mamá:

He estado confundida desde el planteamiento, ¿sabes? Desde la primera pregunta que me hice, que fue «¿qué son los sueños?, ¿alas o raíces?» en lugar de acortar a «¿qué son los sueños?» y punto. Porque quizá entonces me habría dado cuenta antes de que los anhelos no son acciones, profesiones, logros o actos. En cada uno de ellos hay un factor común. Las personas. Y es que los sueños en realidad es el sueño, en singular, somos nosotros, no escribir, no bordar, sino yo, y siempre podremos volar con las alas que inventemos.

Ahora lo sé. Ahora voy a cuidar mi sueño. Ahora voy a cuidarme.

Te lo prometo.

Te quiero.

Eres la mejor mamá.

Ojalá pueda ser como tú.

Kelly

El sueño eres tú.

AGRADECIMIENTOS

A lo largo de los años, los agradecimientos se han ido convirtiendo en una especie de «diario» para mí, mi propio cuaderno de bitácora, así que allá vamos...

Estos casi dos años desde la publicación de *Fugaces pero eternos* han sido duros, durísimos. Venía de una situación personal complicada y se complicó aún más, sumándole que, en la parte profesional, mi zona protegida hasta entonces, sufrí un bloqueo brutal, como Kelly, que me paralizó y me hizo pensar que también la había perdido a ella, a la escritura. Por eso, a la primera persona a la que quiero dar las gracias es a mí, sí, por priorizar la salud mental, por empezar a trabajar en cuidarme, por saber priorizar, parar, no rendirme, ser constante y por anteponerme a algo que tan feliz me hace como es teclear, sin saber si regresaría o no, solo porque yo era más importante.

De esta manera, también quiero dar las gracias a todas mis compañeras y compañeros autores, a los que conozco y a los que no. Siempre digo que soy bastante más lectora que escritora, y es cierto, pero conozco las dos partes. Por este motivo, sé que escribir es la profesión más bonita del mundo, pero también sé que es dura, y quiero dar las gracias a todas las personas que crean historias, las comparten, luchan contra las inseguridades y el síndrome del impostor y me permiten soñar. Gracias.

Las siguientes personas en esta lista enorme son mi editora, Lola, y mi agente, Pablo, y la editorial Planeta en general. Cuando tuve el terrible bloqueo me asusté, me asusté una barbaridad, sentía un miedo tan intenso que me impedía respirar. Miedo a haber perdido la gran oportunidad de mi vida. Miedo a quedarme sin nada en este terreno. Miedo a haberla jodido de manera irremediable. Y tan solo recibí comprensión, cariño, empatía y ánimo. Lola, cuando confiaste en mí después de todo conseguiste que yo también lo hiciera y que no cayera. Pablo, cuando te conté lo que me pasaba y me llamaste, estaba aterrada porque me regañaras, igual que una niña, aunque no te dije nada. Sin embargo, me mostraste tu apoyo más absoluto, tu comprensión; yo iba andando con mi prima y cubrí el altavoz para que no me escuchases llorar, pero lo estaba

haciendo, en agradecimiento, por los dos, porque me sentía afortunada de teneros.

También quiero dar las gracias a mi amiga Pilar, Anissa B. Damom, porque siempre que me refiero a la novela que me bloqueó como proyecto «mojón» me corrige y me recuerda que en una etapa complicadísima saqué fuerzas no se sabe de dónde para ponerme delante del teclado todos los días y terminar una novela, aunque no fuese buena. Ella me hace pensar y reflexionar, decirme palabras amables, recordar y valorar mi brutal esfuerzo. Ella me defiende de mí misma cuando soy mi peor enemigo, y la quiero, la quiero mucho.

Gracias también a mi amigo Alberto, a mi prima Nuria, a mi padre Javi, a mi pareja Pablo y a mi pequeña Julia, ellos son un apoyo incondicional en este universo de letras, los que me sostienen, los que me llenan. Julia, cuando seas mayor quiero que sepas que, cada vez que tu mamá te veía con un cuento o jugando a que escribías imitándome con la caja de los puzles, algo dentro de su alma se expandía y que eres, sin lugar a duda, el amor de mi vida.

Como habréis deducido, no soy muy sutil precisamente, el germen de esta novela surgió cuando yo, al igual que Kelly, la protagonista, acababa de pasar por un bloqueo tremendo que me tenía devastada y decidí abrirme en canal. Utilizar la escritura como terapia para mí. Siempre había tenido claro cómo era Graham, pero con ella tenía dudas; y ha sido *ella* y mi psicóloga las que me han salvado en muchísimos aspectos. Ahora sí, llega mi tradicional carta a los personajes.

Querida Kelly:

Tú y yo somos muy diferentes, esta no es mi biografía ni una fantasía sobre cómo me gustaría que fuera mi vida. Sin embargo, he compartido contigo el eje sobre el que te balanceas en esta novela, el dolor de los sueños, y quiero que sepas que compartir el camino a tu lado no solo ha sido sanador: ha sido liberador, reflexivo, divertido y me ha hecho plantearme muchos interrogantes, averiguar respuestas y reconciliarme conmigo misma y con lo que estoy haciendo ahora mismo, teclear feliz. Nunca tendré suficientes palabras de agradecimiento para ti.

Querido Graham:

Tú me has devuelto... la sonrisa mientras escribo. La chispa. Las mariposas en el estómago, por muy cursi que esto suene. Planifiqué que fueras de una manera e hiciste lo más mágico que puede suceder cuando tecleas, al menos, para mí. Te revelaste, me demostraste que existías más allá de los límites de mi imaginación y me dijiste que tenías una personalidad que era distinta a la que yo pretendía

impostarte y que mi función era la de escucharte. Me he enamorado perdidamente de ti, de tu lunar, de tus tonterías, de tus frases irritantes, de la sensación viva que instalabas en mi pecho cada vez que intervenías.

Gracias a los dos. Juntos y por separado.

No quiero terminar sin sincerarme un poco más y dar un último agradecimiento. Gracias a todas las personas que me leéis. A TODAS, GRACIAS. Hay muchas partes que no veis de los autores. Por ejemplo, sus inseguridades. El día que subí el *post* para anunciar que no sacaría novedad en 2023 porque me había bloqueado me sentía un fraude decepcionante, las manos me temblaban y la presión en el pecho era insoportable. Estaba convencida de que nada más colgarlo me pondría a llorar. Y lo hice. Pero no por los motivos que creía. Todo lo que recibí de vuestra parte fue amor, cariño, mensajes de ánimo, comprensión y textos en los que me decíais que me esperaríais el tiempo que hiciese falta. Me sentí valorada y querida, y provocasteis que yo misma me quisiera un poco más. Ese fue vuestro efecto en mí. Gracias, porque cogí vuestras palabras en forma de abrazo y esa tarde inventé mis primeras alas, las vuestras, y al día siguiente escribí el prólogo.

Esta historia existe gracias a vosotros.

Me sostuvisteis.

Me elevasteis.

GRACIAS.

Y, por último, me gustaría terminar estas líneas con una declaración de amor que quizá no viene a cuento, pero siento que es el mejor punto y final para cada una de mis historias de aquí en adelante, porque ella sigue estando, porque ella nunca se irá:

Te quiero, mamá.

Las alas que inventamos
Alexandra Roma

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Caro Marando

© Alexandra Roma, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-08-28931-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



Hasta que se acaben las canciones

Luengo, Beatriz
9788408286783
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La primera novela de una de las artistas más relevantes del panorama musical de la industria latina

Doña Inés Humanes de Arteaga acaba de morir y **deja a Karma, su gata, como beneficiaria de su inmensa fortuna** y a Luciana, su asistente y cuidadora de la mascota, como albacea.
Luciana, colombiana y mulata, lleva más de siete años viviendo en España y nunca imaginó que su, por fin, tranquila vida pudiera **virar de manera tan surrealista**.
Bastián es hijo de Hortensia, la hermana de doña Inés, un joven arquitecto sensible a los problemas sociales que nunca se ha sentido integrado en la familia. Se ve envuelto, sin remedio, en los **tejemanejes de su madre, indignada** ante la idea de que todas las propiedades que llevan más de dos siglos en la familia acaben **en las patas de una gata callejera**.
En la batalla legal para revocar la herencia, la familia sacará sus garras para **recuperar a Karma** y, con ella, mucho más que el **millonario legado**.
Entre viajes al Chocó colombiano, suplantaciones gatunas, videntes cubanas, cambios de chip, paseos por el Rastro, noches en el cuartelillo y muchos abogados de todas las partes, Bastián y Luciana **se enamorarán sin remedio**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cuando volvamos a vernos

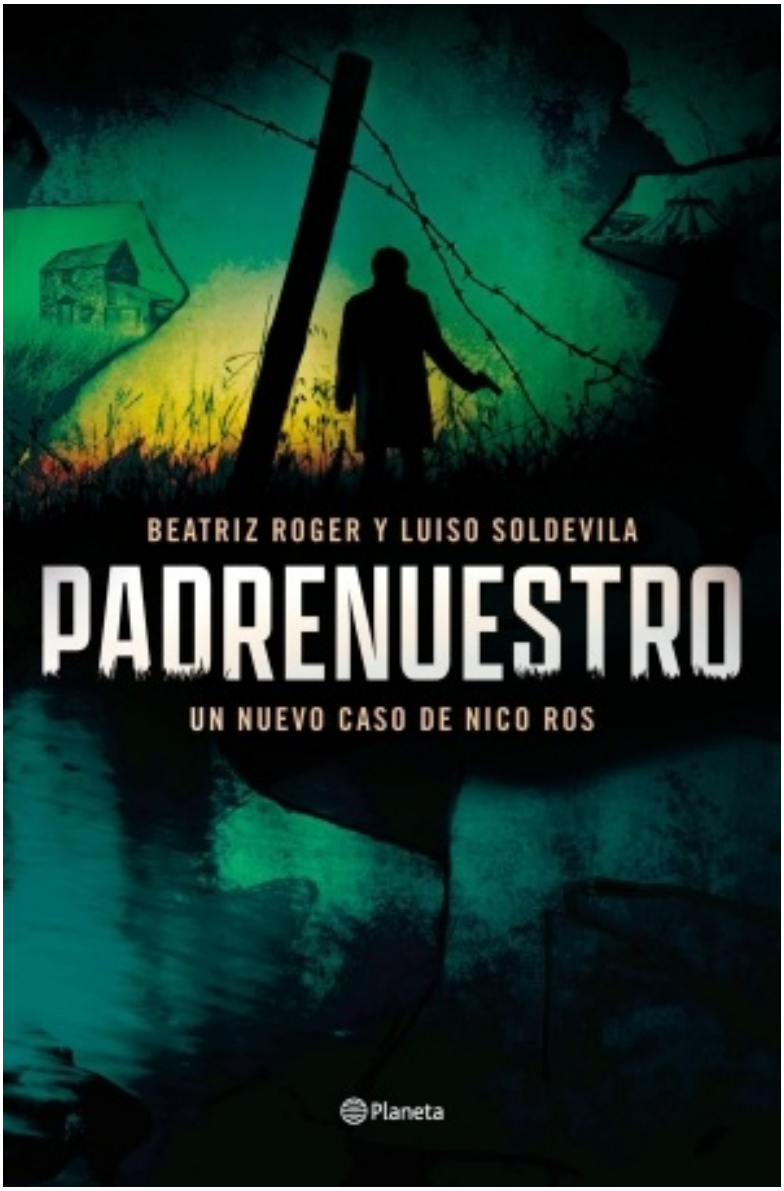
Arias, Isabel
9788408285601
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Se mudó a París para cambiar su vida. Viajó a Londres para conocer un nuevo amor. Ahora tendrá que mirar dentro de sí para saber lo que desea.

Tras perder a su marido y descubrir un **doloroso secreto**, Isabelle decide mudarse a **París**, la ciudad que adora desde que era niña. Lo hace justo antes de cumplir cuarenta años con la esperanza de empezar allí **una nueva vida**.
Se instala en un piso cerca de su mejor amiga y comienza a trabajar en una preciosa librería inglesa frente al Jardín de Luxemburgo. Envuelta en la **atmósfera parisina**, Isabelle volverá a ilusionarse y a soñar. También viajará a Londres, donde encontrará no solo nuevas alegrías, sino el camino hacia **un nuevo amor**.
Entre libros y canciones, y animada por el cariño de sus queridas amigas Marta y Léa y del divertido Thomas, Isabelle descubrirá que **hay muchos tipos de relaciones** y que allí donde surge el enamoramiento verdadero sobran los prejuicios. Porque el amor real **nunca es perfecto**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Padrenuestro

Roger, Beatriz
9788408290759
600 Páginas

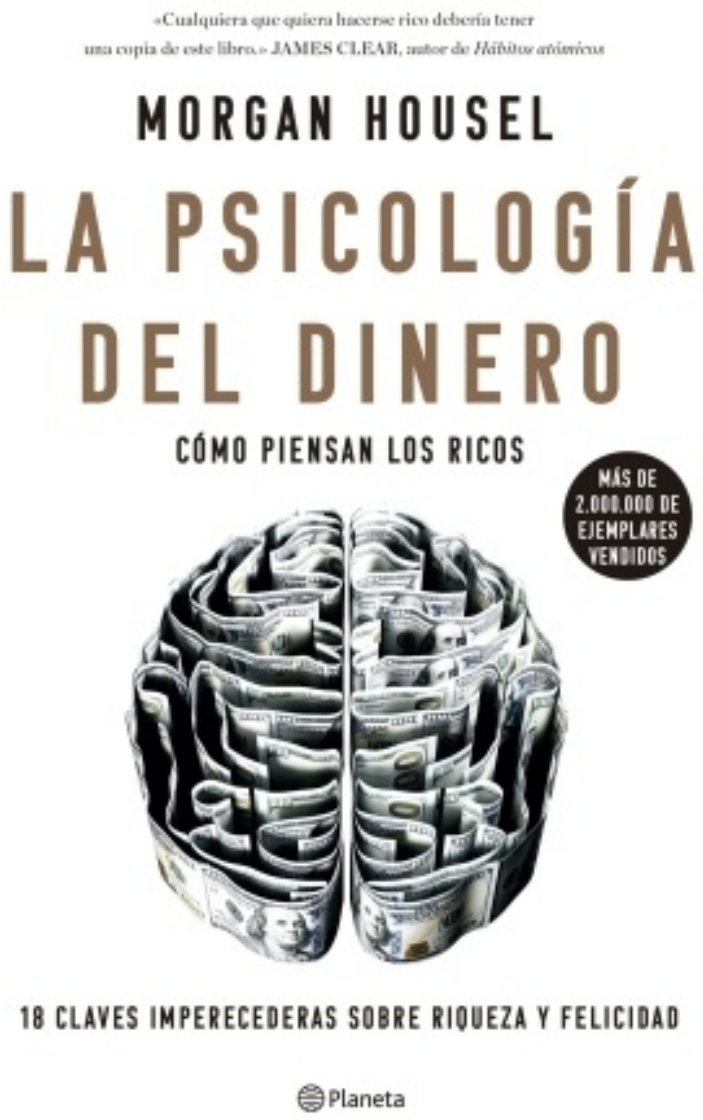
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Vuelve Nico Ros con un oscuro caso de secretos del pasado

Cuando el inspector Pàmies, a cargo de la investigación de un **macabro crimen** en un granero, desaparece sin dejar rastro, el detective **Nico Ros**, todavía convaleciente de las heridas causadas por el desenlace de ***Marismas***, se suma a la búsqueda sin tregua que emprenden las **fuerzas del orden** para dar con ese difícil pero muy querido miembro del equipo. Además, hay otra caza en marcha: la del **asesino** que está sembrando el terror y la muerte en la **comarca delEmpordà**.

Una granja lúgubre, una **ermitarecóndita**, silencios sospechosos, alianzas desconocidas, un circo que **esconde más de lo que enseña**, mensajes esotéricos, secretos enterrados… A esto y más se enfrentarán Nico y sus compañeros, mientras Pàmies sigue en **paradero desconocido** y el miedo se cierne sobre los habitantes de **Llafranc** y otros pueblos de la comarca ampurdanesa, inundándolos de oscuridad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La psicología del dinero

Housel, Morgan
9788408247265
312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En cuestiones de dinero, lo que importa no es lo listo que seas sino cómo te comportas. Tendemos a pensar en la inversión o la gestión de las finanzas personales como una disciplina matemática, en la que los datos y las fórmulas nos dicen exactamente qué hacer. Sin embargo, el rasgo que define a las personas que logran enriquecerse no es su destreza con los números, ni su salario o su talento, sino su historia personal, sus motivaciones y su visión única del mundo.

Un genio que pierde el control de sus emociones puede ser un desastre financiero. Y lo mismo vale en caso contrario: gente de a pie sin formación en finanzas puede enriquecerse si cuenta con unos cuantos patrones de comportamiento. Esto, impensable en otras disciplinas como la arquitectura o la medicina, es fundamental en el campo de las finanzas.

Este libro, llamado a convertirse en un clásico de las finanzas personales, nos provee del conocimiento esencial para entender la psicología del dinero y nos invita a hacernos una pregunta fundamental que raramente nos hacemos, cuál es nuestra relación con el dinero y qué queremos realmente de él.

A partir de 18 claves imperecederas, Morgan Housel nos enseña cómo funciona la psicología del dinero y cuáles son los hábitos y conductas que nos ayudarán no solo a generar riqueza, sino, más importante aún, a conservarla.

«Un libro imprescindible para cualquiera que quiera tomar decisiones más inteligentes y vivir una vida más rica.» **Daniel Pink**, autor de *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*

«Ideas fascinantes y consejos prácticos. Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» **James Clear**, autor de *Hábitos atómicos*

«Uno de los mejores y más originales libros de finanzas de los últimos años.» **Jason Zweig,** *Wall Street Journal*

«Housel es de esos escritores capaces de hacer digeribles conceptos financieros de lo más complejos. Este es un libro que se devora de principio a fin y que no solo nos explica por qué tomamos malas decisiones con respecto al dinero, sino que nos ayudará a tomar mejores.» **Annie Duke,** autora de *Thinking in Bets*

La riqueza no es fruto de nuestra inteligencia, talento o trabajo.

Es fruto de nuestro comportamiento.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Dime qué come y te diré cómo se porta

Ferrerós, María Luisa
9788408290575
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

M.ª Luisa Ferrerós vuelve con un libro esencial para fomentar hábitos saludables y corregir conductas inadecuadas en niños y adolescentes

¿Cómo afecta la alimentación al comportamiento infantil? ¿Hasta qué punto el exceso de azúcar puede cambiar la conducta del niño? ¿Puede una dieta no equilibrada provocar alteraciones nerviosas?

Estas son algunas de las dudas que la psicóloga de referencia **María Luisa Ferrerós,** en colaboración con la **Dra. Victoria Revilla,** especialista en neurociencia, biología y farmacología, tratan de despejar en este esclarecedor libro. Las autoras no solo alertan de las sabidas consecuencias del abuso de alimentos con azúcar, sino que explican hasta qué punto influye la dieta en el organismo de los niños.

Y es que la **mitad de lo que entra por sus estómagos va directo al cerebro.Nuestra dieta actual,** demasiado rica en alimentos procesados y en general pobre en grasas buenas y vegetales, **puede afectar tanto a al desarrollo intelectual como al comportamiento infantil.**

¿Sabías que un cerebro sin suficiente magnesio puede hacer que los menores no estén atentos en el colegio o que muestren irritabilidad? ¿O que la falta de hierro, en edades tempranas, puede tener consecuencias irreversibles en sus neuronas?

Dime qué come y te diré cómo se porta propone, también, **ejemplos de menús equilibrados,** ideas de desayunos y meriendas, junto con **diversas recetas** para combatir estados de ánimo como la tristeza, la inapetencia o la ansiedad en los niños. Además, las dos especialistas desmontan sin tapujos algunas de las falsas creencias más extendidas, como que los fritos son malos o que, en casa, niños y mayores debemos comer igual.

Un libro indispensable para establecer hábitos alimentarios saludables y corregir conductas inadecuadas desde bien pequeños.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Alexandra Roma

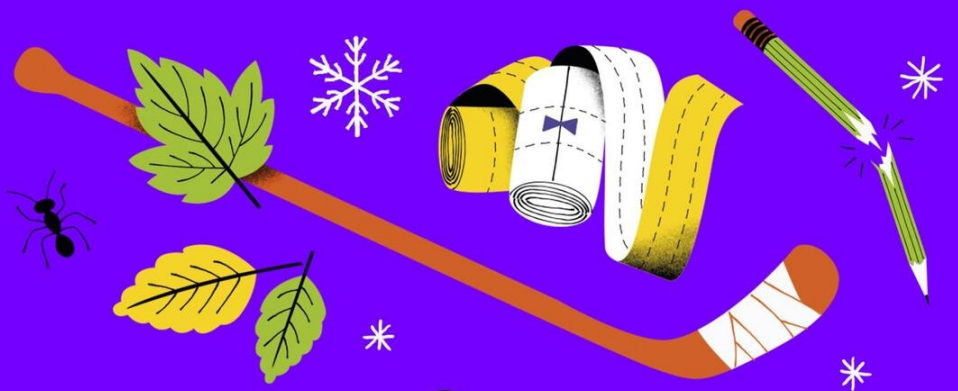








Las alas que inventamos



Planeta